



Jorge Alcalde

LA NOCHE DEL
REY

ÉL PERDIÓ SU TRONO, Y ELLA ALGO MÁS QUE LA VIDA

99 TH NOVELA

LA NOCHE DEL REY

Jorge Alcalde

LA NOCHE DEL REY

A Francisca y a Francisco, quienes tanto enseñaron

A Pablo y a Hugo, quienes tanto aprenderán

Resumen

Febrero de 1810. El rey José I realiza su primer viaje por Andalucía con la esperanza de ganarse el afecto del pueblo sobre el que debe reinar. En esas mismas fechas, la joven Asunción sueña con viajar a Francia y conocer el esplendor y el glamur de la nueva Europa idealizada por los folletines. Aparentemente, sus destinos no tienen por qué cruzarse, pero un crimen forzará el encuentro. Entre ellos se teje una increíble red de personajes: un funcionario del rey obsesionado con el arte que utiliza sus contactos para traficar con cuadros en París; una espía viuda que ha prestado sus servicios a los franceses en la Isla de León y está a punto de jugarse la vida y cambiar de bando por amor; un miembro del Gobierno patriota, viejo, cojo y atrabiliario, que escapa de Sevilla y pretende iniciar su propia batalla en los días previos al asedio de Cádiz; un viajero americano que huye de su oscuro pasado y recorre España relatando en su diario la crudeza de la guerra de la Independencia...

Todos ellos tendrán algo que ocultar y algo que descubrir durante el invierno en el que España se preparaba para cambiar su historia.

El hombre forma un cuenco con su mano, la saca del agua dorada y da un sorbo tan frío que le acalambra la dentadura. Gruñe para sí mientras se seca los labios con la muñeca y sigue bebiendo. Frente a él, un riachuelo perezoso baja rebotando entre chopos, alisos y acebuches. Prueba a refrescarse las sienes, justo debajo de donde el sombrero le ha dejado una dolorosa rozadura y se incorpora con esfuerzo. El sol helado fabrica escamas de luz en el borde del río, allí donde el verdín y los juncos protegen una colonia de pececillos grises. Por encima de las aguas, una nube de polvo se desgrana en partículas brillantes al trasluz de la tarde. Se ajusta el sombrero, golpea sus pantalones de arriba abajo para alisarlos y una familia de tordos levanta el vuelo produciendo una ovación en el aire.

Abre un zurrón de cuero cuarteado y extrae de él algunos cuadernillos de papel amarillento, mal cosidos. Los contempla por última vez, cargados de palabras de carbón, y los lanza tan lejos como puede. Las hojas se desengarzan al rebotar en el aire. Caen al agua y se pierden río abajo hundiéndose por turnos como si algo las reclamara desde el fondo.

Regresa al camino. Solo. En los flancos, los árboles son raspas de sardinas clavadas en hilera hasta el infinito. Vuelve a abrocharse el guardapolvo y chasquea los nudillos. Le parece percibir un suave perfume de laurel. Sobre las esculturas negras de madera retorcida ha comenzado a chispear.

Hay hombres nacidos para caminar. En lugar de detenerse en busca de cobijo, aprietan el paso con soltura cuando las primeras gotas de agua caen sobre el ala de su sombrero. Son hombres acostumbrados a masticar arena del camino y a esconderse de los salteadores entre las jaras. Dejan arañar la suela de sus botas por la tierra seca, sin temor a las escoceduras, recorriendo noches cada vez más lúgubres, cielos cada vez más grises, posadas cada vez más pestilentes. Reparten sus andanzas por casi cualquier rincón de Europa. Los hay que vagan en busca de una atmósfera más favorable para su salud entre Niza y Montpellier; los que se aventuran a hacer negocios en Pisa. Hay naturalistas que persiguen el rastro de nuevas especies de flores en medio de los glaciares de Suiza o que se encaraman a la cima del Mont Blanc por el simple placer de contemplar el salto del íbice. Los jóvenes estudiantes de arte transitan durante leguas por tierras italianas a la espera de toparse con tal o cual catedral sin prestar atención a los más bellos espectáculos naturales que van dejando a izquierda y derecha en el interior de los Apeninos. Hay potentados rentistas ingleses que mandan a sus hijos fuera de la isla para completar su personal Grand Tour: dos años de periplo desde París a Atenas entre libros de retórica y filosofía, maestros de estética y desordenados devaneos con el sexo opuesto.

Pero el hombre del sombrero no pertenece a ninguna de esas especies. A esta España en guerra no llegan los caminantes ocasionales. Lo mejor que puede ocurrirle al desprevenido andariego es terminar infestado de pulgas en una fonda medio

abandonada. Lo peor, y más probable, acabar en la cuneta destripado por la faca de un bandolero hambriento o la bayoneta de un soldado francés. No es habitual toparse con peregrinos solitarios, menos aún al sur de Despeñaperros. Quienes por un motivo u otro han de transitar entre los frentes utilizan el servicio de postas, se reúnen para alquilar colleras o calesines, organizan su viaje para avituallarse en las pocas posadas en las que se puede dormir en una habitación separada de la cuadra o se unen a las partidas de arrieros. Junto a ellos, en grupos de veinte o treinta mulas, es más fácil adentrarse en las sierras y viajar decenas de leguas evitando las fondas malolientes y las partidas de soldados. Si uno tiene suerte, y la habilidad suficiente para negociar con el capataz, podrá disfrutar de unas cuantas noches al raso, respirando el aire aromatizado de adelfas y compartiendo un vino ácido y un pedazo de bacalao seco con sus acompañantes.

No, en caminos como este no se encuentran viajeros solitarios. Son carne de cañón. El hombre del sombrero aviva el paso, baja la cabeza para protegerse de la lluvia y toca con la mano derecha la culata de un pistolón de chispa que esconde tras la gabardina. Quizá por asegurarse de no haberlo dejado caer al río mientras descansaba. Quizá simplemente porque el tacto de la madera de nogal le hace sentirse mejor. Vigilado desde el cielo por una pareja de alcotanes, se ovilla entre las ropas reduciendo su corpachón a la mínima expresión.

Media hora más tarde, vislumbra la silueta de las primeras casas. Dos penachos de humo empiezan a difuminarse entre las nubes bajas. Enfrente de él, un campesino fundido con el barro detiene el vaivén de su rastrillo, se yergue echándose la mano a la espalda y petrifica su mirada contra el caminante que se acerca.

—¿Aquí hay posada? —El hombre del sombrero arrastra las eses con estrépito delatando su origen extranjero.

El campesino resopla antes de levantar el mentón en dirección a una de las casas.

—Pregunte ahí mismo. Por José Luis.

El caminante mueve los labios para recordar el nombre, José Luis, y se lleva la mano al sombrero en ademán de agradecimiento. Se aleja hacia la casa mientras escucha de fondo el zurrir del rastrillo entre las piedras. Salvo por los ladridos de un par de perros, el pueblo le recibe en silencio. Silba el viento por los alcornos y las encinas: marañas de algodón negro entre las casas y el río. Una campana de frío ahoga las calles. No se sabe si viene de la sierra o ha caído a plomo desde las nubes de febrero. Antes de llegar a la posada, el viajero sorteja tres o cuatro tablones carbonizados que rezuman olor a pólvora mojada. La guerra también ha llegado al pueblo de El Bosque.

El portón de la casa está entreabierto. El caminante empuja con el hombro y asoma la nariz para ver el interior. Huele a paja, a polvo y a brasero mal apagado. Un aliento cálido se escapa por la rendija de la puerta. Le parece agradable. Ya dentro de

la cuadra, observa que no hay ningún animal. Con un poco de suerte hoy podrá dormir sin tener que compartir espacio con mulas, perros, cerdos o mendigos por primera vez en semanas. Un ventanuco sin cristales vomita las últimas luces del día sobre las piedras levantadas del suelo. Entre ellas, luchan por respirar algunos ramilletes de malas hierbas. Cuatro palomas zurean en alguna parte. No se las ve.

El calor y la luz del brasero proceden del otro extremo de un pasillo que nace a la izquierda de la cuadra. El viajero lo recorre haciendo ruido con las botas sobre el suelo para hacerse notar. Las brasas chisporrotean iluminando el rostro de un hombre enjuto, de piel curtida y morena que aviva los rescoldos con un badil polvoriento.

— Buenas noches, José Luis. ¿Aquí se puede dormir?

— Un real y medio por persona, en la cuadra. No damos comida. Si traen borricas, pueden echarles algo de heno ahí detrás.

— Vengo caminando. Y solo.

El posadero da un respingo y gira la cabeza para mirar a su huésped a la cara por primera vez. Le brillan los ojos negros como dos perdigones. Frunce el entrecejo mientras entre los dientes asoma un cigarro plano a medio encender.

— Usted ya sabe que no tenemos costumbre por estas tierras de alojar a vagabundos, ¿verdad? Y menos aún si son extranjeros.

— No sería el primero que me echa de su posada, caballero.

— ¡Caballerro! — imita burlescamente el acento inglés, apunta una especie de sonrisa perezosa y se levanta rezongando—. El dinero, por delante.

El extranjero desanuda una bolsa de felpa que cuelga de su cinturón y con dos dedos rasga en su interior hasta pescar un par de monedas. Las deposita sin mirar en la palma de la mano de su anfitrión.

— Ya puede usted meterse esto donde le quepa, «caballerro». Aquí no aceptamos moneda gabacha.

Ruedan por el suelo los reales y van a parar al lado del brasero. Han caído los dos de la misma cara. Levemente abollados, de plata enmohecida, dejan al aire un par de efigies troqueladas del rey José I escoltadas por el lema *Joseph Nap. Dei Gratia. 1808.*

— ¿Y si le digo que no tengo otra cosa para pagar?

— ¿Es usted inglés?

— Americano.

El posadero se rasca la nuca y retuerce el gesto una vez más. Luego se limpia las manos sobre el delantal mugriento y extiende la derecha para ofrecérsela al visitante.

— Arrímese a la lumbre. Total, ¡ya qué más da!

LA NOCHE DEL REY

Al rato acaban los dos sentados al calor del carbón requemado, trajinando un improvisado menú de queso de cabra, cecina seca y vino tino.

—Si no tiene dinero que valga, al menos traerá alguna historia que contar. La noche es larga y le garantizo que cualquier cosa es mejor que echarse a dormir entre las ratas de la cuadra.

El americano, que hace un rato recortaba pequeñas lascas de su porción de queso con la cabeza gacha y los codos apoyados en las rodillas, levanta la vista y sonríe con los ojos. La cara de José Luis le parece ahora menos recia. Hay un brillo de avidez en sus pupilas, como si llevara meses sin tener noticias de nada que ocurriera más allá del río y los sembrados.

—Le contaré una buena si usted luego me cuenta qué demonios le ha pasado a este pueblo. Parecen ustedes un hatajo de fantasmas.

—A los fantasmas los enterramos hace ocho días. —Pierde la vista en las chispas del brasero—. Los que hemos quedado vivos no podemos hacer otra cosa que envidiarlos.

El americano estira su larga humanidad sobre la silla de mimbre. Cruza las puntas de los pies, acomoda las manos en el cinturón y empieza a relatar.

Capítulo 1

Pongamos que un amigo mío andaba por el puerto de Nueva York el 13 de abril de 1788. A última hora de la tarde, el calor levantaba un espeso olor a algas y madera mojada y en el mar chapoteaban los rayos de sol arrancando sombras plateadas entre las embarcaciones: cuatro o cinco goletas, un par de bergantines, balandras de pesca medio podridas y un galeón inglés que reposaba fuera de su tiempo entre el ir y venir de gentes enfrascadas en sus tareas. Los estibadores se apresuraban a descargar las naves recién llegadas con afán de acabar pronto la jornada y enjambres de niños andrajosos se formaban al pie de las escalinatas para ayudar a las damas europeas a descender con dignidad entre los charcos y ganarse así unos peniques. Nueva York crecía tierra adentro y mi amigo se movía torpemente en el trajín de comerciantes, curiosos, pillastres y marineros. Sobre todos ellos, el trazo de las chimeneas escupía columnas de humo como arañazos en el cielo amarillento.

Al girarse en busca de un callejón por el que salir de la barahúnda, un pescador de barba nívea y aliento de atún se le acercó a dos pulgadas de la cara con los ojos fuera de las órbitas. Levantó su dedo índice hasta la nariz y le susurró con voz burbujeante:

—Malditos sean todos los médicos y maldito el que tenga el infortunio de caer en sus sucias manos.

Las cosas se habían vuelto feas en la ciudad desde que John Hicks Jr., estudiante de medicina en el hospital del Bajo Manhattan, tuvo la mala idea de gastar una broma macabra. En la más cruda tradición de humor clínico, agarró el brazo amputado de un cadáver que acababa de diseccionar y lo levantó para mostrárselo a un mozo de limpieza que husmeaba al otro lado del cristal del quirófano. «Míralo bien, chaval. Podría ser el brazo de tu madre. ¿Quieres que te dé una buena azotaina con él?»

El muchacho se escabulló entre las sombras del pasillo, pero un compañero de correrías se tomó las palabras de Hicks al pie de la letra. ¡Santo cielo! Tendrías que haberlo visto correr como el demonio hasta llegar a su casa más pálido que el corazón de una gaviota. El crío acababa de perder a su madre por culpa de la viruela y cuando pudo dejar de gimotear le soltó a su padre la historia con algún aderezo terrorífico. El viudo reunió a un grupo de vecinos y, ni corto ni perezoso, se plantó en el cementerio local, frente a los dos palmos cuadrados de tierra recién esparcidos sobre la difunta. El destino tiene golpes que son para troncharse. La tumba de la vieja había sido profanada y al que se llevó el cadáver no le había dado tiempo siquiera de

volver a rellenar el hoyo.

Por aquel entonces ser estudiante de medicina no te garantizaba una vida tranquila. Las posibilidades de acudir a una lección de anatomía resultaban más bien limitadas. Las leyes del estado solo permitían practicar con cadáveres de reos a los que el juez expresamente hubiera condenado a «ejecución y disección». Al calor de la escasez, aparecieron unos cuantos desesperados dispuestos a ganarse la vida con el negocio de la muerte. Estudiantes y profesores necesitados de dinero comenzaron a profanar tumbas y vender los cuerpos a las escuelas de medicina y a anatomistas particulares. Con los meses, la actividad se convirtió en una suerte de aventura comercial infame controlada por los que dieron en llamar resurreccionistas. Abrían las tumbas de los pobres, de los desamparados, de los muertos en las cárceles o de los esclavos negros. Aunque pronto todo aquel al que le hubieran dado tierra corría peligro de ser secuestrado. Proliferaron los ataúdes de acero entre los fallecidos millonarios y las cercas con alambre de espino que velaban eternamente a los seres queridos. Los que podían permitírselo empezaron a contratar vigilantes nocturnos armados con pistolas que se apostaban con una silla delante del nicho durante dos o tres semanas: el tiempo en que los cuerpos quedan inservibles para la ciencia.

El trabajo de robar carne humana era difícil y peligroso. Al menos una pareja de hombres corpulentos debía adentrarse en el cementerio evitando toda vigilancia. Las linternas de aceite se cubrían con placas metálicas por todas las caras menos por una para que arrojaran luz sobre los pies, pero no pudieran ser vislumbradas en la distancia. Uno puede pensar que sacar un muerto de su morada eterna es tarea sencilla, pero requiere técnica refinada, actuación certera y fortaleza física. La mayoría de los ladrones excavaba un tercio de la tierra sobre el ataúd, preferiblemente en la parte donde yacía la cabeza. El suelo removido se depositaba en una lona impermeable. Luego, con el mayor de los sigilos se procedía a abrir la madera de la caja, pero solo lo necesario para extraer el cuerpo tirando de él. Con un gancho en el gznate o un juego de sogas rodeando el cuello se deslizaba al pobre difunto como quien saca una fresca babosa del caparazón de un caracol. Se le tendía sobre una segunda lona, se le despojaba de toda ropa y se envolvía. Las vestimentas y los enseres regresaban al cofre del que habían salido. Los profanadores entonces volvían a tapar el hoyo y se largaban con su botín a cuestas. La actividad terminó siendo febril entre los meses de noviembre y febrero, meses propicios para los cursos de anatomía en las facultades. Hasta 1788.

Cuando el viudo enajenado se recuperó del shock, su mente no albergaba ninguna duda. Había que acabar con los resurreccionistas y, junto a ellos, con toda la patulea de médicos y profesores universitarios que habían consentido durante años tamaña deshonor. Arengó a un puñado de hombres rabiosos y estos llamaron a otros, y los otros a otros más. Al cabo de un par de horas una horda de neoyorquinos sedientos de venganza se encaminaba a las instalaciones del hospital del Bajo Manhattan. El laboratorio central y la sala de disecciones fueron arrasadas. Pero unas cuantas

pipetas y un quirófano no eran suficiente botín para aplacar la furia de la muchedumbre. Querían sangre, la misma sangre que había sido derramada injuriosamente sobre la camilla de forense una y otra vez.

La algarada se convirtió en una riada humana que invadió la Universidad de Columbia y prendió la mecha del odio hacia los médicos a todo el que se cruzó con ella.

«Malditos sean todos los médicos y maldito el que tenga el infortunio de caer en sus sucias manos.» Cuando mi amigo se topó con el marinero airado, en realidad lo que trataba de hacer era encontrar alguna casa donde esconderse del tumulto. Unas horas antes paseaba tranquilamente por Battery Park, arrastrando los pies en la hierba recién cortada a la sombra de los castaños y los tilos. Desde el estanque de aguas atravesadas por el mediodía, llegaban las risotadas de jóvenes de familia rica a bordo de barcas de remo como patos de madera a punto de somorgujar. Al otro lado del parque, las casas bajas de ladrillo rojo confeccionaban un horizonte geométrico. De cuando en cuando, un grupo de chopos servía para tender un cuadrilátero de cables en los que colgaban lámparas de aceite esperando a la noche a modo de festones de luz. En medio de ellas, un hombre repartía manzanas dulces con un carro de rayas azules y blancas. El anuncio de la primavera neoyorquina crepitaba en el desdén de las parejas abrazadas y en el griterío de los primeros vencejos.

La primera nube de ciudadanos coléricos le sorprendió mientras trataba de refrescarse en una fuente de piedra. En apenas unos segundos el parque se llenó de grupúsculos enfurecidos. Algunos hombres alzaban antorchas fabricadas con unos cuantos trapos a los que habían embadurnado en parafina. Otros mostraban a los paseantes, a modo de trofeos, los diplomas de médicos que habían expoliado de la universidad. Mi amigo intentó refugiarse entre la multitud, pero terminó atrapado entre las paredes de un quiosco y un puñado de exaltados.

Mi amigo que agacha la mirada como si nada de aquello fuera con él. Un desgañitado que le invita a unirse a la batida. Mi amigo que trata de zafarse con alguna excusa torpe. El otro que acerca su rostro sudoroso y exhala algún improperio con aliento vinoso. Mi amigo que reta con chispas en los ojos. Otro que lanza un puño al aire. Un brazo alrededor del cuello de mi amigo. Un golpe se pierde rozando su rodilla. Mi amigo que grita. Hay un brillo de navajas en el aire. Sudan los hombres en la algarada. Mi amigo logra dar un paso atrás. Resuena un disparo como si una plancha de vidrio se estampara sobre el frío suelo de un salón de baile. Un grupo de palomas castañetea encima de sus cabezas. Silencio.

A un lado y a otro del quiosco salen a borbotones los hombres a la carrera. Mi amigo es el último. Da diez o doce pasos. Tambalea. Gira medio cuerpo para mirar atrás. Se ajusta el sombrero y huye a toda velocidad en dirección al puerto alejándose de un hombre que se retuerce de dolor con una ración de plomo caliente en la boca del estómago.

LA NOCHE DEL REY

José Luis, el posadero, recoge con el envés de la mano un hilillo de vino que le cae como un barboquejo. Suelta el aliento y extiende la frasca al americano.

—Su amigo era médico —afirma.

—Puede que sí.

—Y disparó.

—Lo cierto es que acabó embarcándose en el primer navío que encontró dispuesto para Inglaterra sin mirar atrás. De todo esto hace ya veintidós años y no ha vuelto a pisar su tierra bendita desde entonces.

—Y ahora, ¿qué es de él? —José Luis ha lanzado la pregunta ahogando las últimas sílabas como si conociera la respuesta.

El americano se levanta y hurga sin ganas entre las cenizas del brasero. Una bofetada de calor le extrae brillos palpitantes del blanco de los ojos.

—¿Quién sabe? Ahora le toca a su historia de fantasmas.

José Luis se incorpora y con tranco espeso se aproxima a la ventana. Detrás de ella hace un buen rato que ha dejado de llover, pero el frío pega una cortina de vaho sobre los cristales. Con la manga de la camisa dibuja un círculo irregular para ver el exterior.

—Venga aquí, acérquese —conmina al americano a acompañarle usando con obsesión un gesto como el que se hace a los niños para que se escondan detrás de la falda de la madre. Recortada contra la noche, su mirada tiene ahora un trasunto extraño. El viajero cae en la cuenta, por primera vez, de que su anfitrión no está bien de la cabeza—. Mire, mire ahí enfrente. ¡Mire sin miedo, hombre!

El americano pega la frente al vidrio. La piel se le contrae por el frío. Al otro lado de la calle un caserón gris se funde contra la noche. Permanecería invisible de no ser por el fulgor de hoguera que atraviesa los visillos de un par de ventanas.

—¿Ve esa casona? Pues ahí mismo anda pasando la noche el rey José.

Capítulo 2

—Una tertulia en España, el único lugar del mundo en el que uno puede hablar con un completo extraño sin preocuparse en absoluto de las consecuencias de sus palabras. —Winston Henry Wellesley, embajador de la Corona inglesa en Cádiz, arrojaba risotadas con su cana papada sobre los restos de una copa de sherry.

—No esté tan seguro de eso, milord, nunca se sabe bajo qué vestido de seda puede esconderse una espía. —Demasiado chisposa para su condición de viuda, doña Fernanda Caro Riquelme parecía insinuarse al embajador gordinflón.

—Creo que de un vestido negro podré fiarme.

El salón principal de la casa de doña Fernanda era uno de los centros de reunión más codiciados por la alta sociedad de la Isla de León. En sus sillones de cuero verde y rojo se habían agotado largas conversaciones que bien hubieran servido para escribir la historia secreta de una Andalucía en guerra y feliz. Bajo la luz ámbar de sus ventanales se diagnosticaba la salud del imperio, se pronosticaba la defenestración de ministros, se armaba a partidas de guerrilleros, se decidía el castigo a traidores, se corregían estrategias de defensa naval, se anunciaban subidas de precios, se oficializaban adulterios, se aceptaban duelos decretorios... Todo ello desde la despreocupada tranquilidad del mundo de las teorías. Porque jamás nada de lo que se sustanciaba entre esas cuatro paredes (ni los duelos, ni los castigos, ni las batallas, ni las carestías, ni las infidelidades) terminaba por tener efecto en el mundo real.

Como un escaparate edulcorado de la sociedad del momento, la tertulia de doña Fernanda recogía retazos de la calle amplificadas por la opulencia y la vanidad. Ninguna frase se decía sin haberla filtrado una y mil veces en la redoma del qué dirán. Ningún gesto, ninguna mirada, se antojaban espontáneos y gratuitos. Los hombres bebían licor inglés y las mujeres se decantaban por el zumo de uva enfriado con nieve de Ronda, pero unos y otros practicaban el mismo juego de sombras, ocultando las virtudes que no estaban de moda, alardeando de pecados no cometidos, sepultando los modales adquiridos por la buena educación de la familia si con ello se conseguía un minuto más de atención. En el ovillo de conversaciones cruzadas, distinguir entre la verdad y la mentira era un ejercicio que terminaba careciendo de interés. Lo importante era atinar con la ocurrencia adecuada para pasar por un buen conversador y garantizarse, así, la siguiente invitación.

LA NOCHE DEL REY

El mejor modo de mancillar el nombre propio era faltar a una de estas reuniones en las que a los presentes se les perdonaba cualquier infamia y a los ausentes se les condenaba por cualquier virtud. En tales condiciones, ni siquiera los más duchos en el difícil arte del versallismo se libraban de volver a casa con la sensación de haber traspasado una vez más los límites de su propia dignidad a cambio de parecer insoportablemente agradables.

No era de ningún modo recomendable aventurarse en el mundo de las tertulias sin conocer su secreta coreografía. Sentadas en pequeños círculos cerca de las ventanas, las mujeres marcaban el volumen de la conversación, ya con sus voces sutilmente impostadas, ya con el aleteo de los abanicos, que, acompañado de alguna tosa falsa, rompía el silencio en las pausas demasiado largas invitando a iniciar un nuevo tema de debate. Los hombres deambulaban por la estancia en parejas o tríos, apoyados en sus copas de brandy y en sus cigarros liados en un canuto de papel, costumbre recién adoptada por los jóvenes que aún no había llegado a ponerse de moda en el resto de Europa.

De cuando en cuando, un caballero podía romper el círculo de damas y, acodándose con discreción en el respaldo de la silla de una de ellas, intervenir en la conversación femenina para airear alguna frívola apreciación sobre el juego del banco u otro de los divertimentos de naipes al uso. Siempre con el máximo cuidado para que no se interpretara su aproximación como un intento de galanteo.

En la muy patriota tertulia de doña Fernanda, era fácil adivinar la tendencia política de un hombre por el modo en el que vestía. Entre los jóvenes liberales, triunfaba la sobriedad al gusto inglés, con fracs oscuros de botonadura metálica, chalecos blancos de piqué, altas solapas y corbata clara. Los partidarios de devolver todos los poderes absolutos al rey Fernando mantenían la costumbre de calzar casaca, con remates dorados, entallada según la moda más reciente a la altura de la cadera, la solapa altísima hasta cubrir el cuello y abierta en canal para mostrar una chupa cada vez más corta.

Ellas, liberales o serviles, patriotas o afrancesadas, se entregaban por igual al furor del vestido-camisa, columnas de muselina blanca, adornadas con discretos bordados florales, que convertían sus talles en pilares neoclásicos cuyas aristas resultaban ser los pliegues del corte y que irremisiblemente terminaban en un spencer de lana oscura a modo de capitel sobre los hombros. El peinado era siempre un rodete, a veces coronado con una peineta, del que las más jóvenes solían desgajar un par de tirabuzones colgantes hasta las mejillas con cuidadísimo desdén.

Cuando, al fin, doña Fernanda pudo deshacerse del brazo del embajador, encaminó la mejor de sus sonrisas de anfitriona hacia un grupo de tres hombres que hablaban lejos del ventanal en un tono indecorosamente bajo.

—Mucho misterio se trajina por aquí, caballeros.

Don Isidoro de Uriarte fue el primero en contestar.

—Disculpe, señora, hemos sido descorteses al enfrascarnos en nuestra conversación privada. Pero de nada hablamos que no pueda conocerse. Aunque me temo que esta discusión carece de la agudeza extrema de la de lord Wellesley.

—Fíjese, hablamos de montañas, ríos, valles, lagunas... Cuestiones demasiado terrenales para una charla picante —terciaba otro—. El señor Uriarte está terminando el tercer tomo de su *Corografía de Europa* y me ilustra sobre ciertas limitaciones para realizar su trabajo.

—Nunca la geografía fue una ciencia tan efímera como ahora, caballeros... —sonrió Uriarte antes de agachar sutilmente la cabeza en dirección de doña Fernanda— y dama. Ustedes sabrán que para nuestro trabajo necesitamos estabilidad. Los viejos mapas de Europa se han descrito siempre sobre la base de estados, príncipes, ciudades libres, alianzas... pero Napoleón anda poniendo en jaque el orden de las cosas allí donde planta el caballo, los límites políticos cambian antes de que podamos siquiera trazarlos y el condenado emperador se da más prisa en conquistar y destruir que los geógrafos en corregir. Mientras dure en Europa este trasiego, esta inconstancia continua de las fronteras, no voy a poder terminar mi siguiente volumen.

—Lo cual será una desgracia para sus seguidores, don Isidoro —dijo Fernanda pareciendo irónica sin pretenderlo.

—A lo sumo, un inconveniente para nuestros nietos. ¿Se hace usted una idea de lo importante que es contar con un curso de geografía perdurable, que pueda servir a las futuras generaciones igual que sirvieron los clásicos a nuestros abuelos? ¿Sabe usted en cuántas ocasiones he viajado a Asia y a las colonias de América, y he recorrido montañas heladas en el norte de Europa o vadeado ríos diez veces más anchos que el Guadalquivir con la imaginación y un buen mapa?

Empezaba a atardecer y algunas partículas de luz habían rebotado en las aguas del Atlántico para colarse por las ventanas de la casa de los Caro Riquelme e ir a parar directamente a los ojos de Isidoro de Uriarte. Eran ojos verdes radiados por vetas del color de la avellana que le conferían un innegable atractivo. Desde muy pequeño se sabía poseedor de un encanto natural que se fue acrecentando a medida que la naturaleza le dotó de una voz profunda y suave, como filtrada por un campo de avena fresca. Cuando a los dieciséis años redactó su primer trabajo científico para un concurso de la Sociedad Guipuzcoana de Amigos del País, al jurado le conmovió más su pose de pequeño gentleman que la calidad de sus escritos. Los enterneció a todos argumentando que para él la geografía no era una ciencia, sino un «servicio a los ciudadanos de mi país», un «intento de contribuir a la felicidad pública y a la ilustración y reforma de mis paisanos». Seguía pensando justo lo mismo cuarenta años después. Con la diferencia de que en esas cuatro décadas había terminado por comprender que o sus obras no eran lo suficientemente brillantes, o sus paisanos no

se dejaban ilustrar.

—Pero no voy a cansarles demasiado con esta vieja ciencia, me extraña que nadie haya sacado todavía el tema de conversación del día. —Uriarte calló un segundo para esperar que doña Fernanda dijera la primera sílaba y continuar él al unísono —: ¡Alburquerque!

El duque de Alburquerque acababa de entrar en Cádiz con cinco mil hombres de infantería y caballería, pero Cádiz aún no parecía terminar de enterarse. Algunas damas de casas adineradas se habían prestado a atender voluntariamente a soldados heridos o a reparar los andrajos que traían por uniformes después de una larga retirada desde Extremadura. Los hombres mejor informados en temas militares intuían que el movimiento del duque iba a tener un doble efecto sobre la ciudad. Cierto que la presencia de las tropas mantendría durante un tiempo a raya las ansias francesas por hacerse con la línea de costa más codiciada de Europa. Pero a cambio Alburquerque había arrojado la guerra de golpe a la cara de un Cádiz más hecho a mirar a la espalda del mar que al frente de batalla. En la calle, de momento, las principales preocupaciones eran seguir disponiendo de buenas cantidades de amontillado, no perder el empleo en el puerto, mantener las justas distancias con los ingleses, prodigar en las reuniones fatuos alardes de fidelidad al rey Fernando y librarse de la fiebre amarilla. Un mundo ajeno a que pronto el sonido de las bombas y la aparición de los primeros tullidos arrastrándose por la Alameda entregarían a la ciudad al gran espectáculo de los horrores de la guerra.

—Creo que por fin hemos encontrado un tema que a todos nos preocupa — certificó la dueña de la casa al comprobar que las palabras «duque de Alburquerque» habían caído como una losa de silencio sobre los tertulianos.

El embajador Wellesley se acercó a pasitos pequeños mientras se sacudía algunas migas de pan de la panza del chaleco:

—¿Creen que el duque y sus hombres serán suficientes para detener a, cómo lo llaman ustedes... Pepe Botella? —Wellesley sabía perfectamente cómo llamaban al rey francés, pero con su desdén simulaba cierta indiferencia impostada hacia las cuestiones de política interna. Puro respeto diplomático.

—Quizá si pudiéramos fiarnos algo de nuestros aliados de la Gran Bretaña estaríamos más tranquilos.

—No sea usted cruel, señora Caro. Trafalgar ocurrió hace tanto tiempo...

—Hace siglos que el tiempo no pasa en este país.

La frase resonó desde la esquina más soleada del ventanal principal. Allí, contra la tarde atlántica, llevaba minutos apostado un hombre tan alto y tan delgado que, de espaldas, con la mano derecha apoyada en las cortinas para no entorpecer las vistas, recordaba a un arringatore etrusco que hubiera cambiado la toga por una levita de bayeta. Martín Mariños Bazán acababa de incorporarse a la vida social de la Isla de

León tras su huida apresurada de Sevilla. Sus contertulios sabían que había andado los últimos meses en asuntos de la Junta Central, sin formar parte de ella, sin que se le conociera oficio o encargo alguno, pero siempre a sus órdenes. Muchos pensaban que había trabajado como espía para el rey Fernando o que se había dedicado simplemente a proteger a algún miembro de la Junta como vulgar matón. Lo cierto es que, ahora que el órgano provisional de gobierno, humillado y falto de crédito, había cedido sus poderes a un Consejo de Regencia, Martín se hallaba huérfano de apoyos políticos: sin misión que cumplir, sin señores que proteger, pero dispuesto a llevarse a la tumba hasta el último de los secretos que conocía.

El gigantón giró levemente su tronco envarado para mirar al resto de los tertulianos por encima del hombro como si no tuviera cuello. La luz de la ventana marcó aún más un mentón afilado y lampiño que parecía querer escapar de la escena y salir volando libre sobre las aguas grises del océano. Entonces extendió su brazo izquierdo y apuntó hacia la calle con un bastón de nogal lacado en negro al que coronaba un puño blanco de marfil pulido como una bola de billar.

— ¿No ven esos troncos podridos encallados en la arena?

Desde la ventana del salón de doña Fernanda, se acertaba a vislumbrar un trocito de la bahía, bañada ahora por el suave oleaje de pleamar.

— Pues no son troncos, son restos de alguna infortunada embarcación española hundida por Nelson. Si vuelven a pasear descalzos por la playa una tarde de primavera, piensen que no hace mucho esas arenas seguían bañadas de sangre patriota. Derramada por proteger un pedazo de madera como ese.

Uriarte aprovechó para terciar y ganarse la confianza del embajador.

— Señor Mariños, las heridas de una guerra cicatrizan con las de la siguiente. Nuestros amigos ingleses tienen ahora casi sesenta mil hombres luchando contra Napoleón en España. ¿Qué podemos reprocharles?

— ¡Pues para empezar, que no sean doscientos mil! — Martín miró a lord Wellesley y este contuvo una sonrisa de escapatoria que hubiera sido sumamente inoportuna—. Y para continuar, que solo hayan centrado sus ambiciones en las plazas marítimas más jugosas... Cádiz, Santoña, Tarifa. ¿Dónde diablos estaban cuando los necesitamos en Ocaña o en Talavera o en Coruña...?

— Caballero, hace usted que me sienta obligado a defenderme. — Por fin, al embajador se le agotó la flema británica—. Creo que olvida que, para la Corona que represento, es un asunto absolutamente prioritario ayudar a España a permanecer libre. Su nación ha luchado más que ninguna otra en Europa y, a pesar de estar infestada de tropas francesas desde hace ya más de dos años, se resiste con honor a ser sometida por el enemigo. Siempre estaremos con ustedes en ese empeño.

— Al menos mientras nuestro enemigo sea también el de su rey.

LA NOCHE DEL REY

—*Dear Sir*, no creo que esté en condiciones de dudar de nuestra alianza. ¿Tengo que recordarle bajo qué pabellón navegaban los barcos que le trajeron a usted y a sus correligionarios desde Sevilla hace una semana? De no ser por mis compatriotas, la Junta andaría ahora en una cuerda de presos camino de Madrid para hacer una visita a la horca... y usted con ellos.

Golpe bajo. Mariños hubiera deseado no recordar. Hubiera preferido olvidar para siempre las últimas jornadas de su vida. Pero las palabras del embajador le devolvieron a la memoria cada uno de los minutos transcurridos desde el frío mediodía del 1 de febrero en que abandonó Sevilla junto con lo poco que quedaba del Gobierno de la nación. Y sí, en un barco inglés. Hasta Sanlúcar navegando un Guadalquivir teñido de infamia, trufado de barcas a bordo de las cuales huían las familias adineradas, las que tenían más hacienda que perder y menos honor que entregar. «Patriotas de poca monta que permanecieron fieles al rey mientras el Gobierno los mantuvo alejados de la guerra», pensaba Mariños. Pero en realidad eran hombres y mujeres que no hacían otra cosa que sucumbir a la desesperanza. Si la propia Junta ponía tierra de por medio, ¿qué no iba a hacer un comerciante de telas? Aquellos días de huida, rodeado de los más débiles, de los más desgraciados, de los más pusilánimes, de aquellos que habían aguantado hasta el último día en Sevilla no por valor, sino por pereza, por cobardía o por avaricia, pesaban en su conciencia como un fardo de cantos de río. Sevilla se vació primero de los más pobres, de los que debían poner a salvo su único patrimonio: la vida y la familia. Luego de los más listos, de aquellos que anticiparon lo insostenible de la situación capitalina una vez el rey José hubo atravesado con su séquito Despeñaperros. Y allí quedaron los que no tenían valor suficiente para emprender una nueva vida o disponían de demasiados bienes como para entregarlos de súbito al francés. Avaros y cobardes embarcados por igual junto a soldados, miembros del Gobierno y patriotas despistados. Unidos por el mismo rasero de esa camaradería espontánea, de esa piedad atávica que suele aflorar en los que viven entre la miseria y el miedo. Todos iguales ante la ley del que huye, del que escapa hacia un futuro incierto con la sensación de no llevar las riendas de su vida: de haber perdido la última oportunidad de demostrar a los suyos que, en el fondo, eran hombres de honor.

A Mariños le escocía estar vivo. Eligió el río para salvar la vida y ahogar en sus aguas la conciencia. Otros miembros del Gobierno prefirieron escapar por tierra y en ella encontraron una más honrosa muerte a manos del francés. Mariños era ahora un espectro sin un señor que castigara su deshonor. Un soldado cuyos servicios a la patria yacían en el fondo del Guadalquivir junto a los ayes de las señoras preocupadas por el ajuar de su casa y las arcadas de unos hombres cuyo estómago no había sido capaz de digerir la sensación de miedo.

Cuando se giró para mirar por primera vez a los ojos de Wellesley, algunas damas contuvieron un suspiro pensando que le iba a arrojar un guante a la cara. Mariños pasó tan cerca del embajador que el aire de su aliento pareció fundirse con el olor a

lavanda de la camisa del inglés. Se sentó junto a la librería, con la espalda como un palo y las dos manos apoyadas en el bastón frente al pecho. La vista perdida en el fondo del salón.

—Más nos vale a todos que ayuden a Albuquerque a detener a Napoleón, milord.

Capítulo 3

—*Mon chérie*, hazme un favor. No te vistas todavía. Acércate a la ventana así, tal como estás y espera a que la luz bañe tu cuerpo. Un poco más. ¿Notas ya el calor del sol? ¿Notas la energía que late debajo de tu piel? No, no te des la vuelta, quiero verte así, de espaldas. A contraluz. Veo el vello de tu brazo dibujado por los rayos. ¿Lo puedes ver tú también? No, qué digo, no puedes verlo, estás demasiado cerca del punto de luz. Pareces enmarcada en el umbral de la ventana. El lienzo azul del cielo. Tú en primer plano, ligero escorzo. Mira: si guiño el ojo derecho, compones un cuadro perfecto con la espadaña de la iglesia de Santa Bárbara al fondo. Si cierro el izquierdo, la tapan completamente *tes fesses*.

—¿Tes qué?

—Tus posaderas, querida, tus pálidas, suaves y preciosas posaderas.

—Monsieur Frédéric Quilliet, siento comunicarle que su modelo no tiene más remedio que alejarse del marco de la ventana si no quiere que medio Écija le vea las *fesses* y lo que no son las *fesses*.

—Señorita Asunción Mariños Quintana, ya sabe usted que el rey me ha encargado que reúna las mejores obras de arte de su reino con el sano y democrático fin de exponerlas a la contemplación del pueblo.

—Vaya, ¿y ahora te traes el trabajo a la cama? Deberías relajarte un poco. Ese puesto tuyo no te está dejando vivir. Ves arte por todas partes. Incluso en las regordetas posaderas de una sevillana rica.

Asunción se arrebujó con la colcha a los pies de la cama mientras Frédéric hacía nudos con su pelo entre los dedos. En la alcoba parecían una pareja feliz de recién casados y no un padre de familia, comisario de Bellas Artes de su majestad el rey José I, y su amante, la hija mancillada del mayor de los Mariños Bazán.

Sí, allí dentro eran felices. Felices bajo la cubierta de la villa que el comisario utilizaba como refugio entre viaje y viaje por Andalucía. Felices apurando la miel de un juego erótico que sabían con fecha de caducidad, pero que se antojaba perenne al inicio mismo de cada encuentro. Las visitas continuadas de Asunción a la casa del francés, aun a riesgo de ser vista por algún confidente de la familia, se habían convertido en los últimos meses en una dulce costumbre. El deseo, cuando se tiene la certeza de que va a ser satisfecho, no desaparece, no mengua, no puede aplacarse con

el desdén o el olvido. Forma parte del día a día hasta convertirse en una divina obsesión. El pecado.

Como si quisieran prepararse para el inevitable fin de su aventura, cuando Frédéric regresara a lo que fuera que le atara en París, exprimían los encuentros con la voracidad de una despedida. Y aunque habían llegado a sublimar la carnalidad de su pasión en un estado de embriaguez liviana y romántica, jamás se permitieron el error de enamorarse. Por eso no estaban dispuestos a abandonar su juego. Se habían convencido a sí mismos de que renunciar a él, inhibir la sed del otro, reprimir el instinto animal que los mesmerizaba, volver a respetar la pureza de las formas, la dignidad de las familias, los habría obligado a echarse de menos. Y la añoranza es el último paso hacia el amor.

Sin embargo, había algo de incompleto en aquellas escenas; una sombra levísima en la conciencia que ellos mismos aún no eran capaces de apreciar. Los besos, las caricias, los envites, los arañazos, los desmayos, los suspiros, el sudor, los fluidos, el hambre, los poros, las miradas, las risas, las transgresiones, el dolor, la persecución, el cansancio, los jadeos, el clímax, el silencio... ¿no eran injustas manifestaciones de paz en medio de una España comida por la guerra? ¿Tenían derecho a vivir despreocupados, de espaldas al horror, siquiera durante la fracción de segundo que dura el placer íntimo? Los dos se sentían privilegiados poseedores de un bien que los mantenía fuera del alcance del espanto. Y eso, que empezaba a convertirse en la semilla de un imparable sentimiento de culpa en el alma de Asunción, a Frédéric le traía absolutamente al fresco. Estaban a punto de iniciar un inexorable viaje en direcciones opuestas.

Todo comenzó, como siempre ocurre, con la connivencia rebelde del azar. (Reuniones, salón de baile, soy pintor, quieres que te pinte...) Bailaban ajenos a sus defectos, pensando que el mundo estaba tan sordo y ciego como ellos y que el resto de la humanidad escuchaba el mismo vals en lugar del frenético reguero de cuchicheos que su actitud provocaba. Cegados por el brillo de los suelos de mármol, deslizándose por ellos con la misma insensatez con la que iban a deslizarse más tarde por la vida. Ella, obnubilada por Francia; él, prisionero de todos los tópicos que los viajeros mal informados se habían encargado de desperdigar por el mundo acerca de la mujer española.

Frédéric llevaba años emigrado a España, donde hacía todo lo posible por no caer preso del recuerdo de su honrada vida en París. Para él, todo lo posible quería decir entregarse al deleite del arte, el vino y las mujeres (exactamente por ese orden) mientras el Gobierno y la guerra se lo permitieran. Educado como marchante de antigüedades, había desarrollado una especial pulsión por la belleza material, inerte. La contemplación de un cuadro, el tacto de la madera de un arcón, el olor a moho de un pergamino le conducían a terrenos inexplorados del alma, a un rincón privado del placer del que no se había atrevido a hablar jamás. Cuánto de refinamiento estético y cuánto de enferma obsesión había en su conducta es algo que ni él ni nadie hubiera

podido determinar. Lo cierto es que el único ser humano que le proporcionaba un sosiego similar era Asunción, un aparente escollo en su camino por Andalucía que había terminado por retenerle más tiempo de lo deseado. Hasta el punto de obligarle a mantener una casa estable en Écija con el único fin de sofocar las tentaciones de alejarse demasiado de ella. Pero ni siquiera en la elección de la dama habían intervenido las mismas pasiones, el mismo juego de atracciones, la misma llamada de la biología y de la química que regulan los encuentros entre hombres y mujeres desde el origen de los tiempos. Se esforzaba sin tregua para autoconvencerse de que lo que sentía por su amante era exactamente lo mismo que cualquier otro hombre sano y joven puede sentir por cualquier otra mujer bella y obsequiosa, pero no era capaz de borrar de su conciencia la sospecha de haberse enamorado de una idea más que de un cuerpo.

Una tarde de verano, el destino le situó frente al convento de las Agustinas Descalzas de Granada, adonde entró junto al comisario regio Miguel José de Azanza y un par de agregados de la Corona francesa más por huir del bochorno de la calle que por afán investigador. Viajaban de incógnito por tierras que aún no habían sido dominadas por el ejército bonapartino confeccionando un catálogo de obras de arte en posesión de las órdenes religiosas. Al rey José se le había metido entre ceja y ceja la idea de crear un gran museo en Madrid donde todos los ciudadanos pudieran contemplar los cuadros que durante siglos habían permanecido ocultos en colecciones privadas de nobles, ricos burgueses y monasterios. Frédéric paseó largamente por todas las estancias del edificio desatendiendo a sus obligaciones mientras el comisario convencía a la abadesa de que era imprescindible inspeccionar el cenobio por si fuera necesario ocuparlo como hospital donde cuidar a los infortunados soldados españoles. La guerra cierra muchas vidas, pero abre muchas puertas. Y aquellos hombres habían aprendido a pulsar los profundos resortes del miedo, de la compasión, del odio, del patriotismo y de la avaricia. Para entrar en una casa y espiar el estado de su patrimonio bastaba con una sutil amenaza, un vehemente discurso sobre las ruindades del invasor, un pequeño empujón en el escalafón social, una promesa de ayuda «cuando todo esto pase». Habían visto a nobles confesar la situación exacta de todos los cuadros de la familia a cambio de una visita al agregado comercial del rey «para hablar de lo tuyo». Y a familias enteras capaces de poner a disposición de Bonaparte todas sus joyas con tal de asegurarse de que los soldados franceses no iban a acercarse a sus fincas en su camino hacia el sur. Por supuesto, ni Frédéric ni sus acompañantes tenían poder alguno para garantizar prebendas tales, pero la experiencia los había convertido en avezados piratas de la debilidad humana; asaltadores de conciencias con patente de corso en forma de proyecto artístico. En el caso de las agustinas descalzas, no hizo falta más que activar ese rincón de compasión que asomó a la ventana de los ojos de la abadesa en cuanto le relataron algunas barbaridades que el ejército francés había venido cometiendo en la ya no tan lejana Extremadura.

—Pasad, hijos, y buscad el mejor alojamiento para esos jóvenes. Si Dios está con los nuestros, qué menos puede hacer una de sus servidoras.

Cuando entraron, tras doblar un pasillo en recodo que unía el claustro con el coro bajo del convento, encontraron a Frédéric sentado en el suelo, con el rostro levemente iluminado por la luz que rebotaba en la pared de azulejos, absorto ante un cuadro de casi dos metros junto a algunos muebles corroídos y dos alforjas que sin duda había olvidado el capellán en alguna de sus visitas. El francés torcía el cuello con cierta ansiedad para tratar de obtener la perspectiva adecuada a su incómoda posición, con los codos apoyados en las rodillas y las manos sirviendo de asiento a la barbilla, como un niño que contempla el cielo de noche esperando ver una estrella fugaz. Los demás siguieron la visita, que se prolongó durante más de dos horas, y regresaron al mismo punto para volver a encontrarse a Frédéric exactamente en la posición en que lo habían dejado.

—Es una bellísima Asunción. De Carreño de Miranda. La madre tornera lo ha dejado ahí porque está pintando otra vez el cancel. Le daba miedo estropearlo — informó la abadesa.

Pensaba con inconfesable orgullo que el visitante había sido abducido por una suerte de sed devota. Vio erróneamente en su quietud el gesto humilde de la oración. Pero Frédéric no albergaba el menor rastro de fe en su alma. En realidad estaba siendo poseído por un deseo de acercarse al cuadro de un modo que rayaba el pecado, más allá de lo que las convenciones sociales, incluso fuera de un edificio consagrado, hubieran permitido. Deseaba enmarañar sus dedos en la melena bruna de la Virgen y retirar el pelo lacio apoyado sobre el hombro para dejar al aire la piel como el alba justo en el lugar que el autor había elegido para hacer nacer el manto. Deseaba desaparecer entre las nubes de algodón que sustentaban a la Señora y respirar el mismo aliento de lirios y violetas que respiraban los diez ángeles difuminados en el cielo, volando junto a ella entre los apóstoles asombrados y Dios. Él y no otro tenía que haber pintado ese cuadro. De su paleta deberían haber salido los rojos y los ocre de las túnicas de los hombres y los grises y azules del mar de nubes. Su mente tenía que haber sido capaz de idear esa composición de círculos enfrentados; uno cerrado donde flota la Virgen esperando a ser recibida por su hijo con la humildad de quien se sabe mujer y reina, el otro abierto como una sandía que aprisiona a los apóstoles y los hace grávidos, pequeños, hombres, mortales. Frédéric deseaba pintar así. Deseaba ser invadido por el mismo estado de exaltación que debió embargar al autor de esos trazos. De haber sabido hacerlo, su vida hubiera sido muy distinta. Habría desarrollado otra mirada, otro modo de enfrentarse a su familia, a sus desdichas, a sus vicios, a la guerra. Tocado por el don de ese arte único, habría luchado más por los suyos, habría amado más a su mujer y a sus hijos, habría encontrado la piedad que jamás tuvo hacia los muertos.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

LA NOCHE DEL REY

—*La Asunción.*

No tenía ni idea de que aquello pudiera ser un nombre de mujer hasta que unos meses después lo volvió a escuchar de labios de un comerciante sevillano que se había ganado su fortuna revendiendo cinabrio de Sanlúcar y azufre de Villamartín.

—¿Y dice usted que vende...?

—Cinabrio, monsieur Quilliet, cinabrio. Lo extraen cerca de Sanlúcar y me lo mandan a Sevilla por barco. Es un metal muy codiciado.

—No lo dudo, señor Mariños, pero reconozco no tener la menor idea de por qué.

—Parece mentira que un hombre tan ducho en las artes decorativas desconozca a nuestro buen amigo el cinabrio. Le sorprenderá saber que lo tiene más presente de lo que cree en su vida. ¿Ve ese espejo?

—Me he fijado en él nada más entrar en su salón, caballero. Es una magnífica pieza tallada en oro del siglo ¿pasado?

—No me preocupa de qué siglo sea, don Frédéric. Lo que me importa es lo que no se ve en él. El azogue, ese líquido mágico capaz de convertir un vulgar vidrio en un espejo. Pues en muchas partes del mundo el azogue se extrae de mi cinabrio.

Don Juan Mariños Bazán sacó del bolsillo de su casaca una piedra rosada en forma de corazón.

—¿Y este trocito de roca rojiza se termina convirtiendo en un espejo como ese?

Frédéric perdió la mirada en el espejo del salón el tiempo suficiente para reparar en la imagen de una mujer que se acercaba hacia ellos desde su espalda. Y estuvo a punto de no escuchar que don Juan había reiniciado la conversación.

—Permítame que le presente a mi querida hija, la única alegría que le queda a un comerciante de piedras cuando llega a casa. Asunción.

Mantuvo el francés un momento la mirada en los ojos que le observaban desde el espejo, ojos negros y redondos que, en contra de los que cualquier convención hubiera impuesto, se negaban a batirse en retirada. Finalmente, se giró haciendo acopio de caballerosidad afectada.

—Así que Asunción también es nombre de mujer.

—¿De qué iba a ser si no, caballero?

—Discúlpeme. Estaba pensando en un cuadro...

Frédéric supo que estaba a punto de decir algo verdaderamente inconveniente, algo que iba a convertirse sin duda en una descortesía, quizá en una ofensa irreparable para aquella familia que lo había acogido como embajador del rey. Pero no pudo contener la frase y se despeñó sobre ella sin freno.

—... un cuadro de una Virgen.

Y lo que en cualquier otra circunstancia habría terminado en una salida deshonrosa de la casa, quién sabe si en una innecesaria petición de reparación por parte del ofendido padre, terminó saldándose con la sonrisa femenina más desmayadamente pérfida que el francés había contemplado en su vida. Una sonrisa que abrió un abismo entre el padre y la hija y convenció al gabacho de que había valido la pena permanecer en España a pesar de la guerra.

Don Juan, que había adivinado en su niña por primera vez el brillo de una mujer, no pudo hacer nada para impedir que ella y Frédéric volvieran a verse, siempre bajo el protector techo de aquel salón y la mirada inerte de ese espejo culpable del drama que se estaba fraguando. Don Juan, afrancesado y traidor, había permitido que el enemigo entrara en su casa demasiadas veces y ahora el enemigo estaba dispuesto a cobrarse su pieza de la mano de monsieur Quilliet, un hombre que a lo largo de los años había desterrado de su espíritu toda ambición, toda dignidad, para entregarse a las tres únicas cosas que ya le interesaban: las mujeres demasiado jóvenes, los vinos demasiado viejos y los pintores demasiado muertos.

Capítulo 4

La noche en El Bosque arroja entre los pinsapos fibras de plata procedentes de una luna envejecida. Una luna que ha visto cosas que difícilmente soportaría un ser humano. La misma que ahora espera la llegada del rocío, hace muy pocos días hubo de levantar acta sobre estos montes del inmenso catálogo de maneras en las que un hombre puede matar a otro. Aunque eso el americano viajero aún no lo sabe. Un atardecer en Bailén intercambió cuatro palabras con un soldado español. «Antes de la guerra, la luna brillaba más.» Le pareció una estupidez. Una de esas exageraciones propias de españoles. Pero asintió con media sonrisa de cortesía. Al fin y al cabo, el muchacho tenía marcado en la cara su destino: sentir el frío de la bayoneta gabacha entre las carnes, tarde o temprano. Para qué contradecirle.

El americano se ha levantado, alertado por un aullido lejano, aunque es incapaz de reconocer si se trata de búhos o de lobos. Quizá no sea ni una cosa ni otra. Descubre de repente que está sediento, así que agarra el pellejo de agua que el posadero le ha prestado y sale a estirar las piernas. Una comadreja le mira desde las zarzas, saluda un brillo azul en cada ojo antes de huir zigzagueando. Siente curiosidad por el caserón del otro lado de la calle, aquel en el que supuestamente duerme todo un rey. No tiene la menor intención de creerse la historia del posadero, pero se dispone a rodear el edificio. Es evidente que alguien sigue despierto ahí dentro. Trata de imaginar qué motivos podrían conducir a un monarca a pasar la noche en un pueblo de fantasmas. Aunque tampoco es fácil entender por qué un posadero ha de inventarse una historia así. Da igual, ya está al otro extremo de la calle dispuesto a asomar el hocico por la ventana justo en el momento en el que una puerta se abre al otro lado de la casa, junto a la masa de árboles en sombra. Gira sin hacer ruido, bordea el edificio y observa escondido tras la esquina. Hay un hombre apoyado en un roble, con la cabeza gacha. Le cuelgan los tirantes casi hasta el suelo y asoman por fuera del pantalón ajustado los faldones de una camisa impecablemente blanca. Fulge una pincelada de luz en la punta de las botas. El hombre alza su cabeza queriendo tomar una bocanada de aire fresco y ofrece a la luna una cabellera acaracolada, corte al gusto francés, penachos negros pegados a las sienes y nuca cortada a navaja. Sacudido por una convulsión inesperada, vuelve a agacharse y abrazándose a sí mismo la cintura, empieza a vomitar. El americano se siente incómodo, pero no deja de contemplar la escena. El hombre que tiene enfrente se está limpiando la boca con la manga de la camisa mientras espira un leve quejido. *Mon Dieu!*

De súbito gira la cabeza como apercebido de que alguien le contempla y se topa con los ojos curiosos del americano. Este hace un pequeño ademán de esconderse, pero tiene tiempo para darse cuenta de cuán infantil sería el gesto y rectifica. Se queda tal cual está, apoyando las dos manos en la esquina de la casa y asomando el cuello.

— Creerás que estoy borracho.

El americano solo acierta a encogerse de hombros y a extender el brazo para ofrecer agua del pellejo.

— Necesita beber. Soy médico.

— Y extranjero. Por el modo en el que hablas, no te has criado en la sierra de Ronda.

— No, exactamente, aunque llevo más polvo español en los calzones que muchos bandoleros.

— Aquí es preferible que los llames insurgentes.

— Como quiera. Nací en Nueva York.

— Vaya, el país más joven de la Tierra y ya estás huyendo de él, tan pronto.

— La verdad es que no he parado mucho tiempo en ningún sitio.

— Otro viajero que ha venido a dar con sus huesos en este absurdo pueblo arrasado por las tropas francesas. — Algo más recuperado, se acerca al americano y acepta un trago de agua.

— Mi guardia me matará si me ve hacer esto. ¿Sabes quién soy?

Bebe con soltura, alza el brazo derecho y deja caer un chorro limpio de agua entre los dientes; «el modo en el que los españoles beben el vino», piensa el intruso, al que siempre le repugnó la costumbre de beber en bota o en porrón.

— El posadero de ahí enfrente me ha contado algo.

— Sí, claro, ¿y quién te ha dicho que soy?, ¿Pepe Botella, el Traidor, el Perro, el Aguilucho, Matacuartillo, Pepe Cuba...? ¿Qué nombre ha elegido el buen ciudadano para referirse a mí?

El americano calla por cortesía y agachando levemente la cabeza, se presenta.

— James Irving, cirujano. Acepte mis respetos.

— He aceptado tu agua. ¿Te parece poco?

El rey se comporta ahora por primera vez como tal. Recompone el gesto, ordena sus ropas, sacude algo del polvo pegado a la pernera y calma al guardia que acaba de salir a toda prisa por la puerta al reparar en que su majestad José I se había ausentado de la habitación.

LA NOCHE DEL REY

—No estoy borracho, ¿sabes?

—El agua de la sierra es demasiado fría. El modo en el que la bebe no es bueno, créame.

—Simplemente, no puedo dormir. Hay demasiado silencio en este pueblo.

—Le dije al posadero que parece un pueblo de fantasmas y no pareció ofenderle.

—Creo que empieza a formar parte de mi costumbre. —El rey habló como si llevara tiempo necesitando confesarse—. A Su Augusta Majestad le precede una caravana de muertos. Da igual dónde me aloje: Madrid, Bailén, Sevilla... siempre han llegado antes «mis hombres» para hacer de las suyas.

—Habla como un bandolero... un insurgente. ¿El rey reniega de sus tropas?

—Amigo americano, no sé por qué demonios estoy hablando así contigo. Puede que sea el efecto de esta noche de locos o la gratitud por el trago de agua que me has servido o la sensación de que eres el único súbdito que me ha visto vomitar... Qué más da.

El rey agarra a James por el brazo y se lo lleva un poco más prado adentro, alejándolo de la puerta de la casa donde el guardia sigue firme mientras evita dirigir la vista hacia la pareja para no parecer indiscreto.

—Mira, todo esto que está ocurriendo es odioso. Se lo escribí al maldito Murat el 2 de mayo en Madrid y me lo repito una y otra vez. No soy yo el que quiere esta absurda guerra. No fui yo el que mandó fusilar a aquellos hombres en Moncloa. No tenía ni idea de lo que pasó aquí la semana pasada. Acaba de contármelo mi *aide de camp*. Es lo que me ha puesto enfermo.

James, el hombre sin patria, el viajero solitario en un país en llamas, el cirujano que huye de sí mismo desde hace más de veinte años, el que ha atravesado Europa sin conocer exactamente dónde iba a dormir a la noche siguiente, está a punto de sentarse en una roca junto a un rey que no es el suyo y escuchar de sus regios labios la historia que un posadero loco no quiso contarle:

Empezaba a retirarse el sol oscureciendo los pastos secos sobre los que cuatro niños sucios y desabrigados jugaban a ser soldados. Sus gritos, torpes proyectos de fiereza, podían escucharse claramente desde la posada de José Luis. «¡Chúpate esta, gabacho! ¡Vas a probar el sabor del hierro español!» Armados con juncos y bolas de trapo, los patriotas de juguete repetían historias familiares carentes de sentido, aún, para ellos. Se juega a la guerra como se juega al escondite: siempre gana el más valiente, el que más tiempo aguarda agazapado tras las zarzas a la espera del rescate. El que sabe contener la respiración al paso vigilante del contrario. El que es capaz de creerse de verdad que sus juncos son espadas; y los trapos, balas de cañón; y el sudor de los amigos, sangre; y los jirones de sábanas viejas, estandartes desteñidos en el campo de batalla. Gana el que olvida que es un niño y se cree mariscal y se adentra

más que nadie entre los riscos y salta al río sin temor a ensuciarse y trepa a los árboles aun a riesgo de llevarse una buena ristra de arañazos. Siempre gana Blasín, el más pequeño de los hermanos, cuyo cuerpo de lagartija cabe por las ranuras de las rocas (que a él le parecen cuevas). Blasín y su fosco pelo amarilleado por el polvo y sus velas renegridas pegadas bajo la nariz y esos pantaloncitos cortos caídos bajo la cintura que ha de sostener con las manos para que no le lleguen a los pies antes de iniciar una carrera. Fue él el primero en encontrarse de cara con un dragón francés. Nunca había visto a un soldado de verdad. Y no supo realmente si aquella montaña vestida de verde lo era. El casco sucio y arañado aún conservaba dos o tres hilos de su penacho. A Blasín le recordó la piel sarnosa de una mula más que la cresta de un húsar. Volvió a ajustarse los pantalones, y pasó la manga de la camisa bajo la nariz para rebañarse los mocos, asombrado por el aliento a cebolla ácida que exhaló el hombre barbudo mientras murmuraba un ahogado «petit cochon». No le dio tiempo a darse la vuelta ni a proferir ningún grito. Ni siquiera hubiera sabido qué gritar. La espada le entró por el hombro derecho y le salió por el ombligo y su sangre de cinco años salpicó la corteza de los robles más viejos.

Alterados por el incidente, los sesenta miembros del destacamento de dragones que cercaban el camino adelantaron sus planes. Se hicieron visibles de pronto, entre la maleza, detrás de los troncos, subidos a las rocas, saliendo del río... A pie y a caballo asaltaron el pueblo antes de que sus habitantes llegaran a entender qué estaba pasando. Jugaron a una lúgubre lotería con las casas eligiendo al azar cuál saqueaban, cuál quemaban, cuál dejaban intacta. Los hombres de El Bosque trataron de repeler el ataque con todo aquello que pudieron. Las hoces, las guadañas, los rastrillos, las sillas, los calderos eran en realidad un enjambre de mosquitos que apenas podía atravesar la dura dermis olivácea del regimiento. Solo fueron treinta minutos, el tiempo necesario para que la noche cayera a plomo, iluminada por el temblor de las hogueras y atravesada por el coro de llantos de los hombres y mujeres que habían sobrevivido.

—Se han ido todos, ¿sabes? No había un alma para recibirme ayer cuando llegué. A mi gente le costó encontrar un lugar digno donde pasar la noche.

—Queda el posadero y algún que otro hombre que me crucé por el camino.

—Quedan los que no han podido huir, los que lo han perdido todo y los que se han vuelto locos. Y ¿sabes lo que me dicen? Que nuestros hombres no hicieron más que repeler al enemigo. Que el día anterior los vecinos de este pueblo, junto a los de Prado del Rey, se habían emboscado para pasar a cuchillo a un destacamento imperial que andaba por aquí en servicio de descubierta. Que mataron a catorce de los nuestros. Que esta sierra es un nido de insurgentes y guerrilleros. Que lo del niño fue un triste imprevisto... ¡Mamarrachadas! Tengo que reinar a una nación de doce millones de ciudadanos valientes que me odian y mis generales no me ayudan, precisamente, con su codicia. ¡Maldita sea, me gusta España! Pero hoy, en este pueblo en medio de la sierra de Grazalema, me siento más lejos de ella que nunca.

LA NOCHE DEL REY

El rey José se acerca a un árbol retorcido y da dos palmetazos con la mano a su tronco.

—¿Ves este olivo? Es idéntico a los de Nápoles. ¿Tú sabes cuántas tardes he pasado leyendo a su sombra allí, jugando con Zenaida y Carlota, recorriendo leguas escoltado por sus copas verdes, de pueblo en pueblo, todos engalanados para recibirme? Yo era su rey. Ellos me querían. Cuando acepté la oferta de mi hermano para gobernar España, creí sinceramente que podría hacer que las cosas aquí fueran iguales.

—¿Pensó que le iba a recibir con los brazos abiertos un país dominado?

—¡Toda Europa está dominada! ¿Acaso no están dominados los españoles por el Borbón? Andalucía se parece tanto a Nápoles. Estaba seguro de poder conquistar el afecto de este pueblo. Mira, escucha, americano, ayer mismo me pasó algo maravilloso.

»Con las primeras luces de la mañana la caravana real empezaba a prepararse para reiniciar el camino. Habíamos dormido en Arcos de la Frontera y antes de partir decidí oír misa en la parroquia mayor. Tienes que conocerla, no debe envidiar nada a una catedral. A decir verdad, en Arcos me han recibido bien, sin ir más lejos, las autoridades habían pasado la noche adornando la iglesia para nosotros. No es que eso me conmueva, ciertamente. Sé que muchas veces el recibimiento de un pueblo equivale a la cuantía de las gratificaciones que mis embajadores han ido prometiendo antes de mi llegada. Pero por primera vez desde que decidí viajar por Andalucía, me sentí como en Italia. Escuché el tedeum con devoción y di gracias a Dios por haberme aconsejado bien. Era cierto que lo mejor de estas tierras está al sur de Despeñaperros.

»Al salir de misa me acordaba de Julia y de las niñas y de cuantas cartas les había enviado deseando que vinieran conmigo a España y empezaba a convencerme de que mi misión tenía sentido. Mi *aide de camp* me sacó de estos pensamientos súbitamente. Frente a nosotros, un campesino asustadizo venía a hacernos una petición. Se arrodilló y en un español que no fui capaz de entender nos habló de sus hijos recién nacidos. “Esta noche su mujer ha dado a luz a dos gemelos, varón y hembra, Majestad. Cree que su presencia en Arcos es un buen augurio y suplica permiso para darles su nombre y el de la reina.” Es absurdo, pero me conmovió. Qué sé yo si no fue el propio coronel Clermont el que organizó todo ese teatro para darme gusto. Pero me conmovió. Allí mismo ordené que le dieran a ese hombre 500 francos y delegué en el alcalde para que actuara de padrino en el bautizo en mi nombre. José Napoleón y Josefina Julia, los dos primeros niños españoles apadrinados por el rey.

José deja de hablar repentinamente. Parece que va a volver a vomitar. Cruza el cielo la sombra de unas nubes de lluvia que se entrometen entre su mirada y la luna. Hace frío y el americano ha pegado su espalda a la pared de la casa en busca de refugio.

—Solo una jornada después tengo que enterarme de que estos dragones enfurecidos han hecho otra de sus escabechinas en mi nombre. Aquellos gemelos tuvieron suerte. Nacieron en el lugar y el momento apropiados. Crecerán agradecidos al rey José.

Apenas ha terminado la frase, el egregio cuerpo vuelve a retorcerse para vaciar una vez más el estómago.

—Te juro que no estoy borracho.

Capítulo 5

—No me gusta nada Mariños. Cada vez que me mira me dan escalofríos. Todo lo que tiene de alto, lo tiene de siniestro.

—Y de patriota, querida Fernanda, y de patriota.

Sentados en el café, casi al pie de la calle, Fernanda Caro Riquelme e Isidoro de Uriarte, la una golpeando su abanico nerviosamente en la mesa de mármol, el otro con la mano sobre el empuñadura de su botín, esperaban al camarero. La Isla no estaba para carnavales, pero de la calle llegaban los gritos de cuatro miembros de una comparsa que tras abusar del amontillado ensayaban canciones con semanas de antelación. «Salud, gran rey de la rebelde gente. Salud, salud, Pepillo diligente, protector del cultivo de las uvas y catador experto de las cubas.»

—Tiene gracia. —Uriarte hablaba mirando al ventanal—. ¿Sabías que en realidad el Rey Intruso no bebe?

Hacía frío, pero era un frío de Cádiz. Se podía pasear en mangas de camisa sin temor a constiparse. Solo los niños más pequeños y los militares obligados por el reglamento se protegían con chaqueta. Estos últimos abundaban. En La Isla lo primero que se veía por la mañana y lo último al anochecer era una pareja de soldados. Por lo general flacos, mal alimentados. Costaba creer que algún día se habían batido con fiereza en el frente. Aparecían siempre de dos en dos repartiéndose a uno y otro lado de la calle. Se diría que andaban simplemente para pasar el tiempo, esperando que alguien les dijera qué hacer. En un par de meses, La Isla había acogido a demasiados de ellos, sin misión concreta, a la expectativa de entrar en acción si algún día las tropas francesas asomaban la nariz por el puente de Zuazo. Llevaban sus uniformes con donosura impropia de su falta de carnes. Todo el mundo sabía que no cobraban desde hacía años y se preguntaba de dónde venían, quién les daba de comer, cómo cuidaban sus arsenales. Pero cualquier ciudadano les cedía el paso con orgullo y alguna que otra sonrisa aún se llevaban al cuartel de parte de una dama agradecida. Soldados y voluntarios rivalizaban por las atenciones del personal. Ahora que Alburquerque estaba organizando sus tropas en Cádiz, el tema de moda volvía a ser la guerra. No la dura guerra del campo de batalla, la de los harapos ensangrentados y las viudas plañendo su condición en las esquinas, sino la guerra de salón. Entretenía las charlas y avivaba las discusiones saber un poco de estrategia, tener alguna idea de cuáles podrían ser los movimientos del enemigo los próximos meses, conocer dónde estaban desplegados los hombres del conde de

Ruffin en Puerto Real o los de Cassagne en Medina Sidonia. La mayoría de los habitantes de La Isla aún no se habían enterado de que la Junta delegaba todo su poder a un órgano regente; se seguían sintiendo gobernados, todo estaba en orden y, fiel a los principios que había jurado, Cádiz no reconocía a otro rey que Fernando. Uriarte retomó la conversación:

—Sí, es cierto que Mariños estuvo un poco violento ayer con el embajador. Pero razón no le faltaba. Hoy no me fiaría de un inglés ni para comprarle té.

—En el último año nadie puede fiarse de nadie. Pero a mí no me quitas de la cabeza que ese hombre guarda un secreto y esta que ves aquí sentada se lo va a sacar.

—¿Piensas volver a invitarle a que te agüe otra tertulia?

—No hará falta, pienso utilizarte a ti.

Uriarte no dejaba de preguntarse por qué le atraía tanto esa mujer. Casi tan entrada en años como en carnes, su viudedad le confería cierta libertad de movimientos más propia de una dama francesa. De cara a la galería, mantenía, sin embargo, una exquisita corrección ibérica. Ni una sola vez había abierto la mínima falla por la que hombre alguno pudiera penetrar. Hablaba con todos con igual entusiasmo, de manera que, si no se la conociera, podría decirse que con todos flirteaba. Pero no existía ni un átomo de seducción en sus evoluciones. Un entomólogo que estudiase con atención sus movimientos encontraría exactamente la misma dosis de frialdad, de cálculo, de matemático desdén en cada una de sus aproximaciones al otro sexo. Fernanda no mostraba interés alguno por la carne. Por eso podía permitirse el lujo de tomar café con Uriarte hoy, con Mariños mañana, con el embajador al día siguiente... cualquier hombre de La Isla estaba a su alcance, pero ninguno llegaría jamás a conocer el color de las cortinas de su alcoba. Sus acercamientos rozaban la descortesía, acariciaba las solapas de las casacas para retirar solícitamente una pelusa, se dejaba sostener del brazo para bajar las escaleras, aproximaba su silla si necesitaba contar una confidencia, hablaba al oído de los hombres tan cerca que los labios rozaban la piel de su interlocutor produciendo una turbación inconfesable. Era capaz de fijar sus ojos negros en la mirada de un contertulio y no parpadear hasta provocarle un molesto tartamudeo, ya fuera soltero, casado, viudo, sacerdote... Su interés por los hombres era puramente intelectual. Quería saberlo todo de ellos, de sus opiniones, de sus gustos. Se jactaba de conocer la tendencia política de todo Cádiz, de adivinar el color del chaleco que cada uno utilizaría para acudir a una tertulia, de tener noticia de todas las infidelidades, todos los fracasos, todas las miserias. Las mujeres, sin embargo, le aburrían. Despachaba con ellas con indisimulada desidia, sintiéndose poseedora de un don que jamás compartiría con ninguna. En el fondo sabía que si aquellas mujeres tenían maridos, novios y amantes, era, simple y llanamente, porque Fernanda Caro Riquelme no hacía nada para evitarlo.

El camarero llegó haciendo eses con la bandeja de plata para esquivar a los clientes

LA NOCHE DEL REY

que esperaban de pie entre las mesas. Dos cafés, una frasca de agua y una botella de chinchón. Fernanda comenzó a remover su taza con la cucharilla aunque no había echado azúcar, puro divertimento. Uriarte rellenó con un buen chorro de chinchón la suya.

—¿Quién sabe si tendremos café para mucho tiempo!

—¿Piensas cambiarte al té, Isidoro?

—Piensan cambiarnos los franceses.

—¿Y cómo van a hacerlo?, ¿poniendo un guardia en cada casa?

—No hará falta. —Uriarte se acercó a doña Fernanda para que no le oyeran—. Bastará con que triunfen los planes del mariscal Víctor. Me consta que ya sabes que Alburquerque y sus hombres han llegado antes que él a Cádiz y es más que probable que pretenda pasar un tiempo midiendo hasta qué punto los nuestros están bien pertrechados para el combate. Esta mañana unos doscientos franceses a caballo se han aproximado hasta el otro lado del puente de Zuazo. Solo para echar un vistazo.

—Y allí mismo les habrán dado en las narices, ¿no?

—No exactamente. En realidad han venido a ofrecer al Gobierno una deshonrosa rendición que pido a Dios que no sea aceptada.

—Vaya, querido, te me has vuelto todo un soldado. ¿Don Isidoro de Uriarte apoyando a nuestras tropas para que no desfallezcan? ¿Tanto han cambiado las cosas? La última vez que tomamos café estabas por la labor de entregarle los calzones a Napoleón.

—¿Y si no fuera tan sencillo, querida Fernanda? Mira. —Uriarte arrastró la silla para acercarse un poco más—. Desde que la semana pasada nos convertimos en ilustres vecinos de la Junta Central, los muros de nuestra ciudad se han tornado el último baluarte de la España libre. Los franceses saben bien que si rompen las líneas de defensa en La Isla, su rey tiene imperio por los siglos de los siglos. Créeme: van a echar el resto en este empeño. Y nosotros, mientras escanciamos otra ronda de chinchón, empezamos a quedar atrapados entre dos frentes.

—¿Cuando dices «nosotros», te refieres a ti y a mí?

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Tenemos poco tiempo para mover nuestras fichas antes de que de esta isla no salga ni el viento de levante. La oferta de Víctor no es ninguna broma. Viene firmada por tres oficiales de marina, pasados al enemigo, que conocen bien nuestra Armada. Si consiguen doblar la entereza de un par de antiguos conmlitones y se hacen con el mando de nuestra flota o de la Carraca, la guerra ha terminado. Y ya pueden ir aprendiendo francés todos los que están aquí sentados.

—A ver si te sigo. El mariscal Víctor puede invadir La Isla de un momento a otro.

Entran las tropas francesas, al Gobierno ya no le queda tierra para huir, salvo que se construya un palacio en el fondo del Estrecho, y la guerra acaba. ¿Y eso es malo para «nosotros»?

—No es eso lo que tiene pinta de ocurrir. El ejército francés aún no las tiene todas consigo. Saben que las aguas de la bahía, las dunas enmarañadas, los terrenos que rodean La Isla y que se inundan con la marea, el caño de Sancti Petri, son muy fáciles de defender. Si Alburquerque juega bien sus cartas, puede convertir este pedazo de tierra en una muralla prácticamente inexpugnable.

—Viniendo de un geógrafo, empiezas a asustarme.

El hombre, didáctico, dibujó líneas invisibles sobre el mármol como si fueran trazos de un mapa:

—A menos de una legua tenemos a la Grande Armée, el ejército que nada más y nada menos ha vencido en Ulm, en Austerlitz, en Jena, en Wagram y que ha sometido a toda Europa Occidental. Y aquí, en el reducto de una isla prácticamente sin salida al mar, miles de soldados españoles desesperados que cuentan con la inestimable ayuda de las tropas británicas.

—¿Tenemos guerra para rato?

—Eso no sería lo peor. Tú y yo hemos sobrevivido a la guerra sin mucho esfuerzo. Pero entre los planes de Víctor hay una alternativa que no nos conviene nada. En lugar de entrar en combate directamente, podría someter a La Isla a un continuado asedio.

—¡Como en Zaragoza y en Gerona!

—Pero con la consciencia de que este puede ser el último. Los franceses van a tener toda la paciencia que necesiten. Y los soldados patriotas no tendrán más remedio que aguantar hasta que se hayan comido la bandera española para sobrevivir.

La Isla se había convertido en los últimos meses en una ciudad superpoblada y la avenida era un río de gente con prisa. Un par de vendedores de bocas trataban de sacar partido a la situación repartiendo su última mercancía antes de que la hora de la cena se echara encima. Fernanda perdió la mirada en el tráfago de la calle. Fue distinguiendo de entre el tumulto puñados de personajes anónimos como quien escoge lentejas sobre el hule de la abuela. Comerciantes, arrieros, limpiadoras, estibadores, carpinteros, pescadores, ayas, prestamistas, modistillas, mozos de soga, putas... todos tendrían pronto su ocasión de servir a la patria. Serían vigías, correos, espías, albañiles para el refuerzo de las fortificaciones y arquitectos para levantar cortaduras, enfermeras ofreciendo la última sonrisa terrenal antes de la muerte, mecánicos ayudando a desatascar las baterías. Entonces pensó que toda su vida estaba a punto de venirse abajo. Ella, que había sobrevivido a lo peor de la guerra precisamente por no haberla tenido cerca. Ella, que había multiplicado el patrimonio

LA NOCHE DEL REY

de su difunto marido por hacer tan bien lo que él nunca fue capaz de hacer: mantenerse al margen, nadar entre las dos aguas en las que España obligaba a todo ciudadano a mojarse. Afrancesada de noche y patriota de día. Traidora de todos.

Atravesó con la imaginación las casas de enfrente y se vio a sí misma junto al Atlántico, enrarecido aquel día de febrero por las corrientes frías de altamar. Y se reconoció apresada entre dos mundos: la Francia a la que había servido tantas veces en secreto y la otra orilla del mar a la que ya no tenía esperanzas de llegar jamás: América. De París había podido llegar a tocar, siquiera con la punta de los dedos, su lujo, su moda, su elegante decadencia. De América solo tenía los apasionados relatos de los viajeros que a menudo visitaban los cafés gaditanos y las aventuras que había soñado tantas veces en sus últimos años de noches solitarias. Eligió vivir bien en el tiempo en el que alrededor los hombres morían desangrados a perdigonazos y las viudas, arruinadas. Escogió la vía aparentemente fácil de la conspiración y la acechanza, de la simulación y el embuste. Pero los tiempos que se avecinaban eran tiempos de acción. Una mujer pasando informaciones a dos bandos en las tertulias no servía ya para nada. Se requerían hembras capaces de remangarse la falda y acudir al frente con calderos de aceite hirviendo; niños apostados en las esquinas con tirachinas y bolsas de abrojos para lanzarlos al paso de la caballería gabacha; ancianos limpiando escopetas de chispa escondidos en los sótanos de las casas.

Su fortaleza interior de espía consentida y utilizada por todos se empezaría a desmoronar en el mismo instante en el que el Gobierno se negase a capitular y el mariscal Víctor diese la primera orden de asedio. Esa certeza acababa de invadirle ahora la mente, mientras ante los ojos pasaba el gentío, cada cual enfrascado en sus pensamientos, cada uno con su personal saco de problemas a cuestas. Y entonces fue cuando decidió darle a Uriarte lo que sabía que llevaba meses deseando y pensó que jamás podría entregar. El último acto de supervivencia, el único colofón posible a su carrera debía contar con el apoyo valiosísimo del geógrafo. Aún había una alternativa a un destino que le obligaba a convertirse en heroína o acabar ahorcada públicamente en la plaza mayor. Ninguna de las dos alternativas entraba en sus planes. Todavía podía jugar su última carta y rellenar de pólvora el arma que se había negado a utilizar hasta ahora.

—Isidoro, me han dicho que hay un camino expedito hasta Écija si salimos pronto.

—¿Quién te ha informado?

—El otro día, mientras me probaba unos guantes en la tienda de Isabelita, alguien hablaba con alguien. Aseguraba haber venido en un convoy desde Écija sin encontrarse un solo soldado en el camino.

—Es muy arriesgado, las cosas cambian a cada jornada.

—Pero tú tienes permisos para viajar. Eres geógrafo, cuentas con el salvoconducto del rey y el pasaporte de la Junta. Nada malo puede pasarnos.

Fernanda acarició el envés de la mano de Isidoro como si estuviera pasando los dedos por las teclas de un piano antes de hacerlas sonar. Sintió el vello del hombre erizarse y un rumor marino le acudió a borbotones a los oídos. Por primera vez en los cuatro años pasados desde la muerte de su marido se disponía a mentir a otro hombre. Esbozó una sonrisa de ida y vuelta y acercó los labios hasta tocar el oído del otro:

—Tú y yo, juntos, Isidoro. Como si no hubiera guerra.

Capítulo 6

Sevilla, 10 de enero de 1810

Queridísima ahijada:

Siento de todo corazón que hayan tenido que pasar algunos meses sin que recibas noticias mías. Yo he leído con entusiasmo tus cartas y me ha llenado de alegría saber que en Écija tu padre y tú os las arregláis bien. Es difícil concentrarse en los asuntos que realmente han de preocuparnos: el estado de la familia, la educación de quienes la Providencia ha puesto a nuestro cargo, el aseo del alma. ¡Hay tantos motivos para el desaliento! ¡Y son tantas las obligaciones que el destino ha depositado en el hombro de los hombres de este tiempo! Aquí las cosas han cambiado mucho desde la última vez que viniste a visitarme. Parece que la ciudad se ha ido vaciando poco a poco. Cada vez cuesta más encontrarse paseando por la calle a alguien de verdadera confianza. Las relaciones sociales han terminado por quedar reducidas a un saludo cordial en la acera. Cada legua que se acerca el Rey Intruso, Sevilla pierde un puñado de buenas familias. Ayer mismo anduve ayudando a los Vallejo a empaquetar sus últimos muebles. Se van a Sancti Petri, donde han conseguido que los aloje un ganadero amigo de la causa. Doña Dolores me pidió que me fuera, que no permitiera que me pasara nada. «Martín, hijo, cuando murió tu madre, la primera lágrima que derramaste fue sobre mi falda. ¿Me harás un favor? Deja lo que andes haciendo con la Junta y búscate una caravana que te saque de aquí. Ya nada es tan importante como antes. ¿Sabes cuánto tiempo llevo sin regar los geranios?»

Me dijo esto mientras con una mano usaba la punta del pañuelo de seda para recoger una lágrima y con la otra me ofrecía un papelito arrugado que apenas asomaba entre los dedos. «En esta dirección encontrarás alguien que te ayude, mi marido tiene buenos contactos con el nuevo Gobierno del rey José, muy cercanos a Cabarrús. No te lo diría si no estuviera segura de que es lo último que podré hacer por ti. Si cambias de idea, él se ha comprometido a darte protección.»

Puedes estar segura de que ni siquiera abrí el papel. Lo quemé de inmediato en cuanto entré en casa. Pero créeme si te digo que doña Dolores me ha propinado uno de los mayores golpes de esta guerra. ¡Los Vallejo también afrancesados! ¿Es que no va a quedar una sola familia fiel en esta santa ciudad? Me hubiera sido muy fácil acudir a la cita con un par de guardias y sacarle las tripas allí mismo al traidor. No sería el primer espía que riega con su sangre las calles de Sevilla. Pero ¿en qué posición habría dejado a los Vallejo? ¿Cuánto hubiera podido contener a los nuestros antes de que fueran también a por ellos? Tienes suerte de que ni tu edad ni tu condición te sometan al cotidiano tormento de tomar estas decisiones que dejan muescas en el alma y restan días a la vida.

No es la primera vez que el partido afrancesado trata de conquistar mi interés, pero jamás habían osado antes acercarse tanto a mis asuntos cotidianos. Al lado mismo de mi casa, entre las mismas paredes que me han visto echar los dientes, a las que acudí de pequeño tantas veces para refrescar el ardor de mis juegos con un vaso de agua helada o con una rosquilla de limón, en el salón donde don Juan Vallejo fue testigo de mis primeras toses atragantado por el humo de un cigarro tras explicarme cómo usar un encendedor. Allí, en un rincón de mi biografía del que no podría renegar por más que quisiera, también había anidado la viruela de la infamia.

Y si te cuento esto, Asunción, es porque me tranquiliza saber que mi hermano y tú andáis a salvo de estas cuitas en vuestra Écija querida y a buen seguro hacéis gala de una inquebrantable fidelidad al orden natural de las cosas, tal y como mi padre, tu abuelo, nos inculcó. Esta carta llegará sin falla a vuestro poder (aún conservo buenos contactos en el servicio de postas) y sé que vosotros sabréis dedicarle la discreción que se merece. Necesito que alguien sepa de mí, por lo que pueda pasar mañana.

Sí, las cosas están cambiando en esta bendita capital. El contacto con los soldados es mucho y no siempre beneficioso. Ya andan con toda naturalidad por la ciudad. Puedes encontrar partidas de patriotas en todas las tabernas, paseando por cada uno de los parques, esperando a que llegue la tarde y deban volver a acuartelarse. No se les ve demasiado preocupados, parece que quieren transmitir cierta confianza a la población, a pesar de que algunos sabemos que las noticias no pueden ser peores y que pronto tendrán que batirse a fondo para defender la posición. Mientras tanto, se mezclan con nosotros, tal vez demasiado. Su influjo sobre las costumbres es evidente. Los que más han perdido con ello han sido los criados. Su rectitud moral, su decoro en la vida y en el lenguaje, hasta ahora intachables, se han visto gravemente deteriorados. El contacto con la soldadesca les ha contagiado toda suerte de nuevos vituperios, de costumbres tabernarias, de juegos de dudoso gusto. Y con ello, han ganado considerablemente como fuente de información de primera mano. Es más fácil engatusarlos, sonsacarles o extorsionarlos. Me he enterado, por ejemplo, de que doña Amparo Alcalá ha vuelto con su marido. Lo hizo la semana pasada y él está seguro de que ha sido sin menoscabo de su honra. Me temo que es el único que piensa tal cosa. Me apena don Antonio. Cuando su mujer huyó de casa ya habían enterrado al pequeño. Fiebre amarilla. Seis meses. Todos lloramos en el sepelio, Antonio y su señora madre los que más. Sin embargo, resultó prodigioso el modo en que Amparo se repuso del envite. Una tarde que me encontré al matrimonio en la calle me interesé, pura cortesía, por su estado de ánimo. Recuerdo con exactitud las palabras de ella: «El crío era demasiado pequeño, aún no había tenido tiempo de regalarnos recuerdos de esos que no se pueden borrar». Tres semanas después dejó de dormir en su casa. Al parecer tenía un modo propio de ahogar las penas: un brigadier de la segunda división del príncipe de Anglona que andaba de paso hacia Cádiz. Antonio y yo nos seguimos viendo un tiempo. Iba siempre acompañado de alguna de sus hijas. Cada vez me saludaba del mismo modo: «Don Martín Mariños, ¿qué puede atraer a este barrio a un hombre acostumbrado a codearse con el Gobierno?». Lo decía sin sarcasmos, de verdad se sentía halagado por mi presencia. «Cuando mamá vuelva de su viaje a las Indias tenemos que invitar a este caballero a casa a cenar, es un señor muuy importante.» No sé qué tipo de sangre hay que tener para mantener una actitud así.

LA NOCHE DEL REY

Ni una reparación exigida en siete meses. Medio año sin hacer acopio del valor suficiente para presentarse en la casa del brigadier y convocarle a las afueras de la ciudad con testigos y armas de fuego. ¡Tanto han cambiado nuestros hábitos desde que el Rey Intruso campea por debajo de los Pirineos!

Y ahí los tienes, simulando de nuevo ser un matrimonio feliz. Él incluso ha reiniciado cierta vida social, se ha dejado caer por alguna que otra tertulia sin que su honor parezca mínimamente cuestionado.

Ya ves; estas pequeñas noticias me entretienen y parece que mantienen siquiera levemente el espíritu mundano y relajado de la Sevilla que tú conociste. Aparte de ellas, el resto de los sucesos que podría contarte tienen que ver con la guerra y con la Junta. Me siento cada vez más incómodo cerca del Gobierno. La gente empieza a dudar de nuestras intenciones. Se rumorea que se va a trasladar pronto a otro lugar, lo cual sería como abandonar a los sevillanos a la suerte del francés. Tengo la sospecha de que si eso sucede, la ciudad no va a tardar un minuto en rendirse a los pies de José I. El domingo, saliendo de misa, se me acercó un fraile capuchino y cruz en ristre me gritó: «¡Han de hacer algo por la gracia de Dios, los franceses están al caer!». «¿Y usted, hermano? (ahora me arrepiento de haberle contestado). Usted ¿qué piensa hacer? ¿Por qué no cuelga los hábitos y corre al frente a luchar con el resto?» La respuesta me dejó helado: «¿Y quién va a rezar por estas pobres almas cuando ustedes las abandonen?».

Los miembros del Gobierno y quienes estamos junto a él empezamos a ser sospechosos de cobardía. Quizá de algo peor: de traición. Hay noticias de barcos preparados en Cádiz para evacuar a la Junta hacia América si fuera necesario. Barcos cargados con todo lo que le queda a la Hacienda de la nación. Son noticias falsas, me consta. Pero qué más da. En estos tiempos la verdad y la mentira ya no tienen valor alguno.

Así que el populacho se aferra a lo que puede. Y lo que más cerca tiene casi siempre es la cruz. No soy tan ingenuo como para pensar que el fervor popular por los curas responda a un rebrote repentino de la fe. Sé muy bien cuánto de superstición tienen estas efusiones. Pero entre la incertidumbre en el frente, la pusilanimidad de nuestra Junta y el miedo a la anunciada reforma religiosa, la gente comienza a encontrar en los hábitos refugio y en la animadversión al Gobierno, alivio.

Así las cosas, querida ahijada, te diré con pena que he empezado a entrar en contacto con algún que otro aposentador. Es muy probable que tenga que partir quién sabe si a Cádiz o a Chiclana o quizá a Jerez. La cosa no es sencilla. La comisión que se encarga de encontrarnos alojamiento empieza a estar desbordada. Me cuentan que en la Isla de León ya casi no cabe un alfiler. Oficiales, políticos, sacerdotes y terratenientes que han ido huyendo hacia el sur solicitan acogida en casas nobles gaditanas. Pero las casas no dan más de sí. Hay familias patriotas y abnegadas que ceden sus habitaciones a diez o doce extraños diferentes cada día. En las mesas, los generales han de compartir mantel con oficiales de menor rango, y las tareas básicas del aseo se hacen realmente incómodas. Ahora la situación se ha agravado con la llegada de las primeras tropas de Albuquerque. Yo no busco gran cosa. Me basta con una cama limpia y libertad para moverme, pero no todos nuestros conciudadanos son tan comprensivos. No terminan de entender que ha llegado el tiempo del sacrificio también a Andalucía. Los que no tengan familia en

la costa habrán de hacerse a la idea de ser acogidos como refugiados donde la Comisión los mande. Dicen que en Cádiz el alboroto empieza a ser de aúpa. Por las calles transitan las familias acarreando los pocos bultos que puedan llevar consigo en busca de aposento. Entran y salen de las casas donde los propietarios se esfuerzan como pueden para hacer un hueco más. Muchos aceptan con agrado su nueva condición de anfitriones: es su aportación a la causa española. Pero no pocos andan ya buscando el modo de sacar partido a la situación. A cambio de sus camas y sus platos pretenden obtener una buena suma de dinero, alguna prebenda o cosas peores que un padrino no puede relatar a su ahijada. Habrá que terminar encargando al ejército la tarea de encontrar hogar a las familias desterradas. Por mí no habéis de preocuparos: sabré defenderme.

La próxima carta que de mí recibas ya no te llegará desde Sevilla, pero me temo que aún no puedo decirte cuál será mi destino. Tengo algunos asuntos que terminar aquí en la capital, y luego todo depende de la velocidad a la que se acerquen los invasores. No olvides ser discreta y desconfiar moderadamente de todos. Mantente cerca de tu padre y reza; reza todo lo que puedas. Todos los españoles deberíamos tener miedo al futuro en estos tiempos.

Con todo mi afecto,

tu tío Martín

Capítulo 7

—Lo que usted quiera, amigo: agua, bebidas lisas, leche fresca, horchata, limonada, naranjada, leche «Imperial», un poquito de aurora... En los bailes y refrescos del general Foy nunca ha faltado de nada, ni durante los peores días del desabastecimiento.

—¿Y se puede saber qué es eso de la aurora, amigo Quilliet?

—Un brebaje poco recomendable a no ser que quiera usted parecer más dulce que un plato de merengues en poder de pajes. Consiste en cocer una azumbre de agua con canela y mezclarla luego con horchata, cáscara de limón y una hierba que llaman toronjil. Le recomiendo el brandy. Es inglés, sí, y no precisamente del bueno, pero no creo que nos acusen de traición por ello.

Frédéric Quilliet y su acompañante lanzaron al techo del salón una falsa risotada que se fundió con los acordes de un minuetto. La fiesta apenas había comenzado una hora antes, así que aún había demasiados hombres arremolinados en la puerta de entrada, engallándose al paso de las invitadas solteras y procediendo a un ritual tan ridículo como inevitable: cada vez que pasaba una mujer bien parecida, una legión de manos acudía al nudo de la corbata para revisar su perfecto estado. Bailaban dos o tres parejas a las que apenas nadie tenía en cuenta. El baile se encontraba en ese momento que a todo anfitrión causa pavor: cuando aún no han llegado los invitados más ilustres, los músicos no se han calentado lo suficiente y nadie ha bebido tanto como para animar algún corrillo con una sarta de indiscreciones. Los hombres fijaban sus miradas en las mujeres, y las mujeres en los vestidos de otras mujeres, por lo que ni unos ni otros se habían despojado todavía de la vanidad que los atenazaba.

El general Foy organizaba antes de la guerra dos o tres recepciones al mes. Más por deseo de huir de la compañía de su mujer y sus hijas un rato que por sincero afán de proyección social. Tras la invasión napoleónica su casa dejó de recibir durante algunos meses, pero ahora que se había decantado por la fidelidad al rey francés y que las tropas josefinas tenían aseguradas las cercanías de Écija, volvía a estar abierta. Para celebrar este baile, tuvo que pedir permiso a las autoridades. Nunca recibió respuesta, así que lo dio por concedido. Ese fue el primer obstáculo salvado por el anfitrión. El segundo, asegurarse de que en la lista de invitados no se encontraba ninguno de los jóvenes que se rumoreaba que rondaban a sus dos hijas. «Pon un solo nombre de esos en la lista y te juro que al día siguiente están movilizados en el frente de Ciudad Rodrigo.» Foy había perdido gran parte de su

influencia militar al cambiar de bando, pero bien podía mover algún hilo para mandar a algún pretendiente demasiado osado una temporada a las órdenes del mariscal Soult. Así que las hijas de Foy, privadas de toda posibilidad de cortejo que les interesara, se conformaban con arrimarse a algún grupo de jóvenes solteras y criticar las evoluciones de los hombres.

Quilliet se acercó a la mesa donde se servían las bebidas y pidió dos brandis, uno para él y otro para Pierre Le Brun, el hombre achaparrado y torvo con el que se había presentado en el baile. Haberse hecho acompañar directamente por Asunción habría supuesto una imprudencia intolerable.

Le Brun bebía con la mano izquierda remetida en el chaleco, a la altura del estómago. No era precisamente el más elegante del salón. Evidenciaba ciertas dificultades para la correcta combinación de los colores. El chaleco gris y la levita verde dieron que hablar. Aun así se desplazaba con maestría y cierta altivez entre los invitados.

—No hemos venido a beber, precisamente, monsieur Quilliet.

—Ni a bailar, amigo, ni a bailar.

Le Brun extrajo un papel del bolsillo de su chaleco y se lo dio a Quilliet arrugado.

—Pues entonces, vayamos al grano: esta es la lista que le prometí. Los he visto con mis propios ojos.

La cara de Frédéric arrojó brillos de impaciencia mientras desplegaba el papel, una cuartilla manoseada con tres sencillas líneas escritas en francés. Para cuando hubo terminado de leerlas, era ya incapaz de detener el temblor de manos. Si hubiera sido un niño, habría emitido un gritito nervioso. Si hubiera sido una mujer, seguramente habría fingido un desmayo en los brazos de su interlocutor. Pero era un hombre, un hombre francés, un hombre maduro. Un hombre acostumbrado a las emociones fuertes... en ese instante, el hombre más feliz del mundo. Hizo lo posible por contener el entusiasmo. Se repuso en un segundo y guardando el papel en el bolsillo del pantalón, continuó:

—¿Dónde están?

—En un lugar en el que solo usted y yo podamos encontrarlos.

La orquesta atacó otra pieza: un vals. Varias parejas pretendidamente espontáneas comenzaron a bailar. En realidad se trataba de jóvenes que llevaban toda la tarde mirándose, sin hablarse, trazando lazos invisibles entre ellos para preparar el momento del baile. Le Brun pensó que a los españoles no les favorecía en absoluto el vals. Los hombres hacen esfuerzos sobrehumanos para parecer gráciles y las mujeres se niegan a dejarse dominar. Había visto bailar el vals inmaterial de las austriacas, la solemne evolución de las danesas, la insoportable distancia de las francesas, la forma de mirar a la cara de las napolitanas. Había asistido a fiestas en San Petersburgo en

las que las damas eran capaces de encadenar un vals con otro durante horas sin necesidad de consultar su libreta de baile. Pero en España el vals resultaba un acto contra natura. «Maldita sea —se dijo a sí mismo—. Esas mujeres se mueven como si fueran bandoleros con faldas.» En menos de ocho compases los hombres comenzaron a sudar en exceso. Le Brun y Quilliet se burlaron entre dientes de sus rostros sonrojados por el esfuerzo y decidieron retirarse algo más para seguir hablando.

—El general Sebastiani está dispuesto a hacer lo que sea para sacarlos de España. Ha hecho llegar una súplica al rey por escrito, pero parece que nadie está por la labor de echarle una mano. El Real Decreto es muy tajante, queda prohibido pasar por la frontera ninguna obra de arte. Mientras decide qué hacer con ellos, les ha buscado alojamiento en la iglesia de Santa María. El párroco ha llegado a un acuerdo con el ejército francés a cambio de protección. El muy ladrón los tiene envueltos en sudarios en una alacena detrás de la sillería.

—¿Usted los ha visto?

—Me los enseñó en persona Sebastiani: *La Virgen, Jesús y san Jorge*, de Tiziano, una Sagrada Familia de Bordone y *La mujer adúltera*, de Van Dyck. Tan auténticos como que este brandy me está corroyendo las tripas.

Para Jean Baptiste Pierre Le Brun, el arte había sido siempre un accidente. Es cierto que cobró cierta notoriedad como pintor antes de la Revolución francesa, pero nunca fue capaz de emocionarse realmente con un cuadro. Cuando conoció a su mujer, Marie-Louise, supo que su destino sería estar siempre en la trastienda, trapicheando con marcos, esculturas, manuscritos... formando parte de ese ejército sin nombre que vive de la pasión por el arte ajeno. Marie-Louise sí que estaba tocada por las musas. Su abuelo había vaticinado cuando solo tenía tres años: «Si alguna vez hay una mujer digna de llamarse artista, esa serás tú». Pronto supo fascinar en la corte por su destreza como retratista y llegó a pintar a las órdenes de María Antonieta. Desde ese momento, Le Brun tuvo que acostumbrarse a vivir a la sombra de su esposa. Incluso se vio obligado a renunciar a buena parte de sus negocios. Marie-Louise iba a ser la primera mujer admitida en la Real Academia de Pintura y Escultura de París, para lo que debió enfrentarse a la oposición del comité de dirección. Una noche, llegó a casa descompuesta, había paseado durante horas por la avenida de los Campos Elíseos sin dejar de llorar. Apareció en la puerta con el paraguas roto en la mano y las haldas, empapadas de lágrimas y lluvia, recogidas en la cintura. «Me has arruinado la vida, maldito traficante.» Se encerró en su habitación y no salió de allí en tres días con sus noches. Le Brun pasó las primeras treinta y seis horas arrodillado en la puerta del cuarto suplicando. Cuando ya no pudo más, salió a la calle en busca de explicación. El presidente de la Academia había rechazado la admisión de Marie-Louise por tratarse de la mujer de un marchante de arte. Demasiados intereses bastardos para una artista condenada a ser ilustre. «¿Es que los pintores no pueden tener éxito si no se mueren de hambre?» De nada sirvieron los argumentos, lo único

que hizo cambiar de opinión a la Academia fue el firme compromiso de Le Brun de abandonar sus negocios durante una temporada.

A decir verdad, la temporada fue breve. La revolución atrapó al matrimonio justo en el momento en que ella empezaba a ser la artista preferida de la corte. Antes de que sus cabezas acabaran en la misma cesta que la de los reyes, Pierre arregló un viaje furtivo a Suiza. Y luego a Nápoles, y luego a Viena, Praga, San Petersburgo... A medida que la pareja se alejaba de París, sus corazones se enfriaban un poco más. Cuando Napoleón restauró el orden en Francia, Marie-Louise y Pierre no tenían nada que compartir. Pasaban los días obsesionados con la idea de encontrar algo que hacer que les permitiera vivir una realidad paralela, una vida distinta a la suya donde no estuvieran obligados a simularse atención. No les fue difícil; en París afloraron los actos sociales, los estrenos teatrales, las invitaciones a los palcos desde los que se presenciaban representaciones del mundo infinitamente más excitantes que su vida en casa. La pasión, el miedo, el amor, la risa, la muerte... entraban en sus corazones con un gesto tan sencillo como adquirir una invitación a la ópera. Una noche de verano, ella preparaba una limonada en el salón a la espera de que él regresara. Había empaquetado todas sus cosas, apiladas en el patio bajo la luz mortecina de la luna llena. El calor inundó la casa en cuanto él abrió la puerta, visiblemente borracho, transpirando vaharadas de humo y vino dulce.

—¿Quieres una limonada, amor?

—La sed que tengo no me la quitaría toda el agua del Mediterráneo. Pero me encantará sentarme a tu lado mientras te tomas la tuya.

—Me han contado que madame Linoux ha preparado un bonito entierro para su marido. ¿Irás?

—Solo si me prometen que no habrá llantos. Ya no aguanto el hipo de una mujer. ¿Crees que soy un miserable insensible por eso?

—No, cariño, creo que eres demasiado mayor y que te he paseado por demasiados palacios reales. El contacto con la sangre azul te ha convertido en un displicente incurable.

—¿Es que acaso el único modo de sentir una emoción es cacarearla? Puede que yo sufra más en el entierro del pobre Linoux que las más sentimentales plañideras. Pero de eso nadie tendrá noticia mientras de mí dependa.

—Parece mentira que seas capaz de vender un Botticelli falso y no aguantes un falso sentimentalismo.

—Hay quien necesita la ayuda del corazón para sentir lástima igual que hay pintores que sobrecargan el lienzo de color porque tienen miedo a que no se les considere apasionados y mujeres que se desgañitan en suspiros para pretender que están disfrutando del cuerpo de su marido. Pero ni la lástima yace en las venas ni la pasión en la paleta ni el placer en la garganta.

LA NOCHE DEL REY

— ¿Ya no recuerdas tus viejos trucos de marchante? El rojo es fuego, sangre, violencia. El naranja, euforia, ardor. Mezclado con el blanco, te ofrece una sensación de carne pálida que excita la sensualidad. El verde es reposo, esperanza, primavera. El azul, inteligencia, eternidad, cielo. ¿El violeta? Misterio, espiritualidad, terror...

— Charlatanería de comerciante, querida. Solo hacía efecto entre los sentimentales y los amargados. Para comprar un cuadro hay que dejar la fiebre del alma en casa.

— ¿Y para dejar a un amante?

— No sabría responderte. Nunca he dejado a ninguna.

— Quieres decir que continúas viéndolas a todas.

— Quiero decir que no soy de ese tipo de hombres que abandonan a las mujeres sin sentir el menor dolor.

— Da igual, *mon amour*. Todo eso ya da igual. Si te he esperado despierta es para comunicarte algo: es muy probable que esta sea la última noche que dormimos bajo el mismo techo. He aceptado la invitación del general Villeneuve para vivir con él en Fontainebleau. Mis maletas ya están preparadas en el patio y mañana vendrá un correo a recogerlas.

Le Brun se levantó y aceptó, entonces sí, la limonada. Paseó muy despacio hacia la ventana y descorrió los cortinones para comprobar que ella no mentía. En efecto, los paquetes y maletas descansaban a la vista de cualquier viandante. Luego volvió hacia donde estaba su esposa, le tomó la mano, besó su palma aguantando levemente los labios sobre la piel caliente y se encaminó de nuevo a la puerta de salida. Antes de abrir, se aseguró de que las palpitations de su corazón no iban a impedirle pronunciar de corrido su última frase: «Tú tienes que seguir dedicándote a tus cuadros, cariño. Yo buscaré algún sitio donde la codicia de los hombres me ayude a recuperar mis viejas habilidades».

Le vino todo esto a la memoria mientras explicaba a Quilliet cómo había conocido al párroco de Santa María, cómo habían llegado los cuadros desde El Escorial ocultos entre las cajas de munición de un regimiento de dragones y cómo, en plena noche, se había detenido a admirarlos a la luz de un candil bajo el mismísimo altar mayor, sintiéndose contemplado por un Cristo que parecía girar la mirada para poder ver él también las obras de arte.

— Quilliet, es usted el único que puede ayudar a Sebastiani. Él sigue convencido de que estos cuadros son un regalo del rey y, por lo tanto, no están sujetos al embargo. Pero Su Majestad quiere todas las obras de arte que pueda expuestas al público en Madrid.

— Algo se me ocurrirá, aunque lo primero que tengo que hacer es verlos.

— Puedo dar fe de que son auténticos.

—Eso es lo de menos.

Tras varios vales de escaso éxito, la orquesta decidió pasar a la acción con una tanda de pasodobles. Las mujeres casadas aprovecharon para acercarse a hombres apuestos mientras sus maridos contenían los celos. En una mesa junto a las hijas del anfitrión, Asunción lanzaba miradas al lugar donde Le Brun y Quilliet cuchicheaban. Había pasado un tiempo prudencial desde el comienzo del baile, así que el francés se acercó a las damas y comentó algo al oído de su amante.

—No entenderé a estos españoles, celosos de las mujeres a las que ya no aman. Se puede morir de amor por una amante, pero jamás por una esposa.

Los dos aprovecharon un descanso de la orquesta para salir por separado al jardín. El viento esparcía un suave olor a leilandis recién regados y crepitaban los pasos de la pareja sobre un camino de piedrecillas blancas y rojas.

—Odio los pasodobles, Frédéric. No son propios de una fiesta como esta. Esto es un baile de sociedad, no una feria.

—Mi afrancesadita preferida empieza a renegar de demasiadas cosas de su patria. Y yo, que vine aquí buscando a la célebre mujer española...

—Disculpa si no te recibo con traje de faralaes. Pero puedo intentar prenderme una navaja en la liga.

Bromeaban con la seguridad que les daba la noche y la lejanía de los invitados. Bromeaban a sabiendas de que solo podían escucharlos las aguas de la fuente de piedra en las que se reflejaba un goteo de estrellas. Bromeaban entre los primeros sonos de otro pasodoble y los aplausos de fondo de una concurrencia dispuesta ya a todo. Bromeaban hasta milésimas de segundo antes de besarse. Entonces a Asunción le pareció que la música española se había tornado un minueto de Boccherini.

—Asunción, esta noche tengo negocios. No podré ir a verte.

—¿Y has de ir muy lejos?

—Más cerca de lo que te imaginas.

—Llévame contigo. Quiero ver cómo lo haces. Quiero conocerte en tu entorno. Saber cómo observas un cuadro, qué buscas en él, cómo sabes que es el adecuado para el museo del rey, cuánto sabes del autor y de su época. Quiero que me enseñes a disfrutar de la pintura.

—Lo haremos, amor. Lo haremos. Pero lo de esta noche estará demasiado concurrido.

—¿Vas con ese hombre con el que hablabas antes?

—¿Con quién?... ¡Ah, no! Ese tipo es un viajante francés de paso hacia Sevilla. Ni siquiera recuerdo cómo se llama.

Mentir, mentir y mentir. Su vida se había convertido en una sucesión de mentiras.

LA NOCHE DEL REY

Ya no se sentía incómodo con ellas, aunque a Asunción la respetaba todavía demasiado como para prolongar el embuste. Volvió a besarla.

—Te prometo que un día estaremos tú y yo solos, desnudos y abrazados, contemplando los cuadros más bellos que hayas visto jamás.

Capítulo 8

Si al final de la vida, cuando alguien deposite mi cuerpo cansado quién sabe dónde, he olvidado mi viaje; si el paso de los años que aún me queden ha de borrar la memoria de este tiempo transcurrido desde que hui de Nueva York, quiero que al menos esta jornada última no se desvanezca. Por eso, tendido bajo la espesa sombra de los nogales, escucho el sonido de cencerros procedente del pueblo y tras pasar la mano por una cortina de galanitas que aún hibernan, me dispongo a escribirte a ti, James Irving anciano, dondequiera que estés, quienquiera que seas.

Hoy he caminado siete leguas y media de un tirón. Hace días que la lluvia no me acompaña, de manera que el camino, apenas sin barro, es más duro y polvoriento. Repaso para mí algunos pueblos que he atravesado y de todos me impresiona su silencio. Desde que dejé Sevilla no he vuelto a tener contacto con el mítico alboroto español. La capital es un castigo para los insomnes. A poco que el sueño sea ligero, se verá permanentemente interrumpido por el ruido. Ya proceda de las embarcaciones amarradas a alguno de los muelles del Guadalquivir, donde la tripulación anda las veinticuatro horas del día trasegando con cables y cadenas, ya de los cencerros de las mulas de carga que acarrean enseres sin el preceptivo descanso nocturno, ya de los millones de iglesias que orquestan el aullido de sus campanas a partir de las tres de la madrugada. Cuando por fin uno ha podido conciliar el sueño, no faltan los gritos de algún grupo de hombres que continúan de camino a casa la discusión iniciada en alguna tertulia, las algaradas entre putas que nunca están satisfechas con el reparto de la recaudación o los torpes golpes de vara de un mozo celador que trata de avivar una de las pocas farolas que la autoridad sigue conservando en las calles más oscuras. Nunca había pasado tantas horas en blanco, pegando la mirada al techo de la fonda, olvidando el hambre después de varios días sin cenar y obligado a escuchar el paso de las horas gracias a la inefable colaboración de ese martillo de vigiliadas al que llaman sereno.

En Sevilla no tenía mucho que hacer. La ciudad es demasiado grande para llegar a ser abarcada por un extranjero como yo y demasiado pequeña como para darme anonimato. Pasadas tres o cuatro jornadas, empiezas a tener la extraña sensación de que todo el mundo te conoce. Y posiblemente sea así. La llegada de un americano con las ropas cosidas de polvo y la mirada pegada al camino provocaba en cada calle por la que transitaba, en cada patio al que me atrevía a entrar, en cada tienda a la que me asomaba una perturbación similar a la que producen las semillas de los sauces cuando golpean la vibrátil superficie de un estanque.

LA NOCHE DEL REY

No he de decir que las gentes se apartasen a mi paso, generando ondas de excitación como me ha ocurrido en ciudades más al norte. Más bien al contrario. En ocasiones me he sentido el imán que atrae las miradas de hombres y mujeres sometidos a la tensión por acercarse y escuchar mi acento pero precavidos a causa de las circunstancias. Al fin y al cabo, estamos en guerra y la Sevilla que abandoné aún no sabe bien a qué rey le ha sido concedido su destino.

Voy camino de Cádiz, donde cuentan que las cosas parecen más tranquilas. Tengo ganas de mojar los pies en el Atlántico, volverá a ser como sentirme cerca de casa, bañado por las mismas aguas que golpean el puerto de Nueva York. El paisaje por el camino hacia el sur se hace cada vez menos predecible. Esta tierra es la única del mundo en la que puedes encontrar palmeras sin desiertos y algodones sin esclavos. La última en la que es posible descansar a la sombra de un árbol alpino al tiempo que contemplas la carrera de un camaleón africano. He decidido caminar entre el sotobosque, al abrigo de jaras, romeros y zarzas para no encontrarme con patrullas de soldados. Cuando lo he hecho, la verdad, no me ha ocurrido nada. Pero no es cómodo. Si son franceses, suelen pasar de largo mirando al suelo y vigilando con el rabillo del ojo tus movimientos. Si son españoles, la cosa cambia. Necesitan hablar contigo, confirmar que no eres peligroso, contarte su guerra y trapichear. He cambiado un zurrón de cuero que me encontré en Vitoria por un pedazo de jamón de Granada. Al menos eso dijo el fusilero que me lo dio. Un chaval de apenas quince años, con la cara renegrida de pólvora y el pelo quemado por el sol, como una maraña de mimbre seco, que me confesó que aún no había matado a ningún francés. «No soy capaz de atinar con el maldito fusil, no sé realmente adónde estoy apuntando.» Me pareció que, en realidad, su fusil ni siquiera tenía pólvora. Así ocurren las cosas en esta guerra: te reclutan en un rapto de patriotismo, te ingresan en las filas de una patrulla para hacer bulto, te dan un arma sin que nadie te explique cómo se usa y te lanzan a buscar gabachos con la esperanza de que si alguien ha de recibir una tanda de plomo seas tú, el recién llegado, el más joven, el de menor graduación. Nos despedimos con un apretón de manos y el joven se quedó mirándome un rato mientras se alejaba por el camino. Alzó el fusil, me apunto y apretó el gatillo. El perdigón impactó contra el alcorcho en el que estaba apoyado. El condenado tenía una puntería del demonio. Si no mataba, era sencillamente porque no le daba la gana.

De vez en cuando he bajado a la ribera del Guadalquivir. Poco tiempo. Allí los viajeros se exponen demasiado. He visto barcazas repletas de familias y enseres río abajo. En las cercanías de los pueblos los niños se lanzan a las aguas y nadan hasta las embarcaciones para pedir unas monedas o esperan a que un golpe de suerte deje caer algo de ellas: un espejo, un baúl mal amarrado, las sobras de una cena improvisada a bordo. La mayoría de ellos están sucios y desnutridos, pero corren como demonios descalzos y desaparecen de repente dejando atrás ramilletes de juncos que vibran a su paso. Yo mismo adelgazo día tras día a medida que desciendo

hacia el sur. Desde que atravesé Despeñaperros no he comido bien ni una sola vez. Estoy tan rodeado de suciedad y miseria que incluso me avergüenza escribir este diario por si en sus líneas queda atrapado algo de ellas.

Pero no es nada de esto lo que quiero conservar en la memoria. Los años que me queden borrarán la mayoría de las penurias pasadas en España. Quedarán atrás las chinches de las posadas y el agrio regusto del vino caliente, el miedo a los salteadores de caminos, la cara patibularia de casi todos los posaderos (aquí abundan el rictus del verdugo y el del desconfiado), las largas jornadas sin hablar, la nostalgia de la piel de una mujer. Todo eso forma parte de la más rabiosa cotidianidad y, como tal, se desvanecerá con el tiempo como un puñado de arena azotado por la brisa.

Lo que reseño en estas páginas no son sino los retazos de una vida verdaderamente memorable, acontecimientos que solo pueden ocurrir en este lugar y en este instante, historias que viajarán conmigo sea cual sea mi destino.

Hoy he atravesado olivares y tierras baldías durante leguas, por caminos que anunciaban a lo lejos la presencia del río, un poco menos áridos cada vez conforme aumenta la pendiente hacia las tierras inundadas de ribera. He cruzado prados que llevan años sin labrar hasta alcanzar los primeros racimos de carrizos y enneas que dan cobijo a los alevines de peces, torpes criaturas incapaces aún de nadar a río abierto, que se protegen entre las sombras vegetales del acoso de las aves. Y me he detenido a escuchar el rumor de las aguas antes de llegar a verlas, justo en el momento en el que la tarde empezaba a repartir pinceladas grises en el envés de las hojas de roble. Allí he distinguido el graznido de algún aguilucho, el crepitar de las ramas dobladas por el viento y el sollozo ahogado de un niño.

Sentado contra el tronco de un árbol, abrazándose las rodillas, me miraba desde quién sabe cuánto tiempo antes de que yo hubiera reparado en su presencia. De no ser por el hipo de congoja que acababa de exhalar, yo hubiera seguido mi camino río abajo y el muchacho jamás habría entrado en mi vida.

Dudé antes de hablarle. No sabía distinguir si su estado respondía al pavor de verme o a una tara que lo mantuviera encerrado en sí mismo, incomunicado. Pero al final me decidí y, extendiendo la mano con la palma hacia arriba, le dije que no iba a hacerle daño.

—Usted no me da miedo —me contestó con una voz paradójicamente tranquila. Como si estuviera ofendido de mi oferta de ayuda.

Le daba miedo el bosque, que empezaba a caer bajo la oscuridad de la tarde. Le daba miedo la certeza de que no llegaría a casa antes de que anocheciera del todo y, entonces, quedaría petrificado entre los robles y los acebuches, incapaz de encontrar el camino al hogar. Le daba miedo, me dijo, la noche. Pero no todas las noches. Solo las noches que habían pasado desde que su padre volvió del frente de Ocaña, con un brazo menos, un ojo vacío y varios kilos de metralla en el vientre. Antes de aquello, correteaba por los caminos adyacentes a su pueblo bajo el claro de luna y jugaba a

LA NOCHE DEL REY

asustar a los búhos a partir de la medianoche. Jamás temió a la oscuridad antes de la guerra. Los murciélagos eran compañeros de juegos, lanzaba piedrecitas diminutas al pelo de las niñas para que los vampiros las confundieran con insectos y se lanzaran contra ellas. Se reía de los fantasmas del bosque. Su padre le contaba historias terroríficas al calor de la chimenea en invierno. Todas sucedían en las cercanías del río. Historias de espíritus de otros tiempos, almas errantes purgando las penas de una traición, entes del otro mundo encomendados para recordar a los mortales su efímera condición. Pero él jamás se asustaba. Triscaba con sus hermanos entre los eriales hasta llegar al cementerio del pueblo y allí recreaban las escenas inventadas por el padre.

Una noche, tras seis meses de ausencia, el camino de acceso a La Puebla del Río se estremeció con la sombra del padre, que regresaba. Pegada la mirada al suelo, apenas unos centímetros por delante de sus pasos, arrastraba un morral recosido que daba golpes contra sus costillas siguiendo el sincopado ritmo de una evidente cojera. Algunos hermanos salieron corriendo a recibirle. Pero el menor quedó petrificado en el zaguán de la casa observando el caminar de la sombra. A medida que se acercaba a la casa, la luz iba iluminando partes de la figura al azar. Primero las piernas torpes y mal vestidas, luego la chaqueta de la que pendía una manga inerte y vacía, al final, el rostro envejecido del padre, que dibujaba un simulacro de sonrisa bajo la cuenca negra y seca de un ojo marchito.

A partir de ese día, en casa ya no se contaban historias de fantasmas. Alrededor del fuego el padre relataba con una tristeza inabarcable acontecimientos reales, sucesos de hombres y mujeres de carne y hueso, soldados descompuestos por el miedo, mujeres entregadas a las más horribles indignidades a manos del enemigo, generales obscenamente crueles, cuerpos vagabundeando entre las bombas.

—Mi padre me dijo que no debía tener miedo de los muertos, sino de los vivos. Y el camino a La Puebla, cuando cae la noche, se llena de vivos.

Me ofrecí para llevarle a casa. Aceptó. Y en cuanto habíamos andado cuatro pasos tuvimos la suficiente confianza como para empezar a charlar. «Quizá si me cuentas alguna de las historias de fantasmas de tu padre, el camino se nos haga más liviano.»

Cuando el pequeño terminó su último relato, un intenso olor a madera quemada me devolvió al camino. Tras los árboles romos que escoltaban la vereda, una maraña de nubes se hacía visible gracias a la luz de la luna. Cuatro perros cuya piel no era suficiente para cubrir el costillar se acercaron para olisquearnos sin entusiasmo, dieron varias vueltas a nuestro alrededor y se perdieron en la noche. Habíamos llegado a La Puebla del Río, al hogar del pequeño temeroso de la noche, donde el destino me tenía preparada una nueva sorpresa.

Capítulo 9

—¿Sabes lo más gracioso de todo, querido y misterioso viajero americano? Que ni siquiera soy realmente francés.

El rey parece ya repuesto de su indigestión. Está sentado sobre la roca que sirve de escalón de acceso a la casa y desde la posición de James solo se aprecia la mitad de la cara. El resto del cuerpo queda fundido en las sombras que arroja un candil en el portalón. Si hubiera tenido tiempo para pensar, José Napoleón Bonaparte habría reparado en que esa era la primera vez que se sentaba en el suelo desde que era niño. Pero aquel dato se escapa a su memoria. Al menos de manera consciente. El tacto frío de la piedra sobre sus augustas posaderas, el olor cercano de la maleza húmeda, la perspectiva baja de su mirada, obligado a levantar la vista para hablar a James a la cara, se confabulan para arrancar una catarata de sensaciones capaces de transportarle a un rincón de su infancia que hacía mucho tiempo que no se había prestado a recordar.

—No, no soy francés de nacimiento. Cuando mi bendita madre me trajo al mundo, Córcega era genovesa. ¡Tiene gracia, el rey francés de los españoles nació como un súbdito de la república de Génova! Mi hermano tuvo más suerte. Solo diecinueve meses después de nacer yo, la Grande France hizo lo que había que hacer: comprar la pequeña isla a los genoveses para que el emperador Napoleón Bonaparte pudiera nacer exquisitamente francés.

—Una bonita historia para que caiga en manos de bandoleros y creadores de coplillas... —James empieza a ganar confianza. En esta España comida por las bombas todo es posible. Incluso que un americano que huye de la nada termine interrogando a un rey.

—Una de tantas. Debo de ser el personaje más citado en los canturreos de las tabernas entre los Pirineos y Tángier. —El rey parece haber esbozado una sonrisa y se anima a seguir hablando—: Así que el emperador Napoleón lo hizo todo bien. Incluso elegir la fecha de nacimiento. Ahora me doy cuenta de que nací demasiado pronto. No es bueno ser el primogénito en una familia como la mía. Con un padre como el mío. Siempre confió en su segundón, en el más fuerte, en el más vivaz.

»Mira, en Córcega crecían enredaderas como esta. Mi hermano y yo las atábamos a ramas de olivo y construíamos fustas con ellas. Las usábamos para simular que montábamos a caballo. Agarrábamos cualquier palo al que pudiéramos subirnos y

corríamos con él entre las piernas azotando nuestras propias posaderas con la fusta. Hacíamos carreras. Bueno, en realidad eran algo más que carreras. Suponía toda una humillación llegar el segundo. Tan a pecho lo tomábamos que llegábamos a creer que realmente nuestros caballos galopaban más deprisa cuanto más fuertes eran los golpes de fusta. Así que apretábamos los dientes y nos arreábamos con fuerza a nosotros mismos. Llegábamos a casa con las nalgas en carne viva y teníamos que lavar los calzones a escondidas para que nuestra madre no viera la sangre. El pequeño diablo de mi hermano no mostró jamás un solo gesto de dolor en el rostro.

»Yo llegaba exhausto, con las mejillas bermejas y los ojos arrasados en lágrimas, lo que siempre me delataba ante mis padres. Debían de pensar que su hijo mayor estaba loco. “¿Es que no sabes jugar a nada que no te haga daño, José?” Siempre fui José. Nunca José Napoleón. Le cedí involuntariamente a mi hermano pequeño el segundo nombre.

»Pero no te confundas. Nuestra relación siempre ha sido excelente. Amo a mi hermano. Amo al emperador de Francia mucho más de lo que le aman sus súbditos. Con ninguno de mis otros seis hermanos he llegado a sentir lo mismo. Nosotros dos éramos los únicos que salíamos a cazar pájaros alrededor de la casa en Córcega, los únicos que compartíamos silla sobre el caballo blanco que regaló a la familia un labriego de la zona y que montábamos por turnos. Napoleón y yo subíamos a un tiempo para poder montar dos veces. Él, que aun siendo más pequeño tenía más fuerza, se agarraba a las crines y yo a la espalda de mi hermano. Sí. Sé que debería haber sido al revés. Pero así ocurrían las cosas entre el pequeño Napo y yo. Estábamos muy unidos. Demasiado. Por eso fue tan difícil para nosotros perdernos de vista.

—Todas las separaciones fraternales son duras, dicen. A todos nos ha tocado iniciar el camino que nos separa de los nuestros. —James se acerca a la roca donde el rey permanece sentado, sin ninguna otra intención que tratar de verle mejor la cara, demasiado oculta entre las sombras nocturnas. Pero el rey mantiene las distancias. Se levanta y empieza a andar en círculos haciendo crepitar piedrecitas entre las botas mientras prosigue su memoria.

—Uno de los pocos días que recuerdo con perfecta nitidez de mi infancia fue la primera vez que me separé de mi hermano. Cuando tenía doce años, mi padre decidió que Córcega se había quedado demasiado pequeña para la educación de Napoleón, de mi hermana Elisa y la mía. Así que nos llevó a Francia, donde nos prometió un destino en algún buen internado. Dejar Córcega no me hacía ninguna gracia. Era el único de los miembros de la familia que dominaba el italiano y me había granjeado cierta fama de chico inteligente y bien educado, por lo que mi éxito social empezaba a ser notorio. Pero la idea de compartir internado con Napoleón me atraía. Íbamos a iniciar nuestra aventura por el mundo juntos, a aprender a ser hombres, a ganar dinero, a hacernos respetar. No estaba mal. Así que accedí con

cierta alegría. Ni siquiera las lágrimas de mi madre en el puerto cuando subíamos al barco que habría de llevarnos a la costa francesa me hicieron dudar. Al contrario, reforzaron la idea de que había llegado la hora de que el mundo descubriese las andanzas de los dos jóvenes Bonaparte.

»En el camino de ida no dejé de interrogar a mi padre sobre nuestro destino. Mi mente bullía con ideas preconcebidas sobre el colegio al que iríamos, sobre nuestros preceptores, sobre el tipo de educación que recibiríamos. ¿Qué estudiará Napoleón, qué estudiaré yo? ¿Quién será más brillante? ¿Qué maestros van a cambiar nuestras vidas?

El rey recogió del suelo una brizna de tejo seco y jugueteó a mordisquearla como hacía de niño cuando estaba nervioso. James escuchaba en silencio.

—No reparé entonces en que el viejo Charles Bonaparte apenas me daba una respuesta. Se limitó todo el trayecto a contemplar el vaivén del horizonte acodado en la borda del barco y asentir con la cabeza a cada pregunta que le hacía. Después de un par de singladuras y una jornada de travesía por tierra, llegamos a nuestro destino: Autun, en plena Borgoña. Lo primero que vimos fue la aguja de la catedral rascando las nubes negras del atardecer. Estaba a punto de llover. Me conmovió sinceramente el pináculo gris, dentado como si fuera el pico de un animal terrible, de un monstruo. Se veía a algunas leguas de distancia y conforme su visión se acercaba, más espantoso parecía. «Tendrás un montón de cosas bellas que ver en esta catedral, José.» Fueron las primeras palabras relacionadas con mi educación que pronunció mi padre. Y creo que también las últimas. «Lo pasaremos bien», le dije a mi hermano guiñándole un ojo.

»Estuvimos toda la tarde conversando con el director del centro, quien me presentó a mi preceptor. La escuela se encontraba en un castillo de pequeñas dimensiones donde a duras penas cabían los cien alumnos escogidos y sus maestros. A nuestra llegada, nos habían esperado, junto al abad Simón (el máximo responsable de nuestra educación), el arzobispo de Autun y un enviado del príncipe de Condé, ilustre personalidad que había recibido varias cartas de mi padre, incluyendo una de recomendación firmada por el duque de Toscana, el hermano de María Antonieta. Antes del anochecer, Napoleón y yo salimos a correr entre los tilos que rodeaban el castillo y mi padre se quedó arreglando los últimos detalles con el abad.

»Cuando terminaron, su voz resonó desde el portón de entrada. Me llamó por mi nombre completo: “José Napoleón Bonaparte Raniolini, acércate. Ya está todo arreglado, esta va a ser tu casa para los próximos años. Despidete de tus hermanos y ponte en manos del abad, que será a partir de ahora mis ojos y mi corazón para ti”.

»Al girarme, contemplé a Napoleón; observaba la escena detrás de una fuente de piedra, comprendiendo exactamente lo mismo que yo: nada. Pero en cuestión de segundos todos los acontecimientos pasados en mi vida hasta aquel instante cobraron sentido. Cobró sentido que mi padre me obligara a compartir nombre con el

segundón de la familia, que fuera él el elegido para realizar las escapadas de caza con los criados, que todas las conversaciones sobre la guerra, sobre las armas, los escudos militares y la disposición de los ejércitos giraran en torno a los intereses de Napoleón. Cobró sentido que el viejo me entregara a mí la biblia del abuelo tras su muerte y que fuera yo siempre el encargado de acompañar a mi madre a los oficios religiosos. Cobró sentido el largo silencio en el viaje desde Córcega. Yo debía ser educado para la Iglesia, mi hermano sería el soldado de la familia.

James se atrevió a interrumpir:

—A veces nuestros padres tienen un extraño concepto del deber... y del amor.

—Me despedí de Napoleón y de Elisa entre lágrimas que sin duda avergonzaron a mi padre. Mi hermana se agarró a mi camisa en un último intento de llevarme consigo a París. Mi hermano extendió la mano y me saludó militarmente y en su gesto vi por primera vez una instrucción que luego tantas veces me habría de repetir. «Haz con dignidad lo que tienes que hacer.» Solo derramó una lágrima que corrió por su mejilla derecha a la velocidad del rayo, como si tuviera miedo de ser descubierta por su dueño y acabar aplastada sobre la cara de un iracundo manotazo. El abad Simón me agarró del hombro y me pidió que entrara al castillo. «Tu hermano es fuerte», me dijo. «Solo ha dejado escapar una lágrima. Pero no la olvides nunca, porque es el signo de un profundo sentimiento hacia ti.»

»Ellos se fueron a París. Mi hermana para ingresar en el internado de Saint Cyr. Napoleón para recibir instrucción militar en Brienne. Y sí, yo obedecí como buen hijo las instrucciones de mi padre y me quedé solo en Autun destinado a convertirme en sacerdote. Y tengo que decir que no lo hice del todo mal.

—¿Va ahora a decirme que también es cura?

—No, no, qué va... —El rey ríe abiertamente por primera vez—. Quiero decir que, si me permites la inmodestia, brillé entre todos los alumnos. Mi madre se había esforzado en darme una educación especial. Me introdujo en las artes de las relaciones sociales, de la cortesía, de la nobleza. Me hablaba de pintura, de literatura, de escultura, me enseñó ciertos rudimentos de retórica. Quería convertirme en un caballero digno de los mejores salones. Así que aproveché esas enseñanzas para destacar pronto en el internado. Pasaron los años con cierta rapidez, a lo que seguramente contribuyó la comodidad de mi posición gracias a las recomendaciones de la corte y a los méritos académicos que fui acumulando.

»Durante todo ese tiempo mantuve una relación estrecha con mi hermano a través de las cartas en las que me informaba de sus progresos en la Marina. Estaba destinado a ser un buen capitán de navío y me contaba cada una de las técnicas militares que aprendía. No oculto que para mí fue difícil evitar la tentación de la envidia. Él estaba siguiendo los pasos que debían haberme sido reservados. Pero me refugié en el estudio y en aparecer ante los ojos del abad Simón y del arzobispo como

un alumno aventajado y poseído por una inquebrantable vocación.

Un brillo de orgullo flotó en las pupilas del rey, extrañamente entregado al relato de su vida, lanzado sin freno a remover recuerdos largamente enterrados en el fondo de su memoria.

—El día en el que mi promoción debía graduarse, se dejó caer por Autun el mismísimo príncipe de Condé, gobernador de Borgoña. Sin duda estaba atraído por las noticias que le habían llegado de ese protegido de María Antonieta de apellido Bonaparte que tantos progresos había realizado. Quizá también sintiera curiosidad por conocer de cerca a un pequeño bárbaro corso cuya lengua materna era el italiano.

»Fuera como fuere, lo cierto es que él mismo se encargó de depositar sobre mi cabeza las dos coronas de oro destinadas a los alumnos que habían terminado los estudios con mayor mérito y aprovechó la ocasión para hacerme algunas preguntas. “Bien, Bonaparte, me cuentan que ha brillado especialmente en su estancia en Autun. Buen chico. ¿Puedo saber qué ha pensado hacer con su carrera a partir de ahora?” Antes de que pudiera responder, el abad Simón, que me acompañaba junto al arzobispo, respondió por mí: “José está destinado a servir a la Iglesia, señor. El propio arzobispo le tiene preparado ya un destino que podrá cumplir cuando llegue el momento”. No sé qué tipo de señales observó el príncipe en mí. Quizá gestos que nadie más había visto en mi rostro o que, viéndolos, no había sido capaz de interpretarlos. El caso es que levantó levemente la mano para pedir silencio al abad y se dirigió de nuevo a mí. “Pero seguro que usted tiene sus propios planes.”

»No me atrevía a hablar demasiado alto. Así que contesté con un tono que apenas pude percibir yo mismo y en medio de un estúpido tartamudeo: “Me gustaría servir al rey”. La cara del príncipe me demostró que no había cometido ningún error. Me pareció haberle complacido sobremanera con mi respuesta e incluso llegué a percibir un gesto conminándome a que continuara. Aquello me dio coraje suficiente para seguir, ahora de forma bien audible. “El deseo de mi familia es que tome los hábitos. Y para ello he estado preparándome con gran vocación estos últimos años. Pero, señor, en el fondo de mi corazón, lo que más anhelo es formar parte del ejército francés.”

»El arzobispo trató de tirar de mi brazo para acabar con aquella conversación, pero el príncipe de Condé, que no en vano era capitán general de las tropas francesas de la Borgoña, se sintió profundamente agradecido por mis palabras.

»“Deseo concedido, Bonaparte, tiene usted un puesto en la infantería cuando quiera.” Envalentonado, osé incluso decirle que prefería la artillería y que sin duda él sería capaz de convencer a mi padre del nuevo rumbo que debían tomar mis estudios.

»Y así fue. Lo primero que hice aquella noche fue escribir a mi hermano para anunciarle que mi carrera se unía a la suya y para implorarle que abandonara la Marina y siguiera mis pasos en artillería. Creo que por primera vez en la vida me

LA NOCHE DEL REY

sentí dueño de mi propio destino. De hecho, me cuesta encontrar otra ocasión desde entonces en la que hubiera tenido tanta confianza en mis decisiones. Napoleón me hizo caso. ¡Ja! Eso también es algo que no se ha vuelto a repetir, la verdad. Se presentó ante el príncipe de Condé para servir en la artillería, y yo regresé a Córcega para visitar a mi familia antes de marchar al ejército.

—Bueno, nunca es demasiado tarde. Un golpe de timón en su propia vida que libró al mundo de un Papa Bonaparte y concedió a España un rey soldado —contesta el americano, que hace tiempo que escucha la historia como el que contempla una inverosímil obra de teatro.

—En realidad no. Cuando llegué a Córcega me dediqué a estudiar artes militares durante el larguísimo periodo de... nueve meses. —El rey, irónico, hace un gesto ampuloso con el brazo y vuelve a sentarse—. Fue el tiempo que tardó mi padre en ponerse enfermo. Algo le comía las entrañas a gran velocidad y hubo que preparar un viaje a París para que fuera reconocido por médicos más ilustres que los matasanos corsos que le atendían. Por supuesto, le acompañé yo. Yo tenía diecisiete años cuando hube de ver morir a mi padre entre mis brazos antes de que los doctores parisinos pudiesen siquiera determinar la causa de la enfermedad. Dormíamos juntos en una habitación de la villa que nos había prestado el príncipe de Condé. Fue un frío febrero, así que iba a menudo a tapar el cuerpo desvencijado del viejo, que no hacía más que moverse y tirar las mantas al suelo. En una de mis visitas, mi padre me pareció más pálido de lo normal. Acerqué mi cara a la suya para escuchar su respiración, que era un leve silbido apenas capaz de atravesar los resquicios de su dentadura. La piel bajo los ojos colgaba levemente y, al acercar el candil, en ella se podían apreciar las pequeñas venas moradas que irrigaban con torpeza la zona. Supe que faltaba poco. Así que arrimé una silla y me senté a su lado sin ningún propósito concreto.

»Quizá quise pensar que aquel hombre podía sentirse orgulloso del primogénito que tenía enfrente. Puede que no hubiera seguido exactamente los pasos que él tenía previstos para mí, pero al fin y al cabo, me había convertido en un hombre de bien. Recordé anécdotas de la infancia mientras veía que a mi padre se le iba el último hilo de vida entre los dientes. Y me reafirmé en mi decisión de ser un buen soldado al servicio del rey de Francia en honor a ese hombre que había hecho todo lo posible por dar a cada uno de sus ocho hijos lo que él se pensaba que merecían. De repente, mi padre abrió los ojos y tras dar un suspiro que se elevó hasta el techo de la habitación, recitó algo. «¡Napoleón! ¡Napoleón, hijo! Ven y rescátame de las garras del dragón de la muerte, que me devora... que me devora...» “Padre, soy José, Napoleón está muy lejos. Soy yo el que te ha acompañado en tus momentos más difíciles.” Mi padre pareció volver en sí. En sus últimos instantes de vida, solo había tenido un pensamiento para mi hermano, para el aguerrido, para el soldado, para el único miembro de la familia capaz con su espada de arrancarle de las fauces de un dragón. Bueno, para eso, y para encomendarme a mí una última misión. “José,

querido, quiero que olvides tus absurdas ideas de ser militar y que vuelvas a Córcega con tu madre. Se va a quedar sola, con ocho hijos, viuda y desamparada. Cuídala, hazte cargo de su hacienda, mantenla alejada de todo peligro. Quiero que le entregues a ella el alma que no le quisiste entregar a Dios.”

Bonaparte alza la mirada hacia el americano y habla tras un segundo de silencio:

— Así acabó, para siempre, mi carrera militar.

Capítulo 10

¿Puede un hombre llegar a olvidar el día y el modo en el que ha estado a punto de perder la vida? ¿Pueden pasar a un rincón inaccesible de la memoria el dolor, el miedo, la fiebre, la sed, la sangre, el temblor? ¿Se puede llegar a obviar el recuerdo del sudor frío y de los labios acartonados y de los gritos de los compañeros de batalla, y de la nube de borroso vaho que impide la visión en los momentos últimos? ¿Es posible eliminar para siempre el olor a pólvora y carne quemada, el ardor de los nervios, la palpitación, el sueño?

Martín Mariños Bazán lo había hecho. Y ahora paseaba por la Alameda de la Isla de León arrastrando la pierna izquierda como si lo hubiera estado haciendo toda la vida, sin recordar en realidad en qué batalla, en qué algarada, en qué instante violento de su violenta biografía un racimo de plomo y metralla se la había secado para siempre. Sí, es cierto, no se acordaba y su falta crónica de memoria le atormentaba. Aun así, hacía tiempo que se había acostumbrado a vivir con su tormento. Durante muchos años, sobre todo en su etapa de estudiante de Leyes en Alcalá, pasaba noches enteras tratando de recordarse a sí mismo sin cojera. Le obsesionaba saber cómo había sucedido la desgracia que marcó para siempre su modo de caminar. Aprovechaba sus amistades en la Facultad de Medicina para leer tratados de anatomía, que escondía entre los libros de Derecho para no llamar la atención sobre una obsesión que se le antojaba enfermiza. Se familiarizó con los nombres de los huesos, los músculos y los cartílagos de las extremidades, con las funciones y la mecánica de las articulaciones, con los síntomas de los traumatismos y las heridas. Aprendió a detener hemorragias, a reparar descoyuntadas, a devolver a su sitio rótulas desplazadas, a retirar tejidos putrefactos, a amputar. Pero no halló pista alguna que pudiera conducirle al porqué de su mala pata.

Hasta donde la memoria le alcanzaba, Martín Mariños se recordaba cojo. Cuando a los nueve años recibió la noticia de la muerte de su madre aplastada por una yunta de bueyes mientras trabajaba en el campo de Calahorra, salió corriendo sin rumbo, entre las calabazas y las vides, escondiéndose de todos y de todo, con la intención de llorar a solas hasta que sus ojos dejaran de producir lágrimas. Martín recordaba que lo hizo sujetándose la pierna izquierda a la altura del muslo para darle más movilidad y aliviar en parte la quemazón que le producía el contacto con el pantalón. Cojeaba y le dolía el músculo endemoniadamente. Pero ¿por qué?

El joven estudiante de Derecho tardó poco tiempo en renunciar a saberlo. Los

libros de medicina no le sirvieron de nada. Y terminó por aceptar que su peculiar tranco permanecería para siempre en la nómina de misterios de su vida sin resolver. Dejó de indagar, dejó de preguntar, comenzó a intuir demasiadas miradas de compasión, demasiados cuchicheos de complicidad, demasiadas sombras de secreto como respuesta a sus preguntas. Y envejeció con la sensación, real o ficticia, de que el mundo se había confabulado para ocultar el motivo de su desgracia.

A la Alameda llegaba un viento fresco de la bahía, transportando el aroma salubre de la costa, que impregnaba el ambiente más noble de la ciudad de un olor universal, pescador y portuario. El mar y Cádiz, Cádiz y el mar se comerciaban con perfumes, imágenes y sonidos. Desde la costa, las ciudades ofrecían a los viajeros el brillo de sus casas blancas y la silueta de los penachos de barro que engalanaban las azoteas. La primera visión que se tenía de la ciudad y sus alrededores era la masa de construcciones aparentemente caóticas vibrando por el efecto reflector de aire de la playa, como si se tratara de un espejismo en medio de un desierto de agua y flamboyanes. A cambio, el mar regalaba la espesura de su olor atlántico, el fulgor lejano de las velas hinchadas de los galeones y los enjambres de viajeros (cada vez menos) atravesando las murallas cargados con los enseres de toda una vida y que, tras largas jornadas de navegación desde Filipinas, Inglaterra o Nueva España, se enfrentaban a la Península como a un gigantesco océano de roca que debían volver a navegar.

Mariños paseaba sin prestar atención a las palabras de sus acompañantes y se vio a sí mismo haciendo idéntico viaje. Tras la muerte de su madre, el niño Martín, que había perdido a su padre seis años antes combatiendo para Carlos III, recibió la instrucción de partir a Nueva España, donde iba a ser tutelado por su tío paterno: un comerciante de paños que había hecho fortuna en Veracruz. Huérfano, inculto y desamparado, el niño recorrió España en soledad, ayudado por las credenciales que le habían llegado desde el otro lado del océano y disponiendo de los pocos recursos económicos que pudo arrimar en la casa de sus abuelos maternos. Durmió en fondas y hospedajes, comió en monasterios y casas de misericordia, transitó Castilla y Andalucía en colleras con traficantes, clérigos, nobles y damas de alta cuna. Aprendió a desconfiar de las banderas, de las capas y de las sonrisas y forjó un irrefrenable deseo de estar solo. Cuando llegó a Cádiz con el billete de ida a México en una mano y una maleta de libros en la otra, se había convencido definitivamente de que el mayor valor de un pueblo son sus individuos, y no sus facciones. Descreyó de las ideas colectivas y se prometió a sí mismo defender su propia libertad. Se había convertido, a fuerza de desengaños, en un mocoso proyecto de liberal. En los cincuenta y ocho días de travesía hasta el puerto de Veracruz (primera escala de los españoles que viajaban a Nueva España) Martín devoró la maleta de libros que había ido recogiendo por su camino peninsular. Eran libros robados del morral de los clérigos con los que compartió diligencia, obtenidos a cambio de algún trabajo de limpieza en un establo, tomados prestados de las bibliotecas de las no pocas mujeres

nobles que, enternecidas por la historia del pequeño aventurero, se dignaron a darle alojamiento y a ayudarle en su viaje. Una biblioteca sin orden ni concierto en la que lo mismo se hallaba un tratado de astronomía, una relación de pesos y medidas para el comercio de aceite, una iniciación a la geografía de África o un ensayo de Montaigne. El niño metía la mano en su maletón y cogía una obra al azar, se sentaba en cualquier esquina tranquila del puente de la urca San Francisco de Paula y comenzaba a leer. Acabado el libro, repetía la operación y continuaba con el siguiente. Aunque él no lo sabía, no pocas de esas publicaciones pertenecían al censo de lecturas prohibidas por el Santo Oficio. Constituía un pecado de herejía la tenencia de algunas de ellas, incluso por miembros de la nobleza, clérigos y universitarios que gozaran de la «Licencia para poder leer y tener libros prohibidos por el Santo Oficio con las excepciones regulares». Así que en poco menos de dos meses, el niño había cursado estudios en la única universidad verdaderamente libre de España, sobre las aguas grises del Atlántico a salvo de censuras, malas influencias, dogmatismos y soflamas.

Desde Veracruz aún hubo de transitar durante tres o cuatro días a caballo para llegar a la capital, donde le esperaba su tío Eladio, preparado para convertirle en un buen comerciante de paños. México le pareció mucho más parecido a España de lo que había imaginado. Echaba de menos la encarnación de las fantasías exóticas que había forjado por el camino. Nada de indígenas con taparrabos o animales salvajes acechando las haciendas al anochecer. Pronto distinguió el ambiente pragmático de las relaciones sociales a las que su tío le condujo: hábiles y rápidas negociaciones, efectivas contabilidades, trasiego de pesos, medidas y calidades. El principal objetivo de cada carta, de cada reunión, de cada viaje era ganar dinero. Lejos de la Madre Patria, los españoles en el Nuevo Mundo habían dejado de hablar de política en exceso, de preocuparse por las formas sociales e incluso de parecer píos. Comerciabán, compraban y vendían... atesoraban las riquezas aquellos que tenían suerte y los que no simplemente se dedicaban a vivir lo mejor que podían con el producto de su trabajo, de sus contactos o de su ingenio. Y con la misma rapidez con la que aprendió a moverse en ese terreno comenzó a detestarlo. El batiburrillo de sus lecturas en el barco, la presión inhumana de su tío para obtener de él al mejor vendedor de telas de Nueva España, la lejanía de sus abuelos y de sus hermanos, la relajación de las costumbres y la sensación de estar libre del control de la Corona se tornaron en el corazón del joven en una profunda nostalgia de España. Y como todo aquello que se echa de menos, aunque solo sea por rebeldía, la España natal empezó a magnificarse en su cabeza. Añoraba las misas y los velos negros de las mujeres, añoraba las costumbres populares, el recato y los celos. Deseaba volver a un pueblo donde las mujeres solteras no pudieran pasear solas y los hombres no tuvieran permiso para entrar en los aposentos de las damas enfermas. Odiaba cada vez más la naturalidad con la que las mexicanas se colgaban del brazo de los caballeros para pasear, le parecía impropio que fueran ellas las que portaran la sombrilla en las calesas. Se alejaba de las fiestas por no ver los bailes populares en los que las faldas

de vuelo giraban ingravidas demasiado por encima de los tobillos. Optó por encerrarse en su cuarto y reflexionar alejado de los símbolos de decadencia que creía encontrar a cada paso. Le parecía casi pecaminoso el acento musical de los nativos y cómo los propios españoles se dejaban influir por la cadencia de sus sílabas; aborrecía la liviana confección de los trajes de caballero y sus colores suaves y cálidos; renegó de las reuniones con vino y bebidas espirituosas que terminaban en intercambios de reproches a la Corona, al Papa, a la Hacienda de la nación. En un brevísimo lapso de tiempo, desde que a los nueve años recorrió el Atlántico leyendo de todo hasta que llegó la hora de escoger estudios universitarios, Martín Mariños Bazán había empezado a añorar el ambiente intelectual de su tierra chica, cargado de complejos, de instrucciones, de prohibiciones. Pero también de valores que a él se le antojaban imprescindibles para la forja de los espíritus. Quería renunciar a la libertad de la lejanía, al ancho mundo que se le abría de par en par al oeste de la costa americana y cambiarlo por la seguridad de las cadenas del terruño. Ya no tendría a su madre para decirle qué era bueno y qué malo. Ya no creía en los curas para el mismo fin. Pero se tenía a sí mismo. Y en su soledad intelectual comenzó a crecer el embrión de un amor desmesurado a la tradición, de una concepción cuasi supersticiosa de la virtud y de un deseo irrefrenable de volver a España.

Y volvió, renunció a la fortuna de su tío y se embarcó de nuevo para la Península con la idea de estudiar Leyes. En Alcalá de Henares obtuvo su título de profesor de Jurisprudencia y, en una España espantada ya por los sucesos revolucionarios franceses, sobre todo por la idea de que un rey católico pudiera perder la cabeza en la guillotina levantada por el populacho, Mariños decidió especializarse en Derecho Canónico. El azar, sin embargo, le llevaría a conocer más de casos pequeños y cotidianos relacionados con querellas de jurisdicción, reparto de lindes, derechos de agua. A ganar sus primeros dineros como abogado asesorando a terratenientes sobre impuestos de señorío. Construyó el andamiaje de su fortuna y los primeros escalones de su carrera política como diputado del Reino sobre la defensa de los derechos y los privilegios de un antiguo régimen que empezaba a desconcharse en toda Europa.

Mariños de ida y vuelta, revolucionario crío en el mar hacia el Nuevo Mundo, adalid y defensor del viejo a su regreso, se sentó en un banco de piedra en la Alameda de la Isla de León para escuchar la risa de las gaviotas y el rumor de los chopos al rozarse con el viento y para masajearse una pierna izquierda que ya dolía demasiado. Junto a él, sus acompañantes permanecieron de pie. Doña Fernanda Caro Riquelme, colgada del brazo de un Isidoro de Uriarte que engallaba el ademán, entre ufano y agobiado, en busca de algún mozo de agua al que pedir un trago para la mujer que le había prometido todo.

—Don Martín, ¿consideraría una indiscreción que le preguntase qué le pasó en la pierna? —preguntó Fernanda haciéndose la inocente.

Mariños estuvo tentado de responder que sí. Pero le pareció inútil desaprovechar una oportunidad de caer bien a los dos únicos miembros de la sociedad gaditana que

LA NOCHE DEL REY

le habían acogido para pasear desde su huida de Sevilla.

—Puede estar segura, señora, de que, fuera lo que fuera, ocurrió por defender a España y a nuestro rey Fernando.

Contestó lo que le habría gustado tener por cierto. Suficiente para acallar la curiosidad de Fernanda.

—Amigos, podemos seguir. Gracias por este descanso.

Los tres continuaron su paseo al atardecer y sus mentes volvieron cada una a lo suyo. Fernanda recostó apenas la cabeza sobre el hombro de Isidoro sin llegar a parecer indecorosa, intrigada por la cojera de su nuevo contertulio, que se le antojó de repente demasiado impostada. Isidoro continuó oteando el entorno en busca de un aguador, temeroso de perder una oportunidad para complacer a su acompañante, y a Martín, mientras se tocaba el muslo izquierdo, le pareció percibir un leve aroma a calabazas frescas y vides en envero y le vino a la mente el pálido rostro de su madre.

Capítulo 11

He olvidado decir que el niño se llama Ginés y que durante todo el camino hasta La Puebla del Río, además de regalarme las historias de su padre, se ha permitido cogerme la mano y no soltarla ni un segundo. Es la primera vez que ando de la mano de un niño. Ni siquiera tengo recuerdos de haberlo hecho con mis hermanos en Nueva York. La casa de Ginés estaba a media legua de la entrada del pueblo, que hemos tenido que recorrer sorteando construcciones de barro encalado de las que salían corrientes de calor cargadas de aromas de alimentos que no reconozco. Me ha parecido distinguir el olor del arroz cocido y del adobo, las agrias vaharadas de quesos aireados en la ventana y algún que otro resto de carne carbonizada y seca. Así que me ha entrado hambre.

—Me llevas a tu casa, ¿no?

—Sí, señor.

—Y allí ¿habrá alguien?

—Quién sabe, señor.

Su casa se escondía detrás de una fila de acebuches que servían de acomodo para que un perro aliviara su estómago. Al vernos, detuvo la tarea, hizo ademán de soterrar su entrega y salió corriendo. En la puerta, una mujer con el pelo enmarañado de hilos grises empezaba a amamantar a su criatura. «Tía Paca», según gritó Ginés. Tía Paca se dio la vuelta y, al verme, escondió su pecho con el chal de punto marrón y se quedó como helada.

—No temas, tía, que este hombre es *giüeno*.

Intenté explicar cómo había encontrado al chaval, colapsado en su propio miedo junto al río. Pero mi español no resultó suficiente para desterrar la sospecha de la mirada de Paca. Más bien al contrario, creo que al descubrir mi extranjería su preocupación se acrecentó.

—¡Viene Ginesín, con un forastero!

Había girado el cuello para gritar hacia el interior de la casa y, a pesar de sus cuidados, la voz asustó al bebé colgado de su teta, que se echó a llorar.

Detrás de la puerta abierta de madera apareció primero una mujer joven secándose las manos con un paño sucio, luego tres o cuatro críos que, al verme, dudaron en seguir asomando la cabeza.

LA NOCHE DEL REY

—Mamá, este hombre me ha salvado la vida.

No era para tanto, pero sin mediar un segundo me encontré intentando quitarme de encima los besos que la madre prodigaba en mi mano, rodeado de una chiquillería que no dejaba de darme tirones en la camisa, los pantalones y el morral.

Al instante, como si se tratara de una coreografía perfectamente diseñada, aparecieron los hombres de la casa, entre los que, sin lugar a dudas, se hallaba el padre del chaval. Lo rodeó con su brazo sano para apretarlo contra sí y tras estamparle un beso en la maraña de pelo le arreó un cariñoso empujoncito para que entrara en el hogar.

Yo estaba por aquel entonces hambriento y el olor a embutido y sopa que procedía de la vivienda me nubló el sentido hasta el punto de hacerme perder los modales. Me encaminé hacia la puerta con ademán de entrar detrás de todo el mundo. Pero uno de los hombres, apoyado en el dintel, extendió una vara de junco para impedirme el paso.

—Más le vale que espere fuera, forastero.

Creí haber contravenido alguna norma de cortesía de estos pueblos de la ribera del Guadalquivir. He visitado muchas casas en España y sé muy bien que cada provincia tiene sus usos. Aunque también he recibido suficientes muestras del proverbial agradecimiento ibérico como para entender que un vaso de vino y un trozo de bacalao es lo mínimo que puede pedirse a cambio de haber recogido a un niño perdido. En un instante se me pasó por la cabeza que todo aquello podría haber sido un miserable truco para asaltarme. Una encerrona protagonizada por el enano para llevarme ante su familia de bandoleros y dejarme sin un real. Pero pronto mis dudas se disiparon.

—Ahí dentro se está preparando un duelo, caballero.

Ginés salió corriendo y desenchajado de la casa y se abrazó a unos zagales que esperaban sentados a la puerta mordisqueando ramas de olivo como si fueran cigarrillos.

—Mi hermanita, mi hermanita se muere...

Tardé poco en descubrir la causa de su congoja. La fiebre amarilla es un mal del que España no termina de librarse. He visto su huella por toda la Península y no pocos compañeros de viaje han tenido a bien informarme de su historia en estas tierras. Aquí la llaman el vómito negro. No hace falta explicar por qué. La hermana de Ginés se encontraba ya sin duda en esa fase en la que los coágulos de sangre negruzca salen por la boca entre dolorosos espasmos. Me acerqué a Ginés y arrodillándome para mirarle a la altura de los ojos, le dije:

—Escúchame, Ginés, soy médico. ¿Me entiendes?... doctor. Dile a tu padre que me deje entrar.

Entonces, el niño me miró horrorizado y, a punto de salir corriendo de entre mis manos, me gritó una frase que creí que ya nunca más iba a volver a escuchar de la boca de ser humano alguno.

—¡Malditos sean los médicos!

En La Puebla del Río ya no había doctor. Según supe más tarde, se había marchado aprovechando la noche con cuatro maletas en las que hizo acopio de cuantos enseres pudo. Huyó. Y es que en esta parte de España ser médico no es precisamente un buen negocio. Comencé a comprenderlo la primera vez que tuve la ocurrencia de hablar de mi profesión a un desconocido, en una calesa que nos llevaba desde Madrid a Talavera de la Reina.

«Matasanos: desgraciado el que caiga en sus manos. ¿No sabe que eso es lo que decimos por aquí, amigo? Pues sí, no le tenemos mucho aprecio a su profesión por estas tierras. Diría que incluso preferimos toparnos por el camino con un bandolero. Él al menos nos da la opción de elegir entre la bolsa o la vida... pero ustedes, válgame Dios, ustedes son capaces de quitarnos ambas cosas al tiempo y salir corriendo.»

Las risotadas de aquel hombre gordinflón me llegaron a ofender. Estuve a punto de decirle que, a juzgar por el color vinoso de los vasos sanguíneos de su cara y las varices que se le anudaban en las piernas provocando un rosario de bultitos a través de las medias, a buen seguro estaría criando malvas en un par de años. Su corazón no daba más de sí. Pero preferí callar y hacer como que el chiste me divertía.

He aprendido algunos chascarrillos sobre mi oficio desde entonces. Propios de este pueblo que llama a los doctores «matasanos». Alguno me hace gracia especialmente: «Tomarle el pulso a uno es pronosticarle la losa». Así que entre las clases más populares, sobre todo en el sur, la visita del médico es más bien el anuncio irremediable de la mortaja. Al doctor se le trata con el mismo desdén que al carnicero o al verdugo. Y en cuestiones de salud, se confía más en el poder de la Divinidad que en el bisturí y las vendas.

—La niña ya no tiene remedio, es la tercera muerte este mes en el pueblo.

La tía Paca se acercó a mí con una escudilla de sopa transparente. Me senté en el suelo y mientras le daba sorbos pequeños para no abrasarme la lengua, charlé un rato con ella.

—¿Cómo están tan seguros? ¿No hay nada que pueda hacerse?

—Ya hemos hecho todo. Ha venido el cura, ha puesto su alma en manos de Dios. Y hemos rezado para que se produzca un milagro como el de Sevilla.

—¿Qué ha ocurrido en Sevilla?

—No, ocurrió hace años, yo era una niña entonces, pero mi padre nos lo ha contado miles de veces. Lo hace cada vez que alguien cae con la fiebre. A Sevilla llegaron varias tandas de marineros procedentes de Cuba que traían el vómito negro

consigo. En poco más de cuatro meses casi todas las familias sevillanas tenían a alguien al que velar. Los médicos no daban abasto haciendo sangrías y poniendo cataplasmas. Pareciera que la población entera iba a acabar bajo tierra. Ni las rogativas, ni las procesiones, ni las vigili­as en la catedral hacían efecto. Los hombres se anudaban paños húmedos que habían pasado por el manto de la Virgen para protegerse y las mujeres llevaban el rosario permanentemente pegado a los labios porque se decía que así la infección no pasaba de la boca. Pero, ¿sabe usted?, hombres y mujeres caían como piojos por igual. Creyentes y herejes, ricos y pobres, niños y ancianos. Hasta que un día un grupo de nobles visitó al obispo para pedirle la intercesión del Lignum Crucis.

— ¿La cruz de Cristo?

— En la catedral de Sevilla tenemos un relicario con un trozo de la mismísima Vera Cruz. Se comentaba que en otros países el contacto de la madera en la que murió Nuestro Señor era capaz de purificar el aire. A alguien se le ocurrió que si se colocaba la reliquia en lo alto de la Giralda, todo el aire de Sevilla quedaría limpio, por tratarse del lugar más elevado de la ciudad. Así que salió en procesión con los mismos honores de Semana Santa y fue subido a lo alto de la torre, donde estuvo seis días velada por todo el pueblo. Al sexto día, una tormenta de granizo cayó sobre la ciudad y limpió el aire con tanta pulcritud que los casos de vómito empezaron a remitir.

— La cruz obró el milagro que los médicos no fueron capaces de provocar.

— Los médicos no se preocupan más que de cobrar su parte antes de que te mueras.

— Y el remedio fue efectivo.

— En Sevilla sí. Pero la fiebre se expandió por la ribera del Guadalquivir y ahora nos ha tocado a nosotros.

— Dios elige a quien quiere salvar.

— Hacemos lo que podemos para librarnos de la plaga. Mire, casi todos llevamos crucifijos de madera que han pasado una noche en la catedral. El párroco nos dijo que esa era suficiente bendición para que nos protegiera el cielo.

— ¿La niña también lo lleva?

— Claro que sí. En mi familia todos tenemos uno.

— Si no la cura, al menos le ayudará a ser acogida por Dios en la otra vida.

La mujer asintió mirando al cielo y yo me atreví a acercarme más a ella. Me doblé un poco hacia delante y mirándola muy cerca le pedí:

— ¿Podría entrar a verla?

La casa estaba ya casi totalmente oscurecida y los pocos brillos que nos permitían

movernos entre los muebles sin darnos topetazos procedían de las seis o siete velas que rodeaban la cama de la muchacha. Ginés se levantó al verme y pareció darme permiso para acercarme. Pero su madre me miró diciendo no con la cabeza.

—Señora, no vengo a curar a su hija. Solo quiero acompañar a Ginés. Y deseo que confíen en mí. Sé por lo que ha pasado la niña. Hace diez o doce días llegó a casa con un leve dolor de cabeza. Nada importante. No pensaron que pudiera tener algo que ver con la enfermedad que había llevado a la tumba a su amiga de juegos una semana antes. La cría siguió jugando y ayudando a su padre en el campo hasta que un día se quejó de dolor en la espalda y tuvo náuseas al comer. Y usted empezó a asustarse. Pero dejó de darle importancia al ver que no tenía fiebre. Aunque la fiebre llegó, justo una semana después de los primeros dolores. Y tras la fiebre, el color amarillento de la piel y las manchas rojas en los ojos. Y el primer vómito de sangre negra.

Al escuchar el relato exacto de los hechos, el padre de Ginés se me acercó por la espalda y ofreciéndome un trago de la bota de vino que llevaba colgada al cuello, me habló:

—Mire, forastero. Si es usted médico, ha de saber que no tenemos ni un real para darle. La cría ya está en paz con Dios. Pero si quiere tomarle el pulso o lo que sea, por mí no hay problema.

Bebí un trago corto para no evidenciar el asco que me daba y, tras pedir permiso a la madre con la mirada, tomé la muñeca de la muchacha entre mis manos.

La ictericia había atacado ya prácticamente sin remedio. La piel, amarilla y deshidratada, se hundía a la presión de mis dedos y tardaba en recobrar su estado natural. Había ronchones rosados por todo el pecho y un edema a la altura de las costillas. Levanté la manga de uno de sus brazos y observé una multitud de cortes, algunos aún sin cicatrizar. Busqué la mirada de la madre.

—Son las sangrías. El doctor se las hacía a diario antes de irse, y ahora seguimos haciéndolas nosotros, sin saber muy bien cómo.

Sobre la mesilla se agrupaban tres cuchillas oxidadas y mugrientas y varios vasos con restos de sangre.

—Ya le he dicho a la mujer que deje de hacerlo —recriminó desde el fondo de la habitación el padre—. Ya es preferible que la niña muera de muerte natural.

Así llaman en España a la muerte sin atención. Muerte natural. Para los españoles lo natural es morir comido por la infección, por los dolores, por los vómitos. Es natural lo que la Providencia dicta sobre nuestros cuerpos. Acudir al hospital y morir en manos de una enfermera, recibir ungüentos contra el dolor o dejarse aconsejar por un «matasanos» va contra natura.

—Caballero, discúlpeme. Lo que es natural es morirse desangrado por los cortes

LA NOCHE DEL REY

que le están haciendo a su hija. Es natural contraer más enfermedades de las que ya tiene al contacto con el óxido de las cuchillas. Dejen de hacerlo. No le quiten a la pobre la poca sangre que aún le queda sin infectar. Yo le daría de comer algo, lavaría sus heridas con agua caliente y paños limpios y la sacaría de esta casa cuanto antes.

Me ajusté el morral, saludé con la cabeza a la concurrencia y me fui. Antes de salir de la casa, me volví hacia la madre de Ginés, que había roto a llorar de nuevo, y le pedí que rezara mucho por su hija. Mal no le iba a hacer. Ella se dio la vuelta para mirarme y entre sollozos me dijo:

—Si alguna vez en su país hay una guerra, acepte mi consejo: no tenga usted nunca hijos.

Ginés me acompañó hasta la salida de La Puebla del Río, esta vez sin cogerme de la mano. Y se detuvo exactamente donde empezaba el camino. Era de noche y yo debía prepararme para encontrar refugio en algún lugar del bosque. Lejos del pueblo. Si la niña no aguantaba la noche, alguien iba a venir a pedirme explicaciones trabuco en mano.

Capítulo 12

La iglesia no olía a incienso. Era una de esas peculiaridades de las iglesias en guerra que tanto gustaban a Quilliet. Los lugares sagrados, desposeídos de su principal atributo olfativo, le parecían al francés meros almacenes. Almacenes de almas y, sobre todo, almacenes de obras de arte. Por eso entró en la capilla del sagrario sin titubear. Detrás de él, el cura párroco de la iglesia de Santa María miró por encima de su hombro, hizo una rapidísima genuflexión y se santiguó. Pierre Le Brun, el tercer miembro del grupo, se sintió obligado a repetir el gesto antes de decirle algo en el oído a Frédéric:

—Verá, Quilliet, abra bien los ojos y verá.

El párroco se arrodilló remangándose la sotana con una mano mientras con la otra manipulaba una argolla escondida bajo una alfombra azul raída. Tiró con fuerza de ella y la cara se le enrojeció por el esfuerzo. Los tres hombres apuntaron sus candiles hacia el suelo y el brillo permitió ver una trampilla que, una vez abierta, dejaba paso a un pasadizo oculto.

—He trasladado aquí el material, por razones obvias.

El párroco comenzó a descender por las escaleras oscuras y llenas de polvo. Quilliet le siguió con impaciencia antes de que Le Brun pudiera iniciar el descenso.

Una vez en el pasillo, la oscuridad fue prácticamente total. El caminar cansino del cura provocaba cierto bamboleo en su candil y repartía haces de luz a izquierda y derecha. Los rostros saturados de color en primer plano y fundidos con las sombras del entorno se antojaban caretas flotantes sin cuerpo. A Quilliet le pareció que formaba parte de un cuadro de Caravaggio.

Le llamó la atención en especial la cara del sacerdote. Aquel hombre de unos cincuenta años estaba disfrutando. Se desenvolvía con gran naturalidad en el pasadizo construido originalmente para buscar un escape digno a las personalidades que acudían a pedir confesión a horas poco recomendables. Ahora, el túnel carecía de salida a la calle, por eso se había convertido en un lugar ideal para esconder pertenencias que era necesario poner a salvo durante los saqueos. Pero en realidad, el padre Benito no había tenido que hacer uso de él nunca. Hasta ese momento. Siempre fue de los partidarios de la negociación. «Hablando se entiende la gente», le espetó al capitán de dragones que aporreaba la puerta de la sacristía la tarde que los franceses tomaron Écija. Le habían llegado noticias de los saqueos y profanaciones

con las que el ejército de Napoleón tenía costumbre de presentarse ante los curas de los pueblos dominados, así que decidió pasar a la acción a su modo.

—Monsieur, seguro que hay algo que este humilde servidor de la Iglesia puede hacer por usted.

Desde aquel día la iglesia ecijana dejó de recibir visitas de los dragones. Pero el padre Benito se hizo un asiduo anfitrión de agregados, enviados y corresponsales de la Corona de José I. El mariscal Sault había recibido el encargo de buscar un lugar seguro para las obras de arte que el ejército iba requisando por Andalucía. La Écija josefina fue considerada el almacén más adecuado.

Por supuesto, el párroco hubo de lidiar con la animadversión de buena parte de su propia feligresía que, a pesar de estar militarmente dominada por el francés, seguía practicando la resistencia activa y no vio con buenos ojos la relación de su pastor con los gabachos. Pero el padre cumplió bien su misión, supo dar a Dios lo que es de Dios y al rey José lo que más necesitaba. Hasta el punto de llegar a recibir una petición personal de Cabarrús, ministro de Finanzas del rey, para que se hiciese cargo de tres tesoros de gran valor procedentes de El Escorial. Los tres tesoros que ahora estaba a punto de mostrar a Quilliet.

Le Brun caminaba cerrando el grupo, muy pegado a Quilliet para intentar aprovechar la luz de su candil. Tenía pavor a la oscuridad. Con el fin de relajar la mente y dejar de pensar en las tinieblas que adornaban el túnel, inició una conversación.

—Frédéric. Me ha llamado poderosamente la atención algo que ha dicho como de pasada en el baile del general Foy.

Quilliet pegó un poco la oreja al lugar de donde procedían las palabras de su colega.

—¿De verdad le daría igual que esas obras fueran falsas?

—No recuerdo haber dicho tal cosa —contestó Quilliet.

—Sí, algo similar. Cuando le aseguré que son cuadros auténticos me miró con cierto desdén y me dijo que «eso era lo de menos».

La Virgen, Jesús y san Jorge de Tiziano, *la Sagrada Familia* de Bordone y *La mujer adúltera* de Van Dyck eran tres piezas originales por las que Quilliet habría matado a su propia madre. La mera expectativa de poder contemplarlas en unos minutos le propiciaba una excitación inusitada. No recordaba haber dicho tal cosa a Le Brun. Pero Frédéric tenía la extraña sensación de que podía haberlo hecho. No eran nada ajenas a su pensamiento tales palabras.

—En el fondo, amigo Le Brun, la originalidad es un bien francamente devaluado.

A su interlocutor le pareció que la frase era una *boutade*. Incluso inició el ademán

de emitir una risita sarcástica. Pero Quilliet prosiguió.

— ¿A qué consideramos autenticidad? ¿Al primer trazo de una obra, al último? ¿A la idea primigenia que anida en el corazón del artista cuando imagina cómo será el próximo cuadro que va a pintar? ¿Cuántas de esas ideas habrán nacido en otros corazones, en otras mentes? ¿Cuántas habrán cambiado durante el largo camino que va desde la inspiración a la culminación del trabajo? ¿Es que acaso el pintor que refleja una escena cotidiana es menos original que el que inventa una alegoría? ¿Qué Piedad es más original: la de Miguel Ángel o la de Tiziano? ¿Cuál es más «auténtica»?

Los tres hombres se detuvieron para no tropezar con un pequeño arcón que obstruía el paso. Pero Quilliet parecía haber entrado en trance y no dejó de hablar en ningún instante.

—No sabemos, Pierre, cuánto hay de original en cada obra. Cuánto copió el artista, qué le inspiró. Qué estaba leyendo cuando le asaltó la necesidad de pintar, quién estaba a su lado, qué le atormentaba. Lo idealizamos todo a través de su arte y creemos hacernos la ilusión de que conocemos su vida cuando contemplamos sus obras. Y aun así no es más que un espejismo. Amigo Le Brun, bien mirado, todas las obras son copias.

—Me temo que está usted frivolizando. Simula desinterés por lo que va a pasar en este pasillo dentro de unos minutos, pero no me engaña, está tan excitado como yo.

—Puede que sí. Aunque ¿cree que esa excitación habría de ser distinta si esos cuadros fueran falsos y usted y yo no lo supiéramos? He aprendido a no obsesionarme con ese tema. De no ser así, no habría comprado, vendido ni robado ninguna pieza en mi vida. No hay modo humano de saber si realmente un cuadro es auténtico. Así que lo mejor es pensar que ese dato carece de valor real. Al menos del valor que ustedes le dan. Imagine a Leonardo empezando a componer el *San Juan Bautista* con su querido Salai como modelo. El estudiante adolescente, sentado sobre un taburete y señalando el cielo con su mano derecha. El viejo Leonardo ha tomado las primeras notas, pequeños trazos para orientar la composición. Pero su modelo se levanta. Desnudo, le abraza por la espalda, juega con las melenas canas del maestro y le susurra al oído algo mientras corrige el grosor de los labios del retrato. ¿Podríamos entonces considerar el cuadro verdaderamente original de Da Vinci? ¿Cuántas obras se habrán creado bajo la influencia erótica de la amante o en la bruma de una noche demasiado dedicada al vino! ¿Cuántos artistas se habrán dejado llevar por los celos, la vanidad, la necesidad de impresionar a una mujer, el miedo al poderoso, el halago al invasor! ¿Cuántos, bajo tal embrujo, habrán trastocado su idea original, habrán ocultado trazos indecorosos, habrán pintado, en fin, cosas que en verdad no querían pintar! ¿Cuántas escenas se le habrán ocurrido realmente a la ramera con la que el artista se desahogó la noche anterior a empezar a pintar!

»Sí, querido Le Brun, la originalidad es una cualidad sobrevalorada. Lo único

LA NOCHE DEL REY

exclusivo, auténtico, original... es la experiencia que cada uno de nosotros vivimos con el cuadro. El temblor que sentimos al contemplar un lienzo, la forma en la que se nos eriza el vello, las ganas incontenibles de llorar.

Quilliet bajó la voz.

—¿Cree que usted y yo tendremos una relación con estos tres cuadros remotamente parecida a la de este párroco gordinflón y pirata? ¿Qué es para él un Tiziano sino una forma de garantizar su seguridad y alguna que otra moneda? Usted y yo sí somos originales, amigo.

—Reconozco que a veces me asusta, Frédéric.

Quilliet respondió entre sonrisas.

—No tema, amigo. Al fin y al cabo, nuestra pasión tendrá su recompensa. Vamos a ver qué tiene el curilla entre manos. Si realmente es lo que me ha prometido, estaremos haciendo un gran favor a los clásicos.

—Bueno, en realidad estaremos haciendo un gran favor a Sebastiani. Es él el que quiere sacar los cuadros de aquí.

—Nuevo error, Le Brun, nuevo error. Estaremos haciendo un favor al arte, a Tiziano, a Bordone, a Van Dyck. Estas obras no están hechas para que las contemple el populacho. El rey se ha vuelto realmente loco con esa idea de crear un gran museo en Madrid. El pueblo no se lo va a agradecer. Ellos no saben disfrutar de la verdadera esencia de estas joyas. Están reservadas para unas cuantas miradas. Para la de Sebastiani, para la suya, para la mía.

En ese mismo momento los tres hombres llegaron al final del pasadizo. Allí se agolpaban varios arcones de madera oscura, unas cuantas alfombras y tapices acumulando polvo y tres cuadros tapados con mantas. El cura dijo «et voilà» y tiró de las mantas con fuerza.

Aparecieron las tres pinturas, una apoyada en la otra, y Quilliet cayó de rodillas. Como si hubiera olvidado que estaba acompañado de alguien, se dedicó a pasar el candil por cada milímetro de superficie de los lienzos, observando, poro a poro, cada trazo, cada capa de pintura, cada micra de barniz. El cuadro de Tiziano estaba en primer término, y a Quilliet le pareció irresistible el pedazo de cielo gris que sirve de fondo a la cabeza de san Jorge. ¿Es que acaso existe una representación más acertada de la nobleza? ¿Cuántos mortales seremos capaces de contemplar la mirada que el santo arroja a la Virgen y a su hijo sin conmovernos? ¿No es la misma mirada que un padrino ofrece a su ahijado durante el bautizo? Feliz por la buena nueva de que un alma se sume al rebaño, comprometido por la responsabilidad de su tutela, severo porque sobre él recae la misión de la rectitud. ¿Y no es prodigiosamente distinto el vínculo entre el Jesús infante y su madre? ¡Cuánta ternura! ¡Cuánta intimidad! ¡Cuánto amor!

El francés pareció despertar de sus propios pensamientos de repente. «Son buenos, son los de El Escorial. Hay que sacarlos de aquí cuanto antes», se dijo, e informó al resto de la concurrencia sobre sus planes. Al día siguiente, con las primeras luces de la mañana, se dejaría caer con una cuadrilla para recoger la mercancía. Solo cuando esta estuviera a buen recaudo fuera de la iglesia, Quilliet mismo se encargaría de avisar a Sebastiani.

El camino de vuelta por el pasadizo fue más rápido de lo esperado. Los tres hombres lo realizaron con prisa y en silencio. Ya había poco que contarse. Cada uno andaba absorto en sus pensamientos. Quilliet, imaginando el próximo encuentro con los cuadros, en la soledad de su habitación, con todo el tiempo del mundo para la contemplación. Le Brun, contando mentalmente el dinero que iba a embolsarse por la operación. El padre Benito, temiendo que con la entrega de los tesoros se quedaría sin protección. Ya no habría nada que hubieran de deberle los franceses.

Pero todos los pensamientos se truncaron de repente cuando desde el pórtico de la iglesia llegó el bramido de una algarada. Decenas de hombres pedían a gritos la presencia del cura.

—Padre, padre, venimos a pedirle su amparo, alguien necesita refugio.

Quilliet, Le Brun y el sacerdote se asomaron para contemplar la escena. Veinte o treinta hombres enarbolando antorchas y candiles trasladaban a un pobre diablo cuyas ropas, embarradas de sangre, apenas le servían para tapar sus partes pudendas. El populacho había terminado su trabajo. El infortunado era acusado de colaborar con los franceses y con razón. Tan pronto como los primeros chacós de los hombres de Soult habían aparecido en el horizonte de Écija, detrás de los olivos y las encinas, se postuló como suministrador de aceite, de ropas y de noticias. Salía cada noche con una mula adiestrada para caminar en silencio cargada de enseres. Durante el asedio a la ciudad, un buen número de sopas, de remiendos y de ejecuciones de patriotas se debieron a la materia prima suministrada por el joven, que ahora miraba al párroco tan cansado y dolorido que ni siquiera era capaz de esbozar un gesto de clemencia. Se limitó a fijar la vista en los ojos saltones del cura y tratar de contener los jadeos apretando los labios.

Uno de los miembros del grupo rompió el hielo.

—Padre, este hombre merece la horca. Fue él quien nos traicionó durante el acoso de las tropas francesas.

—Y eso cómo lo sabéis, hijos. Conozco bien a Blas Armenteros. Sus padres han sido buenos feligreses siempre. ¿No estaréis cometiendo un error irreparable?

Quilliet y Le Brun escuchaban desde el interior de la iglesia. Lo último que debían hacer era dar a la turba dos chivos expiatorios frescos y auténticamente franceses.

—El muy imbécil se envalentonó anoche con una putilla. Creyó que confesar su fechoría le hacía más hombre.

LA NOCHE DEL REY

—Y la chica ha tardado poco en correr a contároslo.

—Padre, usted sabe mejor que nadie que por la cama de esas rameras de barrio alto pasan muchos afrancesados y muchos patriotas. Y no está escrito que lo que allí se cuenta esté sujeto a secreto de confesión.

Un bramido recorrió el grupo a modo de risotada colectiva.

—Dejémoslo claro, padre. Puede que nuestro ejército nos haya abandonado en manos de Pepe Botella, pero todavía somos muchos los patriotas que no estamos dispuestos a que la traición quede sin castigo. Este miserable lleva el destino marcado en la cara: la sogá. Pero nuestro pueblo, que ha permitido que le arrebaten el suelo, no va a permitir que le arrebaten el honor. Así que le damos la misma oportunidad que le daríamos a cualquier maleante. Que pida refugio a sagrado, que ponga su alma en manos de Dios y que sea usted el que decida su destino.

La oscuridad de la noche, quebrada a duras penas por las llamaradas de las antorchas, impidió a la multitud reparar en la palidez del rostro del padre Benito. Tener por primera vez la vida de un hombre en sus manos no era lo que más le atribulaba. Pero una maldita jugada del destino había hecho que ese hombre fuera juzgado, precisamente, de colaborar con los franceses. ¿Era una cruel jugada del azar o era un castigo inteligentemente diseñado por el Señor? En los treinta segundos que tenía por delante para dar una respuesta, fue capaz de sopesar todas las posibilidades. Si aceptaba la petición de amparo, estaría cumpliendo con su obligación, pero cargaría en su cuenta una acción más de complacencia afrancesada. Nada favorable en el caso de que al ejército español le diera por recuperar Écija. Si se negaba, despejaría cualquier duda sobre su fidelidad a la causa fernandina, borraría de un plumazo cualquier sospecha que pudiera estar gestándose sobre su rectitud y ganaría un buen puñado de feligreses para su parroquia. Iba a cometer el peor pecado de su vida. Pero era consciente de que el infierno ya se lo había ganado hacía tiempo. Esto no cambiaría demasiado sus expectativas de gloria.

—Dios no tiene nada que decir en este caso, hermanos míos. Vuestras leyes son claras y, si me pedís mi opinión como hombre, son justas. Rezaré para que el Señor acoja tu alma arrepentida, hijo.

El portón de la iglesia chirrió al cerrarse y el ruido se fundió con los gritos reanimados de la plebe, que comenzó a alejarse lentamente.

—¡A la horca! ¡A la horca con el afrancesado!

Capítulo 13

A decir verdad, Su Majestad el rey José I ha perdido un poco la compostura, deambula descamisado delante de un americano desconocido, con las manos apoyadas en los riñones, apuntando al suelo con su mirada y con el mechón desprendido del cuidado pelo regio. James Irving disfruta de la escena, pero sin mostrar entusiasmo alguno. Aún no ha terminado de entender bien qué está ocurriendo. Pero el encuentro al menos le ha servido para charlar un rato y deshacerse del olor a establo de la posada. El rey le sigue hablando.

—En el fondo, es muy probable que a mi hermano le haya importado realmente mi felicidad. He percibido en él muchas veces la honda aunque breve preocupación que escapó con aquella lágrima en nuestra primera separación. Escucha.

José I cierra los ojos y alza la cabeza como si estuviera recordando algo. Sobre él un racimo de estrellas se organiza en los fragmentos de cielo más alejados de la luna y de las nubes.

—«Veo con dolor que estás apenado, y ese es el único revés de la fortuna que verdaderamente temo.» Convincente, ¿no? Son las cosas que escribía el emperador Napoleón cuando comenzaba mi campaña en España. El bueno de él estaba preocupado por la entereza de ánimo de su hermano mayor. ¿Crees que era sincero o simplemente se encargaba de asegurar que su peón al sur de los Pirineos no flaqueara?

El viajero norteamericano se encoge de hombros y luego toma unas piedrecitas del suelo para tirarlas sonoramente contra el tronco de un chopo. ¡Qué iba él a decir!

—No puedes hacerte una idea de lo que fueron aquellos meses. ¡Nápoles era tan bello y la vida transcurría allí tan liviana! No lo habría dejado por nada del mundo... por nada que no fuera una súplica de mi hermano. Cuando viajé a Bayona accediendo a sus requerimientos, estaba absolutamente convencido de que ningún pueblo podría acogerme mejor que el napolitano. Aun así no me pareció mal escuchar al emperador de Francia y darle, quizá, algún consejo sobre cómo manejar el asunto español. Pero apenas tuve la oportunidad de abrir la boca. Napoleón estaba sentado en un sillón de cuero negro con largos reposabrazos tallados en madera. De espaldas a la puerta, con los pies sobre un arcón justo enfrente de una chimenea donde crepitaban dos grandes leños de encina. Sostenía con una mano una copa de brandy. Me llamó «hermano» y me ofreció beber de su propia copa. Le dije que ya

LA NOCHE DEL REY

sabía que no bebo y me senté a su lado, contemplando unos cuantos mapas de la península Ibérica desperdigados por el suelo. Acababa de firmarse el tratado de abdicación de los Borbones y mi hermano había despachado durante horas con un grupo selecto de notables españoles que le expusieron claramente la situación. El único modo de salvar a España de la ruina total era ceder el trono a un Bonaparte. Parecía que no había disidencia entre las clases poderosas españolas: nuestra presencia aseguraría al reino años de paz y estabilidad. Un francés, o la anarquía. «Y no conozco francés más digno de esa misión que tú, *mon frère*. El pueblo español te está esperando», me dijo sin mirarme. ¡Ese hombre se hace querer cuando le viene en gana! Así que ya no volví a mi casa como José Napoleón Bonaparte, rey de Nápoles y Sicilia, sino como José I de España.

»¿Por qué acepté tan deprisa? ¿Por qué no dudé un solo instante en decirle que sí? No lo sé. Quizá por mero afecto a mi hermano, por deseo de congraciarme definitivamente con él. Quizá albergara aún la esperanza de reparar la distancia que nos mantenía profundamente alejados desde que decidí quedarme en Cerdeña con mi madre mientras él se hacía militar y hombre. O tal vez solo quise demostrarle a mi difunto padre que se había equivocado al separarme de la carrera militar. ¿Cuánto de vanidad y cuánto de cobardía hubo en aquella decisión? Si te soy sincero (y por qué no voy a sértelo si no te conozco de nada, si ni siquiera sé dónde pararás mañana), por aquel entonces no tenía la menor idea de que mis hermanos Jérôme y Louis habían rechazado la oferta de Napoleón antes de que me la hiciera a mí. Así que he de reconocer que la vanidad jugó sus cartas. Pero ¿de haber sabido que yo era el tercer plato hubieran cambiado la cosas? Creo que no. ¡Qué demonios, me gustó recibir la oferta! Me sentí halagado. Estaba convencido de que iba a hacer un gran papel en España. Yo, el rey tranquilo, refinado y culto levantando una nación sin el concurso de las armas. Así que a las cinco de la mañana del 9 de julio de 1808, no olvidaré esa fecha ni en la tumba, partí de Bayona escoltado por casi dos mil hombres y un par de horas después estaba en suelo español.

Mientras habla, el rey José dibuja sobre la tierra una línea que se parece a la costa norte de la Península y marca con cierta torpeza el trayecto de su primer camino a España. James se levanta para ver mejor el dibujo y piensa que es muy probable que el camino fuera el mismo que le trajo a él a estas tierras. El rey destaca un punto sobre el suelo.

—¡Vitoria! Cuántas esperanzas depositadas en aquel viaje. Cuántas ganas de disfrutar en primera persona del afecto y el calor popular que mi hermano me había prometido. Aquí fue donde ofrecí mi primera proclama como rey de España. «Españoles, reuníos todos, ceñíos a mi trono.»

José I se detiene, deja caer las manos hacia el interior de los muslos y se sienta con estrépito sobre la piedra de moler que decora la entrada de la casa.

—Pero los españoles no tuvieron ninguna intención de acompañarme. Las calles

estaban vacías, los balcones huérfanos de banderas. Las autoridades no salieron a recibirme si no era a la fuerza y para leer rápidamente un discurso convencional. Fui un rey intruso. Me había sido encomendada la misión de gobernar un pueblo de doce millones de enemigos exasperados. Y por ellos había dejado Nápoles, había entregado mi vida al más azaroso de los destinos. Aunque mi vida no tiene gran importancia: está siempre en manos del emperador de Francia.

James no está seguro de querer presenciar el espectáculo de un rey que se desmorona. Toma la palabra más por el impulso de un médico acostumbrado a aliviar que por ganas de decir algo.

—¡Y quién no es esclavo del azar en los tiempos que corren!, Majestad.

En ese instante, el americano cae en la cuenta de que es la primera vez que llama así a José I: «majestad». De hecho, es la primera vez que llama así a hombre alguno.

—Estamos en los lugares que el destino desea en el momento más oportuno para que nuestros sinos cambien para siempre. No es lo que tenemos planeado, pero ocurre. Y de ninguna manera podemos osar intentar controlar nuestras vidas. Si lo hiciéramos, la vida misma se nos revolvería para darnos un manotazo en toda la cara. Un disparo al aire en una trifulca, un encuentro con alguien al que la muerte está esperando a la vuelta de la esquina, una noche en una mala posada de un pueblo de la sierra en la que casualmente también se aloja un rey... Quién sabe cuándo va a dar un vuelco nuestra biografía para siempre. En qué jugada maestra del azar vamos a ganarlo todo o a perderlo todo.

El rey le interrumpe:

—Vivimos con la certeza permanente de que nuestro mundo va a cambiar, pero nos aterroriza no saber cuándo.

—Puede que cambie cada día, que lo haga sin que apenas nos demos cuenta. Puede que nuestro encuentro de hoy me haya salvado la vida y yo aún no lo sepa.

—Andas con problemas, ¿verdad, americano?

—Digamos que simplemente huyo. Aunque ya hace tanto tiempo que lo hago que no recuerdo bien de qué.

James miente, porque de sobra sabe que huye de la mala suerte, de su proverbial habilidad para estar donde no debiera haber estado jamás. Huye de una imagen de sí mismo que nada tiene que ver con la realidad, de un pasado que no es el suyo, de unas muertes de las que él no se cree responsable.

—Yo también he intentado huir, amigo. —José I vuelve a levantarse y se adentra un poco entre las sombras de modo que el americano solo acierta a verle la espalda clara de la camisa y el brillo que roba la luz de los candiles al impecable cinturón de cuero—. No llevaba ni dos semanas en España cuando llegué con toda mi comitiva a Madrid. Aún mantenía la esperanza de poder comportarme como el nuevo rey que

era. Con la maleta llena de proyectos, todavía creía que contaba con el apoyo de las clases poderosas de la nación para llevarlos a cabo. Aunque mis primeros encuentros con los españoles fueron realmente fríos, confiaba en que Madrid me acogiera como a un buen monarca. Al menos eso es lo que no cansaban de repetirme mis ministros por el camino desde Vitoria. El norte de España aún no había sido correctamente informado de nuestras pretensiones, pero el trabajo en Madrid estaba hecho. El pueblo nos aclamaría. Así que recorrí docenas de leguas estudiando el modo de parecer un buen rey, aprendiendo sobre las costumbres, los modales, las calles, los gustos de los madrileños. Ensayaba ante el cristal de la calesa el gesto adecuado para recibir a los ciudadanos en la calle, el modo de agradecer la ornamentación de los balcones, la sonrisa natural con la que iba a presentarme. Antes de que la avanzadilla de la comitiva llegase a vislumbrar a lo lejos la Puerta de Alcalá, pedí a todos que se detuvieran. Quise reunirme con mi equipo de confianza para asegurar una entrada digna. Preparamos durante la mañana las palabras adecuadas para responder a las autoridades y un par de contactos con el pueblo en medio del camino.

»Comenzaba a relucir el sol de la tarde sobre los campos en barbecho de las afueras de Madrid cuando vi la cúspide de la Puerta de Alcalá por primera vez en mi vida. No hay mejor modo de entrar en una ciudad: la canícula se disipaba al paso de un par de nubarrones que no parecían amenazantes. Un mar de tilos y castaños hacían brillar sus hojas al viento suave del sur. Y a nuestro paso, los primeros perros hacían además de aproximarse, daban un par de vueltas alrededor de los caballos y se marchaban olfateando el suelo. Fueron los únicos. Madrid pagó nuestra ilusión con su desprecio. Apenas quedó atrás la tapia del Buen Retiro, la ciudad nos envolvió en el silencio. Ni un solo regidor salió a recibirnos; del corregidor ya ni hablamos. Ni siquiera un procurador del común, un triste secretario escribano para recoger nuestras credenciales a la entrada. Nadie. —José subraya el discurso con el puño derecho crispado y la mandíbula tensa: aún duele el recuerdo—. Los madrileños eran fantasmas que, de vez en cuando, asomaban sus rostros por las ventanas cerradas de las casas y los escondían de súbito entre los visillos. A la altura del palacio de Buenavista, recién atravesado el paseo del Prado, un grupo de rufianes infantiles y sucios correteó hasta mi calesa. Uno de ellos pegó la palma de su mano renegrida sobre el cristal y allí dejó una huella de porquería antes de volver a salir corriendo. Fue lo más cerca que estuve aquella tarde de un madrileño.

»Superada la Puerta del Sol, antes de adentrarme en el laberinto de callejuelas que conducía a palacio, caí en la cuenta de que no había visto apenas banderas, ni guirnaldas. Quizá un pendón que otro que a buen seguro se habían apresurado a colgar los dragones de primera línea para disimular la desolación. Y en ese mismo instante, reparé con angustia en que tampoco habían doblado las campanas. Los campanarios de toda la ciudad también se habían conchabado en mi contra. Fue un largo periplo desde la Puerta de Alcalá al Palacio Real acompañado de mí mismo, escuchando mis propios pensamientos amartillados por el repicar de los cascos de los

caballos sobre los adoquines, que, a pesar de estar en pleno mes de julio, devolvían un aire frío y húmedo de invierno. Al menos, a mí así me lo pareció. Cuando mi calesa libró la puerta del patio de palacio, un gato negro escapó de entre las ruedas y, antes de perderse por las casas bajas de la plaza, pareció detenerse un rato a girarse para contemplar mi desolación y seguir su camino como el rayo.

»Entré en palacio con la frente apoyada en el cristal justo a la altura en la que el truhán había dejado su recuerdo de barro y hollín. Dispuesto a abandonarlo todo, a renunciar al que no era mi destino. A huir, querido viajero, a huir.

—Pero no huyó. Siguió siendo el «Rey Intruso» por mucho tiempo.

—Mis aposentos en el Palacio Real estaban preparados para relajarme. No tardé en recuperar algo el ánimo. Desde la ventana de la habitación se veía la ribera del río y hasta donde mi vista alcanzaba me pareció ser rey de una bella tierra. Por la Puerta de la Vega llegaban carros cargados con algunas viandas y los primeros grupos de hombres y mujeres del campo empezaban a regresar a casa con sus aparejos, charlando, cantando. Fluía la vida con la normalidad de un país que no estuviera en guerra, como si dos meses atrás por estas mismas calles no hubiera corrido a borbollones sangre española derramada por mi hermano.

»Estuve horas mirando el paisaje. Sin moverme de la silla de escritorio que había arrimado a la ventana. Sin atender las llamadas de mi chambelán. No quería cenar, no quería recibir a nadie. Algunos embajadores se habían apresurado en arreglarme citas con nobles madrileños para compensar la tristeza de nuestra entrada. Me daba igual. Quería a toda costa recuperar los sentimientos de ambición y afecto que había experimentado durante el viaje a Madrid. Estaba dispuesto a no dejarme vencer por la nostalgia y el desánimo.

James duda. Hace muchos años que no se siente obligado a dar consejos, atrás han quedado los tiempos de procurador de curas para el cuerpo y el espíritu, pero algo le dice que debería hablar. Quizá se compadece del modo en el que el rey ha dejado relajar su puño y ha empezado a suavizar el gesto: antes crispado, ahora definitivamente nostálgico. Al final, el americano decide callar y seguir escuchando.

—Al caer la noche, tomé la pluma y escribí a mi hermano —dice el rey retomando la palabra—. «Majestad, hoy he entrado en Madrid, no he sido recibido por los habitantes de esta ciudad como lo fui por los de Nápoles.» No sé qué efecto quería producir en el emperador con estas palabras. Es posible que, sin saberlo, estuviera pidiendo permiso para una humillante retirada, para el regreso a mi pueblo, junto a mi esposa y mis hijas. Que estuviera renunciando al trono de la nación más poderosa de la historia de Europa. O que necesitara recibir de mi querido hermano las palabras de apoyo que me infundieran el ánimo que empezaba a escapármese a chorros. Ansiaba escupirle a la cara cuán injustamente me había tratado en Bayona, considerándome un peón más de su tablero planetario. Quería agarrarle por las solapas de la levita y gritarle: «Vuestra Majestad no me hace justicia cuando piensa

que aquí dentro no hay cabeza ni hay corazón. No, no carezco de cabeza, no ando falto de corazón y aunque hubiera sido amasado en barro, he vivido demasiado tiempo cerca de vos para que en mí no hayan hallado cobijo la buena cabeza y el buen corazón».

José pasa el envés de la mano para limpiarse los labios y, en sus ojos, un velo de luz blanca empieza a titilar. Lloro. Lloro para sus adentros igual que lloró el 20 de julio de 1808 escribiendo a su augusto hermano desde la habitación del Palacio Real de Madrid, con la Vega de testigo y el cielo velazqueño de carcelero.

—Siempre me consideró un cobarde. Pero ¿qué podía hacer yo si todos mis oficiales españoles me abandonaban, si mis embajadores me mentían y el pueblo al que debía liderar se mofaba de mí?

—¿Y no es eso precisamente lo que ha de pasarle a un rey extranjero? ¿No es de esperar de los ciudadanos que se revuelvan contra el invasor?

—No fue eso lo que me prometió mi hermano en Bayona. Nunca fui preparado para otra cosa que para una entrada triunfal en Madrid. Y me vi de bruces con una guerra que no íbamos a ganar sin el apoyo de cien mil soldados en el frente. Pero tras ese día, mi hermano decidió cambiar de estrategia. De repente sus cartas se volvieron amables, sosegadoras. Me pedía que fuera feliz. «Eres un conquistador y el destino de los conquistadores está marcado en tu frente: luchar por el aprecio de su nuevo pueblo.» «Tienes muchos apoyos en España —me decía—, pero están intimidados, ocultos, esperando tu señal. Son gente honesta, pero carecen de las agallas que tú has de demostrar tener. No puedo dejar de admitir que tu misión es gloriosa y difícil. Te envidio, José, te envidio en el fondo de mi alma. Antes que tú, otros reyes hubieron de conquistar a su propio pueblo. Sigue la estela de Felipe V, de Enrique IV. Sé feliz. No permitas que te afecten la nostalgia y el desánimo. Y no dudes ni un instante que todo esto acabará antes de lo que crees y mejor de lo que sospechas.»

»Aquí me tienes dos años después, siguiendo mi tarea de conquistar el corazón de los españoles mientras él conquista las tierras de los europeos. Se lo prometí por segunda vez y lo estoy cumpliendo: seré rey como debe serlo el hermano y amigo de Napoleón, o por el contrario regresaré a Mortefontaine, donde no pediré más que vivir sin humillación y morir con la conciencia tranquila.

El rey parece haber recuperado la compostura y por eso se siente capaz de entrar en la casa para salir un minuto después con una frasca de vino tinto y dos vasos.

—Toma. No creas que por ser rey se nos está permitido viajar con mucho más.

Y así, los dos hombres, uno rey de España y otro prófugo de dos continentes, comparten por primera vez un trago de vino rancio que no hace honor ni de lejos a las cantadas excelencias de la uva de la tierra que están pisando. Y los dos ocultan tras el vidrio de sus vasos el verdadero vagar de sus sentimientos. Porque James ya no piensa en lo que el rey le cuenta, sino en el modo de salir de esta nación en guerra

de vuelta a la nación de la que escapó. Porque siente que el vino que José I de España acaba de ofrecerle es más que una cortesía, es la confirmación de un pacto de silencio que de algún modo deberá cobrarse. Porque intuye que en esa sucia posada de El Bosque, el azar ha querido que se cruce con su pasaporte de vuelta a la vida que lleva décadas añorando.

El rey, por su parte, se moja los labios en el vino en parte por cortesía y en parte por sofocar su incomprensible verborrea. ¿Será cierto que Pepe Botella no bebe? Eso ya le da igual a un monarca cuya figura distorsionada por el populacho ha viajado a más rincones y ha conquistado más conciencias que el fiel reflejo de su personalidad. Piensa el rey que es momento de dejar de hablar, que ha llegado la hora de guardar los secretos más dolorosos de su reciente biografía en lugar de aventarlos a la curiosidad de un americano casi anónimo. Podría haber seguido charlando, se sentía bien haciéndolo, porque en realidad el motivo de su dolor no eran los sucesos ocurridos en Madrid en aquella infausta tarde de julio de 1808. Al rey le duele su hermano desde mucho antes y por mucho tiempo después. Le duele la sensación de no haber tomado las riendas de su vida ni una sola vez, le duele pensar que su biografía no ha sido más que una obra de teatro y que quizá ya no tuviera tiempo de empezarla de nuevo, con otro argumento, con otros personajes. Le duele y recuerda:

Cuando ya se había acostumbrado a la soledad de su palacio en Madrid, las cosas empeoraron. Llegaron las primeras cartas advirtiendo del deterioro de la posición francesa en Bailén. Al final, la derrota en el sur le condujo a otra de sus decisiones equivocadas: huir de nuevo, marchar lejos de Madrid, donde, a buen seguro, sería presa fácil de las tropas españolas envalentonadas tras la gesta de Bailén. Así que volvieron a su alrededor las imágenes de los baúles y las maletas, de las calesas adecentadas con desgana por lacayos poco fieles, de las nubes de polvo del camino convertidas en testigo de la cobardía regia. Valladolid, Burgos, Vitoria. El rey huía hacia el norte como queriendo acercarse al cobijo de su hermano. Pero el emperador le respondía con cartas cada vez más airadas, con mensajes que solo ahora entiende en su plenitud. No eran consejos, eran espadas: «No puedes ni imaginarte, hermano mío, cuánto me apena que te veas envuelto en acontecimientos para los que no habías sido educado, que están fuera del alcance de tu carácter natural. Dime que te hallas bien, por favor. Que tu ánimo mejora y que vas acostumbrándote al trato con la vida de soldado». Tanta complacencia impostada le producía ganas de vomitar. El hermano pequeño se comportaba como un padre decepcionado con su hijo pero que aún alberga la miserable compasión de hacer como que no reconoce sus deficiencias. La tarde misma que José llegó a Vitoria le estaba esperando la más dura de las misivas desde Francia: «Querido hermano, todo lo que está pasando en España es deplorable. Tu ejército no parece liderado por generales, sino por inspectores de correo. Cuántas oportunidades hemos perdido por tu precipitada retirada de Madrid».

Cuando leyó aquellas líneas, el Rey Intruso supo que su hermano estaba decidido

LA NOCHE DEL REY

a volver a sacarle las castañas del fuego. Una vez más, igual que cuando corrían sobre el caballo medio salvaje en su casa de la infancia, igual que al ser separados por primera vez en Autun, igual que la tarde de Bayona frente a la chimenea, José debía dejar al pequeño emperador marcar las cartas de su destino.

El recuerdo le arranca las palabras de entre los dientes:

—¡El muy bribón tardó solo cinco días en llegar de París a Bayona! —exclama sin fijar la vista en el americano—. Me dijo que la situación en España era de lo más favorable para un ataque repentino. «Dame la posición exacta de tus tropas y les propinaremos a esos españoles un golpe mortal. Pero para que todo salga bien he de estar yo presente.» Siempre presente. Las lluvias del final de octubre embarraron los caminos de acceso a los Pirineos y él no dudó en abandonar sus carruajes y seguir el viaje a caballo. No parecía verse afectado por la fatiga, cabalgaba día y noche. A las dos de la madrugada de un 3 de noviembre estaba en Bayona. Sabía exactamente lo que tenía que hacer. Transmitía órdenes a diestro y siniestro con exactitud milimétrica. Recordaba los nombres de hasta el último fusilero destacado en un rincón del Ebro. Había previsto cada uno de los movimientos de los españoles: cada barricada, cada emboscada, cada traición. Cuando acampó con la Guardia Real en las afueras de Vitoria, yo ya no era más que una marioneta. Los oficiales no me hacían el menor caso, lo consultaban todo entre sí y se preguntaban si no les era más propicio esperar las instrucciones del verdadero rey de España, mi hermano. Se me llegó a hacer difícil conseguir que me cambiaran el menú de la cena. Mientras él reconquistaba leguas por mí abandonadas, yo me recluía en la lectura, en el estudio del derecho, en la nostalgia de Nápoles. Quise creer que Napoleón era la espada y yo el cerebro, que cuando nuestro ejército por él comandado estabilizara la región, yo podría impartir las leyes que configurarían una nación nueva, culta, ajena a las supersticiones y los fanatismos religiosos tan propios de los españoles. Pero no me dio tiempo. En once días el emperador estaba a las puertas de Burgos y volaba a caballo sobre las cumbres de Espinosa para enfrentarse después a los feroces guerrilleros de Somosierra. Partió de Vitoria el 9 de noviembre, y el 4 de diciembre las banderas francesas volvían a enseñorearse en las plazas de Madrid. No tuvo tiempo de reprocharme nada. Yo le seguí de nuevo hasta el Palacio Real tratando de no parecer abochornado y recibí de su propia mano las credenciales de rey de España, por segunda vez. «Restablece el orden que has perdido. He vuelto a cruzar los Pirineos porque quiero que seas tú el que lidere la regeneración de este país. Los derechos que me han sido concedidos por las dinastías que me preceden me convierten en un conquistador. Pero eso no cambia un ápice mi deseo de servirte como hermano y como rey de España. Apoyaré cualquier acción que creas que es noble para tu país y cercenaré con mi propia espada cualquier intento de oposición a su libertad y prosperidad. Las cadenas que han esclavizado a este pueblo, tu pueblo, han sido destruidas. Ahora tú has de darle una constitución liberal donde antes había un hatajo de privilegios, y una monarquía culta y moderada donde antes reinaba un

rey déspota y traidor. Depende de ti que todo ello sea bien entendido por tu gente, que sea aceptado como una liberación.»

Recuerda el rey cómo cenaron juntos esa tarde y conversaron un rato sobre Córcega y sobre sus padres. Recordaron las cacerías de la infancia y las múltiples disputas con sus hermanos. Cómo rieron pensando en lo que su padre hubiera disfrutado viendo a tanto Bonaparte en los tronos de Europa. Y, en el momento más cálido del encuentro, a José se le antojó que podrían estar a punto de lograr algo grande en la historia, de ofrecer al viejo continente tan herido por los siglos la paz y la tranquilidad a las que nunca había llegado a encaramarse. Había llegado el momento de las leyes. «Mi apreciado hermano, siempre tan ingenuo», fueron sus últimas palabras antes de levantarse bruscamente y despedirse. Le cogió por la nuca con las dos manos, acercó los labios a su frente, le besó y le dijo: «Vuelvo a Europa. El destino de estos hombres está en tus manos».

—Se fue igual que había venido, preocupado por las conspiraciones de Londres y las flaquezas de Constantinopla, por la afrenta del Imperio austriaco... ¡Quién sabe por qué demonios! Consciente de que el tiempo de descansar aún estaba lejos. En las siguientes cinco horas cabalgó la increíble distancia de quince leguas, atravesando pueblos hacia el norte que aún recuerdan la nube de polvo que dejaba como prenda el paso de las cabalgaduras. Había ordenado preparar una red de caballos de reserva para no parar un instante a descansar. Tan pronto como llegaba a una posta, descendía de su montura, tomaba algo fresco y subía a otra escoltado por una cohorte que a duras penas pudo seguir su ritmo. Nadie que haya visto su diminuto cuerpo perfilado por el bicornio plano y su cara fría, pálida y serena como el mármol podrá olvidar jamás la estampa.

»Sobre la mesilla de mi escritorio había dejado unas cuantas hojas manuscritas. Eran los borradores de los decretos de abolición de la Inquisición, de convocatoria de Cortes Constituyentes, de derogación de los privilegios de la nobleza y el clero. Y una nota con letras mayúsculas sobre todas ellas: «Esto es lo que yo haría, Majestad». Ni siquiera me dio la confianza de pensar por mí mismo qué destino quería para mi pueblo.

José I se aleja del candil que cuelga de la puerta e introduce su mano en el bolsillo del pantalón. James le sigue con la mirada. Una nube se deshace en el cielo. Rasga el silencio el quejido de un búho hambriento. El rey saca de su bolsillo un trozo de papel arrugado y comienza a leerlo en voz baja. Hace apenas tres horas que ha recibido la última carta del emperador Napoleón Bonaparte.

Capítulo 14

La seducción. Ella acercó un limón a su nariz sin arrancarlo de la rama y disfrutó de su aroma por unos instantes. Él contemplaba la escena desde cierta distancia reparando sobre todo en el modo en el que las hojas verdes y perladas por el rocío acariciaban las mejillas de la joven. Entre ambos, el padre de la dama servía de prudente frontera para el decoro. Narraba las excelencias de su patio ajardinado, con macetas de geranios aún no florecidos y pequeños parterres donde los limones vigilaban el lento madurar del tomillo silvestre. Ella abandonó su deleite frutal y la rama del árbol vibró durante unos segundos a su espalda. Antes de seguir el camino, y volver a complacer a su padre con una sonrisa de atención, lanzó una mirada por encima del hombro que impactó de lleno en la de él. Los segundos que pasaron hasta que el hombre alcanzó el limonero fueron como años. Él sabía exactamente lo que iba a hacer y tenía la inexplicable intuición de que lo hacía a petición de ella. De algún modo, ambos habían decidido que la cáscara del limón, aún reverdeciendo, dura y fría, sería su próximo punto de encuentro. Así que, llegado a la altura del árbol, la rama aún vibrátil emitiendo invisibles latidos de deseo, extendió el brazo y arrojó la fruta con su mano desenguantada. Cómo supo ella, que por entonces charlaba sin interés con su padre colgada de su brazo, que había llegado el momento es uno de esos misterios de la naturaleza humana que asombrarán a filósofos y científicos por los siglos de los siglos. Lo cierto es que en el instante justo en el que el hombre se dejaba penetrar por el aroma del limón, exactamente en el mismo punto donde ella había depositado su nariz, la joven giró el cuello y contempló la escena. El hombre aspiró con profundidad y a cada molécula de aire extrajo destellos del perfume ácido de la fruta y el dulce olor de la piel de ella, que imaginó depositado sobre las hojas verdes, custodiado por el rocío, a la espera de su llegada. Ella mantuvo la mirada como quien sabe que el espectáculo aún no ha llegado a su apoteosis, ajena a la voz de su padre, que ya le parecía fluir despacio y sin sentido lejos del alcance de sus oídos. ¡Hazlo!, se dijo mentalmente. Y él lo hizo. La miró de reojo, acarició con su dedo índice la piel del cítrico pecaminoso y depositó un leve beso sobre ella. La seducción.

¿Dónde empezó el juego? ¿Quién lo empezó? Sería imposible determinarlo. Lo cierto es que Asunción Mariños comenzó muy pronto a sentirse bien jugando a él. La llegada fortuita de Quilliet a la casa de su padre, en mitad de una Écija mortecina y politiquera, había supuesto un aliciente inesperado. Al principio, la joven tomó al extraño como interesante fuente de información. Información sobre la Francia que

había mitificado a través de los folletines y los panfletos. Sabría por fin de primera mano qué se siente al pasear por la ribera del Sena, apoyada en el brazo de un hombre de frac que sujeta su sombrero de copa en la mano libre, balanceándolo apenas al compás de los pasos sobre la arena. No quería precisamente ser ella esa mujer, solo deseaba conocer más sobre esas damas que lo hacían a diario, sobre sus vestidos y sobre sus perfumes. Necesitaba aprender cómo se peinaban, qué criterios regían la elección de sus joyas, dónde colgaban sus limosneras de paseo, cuál era el modo más correcto de sostener la sombrilla cuando caminaban solas. Francia había entrado en su vida con la llegada de los primeros soldados a Écija, una Francia diferente a la que había imaginado con los relatos de su padre y de su tío. Era una Francia que borboteaba en las risotadas de jóvenes fusileros descansando en las mesas de las tabernas. Críos demasiado limpios y demasiado rubios como para ser considerados invasores. Chavales que bebían de la teta de sus madres en plena revolución y que ahora se paseaban por medio mundo a las órdenes del general más fiero de la historia. Púberes adolescentes que a buen seguro no pestañeaban al calar la bayoneta, pero que en los momentos de descanso en las fondas y posadas de Écija jugueteaban con dados de madera y contaban estúpidos chistes franceses como lo haría una partida de niños de colegio.

La Francia de Asunción no era tan abominable como para enviar a España a mercenarios renegridos por la pólvora y la barba sin pulir. Écija había recibido la visita de un batallón de elegantes ángeles que sabían distinguir un minueto de un rigodón y anhelaban regresar a sus casas para pasear entre los pasajes acampanados de vidrio a la luz de la próxima luna llena. Y aunque todo aquello no fuera más que una construcción de su imaginación demasiado sometida a los corsés de la Andalucía supersticiosa y fernandina, a ella le parecía contener más verdad que todos los libros de historia.

Se acercó a Quilliet para acercarse a Francia. Y Quilliet le regaló exactamente los relatos de la sociedad parisina que ella deseaba escuchar.

Los encuentros se fueron haciendo cada vez más habituales, siempre con la vigilancia inevitable del padre, y con el paso de las tardes de paseo y las cenas tempraneras del otoño comenzó a hilvanarse el dulce juego de estrategias que inevitablemente iba a conducir al desastre. Así el hombre maduro, alejado de su esposa y de su patria, ocupó su posición de dominio sobre el espíritu demasiado joven de una Asunción para la que era más difícil cada vez distinguir el deseo de la realidad.

«La señorita debería conocer París, sería una gran dama allí, sin duda.» Cuando Quilliet desplegaba sus encantos, lo hacía para seducir por igual al padre y a la hija. Sabía cómo estimular la codicia del primero y, sobre todo, cómo enardecer la fascinación de la segunda. La cena transcurría por los anodinos cauces de la normalidad en casa de los Mariños. Se sirvió sopa de ave con picatostes y un asado de venado que aún humeaba sobre la bandeja de plata cuando Benita la depositó en

la mesa. Era el único miembro del servicio que quedaba en la casa. Ella había servido de aya a la pequeña Asunción y ahora permanecía en el hogar más por compasión que por necesidad. El resto de los criados habían ido desapareciendo para huir hacia el sur o para enrolarse en las tropas patriotas. En la mesa, Juan Mariños repartía temas de conversación entre los asistentes: un abogado y su esposa, un joven seminarista acogido en casa por unos días, su hija y Quilliet. Situados uno enfrente del otro, Asunción y Frédéric no tardaron en llamar la atención de la mujer del abogado y pronto surgió entre los tres la endemoniada complicidad de quien no tiene ninguna intención de renunciar a una diversión inocente en medio de un aburrido acto social. En seguida, las conversaciones se fragmentaron, formando dos triángulos invisibles pero trazados a la perfección sobre las viandas y las copas de vino. Uno encerraba a Juan Mariños, al abogado Estivill y al joven seminarista, que se esforzaba en cuajar alguna idea ingeniosa sobre cómo debía el clero acercarse a Bonaparte para aminorar sus ansias desamortizadoras. El otro unía ya de manera inextricable las evoluciones de Frédéric, de Asunción y de la frívola convidada de piedra. Con el transcurrir de la velada, la disposición misma de los cubiertos y los platos delataba ya todas las intenciones. Quilliet y Asunción arrimaban sus copas de vino hasta el punto de que, en alguna ocasión, el azar quiso que los cristales chocaran levemente. Los tres hombres restantes, enzarzados en peregrinas teorías políticas, se reunieron en torno a una esquina de la mesa para cuchichear.

Aquello dejó libertad de acción al trío más hedonista. Se permitieron las primeras carcajadas e incluso la mujer del abogado osó alejar unos centímetros su plato para dejar que Quilliet rellenara la copa de vino de Asunción. El gesto no podía ser interpretado de otro modo que como una incitación a la galantería. Aquella mujer madura y resabiada, que probablemente ya había olvidado el día en el que el último hombre había intentado seducirla, ardía en deseos de contemplar en otros la fastuosa coreografía del cortejo.

En las reuniones donde surge el primer zarpazo del deseo, las víctimas sienten que se ahogan en un insoportable mar de dudas. Porque la frontera entre lo cortés y lo osado, entre la galantería y la impudicia varía de grosor con el paso de las horas. Las risas que Asunción ahora regalaba a las historias afrancesadas de Quilliet hubieran sido impensables al principio de la velada. Pero ya el camino recorrido no podía desandarse. Así que, cuando el anfitrión propuso salir al patio a terminar la frasca de jerez antes de que anocheciese del todo, Asunción, el francés y su cómplice casada ya habían decidido exactamente qué hacer: no unirse para nada al grupo de los tertulianos. Los tres atravesaron más despacio el salón, cada uno con su propio objetivo. La mujer del abogado quería comprobar si el educado gabacho había sido también formado en las lides de la galantería. Apostaba a que se lanzaría sobre su presa en cuanto las sombras del atardecer permitieran un encuentro discreto. Quilliet se había propuesto conversar un rato a solas con Asunción, quizá aprovechando alguna excusa para descansar en el banco de forjado que apoyaba su respaldo sobre

una de las tapias del patio, precisamente la más cobijada por las enredaderas. La joven ecijana, que no había dejado de entender las indirectas de su compañera de batalla, solo pensaba en cómo resistirse al envite que, sin duda, estaba a punto de llegarle.

Mas, igual que ocurre en las estrategias militares, que siempre obligan al general a contemplar el menor contratiempo antes de entrar en la batalla, a Quilliet el azar le puso en bandeja un motivo para la acción. Nada más pisar el patio, la mujer del abogado tropezó con la raíz de una higuera oculta ya por la falta de luz de la tarde y, antes de llegar a caer, tuvo tiempo para agarrarse al brazo de Asunción mientras emitía un ahogado grito de sorpresa. El incidente fue lo suficientemente leve como para no llamar apenas la atención de su marido, que, mientras simulaba fascinación por el discurso de Mariños, acertó a girar la cabeza y comprobar que nada grave había ocurrido. Sin embargo, la cercanía del otro caballero permitió que el destino empezara a hilvanar la historia tan largamente prevista. Cortés, Quilliet quiso ayudar a la dama a reponerse y, con tal fin, extendió su brazo para ser él quien la acompañara al banco. Asunción, aliviada, hizo entrega del brazo de su amiga al caballero con un suave ademán de agradecimiento. Y fue en ese instante cuando las manos de la joven y del francés se encontraron sobre la manga de la mujer madura y los dedos, que prolongaron su reposo allí más de la cuenta, se rozaron desnudos por primera vez. El temblor de la pareja fue tan evidente, y el impostado rubor mientras ella retiraba la mano tan repentino, que la mujer del abogado entendió que había cumplido su misión y se sintió orgullosa.

El resto de la tarde pareció transcurrir a otra velocidad. Asunción calló largo rato, pues tenía la sensación de que cualquier palabra que emitiera iba a resonar entrecortada, ahogada, excesivamente apagada o exageradamente alta. Se pensaba incapaz de contener la excitación que comenzaba a angustiarla. Prefirió acuñar una sonrisa inane, apenas expresiva, y responder siempre con ella a cualquier cosa que le dijeran a partir de ese momento, intentando por todos los medios no cruzar la vista con Quilliet para evitar desmayarse sin remedio posible. Pero el pérfido francés sabía que había ganado la primera batalla, que contaba con la alianza de la dama que ahora se reponía del traspies en su brazo y decidió dar la última clase de seducción a la concurrencia.

—No pueden ni imaginarse cómo ha cambiado París tras la llegada de Napoleón. El emperador ha puesto entre sus prioridades devolver la elegancia y la dignidad a las calles, hacer que la luz y la prestancia se sobrepongan a la oscuridad y la mugre de la revolución. Año de verdad, señoras, las veladas parisinas. Y la de hoy aquí, Asunción, me ha recordado mucho a aquellas. Así que no sabe cuánto se lo agradezco a su padre y a usted.

»La sociedad napoleónica exige cada vez más lujo, ¿cómo decirlo? Más glamur. Afortunadamente, ya hemos dejado atrás el abominable tiempo de las boinas y las camisas anchas y las polainas, el trato de camarada y la algarabía en las calles. Hoy

los hombres somos ciudadanos y las mujeres señoras, y desenvolverse en sociedad con elegancia, coquetería y dignidad es un valor y no una deshonra. ¡Oh! ¡Cómo me gustaría que conocieran a la señora Despréaux! Cada vez hay más mujeres que acuden a su salón para aprender buenos modales, para conocer el secreto encanto de los abanicos, el lenguaje de las miradas y los pañuelos, el modo de transitar sin caerse sobre ese pequeño hilo que separa la seducción de la insolencia. Las mujeres francesas son expertas funambulistas en ese terreno. Y estoy convencido de que las españolas tienen mucho que enseñarles.

Quilliet temió haber sobrepasado los límites de la cortesía, pero respiró aliviado al contemplar la risa de la esposa del abogado y la falta de reacción en contra de Asunción.

—Las casas se amueblan siguiendo escrupulosamente los modales más modernos y elegantes y hasta el modo de disponer las violetas y las gardenias en los jardines ha de estudiarse con celo. Ese es el nuevo París, y esos aires han de venir a España si ustedes, las españolas, nos lo permiten.

»Hay pocos placeres equiparables a pasear una tarde de primavera por alguna galería del centro de la ciudad. ¿Hay galerías así en España? Son pasillos adoquinados que han sido cubiertos por unos bellos techos decorados. Hay frescos, vidrieras, estucos... todo al gusto de los nuevos arquitectos. Los más bellos cuentan con columnas de mármol y paredes de espejos que reflejan las luces del atardecer. En ellos anida una Francia en miniatura. Uno puede detenerse a tomar un café poco antes de visitar una tienda de perfumes; y encontrarse a cualquier vecino que se precie de su elegancia. Es el lugar ideal para hacer un contacto de negocios, para recibir noticias de la guerra o para seguir los devaneos de alguna esposa poco dada a la fidelidad. Creo que las invitaría al pasaje de Los Panoramas. ¿Les gusta el teatro? Entre las vidrieras de esa galería uno puede toparse con las actrices más famosas del momento. Acuden a dejarse ver, a dejarse regalar alguna tela o algún sombrero por un espectador enamorado o, en los casos más tristes, a vender alguna joya para sobrevivir una temporada. Ya les digo que en una galería de París puede pasar cualquier cosa, en el fondo no son más que minúsculas representaciones de los sueños más profundos de nuestra nación.

»Pero disculpen si las aburro. Seguro que aquí en Écija estas cosas no impresionan, no me extrañaría que también disfrutasen ustedes de estas modernidades.

Con pérfida intención, Frédéric calla un instante, y el silencio obtenido por respuesta le confirma que su discurso está causando el efecto deseado. Así que continúa:

—Últimamente se han puesto muy de moda los paseos al aire libre. En calea abierta o, mejor, a pie. No hace falta ir acompañado. En el bois de Vincennes o en el de Bologne encontraremos pronto a alguien con el que charlar. Yo mismo solía comprar un helado en el café de Foy y llevarlo al bosque mientras charlaba con algún

comerciante de arte o la esposa de algún mariscal que siempre acudían puntuales al paseo antes de la noche. Mi amigo Le Brun dice que estos jardines nuevos, con sus bulevares de castaños y chopos y con las fuentes de piedra que ha mandado esculpir Napoleón, son el refugio ideal para un hombre favorable a los dulces desahogos del amor, a las confidencias de la amistad y a los artificios de la coquetería. Exagera, por supuesto. Pero apetece de vez en cuando estirar las piernas y escuchar el crujido de las hojas secas a nuestro paso o detenerse a contemplar un espectáculo de marionetas callejero o simplemente escuchar el rumor del agua de las fuentes mientras se dejan atrás los malos momentos pasados en la guerra.

Asunción y su amiga ya habían dejado que la imaginación volara más allá de lo controlable. Las palabras cuidadosamente estudiadas del invitado, aderezadas con el sonido inconfundiblemente francés de su acento, prendían en la mente de las mujeres, que no pudieron evitar sentirse cautivas y quizá un poco avergonzadas de su profunda españolidad. Asunción, sin parar mientes, retiró de sus hombros el chal de punto negro que había cogido para protegerse de la brisa nocturna e hizo ademán de esconderlo tras la espalda para no parecer demasiado provinciana.

—Cuentan que han sido las hermanas de Napoleón las que le han convencido para que al menos una vez por semana se celebre un baile al aire libre en París. Al emperador no le gustan las fiestas, pero es consciente de que un pueblo feliz es una garantía de permanencia en el trono. —Quilliet rio para quitarle trascendencia política a su comentario—. Hace demasiado tiempo que no acudo a uno, seguramente habré olvidado más de un paso, pero aún sabría indicar a un forastero cuáles son los mejores. Y de entre todos, sin duda, el mejor es el que se celebra en las Tullerías. Allí acuden las jóvenes de familias nobles a buscar marido a golpe de minueto porque es sabido que quien mejor baila mejor se casa.

»Les propongo un juego: imaginemos una tarde ideal en mi ciudad. Podemos, por ejemplo, empezar con un chocolate en un pasaje luminoso, quizá un par de visitas a algún comercio de textiles y luego contemplar el panorama del bulevar de los Capuchinos. Qué magnífica idea y qué prodigio de ingenio esos cuadros gigantes que rodean al espectador en medio de una rotonda al aire libre e imitan batallas navales, o paisajes campestres. La gente acude con sillas y prismáticos y se queda embobada mirando cada detalle como si estuvieran presenciando una representación en el palacio de la ópera. Más tarde comemos algo ligero en algún salón en la Rue de Chartres y nos acercamos a uno de esos bailes. ¿Serán capaces de seguir con ánimo hasta las dos o las tres de la madrugada? Si es así nos espera un refrigerio en el Palais-Royal: un ponche, vinos, helados, algo de caza si hemos hecho apetito. Y les garantizo que volverán a sus casas con la sensación de haber vivido en París toda su vida.

La seducción. Asunción contrajo los labios para no dejar escapar una sonrisa demasiado ensoñadora. Sin darse cuenta, la conversación los había llevado fuera del patio, tras la tapia que daba salida a la casa, donde las dos mujeres españolas y el

hombre francés se pararon un rato bañados ya por las primeras luces de la luna. La conversación de Juan Mariños y sus invitados había subido de tono y resonaba desde el patio, aunque era difícil descifrarla. Hablaban de la Junta y Cabarrús, de Jovellanos y de curas, y de reyes cobardes, y de Bayona, y de soldados que no tenían balas con las que responder al invasor, y de españoles que se pasaban a las filas enemigas. Hablaban de trasladar sus posesiones a Cádiz o de vender productos a las tropas francesas. Hablaban de sobrevivir. Sobrevivir a su modo, que era como entregarse a los designios de un destino que se sentían incapaces de controlar. Improvisaban una postura política en la confianza del anonimato cuando en realidad los tres sabían que al día siguiente iban a volver a ofrecer sus servicios a las autoridades del rey José. Mariños seguiría recibiendo a embajadores y agregados franceses para establecer nuevas rutas de venta de sus minerales. El abogado pretendía mantener su equidistancia prudente que le había permitido superar el peor momento de la crisis sin dejarse ver demasiado por ninguno de los dos bandos. Y el futuro cura buscaba en su espíritu argumentos suficientes para renunciar a un hábito que se le antojaba prenda demasiado peligrosa para lucir en la España josefina. Chorros de palabras de la conversación llegaban inconexos al jardín donde Asunción había planeado también su futuro.

Dejó caer el chal, que flotó un instante ingrávito, abierto por un leve golpe de viento, antes de chocar contra el suelo justo sobre sus pies. Hizo un ademán de agacharse, pero Quilliet se le adelantó tal y como ella esperaba. El hombre tomó la prenda con su mano y al recogerla extendió el dedo meñique solo un milímetro. Lo suficiente para rozar la pierna de la joven a la altura del tobillo justo encima del zapato. Apartó el dedo simulando que aquello había sido un accidente inesperado y entregó el chal a Asunción sin poder dejar de pensar en lo que acababa de constatar: que ella no había movido un ápice sus pies; que permanecían atornillados al suelo en el lugar exacto en el que, sin duda deliberadamente, había dejado resbalar el chal.

La seducción.

Capítulo 15

Por eso, cuando Frédéric empezó a hacer acopio de suficiente confianza como para enseñarle algún que otro cuadro, cuando las cosas habían prosperado tanto que podían permitirse el lujo de realizar alguna visita a la iglesia o algún paseo por la calle de los Caballeros sin la vigilancia paterna (siempre acompañados de otra dama de la familia, por supuesto), Asunción comenzó a obsesionarse con ciertos pensamientos. «¿Por qué no te he conocido antes, francés aparecido de la nada? Si hubieras llegado aquí antes de la guerra, o al menos antes de que tus compatriotas empezaran a ganarla en estas tierras, las cosas habrían sido tan distintas.» Y es que la joven, a pesar de que su pecho albergaba cada vez más excitación en presencia de Frédéric, a pesar de que la frente le ardía como poseída por fiebres repentinas al verle llegar del otro lado del patio y el acento burbujeante de sus palabras resonaba en sus oídos durante noches enteras después de hablar con él, seguía teniéndole miedo. Sospechaba de sus verdaderas intenciones, de su inefable capacidad para caer en gracia, de su supuesta cercanía a la corte del rey José. Y cuanto más temor sentía, mayor era el poder de atracción que sobre ella ejercía Quilliet.

Precisamente todo aquello que asustaba a Asunción era lo que permitió que su padre fuera accediendo a la relación poco a poco. Juan Mariños comenzó a fantasear con la idea de presentar sus proyectos de exportación de cinabrio al mismísimo rey e intuía que el mejor camino a palacio era Quilliet.

La pareja solía pasear por las calles de Écija con menos disimulo cada día. La ciudad los acogía con sus laberínticos trazos de casas blancas, sus iglesias con torres que parecían rescatadas de una escena de Indias y el arrullo quebrado del río Genil. A Frédéric le llamaba la atención el incontenible gusto ecijano por las curvas y las revueltas.

—Me parece estar paseando por un mundo irreal. ¡Es que aquí nada es recto! Ni los balcones, ni las ventanas, ni las rejas, ni los aleros guardan la menor simetría. Mira: todo se curva, se retuerce, se adorna. No hay casa que no tenga un festón o una voluta, todo tan desordenado, todo tan caótico... pero tan bello. Me fascina: no sé si estoy en España, en Holanda o dentro de una copa de té de porcelana china.

—Frédéric, hay tantas cosas que debes aprender del gusto español por el desorden. Comprendo que no entre en tu cabeza incapaz de imaginar un paisaje sin proporción, una composición sin punto de fuga. Pero aquí somos así.

Se tuteaban desde hacía tiempo, aunque desde el episodio del chal apenas habían evolucionado hacia mayores acercamientos. Cada vez que se veían albergaban la esperanza de tener el suficiente valor para cogerse la mano y mirarse a los ojos, pero a la hora de la verdad el muro de la indecisión se alzaba infranqueable. A Frédéric todo aquello le parecía tremendamente infantil. Había empezado a obsesionarle la preparación de la siguiente visita. El amor no era para él una novedad, aunque sí lo era la atracción misteriosa que le provocaba pensar en Asunción como la protagonista de un cuadro religioso, una obra que permanecía en su memoria y que evocaba trazo a trazo cada vez que veía a la joven.

Por fin, una mañana, el francés se decidió a compartir con su amigo alguno de sus secretos.

—Esta noche salgo al puente a recibir una entrega de Ciudad Real. ¿Querrás acompañarme?

Habían hablado largo y tendido de su actividad para el rey, del modo en el que sus agentes, desperdigados por todo el territorio josefino, le informaban de las obras de arte que encontraban en posesión de monjes, militares y nobles. Él se encargaba de hacer inventario de todas ellas, de valorar su importancia artística, de cotejar en sus catálogos y libros de arte su valor y de decidir cuáles merecían formar parte del futuro museo del rey José I. Las elegidas viajaban aprovechando las líneas de postas fieles o los movimientos de las tropas francesas. Él tenía que verlas todas antes de enviarlas a Madrid. Llevaba recogidos 123 cuadros, 12 retablos, 82 esculturas e innumerables tallas, grabados, libros y legajos.

En plena guerra, Quilliet había creado, con la ayuda de Su Majestad, una red anónima de envío y recepción de grandes paquetes que contenían parte del patrimonio artístico máspreciado de España.

—¿Puedes creerlo? En más de una ocasión los mariscales de campo han detenido un ataque o han abierto un cerco al enemigo para dejar pasar al correo que debía entregarme un cuadro.

A Asunción todo aquello le parecía fascinante. Harta de escuchar de los hombres de su entorno siempre las mismas historias bélicas; los mismos cuentos de soldados bravucones dejándose ensartar por el enemigo antes de perder la dignidad; las mismas tragedias de familias de bandoleros emboscadas en la sierra y muertas a golpe de bayoneta, la imagen de una red secreta de tráfico de obras de arte atravesando el frente, evitando las bombas y las balas, convirtiendo a rudos capitanes en cuidadosos tratantes que han de portar con sumo cuidado un producto diseñado para el deleite le reconfortaba. «El mundo no está tan loco si hay gente que se dedica a esto.»

Y en cada nueva historia crecía la figura de Frédéric como un sabio refinado, culto, sensible, un hombre moderno alejado de las armas, un intelectual capaz de exponer

su seguridad por una idea de belleza, por un ideal estético universal. Y a esa imagen contribuía, como es lógico, la impostura que Quilliet era capaz de sostener con la frialdad del mentiroso compulsivo. «¿Qué sería de esas obras, querida Asunción, si el pueblo jamás volviera a contemplarlas? ¿Imaginas esos cuadros encerrados para siempre en el sótano de una iglesia, o adornando el salón de una familia adinerada para que lo disfruten a lo sumo los invitados a sus cenas de sociedad? El rey quiere que todos sus súbditos disfruten del arte más excelso y para ello cuenta conmigo.»

Quilliet se convirtió a ojos de Asunción en un ladrón justo, en la mano ejecutora de un proyecto digno de respeto. Y lo que para cualquier otro español hubiera aparecido como un vulgar expolio, para ella era la más noble aventura de la que había tenido noticia.

—Iré contigo esta noche. ¿Qué tengo que hacer?

—Bastará con que te dejes acompañar por alguien hasta el río. Allí estaré yo a las diez y verás de cerca a qué me dedico.

Asunción regresó a casa escuchando las disquisiciones de su acompañante sobre el modo de exponer obras de arte. «No deben mostrarse demasiados cuadros de temas repetidos, han de guardarse las distancias entre los artistas más cercanos al pueblo y los menos conocidos. Tendremos que cuidarnos de colgar tablas que inciten demasiado a la devoción fácil. Y, ante todo, odio las obras monumentales, esos cuadros gigantescos que tanto les gusta encargar a los reyes españoles en los que reproducen campañas militares, asedios, capitulaciones o simplonas escenas familiares que solo pueden ser del gusto del populacho morbosos y cotilla.»

A las diez en punto de la noche, Asunción y su aya Benita estaban apostadas en el pretil del puente con el Genil rugiendo a sus pies, como dos siluetas fantasmales bajo el cielo estrellado y frío. El candil de Benita irradiaba flecos anaranjados sobre los vestidos y las cabezas, tocadas para evitar ser reconocidas.

—Asun, niña mía, ¿estás convencida de que esto es seguro? Mira que aquí nos agarra una partida de soldados y nadie se da cuenta hasta que mañana nos echen de menos en casa.

—No temas, Beni, Frédéric debe de estar al caer. Eso si no está ya observándonos oculto entre los árboles.

El ruido de las ruedas de un carruaje sobresaltó a las mujeres. Se detuvo justo en la boca del puente y de él descendió el francés de un salto.

—¡Por aquí!

Advirtió a las damas que le siguieran y se adentró entre los abedules, donde nacía un sendero de piedras tan angosto que era imposible afrontarlo sin pisar las hierbas de los laterales. Después de caminar cuatro o cinco minutos pidió a las mujeres que se detuvieran y los tres esperaron apoyados en los negros árboles del entorno.

—Aquí es donde vendrán a recogernos. Tenéis que confiar en mí. —Luego hizo un gesto hacia la mujer—: Ella no puede subir a la calesa, tiene que quedarse esperando sin moverse en este mismo punto, no tardaremos ni diez minutos, lo prometo.

Asunción miró a su aya. Benita recordó las miradas de la niña Asun cuando, tras la marcha de su preceptor, corría a la cocina de la casa a pedirle una taza de chocolate. Nunca pudo negarse. La niña, crecida sin madre, era la única alegría de una villa demasiado rica, demasiado grande y demasiado fría. Aceptaron y al poco rato se acercó la calesa prometida. Dentro, aparte del cochero, se encontraba Pierre Le Brun, que a Asunción le pareció mucho más gordo, mucho más sucio y mucho más desaliñado de lo que verdaderamente era. Le pareció extraño que un hombre como Frédéric anduviera en tratos con un personaje tan poco aseado, pero la excitación de la aventura le impidió reflexionar mucho más, recordar el encuentro con aquel hombre en la cena de los Foy, la mentira de su amado, que había jurado no tener nada serio que ver con él. Se presentaron y el vehículo echó a andar. El vaivén de la cabina era casi insoportable. La chica hacía ímprobos esfuerzos para mantener la postura con dignidad sin caerse de bruces contra alguno de los dos hombres que se habían sentado frente a ella. Le Brun no le quitaba ojo. Sus pensamientos resonaban tan evidentes que Asunción se cubrió los hombros con las manos. «Es cual me la habías descrito, truhán», parecía decir.

Tal como había prometido Quilliet, el trayecto fue breve. La calesa abandonó el penacho de abedules y se detuvo junto al río. Allí, tres soldados franceses, que se habían quitado el chacó para que no brillara demasiado en la oscuridad, escoltaban un paquete envuelto en rudas mantas de cuadros. Medía unos dos metros de ancho y metro y medio de alto.

Quilliet inició las conversaciones en francés. Asunción no pudo entender nada, pero intuyó que su admirado amigo se dirigía al soldado al mando y le pedía algunas explicaciones sobre el viaje. Demasiado solícito para su gusto, Le Brun se le acercó por detrás del hombro y le susurró:

—Vienen de Ciudad Real, por orden del mismísimo Sault. Pero el cuadro ha sido generosamente donado por la catedral de Sevilla.

Sonrió y una vaharada de coñac impregnó el aire, lo que obligó a Asunción a retirarse un poco. Aun así Le Brun siguió hablándole:

—Dicen que este cuadro ha salvado dos vidas.

Quilliet extrajo un par de sobres del bolsillo de su chaqueta y se los entregó a los soldados. Uno de ellos los recogió, abrió levemente la solapilla y comprobó el contenido. Hizo un gesto de aprobación a sus compañeros, se calaron el chacó y subieron a los caballos para desaparecer en la noche salpicando al galope sobre las tierras anegadas de la ribera.

En silencio, Quilliet, Le Brun y Asunción rodearon el paquete.

—¿Quieres abrirlo?

La invitación de Frédéric excitó a Asunción, que empezó a temblar como una niña mientras retiraba uno a uno los dobleces de las mantas. Tras el último apareció el cuadro. Quilliet pidió al cochero que arrimara dos candiles de la calesa. A su luz, afloraron los primeros colores. La figura de un querubín flotando en el aire sobre una nube de luz crepuscular.

—*El Nacimiento de la Virgen*, de Bartolomé Esteban Murillo. No me extraña que el rufián de Soult se haya enamorado locamente de él.

Quilliet tragó saliva y se arrodilló para contemplar el cuadro mientras Asunción y Le Brun lo sujetaban para él.

—Mira, querida, agáchate tú también. Quiero que te emociones con el modo en que el maestro juega con nosotros. ¿Ves? La protagonista es la Virgen recién nacida, pero no es eso lo primero que miran tus ojos al contemplar el cuadro. Te llama la atención el golpe de luz que ilumina la cara de las comadronas. —Miró a la joven—. ¿Alguna vez habrías pensado que la Virgen María nació rodeada de matronas rechonchas y carnales como estas? Murillo pintó el parto de santa Ana como hubiera pintado el parto de su mismísima madre. ¿La encuentras, encuentras a la madre de la Virgen recién nacida? Ahí está, al fondo del cuadro, como en penumbra, incorporándose en la cama para ver a su niña, que ya está en manos de sus comadronas, pero cansada y dolorida. Son solo cuatro brochazos, Asunción, pero con ellos Murillo fue capaz de mostrarnos el rostro verdadero de la mujer que acaba de parir, debatiéndose entre la felicidad y el miedo, entre el amor infinito y el dolor físico más grande al que una mujer puede someterse.

Asunción recorría con la vista el cuadro siguiendo las instrucciones de un Quilliet que, a estas alturas, le parecía el hombre más adorable del mundo. Y las palabras de su compañero eran como campanadas de emoción que resonaban en su pecho y provocaban un palpito que nunca antes había sentido. ¿Es que acaso alguna mujer antes que ella se había enamorado a los pies de un Murillo?

—¿Dónde dirías que reside toda la magia de esta obra? Aquí, justo en el centro.

Quilliet tomó la mano de Asunción e hizo que pasara los dedos por el lienzo en el lugar donde aparecía una mujer de espaldas en primer plano.

—Este personaje parece insustancial, carente de sentido. Está girado, nos esconde su rostro. Pero es lo que convierte a este cuadro en una pieza única. Esta mujer de espaldas nos introduce en la escena, nos hace pensar que nosotros también podemos dar un paso adelante y entrar en ella, y coger en brazos a la Virgen niña. Es un prodigio de movimiento, anda hacia dentro del cuadro con nosotros, nos invita a seguirla. Y allí, en la cúspide de su cabeza, reposa la diagonal que da coherencia a la composición y que termina en la figura de este niño medio desnudo que, jugando con el perro lanudo, nos da portentosamente también la espalda. Aquí está todo

LA NOCHE DEL REY

Rembrandt, todo Tiziano, todo Velázquez contenido en un triángulo de matronas alborotadas y mujeres parturientas.

Quilliet se levantó de repente y mirando a la luna decidió emprender el viaje de vuelta. Mientras Le Brun envolvía el cuadro, el francés galante retiró una arruga del spencer de lana blanca con el que ella se había protegido. Y entonces, por fin, el invisible hilo que había unido sus labios durante tantos días terminó de atraerlos mutuamente. Con suavidad, él pasó la mano por la espalda de ella y la apretó como ordenando el último movimiento. Le Brun miró de reojo para contemplar con displicencia el beso de la pareja. Asunción dobló las rodillas sin dejar reposar del todo su cuerpo en brazos de su amado y mantuvo una prudente distancia con la mano izquierda sobre el pecho de él como tope. Pero a ninguno de los dos hombres se le escapó que la mano derecha caía desmayada y pálida hacia el suelo, reforzando el contorno de la cadera, al modo en que solo una mujer entregada puede hacerlo.

Subieron de nuevo a la calesa y a la joven le pareció que el camino de vuelta fue más corto y menos accidentado. Benita esperaba con sumisa paciencia en el mismo lugar del camino en el que la habían dejado. Asunción preguntó a Le Brun:

— Antes ha dicho que este cuadro ha salvado dos vidas. ¿A qué se refería?

— Son cosas del bravucón de Sault —contestó Le Brun—. Al parecer, se lo entregaron dos curas a los que el mariscal había amenazado con fusilar si no lo encontraban. Habría que haberlos visto escondiendo el lienzo entre las sucias sotanas y corriendo a ponerse a los pies del gabacho.

Le Brun rio a carcajadas y Quilliet continuó con una risotada grave y obscena, brotada entre los dientes, con sincero deleite que no agradó en nada a Asunción y que hizo que la joven se estremeciese por primera vez en su recientemente inaugurada historia de amor.

Capítulo 16

—No es normal lo que está pasando con el clima. Se lo aseguro, nada normal.

Isidoro de Uriarte seguía mirando por la ventana mientras Martín Mariños acariciaba con los dedos de la mano derecha el lomo de un par de libros yacentes en la mesa del despacho. Eran las once de la mañana, el sol hacía tres horas que había rebasado el horizonte y, sin llegar a elevarse por encima de las torres y los campanarios más altos, vomitaba pinceladas amarillas sobre las paredes blancas de las casas. Un carruaje atravesó la avenida y sus ruedas convirtieron el espejo límpido de los charcos en una mar arbolada en miniatura. Había estado lloviendo toda la noche, pero ahora el cielo estaba despejado y desde los adoquines ascendía una humedad cálida que perfumaba el paseo de los más madrugadores.

Uriarte abrió las contraventanas y sacó medio cuerpo para percibir el tacto de la atmósfera. Parecía husmear como un sabueso tras el rastro de su presa. Extendió el brazo con la palma hacia el cielo en busca de alguna gota de lluvia, se chupó el dedo índice y lo elevó para adivinar la dirección del viento. Luego recogió un instrumento que colgaba del falso balconcillo y lo introdujo en la habitación.

—¿Ha visto alguna vez un termómetro florentino?

Isidoro sostenía con cuidado una redoma de vidrio rellena de un líquido coloreado de añil. De la boca, tapada escrupulosamente por un corcho, salía un finísimo capilar también de vidrio que acababa en una esfera transparente.

—Lo que hay aquí dentro es alcohol. Por efecto del frío o del calor el líquido se contrae y se expande y nos permite saber qué temperatura hace. Casi 12 grados de Réaumur, demasiado para una mañana de febrero.

—Desde que tengo uso de razón he oído a la gente del campo quejarse del tiempo. En cada cambio de estación mi abuelo recorría la huerta maldiciendo: «Muchacho, no se recuerda una helada así», «jamás se ha visto una sequía tan terca», «esta granizada es más grande que la de 1709, cuando llovieron piedras del tamaño de un huevo de gallina».

—Pero esta vez, caballero, no es la gente del campo la que se queja: somos los científicos. Ayer subí a la azotea y tomé la última medición de mi barómetro de Inglaterra, es la máquina más precisa que he encontrado. 26 pulgadas de París, y bajando, se avecinan borrascas.

—No hace falta que me lo diga su barómetro inglés, Uriarte. Salga usted al puerto y observe cómo van pertrechados los marineros desde la semana pasada. Ellos huelen las borrascas antes que todo su instrumental científico.

La conversación transcurría con amabilidad en la casa de Isidoro de Uriarte, geógrafo, epidemiólogo y amante de las estadísticas. Su afición por los instrumentos de medición meteorológica nació durante los primeros años del siglo, cuando tuvo la oportunidad de colaborar en la elaboración de la *Epidemiología española* de Joaquín de Villalba. Fueron años de gran excitación científica pero demasiado duros para un carácter pusilánime como el suyo. Le tocó recorrer el área oriental de Extremadura y anotar en cada pueblo, en cada aldea, en cada camino, el estado general de la salud de los ciudadanos. Fiebres, diarreas, vómitos, pestes, sarpullidos, quemazones, quistes, sarnas, hemorragias, livideces, pasmos, convulsiones, quebrantos, abortos, muerte. Acudía con sus resmas de papel a las casas de los enfermos y preguntaba, agarrotado por el pudor y el miedo al contagio. En demasiadas ocasiones hubo de salir por piernas de los hogares en los que, como era de esperar, su presencia no parecía bienvenida. Luego anotaba todas las indicaciones en una columna y en otra registraba las condiciones meteorológicas.

«Baños de Montemayor. 13 de noviembre de 1801. Tres niños muertos de fiebres tercianas, dos de fiebre amarilla. Una anciana en cama con convulsiones y granos purulentos. Dos bebés muertos de hambre. Lleva dos semanas sin llover. El termómetro no sube de 6 grados de Réaumur. Hielo por las mañanas.»

No acabó de acostumbrarse al contacto con el dolor y con la muerte. Al hedor de las cataplasmas y la impúdica naturalidad con la que las mujeres desesperadas le terminaron abriendo sus miserias. «Mire, doctor, mire qué esputos más feos está echando ya mi marido. ¿Ve toda esa sangre renegría?, eso es que se me va, ¿verdad?»

Lo tomaban por médico en algunas casas, por cura en otras, por espía en las más. Y con el paso de los meses no tuvo más remedio que refugiarse en los estudios menos escabrosos, los que no le obligaban a entrar en contacto con humores, fluidos y funerales. La anotación exacta de las temperaturas, los vientos, los meteoros y las presiones. Se convirtió involuntariamente en experto a la hora de calibrar la fuerza de las ventiscas, en detector infalible del grosor de la escarcha de la madrugada. Conocía los movimientos de las aves y los diferentes modos en que los girasoles buscan la luz del día en función de la nubosidad.

—Le aseguro que la guerra ha traído consigo un general descoyunte de las leyes de la naturaleza, amigo Mariños. Están pasando cosas que carecen de sentido. Ocurren desde hace diez o doce años.

—Entonces no podemos echarle la culpa a Napoleón. —Los dos hombres rieron.

—En esos libros que tiene delante se recogen algunos de los acontecimientos de los que le hablo. ¿Sabe que hace trece años se heló el río Llobregat? Qué le parece, desde

entonces los inviernos son cada vez más suaves y en los veranos nos asamos como en una sartén expuesta al sol africano. Yo mismo he visto las playas de Málaga blanquear por efecto de la escarcha. Ahora nada, ya no nieva como antes y ahí tiene la calle: en pleno invierno, sin llegar aún al mediodía, ya se están borrando los charcos. Si esto sigue así, este verano no hay pan para nadie. Estando todo el país en guerra y con los mares infestados de piratas y de enemigos, es de esperar que el acopio de bienes extranjeros se debilite en extremo. Si no somos capaces de producir suficiente grano, vamos a ver tragedias como las del 97. Y a este paso, la tierra no recibe agua para el verano. La naturaleza tiene sus reglas. En las tierras que habitamos, sometidas al influjo de los vientos de África, protegidas de los fríos europeos merced a la muralla de los Pirineos y bañadas por las cálidas aguas del bendito Mediterráneo, los veranos han de ser calurosos y los inviernos soportablemente fríos. Las heladas en Castilla, las lluvias torrenciales en Levante, el sofoco estival en Sevilla. Todo ello es lo normal y lo deseable. Pero de un tiempo a esta parte están ocurriendo cosas que no encajan con el justo devenir de la naturaleza. Algo se revuelve y yo diría que es la propia Tierra la que ha decidido cambiar las normas. Podemos pasar meses sin una gota de agua y despertarnos un día en medio de una torrentera.

»Cuando terminé mi expedición por Extremadura pasé una temporada recorriendo las costas del Levante —prosiguió el geógrafo, lanzado ante la atenta mirada de Mariños—. Quería empezar a dibujar un mapa de alturas de la zona para completar mis documentos sobre la orografía española. Me pilló de pleno la subida del río Guadalentín. Estaba abril llegando a sus últimos días y decidí descansar un par de jornadas en una fonda en las afueras de Lorca. Cuando llegué, la presión había descendido media pulgada con respecto a mi última medición. ¡Media pulgada en menos de un día! Dejé mis bártulos y me preparé para la tormenta. En casi cuarenta horas el cielo arrojó más de 220 milímetros de agua, la gente no daba crédito. Hubo aldeanos que quedaron hipnotizados por la crecida del río. Se apostaron en el pretil de un puente y allí, incrédulos, observaron con la boca abierta cómo subían las aguas, medio metro más cada segundo, hasta que la riada superó sus cabezas y arrastró sus cuerpos ahogados decenas de kilómetros abajo. De los barrancos laterales llegaban cascadas coronadas de espuma que arrasaban a su paso los árboles y los sembrados. El alimento de las ramblas convirtió al Guadalentín en un amazonas tronante contra el que ninguna fuerza humana pudo actuar. Cuando el embalse de Puentes dejó de suponer un obstáculo, sus paredes se rasgaron como un papel y arrojaron millones de litros de agua directamente sobre los tejados de las casas. Corríamos todos desesperados sin preocuparnos de lo que dejábamos atrás. El agua nos mordía a la altura de las rodillas y era necesario ir saltando cuerpos humanos que rodaban como cantos de río calle abajo. En un instante, pareció que la riada se detenía y entonces pudimos ver docenas de vacas y de cerdos hinchados como globos muertos, que flotaban sobre mares de agua dulce, atrapados entre los cercados de piedra de los prados. El pueblo quedó en silencio el momento necesario

para escuchar un rugido procedente de las montañas. Las paredes del embalse, al fragmentarse, habían creado una represa varios metros más abajo que durante un par de minutos fue capaz de detener el envite del agua. Pero la presión había acabado por generar un gigantesco agujero y ahora el lodo, los escombros y el río corrían en busca del nivel del mar convirtiendo en barro todo lo que tocaban. Debajo de ese volumen tiene los datos que se recogieron en el *Memorial Literario* de Madrid.

Uriarte señaló un folleto arrugado que asomaba bajo un grueso libro cosido en piel. Mientras Mariños leía, don Isidoro empezó a recitar de memoria: «“Encontraron la muerte 608 personas, más de ochocientas casas se desplomaron y los daños fueron cuantificados en más de treinta y cuatro millones de reales. El lodo sepultó parte muy considerable de las abundantes cosechas, causando especial desastre en los campos de Totana, Alhama, Librilla, Sangonera y acabando por completo con los sembrados de Alcantarilla. El agua brava llegó a tocar la Huerta de Murcia”.

»Por eso me dedico a la ciencia. Porque solo anotando cada pista que nos da el cielo, cada forma cambiante de las nubes, cada giro inesperado de los vientos podremos llegar a entender qué demonios le está pasando al tiempo».

—Yo no sé si confiaría tanto en sus aparatos, don Isidoro. Esas herramientas están fabricadas en Pisa, en Londres, en Viena. Allí las cosas son distintas. Los españoles somos un pueblo capaz de protegerse de los castigos del cielo; confiamos en que la mano de Dios nos saque del apuro antes de que sea tarde. Sinceramente, me da un poco de miedo esa parafernalia de la que hace gala. Nada puede detener el curso de las cosas. Si está de Dios que llueva, lloverá. Si Él quiere que nuestros campos se achicharren al sol de agosto, qué podemos hacer nosotros para evitarlo. Déjese de tonterías, que el Santo Oficio aún hace de las suyas y el cacharro ese tiene pinta de estar endemoniado.

Mariños exageró la risa para dejar claro que la última frase era una broma. Pero a Uriarte se le heló fugazmente el rostro. Poco sabía de aquel hombre al que había invitado apenas unos días después de su llegada de Sevilla. Se le suponía un patriota, fiel a Fernando pero moderado. Al menos eso le había asegurado doña Fernanda Caro Riquelme la tarde que se lo presentó. Mas quién sabía en ese momento si no se trataba de un extremista peligroso, de un confidente del ejército español, de un arribista en trance de congraciarse con el Gobierno a base de conceder algunas cabezas afrancesadas para enroscar en la horca.

A la Isla de León por aquellas fechas habían llegado demasiadas almas como para tener a todas controladas. Y para el espíritu preciso y estadístico de Uriarte, eso suponía una calamidad. Necesitaba catalogar, etiquetar, clasificar y definir a todo ser humano del que se rodeaba. Quería tener claro si hablaba con una viuda contrita por la muerte de su esposo en el frente o con una mujer enfurecida porque el esposo no ha tenido valor de dar la vida por su patria. Necesitaba diferenciar al político hábil entre pasillos del vehemente ideólogo capaz de acudir al frente a arengar a la tropa.

Era lo bastante hábil como para ofrecer a cada cual el trato que en verdad merecía, para consolar a la viuda con enardecidas soflamas de patriotismo y ofrecer a la mujer decepcionada un modo de volver a estimar a su marido. Conspiraba con el conspirador y se dejaba fascinar por el seductor. Y en ello residía buena parte de su éxito. Si don Isidoro de Uriarte había sobrevivido a la guerra sin dar un solo tiro, si había recorrido media España entre los frentes a salvo de levadas y de escaramuzas, era precisamente por su científica habilidad de conocer al hombre que se le ponía enfrente, del mismo modo que el entomólogo conoce, tras algunos minutos de observación, la familia exacta de mariposas a la que pertenece el ejemplar que acaban de entregarle.

Merced a sus habilidades psicológicas, Uriarte tenía entre sus posesiones más apreciadas los documentos que habrían de servirle para huir con su adorada Fernanda hacia el norte, antes de que las tropas francesas llegaran a La Isla. Lo tenía todo preparado, a la espera de que ella se decidiera a dar el salto más importante: otorgarle los favores que tanto tiempo llevaba esperando. Uriarte usaría un salvoconducto firmado por el propio rey José para atravesar las líneas gabachas. Se trataba de un permiso especial como geógrafo que le permitía transitar por Andalucía sin ser detenido. Los militares invasores necesitaban conocer con exactitud algunos datos geográficos básicos que no aparecían en sus mapas o que les habían sido facilitados erróneamente por espías dobles que transmitían información falsa para debilitar sus posiciones. Cada promontorio desde el que pudiera prepararse un ataque sin ser visto. Cada alcor que sirviera de base a una batería de cañones. Cada riachuelo tras el cual parapetarse. Todo era útil para los mariscales y los ingenieros de Napoleón. Y Uriarte era un geógrafo de confianza. Así que había logrado el documento que le otorgaba libertad de movimientos a cambio de la preciada información sobre el terreno.

Y ahora, contaba con la habilidad de Fernanda para aliarse con el recién llegado Mariños, quien sin duda tenía los mejores contactos en el Gobierno fiel. Con su ayuda podrían asegurarse también el respeto de los soldados españoles que andaban últimamente demasiado excitados en busca de víctimas afrancesadas.

Solo faltaba un detalle. Como frío taxónomo, Isidoro no iba a dar un paso sin asegurarse ciertas probabilidades de cumplir sus objetivos. Y su objetivo ahora no era otro que recibir las atenciones íntimas de una Fernanda que había entrado en su mente como ninguna mujer antes lo había hecho. Desde que fue invitado por primera vez a una tertulia, la viuda había formado parte de sus sueños más inconfesables, de sus húmedas soledades de hombre soltero, de sus más abominables fantasías. Como científico, acostumbrado a la contemplación objetiva de la naturaleza, había construido una impúdica imagen del cuerpo de la amada que imaginaba cada noche antes de caer rendido por el sueño. Su obsesión carecía de cualquier control de la conciencia y pecaba de pensamiento a cada instante, soñando con el momento en que Fernanda le entregara el bien de su presencia y el compromiso de la compañía hasta

la vejez. Iba a salvar la vida de la dama a la que deseaba. Iba a invitarla a huir con él justo en el momento en que su estancia en la Isla de León empezaba a constituir una amenaza. Iban a construir un futuro común lejos de las conspiraciones y las tertulias y las mentiras y los sobresaltos y los inevitables remordimientos de conciencia que acompañan día y noche al traidor a su patria. Se iban a marchar para siempre, sí. Pero no sería antes de que Uriarte gozara del favor carnal que le martirizaba. Sabía, ahora sí, que ella estaba dispuesta a todo para poner su pellejo a salvo. Lo sabía desde el encuentro en el café, desde la desmayada caricia con la que se despidieron. Lo sabía por el modo en que ella le habló al oído. Pudo parecer una súplica, pero, en realidad, Isidoro estaba convencido de que aquello fue una propuesta comercial, el comienzo de un pacto cuya primera cláusula habría que cumplir entre las sábanas.

Sin embargo, la seguridad con la que sus estrategias se desplegaban chocaba de pronto con el desconcierto que le provocaba la figura de Mariños, del que a buen seguro no iba a tener más remedio que fiarse, aun cuando le parecía un ser demasiado misterioso. Y no se trataba solo del inevitable desencuentro que propiciaban sus antagónicos puntos de vista. No era simplemente el fruto del diálogo entre un científico cínico y un tradicionalista patriota y supersticioso. No era una cuestión de religión, de fidelidad política, de valores. Algo extraño anidaba en la mirada de Martín que escapaba al escrutinio de los matraces, los barómetros, los compases y las ecuaciones del geógrafo.

—Insisto, era broma, amigo, lo del Santo Oficio era broma.

Uriarte intentó disimular su turbación:

—Lo sé, Mariños. Y aunque no lo fuera, nada habría de temer. Estos objetos están benditos por el mismísimo Vaticano. ¿O es que acaso no sabe que las más doctas observaciones astronómicas se han realizado siempre desde las cúpulas de las iglesias? La Iglesia católica ha dado más apoyo financiero a los estudios sobre los astros que ninguna otra institución desde el año 1200 hasta nuestros días.

—No es necesario que se disculpe, don Isidoro. La ciencia que usted maneja tampoco parece tan peligrosa.

—Entiendo, pero déjeme seguir. ¿Sabe usted lo que es un heliómetro?

—No tengo la menor idea.

—Es el aparato más sencillo y a la vez más poderoso que ha construido el hombre para estudiar los movimientos del Sol. No hace falta ser ingeniero para levantarlo. Basta con tener un local suficientemente grande y dibujar en el suelo una línea recta que marque la dirección Norte-Sur. Si se abre un agujero circular en el techo justo encima de la línea, tendremos un efecto prodigioso. El sol, al atravesar la abertura, arrojará una imagen perfecta de sí mismo sobre el piso del local y justo al mediodía recorrerá la línea que hemos pintado.

—Parece fascinante. Y no dudo que, además, para gente como usted resultará útil.

—No se burle de la «gente como yo», usted no es tan cínico como ahora simula. Con un heliómetro los astrónomos han podido medir latitudes, pasos solares por los equinoccios, distancias entre el astro rey y la Tierra... En el fondo, si usted y yo hoy sabemos cuándo empieza la primavera y cuándo termina el invierno, es gracias a lo que aprendieron nuestros viejos astrónomos en un heliómetro.

—Y ¿se puede saber qué tiene todo esto que ver con la Iglesia?

—¿Qué otra institución ha tenido en su poder más edificios suficientemente grandes como para albergar un heliómetro? La próxima vez que acuda a una catedral, busque la línea dibujada en el suelo, la llaman «meridiana». Y luego levante la cabeza hacia el techo y encontrará el gnomon, el hueco circular por el que entran los rayos de sol.

Uriarte parecía solazarse con la lección de historia de la ciencia, pero su contertulio creyó necesario bajarle los humos con otra chanza.

—Está bien, Isidoro, está bien. No informaré a las autoridades de los tejemanejes que se trae con esos aparatos de adivinación que usa.

Rieron. Desde la ventana abierta llegaba ya el runrún de la vida cotidiana en la Isla de León. Era hora de seguir con las tareas habituales, así que Martín Mariños se levantó, recogió su sombrero e hizo ademán de levantarse. Justo en ese momento, entró precipitadamente en la estancia un criado de la casa de Uriarte.

—Señor, traigo una carta. El mozo que me la entrega lleva toda la mañana buscando a don Martín. Creo que es de cierta urgencia. Viene de Écija.

Mariños recibió el sobre y lo abrió allí mismo. Leyó un poco y luego dobló el papel cuidadosamente, se lo metió en el bolsillo y se despidió.

—Es mi sobrina, me temo que debo ir a verla de inmediato.

Capítulo 17

—Imagino que la opinión de un sucio viajero americano al que acaba de conocer en una noche de indisposición y miedo no debe de importarle mucho, Majestad. Entenderé si me hace callar con un solo gesto. Pero no puedo evitar decirle que he visto algunas de las cosas que sus gloriosos soldados franceses andan haciendo por aquí y...

Hace tiempo que el rey ha decidido considerar a James un hombre de confianza. Más por el impulso de su propio desánimo que porque crea que el americano pueda servirle de consuelo. En el fondo, sabe que al día siguiente su séquito partirá camino de Cádiz y que jamás volverá a ver la cara de ese espectro que se ha cruzado en su camino y que ahora le parece el único habitante con el que merece la pena hablar en El Bosque. Para no darle demasiadas alas a las críticas que a buen seguro está a punto de recibir sobre la actuación de sus tropas, interrumpe el monólogo de su contertulio.

—Sí, ahora me vas a contar que los soldados franceses matan, saquean y conquistan. Quizá no te hayas dado cuenta, pegado como vas al polvo de tu propio camino, pero España está en guerra y mis hombres tienen la misión de rendir el territorio íntegro al emperador de Francia.

—No me refiero a la guerra, créame. He visto cosas que difícilmente sus augustas tragaderas podrían soportar. Yo mismo, que no me espanto de ver un hombre colgado de la horca hasta morir por falta de aire, que he eviscerado cientos de cadáveres de todas las especies de mamíferos, incluida la humana, sin pestañear, he tenido que tragar lágrimas y vómitos en algún camino de este país.

—¿Serás más explícito? Te aseguro que a mí tampoco me gusta la guerra. Ya te he dicho que no soy precisamente el soldado de la familia. Pero entre las obligaciones que el destino ha puesto sobre la corona que porto, una, y no la menos importante, es mantener el orden y la unidad del reino con la fuerza de las armas. Y ello lleva emparejado contemplar escenas que reviven en las noches de pesadillas por el resto de tu vida. Un hombre culto, un hombre refinado y educado en la cristiandad no debería verse obligado a ser un guerrero. Pero si lo es, no tendrá más remedio que cumplir su misión con honor, por muy devastadora que esta sea.

—¿Tan devastadora como hacer a un niño de poco más de siete años arrastrarse entre las inmundicias de los caballos gritando «viva el rey José» antes de clavarle la bayoneta en el pecho? Estuve tres noches en Córdoba y la Providencia quiso que la

última coincidiera con la llegada de las tropas de su general, ¿cómo se llama? ¿Dupont?

El rey baja la mirada como un gesto de aprobación avergonzada.

—Dormí en un corral que amablemente me habían dejado dos hermanas viudas que se ganaban la vida amasando pan y rosquillas en una de las pocas posadas limpias de la ciudad. Cuando me aposenté quise refrescarme algo, pues la noche de junio había entrado tórrida. No soplaban un ápice de aire. Así que salí a la calle en busca de agua y me topé con una ciudad en paz. Quizá fue la primera vez que tenía la sensación de que España era un país tranquilo, acogedor y seguro. Correteaban cuadrillas de chiquillos entre los aguadores y los mozos de sogas, cantando todo tipo de coplas que, por supuesto, no fui capaz de traducir. Había jóvenes limpias y educadas, que levantaban con orgullo su faz morena por encima de los hombros al cruzarse conmigo. Grupos de hombres bien vestidos caminaban despacio o montaban a caballo en parejas charlando de sus asuntos cotidianos. De muchas ventanas colgaban banderas españolas y carteles manuscritos con torpeza proclamando vivas al rey Fernando. Por un instante, pensé que la guerra había terminado. Que sin yo saberlo había llegado a Córdoba la noticia de la capitulación de los franceses.

»Mientras un aguador me ayudaba a refrescarme, me explicó con acento demasiado cerrado para mis entendederas qué había pasado. Un destacamento de caballería francés se había acercado a la ciudad dos días antes. Eran pocos y los cordobeses andaban exaltados por entonces, ávidos de encontrarse cara a cara con el invasor, seguramente incitados por la presencia de un grupo de infantería español que animaba las noches de taberna con arengas pendencieras y llamadas al proverbial poderío testicular hispano. Sea como fuere, los soldados franceses habían caído en una emboscada y terminaron pasados a cuchillo uno a uno. Córdoba defendía su independencia a golpe de faca, seguro que no sin ayuda de grupos de bandoleros llegados para la ocasión, y ahora cantaba a los cuatro vientos su hazaña simbolizada en los cánticos de los niños, las banderas de las casas, los corrillos políticos de los hombres y el andar orgulloso e ibérico de las damas.

El rey escucha sin mirar a James a la cara. Porque recuerda perfectamente los hechos que está a punto de relatarle, porque sabe que van a avergonzarle, pero no puede dejar escapar la menor sombra de duda sobre su conciencia. Todavía no.

James continúa:

—Encontré varios grupos de jóvenes que habían decidido pasar aquella noche bebiendo y me uní a ellos. Hubo guitarras y fandangos. Hubo algunos gestos demasiado atrevidos con las taberneras y hubo vino, mucho vino. No dejaban de ofrecerme vino agrio en botas de cuero sucio que yo, exaltado por el ambiente de alegría, aceptaba a pesar de repugnarme esa costumbre hispana de beber «a morro». En cada esquina nos topábamos con parejas de soldados españoles que de inmediato

eran coreados e invitados a beber y que se unían a nosotros sin duda con la intención de exagerar sus hazañas. No temo mentir si le digo que fue, probablemente, la noche más esperanzadora y serena desde mi llegada a España. Igual que el viajero que se acomoda en casa de un conocido ha de pasar algunos días adaptándose a su nuevo hogar hasta que de repente los muebles, las costumbres, los olores se tornan familiares y empieza a sentirse realmente cómodo, yo sentí aquella noche que este país comenzaba a ser también un poco mío.

»No sé a qué horas de la madrugada regresé al camastro de heno y mantas duras como el esparto que las buenas hermanas me habían preparado. Recuerdo que lo hice envuelto en una especie de fiebre placentera fruto del vino, de las canciones, de la picardía de las mujeres de la calle y, sobre todo, de la inmensa sensación de paz que embargaba a Córdoba.

»Duró exactamente tres horas. Antes de que despuntara el sol del día siguiente me despertaron los gritos de la calle y el traqueteo de cabalgaduras rebotando contra los adoquines. Oleadas de soldados franceses galopaban con el sable a media altura sin detenerse ante las mujeres, los ancianos o los niños. Eran hordas sin freno, animadas por la sed de venganza que, obviando cualquier concesión al honor guerrero, asaltaban las casas una a una y se entregaban a las más truculentas fechorías. Jamás antes había contemplado tan de cerca cómo el miedo posee la alquímica capacidad de transmutarnos en ratas. Los hombres y mujeres jóvenes huían sin rumbo dejando atrás a sus hijos, a sus abuelos, a sus enfermos impedidos. Escapé de milagro al metal y al fuego, pero vi correr regueros de sangre por las calles, prestos a desembocar en el río por el Puente Romano.

El rey se acerca muy despacio a James. Por primera vez en toda la noche, le toca. Lo agarra del brazo suavemente como quien quiere despertar de un mal sueño a un niño. Le zarandea tan flojo que el americano casi no lo nota.

—No es fácil contener la furia de los dragones. Esos hombres llevan sobre las hombreras el peso de la nación más poderosa de Europa y el aliento del emperador que ha ganado todas las batallas a las que se ha enfrentado. Mi hermano sabe de mi propio puño y letra que no estoy de acuerdo con cosas como las que ocurrieron en Madrid o en Córdoba, que la grandeza de nuestra nación merece otro tipo de épica. Pero nadie va a arrancarme el menor remordimiento de conciencia por haber querido pacificar este país y darle el orden y las leyes que necesita para ser próspero.

Se queda un rato mirando a los ojos del viajero, muy cerca, casi tanto como para sentir su aliento.

—*Si vis pacem, para bellum.*

Suelta el brazo de James y da dos o tres pasos hacia atrás, sin dejar de mirarle. Apoya la espalda en el tronco de un olivo viejo y retorcido. Habla encorvándose para poner las manos sobre las rodillas:

—El pueblo español es un pueblo valiente, en contra de lo que muchos de mis mariscales y quizá mi propio hermano han podido pensar. Creemos que hemos entrado en este país de panderetas y toreros para hacer y deshacer a nuestro antojo y nos hemos encontrado con un ejército de hidalgos en cuya sangre aún hierve la dignidad de un imperio. Andan desorganizados, carecen de un proyecto común, son cambiantes de ánimo y no tienen un rey digno a quien seguir. Sí, es cierto, han entregado su vida a ideas improvisadas por curas ambiciosos, nobles holgazanes y monarcas tarados o traidores. Pero juntos suman más agallas que todos los ejércitos napoleónicos. Por eso he emprendido este viaje. Porque, al contrario de lo que me dictan mis generales, tengo el convencimiento de que a este país se le gana por el corazón y no por la soga. He atravesado Andalucía entera para mostrarles a mis súbditos que tienen un rey amigo en quien confiar. Para ofrecerles la ayuda de mis ministros y mis consejeros y mis sabios. Para traerles las leyes que los harán más libres. Para enseñarles la ciencia que a Europa ya la está haciendo prosperar. Quiero que sean franceses en el sentido de la palabra que yo más amo. Aunque ellos se empeñen en seguir prefiriendo las cadenas y las sotanas. Y aunque mi hermano se empeñe en seguir mandándome a generales sanguinarios para que me asesoren. Junot, Soult, Jourdan, Suchet... bravucones cosidos a los galones que han ganado despellejando enemigos. Esa es la Grande Armée.

Al decir esto, José I muestra el papel arrugado que no ha soltado en toda la noche y que ya empieza a desvaírse con el sudor entre los dedos. Lo mira por última vez y lo arroja con rabia a los pies de James. Este lo recoge y comienza a leer sin apenas desplegarlo.

—¿De verdad quieres escuchar relatos de guerra? ¿Quieres que dediquemos el resto de la noche a competir a ver quién ha visto más horrores, más cadáveres, más viudas y más huérfanos? A lo mejor quieres que te cuente cómo fue lo de ¿Zaragoza, por ejemplo? Jamás he visto a un pueblo levantarse en armas con la diligencia, la osadía y la fiereza con la que los zaragozanos defendieron su posición así vieron los primeros caballos franceses asomar en el horizonte. No he leído en ningún manual militar modo alguno de dominar a un ejército de miles de voluntarios alimentados por la rabia que inyectaba las miradas de aquellos hombres y mujeres. Sencillamente, nuestra empresa en Zaragoza era una aventura condenada al desastre. Pero las huestes de Napoleón no pueden permitirse el desánimo, la concesión, el apaciguamiento. Así que procedimos al asedio, a sabiendas de que iba a ser terriblemente largo y costoso. Enfrente no teníamos a un pueblo asediado; teníamos a una máquina de sobrevivir. Alentada por el odio y el terror por partes iguales. Mis generales sabían a lo que se enfrentaban desde el momento en que tuvieron conocimiento de las intenciones de Palafox: mantener a los zaragozanos en un estado de exaltación patriótica nunca visto. Se emitieron edictos advirtiendo de que no habría misericordia con los traidores y los pusilánimes. La menor sospecha de tibieza bastaba para mandar a un vecino al cadalso. Desde nuestras posiciones se veían cada

mañana las tareas de reparación de las horcas y los patíbulos usados durante la noche. Por toda la región los sacerdotes sermoneaban sobre la necesidad de expulsar al francés, de mantener a salvo la fe católica dentro de los muros de la ciudad sitiada. En cuestión de una semana tuvimos frente a nuestras tropas a una legión de cincuenta mil hombres armados, ciudadanos de a pie inspirados por una vehemencia y un espíritu de resistencia nunca vistos en el género humano. Fueron capaces de reclutar a tres hombres por cada soldado francés. En los manuales de estrategia se enseña que la acción de un soldado defendiendo la muralla equivale a la de cinco que intentan atacarla. Puedes hacerte una idea de nuestra inferioridad numérica y anímica.

»La tormenta de la guerra cayó sin descanso sobre la ciudad durante más de cincuenta días. Toneladas de plomo volaron contra los grupos de hombres, de mujeres, de niños, de ancianos, de inválidos que engrosaban las filas españolas, que se unían a la resistencia y a la defensa de las débiles posiciones que ocupaban intramuros. Morían a cientos, a miles cada día: por la acción de nuestros soldados, por el miedo, por el hambre. Cuando al fin pudimos entrar en las calles de la ciudad, nos recibió una comparsa de cuerpos famélicos, pálidos, que aún eran capaces de mover sus esqueléticos brazos para hacernos un gesto de agravio. Tuvimos que enterrar seis mil cadáveres que yacían sin ser atendidos en los rincones. Ni el más desalmado de nuestros fusileros pudo contener un gesto de dolor, de rabia y de remordimiento.

José, histriónico, hace un gesto al aire como si escribiera con una pluma invisible.

—Puedes incluirlo en tu nómina de horrores del ejército de Napoleón si quieres. Uno más. Pero no olvides comentar que todo ese heroísmo, todo ese valor sobrehumano, toda esa aflicción que ningún cronista sería capaz de narrar servían a la causa de un rey traidor y miserable. Que aquellos españoles que derramaron generosamente su sangre y sufrieron la tortura de un dolor inimaginable luchaban en nombre del despotismo. Querían ganar la guerra para obtener como premio más cadenas, más esclavitud, más ignorancia, más Inquisición. ¡Qué triste destino el de los hombres que dan la vida para defender los oscuros privilegios de sus señores!

»Si estoy aquí, en este maldito pueblo en el que el invierno parece colarse por los huesos, es porque aún creo que hay otro modo de cumplir mi misión, que no es otra que hacer a los españoles más libres, más ilustrados y más ricos de lo que serían en doscientos años gobernados por el perro de Fernando, con sus nobles, sus curas y sus Santos Oficios.

Es ahora, por primera vez en toda la noche, cuando a James le parece por fin estar hablando con un rey. Olvida los titubeos y los vómitos del primer encuentro, las dudas y las torpezas de las conversaciones mantenidas. La figura de José, lustrada por el claro de la luna, le parece ahora menos triste, menos encogida.

—Debes de estar muy orgulloso de tu estirpe, americano. Acabáis de luchar contra

la Corona inglesa y, puñado a puñado de tierra, andáis construyendo una nueva nación sin reyes. Pero aquí en Europa las cosas son distintas. Aquí la corona, por liviana que sea, termina pesando como un yugo. Y al final, los pueblos ceden a la tentación de postrarse ante el fulgor del trono. Los mismos hombres y mujeres a los que tú viste celebrar su bravura contra los franceses en Córdoba, salieron dos años después a recibirme como un héroe en su ciudad engalanada. Me abrieron sus tesoros monumentales y me agasajaron con lo mejor de sus cocinas al grito de «vive le roi!». En Córdoba mismo, al pie de la mezquita que me fue entregada como símbolo de fraternidad.

—Tenían miedo, temían volver a levantar la ira de las tropas francesas. Sufrían demasiado con el recuerdo de lo que pasó hace dos años. Odiaban al rey francés, pero amaban más su tranquilidad.

—Fue la primera vez que me sentí recibido como un rey, ¿sabes? Cada balcón había sido decorado para mí, en todas las calles se apostaban mujeres con sus chiquillos que gritaban al paso de mi comitiva, vestidos y limpios como si se tratara de una procesión. No dejé de escuchar el rumor del gentío hasta que llegué al frontispicio de la catedral, donde estaba esperándome una comitiva presidida por el obispo. Ni en mis mejores sueños hubiera dibujado una escena igual. Y por un instante pensé que gozaba del poder de hacer cambiar el destino y que no estaba tan equivocado cuando le pedía a mi hermano más paciencia, más dinero y menos soldados. Ningún rey, por severo que sea, puede perpetuarse sin el cariño de su pueblo. Y en Córdoba, por vez primera, mi pueblo me quiso. Y creí vislumbrar un futuro luminoso para mi proyecto de España. Imaginé a mis hijas correteando por los jardines de palacio en Madrid y a mi mujer recibiendo el trato de «señora» por súbditos españoles agradecidos. Llegué a la catedral acompañado de todos mis agregados, asesores y ministros a mano, y coincidimos en que, a pesar de todo, había sido una buena idea emprender este viaje a Andalucía. Quise regalar al pueblo unas gotas de mi devoción y escuché misa como lo habría hecho un buen cristiano y después, visité tantas iglesias y conventos y contemplé tanto arte glorioso que ni recuerdo lo que vi. Afortunadamente, venía conmigo Frédéric Quilliet, el hombre al que he encargado catalogar y recoger tantos cuadros, pinturas, estatuas y objetos de arte como crea pertinentes para que los ciudadanos de Madrid puedan contemplarlos y Europa entera los admire. Los vítores del populacho, las canciones de bienvenida, la emoción de la misa y el impacto de los bellísimos cuadros que Quilliet decidió requisar me hicieron por un día olvidar que soy el brazo de la guerra contra España. Me hicieron creer que mi corona había sido legitimada.

José I, que lleva varios minutos caminando en pequeños círculos mientras habla, detiene levemente el paso hasta pararse. En silencio se gira muy despacio y, sin llegar a mirar a los ojos a James, habla dirigiéndose a él.

—Me olvidé incluso de que todo aquello no era más que una obra de teatro, un espectáculo como el resto de mi vida, organizado por otros. Y es que sí, americano

LA NOCHE DEL REY

listo, sí: el pueblo de Córdoba aún tenía grabada a fuego en la memoria la infamia de 1808, el odio y el terror que los soldados franceses inocularon en cada cordobés y que en estos dos años no ha podido hacer otra cosa que acrecentarse. Si salieron las autoridades a recibirme a la entrada de la ciudad fue porque antes que yo llegaron embajadores de mi comitiva a negociar la recepción. Me agasajaron a cambio de quién sabe qué privilegios, qué garantías o qué cantidad de dinero. Todo estaba escrupulosamente orquestado. Los cordobeses que me vitoreaban lo hacían a cambio de unas monedas, o de la seguridad de que no iban a ser depurados por conspirar contra mis fuerzas de orden. El obispo se plegó a las condiciones de mi ministro del mismo modo que lo había venido haciendo a las de la Junta española. Y Córdoba entera esperó a que mi comitiva pasara de largo para volver a vomitar injurias sobre mi persona. Pepe Botella, otra vez. Perro gabacho, Pepe Cubas, el intruso borrachín.

»Ya ves, James. A los dos, Córdoba nos arrojó a la cara su cruda realidad. Los dos vimos en sus calles, en sus jardines y en sus arcos la imagen que esta tierra bendita tiene reservada para los forasteros. En el fondo, a ti y a mí se nos ha acabado el viaje por España entre los insoportablemente bellos muros cordobeses.

James se ha retirado un poco en su asiento de piedra para dejar espacio al rey. Este se sienta con las manos desmayadas entre las rodillas. Se diría que llora, pero la noche es demasiado cerrada como para verlo. El americano, aprovechando el silencio, termina de abrir el papel manuscrito que el rey había sostenido en la mano hasta arrojarlo a sus pies y descubre que es una carta. Sin despegar los labios, lee:

«Mi muy querido hermano José...».

Capítulo 18

No sé, de verdad, para qué escribo. Nunca antes de venir a Europa tuve veleidades literarias, jamás conocí la menor tentación de poner mis ideas en orden sobre una cuartilla. Mi mente se sentía satisfecha con el relato objetivo y aséptico de los hechos que arrojan los libros de medicina. Era un hombre de acción, más que de reflexión y me dedicaba a abrir cuerpos y localizar dolores y buscar causas y encontrar remedios. Luego regresaba a casa, después de las sórdidas jornadas de hospital y rememoraba. Volvía a ver los tendones, los huesos, las fibras, los quistes... Y aquello me reconfortaba. Era toda la concesión que le permitía a mi imaginación. En América fui un pragmático sin remedio. Solitario, pagado de mi intelecto, convencido de que nada puede escapar al escrutinio de la ley natural. Ateo empedernido que no necesitaba buscar las respuestas a sus dudas más arriba de lo que alcanza la última estantería de la biblioteca, sección Filosofía Natural.

Pero cuando las primeras gaviotas de la costa de Londres empezaron a visitar el barco en el que huía de todo, comencé a escribir. La travesía desde Nueva York fue un lapso en blanco de mi vida. Una suerte de descanso a mi biografía en el que no pasó absolutamente nada. Ningún pensamiento reseñable, ninguna aventura, ningún contacto de interés con humano alguno. Ni siquiera puedo recuperar del fondo de la memoria algún sentimiento de culpa o de miedo o de nostalgia mientras la nave derrotaba olas atlánticas hacia la vieja Europa. Dejaba atrás todo lo que tenía, todo lo que sabía y todo lo que ignoraba y, para ser sincero, me daba absolutamente igual. Nueva York se había vuelto una ciudad triste y humeante, entregada de súbito a las pasiones de la superstición, condenada a convertirse en todo aquello contra lo que acababa de luchar. Puede que tuviera alguna intención de escribir a mis hermanas tan pronto llegara a Londres, pero perdí la nostalgia cuando llevaba doce días de navegación. Dejé de mirar atrás en todos los sentidos.

Sin embargo, la cercanía de nuestro puerto de destino cambió las cosas. Como si un diosillo juguetero quisiera reírse conmigo, las voces de las primeras gaviotas, que anunciaban nuestra proximidad a la costa, me despertaron junto a algunas cuartillas en blanco que algún viajero despistado olvidó en el puente. Y empecé a volcar algunos pensamientos que ya no se han detenido desde entonces. Si alguna vez alguien lee estas letras desordenadas y torpes, quizá se haga idea muy equivocada de mi vida. Pero yo ya no soy el fiel notario de la naturaleza que un día fui. Así que, si se me permite, seguiré:

Viajar solo y a pie por España no es una práctica habitual y expone al caminante a una indescriptible nómina de peligros y de inconvenientes. Para empezar, es habitual que te nieguen cobijo en las posadas si andas en solitario. Los posaderos españoles desconfían de la soledad. Aprecias en su mirada la inevitable sospecha de que has dejado algo en el camino. Si viajas sin compañía, solo puede ser por tres razones: porque huyes de la justicia, porque portas una enfermedad contagiosa o porque has abandonado a alguien. He visto más puertas cerradas frente a mis narices que olivos en las dehesas de la falda de Despeñaperros. Incluso los vagabundos, los peregrinos y los ladrones se arraciman en grupos improvisados para hacer camino. Ni siquiera en las cortas distancias entre pueblos cercanos se admite la soledad. Así que he tenido que acostumbrarme a las miradas torvas y al comportamiento huidizo de los que se cruzan conmigo. Ya no me estremece pensar que puedo pasar tres días sin hablar apenas con nadie. Al principio me trastornaba esa posibilidad hasta el punto de que buscaba compulsivamente algún paisano al que decirle algo, al menos «buenos días». Pero ahora me desahogo escribiendo y hablando a los alcornoques, a las tórtolas y a las piedras.

Aunque sea insano para el espíritu, viajar solo no me ha parecido tan peligroso como todos creen. Hay una especie de temor generalizado al camino español. Se teme a los bandoleros, a los soldados franceses, a los soldados españoles, al Santo Oficio, a las lagartas que simulan ofrecer su cuerpo para meter mano en tu cartera, a los campesinos hambrientos, a los maridos celosos, a los padres que exageran la defensa del honor de sus hijas, a los niños que afinan su puntería con el tirachinas, a los perros sarnosos, al sol. Todo son amenazas que, viajando en grupo, se sofocan. Pero he de decir que, en todo este tiempo de peregrinaje, nunca, nunca, nunca me he sentido realmente en peligro.

Contaré algo que me ocurrió hace unas cuantas jornadas. El paisaje escarpado y frondoso de Despeñaperros había quedado hacía tiempo a mis espaldas y el horizonte se veía lejos, muy lejos, por lo que sin duda había alcanzado una llanura ancha. Salpicada de olivos y encinas bajas, la tierra se acostaba al sol del invierno recibiendo pequeños regalos de las nubes en forma de chubascos brevísimos. Vacas y toros se protegían bajo las hojas verdes y espinosas de los encinares y el proyecto de los pastos de primavera aún no palpitaba en el mar de arcillas de la dehesa. Ignoro si ya estaba en lo que los mapas marcan como provincia de Jaén, pero el sol me ayudó a poner proa hacia el sur, siempre hacia el sur.

Antes de que anoheciera, contemplé un grupo de hombres que atizaban un fuego sobre una pirámide de piedras enmohecidas y sacaban de sus morrales alguna utilería para guisar. En Ciudad Real, una monja que se apiadó de mi estado famélico me había regalado un saquito de arroz, una bolsa minúscula de azafrán y medio conejo despellejado. Así que pensé que era el momento de probar su carne.

Me acerqué al grupo y mostré mis viandas. Hice gestos con la cabeza antes de

empezar a hablar temiendo que no entendiesen mi español. Sugerí que podríamos compartir el arroz con conejo si ellos me dejaban un hueco en sus sartenes y algo de beber. Aceptaron sin grandes emociones. Simplemente dijeron que sí y, mientras cortaban a dentelladas una porción de cecina, me indicaron con la barbilla que me sentara. Así lo hice.

Un aguacero un par de horas antes había calado mi equipaje. Aunque los alimentos estaban a salvo, quise asegurarme de que también lo estaba mi pistola. Creo que en el fondo lo hice para evidenciar que iba armado. Por lo que pudiera pasar. La saqué del cinturón, la observé, soplé sobre el gatillo y el cañón y luego la desmonté lentamente, pasando el faldón de mi camisa por cada una de las piezas para secarlas bien. Ellos ni siquiera miraron.

Era casi noche cerrada ya cuando los primeros vapores del azafrán aromatizaron el encuentro. La luna, creciente y demasiado baja, no llegaba a iluminar las copas de los árboles. Así que la única luz que nos llegaba eran los fogonazos naranjas y azulados del fuego. Parecíamos un grupo de espectros sin cuerpo. Solo caras y manos que flotaban en el aire al arrimarse a la lumbre y desaparecían en las sombras instantes después. Sobre las sartenes, el arroz y el conejo brillaban y una cascada inversa de humo blanco se iba difuminando en la oscuridad.

Comimos sin hablarnos y, tras unas rondas de vino, uno de los hombres sacó una guitarra y los demás cantaron como sin ganas. Me enrollé en mis mantas, di las gracias y dormí arrullado por el olor del azafrán y la agradable sensación de tener el estómago lleno.

Poco después ya clareaban los primeros rayos del sol que impactaron en mi entrecejo tras rebotar en las ramas de un acebuche cercano. Lo primero que vi al despertar fue la pila de rescoldos aún humeante. Manaba un olor a carbón tan intenso que se me había quedado pegado en las mantas y en el pelo. Me giré de repente impulsado por una sospecha palpitante en el pecho. Efectivamente, los hombres de la noche anterior habían desaparecido y tuve la certeza moral de que lo habían hecho con todas mis pertenencias. Me levanté de un brinco y empecé a hacer recuento. Las botas estaban, el morral estaba, el sombrero, el guardapolvos, las dos mantas. Estaba todo, incluso la pistola, intacta en el mismo lugar en la que la había dejado antes de dormirme.

Los caminantes habían recogido sus bártulos y se habían llevado todo lo suyo salvo un plato de cobre abollado en el que habían dejado un puñado de arroz y una tajada de conejo para mí. Desayuné sin nada que beber y seguí mi camino.

Dos horas después alcancé el primer pueblo y pedí agua en una fonda a la que aún no había llegado ningún huésped. Me dieron de beber y me refresqué con un cubo para quitarme el penetrante olor a carbón que aún me impregnaba.

— ¿Viene por el camino de Despeñaperros, forastero? — me dijo alguien.

LA NOCHE DEL REY

Como asentí con la cabeza, le di pie a seguir hablándome.

—Pues ha tenido suerte, amigo. Va solo, es enclenque, no sé si va armado... Es una víctima propiciatoria para los cuatro extremeños que andan por ahí entre las dehesas y la sierra. Si no se ha cruzao con ellos, ya puede usted ir dando gracias a la Virgen. Cuatro muertos de hambre que viven como lobos de lo que pueden sacarle al personal. No tienen el menor reparo en tirar de faca a la que se cruzan las miradas con un peregrino. Han hecho estragos por estos caminos. La última noticia que nos llegó de ellos nos la trajo antiyer una collera de ingleses que iba camino de Sevilla. Se apostaron en medio del sendero y obligaron a todos a bajar de las calesas. Se llevaron todo, hasta las botas de los pobres viajeros, que llegaron con los pies en carne viva a esta misma fonda. Arrearon con los caballos, pero antes dejaron un recadito. Uno de los ingleses, ¡pobre valentón!, se les encaró en la huida y sin más, le sajaron el cuello a esta altura sin bajarse de los caballos. Hicieron así y así. Suficiente para que el hombre llegara ya sin una gota de sangre. Lo tenemos enterrado a la espalda de esa tapia.

Terminé de asearme y pedí algo de pan. Entregué alguna moneda a cambio y me despedí poniendo la mano en el ala del sombrero. Pero, en lugar de salir por el camino hacia el sur, di la vuelta para pasar por la tapia tras la que debía estar enterrado el infortunado inglés. En efecto, detrás del muro se veía un montículo de tierra aún fresca sobre el que habían colocado dos tablones requemados en forma de cruz. Sin nombre, sin ninguna identificación posible.

Me descubrí y estuve un buen rato mirando la improvisada tumba. No tengo la menor idea de quiénes fueron los hombres con los que compartí cena. No hay nada que me haga sospechar que se tratara de los asesinos extremeños. De hecho, nadie era capaz de dar una descripción fiable de ellos. La única persona del pueblo que los había visto cara a cara yacía debajo de un montón de arcilla recién removida. El resto de los viajeros había continuado su camino sin dejar rastro. Aún pienso que la cuadrilla que compartió sartén conmigo, a la que di arroz, conejo y azafrán, no era una cuadrilla de asaltadores de caminos. Quisiera creer que los hombres todavía tenemos una innata indisposición para ocultar que somos asesinos y que el que acaba de atravesar el cuello de un turista inglés sin pestañear no es capaz de guardar un puñado de arroz con conejo y dejarlo a los pies de un desconocido dormido para que no pase hambre al levantarse.

Pero lo cierto es que aquella mañana, delante de la tumba excavada con prisas un día antes, lo único que acerté a pensar es que bajo el peso del suelo perfectamente podría haber estado mi cuerpo.

Capítulo 19

A Asunción todo aquello le parecía normal. No reparaba en la excepcionalidad de las imágenes cotidianas que Écija le regalaba cada mañana. Era normal pasear por las calles poco después del amanecer para ir a misa y que las campanas de la iglesia no sonaran para no llamar la atención de las tropas francesas que aún dormitaban. Era normal encontrarse una iglesia medio vacía de hombres y poblada de mujeres de luto y salir de misa sin dirigirse la palabra unos a otros. No le llamaba especialmente la atención que en las calles, los jornaleros, los panaderos, los molineros, los forjadores, los herreros... realizasen sus labores casi en silencio y hubiesen olvidado la sana costumbre de invitarse unos a otros a descansar un rato en la taberna.

Y es que Asunción creía con firmeza que la vida le sonreía, sonreía a su familia, a su amado Quilliet y a Écija entera. Al fin y al cabo, la guerra había terminado para ellos y la ciudad era una ciudad en calma. Ocupada por los franceses, sí, pero en calma.

Y la calma era el bien máspreciado para una Asunción que había crecido entre permanentes temores de su padre. Temía que le robaran el cinabrio extraído, que un cambio de gobierno le impidiera renovar las licencias comerciales, que un buque de las Indias cargado de materia prima fuera asaltado por los piratas, que un competidor obtuviera mineral a mejor precio, que un vecino despechado pudiera delatar sus tratos con los franceses, que su hija fuera vista en compañía de un hombre. Así, para Asunción, la presencia de las tropas de Napoleón en su ciudad y el fin de las hostilidades abiertas no podía considerarse otra cosa que un regalo del Señor.

Quizá por eso, pronto empezó a llamar demasiado la atención en sociedad. Pasaba por delante de las tabernas donde humedecían sus penas los soldados gabachos y parecía que lo hacía con orgullo. Allí, apretados sobre mesas de madera carcomida, unos jugaban a juegos franceses de naipes y dados mientras otros contemplaban la partida con un vaso de vino en la mano. Había fusileros jovencísimos con el torso desnudo aseándose con el agua del pilón y grupos de camaradas que, sin quitarse las botas y los tirantes, cocinaban huevos y pan tostado en fuegos improvisados a la puerta de las fondas. Las escaleras de acceso a los aposentos eran un guirigay de soldados rasos y capitanes transportando enseres, comidas, bebidas, armas y planos. En plena ocupación, la primera regla de la logística consistía en acomodar a las tropas y el armamento, reponer fuerzas y desfogar la exaltación del cuerpo. Por eso,

de vez en cuando, por las escaleras se veía bajar a una que otra fulana atusándose la melena o remetiendo entre las faldas un puñado de billetes.

El miedo a las represalias se extinguía con el paso de los días. De modo que las mujeres que vendían sus favores a la soldadesca enemiga ya no tenían que esconderse por la noche: cumplidos sus servicios, salían alegremente por la puerta de las posadas y volvían a casa a descansar y hacer cuenta de sus ganancias del día.

A muchos ecijanos todo esto les repugnaba. No podían hacer nada para evitarlo una vez las tropas patriotas los habían abandonado como a ratas para reforzar el frente de Cádiz. Vivían resignados a su nueva condición de fieles al rey José, pero no iban a facilitar las cosas al invasor. Trataban de evitar que hubiera café, carne o embutidos en las casas para no tener que prestárselo a los soldados. Mantenían limpias las calles justo hasta la linde de las zonas donde habitaban franceses. Retiraban la vista, o directamente daban la espalda, al paso de un convoy o un grupo de militares. Como si un bando invisible los hubiera conminado a ponerse todos de acuerdo, los ecijanos habían decidido castigar al invasor negándose a retomar la cotidianidad de sus vidas. Dejaron de doblar las campanas, desaparecieron los cánticos de las calles, los hombres abandonaron los juegos tabernarios y las mujeres se negaron a sentarse a las puertas de las casas a cuchichear. Ellos trabajaban en silencio y ellas caminaban por la calle sin prestar demasiada atención a su aspecto. Usaban ropas pasadas y descuidaban sus moños; dejaron de maquillarse y perfumarse e incluso olvidaron prestar atención al modo en el que faldas y medias caían sobre sus cuerpos. Arrugas, dobleces, manchas... permanecían en las vestimentas de las damas sin que pareciera un demérito. Formaba parte de la pasiva resistencia que las ecijanas podían ejercer sobre el ejército invasor: una resistencia de apatía, desdén y tristeza frente a la algarabía de los soldados ganadores.

Por eso, la figura de Asunción parecía más excéntrica que nunca. Su comportamiento era distinto al del resto de las mujeres de su edad. Asunción se cuidaba de mantener su aspecto a raya. Se peinaba, se maquillaba y se perfumaba como si no hubiera habido guerra. O como si la guerra no hubiera arrojado a Écija a los pies de Napoleón. Pasaba cerca de los grupos de soldados y los saludaba. Le divertía ver cómo respondían a su provocador *bonjour* con toda suerte de remedos de saludo en español: «Buenas días, *señioguita*», «Buenos días, mademoiselle».

Su voz resonaba en misa cuando respondía a los salmos en latín y aunque se tratase de un texto sagrado, a los demás presentes les parecía una impudicia. Comenzaron a aparecer las primeras habladurías sobre su comportamiento, a desterrarse viejos odios y a entrelazarse nuevas envidias.

Pero, de haberse dado cuenta, a Asunción le habría importado poco todo aquello. Porque ella tenía perfectamente planeado el camino que iría a seguir. Mientras sus vecinas se empeñaban en dar la espalda a los nuevos tiempos, mientras los ecijanos permanecían amarrados a sus viejas supersticiones y complejos, ella iba a iniciar su

ascensión a otro mundo: a la modernidad, la elegancia, el estilo de vida francés. Y Quilliet, el hombre al que había besado por primera vez en mitad de una noche de sobresaltos y aventura, iba a ayudarla a conseguirlo.

¿Le amaba de verdad? No había pensado aún en eso. A pesar de que sus encuentros furtivos eran cada vez más abundantes, deseaba verlo de nuevo cada mañana. Había adquirido una nueva costumbre de contemplar la vida con los ojos de Frédéric. Buscaba proporciones en los búcaros llenos de rosas y jugaba a adivinar cómo serían las sombras de la casa pintadas con otro tipo de luz. En la iglesia, descubrió infinidad de cuadros y pequeñas esculturas que habían estado siempre ahí, pero que nunca habrían llamado su atención de no haber sido por la pasión artística de su querido amigo. Le había vuelto a apetecer cambiar las cortinas del salón de casa de su padre y aprender a bailar el minueto y leer novelas románticas. Sacaba lustre a sus zapatos cada mañana, tuviera o no previsto salir con ellos, y dedicaba más horas que nunca a pasear bajo el sol. Ni el calor le parecía tórrido ni el frío, impedimento. Tomaba el aire todo el tiempo que el resto de sus obligaciones en casa le permitían.

¿Era eso amor? Desde luego, era lo más parecido al amor que podía uno permitirse en tiempos de guerra. Y, sin llegar a airearlo descaradamente, en sus gestos y en sus conversaciones cualquier mujer pudo detectar la huella codificada de la pasión.

—Tenemos que ser algo más discretos, amor mío. Me encanta que seas feliz y que tú sí hayas comprendido que el mundo puede ser de otra manera. Pero no sería bueno que las habladurías llegaran demasiado lejos.

Quilliet acariciaba los tirabuzones de Asunción mientras la miraba con un gesto de súplica tierna como quien comprende que está siendo injusto con la regañina.

—Frédéric, no hacemos nada malo. No puedes imaginar lo que me agobian estas paredes y estos muros y el comportamiento mezquino y triste de la gente en la calle. ¿Es que no vamos nunca a reconocer que la guerra ya pasó? ¿Es que no vamos a volver a ser como éramos?

—La guerra no pasó. Para todo el mundo menos para ti y para mí, la guerra no ha terminado. Somos unos privilegiados al tenernos, al poder vernos y olvidar lo que hay ahí fuera. Pero solo cuarenta kilómetros al sur siguen muriendo españoles y franceses a puñados. Y el luto llega hasta los corazones de los ecijanos. Debemos ser prudentes.

—Soy prudente, Frédéric, lo soy todo lo que puedo. Pero es que estoy tan cansada de España.

Quería decir que estaba cansada de las mantillas y de los rosarios, de las comidillas a pie de portal y de los besos en la mano de los curas. Quería decir que le cansaba no poder vestir de tul amarillo en los bailes de su casa. Le cansaba el sabor a

LA NOCHE DEL REY

anís de los ponches y la madera áspera del reclinatorio. Quería decir que le cansaba su padre y le cansaba su misal. Pero dijo «España» y, acto seguido, calló repentinamente porque tuvo miedo de sí misma.

Quilliet sabía con total exactitud lo que estaba pasando por la cabeza de la joven. E hizo como que la comprendía.

—Una mujer como tú sería admirada en mi país. Inconformista, moderna y libre. Pareces parisina.

El objetivo estaba logrado. Asunción sonrió desde muy dentro de su alma y la sonrisa estremeció a Frédéric, que no había esperado encontrar una respuesta tan veloz al cebo que había tendido. Tomó a la joven por el hombro y la acercó a sus labios y en medio del patio de su casa, aun a riesgo de que alguien pudiera verlos por el portón abierto que daba a la calle, la besó de un modo distinto al que la había besado en otras ocasiones.

—Arriba, en mi habitación, tengo una estatua de Dafne que va a hacer las delicias del rey.

Subieron. Las escaleras parecían temblar bajo los pies de Asunción, pero lo que palpitaba eran sus rodillas, que actuaban con independencia de la voluntad de la joven. La casona donde Frédéric tenía su cuartel general pertenecía a una familia de nobles que hicieron fortuna en América y que ahora habían huido a Nueva España con prácticamente todo su patrimonio. De manera que el acceso a la planta superior tenía más el aspecto de un almacén de antigüallas que de un hogar. Las paredes pintadas de blanco y naranja claro estaban vacías. Se veían los cercos grises como marcos de cuadros que ya no estaban ahí. Quilliet pasaba noches enteras recorriendo esas escaleras y pasillos e imaginando qué obras pudieron haber estado colgadas en ellos de las que ahora solo quedaba el rodal del polvo que acumularon a su alrededor. Y le pareció que el efecto redentor del arte tenía su versión también para las piedras. ¿O es que acaso no es un misterio el modo en el que los cuadros mantienen prístina la superficie que tocan mientras todo alrededor se corrompe con el paso del polvo y de los años? Muchas de esas noches, Quilliet acariciaba la pared justo en el hueco que antaño ocuparon las obras de arte y se hacía la ilusión de que por ese preciso pedazo de tapia no había pasado el tiempo y que aún conservaba el calor y la textura del lienzo largamente apoyado en él.

Mientras subía las escaleras, cogió con una mano el brazo de Asunción y la otra la pasó por las paredes vacías como hacen los niños cuando pasean aburridos por una calle estrecha. A ella, el camino se le hizo largo y el miedo a lo que estaba segura que iba a pasar le impidió hablar en todo el trayecto.

—Siempre me ha fascinado el modo en que Apolo pierde la compostura ante Dafne. —Quilliet elevaba la vista al techo mientras hablaba—. Parece tan humano, tan contemporáneo. El dios que todo lo puede persigue a su amada convertida en

árbol y se descompone. Y cuanto más pierde las formas y más grande es el río de lágrimas que deposita a los pies de su amor, más crecen las ramas y las cortezas del árbol que ha de hacer imposible su encuentro. No hay en la historia del arte una sola representación de Apolo y Dafne que no me conmueva. Pero, ¿sabes?, siempre retengo las lágrimas al verlas porque me da miedo que me ocurra como a Apolo y mi llanto me aleje de ellas.

Asunción callaba. Subía las escaleras abrumada por una mezcla de sentimientos desconocidos. ¿Sienten lo mismo las novias conducidas al altar? ¿O las reas llevadas al patíbulo?

—Cuando hayamos terminado nuestro trabajo, el rey va a permitir que todo el mundo pueda disfrutar de este tipo de obras. Pero, de momento, solo unos cuantos ojos privilegiados tenemos acceso a ellas. Y los tuyos, amor mío, forman ya parte del club. ¿Te sigue aburriendo España?

La pareja entró en una habitación tan grande como desordenada. Había cuadros apoyados en todas las paredes, lienzos enrollados y sujetos con cordones que era necesario esquivar, caballetes vacíos, figuras de oro amontonadas en estanterías llenas de polvo, espejos, lámparas, escritorios...

—Este es mi santuario.

—¿Aquí duermes? ¿Puedes conciliar el sueño con todo esto mirándote?

—Digamos que aquí paso las noches. Pero duermo poco. Y soy yo el que mira.

En el medio de la cacharrería una pequeña cama, alta y con un colchón demasiado grande, yacía cubierta de papeles. Un marco vacío buscaba equilibrio sobre el cabecero. Y a los pies, encima de una mesilla de caoba, una escultura de un metro de alto se elevaba tapada por un trozo de cortina dorada. Quilliet destapó la obra.

—No es la de Bernini —rio—. No cabría en esta mesa. Pero es una copia perfecta. La encontramos en casa de un abogado de Badajoz y no sabemos quién la ha esculpido. ¿Ves lo que te decía? Mientras a Dafne le crecen las primeras ramas en los brazos y sus pies empiezan a convertirse en horribles raíces, Apolo parece desesperado, solo se sujeta levemente al suelo apoyando los dedos de uno de sus pies. Las manos en escorzo extrañísimo y la túnica se le escurre de los hombros. Es puro movimiento incontrolado. Solo le falta gritar.

—Ella grita. —Asunción se acercó a la pieza por detrás de Frédéric para rodear la cintura del francés con sus brazos—. Implora al dios del río Peneo para que la libre del acoso de Apolo. Y el destino quiere que su cuerpo quede petrificado en forma de laurel para siempre.

Quilliet se giró y su rostro rozó el de Asunción por un instante. Ambos permanecieron mirándose a los ojos en silencio.

—Voy a plantar un laurel a la puerta de cada casa que habite a partir de ahora en

memoria de este momento.

—¿Quieres que me convierta en árbol y ya no pueda nunca más escapar de ti?

—Quiero que cuando todo esto acabe vengas conmigo a París y te conviertas en la dama que siempre has querido ser y que ya no cabe en toda Andalucía.

Se besaron por última vez antes de que Quilliet retirara los primeros lazos del vestido de Asunción. Temblaba ella mientras él reposaba sus manos en la espalda femenina desnuda, con parsimonia, con planificada serenidad. La serenidad de un hombre que había ejecutado este baile demasiadas veces antes.

Retiró de un manotazo los papeles y lienzos de la cama y acompañó con su cuerpo el desmayo de la joven sobre el colchón.

—Frédéric, esta guerra va a cambiar mi vida más de lo que podría haber imaginado. Quiero que me jures que es verdad lo que acabas de decirme, quiero que me enseñes todo lo que significan para ti estos cuadros y estas esculturas, que me acompañes en mis primeras salidas por las calles de París y me lo cuentes todo. Quiero ser digna del nuevo rumbo que voy a emprender contigo. Sácame de aquí y no me dejes nunca. ¿Me lo juras? ¿Me lo juras?

Mientras preguntaba, Asunción había cubierto de besos a su amado y descubierto formas y texturas que ignoraba que pertenecieran al cuerpo de los hombres. Llegada al punto del que ya no puede retornarse, la pasión se envalentonó al calor de caricias nuevas, del aliento más cercano, del chapoteo de los labios liberados de toda culpa.

Las ropas se deslizaron por los flancos de la cama y el polvo de la estancia flotó destellando al contacto con la luz vespertina que acertaba a colarse entre los visillos. Detrás de la ventana, la iglesia de Santa Bárbara rasgaba las nubes.

Frédéric no contestó. Pero Asunción ya no esperaba respuesta. Apoyó su cuerpo desnudo sobre la cama y atrajo sobre él al hombre dejando caer la cabeza fuera del colchón.

Quilliet la amó con destreza, pero no dejó de mirar fijamente a los ojos de Dafne transformada en laurel.

Capítulo 20

Pocas casas había en la Isla de León como la de doña Fernanda Caro Riquelme, heredera de la fortuna de su difunto marido y, al carecer de hijos y sobrinos, propietaria única de todos sus bienes. Al contrario de lo que ocurría con otras propiedades isleñas, entregadas a la latina costumbre de encerrar sus patios tras la entrada principal con el fin de mantener la intimidad y evitar las corrientes de aire tórrido del verano, la casa de Fernanda mostraba su esplendor a través de una cancela de forja volcada directamente sobre la calle Real. Los viandantes podían contemplar el ir y venir de la dueña y sus invitados por el cuadrilátero del patio de acceso, un gigantesco espacio que, de no ser por el vallado, bien podría haber hecho las funciones de plaza pública. Especialmente tentador para el vecindario era apostarse en las proximidades de la verja los días en los que Fernanda organizaba una tertulia o un baile. Entonces, los invitados iban llegando en calesas o a pie y entregaban sus credenciales a un ujier encargado de permitir el acceso. Dentro del recinto del patio, los invitados se agrupaban de manera espontánea antes de pasar a los salones por un portalón decorado con tanta profusión que parecía obsceno.

El palacete tenía tantas habitaciones, salones, antecámaras y estancias que ni siquiera su dueña las recordaba todas. Para las tertulias, prefería una sala recogida en la planta alta, cuyos ventanales de madera teñida de azul permitían contemplar los tejados de las casas aledañas y, tras ellos, el mar. Si se trataba de celebrar un baile o una cena de sociedad, solo se abría el salón principal de la planta baja, donde las lámparas de araña, prendidas todas sus velas, proyectaban una luz cenital sobre las mesas tan potente que algunas damas jugaban a salpicar reflejos sobre la cara de los caballeros con la cabeza de las cucharas soperas. Los muros blancos, berroqueños, anchos y altos como los de una fortaleza, se dejaban traspasar por docenas de ventanas, ventanales y ventanucos que conferían al edificio cierta sensación penitenciaria. De hecho, los isleños más envidiosos habían dado en llamar a la casa de Fernanda «la cárcel de sangre azul», por el color elegido para pintar las contraventanas y por la cotidiana afluencia de lo más granado de la alta sociedad gaditana.

Corrían los días más cortos y fríos de febrero y, por lo tanto, la mitad de la casa debía estar cerrada siguiendo la costumbre de los grandes propietarios de mantener parte de las estancias en inmobiliario letargo para ahorrar sueldos de criados y gastos en velas, y para mantener el escaso calor hogareño el mayor tiempo posible. Sin embargo, el personal de doña Fernanda deambulaba de un lugar a otro del edificio

con un frenesí más propio del primer día del verano. Entraban en las habitaciones y retiraban los visillos blancos que, polvorientos y a punto de amarillear, cubrían mesillas, sillones de oreja, escritorios, cómodas y sinfoniers. Había parejas de hombres que portaban enrolladas enormes alfombras para cubrir los suelos de madera y piedra helada. Al batir de los plumeros, enjambres de partículas grises sobrevolaban los muebles para dispersarse difuminados al sol de la mañana. Los criados tenían permiso para entrar en todas las habitaciones menos en una; una estancia diminuta que había sido construida aprovechando un chaflán de la tercera planta y cuya llave de acceso solo tenía la dueña de la casa.

El motivo de tanto alboroto se había dado a conocer esa misma mañana. Fernanda mandó llamar a todo el personal de servicio, incluso al que estaba de permiso invernal, y les comunicó la decisión. Acababa de recibir una carta de Sevilla firmada por Pedro González de Llamas, ayudante del aposentador general del palacio, pidiéndole el máximo apoyo y comprensión. La situación en Sevilla se hacía cada vez más complicada y el número de ciudadanos patriotas que se veían obligados a huir de la capital antes de que entraran en ella los franceses crecía cada jornada. Era necesario buscar cobijo a familias enteras, de apellidos ilustres, acostumbrados a los relajos de la nobleza y que sabrían apreciar el buen gusto y el saber hacer de una mujer como Fernanda. Sería considerado un acto de patriotismo y de fidelidad al rey español que una casa como la suya, que pasa por ser de las más dignas y elegantes de Andalucía, pudiera acoger a algunos desdichados huidos.

La carta terminaba con una lista de once nombres a los que se daría instrucciones de acudir al hogar de doña Fernanda si esta daba su consentimiento. Y, por supuesto, lo dio. Cualquier otra decisión habría sido considerada un desaire a la causa española y, lo que es peor, habría levantado demasiadas sospechas sobre su persona.

Así que ahí estaba la gran dama de La Isla, la mujer que se encontraba en trance de huir al norte con Isidoro de Uriarte y dejar atrás su vida de mentiras y conjuras, obligada a levantar su último gran engaño, simulando que cedía su propiedad a los desamparados patriotas como gesto inequívoco de su apoyo al rey Fernando.

—¡Once nombres, once! Pero ¿en qué está pensando esta gente? ¿Cómo quieren que meta aquí a once desconocidos precisamente ahora?

Fernanda se quejaba a voz en grito, pero no dejaba de dar instrucciones a diestro y siniestro. Había poco tiempo. Su aceptación había partido en un correo especial hacía dos horas. No tardaría en llegar a Sevilla y, en cuestión de seis o siete días, ya estarían tocando a la puerta los primeros refugiados. La noticia no pilló del todo desprevenida a la dueña de la mansión. Desde hacía una semana la Isla de León había empezado a llenarse de rostros nuevos. Quien más quien menos había abierto alguna habitación de su casa por lo que pudiera pasar y los comentarios que procedían de Sevilla auguraban riadas de exiliados en los próximos meses. La pacífica convivencia en La Isla estaba a punto de derrumbarse. Y eso sin contar con la

amenaza del acoso francés de la que Uriarte le había advertido.

Fernanda trasegaba entre sus criados con más nerviosismo que eficacia, pues en el fondo era consciente de que, si todo salía como estaba previsto, en un par de días estaría formando parte de una collera hacia Madrid con ayuda de Isidoro. Habían pasado unos días desde su último encuentro y, desde entonces, no había dejado de recibir notas apasionadas que a cualquier mujer hubieran hecho palidecer. Llegaban de la mano de un criado o de un chiquillo al que alguien había dado un par de reales a cambio de ejercer de correo. Venían encerradas en sobres blancos con olor a lavanda o a azafrán o a dama de noche y contenían palabras que Fernanda hacía siglos que no oía. Al principio le divertía el juego y aunque, por supuesto, nunca contestaba, leía de inmediato el contenido de las misivas de Uriarte. El emisario permanecía de pie con las manos detrás de la espalda a la espera. «El señor me ha pedido que aguarde por si hay respuesta.» Fernanda negaba con la cabeza y acompañaba al cartero hasta la salida del patio.

Últimamente, las cartas llegaban a razón de tres o cuatro al día. Incluso en alguna ocasión llamaron a la puerta ya pasada la medianoche y hubo de ser el mayordomo el que recibiera el mensaje, ya que Fernanda se retiraba pronto a descansar. Así que la mujer había terminado por desdeñar los envíos y guardarlos en una caja de marfil escondida tras su mesilla de noche sin abrirlos siquiera. Empezaba a turbarla la pasión epistolar de Uriarte, que, si bien era prueba irrefutable de que su estrategia femenina estaba dando resultado, se había convertido en una molesta cotidianidad. Sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias de las que solo ella era concedora y que tenían lugar detrás de la puerta de la habitación achaflanada a la que el personal de servicio tenía negado el acceso.

Fernanda recogió algunas telas que recordaba haber guardado en el sótano y con ellas en la mano, subió las escaleras en busca de una doncella que pudiera apañar con ella unas improvisadas cortinas. Si la casa se iba a llenar de extraños, más valía sustituir los tules, las joyas y los adornos por simulacros sin valor. Al pasar por la habitación prohibida se detuvo y, asegurándose de que nadie la veía, pegó la oreja a la puerta blanca. Explotó una sonrisa de mejilla a mejilla en su cara y siguió caminando. Pero solo tres pasos había dado cuando se arrepintió. Volvió a mirar a uno y otro lado del pasillo y regresó frente a la puerta. Buscó en los bolsillos interiores de la falda una llave, dio dos sonoros golpecitos con ella sobre el pomo de la puerta y abrió.

La habitación estaba prácticamente oscura, solo llegaba una ducha de rayos de sol a través de un tragaluz abierto en el techo. El resto de las ventanas, cegadas a cal y canto. Así, Fernanda, que cerró rápidamente la puerta tras de sí, tuvo que esperar unos segundos para que sus ojos se habituaran a la negrura. Cuando las pupilas fueron hinchándose, ante sí apareció la imagen que estaba deseando ver. Un hombre vestido con una camisola amplia y unos pantalones del Cuarto Batallón del Regimiento de Reales Guardias Españolas, que hasta hacía un rato leía bajo el chorro

LA NOCHE DEL REY

de luz cenital, se había levantado apresuradamente, tirando sin querer la silla, para quedar petrificado como un vigía entre las sombras.

—Me has dado un susto de muerte.

—Soy yo, siempre soy yo, nadie más tiene acceso a este escondrijo.

El hombre y la mujer dieron varios pasos apresurados hacia el frente y, en mitad de la habitación, se fundieron en un abrazo silencioso y largo. Fernanda besaba el cuello del soldado y este se sentía tan reconfortado que estuvo a punto de hablar en voz demasiado alta.

—¿A qué viene tanto ruido?

—Se nos va a llenar la casa de extraños enviados por la Junta desde Sevilla. Estamos arreglando las habitaciones cerradas, pero en un par de días tú y yo ya no debemos estar aquí. Voy a hablar con Uriarte para prepararlo todo.

El hombre se deshizo de los brazos de Fernanda y, con gesto de contrariedad, se giró hacia una de las ventanas cerradas. Cabizbajo, apoyó sus manos contra ella y suspiró.

Fue en septiembre, una tarde de calor impropia de las fechas que corrían. Fernanda regresaba de la bahía acompañada del embajador inglés y de un matrimonio de terratenientes indianos que acababan de dar una comida final previa a su regreso a América. Se despidió de ellos y entró en el patio abierto de la casa. Antes de llamar a la puerta y antes de que el mayordomo reparara en su llegada, vio una sombra moverse tras una de las columnas de piedra gris. No tuvo tiempo de asustarse porque el hombre que se escondía detrás habló rápido:

—No voy a hacerle daño. Disculpe mi osadía. Me he escondido aquí al ver que el patio estaba abierto. Pero ya me voy.

Inició un ademán de marcharse con la cabeza gacha. Fernanda pudo contemplarle, entonces, plenamente al sol. El uniforme de la Guardia Real apenas se intuía bajo una costra de polvo y lodo. Era un hombre alto y a buen seguro un día fue musculoso. Sobre los hombros caían mechones desordenados de una melena rubia engarzada con algunos restos de suciedad del camino. Aun así, parecía cuidada, como si la hubieran peinado con delicadeza justo antes de precipitarse su dueño de bruces en un lodazal. Colgaba del cinturón la vaina vacía de una espada. Fernanda pudo apreciar la esbeltez de sus piernas, acrecentada por el efecto que producían los pantalones apretados y azules alzándose justo hasta el final de la cintura. No llevaba casaca, así que la chupa con botones blancos marcaba cierta delgadez en el torso. Pero no era una delgadez famélica. A Fernanda le pareció digna, incluso elegante. Como le pareció extrañamente elegante la nitidez del negro paño de las botas que se veían al completo en ausencia de polainas. Aquel hombre, fuera lo que fuere lo que le había ocurrido, se había detenido recientemente a lustrar su calzado.

Emprendió la huida sigiloso, sin correr. Atravesó el patio con la cabeza alta después de hacer un gesto de cortesía: «Ruego que me disculpe si la he asustado». Desde luego, aquel hombre no era un soldado corriente, no tenía nada que ver con los muchachos vocingleros y descontrolados que solían dejarse caer de vez en cuando por La Isla. Fernanda no dudó un solo instante en hacer lo que hizo:

— ¿Necesita usted ayuda, caballero?

El militar se detuvo con las manos desmayadas a todo lo largo de sus flancos y se giró pesadamente.

— Mi cuerpo agradecería algo de comer y, quizá, un baño.

Fernanda le pidió que esperara un rato oculto tras la misma columna en la que había aparecido. Debía preparar la entrada de aquel hombre en casa sin que nadie tuviera noticia de ello. Esperó a que los criados estuvieran ocupados en tareas lejos de las escaleras y pidió al intruso que subiera con sigilo. Le abrió la puerta de la habitación del chaflán y preparó ella misma las viandas. Buscó una jofaina de loza verdusca y la llevó al cuarto junto a un aguamanil de plata y un par de toallas bordadas con las iniciales de la casa.

Ella se sentó en el borde de la cama mientras el misterioso caballero terminaba de comer, con exquisitos modales. Solo entonces creyó llegado el momento de preguntar. Gonzalo Benítez Salort formaba parte del Cuarto Batallón del Regimiento de la Guardia Real, encargado de mantener a salvo los alrededores de Sevilla. Entre las misiones que tenían encomendadas se encontraba patrullar periódicamente por zonas en las que no era fácil adentrarse: espesos alcornocales, dehesas demasiado abiertas a la visión del enemigo o encinares agrestes infestados de jabalíes. Las partidas solían estar formadas por cinco o seis hombres y duraban dos días. Se llevaba impedimenta suficiente para la misión y había que pernoctar al raso.

En la última escaramuza, Gonzalo creyó observar movimientos extraños entre una reunión de zarzas y jaras jóvenes y se alejó del grupo para echar un vistazo. Al acercarse al lugar de donde procedían los ruidos, perdió pie y cayó por un pronunciado terraplén cuya ladera conducía a las lindes de un riachuelo. Se golpeó la cabeza contra una roca con tal fuerza que estuvo horas sin recobrar el sentido. Cuando lo hizo, no llegó a recordar bien lo que le había ocurrido y fue incapaz de reencontrarse con el resto de la tropa. Él perdió al grupo y el grupo le dio por desaparecido a él. Pensaron que había desertado. Pero en realidad no era ni un traidor ni un desertor. Se trataba tan solo de un rezagado. En la jerga militar, un ausente. Un hombre despistado, alejado de su grupo pese a su voluntad y desposeído de una misión militar que cumplir.

El destino de estos hombres era verdaderamente negro. Sin tener la menor intención de traicionar a su uniforme, pagaban su descuido o su infortunio con la sospecha y la inquina de españoles y franceses. Los primeros, porque los consideraban los más cobardes de los desertores. Los segundos, por temor a que, en

realidad, fueran espías. De manera que no tenían otra alternativa que esconderse y huir. Huir a cualquier lugar y de cualquier persona esquivando los cruces con otros caminantes. Vivir como un furtivo con la esperanza de que la guerra acabara pronto.

Fernanda escuchó el relato de Gonzalo y luego se levantó para recoger los platos y las toallas.

—Puede quedarse todo el tiempo que quiera —le dijo—. Una estúpida jugada del destino le ha apartado de la guerra, no seré yo quien le devuelva a ella. Aunque nadie debe saber de usted. Le podría esconder, pero no proteger.

Los primeros días fueron incómodos. Hacía años que en esa casa no pernoctaba un hombre que no fuera un criado. Fernanda se encargaba de todo y los cuidados le propiciaron una actividad que parecía rejuvenecerla. Comenzó cocinando sopas y tentempiés sencillos, lo suficiente para aliviar el hambre de su refugiado sin grandes pretensiones. Pero pasaba el tiempo y con las entradas y salidas en el cuarto, con el intercambio de platos y de vestimentas, creció una cercanía que a ambos empezó a turbar. La mujer se preocupaba cada vez más en agradar al soldado, y él lo apreciaba. Preparaba las comidas con más esmero, incluso aunque para ello tuviera que buscar excusas cada vez más rocambolescas y dejar de atender sus obligaciones sociales. Con el afán de una colegiala preparando una sorpresa a sus padres, entraba de noche en la despensa y escogía la materia prima de su regalo. Por la mañana, mientras el servicio se dedicaba a otras tareas, ella se dirigía a la cocina, cerraba por dentro y preparaba platos que empezaron siendo torpes. Pronto la viuda se sorprendió a sí misma depositando en ellos evidentes dosis de cariño.

Él era agradecido: supo ver en las salsas, en los condimentos, en el modo en que las piezas de carne se disponían sobre el plato, en el cuidado con el que habían sido elegidas las bandejas o se presentaban sutilmente dobladas las servilletas un lenguaje oculto del que le agradó participar.

Comía con decoro y no dejaba ni un resto si no era para enviar una señal oculta a su protectora. «Gracias» escrito con migas de pan. «Espero la próxima visita» oculto en la servilleta enrollada. Ella empezó a desear cada vez con más impaciencia el momento de las atenciones y, entre una y otra, se emocionaba con otras tareas en ausencia. Lavaba las ropas del hombre, zurcía una camisa, colgaba el pantalón, ahora lustroso y bien cosido, para que quedara firme y en perfecto estado de revista. El tacto de las prendas masculinas le había devuelto sensaciones de mujer olvidadas hacía muchos años y tonteaba a solas con su imaginación, como lo habría hecho en los más desordenados años de la adolescencia. Una tarde, antes de introducir la camisa de Gonzalo en el barreño de agua caliente, le pareció como si la primavera hubiera eclosionado en pleno invierno al otro lado de la ventana de la despensa y se entregó a una extraña tensión del aire fresco. Fernanda no pudo impedir llevarse la tela a la cara y aspirar su aroma durante unos segundos, con los ojos cerrados. Se ruborizó y, aunque por supuesto nadie la vio, sintió vergüenza de sí misma. Se pensó

estúpida y sucia, pero le agradó y continuó haciéndolo día tras días apreciando cada vez nuevos perfumes. Prolongaba el tacto de los tejidos sobre su piel y experimentaba brotes de emoción que deseaba poder describir. Luego depositaba la prenda en el barreño y la frotaba con la barra de sosa provocando breves oleajes en la espuma. Cuando llegaba el turno de la ropa interior, Fernanda volvía a asegurarse de que la puerta estaba cerrada y temblando practicaba la limpieza con entrega.

Él esperaba la llegada de una nueva muda, que cada día estaba perfumada con un olor distinto: lavanda, tomillo, limón, azahar, madreselva, canela en rama, hierbabuena... Y el lenguaje secreto de las ropas y de los platos terminó por unirlos en el mismo deseo. Ambos eran conscientes de adónde iba a conducirlos irremediamente ese juego si no le ponían pronto fin. Y no se lo pusieron. El hombre de cuya existencia nadie debía tener noticias y la mujer más conocida de la Isla de León se amaron tras las ventanas de la habitación que tuvieron por hogar, cerradas a cal y canto. Como en todo, hubo una primera vez que quedaría grabada a fuego en sus memorias, una primera vez en la oscuridad del escondite, que añadía a la fiebre de los cuerpos la tensión insomne de la clandestinidad. El hombre y la mujer, adultos, recrearon por un instante el tiempo ya demasiado lejano en el que la pasión debía ejercerse en secreto. El miedo a ser descubiertos los condujo a rincones olvidados de su juventud. Se entregaron el uno al otro en silencio, con la delicadeza de la madre que sale del cuarto de su hijo recién dormido. En el momento más dulce del clímax él notó cómo el vientre de Fernanda latía en la distancia y tuvo la sensación de que bajo el suyo crujían maderas de un desván largamente deshabitado.

—Pronto podrás abrir las cortinas, mi vida. En un par de días Uriarte nos va a sacar de aquí. Volverás a notar el calor del sol sobre los hombros y el olor de las jaras y podremos pasear a la luz de la luna. Solo unos días, y todo habrá acabado.

—Sabes que eso no va a ser así, Fernanda. Mientras las condiciones para nuestra partida sean las que has pactado, nunca seremos libres. Mi cuerpo saldrá de este cuartucho, pero a cambio, tendré que encerrar mi corazón en uno aún más pequeño y oscuro.

—¿De qué me hablas, Gonzalo? ¿Qué demonios está pasando dentro de tu cabeza?

—Lo sabes bien, te hablo de Uriarte.

—¡Hombres, hombres! —Fernanda acarició cariñosamente la nuca de Gonzalo mientras hablaba con ironía—. Caballeros españoles, siempre con la honra en juego. Incapaces de dejarse salvar la vida por una torpe y débil mujer.

—No quiero saber a qué tipo de acuerdo has llegado con él. Mejor dicho, no quiero ni pensarlo.

—¿Y qué crees que voy a hacer? ¿Qué crees que puedo darle a cambio de que nos salve la vida? Gonzalo, si te he sido sincera durante todo este tiempo, si te he contado absolutamente todo lo que está pasando más allá de esa puerta, es porque quiero que

LA NOCHE DEL REY

confíes en mí tanto como yo confío en ti. Sí, he dejado que ese hombre se haga ciertas ilusiones. He permitido que las palabras lleguen más allá de donde el decoro aconseja en una isla como esta. He permitido que conozca el olor de mis manos y el tacto de la piel entre mis dedos. He jugado con sus sentimientos y no he experimentado el menor cargo de conciencia por ello. Y cada vez que me he visto con él en un café, cada palabra que le he dicho y cada promesa que le he sugerido, he venido a contártela de inmediato. Si ser sincera contigo no me va a librar de los celos y las sospechas y los agravios, hubiera preferido mentirte desde el primer momento.

—Pues quizá entonces habría salido de esta casa con la cabeza alta y pudiendo mirar a los ojos al hombre que me va a salvar la vida.

—Ignorando por qué lo hace.

—Creando que lo hace por amor a España, por miedo a la guerra, por qué sé yo qué miserables motivos personales. Cualquiera me dolería menos que el auténtico.

Fernanda cogió el brazo de Gonzalo y apoyó la cabeza sobre su hombro:

—Gonzalo, Gonzalo, no te atormentes con ello. Cómo iba a saber yo que cada vez que venía a darte buenas nuevas sobre mis progresos estaba alimentando ese monstruo tan español en tus entrañas. Parecías tan contento, tan entusiasmado con la posibilidad de huir. ¿Es que no puedes borrar esas tonterías de la cabeza?

Gonzalo se volvió y, recogiendo el pelo de su amada sobre la oreja, esbozó una sonrisa.

—Lo importante es que salgamos de aquí cuanto antes, de lo demás ya hablaremos.

Se besaron, pero ninguno fue del todo sincero con el otro. Fernanda se despidió.

—Ahora tengo que irme, amor, van a sospechar de mi ausencia.

«Ahora tienes que ir a ver a Uriarte», pensó Gonzalo. Y no se equivocaba.

Capítulo 21

Martín Mariños Bazán entraba a su casa prestada practicando siempre el mismo ritual. Introducía una gran llave de metal en el ojo de la cerradura, levantaba levemente el tirador para evitar que hiciera ruido y empujaba con sigilo. De todos los sonidos desagradables que en el mundo son, el chirrido de las puertas era, sin duda, el que más odiaba. Por eso trataba de evitarlo siempre que podía. Caminó hasta la sala de estar de la planta baja y se sirvió un jerez, depositando luego con desdén la frasca de cristal tallado sobre la mesa. Bebió un trago hondo, de pie, y se dejó caer en un sillón de cuero que miraba a la chimenea. Apagada. Se frotó la pierna izquierda. Hacía semanas que no dejaba de dolerle. Generalmente las molestias iban y venían, podían durar dos o tres días, siete a lo sumo y luego le dejaban una larga temporada tranquilo; si se puede llamar tranquilidad a verse obligado a caminar arrastrando un pie.

Intentó estirar la musculatura, a veces funcionaba. Pero no había manera de detener la punzante sensación de que una alimaña le estaba mordisqueando el muslo. Se levantó a por la frasca de jerez y se la llevó consigo al sillón. Quizá el alcohol le aliviaría.

Mariños no había podido servir en el ejército por culpa de la cojera. Lo intentó varias veces, la última durante el reinado de Carlos IV, aunque siempre encontró dificultades para acceder a cargos relevantes. Mientras estudiaba Leyes, trató de buscar cualquier resquicio en la reglamentación para obtener su uniforme. Y aun así, todo lo que podía hacer era alistarse como soldado dispuesto a cumplir las misiones más burocráticas, rutinarias y desagradables. Así que para él la guerra fue un despacho lleno de mapas y legajos, donde los oficiales decidían las estrategias y a él se le permitía dar una opinión legal al respecto de asuntos menores. Cuando le ofrecieron formar parte del equipo de asesores de la Junta, en un principio se postuló como escolta de algún miembro del Gobierno. Pero tampoco obtuvo satisfacción a sus deseos. Así que volcó toda su energía en servir al rey con la palabra, con la mente y con la pluma. No había matado a un hombre jamás, no había pegado un tiro desde que dejó la práctica de la caza en su juventud de Nueva España.

—Si pudiera, me arrancarían la maldita pierna con los dientes —pensó en voz alta.

Más que el dolor físico, a Martín le sobrepasaba la sensación de ser un tullido absurdo. Podría llevar su cojera con dignidad si hubiera sido obtenida en el campo de batalla, pero esa invalidez anónima, esa lacra cuyo origen era incapaz de

LA NOCHE DEL REY

recordar... Sí, es cierto que se las había ingeniado para que no pudiera intuirse su secreto. Al principio, cuando era más joven, cuando se codeaba con estudiantes de Alcalá o con muchachos y muchachas de taberna madrileña, inventaba historias. Trataba de ser todo lo impreciso posible, esperando que entre la concurrencia a nadie le diera por preguntar más de la cuenta.

«¿Recordáis el motín de Cuernavaca, en Veracruz? —Inventaba nombres, lugares y fechas, observaba el rostro de su audiencia y, si intuía que estaban recibiendo sin sospechas el discurso, proseguía—: Yo formaba parte de una expedición a las órdenes del virrey para sofocar algunas intenciones levantiscas de los nativos. Debíamos adentrarnos en una espesura de helechos y juncos tal que no veíamos más allá de nuestras narices. Os aseguro que había alimañas que gritaban como almas del infierno y que nos conducían a un estado de embriaguez de los sentidos del que muchos no pudieron salir. Dicen que son simios adiestrados por los indios para enloquecer a los españoles y capturarlos vivos.»

A veces, sus relatos eran tan inverosímiles que temía haberse pasado de la raya. Pero entonces se levantaba y arrastraba su cojera para ganar credibilidad. La guerra se encargaba de hacer el resto, porque inevitablemente entre los asistentes siempre había alguien que había estado en el frente o que conocía a alguien que había estado en el frente y la conversación se despeñaba por derroteros más dramáticos. Él podía dejar de engordar sus historias, pero se sentaba como ausente, tratando de no escuchar las aventuras, seguramente reales, de los demás.

Su impostura le obligaba a estar siempre bien alerta. Debía aprender todo lo posible sobre el efecto de las armas de fuego, las sensaciones en el campo de batalla, las disposiciones frente al enemigo, las técnicas de ataque y de defensa. No podía permitirse el lujo de toparse con un soldado que hubiera estado de verdad en el frente y que pudiera desvelar sus inconsistencias. Ese estudio le sirvió para obtener cierto respeto en los ambientes militares, gracias al cual pudo medrar en las cercanías de la corte fernandina primero y en el Gobierno provisional de la Junta, después.

Martín disfrutaba de su nuevo hogar, el aposentador había hecho un esfuerzo especial con él. Era una casa lo bastante grande como para albergar a una familia completa, con dos plantas amuebladas y una buhardilla que en algún momento debió de estar repleta de enseres cotidianos y que ahora solo albergaba algunos arcones que no había llegado a investigar. En realidad, vivía solo en la planta baja para evitar subir escaleras. Allí había habilitado su cuarto, una sala para leer y el salón principal, donde podría recibir cuando hubiera medrado algo más en sociedad.

Sus meses de servicio a la Junta le habían retirado de la vida pública. Sus superiores decidieron que realizara trabajos poco visibles y que mantuviera en secreto su condición, por lo que pudiera pasar. No es que tuviera encomendadas misiones de espionaje, jamás tuvo que adentrarse en las líneas enemigas ni pasar información falsa. Pero preferían tratarle como un comodín limpio de sospechas para

futuras actuaciones. Él estuvo siempre a disposición del Gobierno, preparado para entrar en acción. La huida gubernamental de Sevilla le dejó con la miel en los labios.

Se asomó a la ventana enrejada y contempló la calle. No paseaba nadie ya. Las avenidas de La Isla se vaciaban con cierta rapidez poco después del anochecer. Como si latiera un temor colectivo a la noche, unos y otros hacían lo posible por estar en casa para esas horas. Ocurría sobre todo desde que empezaron a llegar las primeras tropas de Albuquerque y corrió por los salones la idea de que los franceses venían con deseos de acabar la guerra definitivamente en estas posiciones. Recordó con nostalgia el trasiego nocturno de las calles de Écija, antes de la invasión, cuando pasó tres meses visitando a su hermano. Juan y él eran los dos únicos miembros vivos de la familia Mariños Bazán y no puede decirse que hubieran mantenido un contacto muy estrecho. Durante la aventura americana de Martín apenas tuvieron noticias mutuas. A su vuelta a España, asistió a la boda de su hermano y conoció a su bella mujer, que fue la encargada de facilitar la relación hasta su muerte. Era ella la que escribía cartas a su cuñado y mantenía a los hermanos en contacto. Pudo saber así que Juan había hecho una fortuna extrayendo mineral en Andalucía y que se mudaban a Écija, donde vivirían en uno de los palacios más envidiados de la provincia. Por su parte, él contestaba siempre contando una historia diferente. Todas inventadas. Hizo creer a su hermano que se encontraba trabajando para las fuerzas del orden del rey Carlos, que tenía relación directa con la cámara real, que había depositado en él la confianza de despachar ciertos asuntos militares. Juan siempre creyó que tenía en su hermano una puerta de acceso a la corte y que seguro que, en caso de necesidad, si la guerra terminaba complicando las cosas en Écija (lo que para él significaba si volvían los españoles), Martín le echaría una mano desde muy alto. De hecho, el hombretón que ahora contemplaba con nostalgia las calles de la Isla de León nunca tuvo claro si la relación epistolar disciplinadamente mantenida gracias al esfuerzo de su cuñada era el resultado de un verdadero efecto o una calculada manera de tenerle siempre a mano.

Una tarde de febrero, recibió una carta desde Écija cuyo membrete estaba escrito en una letra distinta. Escrita directamente por su hermano, le comunicaba el fallecimiento por sobrepardo de su esposa. La niña, nacida *in extremis* con evidentes signos de debilidad, había sobrevivido. Llevaría el nombre de Asunción. Martín viajó a Écija, consoló a su hermano, conoció a su sobrina y permaneció unos cuantos meses junto a su familia. Quizá el periodo familiar más largo de su vida desde su marcha al Nuevo Mundo. Intimó lo suficiente como para conocer algo mejor a Juan, y no le gustó un ápice lo que vio en él. El hermano confraternizaba con unos y con otros sin preguntar sobre la casa, el origen, la tendencia política, la fidelidad de quien trataba. Hacía dinero a espuestas merced a una proverbial habilidad de negociar sin indagar. Españoles y extranjeros, cristianos y judíos, nobles y burgueses, para todo el mundo tenía la palabra adecuada, el trato ideal, la concesión personalizada. Pero Martín era hombre cosido ya por el tiempo sin dobleces, que había dejado en el camino de su

vida las arrugas de la piel de cocodrilo de las que su hermano alardeaba. En definitiva, odiaba el cinismo y la falta de compromiso. Entendió que su sobrina estaría bien atendida en lo material junto a su padre, pero se ofreció a ser él quien alimentara su espíritu. Antes de que Juan buscara un preceptor para la niña o la ingresara en algún colegio extranjero, se postuló como tutor.

—No tengo demasiado tiempo para ella, Martín. Ni siquiera sé si sabría adónde encaminarla. Creo que tú lo harás mejor, aunque sea en la distancia.

Y así comenzó el pupilaje de la cría, la mayor parte del tiempo a través de cartas y envíos de libros desde las localidades que Martín fue adoptando como hogar.

Querida sobrina:

Ya sabes que la mujer de hoy en día no ha de conformarse con la educación que obtuvieron nuestra madres y nuestras abuelas. Corren nuevos vientos en Europa y es de rigor que las damas reciban, además de la instrucción decente en las tareas propias de su condición, conocimientos amplios en disciplinas más generales. De entre toda ellas, a tu tío y tutor le haría especial ilusión que te adentraras en el mundo de la aritmética, de la literatura latina y de la música, artes que a buen seguro harán de ti una mujer respetable, capaz de desenvolverse en sociedad con la dignidad y el respeto que mereces. Pero, comoquiera que la introducción en estos conocimientos no debe hacerse de manera azarosa y desordenada, so pena de provocar más daño que beneficio y, en particular en el caso de las niñas, conducir las a caminos en los que no desearías verte, prefiero que empieces leyendo los libros que te mando en este paquete. Los *Elementos de aritmética* de Juan Justo García te acompañarán en tus desvelos por conocer mejor los rudimentos del cálculo y de la física. Hallarás aquí conceptos fundamentales que viejos sabios como Newton y Leibniz acuñaron para entender mejor cómo funcionan las cosas inanimadas de la naturaleza. Pero no pretendas encontrar en sus ecuaciones más explicaciones de las que realmente dan. Ten siempre presente que la ciencia es una herramienta débil y que el saber humano jamás podrá alcanzar a comprender, siquiera de lejos, las razones últimas por las que el Creador quiso que el cosmos funcionara como lo hace. No te dejes seducir por la ciencia como algunos otros han hecho, hasta el punto de creerla todopoderosa. He eliminado del libro algunas páginas que me preocupaban especialmente a este respecto.

Recibirás también en este paquete una *Gramática de la lengua castellana reducida a reglas y a fácil método para la instrucción de la juventud*, de Benito Martínez Gayoso. Léela sin miedo. Aprende a amar tu lengua y a conocer su eximio origen latino. Te servirá más que la gramática de Nebrija, demasiado compleja para tu edad y a la que espero puedas acercarte más adelante.

Esfuézate y disfruta del sufrimiento de aprender. Pero nunca olvides que tu misión es permanecer cerca de tu padre y ayudarlo en lo que él te necesite. Viaja siempre con estos libros y tu ejemplar de las Sagradas Escrituras, no dejes de acudir a los oficios y sigue siendo tan decorosa y discreta como te recuerdo.

Con el mayor de los afectos,

Queridísimo tío:

Sigo tus consejos y los de mi padre y gracias a ellos he aprendido a encontrar cierto placer en la lectura de los textos que me mandas y en el aprendizaje de las disciplinas que me recomiendas. Pero no puedo evitar preguntarme si realmente hago bien al dedicar tanto tiempo a estos menesteres. Todas las jóvenes de mi edad pasan el día aprendiendo saberes más útiles para su futuro, conociendo las reglas del correcto comportamiento en sociedad, atendiendo a sus madres en las labores femeninas, practicando el modo de satisfacer las funciones de esposas que pronto tendrán que cumplir. Entre costuras, lecturas femeninas, cursos de manualidades y conocimientos de cocina, no tienen tiempo para adentrarse en libros del estilo de los que tú me recomiendas. Tengo la certeza de que se están perdiendo algo importante. Pero también de que yo estoy empezando a distinguirme del grupo y me aterroriza pensar que lo hago en demasía. ¿Estaré perdiendo la oportunidad de ser la mujer digna y solvente en casa que a buen seguro tarde o temprano algún hombre querrá que sea? No dudo, afectísimo tío, de que tus enseñanzas solo tienen por objeto mi felicidad. Pero a veces tengo la sensación de que son demasiado distintas a las de las demás jovencitas de Écija y me preocupa no saber responder ante ellas, del modo que se espera de mí.

Con afecto infinito,

Asunción

Asunción, sobrina mía:

Haces bien en temer y con tus cuitas no haces otra cosa que demostrarme que la educación que recibes es la correcta. ¿Recuerdas cuando te advertí de las limitaciones que debías establecer siempre a tus estudios de ciencias? Precisamente a eso me refería. Las mujeres de hoy en día han de estar educadas en terrenos que a nuestras abuelas escandalizarían. Pero ello no significa que dejen de ser mujeres y, por lo tanto, se deban a la misión que la naturaleza ha diseñado para ellas. Si te adentras solo en las lecturas que yo te recomiendo, estarás a salvo de cualquier desviación. No sufras por ello.

Lee este texto y comprenderás mejor:

«¿Qué puede hacerse con la óptica sino mejorar los cristales para hacer más fáciles observaciones? La acústica ya no admite más investigaciones y tantos escritos de sonidos y de música han dicho más de lo que requiere la materia. ¿Quién se atrevería a tocar el fuego habiéndolo manejado tan dignamente Boerhave? La máquina neumática, el barómetro, termómetro e higrómetro nos han manifestado el aire en todos sus aspectos. La electricidad y el aire fijo [ácido carbónico] llegan a cansar y enfadan las leyes del movimiento demostradas de tantas maneras: todo está ya examinado, todo dicho y vuelto a decir, y no se puede decir ni pensar cosa alguna que antes no la hayan dicho y pensado otros muchos».

Son palabras sabias de un padre jesuita del que algún día te daré razón.

LA NOCHE DEL REY

Palabras que nos recuerdan que la ciencia ya no puede avanzar más en el conocimiento de la naturaleza. Que ha llegado al máximo de su comprensión del cosmos y que ya, conocido prácticamente todo lo que el hombre puede conocer, no debemos tener miedo a ser ilustrados, ya que la respuesta a la mayoría de nuestras preguntas seguirá teniéndola Dios.

Pero, para tu tranquilidad, no creas que estos consejos parten de mi propio discernimiento o voluntad. Te envío unos textos de fray Luis de León donde ya él nos ilumina sobre el modo en el que la mujer de hoy debe ser educada: en la lectura, en la música, en la filosofía natural, en las artes manuales y en la preparación de apetitosos platos, siempre fomentando en ella los ineludibles valores de castidad, obediencia, laboriosidad y piedad que a buen seguro sé que rigen tu conducta diaria.

No desfallezcas,

tu tío

Con este ir y venir de cartas fue fraguando una íntima relación en la distancia que, con el tiempo, vino a sustituir a la inexistente entre el padre y la hija. Y las primeras confidencias, los primeros miedos, los primeros sinsabores de la vida los confió Asunción al mundo demasiado masculino y demasiado limitado de su tío y tutor. Del hombre responsable de la formación de un espíritu que en nada se parecía al espíritu que él mismo hubiera deseado para una dama española.

Mariños había pasado unos minutos recordando algunas de esas conversaciones epistolares y pensando que su sobrina sería una buena esposa cristiana y española gracias, en parte, a él. Y así quedó absorto ante la ventana de su salón, apoyado por dentro sobre las rejas, hasta que le despertó del ensueño el sonido arrastrado de unas botas militares. Por la inhabitada calle de la Isla de León a la que daba su casa, acertaron a pasar dos soldados españoles, sin duda de las tropas bajo mando de Alburquerque. Algo achispados tras una tarde de asueto, regresaban con prisa a su acuartelamiento antes del anochecer. Mariños los llamó.

—Caballeros, ¿les importaría acercarse?

Los jóvenes militares se miraron extrañados y acudieron a la llamada.

—Solo quiero que sepan que los españoles estamos muy orgullosos de ustedes. Que confiamos en Alburquerque y sus hombres para la salvación de la patria y de la Corona y que sea cual fuere su destino, siempre contarán con las plegarias de este patriota que les habla. ¡Viva el rey Fernando!

Los soldados respondieron con un viva casi inaudible, aguantaron un amago de risa y se fueron saludando burlescamente a un Martín Mariños Bazán que debió de parecerles un viejo algo trastornado y que se quedó mirándolos con lágrimas de envidia en los ojos mientras se acariciaba la maldita pierna izquierda.

Capítulo 22

Sótanos de la casa de Frédéric Quilliet en Écija. Dos treinta de la madrugada. Un frío seco se colaba entre las paredes y hacía la estancia desagradable. Había tres hombres dentro, cada uno con un candil en la mano. En la puerta de acceso, otros tres. Uno de ellos, con uniforme francés, se había quitado el chacó para atusarse el pelo. La pluma del tocado se escapaba blanca y suave ofreciendo el único brochazo de claridad en una noche oscura, sin apenas estrellas. Uno de los tres hombres del interior era Frédéric. Los otros dos, también franceses, iban vestidos como si acabaran de llegar de viaje: con casaca parda, chupa ceñida y polainas de montar a caballo. Quilliet recorría el sótano con soltura y, mientras hablaba, pasaba la mano por encima de las docenas de paquetes que dormían apoyados en las paredes de moho.

—Treinta y cinco cuadros, seis esculturas, un retablo casi completo, doce libros iluminados y varias cajas llenas de legajos, manuscritos y documentos privados. Es el primer lote, caballeros, la primera piedra de la catedral que vamos a levantar gracias a su ayuda.

—Y a su talento, monsieur Quilliet.

Las piezas yacían en orden perfecto. Las pinturas, colocadas por tamaños, se apoyaban en la pared derecha cubiertas todas con mantas de cuadros grises y escrupulosamente rodeadas por cuerdas de nudos a las que se había atado una etiqueta con todos los datos necesarios de la entrega.

—Aquí está todo, señores: obra, autor, fecha, lugar en el que fue requisada y, lo más importante... destinatario.

—Sin ellos nada de esto habría sido posible, un hurra por los «destinatarios».

Rieron en falso y se lanzaron miradas de complicidad algo cómicas.

—No se entusiasmen —interrumpió Quilliet—. El trabajo aún no ha terminado. Queda un largo recorrido hasta que podamos brindar por el éxito de nuestra empresa.

Los tres hombres eran conscientes de ello, pero solo Quilliet conocía realmente los entresijos de la trama que los había conducido a ese gélido sótano ecijano. Todo comenzaba con una carta desde Francia. Con toda discreción, utilizando canales poco ortodoxos a través de contactos seguros que Quilliet había logrado en París, Troyes,

LA NOCHE DEL REY

La Rochelle... Pocos sabían en verdad en qué consistía la aventura en la que iban a embarcarse, pero quedaban fascinados por la posibilidad de obtener un beneficio imposible de lograr de otro modo. Nada se explicaba de las formas, las condiciones de entrega o los caminos por los que la mercancía llegaría. Bastaba pedir algunas credenciales para entrar a formar parte del privilegiado club Quilliet.

La idea parecía sencilla. Quilliet contaba con plenos poderes del rey José para rastrear obras de arte por toda España. Visitaba conventos, catedrales, casas solariegas, palacios, ayuntamientos y hacía inventario de todo lo que veía y, sobre todo, de todo lo que no veía. Sus encuentros con las abadesas, con los párrocos y con los señores de las casas siempre tenían el mismo tono. Había que ser lo suficientemente duro como para provocar algo de miedo, pero cuidadoso a la hora de dejar claro que el objetivo final de los requisamientos no era otro que ofrecer un servicio a la ciudadanía. Al rey había llegado a obsesionarle la idea de levantar en Madrid un museo nacional.

Quilliet llegaba a sus destinos con la lista de obras de arte pretendidas bien estudiada. Sabía dónde encontrar un Murillo, un Durero, un Rubens. Cotejaba las propiedades de sus víctimas y luego hacía inventario de las ausencias. Era habitual que en cada visita, tres o cuatro obras de las que esperaba encontrar hubieran desaparecido. Algunas habían sido ya objeto del saqueo o el pillaje por parte de tropas francesas o españolas. Otras habían sido destruidas al tratar de trasladarlas a regiones más seguras, y las que más se habían vendido para sufragar los gastos crecientes de las casas y monasterios en tiempos de guerra.

La misión oficial de Quilliet consistía en confeccionar extensas listas con las obras encontradas, aconsejar sobre cuáles de ellas merecían formar parte del proyecto de museo del rey y, lo más importante, dar noticia de las obras que se habían perdido.

Esta última lista nunca llegó a ser fiel a la realidad. El emisario del rey se encargaba de sustraer en cada visita algunas obras que le parecían especialmente atractivas e incluirlas de forma fraudulenta en la lista de piezas no encontradas. Cuadro a cuadro, escultura a escultura, había hecho acopio en los sótanos de su residencia de Écija de todo un museo paralelo. Ahora pretendía sacar sus pertenencias de España y venderlas a nobles franceses amantes del arte.

Sí, Quilliet amaba el arte y esa era su manera de demostrarlo.

—Si los planes del rey fructifican, el arte dejará de ser un privilegio. Solo aquellos que hayamos tomado la iniciativa con tiempo podremos disfrutar de la experiencia única de contemplar un cuadro en la soledad de nuestros cuartos privados. O eso, o mezclarse con el gentío para acceder a un museo público.

—Realmente, señor Quilliet, tiene usted la extraña habilidad de hacer parecer que sus expolios son obras de beneficencia.

—No se confunda, caballero. A mí también me gusta el sonido brillante de las

monedas. —Quilliet sonrió mientras hacía un gesto de avaricia frotándose el dedo índice y el pulgar.

Desanudaba mientras tanto la manta que cubría uno de los cuadros para desvelar su contenido. Un Murillo requisado en la catedral de Córdoba destinado a decorar el salón de la casa de un general retirado en Montpellier. Algo excitado, habló:

—Poder tocar el lienzo con las propias manos, cuando uno quiera. Levantarse en medio de la noche angustiado por la soledad y la oscuridad, encender una vela del candelabro y buscar la mirada reconfortante de estas vírgenes, de estos santos, de estos reyes... Adivinar el olor del barniz sobre el perfume oleaginoso de la pintura. Convencer a una dama demasiado pudorosa para que nos acompañe a casa para ver una obra única y acercar la mejilla a su hombro mientras contempla extasiada. Señores, daría todo el oro del mundo por mantener esto a salvo del democrático afán de nuestro aprendiz de emperador. Pero no hace falta. Ya hay otros que lo dan por mí.

—¿Y puede saberse ahora qué planes tiene para sacar todo esto de España?

—Para eso los he llamado, señores, es su parte del trabajo.

Frédéric había conseguido para su causa el apoyo de unas docenas de soldados sobornados y varios nobles franceses demasiado aburridos de la vida social de París. Con todos, había formado una suerte de ejército mercenario que debía trasladar las piezas más allá de los Pirineos.

—Hoy será la última vez que vea estas obras —empezó a relatar—. Durante toda la noche de hoy, los hombres que han visto en la puerta, con ayuda de un grupo de soldados, se encargarán de depositar el material en seis carruajes cuyo emplazamiento, ahora mismo, ignoro. Tres para cada uno de ustedes. Cuando me hayan entregado lo que traen para mí, yo les daré un mapa con el lugar exacto al que mis hombres enviarán la mercancía. Deben dirigirse allí y hacerse cargo de sus respectivas caravanas. Irán escoltados, pero no por muchos hombres. Así que más les vale volver a Francia por caminos poco transitados y evitar toparse con tropas españolas o francesas. Desde el mismo momento en que ustedes acepten el trato, tanto unas como otras serán sus enemigas. Si son lo bastante hábiles, podrán atravesar los Pirineos el mes que viene. Al otro lado, en el punto que les indicaré, habrá una partida de hombres esperándolos y les darán su parte.

El trato era sencillo. Aquellos dos hombres que ahora parecían realmente interesados en el arte portaban sendos sobres con la parte del dinero que le correspondía a Quilliet. A cambio, Frédéric les entregaría las instrucciones necesarias para que ellos realizaran la entrega y recibieran por parte del cliente su recompensa.

—Entre los papeles que les daré hay una copia exacta del edicto por el que Su Majestad me nombra consejero plenipotenciario para la adquisición de bienes artísticos. Solo en última instancia, cuando no tengan otro remedio, muéstrenlo y

dirijan sus pasos hacia Madrid. Ya veremos allí lo que hacemos.

Volvió a tapar el Murillo cuidadosamente, acarició el paquete como si se despidiera de él y dio un par de pasos hacia atrás.

— ¿Tienen entonces el dinero?

Los dos hombres mostraron un sobre cada uno. Quilliet los guardó sin mirarlos.

— Del mismo modo que yo ahora les entrego el secreto para salir intactos de España, mañana podría hacer que los detuvieran en la frontera y los mandaran a la horca por traidores. Lo saben, ¿verdad?

— No nos asusta, Quilliet. Pero haremos lo que debemos. — El hombre extendió el brazo y recibió el cartapacio con mapas, rutas y salvoconductos recopilados por Frédéric.

Se dieron las gracias unos a otros.

— Ahora, caballeros, discúlpenme — dijo Quilliet con gesto tenso —. Nunca me han gustado las despedidas.

Salió del sótano, dio algunas instrucciones al oído a los soldados de la puerta y se alejó en medio de la noche. Necesitaba pasear. A ser posible, durante varias horas. El tiempo preciso para que aquellos hombres terminasen su trabajo y él pudiera regresar a casa, descender al sótano y encontrarlo absolutamente vacío. No quería estar presente, sufría con la idea de que esas obras de arte que acababa de vender podrían haber decorado las paredes de su propia casa. Había comerciado con sus más íntimos deseos, las aspiraciones y emociones que dentro de un par de meses formarían parte de la vida de quién sabe qué ricachón insensible e inculto.

Frédéric recordó durante su paseo cada una de las visitas que había realizado a conventos y palacios desde que llegó a Madrid. Se vio a sí mismo recorriendo los pasillos con una libreta en la mano, consignando cada pieza de valor encontrada. Y recordó la profunda emoción que le producía observar paredes vacías. Cada una de ellas, cada capilla profanada, cada casa violentada era una oportunidad de negocio.

Sus pensamientos se detuvieron un buen rato entre los muros de la catedral de Sevilla, la tarde plúmbea y lenta en la que deambuló junto a doce soldados por el recinto sagrado. Rememoró el gris oscuro de las paredes, adornado por marcos de polvo negro allá donde iban desapareciendo los cuadros según su dictado: recogió diecisiete lienzos de Murillo, un Alonso Cano y un Zurbarán. Los unió a otras ochocientas obras requisadas en toda la ciudad de Sevilla. Valdés Leal, Pantoja de la Cruz, Francisco Herrera el Viejo, Francisco Pacheco, Sánchez Cotán, Morales, Palomino, Bocanegra... y Velázquez, el Velázquez magnético que para él siempre anduvo un paso por detrás de Bartolomé Esteban Murillo. «Mi Murillo.»

Su recorrido por Sevilla fue tan fructífero que hubo de inventar mil historias para justificar las ausencias. No era de recibo que el rey fuera a creerse, por muy comisario

de Bellas Artes que le hubiera nombrado, que de los 819 cuadros que había ido a buscar, faltara casi un tercio. Así que relató toda suerte de cuitas, que parecieron convencer a la autoridad.

Majestad, llevo exhausto de mi visita al convento del Carmen Calzado de Sevilla, donde mis pasos me habían encaminado con la firme intención de requisar para vuestra noble causa *La Virgen del Rosario* de Bartolomé Esteban Murillo. Mas es mi obligación comunicaros que, tras una larga inspección de las dependencias del convento, incluyendo algunas privadas que hemos debido violentar, no hemos hallado rastro del cuadro. Aunque no es del deseo de Su Majestad que utilicemos la violencia para desempeñar nuestras tareas, en este caso me he visto obligado a solicitar a los soldados que me acompañaban que arrancasen algunas piezas del retablo de la capilla y destruyesen las contraventanas de las celdas, pues se antojaba más que probable que pudieran esconder el lienzo bien doblado.

Tras tres horas de interrogatorios, el abad ha terminado confesando el destino del cuadro. Ayer mismo, un cuerpo de voluntarios civiles españoles aprovechó la noche para llevarse el lienzo, enrollado entre mantas y escondido en una tinaja vacía de seis arrobas, con destino al puerto. Desde allí, a estas horas ya habrá partido Guadalquivir abajo, rumbo a Cádiz, donde, salvo que la Providencia quiera que alguna partida francesa se tope con los fugitivos por azar, será escondido en los sótanos de cualquier villa particular, fuera del alcance de los deseos de Su Majestad.

Pocas veces me he visto tan abrumado por la desnudez de las paredes de un templo como en este convento sevillano. No hay un solo cuadro a la vista, y lo que hace apenas unos meses debió de ser un escaparate de cuadros, figuras, esculturas y tapices hoy es un desierto frío de piedra y estuco.

Espero que su benevolencia sepa entender que este contratiempo en nada deshonra la labor eficacísima que desempeñan los soldados puestos a mi disposición en esta misión y ruego que la confianza que Su Majestad ha depositado en mi persona no sea quebrada ni un ápice. Pues es mi deseo seguir trabajando en la localización y colección de todas las maravillas que esta tierra de artistas atesora.

Le hablo como apasionado del arte, pero también como ferviente convencido de la necesidad de preservarlas del furor soldadesco y también del deseo ardiente de su propiedad, que ha traído de Madrid a grandes personajes cuya presencia no se desconoce y que están dispuestos a pagar un alto precio por ocultar el patrimonio de la nación a los afanes democráticos y nobles de su único rey.

Quilliet había escrito esa carta con letra trémula por culpa de los vaivenes de la calesa que lo llevaba de Sevilla a Écija. Solo escoltado por el chófer, para no llamar la atención y viajando en medio de la noche cerrada, comunicaba al rey con humildad su fracaso mientras sujetaba con los pies el fardo bajo el que se escondía *La Virgen del Rosario* de Murillo, arrancada con todo cuidado de su marco en el convento, en

LA NOCHE DEL REY

presencia del abad y de dos monjes que fueron debidamente pasados a cuchillo en cuanto Frédéric abandonó la ciudad. Nunca estaba presente en las ejecuciones de sus infortunados testigos.

No supo cuántas horas habían pasado. La luna hacía tiempo que había desaparecido tras el horizonte permitiendo que brillasen algo más las pocas estrellas visibles. Había estado toda la noche caminando, así que los gemelos ya se le empezaban a agarrotar y el frío se pegaba a los riñones provocando temblores espontáneos e intermitentes.

Encaminó de nuevo sus pasos hacia casa. Miró desde una esquina el portal. Comprobó que ya no había apostado ningún vigilante. La puerta estaba cerrada. Sacó sus llaves, escrutó ambos lados de la calle antes de abrir y entró cerrando detrás de él el portón con cuidado para no hacer ruido.

Puso luz en un candelabro y se dirigió directamente al sótano. Bajó despacio, como queriendo prolongar el viaje de descenso. Iluminó la estancia y miró antes de entrar. Estiró el brazo de un lado a otro para arrojar luz sobre todas las paredes. Estaba vacía, tanto que cuando dio un paso adelante, sus zapatos provocaron un leve eco. Caminó hasta la pared del fondo. Notó la humedad según se acercaba a ella. Olía a polvo y piedra y el sonido de su respiración se amplificaba contra los muros. Apoyó su espalda contra la pared y la arrastró hacia abajo mientras doblaba las piernas. Se quedó sentado así apoyado con una mano abrazando las rodillas y la otra sujetando el candelabro. Miraba sin ver, enajenado, como si ningún pensamiento recorriera su mente. O como si la recorrieran todos los pensamientos del mundo a un tiempo. Sacó del zurrón los dos sobres llenos de dinero y los tiró al suelo. Se deslizaron, y uno de ellos se abrió dejando escapar un puñado de billetes.

Ni siquiera los miró. Apoyó la barbilla sobre las rodillas. Sopló la vela para quedar absolutamente a oscuras. Aun así cerró los ojos y pasó toda la noche sentado y aterido sin mover una pestaña. La última noche junto a sus cuadros.

Capítulo 23

«Mi muy querido hermano José...» James Irving empieza a leer en voz alta la carta que el rey José ha arrojado al suelo con ira. Pero se detiene en seguida: ni su francés es suficientemente bueno, ni la letra es suficientemente clara como para descifrarla. Más bien parece una sucesión de garabatos con picos volcánicos y frenéticas curvas sin sentido.

—Esto no hay quien lo entienda. —Devuelve el papel a su dueño.

—Es la letra oscura del emperador, el modo en el que mi hermano se dirige al mundo: esotérico, laberíntico, turbador. —José vuelve a guardar la carta, cada vez más arrugada, en su bolsillo—. Siempre ha escrito como un demonio. Desde muy pequeño, mis padres le abroncaban a diario para que mejorara su caligrafía y los maestros solían correr despavoridos buscándole por los pasillos para obligarle a repetir todos sus escritos. Es difícil entender su letra. Mi madre creyó siempre que lo hacía aposta. Era una inteligente estrategia para ocultar su mala ortografía. No olvides que tanto él como yo nos criamos en italiano. A él siempre le costó asimilar la ortografía francesa. Así que decidió esconder su ignorancia bajo una letra ilegible. ¡Siempre el honor del guerrero! La mejor defensa es un buen ataque. No fue capaz de dar un paso atrás jamás, de reconocer sus limitaciones, de pedir ayuda. Prefería no hacerse entender, comunicarse con sus garabatos, antes que evidenciar su ignorancia.

»Puede que mi madre tuviera razón. Pero te aseguro, americano, que he visto a mi hermano escribir con letra de ángel. Lo ha hecho siempre que ha querido. ¡Pregúntale a Josefina por sus cartas de amor! —El rey une los cinco dedos de una mano y se los lleva a los labios fruncidos, en un gesto muy italiano de exquisitez—. Pura delicadeza en cada línea. Entonces sí le interesaba que la destinataria le entendiera. —Sonríe—. No, la letra de esta carta no responde a la mala ortografía, sino a la mala conciencia. El emperador no pretende ocultar erratas, pretende ocultar sus pensamientos, sus verdaderos sentimientos. No es tan ducho con la pluma como con la espada. La segunda no le tiembla jamás. La primera puede llegar a torturarlo.

James interviene.

—¿Tan malo es lo que dice en esa carta?

El rey hace un aspaviento y parece que pierde la relajación con la que antes hablaba. Es como si de repente hubiera dejado de confiar en su espontáneo

LA NOCHE DEL REY

compañero de vigilia. Recupera el papel de su bolsillo, se sienta sobre una piedra, dejándose acariciar por un viento que ya es casi insoportablemente frío y que procede de algún lugar inconcreto del mar de árboles que los rodea. Despliega la hoja, la estira por las esquinas y la lee mentalmente otra vez. Cuando acaba, apoya todo su peso con los codos en los muslos, sujetando el papel con una mano, solo por la esquina superior, de manera que cuelga toda la carta atraída por la gravedad del suelo, aunque no puede evitar que, de cuando en cuando, el envite del viento la haga ondear como el pañuelo de la amada al extremo de la lanza de un caballero moribundo.

Pierde la mirada al frente y se decide a hablar. «¡Total! —piensa—, dentro de poco va a enterarse toda España.»

—Amigo James. Esta carta comunica el fin de mi proyecto. Con estos tristes tres párrafos, mi hermano me arranca España del corazón y se la entrega a una horda de militares sedientos de poder. Cuando llegaste, mi vómito, mi asco, no respondían a una afección del estómago, ni a un exceso de vino. Te lo repito, no soy un borracho.

El rey observa una pincelada de incredulidad en la mirada de James.

—Sí, soy Pepe Botella, pero no bebo. *Laudibus arguitur vini, vinosus Homerus.*

Hay un pequeño silencio, algo vergonzante para James.

—Ya, el latín tampoco es lo tuyo... «A Homero se le acusa de amar el vino, solo porque alaba el vino.» Lo escribió Horacio y digamos que lo he escogido como mi argumento para ratos como este. Da igual, el estado en el que me has encontrado hace un rato era producto del pánico, de la rabia, de la pena. De una sensación incontrolable de que mi vida ha sido una continua retahíla de estupideces. Lo que constato por el modo en el que Napoleón me trata al mandarme esta carta.

El rey la vuelve a mirar, y mientras la dobla y desdobla compulsivamente, resume a James su contenido.

—Mi «muy querido hermano» Napoleón me informa de que el pasado día 8 de febrero ha emitido un Decreto Imperial sobre el gobierno de las provincias de España. No te aburriré con los detalles. Básicamente consiste en que se instauran cuatro gobiernos castrenses en el norte de España, del Ebro hasta los Pirineos con sedes en Cataluña, Navarra, Aragón y Vizcaya. Ese pedazo de mi país pasa a ser gobernado directamente por él, que elegirá a cuatro generales como veladores de la jurisdicción civil y militar. Con el resto de la nación que me queda puedo hacer, dice, lo que yo quiera.

—¿Va a haber dos Españas?

—Va a haber media España. Mi hermanito deja de tratarme como un príncipe, deja de confiar en mí. Ya no soy uno de sus peones en la construcción de la gran Europa de sus sueños. Se anexiona el territorio más cercano a Francia y me deja el sur

de la España que detesta, como si fuera un apéndice africano de su imperio. En realidad, puede que eso seamos realmente. El exótico colgajo del sur. Se acabó; la paz ya no será posible en estas tierras. Ya no podremos subirnos al galeón de la Europa moderna, ya no podré traer aquí a los mejores científicos y a los más delicados escritores, a los músicos más vanguardistas, a los filósofos más revolucionarios. Al proyecto de Napoleón no se le podrá sumar nada que ocurra del Ebro para abajo. Justo donde yo estoy.

»Si me has encontrado enfermo y asqueado en este pueblo miserable que llaman El Bosque es porque yo he querido. Llevo semanas cabalgando entre el fango, la suciedad, las rocas, las dehesas inhóspitas, los pueblos atrasados, el odio de los ciudadanos... precisamente porque quería convencer a mi hermano de que Andalucía es digna de su imperio. Quería entregarle en bandeja un pueblo alegre, dispuesto a trabajar para él, fiel y sabio. Allá donde sus militares han ido sembrando plomo y sangre, yo he ido depositando a mis más ilustres colaboradores, a mis intelectuales acólitos, juristas, pensadores, médicos... lo mejor de mi corte de "afrancesados". Porque creía en esta región, porque quería verla levantarse de siglos de sotanas y cadenas y entregarse al disfrute de la ilustración. ¿Te parece estúpido? Ya sé qué imagen has de tener de los andaluces: te habrás hartado de leer libros de viajeros recordando supercherías, farándulas, historias de bandoleros, de flamenco, de mujeres entregadas y hombres cansados. Pero desde el mismo día en que pisé la falda sur de Despeñaperros hace un mes, no he dejado de pensar cuánto se parece este mundo al Nápoles que abandoné para ser rey de España y cuánta dignidad hay en estos hombres y mujeres que vosotros, los caminantes ocasionales, os empeñáis en maltratar con relatos de una tarde de vino.

»El azar ha jugado conmigo, una vez más. Esta carta de mi hermano ha debido de cruzarse por el camino con otra que yo he enviado a Nápoles para mi querida Julia y que estará a punto de llegar a su destino. ¡Hace falta ser estúpido! ¿Puedes creerte que le pedía que viniera a Sevilla o Cádiz, con las niñas, ahora que las cosas parecían empezar a calmarse y antes de que el verano nos traiga un calor demasiado insoportable para ellas? Creí que aquí podría darle el tratamiento de reina que se merece. La he tenido abandonada el último año y en eso no quiero tampoco parecerme a mi hermano. Desapruebo rotundamente que se haya roto su matrimonio con Josefina. Las reinas no dejan de serlo nunca, ya sea dentro de la cama o fuera de la cama, ya sean madres o vírgenes.

»He pedido a mi esposa y a mis hijas que nos reencontremos en esta tierra de olivos y guitarras, justo la misma semana en la que se ha convertido en mi cárcel, en la que se me ha arrebatado la mitad de mi corona. Justo en el momento en el que mi hermano ha vuelto a derrotarme.

El rey se levanta y camina hasta el borde del solar, en la frontera donde la oscuridad de la noche oculta un muro de zarzas, antesala del bosque cerrado.

—Solíamos hablar de la bondad del hombre. En Ajaccio, tumbados en el suelo mirando al cielo estrellado, y nos tirábamos horas discutiendo sin levantarnos una sola vez la voz. Yo tendría unos veinte años y él diecinueve. Recuerdo que acababa de pasar una temporada en la Toscana. Fui a Pisa para estudiar italiano y para conocer mejor las leyes que afectaban a nuestra condición de corsos franceses. A la vuelta, mi hermano me mostró algunos libros que estaba leyendo. «Busco algo aquí que no sé si encontraré.» Estaba obsesionado por hallar la inspiración para ser un buen hombre, la fuente de la grandeza de espíritu. «¿Qué debo pensar, hermano? ¿Qué debo sentir para ser digno del adjetivo *bueno*?» Y así empezaban nuestras tertulias al raso, con la luna de testigo, ocultos entre las ramas del sotobosque o cerca de las casas, dejándonos llevar por el perfume de los naranjos y los arrayanes. Era agradable contemplar que mi hermano pequeño, al que había dejado de ver cuando iba camino de la escuela militar, no había vuelto convertido en un vulgar soldado.

»Durante los años de su ausencia, mientras yo me dediqué a cuidar a mi padre moribundo y, luego, a velar por los intereses del patrimonio de mi madre, siempre tuvimos el temor de haber enviado a Napoleón a la forja de un guerrero. Mi madre solía decirme: “José, por esta puerta salió un joven recto y virtuoso, pero me da miedo que algún día regrese un insensible Atila”. Las cartas que él nos enviaba ayudaban a acrecentar nuestros temores. Inflamadas de hombría y de belicismo. Obsesionadas con las armas, las estrategias, la disciplina. A veces, incluso iracundas contra la injusticia, alentadoras del tiranicidio y de la rebelión. Su torpe caligrafía exudaba metal y fuego.

»Al fin y al cabo, eso era lo que hubiera pretendido nuestro padre: un general entre los Bonaparte. Hasta donde alcanzan mis conocimientos, los Bonaparte siempre han dado al mundo una figura colosal. Nuestros ancestros, desde al menos el siglo XI, han ocupado las más altas magistraturas en Florencia, en Parma, en Treviso, en Padua, en Córcega. Pero lo habían hecho siempre al servicio de sus pueblos y sus reyes. Faltaba un rebelde, un hombre dispuesto a cambiar el orden establecido, un soldado. Y estaba claro quién iba a serlo.

»Así que mi madre y yo nos entregamos al cuidado de nuestros bienes terrenales y espirituales a la espera de que el joven Napoleón viniera un día a mostrarnos sus galones y relatarnos su deseo de derramar la sangre propia o ajena por tal o cual ideal. Un día, llegó a casa el anuncio de que mi hermano había embarcado hacia Córcega. Nos dispusimos a recibir al ardiente guerrero. Durante dos noches soñé que llamaban a la puerta y se oía de fondo la voz atiplada de mi hermano llamándonos con entusiasmo casi infantil. Yo corría a abrir la puerta y, de súbito, al otro lado, en lugar de la figura recoleta del joven que yo recordaba, aparecía un coloso de barba rubicunda y desordenada, como cestillos de paja descompuestos colgando de la mandíbula. La dentadura caída a pedazos brillaba a la luz de los candiles cada vez que abría la boca maloliente de vino y tabaco para proferir alguna obscenidad ronca. Mi querido hermano convertido en sueños en un ser violento y patibulario,

entregado a la guerra y a la carne, sobre quien debía reposar el buen nombre futuro de los Bonaparte.

»Llegó el día señalado y hube de enfrentarme a la probable consumación de mis pesadillas. Apareció él, por fin, tres jornadas más tarde de lo esperado y su imagen me alivió de todos mis temores. Napoleón seguía siendo el joven diminuto y elegante que recordábamos. Se acercó a la puerta para fundirse conmigo en un abrazo y, después de depositar un enorme atadajo en el suelo, junto a sus pertenencias, corrió a besar a nuestra madre. Le acompañé a su habitación deseoso de preguntarle tantas cosas... y mientras con torpeza trataba de hilvanar temas de conversación más o menos irrelevantes, contemplé con estupor lo que iba sacando de los bolsos que traía como equipaje. Afloraron volúmenes de Racine y de Voltaire, obras descosidas de Platón, Plutarco, Cicerón, Tito Livio. Versos de Tácito traducidos al francés, ensayos de Montaigne, de Montesquieu, de Raynal. Extraía los libros de su valija, enmohecidos, arrugados, todos ellos preñados de anotaciones a mano que denotaban que habían sido su compañía más cercana durante mucho tiempo. Iba depositándolos en la alta cama de forjado negro, sobre una colcha polvorienta. Cada tomo rebotaba levemente en el colchón y reposaba esparciendo a su alrededor nubecitas de polvo gris. Pronto, la cama había desaparecido bajo una montaña de papel y cuero que impregnó la habitación con un aroma de vieja biblioteca. Miraba él de vez en cuando las paredes buscando algún estante en el que depositar su mercancía. Pero estaban todas vacías. Solo un crucifijo de madera colgaba encima del cabecero. "Tendré que hacer montones en el suelo", me dijo. Y rebuscó en el fondo del atillo hasta reconocer al tacto un volumen. "Toma", me guiñó un ojo y lanzó al aire un libro pesado que voló abriendo levemente el lomo hasta delante de mi cara. Lo atrapé al vuelo antes de que me rompiera la nariz. Era un ejemplar doble atado con cintas plateadas: Corneille: *Cinna o la clemencia de Augusto* y *El Cid*. Lo dejé en la cama, separado del resto, y me apresuré a abrazarle y besarle como no lo habíamos hecho desde niños.

»Durante mi estancia en Autun y, más tarde, mi regreso a Córcega, nos habíamos cruzado docenas de cartas hablando de los grandes maestros franceses. Pero una de nuestras discusiones preferidas se refería precisamente a las tragedias de Corneille, que yo me sabía de memoria y que me permitieron obtener los más altos premios estudiantiles en Autun... y que Napoleón odiaba. De entre todas, yo sentía especial devoción por *Cinna*. Un canto a la misericordia y la compasión de los príncipes. ¿La conoces? Cuando Augusto sabe del complot que Cinna, su gran protegido, ha puesto en marcha para acabar con su vida solo por complacer los deseos de su amada Emilia, se cierce sobre la cabeza del emperador la nube de la más terrible de las dudas. El duro ejercicio del poder acarrea decisiones dolorosas. ¿Ha de matar a los traidores, que tanto le deben y a los que tanto ha llegado a amar? ¿Cuál es la cualidad más valorada en un príncipe: la venganza, el rigor, el orden o la clemencia? Mi hermano no tenía la menor duda: "Enterraría al ruín de Cinna bajo siete metros de

barro y piedras, ¿o es que acaso las leyes justas dejan de obligar a los seres queridos?”. Pero Augusto decide perdonar y con su gesto agranda su leyenda y se permite formar parte del olimpo de los buenos emperadores.

»Napoleón no tardó en enamorarse de otra obra de Corneille, *El Cid*, donde solo el amor es capaz de atemperar la fuerza de la venganza. “Querido José, he aquí el modo en el que los hombres rectos se comportan. Nada detiene el sable de la justicia, la fuerza de la ley y el fuego del honor salvo el amor. Y este no está por encima de las obligaciones del gobernante. Más bien estas atemperan aquel.”

»El rey inflexible frente al rey clemente; el rey respetuoso con los valores de su corona frente al rey debilitado por la misericordia... ¿Cuál de los dos es más digno de adornar sus sienes con el oro y el laurel?

»Puedes imaginar de qué lado estaba mi hermano. Mareando unas briznas de trigo entre las manos, una tarde de agosto tórrida y melancólica despachó una de nuestras discusiones con vehemencia: “José, los hombres desean ser conducidos por un líder fuerte y justo como las leyes, y no por un príncipe de bondad tan elevada que pueda ser interpretada como signo de debilidad. El gobernante ha de pertrecharse del rigor moral necesario para no sucumbir al llanto de la mujer en trance de convertirse en viuda, al trémulo gimoteo de los niños que quedarán huérfanos. La espada debe caer sobre la cabeza de los traidores sin arrugarse ante la desgracia humana que está a punto de provocar”.

»¿*Cinna* o *El Cid*? Era el gran dilema que animó nuestra última temporada en Córcega. Y esos dos libros unidos por cintas ya desvaídas siguen formando parte de mi toilette de viaje.

»Unos cuantos años después, mi hermano me escribió una encendida carta en la que me transmitía sus temores ante la posteridad. “Tengo derecho a mi propia fama. A elegir el modo en que la historia me recuerde, las letras con las que se esculpirá mi lápida. Quiero ser digno de las cosas que algún día me hará sentir, pensar, hacer y decir un poeta aún no nacido de la grandeza de Corneille.” Y vaya si lo está haciendo. Ya ves cómo es el emperador. Si no ha de compungirse por el llanto de una viuda, cuánto menos por la súplica de su hermano desde el sur de España. Así que ya de nada servirá que vuelva a pedir confianza. No va a venir por tercera vez a Madrid. Me deja abandonado. Nos abandona realmente a todos los españoles que hemos tenido la mala suerte de vivir al sur del río Ebro.

El rey está a punto de romper la carta de su hermano. Pero antes de rasgar el primer trozo de papel se detiene un segundo. Se le hielan las manos al frío de la sierra. Prefiere doblar el documento, la historia de los reyes se escribe a base de cartas. Esta también habrá de pasar a la posteridad.

Mira a la luna, que aparece y desaparece a ratos entre las nubes. Hace tiempo que ha dejado de sonar el llanto del búho. Se gira hacia James:

Jorge Alcalde

—Vamos a tomar Cádiz. Vamos a ganar el mar. Y voy a traer a mi mujer y a mis hijas para que vivan como verdaderas reinas en esta bendita tierra.

Capítulo 24

Sobre la mesa, preparada para siete comensales, una lámpara de araña de más de un metro de diámetro escupía pepitas fluctuantes de luz naranja. Las velas se dejaban mesar por una imperceptible corriente que entraba en el salón a través de la puerta corredera principal. Caían pequeñas lágrimas de cera sobre platillos plateados. En el suelo, varios blandones mantenían la claridad a la altura de los cinco hombres y dos mujeres que se disponían a cenar. Copas bajas de cristal tallado recogían los brillos y los devolvían sobre el mantel. Se formaban diminutos arcoíris en la punta de algunos cuchillos. Dos gigantescos centros de flores regaban el aire con un olor ácido de pétalos marchitos. El blanco de los crisantemos fulgía bajo la lámpara en competencia con una sinfonía cromática de peonías, aguileñas, lilas, rosas y solidazos.

Siete sillas escrupulosamente alineadas ofrecían sus altos respaldos de caoba y tafetán. A ellas se encaminaba el grupo, entrecruzando conversaciones banales en voz baja, liderado por el anfitrión, Juan Mariños, y su hija. Se sentaron sin orden protocolario, cada cual donde quiso. Mariños acompañó a la señora de Villar, que junto con su marido, tenían costumbre de acudir una vez cada tres meses a las cenas de la casa de Juan. Ambrosio Villar prefirió sentarse frente al padre Benito, que acababa de officiar la última misa del día en la iglesia de Santa María. Asunción hizo esfuerzos para no sentarse cerca de Frédéric Quilliet. Temía ser demasiado transparente, levantar sospechas. Pero su amante estuvo más hábil que ella y, con un gesto de caballerosidad que no podía rechazarse, retiró la silla junto a la suya y ofreció asiento a la joven:

—Señorita Mariños, tenga la amabilidad de acompañarnos.

Quedó así sentada entre Frédéric y el barón de Marmont, general del ejército bonapartino que descansaba unos días en Écija antes de incorporarse al frente en las cercanías de Cádiz. Entraron dos criados con las primeras viandas. Huevos frescos, muslos de pichón, sopa fría de ave, ensalada de endibias... Un momento de silencio mientras los comensales evaluaban los platos. Juan Mariños retiró algunas verduras hacia los bordes del suyo con el tenedor mientras rompía el hielo:

—Así que se dirige a Cádiz, barón...

—No sé exactamente cuándo. Depende de la prisa que se dé el mariscal Soult en llegar. De momento, es evidente que tendremos que plantar batalla a Albuquerque

allí.

—Dios quiera que sea rápida —murmuró el párroco.

—Lo será, las tropas del duque están muy diezmadas y han cometido el error de encerrarse en un espacio muy fácil de atacar. Espero poder cenar con ustedes muy pronto para informarles de que la guerra ha terminado.

—Nunca he estado tan cerca de un general. —La señora de Villar alzaba sobre la mesa su torso enlutado impostando un hieratismo que le parecía elegante. Era extremadamente delgada, con una pálida tez que contrastaba con el pelo negro y áspero anudado en un moño pasado de moda—. Reconozco que me resulta algo extraño contemplar la naturalidad con la que cena alguien que está a punto de jugarse la vida en combate.

—La vida de un militar es algo más que combatir, señora. Por fortuna, podemos practicar otras actividades.

—¿Desde cuándo no está en el frente? —curioseó Ambrosio Villar.

—He tenido la oportunidad de viajar algo por Andalucía en las últimas dos semanas, aproximadamente. —Marmont atendía a todas las preguntas con un excelente español—. Dejé el frente a cuatro leguas de Medina Sidonia, en la montaña, en una villa llamada... —Duda un instante como buceando en la memoria— Alcalá.

—Alcalá de los Gazules —corrige Quilliet limpiándose un hilillo de sopa con la punta de la servilleta—. ¡Gran lugar! En su iglesia de San Jorge hay una capilla del sepulcro donde han guardado un Cristo Yacente que podría ser del mismísimo Juan de Mesa.

—No puedo darle cuenta de ello, monsieur. La verdad es que lo que yo vi fue mucho menos agradable. Apenas encontré seis o siete almas en la calle. Un par de ancianos ciegos y abandonados que se acercaban a las caravanas de soldados esperando que les arrojáramos algo de comer o, quizá, que acabáramos de un golpe con sus tristes vidas; y las monjas de un convento que se habían negado a abandonar la ciudad. El resto de la gente se había marchado.

—¿Y qué los llevó allí, si puede saberse?

—Una desagradable misión que, por fortuna, no pude completar. Disculpen las damas si soy demasiado crudo, pero iba con la intención de ejecutar a alguien.

La señora Villar se santiguó ruidosamente.

—La semana anterior un grupo de guerrilleros cobijado en Alcalá había cometido ciertos excesos contra una partida de franceses. Así que se nos encomendó responder con un duro castigo. Pretendíamos entrar por sorpresa en el pueblo y arrestar a unos cuantos hombres antes de ahorcarlos públicamente. Pero alguien, algún espía o algún soldado demasiado indiscreto, alertó a la población antes de nuestra llegada. Cuando entramos en Alcalá...

LA NOCHE DEL REY

El barón miró a Quilliet pidiendo ayuda.

—De los Gazules.

—Sí. Cuando entramos en Alcalá de los Gazules aquello parecía un cementerio. En tales circunstancias, fue difícil contener las ansias de saqueo de nuestros hombres. Sin un ser humano sobre el que desahogar su furia, la emprendieron con las propiedades públicas y privadas. Quemaron varias casas particulares y una iglesia. Espero que no fuera su querida iglesia de San Jorge, Frédéric.

—Yo también. Mejor dicho, Su Majestad el rey José también.

—Bueno... a Su Majestad también le agrada saber que sus soldados se batieron con bravura para defender su reino.

—Es posible, pero no creo que para ello sea necesario ir quemando iglesias y monasterios.

—Vaya, siento si los generales franceses no hemos sabido instruir a la tropa en las exquisiteces del arte español. Tendremos más cuidado la próxima vez.

El padre Benito intercedió.

—Señores, no se enzarquen en discusiones huera. Estoy seguro de que el señor Quilliet comprende las prioridades en el frente de batalla.

Quilliet respondió con la cabeza gacha para comer sopa.

—No sé nada de frentes de batalla. Ni quiero saberlo, a decir verdad. Confío en que nuestros mariscales sabrán defender *todos* los intereses del reino.

Buscó aprobación con la mirada en los ojos de Asunción, pero esta permaneció fija en su plato sin levantar la vista. Frédéric odiaba a los militares por escondidos motivos que quizá ni él mismo era capaz de conocer. Odiaba el modo en el que se convertían en protagonistas de todas las reuniones, la admiración que sus hazañas provocaban en la mayoría de los hombres y mujeres. Odiaba la manera de zanjar las discusiones invocando a la hombría, al honor, al coraje, a los testículos. Simulaba que rechazaba al ejército por su proverbial habilidad para saquear, destruir, requisar obras de arte sin reparar en su valor. Pero en realidad lo hacía porque detestaba la masculinidad que exudaban los uniformes, renegaba del hombre guerrero y sentía unos irrefrenables celos de su éxito.

Marmont prosiguió como si la arremetida de su compatriota no le hubiera hecho ni un rasguño.

—En cualquier caso, tuve que pasar dos noches en ese pueblo abandonado. Llovió ininterrumpidamente durante las cuarenta y ocho horas. No podía dejar de pensar en las penalidades que debían de estar pasando los hombres, mujeres y niños huidos a la sierra en quién sabe qué condiciones mientras nosotros ocupábamos sus casas y disfrutábamos de sus alimentos.

Asunción se conmovió, Quilliet la miró celoso:

— ¿Y adónde pudieron huir los pobres?

— No sé. La sierra está llena de cuevas y refugios. Los insurgentes los conocen bien y los tienen preparados para estas ocasiones. Envié dos grupos de dragones a rastrear el monte con la intención de hacerlos regresar. Pero no encontraron a una sola persona.

En realidad, el barón de Marmont debería haber dicho «con la intención de ahorcar a alguien, a quien fuera, a un par de víctimas inocentes que sirvieran de escarmiento». Esa era la misión de su guarnición en Alcalá: castigar, dar ejemplo, aterrorizar. Cuando sus hombres se dieron cuenta de que nada les pondría freno en aquel paraje abandonado, se dedicaron a cometer toda suerte de tropelías. No quedó una sola despensa sin vaciar. Llenaron las alforjas y los carros con dulces, carnes, pescados desecados, chorizos, tinajas de vino y aceite, sacos de maíz, panes y utillaje de labranza. Entraron en las casas y profanaron las habitaciones aseadas. Durmieron en grupos entre edredones recién perfumados, plantando las botas sobre las almohadas y desahogando su cuerpo por cualquier rincón. Marmont se retiró discretamente con un conjunto de oficiales a la casa más grande, haciendo la vista gorda a las barbaridades que sus hombres cometían por las calles. Descansó un poco, se bebió una frasca de anís que el dueño de la vivienda conservaba encerrada en un armario negro en el salón y, con los pies sobre la mesa principal, se quedó dormido. Dos horas después le despertaron las risas de sus oficiales desde el piso de arriba. Habían sacado las ropas de mujer de dos habitaciones y se habían disfrazado con ellas, jaleando su borrachera con gestos obscenos e imitaciones de bailes de salón. Marmont pensó que aquello era lo más granado de la Grande Armée y le vino a la mente la imagen del emperador Napoleón preparando en algún despacho de campaña de la fría Europa la estrategia para el día siguiente. Habría sido divertido que en ese mismo instante hubieran regresado los bandoleros huidos a plantar cara a un ejército de beodos con ropas de mujer. Pero no ocurrió nada. Al día siguiente amaneció lloviendo de nuevo y las tropas francesas iniciaron con torpeza las labores de desalojo. Las calles se habían convertido en lodazales intransitables, así que la tarea de acarrear los enseres saqueados y poner en marcha a mulas y caballos de tiro costó más de lo normal. Los mismos hombres que la noche anterior canturreaban en francés alcoholizado por las esquinas y las plazas ahora maldecían bajo la tromba de agua, cargados de barro hasta las orejas, cansados y sedientos.

— La salida de aquel pueblo fue un verdadero infierno. La lluvia incesante había convertido en ríos vivos lo que antes eran riachuelos. Tuvimos que atravesarlos cargados con todas las pertenencias requisadas, llevando sobre nuestros hombros y en los lomos de los animales toneladas de más. Muchos de nuestros soldados no pudieron resistir el empuje de las corrientes y se perdieron río abajo. Los dragones trataban a la desesperada de sacar algunos cuerpos del agua. Varios pudieron agarrarse a la grupa o al cuello de los caballos, otros murieron ahogados.

LA NOCHE DEL REY

Los comensales escuchaban en silencio. Ellas empezaron a angustiarse por la crudeza y la precisión del relato de Marmont. El barón hablaba como si no hubiera sido protagonista de los acontecimientos. Parecía que relataba una historia lejana en el tiempo y ajena. De vez en cuando, una copa chocaba con un plato y levantaba un tañido vibrante y agudo. Por lo demás, solo se oían las palabras del general y, si estas se hubieran detenido, el sonido de las gargantas de los comensales al paso de los riquísimos alimentos.

—La verdad es que de todo lo requisado en Alcalá perdimos casi la mitad. Ni siquiera las mulas podían atravesar las torrenteras. —Esbozó una sonrisa para quitarle dramatismo a la historia—. Recuerdo una de las más grandes, envuelta en barro, que portaba una carga de dulces encontrados en la tienda de un confitero. A mitad del río perdió pie y volcó patas arribas con la cabeza bajo el agua. Trataba de darse la vuelta para tomar aire y, en su empeño, esparció caramelos, pastelitos, tortas, pastas y azúcar caudal abajo. ¡Menuda fiesta debieron de darse esa tarde los peces!

La broma pareció hacer efecto y se disipó por un momento la tensión entre los presentes. Sobre todo entre las mujeres, que empezaban a horrorizarse demasiado con las atrocidades relatadas por el general. Se sirvió vino. Malo. Pero fue bebido por cortesía. Quilliet y Asunción entrelazaron sus manos bajo la mesa un par de veces, muy fugazmente.

—De Alcalá de los Gazules, atravesando la sierra... No me diga más, iban ustedes a Medina Sidonia.

—Así es, padre. Allí llegamos la noche siguiente exhaustos, embarrados, muertos de hambre y con el pesar de haber perdido un buen puñado de hombres y enseres. Al menos pudimos descansar varias jornadas, reponer fuerzas y divertirnos. ¡Si hasta vi una corrida de toros!

—No puedo creerlo. —Juan Mariños aprovechó para levantar el ánimo de los comensales—. ¿Una corrida de toros en plena guerra y en territorio francés? No dejarán ustedes de sorprenderme.

—Seguro que al barón no le asusta la sangre —interrumpió Quilliet con un tono irónico que molestó a todos.

El barón, esta vez, encajó el golpe. Terminaban de rebañarse los últimos huesos de pichón en los platos de los invitados, y en el pasillo esperaba ya el servicio para retirar la comida sobrante y empezar a mostrar los postres. Llegó otra frasca de vino, y luego otra y Marmont relató su experiencia con la tauromaquia.

Medina Sidonia había caído bajo el dominio del general Latour-Mauborg, un veterano algo hastiado de la guerra que cumplía sus obligaciones con decoro, pero no tenía la menor intención de exponerse con ambiciones fuera de lugar. Había decidido dejar las fiebres beligerantes para los más jóvenes como Marmont. Él

prefería asentar las plazas fuertes logradas y disfrutar de lo que pensaba que eran los últimos coletazos de la guerra.

Junto a su Estado Mayor, pensó en organizar algunas actividades lúdicas para aliviar la espera de nuevas órdenes desde Madrid. Entre ellas, tuvo curiosidad por conocer cómo se celebraba una corrida de toros. La tarea no fue fácil. Las reses tuvieron que llegar desde Chiclana en carromatos abiertos que se toparon en tres ocasiones con partidas de soldados españoles. En la última, los carros fueron quemados y los dos mayores que sobrevivieron a la acusación de traición y afrancesamiento pudieron rescatar cuatro animales y llevarlos a punta de garrocha hasta su destino. Eran dos pares de toros viejos y famélicos, con más de seis años cada uno a sus espaldas, resabiados a fuerza de buscarse el alimento en la dehesa abandonada. Uno de ellos tenía solo un cuerno y, además, este miraba extrañamente hacia abajo de manera que parecía que siempre estaba a punto de sacarse un ojo. Encerraron a los animales en la plaza mayor con gran dificultad, pues eran tan nerviosos que tiraban derrotes a diestro y siniestro, incluso entre ellos mismos en cuanto se les dejaba de acosar con la garrocha. Por el camino desde las afueras del pueblo hasta la plaza, el más bravo de ellos, que levantaba la cabeza por encima de la altura media de un hombre pero era muy flojo de remos y patinaba constantemente antes de embestir, mató a dos caballos.

Llegada la hora de la corrida, se engalanó una tribuna de vigas de madera con banderas francesas y españolas y en ella se dieron cita el general Latour-Mauborg, todo el Estado Mayor, el alcalde rendido de Medina Sidonia y algunas damas de la ciudad. A las autoridades religiosas se les impidió el acceso para evitar exaltaciones devotas que no eran del agrado del Gobierno francés.

Salieron al ruedo los alguaciles para despejar la plaza y en seguida los caballos de los picadores ocuparon su lugar mientras el público observaba las posturas de los matadores reclutados para la ocasión. Eran críos, quizá el mayor tuviera diecisiete años, que no se habían enfrentado a un toro hecho y derecho en su vida y que habían aceptado la invitación a cambio de librarse de las guardias de vigilancia contra las tropas del rey Fernando.

El primer toro destripó en un instante dos caballos, derribando con estrépito a los picadores, que no sufrieron heridas más allá de algún topetazo en la cabeza contra la talanquera. Similar suerte corrieron los jinetes que hubieron de parar las embestidas de los tres toros restantes. Solo el morlaco unicornio dejó a su parte de la caballería ilesa. A Marmont nada de aquello le pareció extraordinario, se limitaba a contemplar la matanza con aire displicente y a aplaudir cuando el gentío parecía entusiasmado. Aprovechó también para confraternizar con alguna joven que, a pesar de hacer un frío del demonio, se abanicaba en el tendido.

—He de reconocer —dijo Marmont a sus compañeros de cena— que la ceremonia me pareció menos cruenta de lo que había imaginado. Afortunadamente, no hubo

heridos entre los toreros y las vísceras de los caballos apenas dejan rastros en la arena amarillenta. Pero me conmovió el valor con el que aquellos jóvenes afrontaban su destino, que, a todas luces, era obligado. Y la dignidad con la que uno tras otro se encaminaban hacia la tribuna de autoridades y, tras brindar la faena al general con un gracioso «va por vu» —hubo risas en la sala—, daban cuenta de la fiera con un certero machetazo en el lomo. Entiendo las aclamaciones y los aplausos de la multitud.

Marmont recordó algunas anécdotas curiosas de su estancia en Medina Sidonia. Su agrupación había perdido parte de la impedimenta en la lamentable travesía por la sierra, así que hubo de buscar alguna fuente de alimentos. Al ver la corrida de toros, a él mismo se le ocurrió que aquellos animales eran un buen sustento, así que ideó una estrategia de caza harto peculiar. Reclutó a los tres maletillas a cambio de un porcentaje del botín e hizo lo mismo con los picadores. Les pidió a los segundos que arrearan a algunas vacas y las llevaran a la sierra en busca de machos bravos silvestres. Debían recoger unos cuantos ejemplares y hacerlos llegar a la plaza mayor, donde serían pasados por la espada de los matadores. La carne obtenida de aquella matanza bastaría para alimentar al regimiento durante unas cuantas semanas.

A la mañana siguiente empezaron a llegar los primeros caballos corriendo detrás de las vacas y los toros en un peculiar encierro que hizo las delicias de la ciudadanía.

—Y ¿saben lo más gracioso? Al final el gran héroe de la jornada no fue ni un picador ni uno de los torerillos asustados. Fue un furriel francés. Uno de los toros, el más grande y astifino, decidió hacer caso omiso de los picadores y se escapó por un callejón antes de llegar a la plaza. Pueden imaginarse el pavor que provocó entre los viandantes. A la vuelta de un recodo, el furriel en cuestión, que estaba arreglando la botonadura de su chupa y no prestaba atención, se topó de morros con el animal. Todos le dimos por muerto. Pero el muchacho saltó como un gato sobre una de las ventanas enrejadas justo en el momento en que la bestia iba a ensartarlo contra la pared. Con tal fortuna que el animal golpeó la testuz haciendo uso de toda su bravura contra el enrejado y allí mismo cayó desplomado presa de una especie de shock cerebral. Tendrían que haber visto al joven soldado bajar hasta la plaza a hombros de la muchedumbre a gritos de «torero, torero», mientras la bestia temblaba moribunda patas arriba.

La anécdota calmó en parte la animadversión de Quilliet:

—Toreros franceses, quién nos iba a decir que esa sería la gran aportación al mundo de esta guerra.

Con las risas de la sala entraron los postres y la conversación derivó hacia territorios más comunes. Se habló del invierno que se avecinaba y de las dificultades para encontrar leña. El párroco aprovechó para recordar que el domingo siguiente iba a celebrarse la primera boda en Écija desde la ocupación.

—Carmencita Lera se nos casa en la parroquia. Ya están expuestas las amonestaciones. Creo que el novio ha decidido, al final, no acudir vestido de uniforme.

—Es lo más oportuno, si no quiere terminar en el pilón y vestido solo con los calzones —contestó Asunción, a la que no le gustaban nada las costumbres pueblerinas contra los novios forasteros.

—Seguro que tendrá que contar con el permiso de su capitán —apuntó Juan Mariños—. Esos muchachos tienen la obligación de vestir con el uniforme francés en todo momento.

—Parece que se han dado prisa en celebrar la boda, padre. O es que los soldados franceses cuentan con algún sortilegio para enamorar a las damas españolas de un flechazo. —La señora de Villar simulaba ser discreta a pesar de que sabía que estaba aireando un tema incómodo para el cura.

—Digamos que el amor en tiempos de guerra es más urgente.

—En concreto, requiere solo de nueve meses para brotar.

El comentario de Asunción causó una mirada cómplice de la señora Villar, que trató de ocultar su risita pícara tras la servilleta, y la pasividad de todos los hombres, menos el cura. Él sí conocía las claves de la boda. Y sabía que pronto habría de anunciar en la parroquia otras similares. La llegada de los soldados franceses había provocado una «epidemia de urgencias» en Écija.

Carmencita Lera iba a casarse en secreto. Un año antes, había conocido a un soldado francés que se encargaba de la correspondencia entre los puestos menos avanzados del frente. Era un trabajo sencillo y poco arriesgado, que le permitió disfrutar de muchas jornadas de paseo por la ciudad. Carmencita vivía con su madre viuda y con dos huéspedes llegados de Valencia que tenían intención de servir al Gobierno español en Sevilla. Se hacían pasar por comerciantes de lanas y esperaban el mejor momento para cruzar la línea gabacha y llegar hasta la capital. Los dos hermanos de la muchacha servían en el ejército fernandino y nadie sabía en qué frente. De haberse enterado de que Carmen flirteaba con un francés, habrían abandonado sus obligaciones, fueran estas cuales fueren, para regresar y acuchillarla. El día en el que la chica empezó a sentir las primeras náuseas, llegó a casa la noticia de la muerte del primogénito. Una carta manuscrita del capitán de su regimiento transmitía las condolencias a la madre y servía de envoltorio a una medalla del Cristo Cautivo que el joven portaba en el momento de ser atravesado por una bayoneta.

Carmen siguió viendo a su novio y mantuvo en secreto la condición de su vientre mientras la naturaleza se lo permitió. A los cuatro meses, no tuvo más remedio que confesar a su madre que estaba encinta. Las dos mujeres decidieron seguir ocultando la desgraciada circunstancia mientras fuera posible, con la esperanza de que la

biología obrara el milagro de echar a perder el fruto que nadie deseaba. El padre Benito todavía se sentía sorprendido del modo en el que la madre y la hija guardaron las formas. «Yo mismo iba a su casa tarde sí tarde no a tomar café y bizcochos — pensaba— y jamás reparé en la menor anormalidad entre esas paredes. Bien es cierto que la muchacha siempre estaba sentada en una butaca, aquejada, decía, de unos terribles dolores de lumbago. En más de una ocasión le llevé brotes de salvia y tomillo para que su madre aplicara una cataplasma en la espalda maltrecha. Debí de parecerles un estúpido.»

Una noche, cuando el padre aún no había terminado su bizcocho, observó en la madre de Carmen una inusitada urgencia por que abandonara la casa. «Se le hace tarde, padre, y no queremos que renuncie a sus obligaciones en la parroquia.» «No, mujer, no... no tengo prisa, tomaré otro café y charlaremos un rato de la niña. Por cierto, ¿se encuentra mejor? Veo que se ha levantado de la butaca.» «Mucho mejor, padre, ha subido a su habitación a adecentarse un poco y quizá hoy salga a tomar el aire. Ha sido un placer, como siempre, su visita.» «Qué prisas tiene hoy de que me vaya, hija. Si ni siquiera hemos comentado nada de los preparativos para la romería.» «Estoy algo cansada para eso, padre. Comprenda que llevo muchos meses cuidando a la niña.» «Bien, esperaré a que baje para darle la bendición y desearle que no recaiga de sus males.» «De verdad... no hace falta, ya la verá otro día...» La frase quedó sin terminar ahogada por un grito rasgado que llegó desde la habitación de arriba. La madre soltó la taza de café del cura, que iba a recoger para conminarle a irse, y esta rodó por la mesa antes de estamparse contra el suelo y quebrarse en mil pedazos. Con las faldas remangadas a la altura de los tobillos corrió escaleras arriba mientras gritaba. «Ahora ya no se vaya, padre. Quédese y rece, por Dios bendito, rece mucho.» Detrás de la mujer se apresuraron dos criadas, una de ellas con un barreño de agua caliente y unas toallas blancas dobladas con exquisitez. A su paso, dejaron un rastro oloroso de camomila y lavanda. El cura quedó sentado en la misma postura durante varios minutos y cuando el tercer grito de dolor de la chica le hizo caer en la cuenta de lo que estaba pasando, se santiguó, besó su cruz de oro repujado y se puso a rezar: «Ave María, gratia plena, Dominus tecum...». El siguiente grito coincidió con el golpe de la aldaba sobre la puerta principal de la casa. «Benedicta tu in mulieribus»... Era el primero de los huéspedes, que regresaban a casa para cenar. Entre rezos, el sacerdote le puso en situación. «No puede ser, si la muchacha apenas tenía vientre...» «¡Pues es! Et benedictus fructus ventris tui...» «¡Jesús!, si su hermano se entera, la entierra viva.» «Santa Maria, Mater Dei...» Otros dos aldabonazos: el segundo huésped volvía a casa. Y allí quedaron los tres hombres apoyados en la mesa. Uno con el sombrero aún en la mano, colgando desde la altura de la rodilla, otro tamborileando nerviosamente con los dedos en el hule y el tercero sin parar de rezar. «Ora pro nobis peccatoribus...» De vez en cuando, una de las criadas bajaba las escaleras como un rayo sudoroso, recogía más toallas, un frasco de agua de azahar o un cojín limpio y volvía a subir. Pasó cerca de una hora durante la cual el párroco debió de rezar cincuenta avemarías. «Nunc et in hora mortis nostris. Amén.» Y el

llanto de un bebé quebró el aire desde el segundo piso de la casona, retumbando en los oídos de los hombres, que exhalaban un suspiro de alivio y se dejaron caer contra el respaldo de las sillas.

Al rato, la madre de Carmen apareció en la balaustrada. Al ver a los tres hombres en el salón se retocó el pelo y empezó a descender mientras volvía a poner en su sitio las mangas del vestido remangadas. Dejaba caer su peso sobre cada peldaño muy lentamente, tratando de recomponer algo de normalidad en su rostro desencajado y brillante de sudor. Hizo intención de retirar una lágrima de la mejilla, pero prefirió dejarla donde estaba. Se acercó al cura, besó su anillo. «Tiene un feligrés nuevo, padre. Ya hablaremos de cómo bautizarlo.»

El niño pasó tres meses escondido en la casa, mientras Carmencita hacía por recuperar su vida social. Acudía a diario y comulgaba de manos de un padre Benito que no tuvo valor para negarle el sacramento. Llegó la segunda carta. El hermano menor había sido destrozado por la metralla de un mortero en Sierra Morena. Ya no había nada que ocultar. Las dos mujeres y el recién nacido eran la única familia que quedaba. La boda podía celebrarse en público.

—Creo que el muchacho quiere llevarse a Carmencita a Francia. Pero antes debe cumplir su misión aquí. En cuanto acabe la guerra, se irán.

Los siete comensales se habían levantado ya de la mesa cuando el párroco pronunció la última frase. Por parejas, fueron abandonando el salón camino de la sala de tabaco. Primero el matrimonio Villar, luego Asunción y su padre, detrás los dos franceses y el cura, rezagado, cerrando el grupo.

En la salita adjunta los hombres se sirvieron coñac; las mujeres, jerez, y dejaron que de nuevo fuera el barón de Marmont quien llevara el peso de la conversación. Estaba acodado sobre una de las baldas de la librería, sujetando la copa con una mano mientras que la otra colgaba del bolsillo del pantalón enganchada del dedo pulgar. Dejaba ver, sobre el chaleco gris perla, la leontina de un reloj de oro.

—Me han obligado a hacer cosas extrañas en la guerra. Pero creo que lo del frente de Calatayud se lleva la palma.

Quilliet se acercó a Asunción y le susurró al oído:

—Nuestro héroe se dispone a asombrarnos con otra ración de su carnaza.

—¿Creen ustedes que es posible ganar una batalla bailando?

La frase intrigó realmente a los invitados, que se sentaron distribuidos por toda la sala dispuestos a escuchar.

—Poco antes de partir de allí hacia Zaragoza, un espía nos informó de que un regimiento de Voluntarios de la Patria tenía intención de cortarnos el paso, emboscado tras unos alcores cercanos. Nuestras opciones eran pocas. Si nos quedábamos en Calatayud, no llegaríamos a tiempo a Zaragoza, donde nos esperaba

ya Lannes. Si salíamos apresuradamente, nos topáramos con el regimiento español dispuesto a atravesarnos de costado a costado. Ese mismo día, había previsto un baile organizado por la municipalidad en honor al mariscal Meunier. Uno de esos actos de pleitesía a los que se sienten obligados los invadidos con demasiada frecuencia. En seguida comprendí que aquello podría salvarnos el pescuezo. Ordené a todos mis hombres que se vistieran de gala y acudieran puntualmente a la fiesta.

Marmont dio un sorbo, tragó arrugando la nariz y continuó. En la sala, Asunción y Quilliet habían logrado sentarse juntos, compartiendo un sofá de cuero marrón lo bastante grande como para no levantar recelos. El barón continuó.

—Advertí a los responsables del acuartelamiento que estuvieran prestos para partir, pero sin comunicar nada aún a la soldadesca. Y me fui con mis oficiales a la fiesta. Vestíamos de gran gala, con los calzones cortos ceñidos y bien planchados, medias de seda blanca que no habíamos tenido ocasión de estrenar e impecables zapatos con lazo. A nadie extrañó nuestra presencia. Al entrar al salón de baile, reuní a todos mis oficiales y les dije: «Tengo órdenes estrictas para hoy. Diviértanse todo lo que puedan, bailen sin descanso. Déjense ver por todos. Charlen, tomen ponche... emborráchense si es necesario. Al que deje de bailar antes de que salga el sol, lo degrado». Mis hombres cumplieron a la perfección. Alguno incluso se excedió en el celo de las órdenes.

Las risas en la sala permitieron a Quilliet acercarse un poco más a su amada y llegar a tocarle la rodilla con la tela del pantalón.

—¿Y puede saberse qué pretendía con tan duras instrucciones? —preguntó el señor Villar con chispas de licor en los ojos.

—Es sencillo. Con toda la oficialidad bailando y emborrachándose en el centro de la ciudad nadie podría imaginar que nuestras tropas estaban a punto de marchar hacia Zaragoza. Todo salió como estaba planeado. Los espías que a buen seguro husmeaban por el salón de baile debieron transmitir las instrucciones oportunas a los españoles en el monte. «Hoy no salen.» Pero vaya si salimos. En cuanto clareó recogí a mis oficiales y, aún cansados y algo turbios por la bebida, organizamos de inmediato la partida. Las tropas salieron de Calatayud en menos que canta un gallo mientras los emboscados españoles debían de estar durmiendo plácidamente.

—Muy inteligente —respondió Quilliet—. Aunque contando con estrategias de tal fuste, se hace difícil entender por qué nos está costando tanto ganar esta guerra.

Asunción se levantó. No quería dar la menor opción a que se pensara que apoyaba las impertinencias celosas de Frédéric. El cura párroco decidió mediar.

—Queridos feligreses, yo tengo que abandonarlos. Me queda algo de tarea en la parroquia antes de acostarme.

El matrimonio Villar aprovechó para excusarse también.

—Bien, parece que la velada toca a su fin —sentenció Mariños—. Les ruego que me dejen acompañarlos a la puerta.

Recogieron sus abrigos y levitas y se fueron despidiendo uno a uno. Quilliet se detuvo ante el anfitrión.

—Quisiera que su hija me acompañara a casa, por supuesto, puede hacerse escoltar por alguna empleada de su hogar. Me gustaría mostrarle un cuadro en el que estoy trabajando y que algún día sería un honor que ocupara las paredes de estos salones.

Juan Mariños se estiró las mangas de la camisa evidenciando un nerviosismo innecesario. Miró a su hija para ver cómo esta bajaba la vista hacia los zapatos. Su obligación era negarse a la petición. Pero hacía tiempo que había perdido las riendas de la defensa del honor familiar.

—Te acompañaré alguna criada.

Quilliet y Asunción penetraron en la noche ecijana seis pasos por delante del ama de llaves. Caminaban muy juntos. Tanto que la mujer que los escoltaba en seguida se dio cuenta de que esa noche se iba a ver obligada a mentir.

—Ha sido una velada muy agradable, Asunción. Tu padre sabe organizar cenas.

—Y tú has estado a punto de estropearla con tus tonterías. ¿Pretendías batirte en duelo con el barón o algo así?

—No aguanto el modo de hablar de los generales. Se creen poseedores de la exclusiva del valor y de la hombría.

—Bueno, quizá haga falta más redaños para comandar una tropa que para pintar un retablo.

—Tu maldad me encanta. ¿Por qué te gusta torturarme de ese modo?

Asunción contestó entre risas.

—Porque me ha hecho gracia lo celoso que te has puesto con ese hombre. Me parece que temías que cayera rendida a su ardor guerrero.

—No juegues con fuego, querida. O la próxima vez le reto a duelo de verdad.

—¿Qué es eso que tienes que enseñarme?

—Ya lo verás. —Frédéric miró hacia atrás—. ¿Qué vamos a hacer con ella?

—Ella ya sabe lo que hacer, volverá a casa y será discreta.

—Tenemos suerte, Asunción, tenemos mucha suerte.

—¿Por qué dices eso? Te parece afortunado arrastrar a tu amada a escondidas entre las sombras de la noche como si fuera una cualquiera.

—Estaba pensando en la historia de Carmencita Lera, la que nos ha contado el

LA NOCHE DEL REY

párroco. ¿Te imaginas que tú tuvieras dos hermanos dispuestos a matarte si te vieran conmigo?

Extendió el brazo y acarició el pelo de la joven a la altura de los hombros. Ella se retiró mirando a su criada. Luego acercó los labios al oído de Frédéric y le susurró.

—No tengo dos hermanos... pero no te hagas ilusiones. Tengo un padrino cojo y patriota que nos cortará el cuello si se entera.

Quilliet sonrió. Y ella le imitó como si quisiera ocultar que acababa de hablar absolutamente en serio.

Capítulo 25

Pídeme lo que quieras, pero no esperes que algún día sea tan sensible como tú. No albergues la esperanza de que comprenda tu mundo, de que disfrute tanto como tú disfrutas con las cosas que te rodean. Entre tus cuadros y yo hay una distancia que no sé si seré capaz de recorrer. Si me enseñas a hacerlo con paciencia, si perdonas mi ignorancia y mi insensibilidad, si no desesperas cuando no acierte a comprender la importancia de una pincelada, estaré dispuesta a entregarme a ti de un modo que ninguna otra dama lo ha hecho antes.

Mientras recordaba estas palabras, Quilliet subía las escaleras de su casa un peldaño por delante de Asunción. No era muestra de descortesía: simplemente se aseguraba de que su amada se sentía acompañada, después de haber dejado a la criada haciendo tiempo en la puerta principal. Acariciaba el pasamanos con la punta de dos dedos y andaba sin prisa alguna, recreándose en cada paso, con la espalda erguida bajo el chaqué negro impecable. De la pared colgaban algunos cuadros que Asunción no llegó a identificar, pero que habían acompañado a Frédéric desde Francia. De hecho, decoraron las habitaciones de su primera casa en Reims, donde ahora vivían su mujer y sus hijos, a una distancia de cientos de kilómetros y miles de años.

Querida Catherine, tu nada inocente modestia me induce a desearte un poco más aún. Eso que tú llamas «mi mundo» no es más que un artificio de los hombres para sustituir a la belleza, a la paz, a la armonía y al sosiego que no podemos alcanzar de la mano de otro ser. A menos que ese ser sea como tú: la carne más parecida a un lienzo que jamás se haya conocido. Acepto tu reto. Y espero que, una vez recorrido nuestro viaje, cumplas tu promesa.

Quilliet se detuvo en medio de la escalera. Giró todo su cuerpo y tras comprobar que estaban a salvo de las miradas de la criada besó a Asunción. Esta dejó caer los hombros ligeramente, con los brazos descolgados en paralelo a sus caderas apenas marcadas sobre el vestido, y se entregó a los labios de Frédéric. Fue un instante, ni siquiera se abrazaron. Él acarició la mejilla de la chica con la misma delicadeza con la que antes había disfrutado de la barandilla de nogal. Y en ese breve lapso en el que satisfizo su impulso creyó ser de nuevo un hombre feliz. Tan feliz como cuando intercambiaba con Catherine Latour las primeras cartas furtivas, cuyas palabras de

fuego resonaban ahora incesantemente en su memoria.

Frédéric, hoy creo haber dado un paso definitivo hacia mi unión contigo. He paseado al atardecer entre los chopos y los tilos de la casa de mis padres, acompañada de las dos hijas de madame de Roquemaurel. Contábamos banalidades sobre las cosas que nos habían pasado durante el día. No sabría darte razón de ni una sola idea interesante de nuestras conversaciones. Seguramente hemos estado demasiado preocupadas por el vestido que llevaremos en la cena del sábado. Pero da igual. No es eso lo que me ha impulsado a escribirte, sino algo que me ha ocurrido justo a mitad de nuestro paseo. A las seis y cuarto el sol ha comenzado a caer y se ha acercado lentamente al horizonte, justo en el lugar en el que se levantan las dos estatuas de piedra blanca que mi padre ordenó instalar al final del camino de tierra de nuestro jardín. Las tres nos hemos quedado mirando al cielo como tontas mientras la esfera naranja se escondía entre las estatuas. Al pasar por la espalda de la Venus del fondo, la del perfil ennegrecido por el moho, el sol ha coloreado la piedra blanca. Quedaban sombras grises que marcaban la musculatura del vientre y de los brazos. Y lo he visto tan claro, he reconocido con tanta facilidad la belleza de la que estaba siendo testigo, que he exclamado: «Dureró no habría pintado una carne más sublime que la de esa estatua». Las chicas se han echado a reír, bien conocedoras de los motivos de mi éxtasis. Me han dicho socarronamente que debo empezar a pensar menos en «mi artista». Pero a mí me ha parecido todo lo contrario. ¿Cuántas bellezas esconde la vida que han pasado inadvertidas para mí tantos años y que ahora comienzo a disfrutar gracias a tu influjo? ¿Qué más cosas me mostraría el mundo si lo pudiera ver con tus ojos?

Frédéric extendió la mano hacia Asunción, pero esta no se la tomó. Se limitó a seguirle escalera arriba, hacia la habitación, ignorante de que la mente de su francés se hallaba en brazos de una mujer del pasado.

Quilliet nunca había prestado atención a Catherine. De entre todas las mujeres que a diario acudían a sus clases de pintura en los sótanos de una vetusta librería de la Rue du Marc, la hija menor de la familia Latour no era la más bella, la más brillante ni la más descarada. Cualquiera de esas tres virtudes hubiera sido suficiente para excitar la atención del maestro siempre dispuesto a ofrecer clases particulares más allá del horario académico oficial. Catherine se sentaba en la última fila, y apenas despegaba la vista de su cuaderno durante la hora de clase. Pasaban los meses y los únicos cambios de actitud percibidos en la muchacha eran los propios del tránsito de las estaciones: los guantes dejaban paso a la mano desnuda y los sombreros a leves tocados o moños apenas desordenados. Pero ella seguía muda trazando una y otra vez sobre su cuaderno, corrigiendo a cada orden del maestro. Cuando este se acercaba para observar sus dibujos, la chica se retiraba tímidamente hacia atrás y, sofocando el impulso de temblar, dejaba los papeles sobre el pupitre y escuchaba las indicaciones de su profesor. No pronunciaba más que un trémulo «gracias» después de cada corrección.

Al principio, Quilliet no reparó apenas en la alumna. Sus esfuerzos se destinaban más bien a llamar la atención de alguna mujer madura y despierta que se sentaba en las primeras filas o a atemperar las ansias de protagonismo de los jóvenes aspirantes a genio que le exasperaban sobremanera. Trató a Catherine con cierto desdén hasta que su misterioso hermetismo comenzó a antojársele irresistiblemente atractivo. Sin saber cómo, la alumna olvidada del fondo de la clase se tornó una pequeña obsesión. Cada vez con más frecuencia acudía a su puesto a corregir un trazo, resaltar una sombra o modificar un color. Ni las miradas busconas de sus antiguas preferidas ni las ínfulas de los jóvenes vanidosos le llamaban ya la atención. Al año de comenzar las clases, Catherine se había convertido en el único interés del maestro, que fue perdiendo alumnos y afectos. No, no es que la dama se hubiera convertido en un trofeo erótico más. Simplemente, el profesor sintió un deseo irrefrenable de conocer qué escondía tras su recatada naturaleza. Cuando acopió arrestos para invitarla al primer café, comenzó a entender que lo que se escondía era un diamante en bruto. Durante las primeras citas, la muchacha mostró una voracidad extenuante. Privada del corsé del aula, asaeteaba a su maestro con todas las preguntas que había madurado durante más de un año y, mientras escuchaba las respuestas, miraba desde un lugar tan profundo del alma que terminó por convertirse en un abismo al que Quilliet decidió pronto arrojar. No fue, sin embargo, el laberinto de sus ojos lo que enamoró perdidamente al hombre, sino la sensación de tener ante sí un lienzo humano que él mismo iba a poder dibujar a sus anchas, la blanca pieza de mármol bajo la que latía una figura que solo él podía proyectar.

De Catherine no quería el cuerpo, quería el alma. Y ella se la entregó. Lo hizo desde el primer instante en el que le declaró su incapacidad para aprender de arte todo lo que su maestro podía enseñarle; sus temores a ser demasiado bruta, demasiado poco sensible, demasiado inculta para merecer las lecciones de Frédéric; su deseo de dejarse enseñar hasta límites turbadores; el modo de implorar calladamente condescendencia ante las torpezas que aún no había cometido.

Aquello fue lo que la convirtió en la única mujer que podría amar en la vida. Ninguna otra antes, y mucho menos después, le había otorgado la gracia de cincelar su alma con la libertad debida a un artista. Asunción era mil veces más bella que Catherine, más inteligente, más ardiente. Se entregaba con una generosidad sin parangón, pero no era una pieza de arcilla esperando a ser moldeada por las manos de su amado. Podría desear saber de arte, podría llegar a disfrutar sinceramente con las lecciones de Quilliet: pero aquello no iba a cambiar su vida, porque su vida ya había cambiado demasiado con la guerra.

A decir verdad, Frédéric no se permitía con demasiada frecuencia el recuerdo melancólico de su vida pasada. Catherine había dejado de ser una obsesión y ni siquiera la atracción de la sangre hacia sus hijos lejanos le perturbaba. Pero ahora, mientras ayudaba a Asunción a desprenderse de la capa de paño marrón y la doblaba con cuidado sobre los pies de la cama, pensaba en el rostro de la mujer

francesa y remedaba el modo extraño en el que la había amado.

Catherine defendió su castidad como él hubiera defendido una carta manuscrita de Tiziano. A medida que los encuentros en el café, en el aula o a plena luz del día, paseando por algún parque concurrido, se fueron intensificando, Quilliet comprendió que aquella mujer solo pretendía aprender a su lado. Pero lejos de desesperarle, lejos de hacerle desistir en el deseo, esa actitud aumentó su necesidad de verla. Renunciaba a la satisfacción de sus ambiciones carnales, mas la vanidosa certeza de que ella lo amaba como solo se puede amar a un maestro compensaba los rigores de la abstinencia. No sería exagerado pensar que transcurrieron más de trece meses hasta que la joven se dejó estrechar la mano por primera vez, bañada por la luz de un candil de petróleo a la puerta de una tienda de antigüedades. A través del cristal ahumado de la puerta, se apreciaba un pequeño atril con un cuadro de medianas dimensiones enmarcado en madera ennegrecida. «Es una mala copia del *Combate entre Amor y Castidad* de Gherardo di Giovanni del Fora, el dueño siempre miente sobre su origen». Catherine quedó prendada del objeto. «Daría lo que fuera por poder...», apenas pudo acabar la frase antes de que Frédéric abriera la puerta y desapareciera en la tienda para regresar con un paquete en la mano. «Si te gusta, es tuyo.»

«Pero ¿no dijiste que era falso?»

«Y eso qué más da. Solo lo sabremos tú y yo.»

Asunción, sentada en la cama alta con armazón de cobre, balanceaba los pies descalzos tocando el suelo con la punta de los dedos. La ceremonia que estaba a punto de empezar ya no era desconocida para ninguno de los dos. Él se acercó y la atrajo a su pecho y durante unos instantes quedaron petrificados en un abrazo que, en lugar de unirlos, los estaba separando.

Durante los primeros meses, cuando Catherine le abrazaba así, podían permanecer horas en silencio, entrelazados, sintiendo mutuamente su respiración. Pasó mucho tiempo antes de que ella le permitiera acariciar sus hombros por debajo del vestido. Pero a él no le importó. Muchas tardes se reunían con el único objeto de volver a contemplar la copia comprada en aquella tienda de antigüedades pequeña y oscura. Quilliet entonces le hablaba del cuadro, deteniéndose hasta en el más pequeño de los detalles. En la pálida piel del Cupido desnudo, advertía las sombras grises de una musculatura escultórica, piedra viva del Ángel del Amor tratando en vano de herir con sus venablos a la Castidad. Ella, en realidad Laura, el amor abisal de Petrarca, protegía su decencia deteniendo las flechas con un escudo. «¿Sabes quién vence, al final?» Catherine le miraba sonriendo y, aunque hubieran repetido el juego cien veces, contestaba siempre lo mismo: «¿El Amor?».

«No, querida, gana ella. La Castidad. ¿Ves como las flechas doradas no llegan a su destino? Hay una clavada en el escudo de Laura y tres han caído al suelo, inutilizadas. Al contrario de lo que le ocurrió a Petrarca, que cayó preso del amor por

Laura desde el primer instante, ella permaneció incólume a la llama de Cupido. Amor triunfa ante todos, salvo Laura. Ella alza orgullosa el collar de la pureza entre sus manos. Y nadie podrá arrebatárselo.»

Mientras decía esto, Quilliet acariciaba los hombros de Catherine adentrándose cada palabra un poco más entre las sedas del vestido y ella renunciaba lentamente a enarbolar el escudo de Laura contra las flechas de su Cupido. Pero justo en el instante en el que las manos empezaban a irrumpir en territorios demasiado secretos, detenía él el avance y lo sustituía por una fraternal carantoña. Como si hubiera preferido dilatar la consumación de su osadía un poco más, a fin de poder repetir el virginal encuentro con el cuadro y con la amada la semana siguiente.

Quilliet vivió en un permanente estado de inconclusa exaltación y ni él mismo supo si aquello se debía al amor cada vez más profundo que sentía por Catherine o a la necesidad inconsciente de seguir contemplando la copia mala y barata del cuadro de Del Fora.

Ahora, tanto tiempo después de haber visto la obra por última vez, desnudaba a Asunción con parsimonia y no es que no deseara tenderse sobre su vientre desnudo, pero empezaba a incomodarle el modo en que su nueva amante le entregaba su cuerpo, demasiado fácil, demasiado breve. El Amor triunfante en la primera saeta, sin la resistencia del escudo que tan bello le pareció en manos de Catherine.

Cuando Frédéric y Catherine hubieron consumido los meses de su peculiar combate, ella aceptó instalarse en casa de su novio y poco después se casaron. En la boda, junto al altar, decidieron exponer la copia del cuadro que los había unido. Y aquella fue la última vez que Frédéric lo contempló. A la salida de la iglesia sorprendió a su esposa alardeando sin disimulo de la pasión por el arte que tanto había hecho por aquel matrimonio. Entre las amigas de la alta sociedad francesa que admiraban con envidia a la recién desposada, ella refulgía con un brillo que nunca antes había contemplado Quilliet. Y que no le gustó en absoluto.

«Pronto os invitaremos a casa, y podré enseñaros las obras maravillosas que mi marido ha atesorado y él mismo os contará sobre ellas historias extraordinarias que no podréis olvidar.»

Quilliet aceptó, al principio con disimulo, su nuevo papel. Pero no podía dejar de pensar que aquel matrimonio había hecho público un secreto que le pertenecía en exclusiva a él. En la vida solo había compartido sus más íntimas reflexiones sobre arte con Catherine y ahora ella había hecho suyo ese patrimonio por vía nupcial y se sentía dueña de repartirlo a quien quisiera disfrutar de él. Frédéric intentaba dilatar las visitas y se excusaba en la mayoría de los casos para no tener que contemplar el modo en que su esposa se pavoneaba delante de los cuadros que él había coleccionado para ella, solo para ella, y que ahora formaban parte de una suerte de museo público doméstico cada vez más concurrido. Y allí donde años antes había adivinado trazos geniales y mezclas de color únicas, materias imposibles y

composiciones estremecedoras, empezó a ver vulgaridad. Las historias de arte que relataba a las visitas eran cada vez más aburridas y técnicas. Salía del paso de los compromisos adquiridos por su esposa con un par de ideas extraídas de cualquier manual de principiante. Ella no se daba cuenta, pagada cada vez más de sus posesiones pictóricas, disfrutando de la admiración y la envidia de sus invitados, pero Frédéric iba consumiendo los últimos restos de pasión en cada impostado gesto de opulencia de su mujer. Llegaron los niños, y ni siquiera eso logró rescatar del fondo del corazón de Quilliet las sensaciones compartidas en los meses en los que Catherine era aún Castidad y él jugaba a ser Amor con flechas de Cupido.

Una vez acostumbrado a la piel de la mujer a la que había amado más que a ninguna otra y enredado en la rutina de la vida familiar, lo único que habría podido salvar aquel matrimonio habría sido el cuidado de su sagrado templo intelectual, la custodia de su secreto. Echaba de menos poder sentarse junto a la esposa amada ante un cuadro solo visto por ellos, ante un pedazo de lienzo escondido en un arcón de la casa para la única contemplación de sus ojos. Pero Catherine había profanado el santuario haciendo a todo su entorno partícipe de las ideas, las palabras, las pasiones y las mentiras que Frédéric había confeccionado solo para ella.

Todo aquello no tenía nada que ver con Asunción. O sí. El caso es que él ahora estaba a punto de volver a contemplar los senos desnudos de su amante consciente de que cada vez le atraía menos la idea de poseerlos.

—Te prometí algo, querida. Hace tiempo. En el baile del general Foy, aquella noche en la que hube de abandonar la fiesta precipitadamente.

—No lo he olvidado. No te creas. Y desde entonces, cada vez que he subido a este cuarto y me has quitado la ropa, he pensado que era el momento.

—Pues el momento ha llegado.

Quilliet sonrió y se acercó a la ventana cerrada de la habitación mientras ella se sentaba en el borde de la cama con el vestido bajado hasta la cintura. Puso sus manos entre las piernas como una chiquilla impaciente que está a punto de contemplar el telón alzarse antes de una función largo tiempo esperada. Y por un instante su mente se perdió en pensamientos que hasta entonces no había experimentado. Cayó en la tentación de tratar de definir qué sentía por aquel hombre. Y se sintió absolutamente incapaz. La reflexión apenas duró unos segundos, el lapso en el que él llegó a la ventana y empezó a descorrer la sábana negra que cubría un caballete. Aun así, durante ese instante a ella le dio la sensación de haber madurado cien años. Claro que fue consciente desde el primer momento de que lo que le atraía de Frédéric era la posibilidad de poder huir a Francia con él. Era joven y novata en las lides amorosas, pero no estúpida. Y por lo tanto siempre supo identificar la dosis de ficción que la atracción por aquel hombre encerraba. Sin embargo, hasta esa misma noche no había reparado en cuán pesada podía ser la carga de la impostura en aquella relación. Quizá —se dijo a sí misma— al principio albergaba la esperanza de, con el tiempo,

poder ir enterrando en lugares más recónditos de su cerebro las verdaderas intenciones de su acercamiento a Frédéric, como decanta la materia sólida del vino en el fondo de la botella al pasar de los años. ¡Por qué no! Quilliet gozaba de atractivos suficientes para lograr enamorarla de plano y conseguir que la pasión supliera en su ánimo a la ambición. Solo era preciso esperar, y una mañana se despertaría desnuda junto a su amante dormido con un deseo nuevo de besarle en la frente, enterrando para siempre los oscuros comienzos de su comunión.

Pero lo cierto es que ese día no llegaba. Y el tiempo se apresuraba a transcurrir arrojando entre ellos las primeras sombras de la rutina. ¿Había perdido el deseo? Ni mucho menos. Ahora mismo, mientras aguardaba a que él se decidiera a mostrarle lo que fuera que la negra sábana cubría, aún sentía latir la cúspide de sus pechos. Desde una de las ventanas, acertaba a vislumbrar un pedacito de cielo estrellado, con cuatro nubes grises amenazando lluvia. Olía suavemente a polvo y a madera, aderezados con los sutiles toques de lavanda del jabón francés de Frédéric. Sabía que yacería en breve entre sus brazos y lo esperaba con la excitación de una mujer envalentonada por el pecado. No había restado un ápice de placer a sus encuentros, que, a decir verdad, tampoco habían sido tan numerosos como para ahogar el fuego de dos cuerpos sanos. Si había dibujado sobre su estado el origen de una niebla de hastío, no era a causa de ninguna de las muchas encarnaciones del desdén físico.

Tampoco podía decirse que hubiera dejado de admirarlo. Frédéric era, con mucha diferencia, el hombre más culto que le había dirigido la palabra. Con quien había mantenido las conversaciones más estimulantes, junto a quien más había aprendido, al que más había permitido bucear en los rincones de su propio intelecto. ¡Y tenía tanto aún que aprender a su lado! Sentía idéntico magnetismo hacia la mente de ese francés que hacia su cuerpo. Sin embargo, desde hacía algún tiempo había comenzado a presentir un extraño rasgo de irrealidad en todo lo que hacían. Ignoraba en qué y cuánto, pero sabía que su amante le mentía. Quiso sentirse lo bastante especial como para no caer en la vulgar tentación de los celos. Eso se lo dejaba a las mujeres auténticamente españolas a las que estaba acostumbrada a ver envejecer carcomidas por la sospecha inconclusa de la infidelidad de sus maridos. Por eso había hecho esfuerzos denodados para confiar en que las ausencias de Frédéric, cada vez más frecuentes, se debían de verdad a sus tareas como comisario de Su Majestad. Y había logrado creerlo. ¿En qué la engañaba entonces?

¡Qué tontería! Seguro que no la engañaba en nada. Todo aquello no era más que el producto de la ansiedad, de su necesidad de ir despojándose de las cosas que la ataban a Écija y de la perversa sensación de que Quilliet empezaba a ser menos imprescindible. El mundo a su alrededor cambiaba más deprisa de lo que esa pareja era capaz de asumir. La ciudad llevaba meses dominada por los franceses y no parecía que fuera a pasar nada malo por ello. Cada vez había más afrancesados, cada vez era más fácil charlar con un soldado de las tropas de ocupación sin sentir la reprobación del vecindario. El nuevo orden se colaba sigilosamente en la vida

LA NOCHE DEL REY

cotidiana de los ecijanos. Pronto, una muchacha inteligente y bella como ella no iba a necesitar la compañía de ningún francés para viajar a París. ¿Era eso, realmente, lo que la estaba alejando de su amante? ¿La sensación aún no del todo cuajada de que ya no le servía de nada?

Frédéric dejó caer la sábana sobre el suelo y la luz de los candiles rebotó al instante en el lienzo que cubría. *Voilà!* Allí estaba el *Combate entre Amor y Castidad*, de nuevo ejerciendo sobre las pupilas de Asunción el mismo efecto dilatador que ejerciera años atrás sobre las de Catherine. La ecijana se levantó, acariciando el frío mármol del suelo con sus pies descalzos, poseída de una suerte de ingravidez que le confería aún más atractivo, y se acercó al cuadro. Posó sus ojos sobre el torso desnudo del ángel; de un blanco escultórico, como si en lugar de con óleo hubiera sido ungido con polvo de la sierra de Gata. Se sentó en un taburete tapizado con medallones de oro y flores de lis y escuchó atentamente las explicaciones de su amado, ignorando que eran explicaciones de segunda mano, bellas frases que habían sido pensadas mucho antes para seducir a otra mujer.

Capítulo 26

La primera noche que Catherine Latour durmió en la habitación de invitados, el calor de la calle se había apoderado de las sábanas de seda. Su cuerpo y el de Frédéric transpiraron durante horas la soledad del insomnio, a puerta cerrada, sin poder compartir uno solo de sus incómodos movimientos. Las cosas habían empeorado en las últimas semanas. Durante el día, apenas se veían unos minutos. Quizá solo cuando, obligados por la llegada de algún invitado de ella, el matrimonio y los hijos se sentaban alrededor de una mesa de té y simulaban seguir hablando de las mismas cosas de siempre. En la casa hacía tiempo que solo se oía el griterío de las criaturas. Los adultos se esforzaban en volcar sobre ellas todas sus atenciones. En algún momento, el padre pensó que eso podría llegar a colmar sus aspiraciones dentro de la familia. Consciente de que el tiempo de la pasión había pasado y de que el auténtico motivo de su unión única con Catherine se desvanecía por la insistencia de ella en hacerlo público, trató de involucrar a sus hijos en el mismo juego. Y se vio a sí mismo impartiendo lecciones de su arte a un grupito de mocosos que solo querían jugar con muñecas de trapo y caballos de cartón.

Le parecía increíble cuánto había cambiado su hogar. De las paredes del salón principal habían empezado a desaparecer los cuadros enmohecidos que antaño habían contemplado mudos los arrebatos galantes de la pareja. Ahora, colgaban alegres relieves de cerámica al gusto oriental, espejos dorados de un brillo insoportablemente falso, tapices con motivos cotidianos (una mujer recogiendo flores en la ribera del Sena, un grupito de jóvenes jugando al corro en un jardín japonés...) y algún que otro retablillo de madera con imágenes religiosas que había entrado en casa de la mano de la madre de Catherine. A Quilliet todo aquello le parecía una sarta de banalidades. No entendía el apego que su esposa comenzaba a mostrar, a veces hasta la obsesión, por algunas piezas de adorno que, en otro tiempo, no le hubieran merecido siquiera la consideración de tristes souvenirs de viaje.

Ella salía cada vez más de casa. Su vida social se había enriquecido. Todo el tiempo que antes dedicaba a la colección de su marido, a aprender junto con él nuevas historias sobre colores, encuadres, composiciones, o simplemente a mirar un cuadro a la luz tornátil de la chimenea, ahora lo empleaba en menesteres sociales más deslumbrantes. Había recuperado el gusto perdido por pasear entre las galerías de la ciudad, compartiendo cotilleos bajo la bóveda de cristal de las tiendas de telas. Organizaba todos los jueves una sesión de té en casa, con las mujeres de unos cuantos militares, abogados y comerciantes de la zona. Para ello, optó por habilitar

precisamente la sala de la chimenea, de la que ordenó retirar todos los cuadros. Los substituyó por estanterías repletas de búcaros de colores, en los que cada jueves exponía una especie de flor distinta. Se entregaba tanto a su labor de anfitriona que llegó a estudiar tratados de botánica para entender qué flor era la más adecuada en cada circunstancia. Si una tarde esperaba la llegada de una nueva incorporación a su círculo de amigas, llenaba la sala con rosas amarillas frescas, el símbolo de la amistad. En las vísperas de marzo, preparaba jarrones altos con iris barbados cuyos tallos verdes y largos sujetaban inflorescencias de rojo metálico, símbolo del mensaje que está por llegar, de las buenas nuevas que a buen seguro iban a compartirse en el corrillo de damas esa primavera. Los días en los que era invitada alguna joven soltera, Catherine la agasajaba con un ramo de gerberas blancas, pues sabía que sus pétalos grandes arracimados como cáscaras de piña representaban la castidad y la inocencia. En las tardes más frescas de la primavera, encendía la chimenea y decoraba la estancia con ramilletes de violas y narcisos, las flores de los pensamientos y los recuerdos. Aquellas jornadas eran siempre las más fructíferas, las que terminaban con un mayor número de secretos compartidos. Y a través de las flores y de las charlas y de las lecturas aconsejadas por sus nuevas amigas, la señora de Quilliet fue abandonando el gusto por el arte. Leía folletines de amor galante, libros de viajes y vidas de santos. Se interesó profundamente por la obra de Julia Billiard, la joven monja belga que estaba haciendo furor entre la sociedad católica francesa. Su huida de las garras de la revolución, su peregrinaje a Compiegne, su infatigable empeño para fundar el Instituto de Nuestra Señora en Amiens, los conventos y orfanatos que empezaba a levantar por toda Francia, la conmovieron. Pero sobre todo compartía la pasión de la religiosa por los girasoles, la flor del respeto y de la altivez, de la soledad y del orgullo. Catherine fue vaciando con sus propias manos todos los parterres del jardín hasta lograr que la entrada principal a la vivienda estuviera engalanada solamente por una legión de girasoles en línea, como soldados en formación esperando la llamada de su capitán para atacar.

Y Frédéric contemplaba todo aquello sin hacer nada, sin mover un dedo para cambiar el rumbo de las cosas. Dejaba que su matrimonio fuera diluyéndose como hace el cobre de las planchas de grabar en el aguafuerte, depositando un rastro de gotitas de color rojo pardo que flotan en el ácido nítrico. Así, el día a día horadaba en el ánimo del marido surcos invisibles que dibujaban una creciente sensación de hastío. Las tardes de los jueves, Quilliet se encerraba en su habitación y se negaba a comer nada. Recostado en un sofá cada vez más polvoriento, se limitaba a tomar un jerez tras otro y a escuchar cómo, tras las frías paredes de piedra, el paso de las horas fermentaba la noche. Prestaba atención a los ruidos que hacía la casa, al modo en que los techos de madera repiqueteaban si se encogían por el frescor del aire atardecido. Trataba de identificar los pasos de sus hijos correteando en la planta de abajo. Afinaba el oído para escuchar el silbido de una ráfaga de viento entre los tilos de la calle, haciendo crujir las ramas reverdecidas y feraces de primavera.

Aquella inactividad le agotaba y el jerez acababa por enajenarlo. Una tarde plúmbea de jueves (una de tantas), desde el salón de la chimenea llegaron las risas de las invitadas al té de Catherine con más estruendo de lo acostumbrado. Quilliet se levantó del sofá provocando una casi imperceptible tormenta de motas de polvo a su alrededor. Salió de la habitación, dio un portazo y se presentó de golpe ante las contertulias. El faldón de la camisa le asomaba por encima del pantalón arrugado. Aún llevaba en la mano la frasca de jerez que, enturbiado como estaba su cerebro, ni siquiera se había preocupado de dejar en su sitio. Parte de un brillo rojo fulgía alrededor de sus pupilas. Una mata de pelo, sutilmente encanecida ya, se arremolinaba con desorden justo hacia el lugar donde había apoyado la cabeza en su triste siesta.

— ¿Serían tan amables de bajar la voz, damas?

Todas las mujeres miraron asustadas como si acabaran de ver a un cíclope entrar en la habitación dispuesto a raptarlas. Todas menos Catherine, que atravesó a su marido con una mirada de ira y repugnancia que parecía llevar años acumulándose en el alma, esperando que llegara el momento para ser disparada. Y el momento había llegado.

Catherine se levantó de su sillón y, dando pasos lentos y pesados sobre los que sostenía la hierática columna de su espalda, se acercó a su marido. Agarró el pomo plateado de la puerta con sólida delicadeza y la cerró ante sus narices sin apenas hacer aspavientos. Se giró, miró a sus invitadas una a una, se colocó un alfiler que amenazaba con desequilibrar el moño de su pelo y suspiró a media sonrisa. La sala estaba decorada con una orquesta de hiedras recién florecidas, que ofrecían a la luz de los ventanales enjambres de florecillas verde-amarillentas. El símbolo de la fidelidad.

No volvieron a hablarse. La casa fue haciéndose cada vez más pequeña para ellos. Quilliet convirtió la habitación en su fortaleza. Allí, entre cuadros amontonados que retiraba del resto de las estancias, vació docenas de botellas de jerez y rumió durante meses una soledad insoportable. Ni siquiera intentó reconciliarse con su esposa. Sabía que todo estaba definitivamente perdido y solo le quedaba esperar a que uno de los dos tuviera valor suficiente para abandonar el hogar. Una noche el chirrido de las ruedas de un carromato le despertó en medio de su sueño etílico. Corrió hacia la ventana y acertó a ver al coche perderse entre gotas de lluvia de verano que construían destellos blancos en las copas de las farolas de aceite. Los charcos aún temblaban por el paso de las ruedas. Salió a tientas de su refugio y bajó las escaleras, en dirección a la habitación de los niños. Tuvo que sortear algunos arcones de madera y cuero que inopinadamente habían sido trasladados al centro de los pasillos, como naves abandonadas a la deriva de las sombras. Catherine se había ido y sus hijos la acompañaban. Buscó por todos los rincones, entre los restos de lo que debió haber sido una huida precipitada. La mujer solo se había llevado lo imprescindible para pasar un par de días fuera de casa. Dondequiera que hubiera

ido, era evidente que alguien estaba esperándola. Quizá llevara meses preparando su marcha, adecentando otro hogar, organizando el menaje de otra casa para sus hijos, disponiéndolo todo a la espera de que llegara la noche final. Quilliet revolvió hasta el último cajón en busca de una explicación. Pero su esposa se había marchado sin dejar siquiera una nota. El hombre se arrodilló en el salón de la chimenea y, acodado sobre un sillón de cuero envejecido, trató de recordar la última vez que había besado a sus hijos. Y entonces le asaltó un pensamiento que ya nunca más iba a abandonarle: de todas las obras de arte fraudulentas que en la vida se había jactado de poseer, de todas las imposturas que había acumulado sin ningún tipo de escrúpulo, Catherine era la única que no podía soportar contemplar. Ella había sido también un lienzo falso, una copia como el cuadro de Del Fora, pero, al contrario de lo que le ocurría con el arte, a Frédéric le mataría la idea de haber perdido el original.

A la mañana siguiente despertó con los ojos hinchados y el cuerpo pálido de frío. El sol barrió de sombras la repisa de la chimenea para que pudiera verse lo que Catherine había colocado en ella: un ramillete de violetas lloraba frente al *Combate entre Amor y Castidad*.

—Creo que es tan bello que me da miedo. —Asunción miraba la tablilla de la que Frédéric acababa de contarle todo lo que sabía. Hizo un gesto con la mano sobre el edredón para que se sentase junto a ella en el borde de la cama. Así, los dos situados frente al cuadro, permanecieron en silencio unos minutos. La noche ceñía sobre Écija un cielo teñido de brea y la pareja se disponía a culminar el motivo por el que habían subido juntos a la habitación. Él sopló con suavidad las velas de un hachero de bronce que se apoyaba sobre la mesilla nacarada. Todas menos una, que pretendía dejar encendida mientras la llama permaneciera viva. De ese modo, hicieron el amor mirándose a los ojos hasta que el pabilo carbonizado cayó sobre el pebetero. Gozaron varias veces de su juventud y dejaron que sus cuerpos desnudos descansaran a la vista del viejo cuadro falso que un día compró Quilliet a un anticuario estafador en una calle de Reims.

Asunción se entregó pronto a un sueño profundo. Frédéric no pudo dormir en toda la noche. Aunque había cumplido la promesa de amor y arte que un día hizo a la joven ecijana, por primera vez sintió pena de ella. Pero no había nada que pudiera detener sus destinos. Así que se levantó con cuidado, se arropó con la camisa que yacía arrugada en el suelo y se acercó a la mesa de escritorio para encender otra vela. Bajo una pequeña caja de marroquinería donde guardaba gemelos y pinzas de corbata se escondía un papel amarillento. Lo desplegó con cuidado de no hacer ruido, mirando de vez en cuando al lecho donde se inflaba y desinflaba el vientre dormido de la mujer recién amada. Leyó para sí: era el inventario del próximo alijo de obras de contrabando que tenía previsto enviar a Francia. Tomó una pluma e incluyó entre ellas la tabla falsa de Del Fora. No quería volver a verla jamás. Al terminar, escondió de nuevo la lista bajo la caja. Apagó la luz y regresó a la cama para acostarse abrazado a Asunción, con los ojos como platos contemplando sus

propios recuerdos.

A la mañana siguiente, Asunción recibió las cosquillas de un rayo de sol rebotado en la espadaña de la iglesia de Santa Bárbara. Arrugó la nariz y notó el calor de dos cuerpos macerados bajo las sábanas. Aunque la estancia estaba fresca, sudaban. Vio a Frédéric tendido de costado, como si se hubiera quedado dormido contemplando el cuadro que tanto parecía amar. Necesitó estirar las piernas y sin cubrirse se acercó a la ventana del cuarto. Allí, echó un vistazo al amanecer ecijano ocultando su piel tras las cortinas. Jugó con la pasamanería, mientras veía reunirse a grupos de gorriones que bajaban a beber de los charcos de la plaza. Contempló su ciudad como desde la distancia, como si ya fuera una extranjera y se supiera a punto de partir para siempre. Y así ensimismada, oyó que Frédéric le hablaba, aunque no prestó atención a sus palabras. Intuyó que se trataba de requiebros fáciles de amante satisfecho. Cuando volvió de su viaje por los adoquines y los soportales, retomó el hilo de la conversación.

—Mira: si guiño el ojo derecho, compones un cuadro perfecto con la espadaña de la iglesia de Santa Bárbara al fondo. Si cierro el izquierdo, la tapan completamente *tes fesses*.

—¿Tes qué?

—Tus posaderas, querida, tus pálidas, suaves y preciosas posaderas.

Capítulo 27

—Ahora creo, después de todo este tiempo, que volveré un día a Francia. Tal vez, incluso, a París. Allí tengo algunas buenas amistades de los meses en los que mi hermano me dejó a cargo de los asuntos domésticos mientras él se dedicaba a conquistar el extremo oriental de nuestro imperio.

El rey mira a James de arriba abajo. Por primera vez repara en que es un joven de aspecto cansado. Tiene los ojos apoyados sobre dos grandes bolsas deshidratadas de un color violeta mortecino. Las botas rezuman más suciedad de la soportable. Trata de abrigarse inútilmente con un guardapolvo tan gastado que casi se transparenta. De hecho, lo hace a la altura de un par de costurones en el faldón. Ese hombre es demasiado joven como para arrojar un aspecto tan triste. Amarrada al cinturón, asoma la culata de un pistolón. El rey busca con la mirada al soldado que hace tiempo guarda la puerta de la casona y que ni se ha movido durante toda la conversación. Se siente seguro y pregunta:

—¿Y tú, volverás a tu joven tierra?

—Hasta hace muy poco no tenía la menor intención de hacerlo, Majestad.

—Hasta hace muy poco... ¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Cosas que pasan.

Sin que ambos hombres se hayan dado cuenta, los mochuelos han dejado de arrojar sus gritos fantasmagóricos a lo lejos. Eso quiere decir que está a punto de amanecer. Hay ya una invisible capa de humedad sobre las hojas de los árboles y en el cielo las estrellas se vuelven cada vez más transparentes, incapaces de competir con la luz del nuevo sol que aún no ha mostrado sus primeros rayos. James se levanta y pierde la mirada en el fondo del bosque, que solo le devuelve sombras informes y un olor a rocío recién posado. Allí plantado, parece el vigía de una nao buscando islas diminutas en un horizonte de acebuches.

—Me da miedo el mar. —Está iniciando una confesión que no había podido realizar antes ante ningún ser humano—. Los que no han estado nunca a bordo de un barco difícilmente podrán entender lo que pasa por mi cabeza y por mis venas al pensar en el océano. Y los que hayan estado y no lo teman me considerarán un loco o un estúpido.

James habla sin dejar de mirar al interior de la arboleda. La mirada fija en la noche

mugiente. La voz muy muy pausada.

—Al subirse a un barco y dejar que los vientos le arrastren tan lejos de su tierra que no pueda verla, al ser consciente de que las próximas semanas de su existencia va a pasarlas bailando la danza maldita de las olas, al llegar al punto de ser incapaz de diferenciar el color del cielo y el de la tierra, un hombre se enfrenta a la más dura de sus huidas. Todo el mundo escapa de algo en un barco. Unos escapan del mar y otros escapan de la tierra. La nave que me sacó de mi país rumbo a la Europa de la que todo lo desconocía iba cargada de ciudadanos americanos deseosos de emprender una nueva vida. Había familias que portaban todas sus pertenencias en paquetes arropados con mantas nuevas, hombres solitarios ovillando en sus mentes su propia empresa, el motivo íntimo que los había conducido a lanzarse al océano: comerciantes, científicos, políticos, buscavidas, enamorados, recolectores de almas, asesinos. Todos contaban las horas que los separaban de su destino, fuera cual fuere. Y con cada milla de mar que el barco se tragaba bajo su panza, más cerca se hallaban del comienzo de su nueva vida. Huían inconscientemente de las aguas, anhelando poner pie en la tierra de su futuro.

»Junto a ellos, la tripulación hacía justo lo contrario. Los marineros huyen de la tierra. Son hombres diferentes a todos los demás habitantes del planeta. Quizá, porque pasan muy poco tiempo de su vida con los pies en el suelo. Viven a medio camino entre la rudeza de la madera y la levedad del agua. Inasibles como el viento y macizos como el corazón de acero de las anclas, en sus caras no hay arrugas, sino pliegues de velas envejecidas. No son peces, pero se escurren como tales entre los dedos de quien pretende apresarlos. No son aves, pero ven el mundo desde la altura de las nubes sin necesidad de desplegar las alas. No es el tiempo el que deja huella en sus rostros como al resto de los mortales, sino el salitre, el azote de los vientos, la salpicadura de las olas que se van acumulando en la piel como capas de moluscos sobre los escollos. En su camino, inverso al de los demás pasajeros, se sienten más felices cuanto más lejos de la costa navegan y se amarran al tacto áspero de la madera y al olor picante de la trementina para no volver a casa. He visto a marineros viejos hablarle a la base de un mástil como quien habla a la mujer amada. Abrazarse al cuerpo frío y barnizado que sujeta las velas y llorar junto a él. Porque en el reducido espacio de un barco entre el inmenso mar y las estrellas, uno solo puede fiarse de las cosas que no tienen vida. De los aparejos, las sogas, los cedazos, las cadenas, los baldes, las balas de cañón. Un barco es una ciudad errante plagada de fugitivos.

—Y tú, ¿también huías?

El rey observa la espalda de James. Piensa que es un hombre brillante y que la madrugada va a impedirle, sin duda, disfrutar de una buena conversación que apenas acaba de comenzar. El americano se gira y con el gesto serio como la mirada de un águila relata:

—Subí al barco que me arrancó de Nueva York como quien compra un billete para

el teatro. No tenía ni idea de lo que iba a encontrarme cuando se alzara el telón, pero estaba seguro de que sería mejor que lo que dejaba a mis espaldas. El primer día busqué la esquina menos transitada de cubierta y, arrebujado en mi petate, pasé toda la singladura sin hablar con nadie. Los pasajeros debieron de pensar que estaba loco. O que era un criminal prófugo de la justicia. En alguna de las dos cosas quizá tuvieran razón.

»La noche me sorprendió tratando de mantener la verticalidad sin sujetarme en la borda contra el balanceo de las lentas y misteriosas olas. Era un estúpido juego al que me había entregado para no oír mis propios pensamientos. De golpe, el cielo se descubrió con una erupción de estrellas que no había visto jamás. El oficial de guardia abandonó la cubierta y dio permiso a algunos marineros para que se relajaran paseando entre los barriles y los mástiles. Intercambiaban tabaco de mascar, chistes obscenos y algún trago de licor.

El rey interrumpió ufano:

—¡Ah! El ambiente marinero, siempre tan terrenal e incomprensible. Sé de lo que me hablas, amigo, sé bien de lo que me hablas.

—Recuerdo que entonces una voz rasgó el aire detrás de mi nuca. «¿Qué, se marea?» Me volví de un respingo al modo de los niños a los que acaban de sorprenderles haciendo una travesura. Intenté justificar mi actitud infantil pero no me dio tiempo. El marinero me tendió un paquete de su tabaco y me dejó coger un trozo. «Recién comprado en el puerto. Aproveche ahora que aún está seco. Dentro de tres o cuatro singladuras se habrá vuelto verde, tendrá sabor a bacalao y empezará a pudrirnos el aliento.» Isaías era el contramaestre del barco. Un viejo lobo de mar nacido en las Azores y que empezó a surcar océanos antes de aprender a hablar. «Me he estado fijando en usted todo el viaje. No parece que tenga muchas ganas de mezclarse con el pasaje.»

»Me excusé tratando de ser cortés. Cualquier estupidez sobre que era mi primera travesía en alta mar, o algo así.

»“No tiene que pedir perdón por nada, caballero. Aquí no rigen las mismas leyes que en tierra firme. No está obligado a ser amigo de nadie.”

»Se acercó un poco más y parte del brillo de una lámpara de aceite colgada de un mástil aclaró sus facciones. La frente de Isaías mostraba las arrugas de una vida demasiado larga. Pero eran arrugas diferentes a las que puedes contemplar en el rostro de un anciano en tierra. A los hombres del mar no les marcan las preocupaciones de la vida, las despedidas, la muerte de los hijos, las ausencias, las deudas ni las enfermedades. Sus arrugas son muescas provocadas por otro tipo de dramas. Son el recuerdo de una noche de tormenta, la huella de miles de horas sin hablar, el miedo a la calma chicha, la negociación extenuante con las olas, el estremecedor encuentro con los piratas, la monotonía.

Hace tiempo que James habla con voz queda. Y el rey lo nota. A veces, una sutil ráfaga de viento es suficiente para borrar algunas sílabas del discurso del americano. Es como si estuviera hablando solo para sí mismo. José I se aproxima para escuchar mejor.

—Isaías y yo estuvimos mucho tiempo juntos y sin hablar. Él se afanaba en las tareas de contramaestrazgo. Corría gritando de un lado a otro del barco mientras hubiera sol, asegurándose de que todos los aparejos anduvieran en su sitio y todos los hombres supieran cómo usarlos. Entraba y salía del pañol de un salto, lo mismo cargado con un calabrote que con un barril de brea. Yo lo contemplaba desde el castillo de proa, adonde me dejaban encaramarme de cuando en cuando y se me pasaban así las horas muertas. De noche, cuando la faena decaía, nos encontrábamos en la esquina de siempre, pegados al balaustre, y nos sentábamos a masticar tabaco, contemplar las estrellas, escuchar el grito del viento sobre la piel del mar y no decirnos ni una palabra.

»No sabría decir cuántas jornadas pasamos así. Pero lo cierto es que ambos terminamos entendiendo los motivos por los que no nos apetecía hablar. Y ambos los respetamos.

»Una tarde, mientras arreaba a la marinería con furia para que mantuvieran tensa la jarcia muerta, Isaías pasó cerca de donde yo zascandileaba y me habló como si hubiéramos estado charlando toda la vida.

»“No creo que eso que te ronda la cabeza sea buena idea. Yo que tú me lo pensaría bien y así hayamos tocado suelo en Plymouth Dock, buscaría un barco de vuelta a casa. ¡Qué diantres pintas tú en Europa!”

»Por un instante pensé que a ese hombre le había conocido antes de subir al barco, pero era absolutamente imposible. ¿Había leído mis pensamientos? Desde esa tarde nos reuníamos como siempre al pie del balaustre, pero para charlar. Él me contaba historias de marineros y yo le entretenía con cuentos inventados de médicos y autopsias. Isaías es el único hombre del mundo que sabe por qué hui de Nueva York.

—¿Entonces huías? Has terminado confesando, americano.

Las palabras del rey son cualquier cosa menos oportunas. Pero James está dispuesto a seguir con su relato. Parece en trance, como si estuviera demasiado cansado de albergar su secreto y fuera a vomitarlo repentinamente.

—Trece días después de zarpar, Isaías era mi mejor amigo en el mundo. Aunque el mundo se redujera a un artefacto de madera y lona flotando a duras penas en medio del Atlántico. Aprendí a pasar el día entero sin hablar con nadie y esperar a que las estrellas tiñeran con su sarampión brillante el cielo para charlar un rato con Isaías. Fue el mejor bálsamo contra mis mareos, mis temores y mis dudas.

—Puedo dar fe de que te cuesta hablar. Llevamos toda la noche al raso y creo que es la primera vez que oigo más de tres frases seguidas de tu boca.

LA NOCHE DEL REY

El rey hace un gesto al soldado de la puerta y este lo interpreta al segundo. Desaparece un instante para volver con una jarra de agua fresca y dos vasos de barro bastos, rugosos, impropios del equipaje de un monarca. Es José mismo el que sirve. Entrega el vaso a James con un gesto para que continúe la historia.

—No sé si es bueno que me sirva un rey.

—No eres el primer súbdito al que le lleno el vaso.

—En realidad no sé si es bueno que me sirva nadie.

James ha dejado caer la frase con miedo. Como si necesitase continuar pero temiese ser demasiado explícito. En cualquier caso, el rey no presta ya atención a sus palabras.

—Quiero decir que me persigue una suerte de maldición. Todo aquel que confía en mí termina mal.

—Tienes miedo a hablar tanto como temes al mar...

—El mar me trae malos recuerdos.

—¿Has viajado mucho por él?

—Solo dos veces.

—¿Y la tercera será la que te devuelva a tu patria?

James sonrío.

—Si hay tercera, será la última.

El rey se aproxima a su inesperado huésped y se atreve a ponerle la mano en el hombro. Le conmina así a que se siente a su lado, sobre una piedra que ya está humedecida de rocío y que moja las reales posaderas.

—¿Qué te pasó en ese barco?

James mira al rey y por tercera vez en su vida se siente con ánimo de entregarse a alguien.

—Llevábamos diecisiete días de navegación. Era de noche. Isaías y yo compartíamos el tabaco, que, tal como había pronosticado, ya estaba rancio y amargaba el aliento como un racimo de algarrobas sin macerar. A nuestros pies, un pellejo de ron conservaba los últimos sorbos. Cuando lo termináramos, estaríamos condenados a la abstinencia hasta llegar a las costas inglesas. Las olas nos mecían tranquilamente. No había que temer ni un mal movimiento ni la amenaza de la calma chicha. Así que la mayoría de la tripulación dormitaba y el pasaje hacía tiempo que se había acostumbrado a pasar la noche roncando. Se nos agotaban los temas de conversación y, de vez en cuando, nos levantábamos a estirar las piernas y mirar por la borda.

»Fue entonces cuando Isaías percibió algo que solo los lobos de mar son capaces

de ver. Entre el avispero de estrellas que flotaba un palmo por encima del horizonte, una brillaba con mayor intensidad. Isaías estiró el cuello apoyando sus manos sobre la borda. Medio cuerpo le asomaba como una gárgola a punto de caer al mar. Miró hacia un lado y luego hacia otro y, sin decirme nada, salió corriendo al camarote del capitán.

»Al rato, toda la tripulación estaba en cubierta como si hubieran tocado diana y los pasajeros empezaron a asomar somnolientos, protegiéndose con mantas y rebecas y lanzándose miradas de incompreensión. Yo traté de reclamar alguna explicación a mi amigo, pero me miró con rostro severo como pidiéndome que no preguntara. No tardó mucho, sin embargo, en conocerse la noticia. Aquella estrella más brillante de lo habitual era en realidad el farol del palo mayor de otro barco. En medio del océano, en la noche descubierta, con viento suave y sin posibilidad de realizar una maniobra rápida de alejamiento, aquello solo podría significar dos cosas. Buenas o malas noticias.

—Piratas o amigos —dijo el rey.

—Fueron buenas. Pasados unos minutos de incertidumbre, las luces empezaron a mostrar el perfil de una nave inglesa de camino a Filadelfia. Se acercó lo suficiente para que los dos capitanes, erguidos en el alcázar de popa, gritaran a la noche bocina en mano. Las velas plegadas permitieron el acercamiento pausado y seguro. «¡Nombre del barco!» «Y ¿quién responde de él como capitán?» Se intercambiaban informaciones tranquilizadoras mientras las quillas componían dos líneas perfectamente paralelas, cada una apuntando en una dirección. «¡Puerto de procedencia y destino!» Los pabellones en alto apenas se vislumbraban en la oscuridad. Pero ambos capitanes se fiaban. «¿Cuánto tiempo llevan de travesía?» Desde el otro barco, la voz atiplada por la bocina respondió: «Treinta días con sus treinta noches».

»En circunstancias normales, según me informaba Isaías, la conversación no habría durado mucho más. Pero entonces, desde el otro barco, el capitán solicitó atención. A bordo llevaban a una mujer encinta que necesitaba regresar a Inglaterra. El tiempo que les quedaba de viaje hacía imposible soñar con llegar a tierra antes de que la madre, la criatura o ambas murieran. Solo podría salvarles que nuestro velero alcanzara la costa de vuelta antes de que la tragedia ocurriera.

»El capitán de nuestro barco llamó a Isaías e hizo algunas averiguaciones sobre la ruta y los víveres que nos quedaban. Y aceptó recoger a la infortunada. Así que ambas naves se aproximaron lo suficiente como para que una pasarela sirviera de puente a la dama.

»Isaías cruzó a la embarcación vecina. Ayudó a la mujer a encaramarse a la tabla y la acompañó a nuestra cubierta. Cuando ella ya había saltado, un golpe de mar movió ambas bordas sobre las que la pasarela se asentaba inestable. Con tan mala fortuna que Isaías perdió pie, y se precipitó a la negrura del océano.

LA NOCHE DEL REY

»Los gritos de “hombre al agua” aún retumban en mis tímpanos de vez en cuando. Nos arremolinamos en la borda para mirar hacia abajo. Pero la noche era tan cerrada que no podía verse nada que estuviera a menos de un metro. Isaías no sabía nadar. Llevaba desde que le salieron los primeros dientes de leche encima de un barco, pero nunca había metido la cabeza bajo el agua del mar. Así que su cuerpo se perdió en la balsa negra entre los dos barcos sin que siquiera se oyera un grito. Los capitanes se miraron un instante. Trataron de buscar un cabo que sirviera de ayuda, un barril vacío que al menos hubiera hecho las veces de bote salvavidas. Pero en el gesto se apreciaba que no había nada que hacer. Bajo las aguas zainas la corriente habría arrastrado el cuerpo de mi amigo hasta el fondo del mar, sin intención de volver a escupirlo en unas cuantas millas.

—Tuvo que ser duro. Lo siento.

—Eso no fue lo más duro. El resto del viaje lo realicé sin pronunciar una sola palabra. Acudía a comer y cenar al pabellón de pasajeros cada día y cumplía los trámites exigidos a bordo, pero no hablé. No tenía nada que decir. Observé a la mujer embarazada convertirse en la estrella de todas las reuniones. Mejorar su aspecto cada día, reconfortada por la expectativa de parir a su hijo en la tierra de la que nunca debió salir. Y confieso que en ocasiones deseé lo peor para ella. Me enfurecía verla tan sana y risueña cuando el hombre que le había tendido la mano hacia la salvación yacía en las tinieblas del océano sin que aparentemente nadie se acordara de él. Yo enfermaba de celos. De unos celos que nunca antes había experimentado, ni siquiera por una mujer. Y los días pasaban y el barco continuaba rasgando las olas hacia un destino del que no conocía nada en absoluto.

»Una tarde, cuando el sol picaba en lo más alto, herido por la punta del palo mayor, el agua empezó a cambiar de color y los marineros comenzaron a corretear nerviosos por la cubierta, como si no supieran qué debían hacer. Lo sabían perfectamente. La espuma de las olas comenzó a mancharse con briznas de ramajes podridos y pedacitos de madera invadidos de algas. Era como si una legión de sirenas hubiera removido el lecho marino ensuciando las cristalinas aguas verdes. Como si hubiera llovido barro sobre la cresta de las olas. En realidad lo que ocurría es que nos acercábamos a tierra. Sospecha que terminó de constatarse cuando entre las nubes amarillentas serpenteó la silueta de una bandada de patos gritando histéricamente. El viaje estaba a punto de terminar. La tarde se antojaba aún lo bastante larga como para poner proa hacia oriente y alcanzar las costas británicas antes del anochecer. Con las velas tan hinchadas que pareciera que iban a reventar, recorrimos las últimas leguas volando sobre el océano.

»Entre los pasajeros la excitación era insoportable. Las mujeres empezaron a reír con grititos y los hombres paseaban de lado a lado del barco con las manos en la espalda, la cabeza bamboleando al compás de las horas y la mirada fija en los botines. Se amarraron los equipajes y poco a poco todos los habitantes de la ciudad

flotante se hicieron un hueco cerca del balaustre de proa, exactamente donde Isaías y yo solíamos sentarnos a charlar por las noches. Se hicieron apuestas para ver quién sería el primero en divisar la mancha de la costa sobre el horizonte gris. Y no tardó en aflorar la imagen difuminada del puerto de Plymouth.

»He de reconocer que no presté la menor atención al juego. Me limité a mirar hacia delante y contemplar cómo se acercaba el puerto. Primero un borrón informe, luego una silueta perfilada de casuchas y almacenes. Por fin, el frenesí de almas que recorrían los *docks* como hormigas trasladando todos sus bienes a las cercanías del hormiguero.

»Esperé a que todo el pasaje hubiera bajado. Preparé mi petate sin prisa y recorrí el barco de popa a proa antes de abandonarlo. Me despedí con un gesto de los marineros y bajé a tierra lentamente. Por la escalinata me dio tiempo a pensar. Y empecé a echar de menos la vida en alta mar. Aún no había pisado tierra y llegué a pensar que podía pasar toda mi vida a bordo, en ese mundo minúsculo entre las estrellas y el abismo del océano, en el que todas las cosas tienen un porqué. Isaías me había aconsejado que, una vez tocase suelo firme, buscara el siguiente barco de vuelta a casa. Pero en realidad no lo decía para que regresara a mi hogar. Entendía ahora de lo que me estaba alertando. El hombre que huye de sí mismo no encuentra consuelo en tierra, da igual cuál sea el continente que pise. Su única salvación está en huir siempre. Y solo pueden huir siempre los lobos de mar.

»Me giré y tuve la intención de volver sobre mis pasos, para pedir trabajo al capitán. Para enrolarme en su barco cualquiera que fuera su destino. Entonces, un grito de mujer tronó en el puerto. Era la joven embarazada, que miraba con palidez mortecina al barco que acababa de abandonar.

»Un marinero había recogido una de las vergas de estribor de la que colgaba un amasijo de algas y un objeto espantosamente reconocible. El cuerpo de Isaías se había quedado enganchado en la panza del barco y había viajado con nosotros hasta Plymouth. Ahora, la sogas lo había pescado sin pretenderlo y lo exhibía a los transeúntes. Comido por los peces, arrugado e inflado como un globo. Su piel verde se crispaba en torno a los labios y configuraba una macabra sonrisa de dientes negros. El olor a podredumbre llegó hasta mí justo en el momento en el que estaba a punto de pedir permiso al capitán para volver como parte de su tripulación a Nueva York. Isaías me miraba sin ojos desde el cabo que se balanceaba barriendo el costado del barco. Y así me hizo el último favor. Advertirme que diera media vuelta, que echara a andar todo lo deprisa que pudiera y que no volviera a subirme a un barco en toda mi vida.

Capítulo 28

«No come como un soldado. O al menos como los soldados que entran de golpe en los cafés de La Isla y piden a gritos un plato de sopa y un jarro de vino. Él acaricia la cuchara de plata con tres dedos, cogiéndola por la punta del mango, y se la lleva a la boca despacio, con el meñique erizado al aire. Es delicado como el viento que mueve los visillos del cuarto cuando abrimos la ventana por la mañana después de haber hecho el amor toda la noche.» Fernanda Caro Riquelme pensaba casi en voz alta al contemplar a Gonzalo durante la comida. Compartían un puchero de cocido escondidos en la buhardilla, tratando de hacer el menor ruido posible con los cubiertos y la loza. Hablaban muy bajo y se aguantaban la risa de vez en cuando. Era prácticamente imposible que ningún criado los pudiera oír y, de hacerlo, Fernanda tenía una confianza ciega en la discreción de sus empleados, pero las cosas habían cambiado mucho en la Isla de León desde que llegaron los primeros soldados de la avanzadilla de Alburquerque y lo mejor era tomar todo tipo de precauciones.

—Don Jeremías, el dueño de la casa de enfrente, ha tenido que marcharse —susurró la dama—. Una partida de fusileros de Alburquerque sorprendió a tres de sus criados portando moneda con la efigie de José. Los ejecutaron en medio de la calle sin pedir explicaciones. Ahora pesa sobre toda la familia la sospecha de afrancesamiento. Ya ves, Jeremías Villalobos, que nunca se ha metido en política. ¡Pero si ni siquiera se dejaba caer por las tertulias!

Gonzalo miraba a Fernanda con gesto contrariado y seguía comiendo.

—Ya está todo preparado. Para mañana hemos concertado la última reunión Isidoro, Martín Mariños y yo. Parece que Mariños tiene una calesa dispuesta para partir cuando queramos. El señor Uriarte ha de dar algunas instrucciones para que en el camino hasta Écija no nos demore ninguna patrulla francesa. Basta con que decidamos la fecha y saldremos de esta ratonera para siempre.

—¿Y a Mariños quién le ha dado vela en este entierro?

—Nos viene bien tener a un hombre de la Junta a nuestro lado. No sabemos qué vamos a encontrarnos ahí fuera. Hay tantas probabilidades de toparnos con una patrulla de dragones que con el mismísimo Alburquerque esperándonos al otro lado del puente de Zuazo. El hombre anda preocupado y con prisa por ir a Écija. Al parecer, ha recibido una carta de una sobrina suya que le tiene robado el sueño desde hace unos días.

—¿Y sabes qué dice esa carta?

—No tengo ni idea. Cuando la recibió estaba Isidoro presente. Solo me ha dicho que empalideció como si le hubiera dado una alferecía, se metió el papel en el bolsillo, y se excusó del salón.

—Nadie puede esperar nada bueno de una carta estos días.

—No tires la toalla, Gonzalo. El mundo va a cambiar de la noche a la mañana y te prometo que nosotros estaremos en el bando correcto.

Gonzalo dejó cuidadosamente la cuchara en el bajoplateo de porcelana color vainilla y se levantó limpiándose los labios a base de pequeños golpecitos de servilleta. Mientras se acercaba a la ventana, hurgó en el bolsillo del pantalón, sacó una pipa apagada de madera negra y absorbió para extraerle algo del aroma de un tabaco que hacía semanas había desaparecido.

—No me hace ninguna gracia huir. Y menos si tengo que hacerlo escondido bajo las faldas de un traidor como Uriarte y de una...

—De una mujer como yo.

—Maldita sea, Fernanda, soy un soldado. Todavía visto el uniforme de la Guardia Real. —Estiró levemente un pellizco de pantalón como para querer mostrarlo—. Debería estar uniéndome a las tropas de Albuquerque en lugar de aceptar la comida que me cocinan tus criados.

Lo decía sin violencia, sin un ápice de reproche a su amada. Pero con una profunda pena agarrada a la garganta. La pena de un hombre vencido por la frustración al que solo le queda tratar de impostar un discurso digno.

—Eres un desaparecido, cariño. Nadie te tendrá en cuenta ya en sus filas.

—Pero seguro que todavía puedo hacer algo por salvar mi honra. Puedo quedarme aquí durante el asedio y trabajar de incógnito entre las líneas. Puedo pasar información anónima. Precisamente porque no pertenezco a ningún ejército puedo serle valioso a Albuquerque. Necesitará de algún que otro loco dispuesto a atravesar la marisma haciéndose pasar por pescador y tomar nota de las posiciones de los cañones gabachos. Algo de valor habrá de quedarme antes de huir como una rata.

—Isidoro dice que se prevé un asedio largo y duro. Que Soult y los suyos están dispuestos a matarnos a todos de hambre. Cada mañana se dejan ver a caballo varias docenas de franceses en la entrada del puente de Zuazo. Es el aviso definitivo, hay que irse.

—Isidoro, Isidoro... Qué le has dado esta vez para que te regale tantas informaciones.

Gonzalo se quedó mirando a Fernanda un segundo. Ella buscó en sus ojos un brillo siquiera tenue de arrepentimiento. Pero no lo halló, y terminó bajando la

mirada para que él no percibiera que le había hecho demasiado daño. El hombre se acercó a la mesa, permaneció de pie a la espalda de Fernanda y apoyándose en sus hombros, siguió hablando.

—Tú no sabes de qué cosas horribles son capaces los franceses. Solo has tenido que tratar con lo más ilustre y educado de su tribu. Pero puedo asegurarte que junto a esos hombres y mujeres refinados que han venido a rociar tus tertulias de perfumes caros y conversaciones sobre moda viaja una horda de soldados salvajes comandados por el emperador más fiero que ha conocido la historia. ¿Te suena de algo Austerlitz? ¿Te suena el nombre de Grande Armée? Esos hombres han gastado sus botas en los más fieros campos de batalla del mundo. Pero han encontrado la horma de su zapato en un ejército mal entrenado, desorganizado y borracho como el nuestro. Sí, éramos una partida de gañanes, pero hemos detenido al dragón a las puertas de la victoria.

—Tú ya no perteneces a ese mundo, amor. Quítatelo ya de la cabeza.

Gonzalo hace un gesto cariñoso como para pedir que no le interrumpan.

—El dragón al que me refiero es un dragón herido y, por lo tanto, peligroso. Antes de morir va a soltar un zarpazo despiadado. Y necesitaremos toda la fuerza que podamos atesorar. Mientras tanto, yo me dispongo a huir con un afrancesado mentiroso y cobarde, un patriota acabado y cojo y una mujer a la que amo.

—No vas a huir, Gonzalo, vas a emprender una nueva vida.

—¿Cuando aún no he podido completar la misión que tenía encomendada en la otra? Poco antes de convertirme en un desaparecido había jurado encontrarme cara a cara con Soult y ser yo mismo el que le clavara la bayoneta que le llevara al infierno.

—¡Tonterías propias de la soldadesca! —Fernanda se giró para acariciar los rizos dorados de su hombre—. Esas ideas parecen de un cadete iluso. No de un caballero de la Guardia Real... ¡Matar a Soult!

—Sé que es una estupidez. Pero me lo juré en Andújar. ¿Has oído hablar del Hospital de la Misericordia? A sus puertas decidí no rendirme hasta ver a José I salir corriendo por los Pirineos o enterrado en una fosa común. Las tropas gabachas rondaban Andújar desde hacía días y, en lugar de atacar valientemente, se dedicaron a merodear y hacer correr el rumor de que la invasión era inminente. Lograron el efecto deseado. Empezaron a huir los más pudientes, las familias de nobles y comerciantes ricos que gozaban de alojamiento propio más al sur. Luego los funcionarios y luego el resto de la población. Cuando llegamos nosotros, Andújar parecía un pueblo fantasma. Desde una de las laderas, se veía una columna de humo negro más espesa de las que habitualmente decoran el campo de batalla. El capitán del batallón nos ordenó a tres guardias y a mí que nos acercáramos a inspeccionar. Procedía de las entrañas del Hospital de la Misericordia. A cien metros de la valla que da entrada al edificio, un hombre de unos setenta años, vestido con dos pedazos de tela sucia, delgado como mi dedo meñique y embadurnado de hollín salió

corriendo y dando gritos hacia el interior. Tenía la mismísima estampa de un buitre vigía. ¿Los has visto alguna vez? Los buitres colocan algunos individuos de la familia en lugares estratégicos alrededor de la buitrera, vigilando. Cuando se acerca algún ser humano alzan el vuelo y avisan a sus congéneres del peligro. Aquel anciano era un buitre vigilando las proximidades del hospital.

»Seguimos avanzando sorprendidos por el silencio extremo que nos acompañaba. Solo oíamos algunas ráfagas de viento que movían las ramas de los tejos y de vez en cuando el retumbar de algún tablón de madera en los edificios ruinosos de la calle.

— ¿No había nadie por las calles?

— Si lo había, estaban escondidos. Pudimos entrar en el hospital retirando una empalizada que alguien había improvisado con maderas corroídas. En el salón de recepción, nos estaba aguardando una sorpresa. Docenas de enfermos se arremolinaban en torno a una gigantesca hoguera. Tullidos, amarillentos, con el pelo largo y alborotado de semanas sin cuidar. Nos miraban asustados desde el interior de la sala, pegándose unas espaldas a otras, en busca de protección. El olor a orina y sudor era insoportable. El fuego que les servía de cobijo estaba alimentado con sábanas, restos de muebles y alimañas muertas.

— ¡Qué espanto! No tienes por qué recordar esas cosas. Todo esto va a pasar.

Fernanda abrazó a Gonzalo y le ofreció su pecho para apoyar la cabeza como hubiera hecho una madre.

— No tengo por qué olvidarlas. Aquellos pobres diablos eran pacientes del hospital que habían sido abandonados a su suerte en cuanto los franceses asomaron el hocico por Andújar. Los médicos, las monjas y los asistentes pusieron tierra de por medio temerosos de los horrores de la invasión y dejaron en medio de la nada a los más débiles, a los que no podrían resistir una mudanza. ¡Quién sabe las penurias que debieron pasar antes de que llegara la ayuda del ejército!

»Si ahora renuncio a luchar, jamás me lo perdonaré. Habré hecho lo mismo que hicieron aquellos médicos cobardes que decidieron salvar sus posaderas antes que cumplir la obligación que el destino había depositado en sus manos.

— No puedes juzgarte a ti mismo por lo que otros han sido incapaces de afrontar. Tú ya has entregado tu ración de sacrificio a España. Y España no te lo va a agradecer sino con la horca. No vas a servir de nada a nadie encerrado en esta maldita isla.

Al otro lado de los muros de la habitación, el tintineo de unos vasos de cristal sobresaltó a la pareja. Un criado pasaba de habitación en habitación llevando un carro con la cristalería de gala. Fernanda soltó a Gonzalo y corrió a pegar el oído a la puerta.

— No es nada, algún criado poco cuidadoso. Mira, Gonzalo, mañana voy a ver a Mariños y a Uriarte y les voy a decir que partimos cuanto antes. En esta casa ya no

LA NOCHE DEL REY

estamos seguros. Un mal día nos van a sorprender aquí dentro. ¿Crees que los criados son estúpidos? ¿Crees que no se extrañan de mi manía recién adquirida de comer sola en la buhardilla y no dejar ni un resto de cocido?

Se volvió a acercarse al soldado, casi corriendo, y se abrazó a él como una Magdalena suplicante.

—Yo ya no puedo seguir viviendo aquí. He perdido todas mis opciones de supervivencia. Los franceses no confiarán en una mujer que ha recibido en su casa al mismísimo embajador inglés y a miembros de la Junta española. Y los hombres de Alburquerque estarán deseosos de limpiar La Isla de supuestos espías gabachos. Cualquier excusa es buena. ¿No viste lo que les pasó a los pobres criados de Jeremías? Soy una mujer muerta, cariño. Y ni siquiera llevo uniforme.

Se besaron. Sus labios apretados temblaban sin saber si era a causa de la pasión o del miedo. Ella cerró los ojos. Pero él los mantuvo insoportablemente abiertos. Al final del largo beso, Fernanda se fijó en la mirada de su amado y, solo en ese instante, comprendió que si quería abandonar La Isla debería hacerlo sola. Su Gonzalo, el bello guardia real que cayó por azar como un ave herida en el jardín de su casa, no estaba dispuesto a acompañarla.

Capítulo 29

—Tengo que dejarte. Hay mucho ajeteo hoy en las proximidades de Écija y el rey debe tener noticias de sus cuadros. Pero si me das un beso de despedida lo conservaré fresco todo el día hasta que esta noche pueda venir a devolvértelo.

Asunción, que se había cubierto con las sábanas y paseaba su silueta adormecida por el cuarto, sonrió. Y lanzó un beso al aire para que Quilliet jugara a atraparlo.

—Esta noche trabajabas en tu escritorio. Te has acostado muy tarde.

—Su Majestad tiene prisa por poner en marcha el museo. No está muy seguro de que las circunstancias en Cádiz le sean favorables a corto plazo. Quiere actuar, anunciar a los cuatro vientos su legado a España. Ahora me necesita más que nunca. Estaba ordenando el catálogo de obras que hemos de requisar. Por cierto, gracias por recordármelo... ya me lo dejaba en la mesa.

Frédéric tomó apresuradamente algunas cuartillas ocultas en su escritorio y se acercó a la joven para despedirse. Fundieron sus labios un instante justo cuando en el campanario de la iglesia de Santa Bárbara tañían las ocho de la mañana.

—Benita debe de estar aún esperándome en la puerta. ¡Pobrecilla!

Asunción se conmovió y corrió a recoger sus vestimentas desperdigadas al pie de la cama.

—Que tengas un buen día, cariño.

Se despidió de él sin mirarle, presa ya de la ansiedad por regresar a casa antes de levantar sospechas. Efectivamente, Benita había pasado toda la noche arrebujada en el portón de entrada de la casa, durmiendo con un ojo abierto más temerosa que su ama de la llegada de algún conocido. Sin quererlo, había caído sobre sus espaldas la responsabilidad de velar por el honor de la familia. Y ella lo aceptaba con resignación. Al fin y al cabo, Asunción era en buena medida su proyecto vital, la hija que nunca tuvo.

Cuando Asunción se hubo vestido, salió presta de la habitación y, como una niña temerosa de que la sorprendan robando un dulce, correteó escalera abajo a pasos cortos y casi inaudibles. Pasó sin advertirlo por encima de un sobre cerrado sin lacra que yacía en la moqueta del penúltimo peldaño. Y solo cuando se detuvo un par de metros más abajo reparó en su existencia. Se giró, atraída por el blanco papel en el suelo y pensó que Quilliet había perdido uno de sus documentos antes de salir.

LA NOCHE DEL REY

Así que volvió sobre sus pasos para recogerlo y dejarlo de nuevo en el escritorio. Subió una vez más con prisa y al detenerse ante la mesa de trabajo de su amado no pudo evitar sentir la tentación de investigar el contenido del sobre. Lo abrió con sutileza y leyó, convencida de que encontraría algún eximio ejemplar de la dura tarea de Frédéric como hombre de confianza del rey José, el cerebro en el que la Corona había depositado la responsabilidad de confeccionar el mejor catálogo de obras de arte que jamás se había juntado.

Monsieur Le Brun, el trabajo aquí está prácticamente terminado. Ayer mismo llegaron a mi poder un barro de Torrigiano que bien pudiera ser el ansiado San Jerónimo sevillano, y una Virgen con Niño de Luis Morales. Una delicia. Creo poder afirmar que es auténtica. A quien tenga la suerte de poseerla le conmoverá tanto como a mí me ha conmovido el detalle casi flamenco con el que el autor cosió pedazos de luz en el reposado rostro de la Madre.

He ordenado que estas dos obras se incluyan en la próxima partida. Junto a ellas, es mi deseo que también viaje una pequeñez de Del Fora, sin valor alguno. Una mala copia de la batalla entre Amor y Castidad por la que no podremos pedir mucho dinero, pero que a buen seguro servirá para decorar el salón de alguna dama parisina.

Por motivos de seguridad, hemos de cambiar el lugar de la entrega. Encontrará un mapa en este mismo sobre con todos los detalles. Algunos perros de presa de la camarilla del rey empiezan a hacer demasiadas preguntas sobre el estado de las colecciones para el museo. Temo que puedan estar sospechando algo. Mejor será andarse con cuidado. Queda muy poco para que podamos volver a Francia y olvidarnos de este maldito país en guerra. Cuando los ministros de José I se hayan querido dar cuenta de la jugada, usted y yo tenemos que estar muy lejos de aquí.

Este pueblo de bandoleros y mujeres incultas no va a echar de menos sus cuadros. Así que apresurémonos en aprovechar su incauta generosidad.

El primero impulso que sintió Asunción al terminar de leer la carta fue el de destruir el papel entre sus manos y lanzarlo al suelo de la habitación donde se había fraguado el engaño. Pero se repuso con frialdad, contuvo el rapto y decidió volver a colocar el papel en el lugar exacto donde lo había encontrado: al pie de la escalera. De camino a casa junto a Benita no pronunció ni una sola palabra. Tuvo tiempo para reconstruir mentalmente la parte de la historia que estaba a su alcance. Cobraron sentido las repentinas ausencias de Frédéric y el prolongado silencio que arrojaba sobre los asuntos relativos a su trabajo cuando se encontraba en sociedad. Entendió el porqué de esa maldita costumbre de presentarse en las reuniones y tertulias con personajes tan desagradables como Le Brun. Cayó en la cuenta de cuán extraño era que sus amados cuadros anduvieran siempre ocultos en aquel sótano al que casi nunca le había dejado entrar. Y a medida que iba atando cabos sobre la delictiva vida secreta de su amante, ella misma fue percatándose de que su propia vida se

desmoronaba como un mal castillo de naipes. Frédéric era su puente hacia Francia, el billete en calesa de primera que iba a sacarla de la asfixiante Écija para no volver. Era su salvación y, de la noche a la mañana, se había convertido en un miserable estafador. Ahora que conocía su secreto, solo podía entregarse a él como una cómplice cobarde o vengar la afrenta recibida.

Al llegar a casa, sintió repugnancia por el vestido que llevaba puesto y que hacía solo unas horas había dejado caer para ofrecer su piel desnuda a un hombre que ya no conocía. Pidió a Benita que le preparara una bañera bien caliente y se sumergió en ella durante tanto tiempo que la criada empezó a preocuparse seriamente. Entre los vapores del agua calentada sobre una estufa de carbón y el olor de las sales de lavanda y espliego, Asunción trató de pensar hacia dónde encaminaría sus próximos pasos. Y del mismo modo que la pasión por Quilliet la había convertido antaño en una afrancesada ajena a los sinsabores de su patria, el odio que ahora albergaba su espíritu la colmaba de un irrefrenable deseo de amarrarse a los valores de los que había estado a punto de renegar. Buscó en el fondo de su corazón motivos para no querer huir. Pensó quizá en recobrar la confianza de su padre, de quien se había alejado tan injustamente en los últimos años. Trató de encontrar algo en él que la atrajera lo suficiente como para confiarle su secreto. Necesitaba contarle que había estado a punto de cometer el error más grave de su vida y que el destino había querido darle una segunda oportunidad.

Pero al punto entendió que su padre carecía de la talla moral suficiente como para merecer tal regalo. En dos ocasiones había renunciado a los derechos de su paternidad. La última, para hacer la vista gorda ante los indisimulados cortejos de Frédéric que habrían rayado la deshonra para una familia española que se preciara. La primera cuando, viudo y desesperado, decidió encargarse de la educación de su hija a Benita en lo más mundano y a su hermano Martín en lo más ático. No tuvo siquiera el arrojo de recomendarle una sola lectura, de recriminarle una sola vez una mala frase, un mal comportamiento. Jamás había protestado por el modo en el que se peinaba o la ropa que usaba. Cuando Asunción era más joven, llegó a pensar que podría pasearse desnuda por el centro de Écija y su padre no le levantaría un ápice la voz para castigar su impudicia. ¡Qué podía esperar de ese hombre si una tarde se le arrojaba a los brazos confesando la deshonra a la que había sometido al apellido Mariños, suplicando perdón y ofreciéndose para ser la dama española que faltaba en aquel hogar, la heredera de la tradición de la casa! Nada.

Entonces pensó en su tío. El cancerbero del honor de los Mariños, que había paseado por el mundo su cojera a cambio de labrarse un nombre, cumplía dos requisitos que le convertían en el perfecto destinatario de sus sinsabores. Por un lado, conocía el alma de su sobrina. La había labrado en gran medida con sus propias manos. Él se había encargado de inculcarle buena parte de los valores que ahora ella había mancillado. Sabría entender cómo se sentía. Por otro, había vivido muchos años en las cercanías del poder. Quizá aún siguiera haciéndolo en secreto. Y eso a

LA NOCHE DEL REY

Asunción le provocó un inconfesable deseo de venganza. De repente, sus sentimientos hacia Frédéric ya no solo fueron el humano producto del despecho y los celos. Ya Asunción no era solo una mujer herida por el engaño torpe de su amado. No, en el confort de aquella bañera que iba calentando el resto de la habitación por convección a medida que enfriaba su piel, Asunción descubrió muy dentro de sí a una justiciera. Y paladeó gustosa el acre sabor de la venganza, como quien se asoma por primera vez al gusto del vino y no es capaz de identificar si le agrada o le repugna. Las informaciones que conocía de Frédéric podían convertirla en una ilusa y estúpida niñata abandonada o en un soldado con un arma poderosa que atraviesa las filas para descargar su ira en el corazón del campamento enemigo. Podría actuar como una amante despechada y débil que se compadece de sí misma y se abandona al suspiro o como una fría y calculadora espía que, conocedora de los movimientos del agente rival, espera el mejor momento para asestarle el golpe definitivo.

Salió de un brinco de la bañera dejando a su paso una estela brillante de agua y jabón en el mármol blanco del solado. Se cubrió con una bata de seda roja bordada en hilo dorado con motivos que imitaban el gusto oriental. Y buscó papel y pluma para escribir. Sin sentarse siquiera, dejando que su pelo oscuro se fuera encrespando a medida que se secaba al aire, meditó sus palabras y escribió.

Capítulo 30

Martín Mariños esperaba noticias de Isidoro de Uriarte en el salón de su casa. Como no tenía la suficiente templanza de permanecer sentado, mirando por la ventana, acariciando una copa de jerez o leyendo un libro sin prestar atención a la historia, al modo que se espera, por ejemplo, a que llegue la hora de la cena, deambulaba cojitranco e inquieto por la estancia. Al otro lado de la puerta, un lacayo alerta se preparaba para recibir un sobre con instrucciones de Uriarte para la huida. En toda la casa solo se oía el repiqueteo de los pasos de Mariños, que, entre las dos botas y el bastón, orquestaba una sinfonía de tresillos a modo de vals improvisado.

Mariños hizo sonar una campanilla de plata con el mago bruñido por el uso. Y el lacayo pidió permiso para entrar.

— ¿Se sabe ya algo?

El sirviente negó con la cabeza y Mariños volvió a dar vueltas por la sala.

Creía que cada minuto que pasaba era un instante más de dejación de las responsabilidades que le habían sido atribuidas desde que aquella tarde en casa de Uriarte recibiera la carta de su sobrina. Por aquel entonces, Martín se sentía como una ballena varada en las playas de la bahía, un gigante fuera de lugar, un monstruo prodigioso en mar abierto inútil cual guía ciego en tierra. Escondarse en La Isla, vivir de prestado, limitarse a cumplir con las obligaciones de la vida social entre embajadores decadentes, cobardes atildados y busconas de fortunas había reducido a cenizas a un Mariños que un día se codeó con el Gobierno del rey Fernando. Tan extraño se sentía en tierra amiga que llegó a olvidar en parte si realmente algún día fue un patriota beligerante o si el historial de gloria y honor que recordaba de sí mismo era un mero producto de su imaginación.

Se tocó la pierna muerta, la compañera que le animaba siempre con orgullosas palabras de aliento y aquello era como si, después de años de batalla, la amante reencontrada le acogiera entre sus senos y le dijera: «Tú, que lo has dado todo por tu patria, ahora descansa en mí». Con la única compañía de su memoria, emborronada de fabulaciones y concesiones a la exageración, Mariños había empezado a pensar que la Isla de León era su tumba y que la brisa salada de la bahía, que para otros portaba estimulantes aromas de ultramar, para él era el aliento mismo de la vejez y de la muerte. Mientras el Gobierno español resistente se decidía a recomponerse en Cádiz y Alburquerque terminaba de pensar qué hacer con las tropas arracimadas en

LA NOCHE DEL REY

La Isla, un soldado retirado como él no podía hacer sino esperar un destino digno. Pero era consciente de que el destino no llegaría para un hombre tullido por fuera y por dentro.

Por eso, la carta de su sobrina le había devuelto a su fantasía de héroe. Desde que la leyó por primera vez en casa de Uriarte, la convirtió en el manual de instrucciones para una misión heroica. Si el Gobierno no le mandaba al frente, si la Junta Central no le convocaba para la toma de las más elevadas decisiones nacionales, si Alburquerque no ponía en sus manos un batallón de valientes desarrapados y piojosos... él se concedería a sí mismo el permiso para viajar a campo de batalla. Iba a acudir al rescate de Asunción, iba a blandir la espada de la ira sobre la cabeza del francés relamido que había osado enredar la mente de su sobrina con ideas de traición. Y aunque nadie en el planeta fuera a tener noticia de su hazaña, él acabaría sus días repasando el brillo de los galones de su memoria.

El hombre se acercó a una vitrina de cristal deslustrado con esmeril bajo la que tres cajones de madera parda guardaban las pocas pertenencias a las que tenía aprecio. Del primero extrajo una caja de música que al abrirla repiqueteó compases desafinados de un pasodoble español. En su interior yacía doblada con pulcritud la carta de su sobrina. Papel amarillo con vetas grises que a él se le antojaba el diario de campaña de su próxima batalla:

Queridísimo tío:

Tantas veces he empuñado esta misma pluma y con ella herido el papel vacío de mis pensamientos para pedirte consejo que ahora me resulta casi imposible volver a hacerlo para rogarte perdón. Pero el estado de agitación en el que se encuentra mi corazón es tan insoportable que solo puedo encontrar alivio en tu comprensión. Sabes que adoro a mi padre, tu hermano, y que me desvivo por profesarle las mayores atenciones. Mas también sabes que él no es la autoridad moral que alumbra mis costumbres y que esa responsabilidad quisiste asumirla tú desde que yo era pequeña y no has dejado nunca de atenderla. Es por eso por lo que acudo a ti, que estás ausente, en lugar de dejarme mecer por los cercanos brazos de quien me dio la vida.

El caso, tío, es que he estado a punto de cometer el mayor error de mi vida. Y solo la Providencia y los cimientos sólidos de los valores que tú me has transmitido me han mantenido alejada del abismo que el destino y esta guerra cruel abrían a mis pies. Has de saber que Écija es ya un nido de franceses. Que el invasor pasea por nuestras calles y por los patios de nuestras casas como si hubieran sido suyas desde el día de su fundación. No hay nada que un patriota pueda hacer o decir contra el signo del tiempo que no le exponga a la horca. Y así, nuestras costumbres y nuestros comercios y el modo en el que nuestros niños disfrutaban y nuestros hombres padecen tienen un insoportable aroma francés. Mi padre mismo, que nunca ha sido como sabes precisamente un soldado, ha sucumbido a la presión del nuevo vecino y dedica buena parte de su tiempo a comerciar con moneda gabacha y a sentar las bases de sus nuevos negocios con el

régimen invasor.

No importa eso. Sé que las guerras se pierden y la nuestra ya hace tiempo que fue saldada con la derrota. Y quiero que mi padre pueda seguir viviendo de su cinabrio y sus minerales sin rendir cuentas a bandera alguna. Pero entre sus nuevos clientes y amigos la casa se ha llenado últimamente de franceses y alguno de ellos con intenciones más perversas de las que cabría imaginar.

Uno de ellos nos visita con demasiada frecuencia. Es elegante y refinado, habla con soltura nuestro idioma y asegura ser comisario del rey José para asuntos artísticos. Pero solo yo (y ahora quiero que tú también) sé que tras su mirada de caballero anida el espíritu de una víbora.

Te he dicho que esta misiva tenía el objeto de pedirte perdón. Y te preguntaré por qué. Amado tío, creo haber sido imprudente y estúpida; haber actuado como una niña ingenua ante el extraño y haber puesto al zorro en el camino directo al más suculento de los gallineros. Desde que entró en casa y a espaldas de mi padre, que Dios no quiera que descubra nada (moriría de ira y de pena si llega a enterarse), ha tratado de cortejarme. No te apures, tío: tu sobrina sigue manteniendo intacta la honra del apellido que portamos. Pero las intenciones de ese francés han llegado a ser insoportables. Bajo la excusa de conocer mejor el patrimonio artístico de nuestra tierra ha tratado de indagar en mis conocimientos sobre los cuadros y esculturas que poseemos y ha utilizado mi nombre para hacer buenas amistades entre los guardianes de los tesoros de la Iglesia parroquial. Me da miedo pensar qué ha podido inventar sobre mí. Pero más aún me lo da imaginar que tales habladurías pudieran llegar a tus oídos.

Lo cierto es que tengo sobradas sospechas para pensar que ese hombre es un traficante de arte y que no trabaja para ningún otro rey que no sea su avaricia. Y ahora sé que todo lo que ha aprendido de mí, tonta imprudente, lo va a utilizar para saciar su sed de latrocinio. No me importaría tanto eso si no fuera porque, además, el hombre ha llevado su cortejo a extremos que van más allá del exigido decoro. Me da miedo no saber poner fin a su insistencia y desatar en él una bestia que intuyo en su mirada lleva presa.

Si hubiera sido educada en el uso de las armas, yo misma habría empuñado el sable para detener al truhán. Pero ni mi cuerpo ni mi espíritu están forjados para la sangre y no quiero que nadie la vierta por mí. Moriría de pena si mi padre, confundido, se sintiera obligado a echar el guante para cuidar la honra de su hija y sufriera algún percance.

Solo me quedas tú, tío. Solo tu consejo me valdrá para salir airosa de esta situación que se agrava a cada día que pasa.

Que Dios nos ilumine,

tu sobrina, Asunción

Desde que recibió la carta, Martín Mariños la leía todos los días. Y, cada vez que lo hacía, encontraba su furia un nuevo combustible en el que arder. Su imaginación acrecentaba los riesgos que la honra de su sobrina debía de estar padeciendo y se odiaba a sí mismo por no tener alas con las que volar de inmediato a Écija para

LA NOCHE DEL REY

reparar el daño que aquel gabacho inmoral pudiera estar ocasionando. Las palabras leídas en voz alta estallaban en sus tímpanos y la mera imagen virginal de la sobrina que hacía años que no veía le provocaba vómitos de ira. Él, que nunca había pisado el campo de batalla, ahora se retorció de animosidad guerrera porque, de manera inconsciente, había convertido la defensa de Asunción en su campaña militar. En el combate que habría de valerle la corona castrense que nunca iba a obtener.

Por eso, no tardó ni un minuto en contestar a la carta de Asunción.

Amadísima sobrina:

No quiero que la sombra de la culpa sobrevuele ni un instante tu inocente corazón. Has hecho lo que debías hacer y sé a ciencia cierta que has mantenido la dignidad de tu nombre a pesar de los envites del demonio que el destino ha metido en casa de tu padre. En cuanto termine de escribir estas letras voy a preparar mi viaje a Écija. Lo haré con dos únicas cosas en la maleta: mi sable y mis bártulos de duelo. Y ten por seguro que el francés del que me hablas pagará con su sangre la osadía cometida. Si no muere al amanecer atravesado por mi propio puño, que Dios me arroje al fuego de la vergüenza y me desposea de mis atributos y mi nombre. No digas nada a tu padre. Me presentaré por sorpresa y me haré conocer por él. Si es tan sabandija como dices, lo más seguro es que pretenda huir antes de enfrentarse a un español. Pero mientras esté en mi mano, tendrá que sudar sangre antes de lograrlo.

Ánimo y templanza, sobrina. Y no dejes de rezar para que la Virgen te proteja bajo su manto.

Mariños volvió a guardar la carta en la caja de música que hacía tiempo se había quedado sin cuerda. Y antes de poder encerrarla de nuevo en el cajón recibió otra visita de su lacayo.

—Señor, han traído noticias de la casa de don Isidoro de Uriarte. Dicen que todo está en orden para partir mañana.

—Mañana, mañana, mañana... siempre mañana. ¡Maldita palabra que da alas a los cobardes y descanso a los vagos!

Martín giró su cintura y, lleno de ira, lanzó su bastón contra la vitrina. Una de las hojas de vidrio estalló en pedazos provocando un estrépito que alertó a todos los sirvientes de la casa. El lacayo, sin una sola mueca de desaprobación en el rostro, acudió a recoger el bastón y se lo devolvió a su dueño.

—Maldita sea. Mañana... ¿y si mañana es tarde?

Capítulo 31

Escribo a borbotones que cada vez ocupan más tiempo de mis días. Me detengo constantemente en medio del camino y, tras encontrar una sombra bajo un álamo o un alcornoque, me entrego a una irrefrenable necesidad de llenar cuartillas con ideas que me asaltan a cada segundo. Esta España que transito es una obra de teatro. Me pregunto quién habrá escrito las líneas que interpretan los hombres y mujeres que me encuentro a cada paso, diríase salidos de la imaginación de un literato en lugar de las entrañas de una mujer real. Si algún día vuelvo a América, me va a ser difícil hacer creer a mi gente las cosas que aquí veo. Porque en este mundo alternativo que es la Península en guerra las pasiones, los miedos, las risas y los llantos no responden a las causas naturales que son motor del comportamiento humano en el resto del planeta. Ni aunque hubieran sido el doble o el triple las jornadas de barco que me separan de mi tierra habría esperado encontrarme humanos tan ajenos a los que allí dejé. Los españoles no pertenecen a otra raza: pertenecen, sencillamente, a otra especie. Una especie capaz de los más altos logros de la razón y de las más bajas estulticias de la pasión al mismo tiempo, del arrojo y el valor más sobrehumanos y de la abyección de la peor de las cobardías. Sinceramente, no los entiendo. Y no lograré hacerlo así deambule por sus campos y sus villas un millón de años más.

Dios no lo quiera. De momento he pasado la tarde en las cercanías de una ciudad llamada Écija; donde, como no podría ser de otro modo, España me ha regalado uno de esos prodigios que solo a ella le están reservados. Era ya tarde y aunque la luz del sol aún chisporroteaba en los charcos del camino, un fresco anuncio de la anochecida me obligaba a ceñirme el abrigo y calarme el sombrero para cubrir las orejas. Sabía que, si sucumbía a la tentación de detenerme, la noche no me iba a poner fáciles las cosas. Dormir al raso supondría hacer acopio de todos los billetes hacia la pulmonía. Así que decidí apretar el paso con la esperanza de encontrar posada alguna o, en el peor de los casos, improvisar un refugio en una peña. Tras varios intentos en vano, apareció en la falda de un alcor hirsuto, pródigo en maleza húmeda y jarales hibernando, un hilo de humo negro que despedía hasta mis alledaños olor a carbón viejo y carne quemada. Sin pensar siquiera en la posibilidad de que se tratara de la acampada de una partida de bandoleros, me acerqué hacia donde el humo se erizaba formando volutas azarosas al dictado de la brisa. Soy un insensato. Pero entre todas las insensateces que he cometido a lo largo de mi periplo estos últimos años, jugarme el tipo por una fogata donde calentar mis ateridas nalgas no me pareció la más desatinada. Aseguré el cincho alrededor del pistolón, y pedí a los cielos que no

tuviera necesidad de usarlo. Quién sabe qué efecto habrán tenido sobre sus mecanismos de fuego las horas al sol, las noches al frío, las jornadas de lluvia y la inactividad. Si algún día me viera obligado a disparar con este armatoste, lo más probable es que la bala saliera por la culata en dirección certera hacia mi cara. Y adiós España.

Me extrañó no oír ni un solo ruido humano en mi acercamiento a la fogata. Llegué a pensar que se trataba de un fuego abandonado recientemente, lo cual me estremeció aún más. ¡Qué tenebroso acontecimiento habría obligado a los hombres que lo encendieron a huir súbitamente, dejando las brasas incandescentes y quizá, sus alimentos recociéndose en ellas! Mi imaginación se avivó hasta el punto de pensar que podría encontrarme con el horrible escenario de una matanza. ¿Y si aquellos caminantes, detenidos para cenar y descansar alrededor de la hoguera, hubieran sido atacados por un grupo de insurgentes asilvestrados? Preparé mi ánimo para toparme con la imagen de sus cadáveres desgarrados por la faca, tendidos en escorzos imposibles sobre los rescoldos de lo que segundos antes estaba destinado a ser su alimento.

Cuando la febril actividad de mi cerebro me había transportado a un irracional estado de miedo, comencé a escuchar una rasgada voz que iniciaba un rezo.

—Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve.

—Pero ¿se quiere usted callar de una vez, maldita bruja?

Un hombre escupía insultos sobre la oración incesante.

—Si se cree que con sus rosarios va a enternecerme, está muy equivocada. Si piensa que voy a respetar su hábito más de lo que respetaría el uniforme de un dragón, ¡equivocada también!

Me escondí entre unos matorrales y seguí escuchando el extraño diálogo:

—A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas.

—Ea, me voy a dormir. Usted puede seguir canturreando lo que quiera. Mañana o pasado estaremos en Sevilla y la Junta le dará lo que se merece.

—¡Oh, clementísima, oh, piadosa, oh, dulce siempre Virgen María! Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

Aguardé un instante. Parecía evidente que aquella estrambótica pareja no iba a suponer un peligro, pero quise asegurarme. Inspeccioné al hombre rechoncho y sucio que gruñía como un jabalí. Llevaba uniforme de voluntario, recosido una y mil veces, que había perdido cualquier parecido con su color original. Se había quitado unas botas agujereadas que yacían bajo el petate utilizado como almohada. Pero

permanecía con las polainas puestas, de manera que los dedos de sus pies renegridos asomaban como gusanos. Tendido a su lado vi un mosquetón con la bayoneta calada. No parecía portar ninguna arma adicional.

Al otro lado de la hoguera, arrodillada y sentada sobre las plantas de sus pies, había una monja. No llevaba toca ni cofia, así que exponía a la vista un pelo enmarañado y pajizo, cortado de mala manera para evitar la melena. Vestía túnica parda y un ceñidor negro. Iba descalza. Sus manos, unidas por las palmas pero sin entrecruzar los dedos, sostenían un rosario al que le faltaban más cuentas de las que tenía. De él pendían dos palitos unidos con un cordel, a modo de improvisada cruz. Era joven, pero la piel se apergaminaba en exceso alrededor de las comisuras de los labios y, debajo de la nariz, ofrecía una sombra de arañazos, como un bigote hecho a golpe de sinsabores.

El hombre pareció intuir mi presencia y se incorporó poniendo la mano en el mosquetón pero sin llegar a cogerlo.

— ¿Quién anda ahí?

La monja dejó de orar. Dio un respingo y se colocó a la espalda de su acompañante.

— Maldita sea mi estampa. Si no sales ahora mismo con las manos en alto, te lleno la tripa de plomo y te tiro al río.

Dudo que hubiera sido capaz de apuntar dignamente con su arma sin echarse a temblar como un pollino recién nacido, pero decidí entregarme.

— No soy ninguna amenaza.

— ¡Lo que no eres es español!

Me presenté y, o bien la palidez hambrienta de mi rostro, o bien mi acento extranjero, o bien mi delgadez desfigurada... o quizá todo ello a la vez parecieron tranquilizar a la pareja. De modo que al rato estábamos compartiendo los pocos alimentos que quedaban en nuestros zurroneos y esperando que la noche se cerrara definitivamente sobre nuestras cabezas. Lo hizo y los ronquidos del voluntario patriota nos indicaron que había vía libre para las confesiones.

— Me llamo Rosa María, vengo de Salamanca, del convento que el conde de Monterrey mandó levantar allí para dar cobijo a las agustinas que iluminaron la vocación de su hija. Vengo sola y andando, ¿sabe? ¿Puede imaginar lo que es viajar a pie y en soledad por estas tierras?

— Me lo imagino muy bien, hermana. Me lo imagino muy bien.

— Quería llegar a Sevilla, para encontrarme con los miembros de la Junta que, según me han dicho, andan reunidos allí organizando la resistencia al rey francés. Voy a llevarles mis súplicas y alguna que otra queja.

LA NOCHE DEL REY

La verdad es que no me interesaba nada el pasado de aquella mujer que, por el modo de hablar sin mirarte nunca a los ojos, parecía no andar mucho en sus cabales. Pero me inquietaba conocer qué demonios hacía acompañada de un rufián como el que rezongaba al calor de las últimas ascuas de la hoguera.

—Me ha detenido. En nombre del rey Fernando. Quieren que declare acerca de cuestiones de las que no he oído en mi vida hablar. A mí lo único que me importa es que la divina voluntad del Señor no encuentre oposición en uno u otro bando.

La mujer se acercó arrastrándose hacia mí y, en voz muy baja, me dijo:

—Voy a crear una congregación propia. Un cuerpo de servitas que se dedique a peregrinar por el frente cantando la buena nueva. Y resulta que estos —miró de reojo al gordinflón— quieren impedirlo.

—¿Y por eso la han detenido?

—Por eso y porque es una bruja que anda envenenando el ánimo de los soldados con toda suerte de supersticiones.

El hombre yacente parecía dormido, pero había estado escuchando toda la conversación sin moverse. Se estiró un poco antes de incorporarse y soltando un par de bocanadas de aire con olor a vinagre, habló.

—Hermana, deje de confundir al forastero. A usted la hemos detenido porque su conducta roza la herejía. ¿No la sorprendieron el otro día tratando de irrumpir en un campamento de reales guardias?

—Quería que rezaran el rosario antes de entrar en batalla.

—Antes de entrar en batalla lo único que tiene que hacer un soldado es emborracharse y maldecir a Dios. ¡Diantre!

Pregunté al carcelero adónde llevaba a su presa.

—A Sevilla. Allí la juzgará un tribunal civil.

—¿Y bajo qué cargos, si puede saberse?

—Yo no entiendo de esas cosas. A mí me han mandado escoltarla hasta el ayuntamiento.

—Dicen que mi vocación es un mal ejemplo para la nueva España —interrumpió la religiosa—. Figúrese, la cuna más alta del cristianismo, la nación que ha luchado contra los infieles y ha evangelizado las Indias, ahora persigue a una monjita que solo va armada con una biblia y un rosario descompuesto. El Gobierno se está llenando de liberales, de jansenistas, de filósofos y de francmasones. Desde que se fue el rey Carlos, la cosa ha ido de mal en peor —volvió a hablar en voz baja, como confiando un secreto—. Y Fernando no parece tener agallas para arreglarlo. Mire, los franceses andan asaltando conventos y fusilando curas. Pero si ganan los españoles, en este país la cruz va a ser una carga demasiado pesada. Tienen miedo de que en

Europa los tomen por liberales poco convencidos. ¿Se creará que incluso hay quien propone abolir la esclavitud y la Santa Inquisición? ¡Jesús, Jesús! Verán lo que les diré cuando los tenga delante de mi cara... Les diré que si bien la esclavitud degrada al hombre, esta es conocida casi desde los tiempos de la Creación y responde sin duda a las penas de los pecados cometidos por nuestro primer padre. ¡Quiénes son ellos para tratar ahora de cambiar el orden de las cosas!

A esas alturas había dejado de entender nada. Pero tampoco me preocupaba. El hombre hacía gestos con un dedo en la sien sugiriendo que la monja estaba chiflada y esta respondía blandiendo el rosario con el puño en alto. La conversación acabó con una lastimosa queja del vigilante.

—Pero ¿qué he hecho yo para merecer esta carga? Y así hasta Sevilla. ¡Ay si me hubiera ido con el grupo de milicianos cívicos que partió anteayer para Chiclana! A ellos sí que les ha sonreído la fortuna. ¿Me creará si le digo que van escoltando hasta las costas de Cádiz a una partida de... —se cubrió la boca con la mano para que no le escuchara la monja— de casquivanas?

—Mire, caballero, yo a estas alturas ya me creo cualquier cosa...

Al hombre le hizo gracia mi acento y lanzó una sonrisa lasciva mientras se preparaba, inevitablemente, para contarme también él su historia.

—Pues sí, «cabaieerrrou», allí andan gozando Dios sabe de qué regalos de la naturaleza femenina. Y aún lo llaman «misión de cobertura». Valientes caraduras. Resulta que justo al lado de donde se le ocurrió acampar al cuerpo de milicianos cívicos al que yo pertenecía se levantaba una casa de mala fama. Anduvimos varias jornadas sin tener ni idea de ello, pero una noche una de las rameras se acercó al campamento. Al principio el capitán pensó que venía en busca de clientela fácil, pero cuál fue nuestra sorpresa cuando se desmarcó con una petición de todo punto inesperada. Quería que las ayudáramos a cargar el equipaje en un par de tartanas que se habían apañado para arreglar con intención de huir hacia el sur. «Los franceses nos tienen fritas», dijo. «Son muchos y pagan poco. Y vienen con costumbres impropias para una señorita de estas tierras por muy puta que una sea. Nos vamos, capitán, o lo que usted sea.»

»Habían recogido todas sus pertenencias en varias maletas y unos cuantos hatillos hechos con sábanas. Las habían apilado en la puerta de la mancebía y quién sabe de dónde habían sacado fuerzas para arrastrar el cuerpo de dos desvencijadas tartanas hasta allí. Incluso habían cosido la lona de una de ellas y parecía medio nueva. Pero ahora eran incapaces de subir los bártulos a los carruajes y, pobrecillas, no tenían la menor idea de cómo enganchar las mulas de tiro. Necesitaban la mano de un hombre y, claro, puede usted imaginarse que contaron con más de una y más de dos. Los muchachos se arremolinaban alrededor de la impedimenta disputando cuál parecía más servicial. El que no subía una maleta a pulso se afanaba en restañar el eje de una rueda o darle lustre a la ballesta. Nunca hubo ejército más solícito ni acompañado de

tanta risita femenina. Acabada la tarea, el capitán tuvo un raptó de orgullo castrense que pasará a la historia de las hazañas militares.

»“Señoritas —proclamó—, un soldado español no puede dar la espalda a un grupo de damas en tan malhadado trance y mucho menos permitir que se adentren en los peligros de un viaje en tierra hostil si en su mano está protegerlas con su propia espada. Cuenten ustedes con cinco de mis hombres que les servirán de escolta hasta Chiclana, si es allí donde definitivamente encaminan sus pasos, o adondequiera que decidan escapar del oprobio francés. Ellos velarán por su integridad y se asegurarán de que ninguna partida de invasores o de bandoleros ose tomar de ustedes violentamente lo que no les sea ofrecido en lícito comercio. Podrán dormir tranquilas, ellos harán guardia de noche. Y mantendrán la necesaria discreción si durante la noche, en lugar de dormir, prefieren ustedes entregarse a las obligaciones de su profesión. Yo mismo elegiré a los mejores.”

»No me eligió, el muy cabrón... Disculpe, hermana, no quería ofenderla... Cogió a cinco zagales que casi se atragantan de la risa al conocer la noticia. Se presentó con ellos por delante mientras los demás nos quedábamos viendo la escena con un palmo de narices.

»“Por supuesto, señoras, no parece regular cargar con este inesperado gasto al pobre Reino de España, que ya de por sí tiene bastantes mermadas las arcas en la guerra y que tanto ha de sufrir para mantener las mínimas necesidades de aquellos que gustosos le servimos fielmente. Con ello quiero decir que estos cinco valientes dejarán de percibir su nimio salario durante el tiempo que dure esta misión de cobertura y requerirán de la generosidad de ustedes algún tipo de manutención”.

»“Pero si nosotras no tenemos ni un real, capitán. Hágase cargo...”

»“Damas, estoy seguro de que encontrarán el modo de pagar a estos héroes el sacrificio que están dispuestos a hacer por ustedes.”

El gordinflón soltó una carcajada que retumbó en la oscuridad y sobresaltó a la monja adormilada.

—Será truhán el capitán, ja, ja, ja... Estoy seguro de que sabrán pagarles. Vaya si les pagarán, a estas horas seguro que están saldando alguna deuda con ellos... ja, ja, ja, ja...

Suspiró como si se le acabara el aire y terminó la frase.

—Y yo durmiendo con una monja endemoniada... Esta guerra es de locos.

El amanecer trajo más frío de lo esperado y nos sorprendimos los tres cuerpos pegados uno contra otro buscando los últimos rescoldos vivos de la fogata. Mis compañeros de sueño se levantaron pronto, recogieron sus cosas y se despidieron. Yo me dispuse a buscar un río en el que asearme un poco.

—Dios le bendiga, hijo. Y si tiene usted ocasión de pasar por una iglesia, no deje

de entrar y orar por mí. Necesito aliento para soltar a estos apóstatas que me aprisionan un par de verdades.

La monja arrancó una cuenta de su rosario y la puso entre mis manos. Luego se dio la vuelta y se subió a la única mula que los acompañaba. El gordinflón agarró las riendas.

—Hala, hermana, ya voy yo andando también hoy. ¡Qué vida esta, quién me iba a decir que iba a acabar de espolique de una bruja!

Capítulo 32

—Me pregunto cuántos miles de mis súbditos estarán ahora dormidos, mientras su rey desvelado busca en el interior de su corazón una razón para seguir dando la vida por ellos. Cuántos descansarán entregados a los sueños más dulces, abrazados a sus mujeres y a sus hijos, ajenos por un instante al hambre y a la miseria y a la guerra. Y cuántos se despertarán mañana para seguir odiándome, para buscar otra coplilla chusca con la que insultarme, para seguir llamándome perro, borracho, cobarde... No tienen ni la menor idea de que su destino, sus vidas, las de sus familias dependen de un hombre que, en plena vigilia, en mitad del pueblo más oscuro y vacío de Andalucía, tiene que decidir hacia dónde encamina sus pasos.

—¿No lo tiene claro todavía Su Majestad? ¿Es que acaso no está decidido a conquistar España entera?

—¿Es que acaso serviría de algo si lo hiciera? Mi hermano ha preferido darme una vez más la espalda. Y esta es la definitiva. No va a haber otra oportunidad. Aquí ya no se trata de jugar a las carreras de caballos en el jardín de casa. Lo sé por el modo en el que me ha tratado. Cuando jugábamos de pequeños y en otras muchas disputas y encontronazos que hemos tenido después, nunca daba una sola satisfacción. No se dejaba ganar una sola vez, no reconocía un argumento al contrario, no ofrecía la mano al perdedor. Lo quería todo, lo ganaba todo. Si ahora me deja un pedazo del sur de España para que siga haciéndome a la idea de que soy rey, es porque esta vez ya no habrá más posibilidades de discutir. Me abandona y me entrega una propina, una minúscula compensación en agradecimiento por los servicios prestados. ¡Qué si no es esta carta que osa enviarme con su letra ininteligible y su descuidada soberbia!

James se da cuenta ahora de que el rey José lleva varios minutos jugueteando con las cuartillas entre las manos. Están cada vez más arrugadas, empequeñecidas por las idas y venidas desde el bolsillo.

—No es tan poderoso como se cree. Aunque haya recorrido a caballo Europa de oriente a occidente sin descanso y se haya enfrentado a todos los ejércitos posibles, cuando vuelve a casa se entrega a la melancolía como cualquier otro hombre y, sin generales a los que gritar ni lomas repletas de enemigos en el horizonte, se vuelve pequeño. «En medio de tantas almas y estoy solo», me dijo una tarde de desesperación recién llegado de Austerlitz. Dirigía a miles de soldados con un movimiento de dedo... pero estaba solo. Llegó incluso a renegar de su sino de guerrero en más de una ocasión. Le recuerdo muy bien la última vez que me pidió

ayuda para dirigir los asuntos de política doméstica en París. «Hermano —me dijo mientras me agarraba el antebrazo, acercando su boca a la solapa de mi casaca como para contar un secreto—, no sabes hasta qué punto mi situación es una carga. Las tareas del frente me obligan a vivir permanentemente en el campo de batalla, lejos de casa, enredado en expediciones cada vez más distantes y largas. No tengo tiempo para encargarme de lo que debería ser el principal objeto de mi atención y mis preocupaciones. Lo que debería llenar mi corazón: la buena organización de las cuestiones de Francia. Los bancos, las fábricas, el comercio, las leyes, la seguridad de las familias, la salud de las mujeres que llevan en su vientre futuros soldados franceses, el cuidado de las arcas del Estado. A mis espaldas podría crecer una víbora en medio de los Campos Elíseos y no me daría ni cuenta. ¿Por qué no eres tú mis ojos allí, en París, en la corte? Tú sabes desenvolverte mejor en ese ambiente. Eres más educado, más diplomático. A ti te harían más caso. Ve allí e infórmame.»

»Ya ves, “ve allí”. Ve a Nápoles, ve a París, ve a España... ve, ve, ve. Él sabe que yo siempre voy adonde me manda. ¡Cómo no iba a ir! Pero te aseguro que aquel día vi en los ojos del emperador una fugaz sombra de hastío que nunca antes había dejado escapar. Y supe estar a su lado para que desahogara. “José, querido José, hermano. ¿Cómo te las arreglas para estar siempre dispuesto a todo? ¿Cómo haces para llevar tus cargas sin un ápice de desaliento? Si mañana te pidiera dirigir un batallón de tullidos y prostitutas para conquistar Turquía, lo harías con una sonrisa en los labios. ¿Qué espíritu te inculcaron nuestros padres que a mí me fue negado? Llevo meses pensando en que mis días ya no aportan nada. Si tuviera setenta años, me sentaría en un sillón de casa y dejaría pasar el tiempo hasta la muerte. Pero soy demasiado joven todavía y no puedo esperar a que la naturaleza obre. He jugado con la idea de acabar por mi cuenta la obra que los años aún no han acabado. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Sí, José, en la soledad de los campamentos, cuando todo lo que te rodea son soldados cansados y hambrientos que no saben si estarán dando los últimos ronquidos de sus vidas, he pensado en acabar con la mía. Es algo que repugna a las conciencias de nuestros contemporáneos. Pero tú sabes mejor que yo que entre nuestros antepasados más ilustres era un rapto de honor.”

»¡El gran emperador del mundo pensando en quitarse de en medio cansado de sojuzgar a sus enemigos y de recibir laureles para tupir aún más su corona! El mismo que ahora me da la patada más sonora en las nalgas un día buscó mi hombro para desahogar sus regias miserias. Y, por supuesto, yo se lo presté. Lloró lo que quiso y se emborrachó lo que quiso y maldijo lo que quiso. Y se quedó dormido tan confortablemente en mi regazo que al día siguiente había olvidado el calibre de su pequeñez. El orbe volvía a tener un semidiós al que temer.

Una ráfaga de viento silba entre los rastrojos que el dueño de la casa había dejado aún sin recoger, seguro que con la intención de hacer una hoguera. Resultaba evidente que la llegada de la comitiva del rey le había obligado a salir corriendo. Es un aire frío, sin fuerza suficiente como para hacer rodar tolvaneras de polvo y rama,

pero penetrante. El rey se abrocha la camisa a la altura del cuello tratando de protegerse. James hace tiempo que se ha sentado ovillado en su sucio gabán aterido de frío.

— ¿Sabes que después de aquello, mi hermano cambió incluso de aspecto físico? Se convirtió en otro hombre. Abandonó los devaneos con la melancolía (al menos, en público) y se convirtió en el nuevo Napoleón. Y allí donde antes quien le conociera hubiera encontrado un ser huesudo, de aspecto enfermizo, de tez cianótica, con el pelo descuidado y el gesto agrio, a los pocos meses se sorprendería enfrente de un hombre embellecido. Engordó, cobró color su piel. Comenzó a peinarse de manera atildada, a empolvase el cabello y dejarse un mechón retorcido sobre la frente. Abandonó la levita gris que le había acompañado en mil batallas, se caló botas lustradas y bicornios a medida... se preparó para pasar a la historia.

»Resucitó, en fin... volvió a volar después de haber quedado reducido a un montón de cenizas. Y en buena medida me lo debe a mí. A este al que ahora destierra de su trono sin derecho siquiera a sentirse agraviado porque aún le ha dejado un pedazo de pan para roer el desengaño.

»Un pedazo de pan a cambio de la corona que un día me encasquetó de un manotazo sin que yo rechistara. Llegó de repente, como siempre, y sin dar explicaciones me quitó la corona de Nápoles para dársela a su cuñado y depositó sobre mi atónita cabeza la de España. Me ponía al frente del pueblo más valiente de Europa, el que avergonzaba a todos los embajadores de naciones que habían hincado la rodilla ante el emperador sin derramar apenas una gota de sangre. Lo hizo al modo que él hace las cosas, embriagándote de elogios, ofreciéndote de su propia copa el opio de la vanidad. Haciéndote creer que eres realmente un elegido de Napoleón. Conduciéndote a desear lo que él desea aunque ni él mismo se crea sus deseos.

»No sé realmente si mi hermano sabía adónde me enviaba. Creo que en el fondo desconocía España igual que se desconoce a sí mismo. El país que me endilgó no sucumbe tan fácilmente a las bravuconerías francesas. En estas tierras hirvientes de religiosidad se ha derramado durante siglos más sangre que en toda nuestra historia atea del Terror. Los españoles están acostumbrados a levantarse después de clavar la rodilla una y otra vez. Pensaba Napoleón que enviaba al más sutil de sus peones a educar a un hatajo de incivilizados en las bondades del Nuevo Régimen, y en realidad lo mandaba a un infierno. El enemigo no era un ejército. Eso no hubiera sido un problema. Francia ha derrotado a los ejércitos más fieros del orbe. No. El enemigo eran los bosques y las rocas y los matorrales y las piedras de las iglesias. Debajo de cada brote de romero hay un soldado. Y no van armados con mosquetones y bayonetas, sino con crucifijos y relicarios. Llevan pedazos de la osamenta del Cid en los jubones y mastican trozos de cirio. Este pueblo no responde al dolor, la dominación y la amenaza como el resto de Europa. Rezan, rumian bocanadas de ira,

convocan a sus mujeres y a sus hijos, se encomiendan a Felipe II y saltan a la calle a destripar franceses.

James empieza a recitar algo que había aprendido en algún camino cerca de Ciudad Rodrigo:

—¿Qué eres, niño? Español por la gracia de Dios. ¿Y quién es tu enemigo? El emperador de los franceses. ¿Y de quién deriva el emperador? Del pecado en su doble naturaleza humana y diabólica. ¿Qué son los franceses? Viejos cristianos convertidos en herejes. ¿Y qué merecen? El suplicio. ¿Qué castigo obtendrá quien, pudiendo dar suplicio al francés, se lo evite? La muerte y la infamia de los traidores.

El rey crujió por dentro de desazón. Ni siquiera en las maledicciones de los niños se le tenía a él por enemigo. El auténtico demonio era su hermano.

—Ves, así son los españoles. Les enseñan esas cosas a sus hijos desde que los apartan de los pechos de sus madres. A una legión así no se la puede combatir solo con las armas. Mi hermano creyó que por el simple hecho de haber tomado Madrid dos veces, España estaba sometida. Pero ahora se da cuenta de que está más lejos de someterla que nunca y, antes de que se convierta en un ejemplo para otros ejércitos, una plaga que se extienda entre otros pueblos sojuzgados y acabe con Francia como la carcoma, quiere liquidar el problema quitándose de encima la parte de la Península que le sobra. Y me envía a mí a hundirme junto a ella.

El rey mira a los ojos de James y proyecta sobre ellos un brillo que el americano reconoce fácilmente: es el brillo de la enajenación, fulgiendo en la noche de El Bosque mientras José acaba su improvisado discurso:

—Pero yo tengo otros planes. El corazón de estos enemigos no late de ardor guerrero, sino religioso. El ánimo de sus soldados no procede del arte de la guerra y la estrategia, está encerrado entre los sombríos muros de El Escorial, en las funestas asambleas del Santo Oficio, en los maitines de los monasterios desde Alfaro hasta Sierra Nevada. Estos hombres velan sus armas con la imagen de Isabel la Católica en lugar de la de su dama y lanzan sus huestes al ataque cuando tañen las campanas, no cuando suena la corneta. Solo hay un modo de vencerlos. Que las celdas de sus monasterios se queden sin anacoretas y los altares de sus catedrales sin tallas. Que las tumbas de sus muertos yaczan sin cruces y de las paredes de sus iglesias vuelen los Murillos y los Velázquez... Yo vine aquí a enseñar a los españoles que hay un nuevo orden de las cosas y en ese orden la superstición, los privilegios sagrados, la beatería y la Inquisición no tienen cabida. Solo si separas al pueblo de sus réquiems y sus rosarios y sus procesiones y sus catecismos, encontrarás el ejército débil, pusilánime, sobornable, corrupto y bribón que has encontrado en toda Europa. Y solo entonces podrás someterlo. Para eso he venido aquí, ¿sabes? Para eso ando plantando las nalgas en posadas inmundas y comiendo rancho cocinado con las sobras que dejan los españoles al huir. Para eso me he rodeado de un séquito de intelectuales adúladores que dependen de mi cercanía si no quieren ser destripados por el

LA NOCHE DEL REY

populacho al grito de «afrancesado». ¡Cómo les gusta esa palabra! ¿Es que acaso sus monjes y sus torquemadas van a sacarlos de la miseria mejor que mis ministros «afrancesados»? Yo vine aquí para traer las luces de la razón contemporánea, no los fogonazos de los cañones de la Grande Armée. No me desenvuelvo bien entre ellos. Nunca lo hice. Se me ha dado mal la estrategia, no sé dar órdenes a los generales. Me toman por incapaz, me ignoran. ¿Cómo no van a hacerlo si el mismísimo mariscal Soult ha soñado más de una vez con convertirse en rey de Portugal? ¡Malditos militares analfabetos! No entienden que mi guerra está en los despachos y en las escuelas y en los museos y en las universidades. No se dan cuenta de que mi ejército está reclutando entre los poetas y los músicos, y los expertos en finanzas y los artistas, y los maestros... En realidad, nunca quise ser militar. Odio estas ropas, odio el olor a betún y orines de los campamentos y el conducto reglamentario y la vida nómada y las estrategias improvisadas entre bravuconadas que hieden a coñac sobre mapas de juguete. Nunca quise llevar esta vida. Quería huir de ella... ¡Si escogí ser militar fue solo porque quería ser lo más parecido posible a ti!

José grita a dos palmos de la nariz de James y el americano entiende que el rey, por un instante, no le está hablando a él. Lo ha tomado como una encarnación rubia, larguirucha, sucia y asustada de su hermano. Del emperador que acaba de arrebatarse la mitad de su reino en un umbrío caserón en mitad del pueblo más oscuro y vacío de Andalucía.

Capítulo 33

Martín Mariños aceptó que Isidoro de Uriarte llenara una copa con jerez y se la entregara caballerosamente extendiendo la mano sin mirarle.

—Es bueno. Palomino que crece en albarizas de una familia amiga a pocos kilómetros de aquí. Es probable que en este instante las estén pisando botas francesas. ¿Sabe que esas tierras conservan restos microscópicos de algas del tiempo en el que estuvieron cubiertas por el mar?

—Es usted un pozo de sabiduría. —El invitado no pudo evitar un tono irónico que, sin embargo, no ofendió a Uriarte.

—Estudio las rocas, las arcillas, las estructuras de las cordilleras, el recorrido sinuoso de los ríos, igual que otros estudian las leyes de los hombres o la métrica de los versos latinos.

—¿Y encuentra placer en ello?

—Digamos que las obras de la naturaleza son más comprensibles que las de los humanos. Se mantienen fieles a sus normas milenarias, no cambian de opinión. Usted puede pararse un momento en medio del camino para refrescar el gaznate y reconstruir la historia del río del que bebe y de su valle. Indagar en su formación, acariciar el limo de la ribera y entender de qué está hecho. Pensar en cómo fue ese mismo paraje hace millones de años, qué fuerzas sobrehumanas forjaron sus riscos y sus alcores, cómo se fundieron los minerales de sus vetas a la vista, en qué cientos de maneras distintas pudieron moldearse esos pliegues, esas fallas... Es muy probable que en solo unos minutos de observación haya podido desvelar la verdad que atesora el paisaje. Y no se equivocará. Intente hacer lo mismo con un hombre. Mírele unos minutos a los ojos y descubra de dónde viene, adónde va, quién es en realidad. Pregúntele sobre su pasado y espere a que le cuente la verdad. Intuya qué razones le han llevado al lugar en el que está, qué desgracias hay detrás de sus arrugas y cicatrices. No podrá. Las estructuras de los seres humanos no responden a leyes inteligibles. La piel no se parece en nada a la corteza de los árboles.

Uriarte dijo todo esto mirando tan fijamente a los ojos de Mariños que este se sintió incómodo. Pensó que estaba indagando en sus pupilas, en el modo en el que sostenía la copa de jerez y en su postura, recostado contra la contraventana abierta del salón, con la perspicacia de un científico que busca una secuencia de comportamientos repetidos en la araña encerrada en un frasco. Creyó que Uriarte iba

LA NOCHE DEL REY

a preguntarle por su cojera, una vez más. Fue un pensamiento fugaz e inconsciente como si un gesto imperceptible, un brillo inédito en la mirada, le hubiera desvelado que aquel hombre no terminaba de creer su historia.

—Quizá, de camino a Écija podamos parar e intentaré practicarle con usted.

—Va a indagar en mi naturaleza —contestó Mariños asombrado mientras escondía algo la pierna.

Uriarte rio:

—No, no... Me refiero a que podremos parar a contemplar el paisaje y le daré algunas explicaciones geológicas sobre esta zona de Andalucía.

Se relajaron, pero solo un instante porque Isidoro aprovechó el comentario de su invitado para ir directamente al grano.

—Y si lo hiciera, si tratara de indagar en su naturaleza, ¿qué encontraría? Compréndame. Vamos a iniciar un viaje peligroso, voy a poner en sus manos alguna información que me compromete y me gustaría saber algo más de sus razones para huir.

—Ya las conoce. Si he de salir de La Isla no es por otra razón que por atender un asunto familiar en Écija del que acabo de tener conocimiento por carta. No puedo decirle más porque es un asunto de honor.

—¡Ah, honor! Una palabra muy humana. Sí, los hombres pueden matar por honor, medrar por honor, morir por honor. Pueden transmitir el honor a sus hijos por el simple hecho de ser sus hijos, pueden perder el honor. Las mujeres siempre lo pierden del mismo modo. Los varones tienen un millón de maneras de perderlo: en una partida de cartas, en una mala noche de taberna, con una mentira, con una traición, olvidado en el campo de batalla, por una mala gestión de su hacienda... Demasiadas amenazas para el honor, últimamente. ¿Ve a lo que me refería? Los árboles no crecen buscando el sol por honor. La savia que los alimenta no les inculca la necesidad de ser honrados. Simplemente inculca en ellos la sed de sol y de minerales y los conduce hacia la posición más adecuada para obtenerlos, aquella en la que consiguen la mayor cantidad de alimento con el menor derroche posible de energía. Y las rocas no ruedan río abajo redondeando sus cantos por honor...

—No me fastidie, Uriarte. —Mariños interrumpió con una sonrisa. No quería parecer grosero—. Sé que su desdén es impostado. Un español, por muy científico que sea, no renuncia jamás al honor. Usted tampoco.

—Quizá tenga razón. Pero eso solo puede saberse si uno se enfrenta a las circunstancias que requieren echar mano del «honor» y nunca está claro cuándo estas han de llegar. Al menos a usted parece que ya le reclaman algunas de ellas en Écija.

—Solo le haré una confidencia, nada más. Para satisfacer su curiosidad y darle garantías de que si viajo con usted, no voy a perjudicar sus propósitos. Llevo

conmigo mis armas para un duelo.

Uriarte pareció sinceramente asombrado. Tomó un trago de jerez y se retiró hacia el fondo del salón, donde crepitaban los rescoldos de una chimenea apagada hacía tiempo. El carbón de encina aromatizaba la estancia. A los dos caballeros les pareció que eso daba aún más cuerpo al excelente vino.

—¿Siguen practicándose duelos, en plena guerra? ¿No tienen ustedes suficiente con matarse en el campo de batalla?

—Hay cuestiones que no admiten otro tipo de trato. ¿Nunca se ha visto usted obligado a exigir una reparación?

Desde su posición, Mariños solo alcanzaba a ver la mitad del rostro de Isidoro. La otra mitad se hallaba oscurecida por la sombra de contraluz que arrojaba la tarde desde la calle.

—¿Y si le digo que no? ¿Qué va usted a pensar? Veamos...

Uriarte se sentó en un sillón de cuero marrón, en cuyos brazos las rozadoras del tiempo dibujaban diminutos ríos amarillos. Levantó la bota derecha y la plantó algo descortésmente sobre una mesilla baja de madera abrillantada.

—Podría usted creer que, simplemente, el destino no me ha puesto nunca cara a cara ante la necesidad de arrojar el guante a un hombre. No son muchas las ocasiones en que eso ocurre. Al fin y al cabo, mi vida es tranquila, no tengo dama a la que proteger, no tengo hijas, mi hacienda es pequeña, no he ido a la guerra... Soy muy aburrido. Pero también pudiera ser que, habiendo tenido la oportunidad de recoger el guante de otro, la haya rechazado. ¿Qué diría usted de mí? ¿Que soy un cobarde? ¿Qué deshonor a mi apellido?

Mariños no respondió; se limitó a escuchar con la copa de jerez en la mano.

—Hay aún un caso peor. ¿Y si, mancillado mi nombre, ofendida mi familia, puesto en peligro mi honor, yo hubiera decidido no pedir una reparación? Entonces, ¿qué sería yo para usted? ¿Sería menos español? ¿Sería digno de su conversación? Porque hay muchas cosas que pueden explicar la huida de un duelo al que a uno le han convocado. El apego a la vida, el miedo al dolor, la cobardía... son sentimientos tan humanos. Pero ¿hay algo que pueda explicar para gente como usted la negación última de esa responsabilidad tan ibérica de pedir una reparación? Mire, Mariños, si le digo que nunca he tenido la necesidad de hacerlo, voy a dejar de ser interesante para usted.

—No tengo la menor duda de que, llegado el momento, usted también lo haría. Es joven, y aún no ha sufrido demasiado. Pero le podrá tocar la hora en la que una mujer a la que ama sea mancillada. ¿Por qué no? ¿No le soliviantaría eso ni siquiera un poco?

—Depende de las razones por las cuales la amase... Pero, en fin, tiene usted razón.

LA NOCHE DEL REY

No me ha llegado el momento.

Uriarte volvió a levantarse para rellenar las copas.

—Además, este asunto del honor no tiene nada que ver con nosotros, ahora. Tenemos cosas más urgentes por las que preocuparnos. Hay un viaje que preparar en medio de una guerra, por unos caminos en los que no sabemos qué vamos a encontrarnos.

—Cualquier problema con soldados españoles corre de mi cuenta. Ya se encargará usted de hacer valer sus credenciales de científico ante los franceses.

—Aunque usted lo considere una deshonra.

—Digamos que haré la vista gorda. Al fin y al cabo, será por una buena causa. Cuando esta guerra acabe, ya ajustaremos cuentas.

Los dos hombres rieron sin mucha convicción.

—Bueno, eso será si ganan los suyos —contestó Uriarte—. Y no me refiero a la guerra. Me refiero al Gobierno. No le extrañará que haya preguntado por ahí cosas sobre usted y me haya enterado de sus posiciones en la Junta. No está precisamente entre la corriente mayoritaria.

—Yo no soy diputado ni nada que se le parezca. Mis opiniones en cuestiones políticas poco importan.

—Pero ha estado rodeado de ellos. Precisamente de los más radicales. ¿De verdad cree que Fernando es lo mejor que puede pasarnos?

—Si al final se convocan Cortes, los diputados tendrán la última palabra. Yo no tengo nada que ver con todo eso.

—Quizá sí tenga algo que ver. Porque si voy a jugarme la vida para sacarle a usted y a doña Fernanda de esta isla, me gustaría saber qué puedo esperar de ustedes en el futuro. Lo que necesito de ella ya lo he obtenido. De usted quiero un pequeño compromiso: que podré acudir a usted si le necesito. Le seré sincero. No importa quién termine gobernando este país.

—Siempre que no sea el francés, espero...

Uriarte asintió con la cabeza, impostando estupor.

—Por supuesto. Pero no tengo las ideas muy claras acerca del signo político más adecuado para la paz. Reconozco que me siento más cerca de las posiciones liberales...

—Vaya, ¡quiere traer a España la Revolución francesa!

—Vamos, Mariños... un poco de libertad de imprenta y algún decreto para abolir la esclavitud... ¿a eso llama usted revolución?

—España necesitará unos principios sólidos para recuperar el prestigio y el buen

nombre entre las naciones. Los liberales no son más que la puerta de entrada a los ateos y los afrancesados. Puede resultarle extraño pero aún somos muchos los que no estamos dispuestos a entregar los valores que han forjado esta nación en manos de corrientes extranjeras recién nacidas.

—Reconozco que me cuesta un poco entender a qué nación se refieren ustedes. Veo tantas Españas como personas miro a la cara. Y cada una lleva sus valores marcados a fuego en el costillar.

—Entiendo su escepticismo. Tenemos bastante trabajo por delante para recuperar la tradición que nos hace únicos en Europa y que entre Borbones y Bonapartes se han encargado de deshonorar.

—Vaya, salió de nuevo el honor. Envidio su convicción. Y sí, aunque no lo entienda, creo que el futuro de esta nación necesita de algunos cuantos hombres como usted. Les deseo suerte a los suyos cuando pase todo este embrollo.

—Las convicciones se adquieren con el tiempo. Quizá en esa parada que vamos a hacer para que usted me enseñe sus cosas de geología, yo pueda inculcarle algunas de las mías.

Los dos hombres brindaron relajados.

—¿Sería usted capaz de cualquier cosa para ganar otro adepto a su causa fernandina? —dijo Uriarte.

—A mi causa española, dejémoslo ahí. Y sí, sería capaz de cualquier cosa, recuerde que llevo mis armas de duelo.

La broma hizo efecto y ambos rieron mucho más confiados.

—¿No ha tenido nunca miedo de estar equivocado? —Uriarte preguntó con respeto.

—Los hechos me han dado siempre la razón.

—¿Y no habría nada que le hiciera dudar? ¿Y si alguien en quien usted ha estado confiando toda la vida resulta ser un traidor? ¿Y si esos hombres de la Junta a los que usted sigue llegan al Gobierno y renuncian a sus principios?

Uriarte examinaba ahora el alma de Mariños a fondo, con esa obsesión suya de taxidermista que podía volverse realmente incómoda. Mariños ya estaba decidido a argumentar hasta las últimas consecuencias.

—Serían ellos quienes tendrían un problema. Ellos habrían traicionado a su causa. Vería bien que pagaran por ello.

—¿Y si fuese un miembro de su propia familia, alguien con su propia sangre quien le traicionara? En estos tiempos tan convulsos es difícil mantener la serenidad y a todas horas estamos escuchando noticias de gentes que se cambian de bando, de patriotas que entregan sus corazones al invasor, de agentes dobles que trabajan para

LA NOCHE DEL REY

unos y otros porque solo así se garantizan la supervivencia. ¿No le parece comprensible que alguien simplemente quiera seguir viviendo tranquilo?

—La tranquilidad es una quimera que aturde nuestros corazones. Nadie dijo que fuera fácil defender el honor. Los que no quieran hacerlo por miedo al sacrificio no merecen mi conmiseración.

—¿Ni siquiera si se tratara de alguien a quien usted ama?

—No sé a qué vienen sus preguntas.

—No se ofenda, solo estoy tratando de entender las razones de su rigor. Ya le he dicho que envidio sus convicciones. Me gustaría poseerlas yo también.

—Entonces le diré que, en ocasiones, los lazos de la sangre están por debajo de las obligaciones del honor.

—Vaya, tengo a un Guzmán el Bueno ante mis ojos, dispuesto a arrojar la daga con la que ha de morir su hijo...

—Usted me ha preguntado. Y yo contesto con el respeto que su hospitalidad merece.

Mariños se detuvo y dio un trago de jerez antes de esbozar una sonrisa casi infantil.

—Pero sí, reconozco que esa leyenda de Guzmán el Bueno siempre me impresionó de pequeño. Creo que soy capaz de entender que un rey prefiera matar con sus propias manos a un hijo antes que entregar los muros de su nación. Así que ándese con cuidado, que usted, que yo sepa, no lleva ni una gota de mi sangre.

Los hombres volvían a reír y levantaban por última vez la copa en el momento en que un criado anunciaba la llegada de una visita. Doña Fernanda Caro Riquelme acababa de llegar. Uriarte pareció sobresaltarse y ordenó al criado que hiciera entrar a la dama. Tuvo tiempo para recomponer el aspecto de su casaca y atusarse el pelo usando el vidrio de una vitrina como espejo. Fernanda entró en el salón.

—Siento llegar tarde.

—Una dama como usted nunca llega tarde. —Isidoro sonrió mientras extendía la mano a la recién llegada. Pero esta prefirió saludar antes a Mariños, que parecía esconderse de la escena sin interés por ella al fondo de la sala. Solo después, la mujer volvió sobre sus pasos para hacer los honores a Uriarte. Sin mirarle a los ojos, le dio una mano tensa y fría que parecía querer escapar del encuentro, como si fuese la primera vez que tocaba la piel de ese hombre.

Él percibió una extraña tirantez en el saludo y por unos segundos en su cabeza se agolparon todas las posibles explicaciones. Pensó para consolarse que una dama como su amada podría sentirse incómoda delante de Mariños. Era de lo más natural. La relación que mantenían en secreto la obligaba a ser más prudente de lo normal. En

ocasiones, las mujeres actúan en presencia de sus amantes con más prudencia de la necesaria. Temen que un gesto inoportuno, un desmayo en la mirada, un exceso de afecto en el saludo puedan desvelar su condición de enamoradas. «Sin duda es eso», pensó Isidoro. Cuando la dama quiere ocultar sus sentimientos realiza acciones que, vistas por los ojos de su amado, parecen más propias del desdén que del amor. Y el varón, que es celoso por naturaleza, encuentra en esos actos un motivo de insoportable quemazón. Fernanda había saludado a Mariños con entusiasmo, mirándole a los ojos y dejando la mano entre las suyas más tiempo de lo habitual. Uriarte quiso pensar brevemente que aquello no era más que una estrategia femenina para disimular sus verdaderas pasiones. Y al tiempo que este sentimiento le tranquilizaba, el veneno de los celos remordía sus entrañas queriendo sobreponerse a cualquier explicación racional. ¿Por qué demonios las mujeres se empeñan en rehuir la expresión de sus sentimientos en público? ¿Qué tenía de malo que ella pudiera dirigirse al hombre con el que iba a compartir el futuro y le saludase con naturalidad? «Maldita sea, si considera que darme la mano a mí con dulzura la pone en evidencia, ¿por qué se entrega a Mariños con naturalidad?»

Todos estos pensamientos acudieron a la mente de Uriarte en los pocos segundos que duró el silencio antes de que Mariños decidiera despedirse.

—Doña Fernanda, es un placer saber que nos acompañará en el viaje. Con su permiso, tengo que terminar de arreglar algunas cosas de mi equipaje en casa. Volveré en una hora y media, tal como hemos quedado.

—No traiga demasiada carga. La calesa es ligera y el camino puede ser muy abrupto —advirtió Isidoro.

—Ya sabe que lo que tengo que llevar pesa poco.

El hombre abandonó la estancia arrastrando su cojera junto al criado que le acompañaba. Isidoro pensó que era el momento de comprobar las razones del frío encuentro con su amada. Se acercó hacia ella y sin preocuparse por si pudiera ser aún visto por Mariños, la tomó de los hombros y la besó.

—Isidoro. ¡Pueden vernos! —Fernanda se tensó como la cuerda de un piano y rechazó el beso. Un terremoto de calor airado recorrió el espinazo de Uriarte, desconcertado como un niño al que le sorprenden metiendo el dedo en el pastel de cumpleaños antes de ser servido.

—¡Y qué más da que nos vean!

—Compréndelo. Es muy pronto para estas cosas. Aquí, en La Isla, nadie debe saber nada todavía.

Fernanda sintió la tentación de acariciar a Uriarte para tranquilizarlo. Pero en seguida se dio cuenta de que aquello podría empeorar las cosas. Tenía muy claro cuál era la intención de aquella visita y cualquier paso en falso dificultaría el desenlace que deseaba.

Hubo unos segundos de silencio. Él calló porque sentía que cualquier palabra que pronunciara iba a surgir de la inclemente ira que le producían los celos. Ella porque no sabía, sencillamente, por dónde empezar.

—Es el viaje, ¿verdad? —Uriarte rompió el hielo—. ¿Te cuesta abandonar La Isla, tu casa, tus posesiones? Y lo entiendo, querida, ¿crees que no lo entiendo? —Intentaba ser amable con ella, pero al mismo tiempo no podía evitar la sensación de que se le estaba escapando un tono de reproche despechado—. ¿Crees que no sé lo que supone para ti dejarlo todo y venir conmigo a Écija. Y luego quién sabe dónde? Los mejores años de tu vida los has pasado aquí, en esta Isla de León de la que has sido la reina. Aquí dejas los recuerdos de tu matrimonio y el dolor ácido de tu viudedad. ¡Claro que te entiendo! No es fácil renunciar a ser la dama más respetada de la ciudad y marchar de la noche a la mañana hacia un lugar en el que nadie te conoce. Yo estaría igual de nervioso que tú en tales circunstancias.

Uriarte tomó de nuevo la mano de Fernanda. Esta vez, ella dejó que la besara, pero no le miró mientras lo hacía.

—Amor mío, no temas por nada. Voy a estar a tu lado en todo momento. Te voy a acompañar en todo trance, sea cual sea nuestro destino. Tengo todo bien atado. No hay nada que pueda pasarnos por el camino y, una vez en Écija, vamos a reconstruir nuestras vidas con más facilidad de lo que imaginas. Volverás a ser la mujer que eres, volverás a organizar tertulias y a ser la envidia de las damas del lugar, volverás a tener una casa de prestigio, volverás...

—Isidoro, ¡no me voy a ir!

No hubiera querido decirlo así. Fernanda llevaba preparado un discurso que había repasado mentalmente una y otra vez mientras se dirigía a la casa de Uriarte. Había pensado sentarse frente a él en el sillón marrón envejecido y mirarle con dulzura a los ojos. Había pensado pedirle disculpas por lo que estaba a punto de decirle y asegurar que de ninguna manera aquello suponía que hubiera dejado de tenerle afecto. Le habría dicho: «Eres uno de los hombres más admirables que he conocido jamás. Nunca he hablado con alguien capaz de transmitir la pasión por su trabajo, por sus conocimientos, como tú lo haces. Y estoy segura de que mi inteligencia y mi espíritu se habrían enriquecido a tu lado. Si un día acepté abordar este viaje contigo, no solo fue por instinto de supervivencia. No entiendas que en mi decisión prevaleció la necesidad de huir sobre otras consideraciones. Fue tu persona la que me convenció definitivamente. Y, a pesar de lo que ahora vas a oír de mis labios, a esa persona la seguiré teniendo para siempre en la más alta consideración. Sabes que desde que enviudé no le he concedido a ningún hombre lo que a ti te he dado. Y en esa confianza me baso para comunicarte algo que no te va a gustar. Pero antes quiero que sepas que no me arrepiento de haberte entregado mi tiempo y que recordaré estas semanas para siempre como un remanso de paz y de alegría en medio de los más convulsos años de nuestra historia».

Eso le habría dicho, y luego, quizá tomándole la mano, le habría comunicado su decisión:

«Pero has de saber que no puedo huir contigo. Me quedo en La Isla para siempre. Al albur de los acontecimientos que puedan ocurrir en estas tierras. Me quedo para defender mis pertenencias y mi pasado. Me quedo porque no puedo dar la espalda a tantas cosas que me han sucedido entre estas calles chiquititas de la Isla de León. Sé que te parto el corazón y has de estar seguro de que a mí también me lo parto. Pero no podría marcharme de aquí en estos momentos sin sentirme la mujer más desagradecida del mundo. El poco honor que le queda al apellido Caro Riquelme merece que aguante en mi casa en lugar de escapar a un futuro mejor».

Sí, así habría comunicado a Isidoro la amarga noticia de su renuncia.

«Y has de saber que estoy convencida de que el futuro que me esperaba a tu lado es el mejor que puede desear una dama.» Así le habría mentido, con palabras meditadas y cariñosas, con halagos impostados y serenos que endulzaran el triste momento de la despedida. Como si, en lugar de estar clavando a ese hombre una daga en lo más profundo de sus entrañas, le estuviera acariciando antes de abocarle a la tumba de los corazones destrozados.

«Trato de imaginar cómo sería mi vida contigo y no encuentro más que deseos para comenzarla. Pero sé que eres hombre de honor, y entiendes los motivos por los que estoy hablándote ahora de este modo.»

En su discurso imaginado, Fernanda había dejado también un espacio para la respuesta de Isidoro. Seguramente, él no iba a comprender con facilidad la contradicción a la que le sometía.

«Pues si tan buena crees que va a ser tu nueva vida, ¿por qué no te lanzas a ella sin miedo? Yo sabré ser paciente y esperar a que estés realmente convencida», le habría podido contestar él. Y entonces, ella sabría lo que decirle: «Tú has de partir, querido, tienes que marcharte antes de que los franceses entren en La Isla. A ti nada te retiene en estas tierras asediadas. No podría perdonarme que por mi indecisión te ocurriera algo. Tú tienes que salvar tu vida». «Te tengo a ti, Fernanda. Tú eres quien me retiene aquí», habría contestado Uriarte, seguramente. Entonces, Fernanda se habría fundido con él en un abrazo y tratando de evitar las lágrimas se habría marchado sin mirar atrás, deseándole lo mejor a aquel hombre al que había engañado de un modo que ni siquiera era capaz de imaginar.

Pero nada de eso ocurrió. Ninguna de esas palabras llegó a pronunciarse. No hubo un solo instante para la compasión, ni para la ternura. Nada de lo que tenía planeado ocurrió. Simplemente, los acontecimientos se precipitaron y ella se escuchó a sí misma pronunciando con cierta violencia aquella frase que retumbó entre las paredes del salón como una campanada de difunto:

—Isidoro, ¡no me voy a ir!

LA NOCHE DEL REY

Y entonces, él reaccionó de un modo que ni remotamente hubiera podido imaginar la mujer en todas sus recreaciones de aquel encuentro. Le soltó la mano, se dirigió a la mesilla donde estaban las frascas de licor, se sirvió una buena copa de jerez y la sorbió de un solo trago. Exhaló un suspiro profundo, se limpió los labios con el envés de la mano y sin girarse dijo:

—Eres una ramera. Una espía doble. Una traidora. Una viuda mancillada. Una cobarde. Y aun así estaba a punto de dedicarte el resto de mi vida. Me alegra que seas tan clara. Ahora sé qué es lo que tengo que hacer. Es posible que te arrepientas de esta decisión antes de lo que crees. Pero yo ya no estaré aquí para verlo. En el fondo, esperaba esto de ti. Puedes irte.

—Pero ¿no vas a dejar que te explique...?

—¡Puedes irte!

Fernanda recogió la toquilla que había dejado en la mesa del salón y se fue sorprendida. En un primer instante un amago de desolación quiso nublarle la vista. Pero en seguida se repuso y ya antes de pisar la calle se sintió aliviada. Había ocurrido todo más deprisa de lo que pensaba. No había sido difícil. Rápidamente volvió a pensar en quien la esperaba en casa y eso calmó sus nervios.

Isidoro se quedó petrificado ante las frascas de licor. Con el vaso vacío en la mano. Rumió por última vez ya sin que nadie le oyera. «Puedes irte a los brazos de quien te espera en casa. ¿O es que creías que no lo sabía?» Giró la cabeza y en voz baja, imaginando que se lo decía a Fernanda a la cara, espetó:

—Cuando escondas a un miserable en tu cama, asegúrate de que ninguno de tus criados te oye.

Entonces, solo entonces, introdujo la mano en el bolsillo de su chupa amarilla, rematada con bordados de hilo naranja fuerte, y extrajo una tarjeta de visita. De su puño y letra, por la cara de atrás había un mensaje escrito.

Monsieur:

Tal y como nos temíamos, doña Fernanda Caro Riquelme ha traicionado a la causa. Nuestras sospechas se han confirmado. En su casa alberga a algunos miembros de la guerrilla española. Quizá insurgentes que quieran infiltrarse en la isla para preparar el contraataque a las tropas de Soult. Le informo de la dirección exacta en la esperanza de que usted sepa dar el mejor uso posible de esta información. Siempre a su disposición.

Uriarte sabía a quién hacer llegar este mensaje que, obviamente, era una sentencia de muerte. Lo acarició por última vez antes de hacer uso de la campanilla.

—Mariano, entrega esta carta en la dirección que te comenté ayer. Que nadie te

Jorge Alcalde

vea. Si es necesario ve disfrazado. Luego vuelve a toda velocidad. Partimos en breve.

Capítulo 34

Asunción lloraba igual que cuando era una cría, el tiempo en que aún se dejaba peinar con dos oscuras trenzas, prietas y brillantes como dos chicotes negros. Y, exactamente igual que entonces, apoyaba su frente perlada de sudor sobre el hombro izquierdo de Benita. El aya pasaba una mano por el pelo de la niña que ahora era una mujer rota, a sabiendas de que su llanto no podría ser consolado como antaño con unas cuantas caricias. Porque esta vez Asunción lloraba por motivos que ella no podría nunca llegar a entender.

—Todo lo que me interesaba de este mundo lo iba a aprender a su lado. Benita, ¿qué va a ser de mí ahora? He despreciado hasta la más nimia de las razones que me unen a esta casa, a esta ciudad... Pensé que podría marcharme de aquí con él sin mirar atrás. Y fui tan tonta como para pensar que ya estaba en París y empezar a comportarme como si nunca hubiera sido una niña ecijana criada entre estas cuatro paredes asfixiantes. Mi mente fue demasiado deprisa. Y ahora no sé si voy a ser capaz de retenerla de nuevo en Écija.

De vez en cuando, Benita besaba la cabeza de Asunción y trataba de comprender su descontrolada aflicción. Mas era consciente de que las razones de aquella desesperanza residían en pasiones que a ella el destino le había negado.

—Me habría ido con él, ¿sabes? Estaba dispuesta a dejarlo todo. Tú habrías venido conmigo, por supuesto. ¿Te imaginas? Las dos paseando por París, conociendo museos, preparando la casa para las visitas de la tarde... Ese hombre habría conseguido que no echara de menos nada de lo que aquí dejáramos. ¿Crees que soy una desalmada por ello?

El aya dijo que no con la cabeza. Sonrió y pensó en cuántas veces antes había mentido a su niña tan piadosamente como en ese instante. Porque en realidad no podía creerse lo que estaba escuchando. En los veintiún años encargada del cuidado de aquella criatura, siempre supo qué pasaba por su cabeza. Entendía cada uno de sus gestos, antes incluso de que llegara a mostrarlos. Sabía qué palabras iba a pronunciar, cuándo iba a estallar en una carcajada estrambótica y a qué hora del día se sumiría en la tristeza. Pensó que el alma de su pequeña carecía de secretos para ella. En el fondo tenía razón. Era el privilegio que le había sido otorgado aquella noche heladora de febrero, cuando Benita, recién llegada a la casa de los Mariños para trabajar como ayudante de la cocinera, asistió al episodio más triste de la historia familiar sin saber que con ello su destino cambiaría de una vez por todas. No

había tenido tiempo de conocer a la señora Mariños ni de acostumbrarse a las estancias de su nueva casa. De hecho, ni siquiera había aprendido bien dónde estaba cada habitación. Pero supo darse cuenta fácilmente de que el revuelo que en todo el personal había levantado el parto de la dueña no auguraba nada bueno. Corrían las sirvientas escalera arriba y abajo, jadeando una palidez tal que pareciera que estaban ayudando a alumbrar al hijo del demonio. El médico, que hacía horas que había abandonado la habitación de la parturienta, daba instrucciones cada vez más inaudibles, como si deseara escapar de una situación que era incapaz de controlar. Apoyado en el pasamanos de la escalera, sudaba de impotencia. Benita pasó a su lado sin querer mirarle pero notó que el doctor le suplicaba una mirada. Cuando se la ofreció, contempló unos ojos tristes y vacíos que solo podían indicar una cosa.

A las tres menos cuarto de la madrugada dejaron de oírse los gritos de la señora Mariños al otro lado de la puerta. Una de las sirvientas salió corriendo en busca del doctor petrificado. Le dijo algo al oído y pareció encenderle por dentro. «Aún estamos a tiempo», gritó mientras corría hacia la habitación desanudándose la corbata. Benita pensó que la señora que acababa de contratarla y que aún no había llegado a conocer iba a salvarse. Pero en realidad lo que el médico quiso decir es que aún se estaba a tiempo de extraer de sus entrañas a la criatura que iba a nacer huérfana. Durante unos minutos, que pasaron lentos como la sombra mañanera de un águila, todo el personal de la casa se agolpó en la puerta de la habitación. Dentro, solo el médico y la asistente de la señora Mariños se enfrentaron a la operación más difícil de sus vidas. El reloj marcaba las cuatro y diez cuando ambos salieron del cuarto exhibiendo un bulto diminuto cubierto de toallas blancas. La niña no lloraba. El médico trató de voltearla, la sirvienta le palmeteaba nerviosa las nalgas y la espalda. Le dieron aliento con sus propias bocas y friegas de alcohol en las palmas de las manos y los pies.

La pequeña permanecía pálida y boquiabierta, con los ojos pegados de polluelo recién emergido de su cascarón. Pero sin dar un solo aullido de vida. Una a una, todas las criadas fueron recibiendo el paquete inerte en sus brazos. Algunas trataron de insuflar aire en la boquita del bebé, otras se limitaron a pasar el bulto a la siguiente, gimoteando aterrorizadas. Y la cría se resistía a explotar a la vida como si se negara a asumir la infinita carga de haber matado a su madre.

Al final, alguien se acercó a Benita, que trataba inconscientemente de huir del horror alejándose tres pasos del grupo, y le puso a la niña entre los brazos. La criada recién llegada obró por instinto. No hizo nada. Depositó sus labios en una de las mejillas macilentas de la pequeña y canturreó una nana que conocía desde que era una cría feliz en su pueblo de Murcia. Con la boca pegada a la piel suave de la criatura, nadie pudo entender lo que cantaba. Solo ella y la niña conocieron el contenido exacto de sus palabras:

Pajarico que cantas

LA NOCHE DEL REY

*junto al olivo
no despiertes al ángel
que está dormido.*

Repitió una y otra vez la canción, que nacía en su garganta y moría en los labios pegados a la piel infante, y se dispuso a abandonarse a la desesperanza, pues ya no quedaba nadie más a quien entregar a la niña. Entonces un suspiro inaudible brotó del pecho del bebé. No fue más que un segundo de convulsión que precedió al sonido que todos esperaban. La niña abrió los ojos de golpe y prorrumpió en un llanto tan potente que hizo temblar los corazones de cuantos contemplaban la escena.

Benita, que hasta entonces parecía haber conservado la calma, acudió hecha un manojo de nervios al doctor y sin pronunciar palabra alguna, como si se sintiera avergonzada de lo que acababa de hacer, como si fuera consciente de que a ella no le correspondía el honor de gozar de los primeros segundos de vida de la recién nacida, extendió los brazos queriendo entregar el cuerpo latiente a alguien más adecuado.

—No la dejes. Dale calor, arrúllala en tu pecho unos minutos, y luego vemos cómo se encuentra.

Y no volvió a dejarla. Cuando la casa se repuso de la muerte de la señora, todos pensaron que Juan Mariños se encargaría de dar las instrucciones oportunas para la educación de su hija. Pero esas instrucciones no llegaron jamás. Primero porque el hombre quedó sumido en una tristeza tan profunda que, durante las primeras semanas después del deceso, apenas salió de su cuarto. Solía pasear entre el vestidor y la alcoba con una bata de seda negra bordada al punto de margarita que había encargado su difunta esposa al poco de la boda. Tenía un ceñidor gris que don Juan se encargó de desflecar a base de manosearlo nerviosamente en sus interminables paseos por la estrechez de sus aposentos. Encerrado y solitario, terminó por presentar un aspecto deplorable. Se dejó crecer la barba asilvestrada y siempre aparecía con la frente brillante de sudor. Nadie se atrevía a preguntarle, pues, cada vez que se le hablaba de algún asunto que no tuviera que ver con sus negocios, montaba en cólera. Dos criados le subían la comida y la cena a la habitación y la recogían horas después prácticamente intacta. De vez en cuando, parecía salir de su enajenación por un instante y entonces preguntaba algún dato sobre el estado de las últimas partidas de mineral o repasaba los libros de contabilidad en el despacho.

A las dieciocho jornadas de haber enviudado, pidió por primera vez que le arreglaran la calesa para salir de casa. Su intención era visitar al propietario de un almacén donde pretendía guardar algunos kilos de cinabrio que quería vender con cierta urgencia. Se acicaló levemente (nada que ver con la elegancia que solía gastar en otros tiempos) y salió sin despedirse. En todo el tiempo transcurrido desde el nacimiento de su hija no hizo una sola pregunta sobre su estado de salud y se limitó a besarle la frente cada noche, cuando Benita se la llevaba a la alcoba antes de

acostarse.

Así que las criadas tuvieron que tomar algunas decisiones que correspondían al padre ausente. Y entre ellas la más unánime fue exonerar a Benita de toda tarea que no tuviera que ver con el cuidado directo de la niña. Benita se encargó de buscar un ama de cría, de confeccionar todas las ropas de los primeros días, de hacer llamar al médico cuando lo creyó necesario, de organizar el bautizo, que, por culpa de las extrañas circunstancias que rodearon aquel nacimiento, se estaba demorando más de lo recomendado. Benita tomaba la temperatura de la frente de la niña con una caricia de su mano en cuanto aparecían unas mejillas algo más sonrosadas de lo normal. Benita preparaba los baños templados cada mañana y perfumaba con espliego la toquilla donde recogía a la recién bañada. Benita inventaba canciones ante el fuego mientras se mecía a ritmo en la butaca de arpillera que había habilitado para la hora de la siesta. Benita se levantaba como el rayo cada vez que, en plena noche, la respiración de la niña parecía entrecortarse por una inoportuna tos... Benita, Benita, Benita...

— ¿Has amado alguna vez a un hombre que pudiera salvarte la vida, Benita? ¿Te has entregado a un ser al que creías capaz de rescatarte del tedio e iluminar tu vida con conocimientos que jamás habrías soñado obtener? ¿Has temblado con el roce de la mano de un varón al que creías más culto, más elegante, más bueno que tú? Quien no ha probado eso no puede hacerse a la idea de cuán miserable puede llegar a sentirse una mujer. No tuvo nadie que advertirme de que los hombres no son de fiar. Nadie hubo de informarme sobre sus fechorías, sus infidelidades, sus mascaradas. Las conocía bien, por los sinsabores de mis amigas y vecinas, por los llantos de las criadas. Pero pensé que Frédéric sería diferente. Quizá porque no era español, no llevaba en la sangre el irrefrenable encanto de la traición que parece mutar a nuestros hombres en una máquina de engaños. ¿Por qué no me lo advertiste tú, Benita? ¿Por qué no me enseñaste a distinguir al zorro por su mirada, por sus andares, por sus gestos...? A ti te habría creído. Siempre he creído lo que me has enseñado. Tus consejos han sido tan valiosos para mí como los de mi tío. ¿Por qué no me abriste los ojos?

Para cuando Juan Mariños reparó en que su hija había cumplido seis meses y apenas la había cogido en brazos un par de veces, Benita ya se había convertido en su madre. Habilitó un camastro en el cuarto de la pequeña para velar por ella de noche y se acostumbró a llevarla colgando a todas partes. Era notable la habilidad que había adquirido para cocinar, tender la ropa, remendar mudas o abrillantar los oros del salón con una sola mano, mientras con la otra, apoyada en jarras sobre la cadera, sostenía a la niña. Durante las veinticuatro horas del día, Asunción parecía un apéndice de Benita. Tanto fue así que la criada abandonó todo contacto con el resto del personal de la casa y se dedicó en cuerpo y alma a ver crecer a «su» criatura. Años después, recogiendo una y otra vez mechones de pelo detrás de la oreja de la joven, escuchando sus lamentos y sus preguntas, Benita era consciente de que no

había tenido otra vida que no fuera la de Asunción. Y la auténtica naturaleza de su sacrificio le vino a la cara de golpe con la frase que la chica repetía una y otra vez entre llantos: «¿Por qué no me abriste los ojos?». La respuesta era, ahora, clara. Benita no habría podido evitar la desgracia de su niña porque no tenía ni idea de cómo eran los hombres. Jamás había tenido contacto con uno más allá de los formalismos necesarios para desempeñar su trabajo. Hablaba con los lacayos, con el mayordomo o con el señor Mariños siempre en la distancia. Ni siquiera se acercaba a los repartidores de pescado y frutas que suministraban las viandas de la casa. Prefería quedarse detrás de la puerta de servicio y esperar a que dejaran las cajas al otro lado mientras escuchaba la misma queja todos los días: «¡Es que nadie va a salir nunca a recibirnos!».

Benita nunca fue fea. Más bien al contrario, debajo de la bata y de la cofia dejaba entrever en más de una ocasión las hechuras de la que debió de ser una joven disputada. Tenía dos ojos verdes apagados por la oscuridad de la cocina y el vaho de los fogones que, en los días de primavera, cuando los primeros rayos calientes de sol atravesaban el ventanal del cuarto de servicio al atardecer, cobraban vida y transmitían destellos de un mar transparente. Algunos criados se habían percatado del encanto de sus manos, antes de que terminaran convertidas en dos manojos de dedos amorcillados y enrojecidos por el contacto con la sosa y la grasa para hacer jabón. A pesar del paso de los años y de los estragos del trabajo sobre la piel poco expuesta al aire, la mujer habría sido capaz de seducir a cualquier hombre medianamente avisado. Sobre todo, al hablar. A la insoportable timidez de su mirada, el aya acompañaba una voz algo grave y aspirada que parecía nacer de unas cuerdas vocales hechas de terciopelo. Para muchos de los hombres que la escuchaban, el sonido apagado de sus palabras y el dulce deje murciano de sus giros conducían a pensamientos poco confesables sobre los labios que los emitían.

Pero nunca llegaron a brillar tales prendas. Porque Benita se encargó de oscurecerlas bajo la sombra de su huidizo comportamiento y la entrega inquebrantable a su condición de sirvienta. Por eso nunca la había tocado un hombre. Por eso y porque a Benita la seducción masculina le provocaba un inexplicable vértigo. Inexplicable, al menos, al principio. Con el paso de los años, la criada empezó a entender que su cuerpo reaccionaba de maneras distintas a las que debía estar diseñado por la naturaleza. Se encontraba enormemente feliz entre las demás criadas, en ausencia de los hombres, y esperaba con agrado a que las conversaciones vespertinas entre ellas adquirieran el tono primaveral que solo está reservado a las reuniones de mujeres solteras. Mientras recosía un faldón o perfumaba unas toallas, dirigía miradas furtivas a las chicas y esperaba el momento en que alguna de ellas se tendía con inocente impudicia sobre el colchón o se atusaba el refajo o se colocaba los tirantes del sostén para contemplar alguna región de la piel que comúnmente se esconde a la vista. Sin temor a ser sorprendida, aprendió a adivinar la belleza en la figura despreocupada de sus compañeras, en ese momento del día en el que la

compostura ha dejado de ser necesaria.

Y sus sospechas de pertenecer a una especie diferente de hembra se acrecentaban cada vez que una mano, una rodilla, un hombro de una compañera chocaba con ella por accidente en el trasiego de las tareas del hogar: una sábana que doblar, una alfombra que airear, un suelo que abrillantar. Disfrutó de su casto y secreto juego hasta el día en que se sorprendió a sí misma deseando que Asunción, que hacía tiempo había dejado de ser una niña pero seguía pidiendo que la bañara, hubiera sido una desconocida, una anónima intrusa caída del cielo para alegrar las mañanas tristes de la casa Mariños. Le incomodó que la niña creciera y temió que la tensión que erizaba su vello en los inocentes encuentros pudiera ser demasiado evidente. Justo en ese momento, atemorizada por sus propios pensamientos, avergonzada del cariz que había tomado su naturaleza ignota, decidió no volver a buscar la belleza en ser humano alguno, hasta el día del Juicio Final.

Ahora, solo ahora que Asunción le recriminaba no haber sabido aconsejarla, Benita se percató de una vez por todas de por qué las cuestiones de amor eran las únicas en las que su consejo era perfectamente inútil. Aun así, improvisó algo.

— Encontrarás al hombre que merezca besar esta frente. Y cuando llegue, tú misma te darás cuenta. Mientras tanto, olvida a Quilliet y a sus amigos.

Asunción pareció sonreír con los ojos. Como si hubiera quedado aliviada con las palabras que Benita le había hecho llegar en voz baja, apretando los labios contra su mejilla como la primera noche de su vida.

— Va a ser difícil que me olvide de él, Benita. He hecho algo que probablemente no esté del todo bien y que me obligará a vivir con el recuerdo de Frédéric grabado en la mente. Mi tío está en camino, estoy esperando una carta suya que supondrá el fin de la mascarada de este francés cobarde y adorable.

Benita, al oír estas palabras, abrió los ojos como dos platos de loza blanca y sintió que acababa de quitarle a Asunción el aliento de vida que le había dado la primera noche de su existencia. Porque aquella carta de la que Asunción le hablaba, esa misiva de salvación y perdición a un tiempo, era muy probable que no llegara jamás a su destino.

Capítulo 35

—Su hermano, a estas alturas, ya debe de estar en camino. Cuando llegue, si todo lo que aquí hay escrito es cierto, nuestra mascarada habrá tocado a su fin.

Quilliet exhibía amenazante un sobre con la lacra violentada cuyo contenido acababa de compartir con don Juan Mariños. Había llegado a sus manos por sorpresa la tarde anterior. El cartero que se lo entregó a Benita en la casa de los Mariños parecía más interesado de lo normal en que solo lo leyera los ojos de su destinataria: Asunción Mariños. Había recorrido al galope el camino entre la Isla de León y Écija por petición de don Martín Mariños Bazán. Extenuado y sediento, le entregó el sobre al mayordomo con la consigna de su destino.

—Solo doña Asunción podrá abrirlo si no quiere que mi muerte le pese sobre la conciencia a usted.

Era, a todas luces, una exageración. Pero el mayordomo decidió convertir en suya la misión del cartero.

—Benita. Antes de una hora doña Asunción debería haber leído esto. Parece que es de su tío Martín. Entrégaselo tú, que sabrás mejor que nadie cómo hacerlo.

Benita sabía que su niña no estaba a esas horas en casa, y creyó saber dónde encontrarla. Así que agarró la carta, se remangó el vestido para ir más deprisa y se encaminó a casa de Quilliet. Tras dar varias vueltas en falso por si alguien la había seguido, llamó a la puerta de Frédéric. El propio dueño de la casa abrió.

—La señora no está aquí. Esta vez no, Benita.

—No importa, señor. Yo ahora no puedo regresar con la carta sin entregar. Todo el mundo sospecharía que no sé dónde para mi niña. Tome usted la carta y entréguesela en cuanto la vea. Pero por lo que más quiera, no la abra.

—Descuide, Benita, está en buenas manos.

Por supuesto, en cuanto el aya se perdió calle arriba, Frédéric partió la lacra, rasgó el sobre y leyó. Era la carta con la que Martín Mariños había contestado a la petición de auxilio de su sobrina. Casi se la sabía de memoria ahora que hablaba sobre ella con Juan Mariños.

—Su hermano viene para matarme o al menos para desvelar quién soy. Y cuando lo haga (que lo hará tarde o temprano) todo nuestro negocio se vendrá abajo como

una montaña de azúcar se derrumba al sutil toque de la cucharilla.

— ¿Y tiene idea de cuánto puede saber mi hermano?

— A juzgar por sus letras, poco. Su hija le ha hecho creer que entre ella y yo no hay nada y que simplemente trato de deshonrarla. Parece que Martín solo viene con la intención de solventar una cuestión de honor. Nada de negocios.

— ¿Y usted qué pretende hacer, Quilliet?

— Solo podría hacer una cosa: huir. No puedo arriesgarme a que el entrometido de su hermano me atreviese con el filo de su espada. Me quedan tantos cuadros aún por ver. Así que quizá sea usted el que más necesidad tiene de pensar qué va a hacer.

— Yo, ¿por qué? Acaba de decirme que en esa carta no se habla nada más que de usted.

— Mire, Mariños. Desde el principio quedó claro que en este asunto íbamos a medias. Usted me dejaba jugar a los novios con su hija y yo ponía toda mi red de transporte entre Madrid y París a disposición de su cinabrio.

— No hable así de mi hija, se lo suplico.

Juan Mariños parecía a punto de estallar en lágrimas. Le temblaba la barbilla al hablar y no dejaba de pasarse una y otra vez la mano por la calva perlada de sudor.

— Disculpe, don Juan. Tiene usted razón. El hecho de haber entregado el honor de su pequeña no le exime de cierto respeto.

— Es usted un miserable, siempre lo fue.

— Y usted lo supo desde el primer momento. Por eso hemos hecho buenos negocios juntos. Negocios que habrán tocado a su fin en cuanto su señor hermano entre por esa puerta. ¿Ha calculado ya el dinero que va a perder cuando no pueda disponer de mis transportes para pasar la mercancía al otro lado de los Pirineos? ¿A quién va a dirigirse para vender sus piedrecitas si desaparecen los nombres de mi lista de nobles franceses aburridos de gastar dinero siempre en lo mismo? La casa de Juan Mariños alcanzó su ruina moral hace años... y ahora parece que se aproxima su ruina material. Y le diré que es una lástima, porque habría estado dispuesto a llevarme a su hija a París y hacerla una dama.

— Pues entre tanto parece que lo que ha conseguido es levantar sus sospechas y convertirla en nuestra enemiga. Esa idea suya de enseñarle los cuadros, de alardear delante de ella, de pavonearse con sus fantasmagóricos proyectos de museo... La ha puesto sobre la pista y Asunción no es, en absoluto, tonta.

— Me gusta que se identifique tanto con el problema como para decir «nuestra» enemiga.

— Es usted un cínico.

— Y usted un cobarde. Por eso hacemos buena pareja. Y por eso seré yo el que

decida cómo arreglar este inconveniente. De las cuatro personas que estamos implicados en él, tres saben de la existencia de los cuadros: su hija, usted y yo. ¿Podemos asegurarnos de que cuando venga el reparador de honras de su hermano ninguno de los tres va a soltar la lengua?

—Me da miedo pensar adónde quiere usted ir a parar.

—Exactamente al lugar que está pensando. Usted, querido Juan, ama demasiado su extraño negocio como para ponerlo en juego por una indiscreción. Y yo bastante tengo con escapar de la ira de don Martín, que a estas alturas estará montado en una calesa repasando las leyes no escritas sobre los duelos de honor. Pero su hija ha tenido la valentía suficiente como para alertar a su tío contándole quién sabe qué historias. ¿Cree que va a renunciar a decirle que yo, además de por sus enaguas, pierdo el sentido por algún que otro lienzo? Y si tira del hilo del lienzo, acabará encontrando su cinabrio.

Juan Mariños estaba ya sentado en su butaca, vencido hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y tapándose el rostro rojo y lloroso con las dos manos.

—No entiendo qué quiere decirme.

—Lo entiende perfectamente: que usted pueda seguir llevando esas blusas de seda fina y que yo pueda colgar un Valdés Leal encima de la chimenea de mi casa en Francia son dos cosas que dependen del silencio de Asunción. ¿Puede usted garantizarlo?

—No.

Mariños negó sollozando, la o de su «no» sonó como un llanto anudado en la garganta al que le cuesta adquirir potencia suficiente para ser oído.

—Entonces solo queda una alternativa, amigo Juan. O sube usted a su despacho y se descerraja un tiro en el pecho, o hace lo que mejor ha sabido hacer siempre: mirar hacia otro lado mientras yo decido el capítulo final de esta historia con su hija.

Capítulo 36

Dije que sí. Posiblemente sea el sí del que más me arrepienta en toda mi vida. Un sí inconsciente, repentino, irreflexivo. Dije que sí como quien puede decir que no. Y no sé por qué lo hice. No, no es cierto. Sí que lo sé. Dije que sí porque creí que ese podría ser mi único favor a esta tierra que se ha dejado pisar por mí durante tanto tiempo sin pedirme nada a cambio. Ahora que estoy a punto de abandonarla, se me antojó que tenía delante la oportunidad de ofrecer a esta gente un último servicio. Es cierto que por el camino he ayudado a curar a un par de mocosos, he dado compañía a muchos viajeros temerosos de caminar solos, he conversado con unos cuantos solitarios... Pero aquello que se me presentaba de pronto era algo más: era la ocasión de cambiar el destino de alguien. Fue por vanidad, por orgullo, por hastío o por el irrefrenable deseo de dejar una huella de mi infértil paso por España... Por todo eso dije que sí.

¿Quieren saber a qué dije sí?

El único lugar en el que encontré sitio para tumbar mis cansados huesos, recién llegado a Écija, fue una posada de muy buen porte que flanqueaba las primeras huertas recién pasado el río Genil. Se encontraba aislada, en medio de un prado seco y frío, donde los pocos pastos que habían sobrevivido a la guerra hibernaban teñidos de un mortecino color gris. Como no había cerca, ni nada que se le pareciese, me dirigí directamente a la puerta de la casona. Una escalera de piedra amarillenta con cuatro peldaños conducía al portón. La barandilla parecía recién pulida y pensé que quizá, en esta ciudad, los rigores de la contienda hacía tiempo que habían pasado.

Del interior llegaba cierta algarabía. Voces de hombres difuminadas. No fui capaz de entender ninguna conversación, pero, a todas luces, se trataba de comentarios amables y relajados. Las contraventanas abiertas de madera negra se dejaban sacudir por el viento y desalojaban destellos anaranjados del interior. Me pareció oler a gallina en pepitoria.

Al empujar la puerta me di de bruces con un escenario inesperadamente amable. En cinco o seis mesas distribuidas sin orden por el salón bebían y jugaban a las cartas hombres extrañamente despreocupados. Al fondo, el hogar de leña invitaba a sestar. Sobre las llamas, había un caldero humeante. Me fijé en las paredes decoradas con macetas colgantes en las que no había ni una sola flor y con alguna estantería llena de jarras de madera y botellas vacías. Justo en ese instante, una mujer fibrosa y despeinada, que denotaba poseer una fuerza impropia para su delgadez, me gritó:

LA NOCHE DEL REY

— ¿Va a pasar? ¿O solo ha venido a mirar?...

Hubiera parecido una afrenta de no haberlo dicho con una sonrisa que me pareció sincera. De modo que cerré el portón a mi espalda y entré. Creo que fue la primera vez en todo mi viaje por España en la que me sentí realmente seguro. Aquel lugar infundía una irreal sensación de paz. Como si en medio de la miseria y de la guerra alguien hubiera decidido darse un descanso y construir una taberna donde el tiempo se detuviera. Noté como todo el mundo se giraba para mirarme, mas en ninguna mirada encontré la menor señal de amenaza.

— Solo necesito dormir. Traigo mi comida.

— Señor. No sé de dónde diablos viene usted. Pero ha de saber que a la venta de Graciana no se entra solo a dormir. Así que plante sus extranjeras nalgas en una silla, que hoy tenemos gallina en pepitoria.

Me senté en un hueco entre tres hombres jóvenes. Me saludaron con la cabeza y siguieron hablando entre ellos.

Cuando Graciana me trajo el plato lleno de comida y un vaso de vino tinto que clareaba a la luz de la fogata, uno de los compañeros de mesa me dirigió la palabra.

— ¿Inglés?

— Americano.

— ¡Mejor! No hay nada bueno que pueda traer un inglés por aquí.

Me habló en mi propio idioma, con un casi imperceptible acento francés. Confié en él por ello, así que creí necesario dar alguna explicación:

— Voy a Cádiz. Quiero volver a América.

— Ya se ha hartado de este país.

— Es que ni me acuerdo de cuánto tiempo llevo caminando por él. Creo que ha llegado la hora de volver a casa.

— No lo tendrá fácil, forastero. — Aquel francés en medio de Andalucía tenía la osadía de llamarme forastero—. El camino a Cádiz está plagado de soldados franceses y españoles. Parece que se han empeñado en dirimir la guerra en esta punta de España. Yo que usted me lo pensaría. Si sigue la línea de postas por Sevilla, Dos Hermanas y Jerez, se va a dar de bruces con el frente. Le queda otra opción, meterse en la sierra y llegar hasta Ronda. Pero ahí están, ya sabe...

Los tres hombres de la mesa me miraron y se pasaron el pulgar por el gaznate como si se estuvieran degollando.

— ... ¡ñac! Bandoleros.

— La verdad es que no llevo mucho encima que puedan quitarme.

El francés me miró de arriba abajo con una sonrisa malévol.

—Bueno. Tiene usted botas que no están mal del todo, un morral con alguna que otra moneda, imagino; un gabán sucio pero que aún sirve...

Se detuvo en mi cintura y entonces reparé en el pistolón. Asustado, traté de cubrirlo con el abrigo, pero era, evidentemente, tarde.

—... ¡Vaya! Y un arma. Solo por eso sus tripas pueden ser esparcidas por la serranía sin que nadie pregunte por usted. Mejor no lo enseñe demasiado.

Comí con ansia. En realidad, la gallina no dio señales de existencia en el plato. Era una sopa espesa hecha con despojos, pero a mi hambre le pareció exquisita. Cinco minutos después, con el estómago lleno y sed suficiente para otro vaso de vino, me encontré conversando amigablemente con aquellos hombres que no había visto en la vida. Dos españoles achispados y un francés con mirada de águila que en seguida empezó a hablar de arte.

—La inmensa mayoría de las obras que me interesan en este país están en manos de los curas. Los obispos, los cabildos catedralicios, las parroquias, los conventos, las cofradías, las hermandades... ¡Demonios! No hay una sola institución de esas, por pequeña que sea, que no tenga un Murillo. ¿Saben quiénes han sido los mejores clientes de los artistas españoles en toda la historia?

Nos miramos entre todos tratando en vano de vislumbrar en la mirada del otro alguna expresión de interés sobre el tema. Después de certificar nuestra ignorancia, decidimos hacer un gesto negativo al orador. No teníamos la menor idea.

—Pues los miembros de la corte y los monjes de los monasterios. Miren, a excepción de Velázquez, no hay ni un solo gran pintor en estas tierras que no haya vendido un cuadro a un convento. —Extendió la mano y empezó a señalarse los dedos como si contara—: Zurbarán y los dominicos, Murillo y los franciscanos de Sevilla, Valdés Leal con los jesuitas, Ribalta y los capuchinos, Carducho y los agustinos...

—¿Se sabe toda la lista? —Rio uno de los hombretones españoles de la mesa.

—Es mi profesión, amigos. Es mi profesión.

El francés me miró y, al comprender que no entendía nada, se inclinó un poco hacia mí apoyando un codo en la mesa y me explicó:

—Trabajo para el rey José. Le ayudo a coleccionar arte español para un gran museo que tiene proyectado en Madrid. Así que me he recorrido media España sacando de su escondite monástico cientos de cuadros que todo el mundo podrá admirar.

—Parece interesante —le dije por cortesía—. ¿Y cómo sabe usted de la existencia de esos cuadros ocultos en los monasterios?

—Estimado amigo, ¿recuerdo su nombre?

—James.

—El mío es Frédéric... Le sorprendería cuánto podemos llegar a saber de la vida de un pintor por sus propios testimonios escritos. O por la indiscreta vanidad de quien posee sus obras. Mi labor es simplemente buscar en aquellos lugares donde los propios autores, en sus cartas o en sus legajos, declararon haber depositado alguna pieza. Lo demás es fácil. Basta saber dejar caer alguna frase en una posada, pegar el oído y esperar que la información llegue por sí sola. Se obtiene el cuadro, por métodos digamos más o menos legítimos, y se envía a Madrid, donde será catalogado.

La posadera se acercó para informarme de que habría un camastro libre en la planta de arriba, debajo mismo del palomar. No tenía muchas más opciones, así que acepté. Pague dos reales por adelantado. Ambos con la efigie del rey José I. Los miró, hincó el diente y no le hizo demasiados remilgos a la cara del monarca invasor.

—El dinero es dinero —dijo antes de retirarse metiéndose las monedas en la enagua.

El hombre francés llamado Frédéric siguió ofreciendo lecciones de historia del arte a una audiencia cada vez menos atenta a su discurso. Me sorprendió su familiaridad. Hablaba conmigo como si me conociera.

—Estos españoles no saben lo que tienen. ¿Es usted amante del arte?

—Me tiene absolutamente sin cuidado. Reconozco que he entrado en algunas iglesias solo con la intención de ver su retablo mayor, y poco más...

—Es usted demasiado joven, y su país también... —ironizó Quilliet—. Ya le llegará la sensibilidad. Mientras tanto, díganos qué le trae por aquí.

—Simplemente camino, desembarqué en Inglaterra hace demasiado tiempo. Y empecé a andar hacia el sur...

—¿Y eso de ir armado?

—Viajo solo. Creo que no es ninguna estupidez dotarse de algo de seguridad.

—No se lo reprocho. Pero para llevar algo así en el cincho hay que saber usarlo.

Hizo un gesto inquisitivo, como si me estuviera preguntando. Yo bajé la mirada y luego intenté utilizar un gesto de superioridad: como si me ofendiese la pregunta, como si quisiera decir «por supuesto que sé usarlo». La historia de este pistolón es la historia de mi viaje. Partió conmigo de Nueva York, montó probablemente en barco por primera vez el mismo día que yo lo hice y no me había abandonado desde entonces. Era una pistola de chispa de llave francesa, cuyo pedernal estaba tan gastado que apenas podría servir para tres o cuatro disparos más. El martillo, en forma de cuello de cisne, había sido pulido y repulido hasta extraerle unas vetas negras que contrastaban con el color cobrizo del resto de las piezas de metal. Tal vez

fuera un arma antigua, tendría no menos de cien años, pero había sido cincelada y restaurada no ha mucho. Se notaba por las formas de hojas que adornaban ambos lados de la platina. La caja era de raíz de nogal, marrón oscuro, que en los días de lluvia despedía un olor a madera húmeda intenso y agradable. A veces, después de una larga travesía con la mano apoyada en la pistola, el olor impregnaba mi piel durante horas. En la empuñadura, alguno de sus dueños había mandado labrar una bola de metal plateado con formas vegetales. Con el paso del tiempo, los bordes se habían astillado y resultaba verdaderamente molesto a la hora de meterla y sacarla del cincho. Y no, nunca la había usado. Aunque me pareció más seguro hacerle creer a aquel hombre que sí. La recogí del suelo el 13 de abril de 1788, junto al quiosco de Battery Park en el que me sorprendió la revuelta de los doctores. Pertenecía al hombre que cayó a plomo junto a mis pies. Cuando se deshizo la nube de alborotadores a nuestro alrededor nos quedamos él y yo solos. El hombre respiraba con dificultad y abría y cerraba los ojos espasmódicamente. Es probable que ya estuviera perdiendo la visión por culpa de la hemorragia. Un río de sangre fresca manaba de algún lugar de su espalda y empezaba a encharcar el contorno de su cuerpo como si hubiera aplastado con su peso al caer un globo de tinta roja. Creo que sabía lo que le ocurría. Estaban comenzando a encharcarse los pulmones, la respiración era entrecortada y sonora y su rostro se había quedado ya sin color. Era casi seguro que tenía una perforación interna por la que entraba el aire. Este oprimía ya la cavidad respiratoria y acabaría por asfixiar al sujeto. En la facultad había oído algunas historias acerca de cómo extraer el aire sobrante, haciendo una incisión a la altura de las costillas. Se había realizado con éxito en animales afectados de infecciones respiratorias y corría el rumor de que algún médico temerario había salvado así la vida de más de un tuberculoso. El hombre me miró fijamente un instante e intentó pedir ayuda, pero de su boca solo salió un soplido incomprensible, atravesado de flemas y sangre. Por un instante estuve tentado de arrodillarme junto a él y tratar de detener la hemorragia. Pero me dio miedo evidenciar mi condición de médico. Acababa de estar rodeado por una horda de alimañas sedientas de venganza, en busca de un doctor que llevarse a la horca. La ciudad había sido poseída por la más absurda de las iras que se recuerdan y yo era una víctima propiciatoria. Así que detuve mi intención y, rompiendo por primera y última vez en mi vida el juramento hipocrático que pronuncié al graduarme, abandoné al moribundo a su suerte. Me agaché para recoger su pistola, que yacía a un par de metros del cuerpo, y me perdí entre el gentío como un miembro más de la algarada. Desde entonces, el arma de ánima lisa y corazón oxidado no se había separado de mi cintura.

—Al menos espero que la hayas usado para matar a algún rufián —dijo el francés.

—O un bandolero —gritó otro de los compañeros de mesa.

—O al rey Fernando —saltó el tercero, ebrio ya de vino malo y atufado por el humo de la chimenea.

Rieron todos, pero solo el francés se quedó mirándome.

—Sí, sí, claro que sé usarla.

Esa fue la primera vez que le dije que sí a ese hombre en contra de mi voluntad. La segunda no tardaría en llegar.

El tal Frédéric pidió otra jarra de vino y arrimó la silla cerca de la mía. Eran sillas de pino de color miel. Pesaban como el demonio y hacían un ruido sordo al ser arrastradas. Fuera, la lluvia empezaba de nuevo a golpear los cristales y cada vez que alguien entraba o salía de la posada, recorría el salón una fría ráfaga de humedad que hacía vibrar las llamas de la hoguera. Las ropas ya olían a humo, ese humo hogareño que invita al desdén y a la confianza.

—Este país no sería nada sin los extranjeros —me confesó el francés—. Y sin embargo, mírelos. Gritando su jerga andaluza, retándose a cada momento con la mirada y haciendo como que no nos ven. Como si estuvieran permanentemente dándonos permiso para ocupar esta silla, en esta posada. Cuando Felipe II mandó decorar El Escorial, los rumores sobre las suculentas pagas que se ofrecían recorrieron toda Europa. Como consecuencia de aquello llegaron a Madrid docenas de pintores italianos y flamencos que pronto empezaron a hacer fortuna mientras los españoles se dejaban robar la bolsa. Hoy seríamos capaces de matar por un Ribalta o un Alonso Cano, pero ¿qué habría sido de ellos sin tantos pintores de Italia que les enseñaron el camino!

Yo estaba ya algo harto de conversaciones. Tras todo el día caminando y con el estómago lleno, mi cabeza andaba más pendiente del camastro que me esperaba arriba que de las lecciones de aquel hombre obsesionado por el arte.

—¿Y por qué diantres me cuenta usted estas cosas?

—Lo que quiero decirle es que hombres como usted y yo sabemos bien cómo sacar partido de nuestra accidental presencia en estas tierras.

—¿Hombres como yo? ¿Qué tipo de hombre cree que soy yo, si puede saberse?

—Veamos, amigo. —Frédéric hizo un gesto de complicidad, apretó los labios para contener un eructo y se sinceró—. Lleva usted más polvo en las botas del que cabe en todo Écija y más mugre en los pantalones de la que puede recogerse caminando una jornada por lodazales y veredas. Si le miro fijamente a los ojos, no encuentro una sola pista de cuáles son sus intenciones. He visto muchas miradas esquivas en mi vida, créame. Pero todas tienen su punto débil. Los hombres, por mucho que nos empeñemos en ocultar el color de nuestro espíritu, siempre dejamos una puerta abierta. Inconscientemente, somos incapaces de guardar nuestro secreto. Quizá sea vanidad, quizá simple inseguridad, quizá sea que ni nosotros mismos nos conocemos lo suficiente como para saber qué debemos mostrar de nuestro interior y qué parte del alma debe permanecer siempre en la caja cerrada de nuestra intimidad. Pero lo cierto es que el asesino al final acaba teniendo en la mirada el brillo del asesino, y el

santo el del santo y la furcia el de la furcia... A menos que estén especialmente entrenados para evitarlo. Solo si un hombre se ha ganado la vida mucho tiempo manteniendo su verdadera condición en secreto, su mirada se apaga y se vuelve inaccesible, por mucho que tratemos de escudriñarla.

»Y usted es uno de esos hombres. Un hombre que huye, que no siente el menor apego por la tierra que pisa, que camina solo en medio de la guerra, que elige una ciudad pequeña y estúpida para reposar y que lleva un arma cargada debajo del abrigo. Que me cuelguen del campanario de la iglesia de Santa Bárbara si usted no estaría dispuesto a cualquier cosa por un buen puñado de reales.

El francés se retiró la casaca y sacó una bolsa de felpa que llevaba anudada al cinturón. La desató y la dejó caer sonoramente sobre la mesa. Tintinearón algunas monedas dentro, y el fardo reposó a la vista de todo el mundo proyectando su pesada carga de dinero para quien quisiera verla.

—Usted y su pistola pueden ser merecedores de esto. ¿Quiere conocer más detalles?

Dije que sí por segunda vez. De nuevo fui incapaz de detener mi lengua a tiempo. Y aunque en realidad lo que quería era subir a descansar y librarme de aquel desconocido vinoso y cansino, asentí poseído por la insana pulsión de la curiosidad.

—Entonces más nos vale salir de aquí.

En la calle nos esperaba ya la noche cerrada. Tres hombres embozados para resguardarse del frío se cruzaron con nosotros y nos hicieron un gesto de cortesía con la cabeza. Frédéric y yo nos alejamos un poco de la casa y hablamos apoyados en un tronco seco tirado en medio del prado.

—Voy a serle muy claro —comenzó—. Lo que voy a proponerle no me supone ningún riesgo. Si acepta, mañana usted y esta bolsa de reales estarán lejos de mí. Si no acepta, seguiremos cada uno nuestro camino; pero no caiga en la tentación de jugármela. Un caminante americano solitario es una pieza fácil para mis amigos franceses acampados en las vías de salida de Écija. ¿Lo ha entendido?

—Hable.

—Digamos que he tenido un encontronazo con una mujer y se ha quedado con algo que es mío. Quiero recuperarlo. No le daré muchos más detalles. Solo quiero que me diga que no me he equivocado al juzgarle y que usted es una de esas personas que aceptarían este tipo de encargos si la suma de dinero merece la pena.

Y entonces dije que sí por tercera y última vez. Quería saber más, no deseaba que aquella conversación terminara así, repentinamente, en medio de la noche, lejos del calor de la posada. Quizá me pareció peligroso quedarme solo con ese hombre y rechazar su oferta. Quizá simplemente ardía de curiosidad por saber el final de la historia. Y ahora que rememoro mis palabras y trato de inmortalizarlas en estas

LA NOCHE DEL REY

cuartillas que escribo sin saber bien para quién, caigo en la terrible cuenta de que, también quizá, dije que sí por otro motivo. En el fondo de mi mente, latiendo con debilidad pero sin remisión, me atraía la idea de ganar un dinero fácil. Me pareció sencillo hacerme con la bolsa, aceptar el encargo y esperar a que luego el destino me ofreciera una puerta para salir del atolladero. Fui cobarde y codicioso a un tiempo y por un instante me comporté como un criminal. Fue un instante fugaz, el tiempo que tardan los pensamientos en cuajar en el cerebro de un hombre cansado, aturdido tras meses de viaje en solitario, asustado y ebrio de calor y vino. Un lapso que el ser humano aún no es capaz de medir, pero en el que habita la diferencia entre el bien y el mal, la frontera que conduce a unos hombres hacia el abismo de un destino que no desean. Sí, fue solo un instante menor que el tiempo que requerimos para parpadear, pero suficiente para convertirte en un ser abyecto. ¿Debo penar por ello? ¿Soy un villano condenado de por vida porque durante un segundo quise conocer qué se siente en las entrañas del infierno?

Era una especie de juego, una prueba a mí mismo. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar? ¿Cuánto tiempo podría mantener la impostura de ser un miserable? ¿Lo suficiente como para tomar el dinero y salir corriendo? Cegado por la posibilidad de abandonar este país oscuro con unas cuantas monedas en el bolsillo, tomé la decisión de convertirme en truhán a sueldo ignorando que con ello comprometía algo más que unas horas de mi vida.

Nadie creerá lo que digo cuando lea estas cartas. Pero en aquel instante de la noche de Écija, estaba absolutamente convencido de que no hacía nada malo. España estaba plagada de invasores, bandoleros, espías, arribistas, traidores, afrancesados, chivatos, pusilánimes, prostitutas, oportunistas, tratantes de voluntades arrimados al fuego que más calentara en uno y otro bando, vendedores de destinos falsos, de conseguidores de influencias, sobornados, silenciados, biempagadas y borrachos. Fuera lo que fuere aquello que ese hombre quería que robara para él, seguro que no habría supuesto peor delito que robar a un ladrón. Al menos, eso pensé en ese momento.

—No le dé más vueltas... Dígame solo dos cosas: qué tengo que hacer y cuánto dinero hay en esa bolsa.

Debí de parecer convincente porque el francés arrimó su cara a la mía y empezó a relatar en voz tan baja que, de vez en cuando, sus palabras desaparecían absorbidas por el rumor de las ramas contra el viento. El asunto parecía fácil. En el centro de Écija, junto a la iglesia de Santa Bárbara, vivía una mujer. A medianoche debería encontrarse sola en casa. A lo sumo estaría acompañada de una sirvienta dócil que suele esperar despierta hasta muy tarde en el rellano de la escalera principal. No debería suponerme mucha dificultad trepar por una de las balconadas y hacerme llegar hasta la habitación contigua a la que la mujer usaba para dormir. El objetivo era entrar en ella y encontrar un cuadro: «Una pequeña tabla que estará a la vista

sobre la cama y que no pesa tanto como para que no pueda sostenerla con una mano mientras salta de nuevo a la calle».

—¿Es muy valiosa? —pregunté ingenuamente.

—Eso a usted no le importa. Para usted tiene el valor de la mitad de las monedas que hay en esta bolsa. La otra mitad se la pagaré por adelantado. Pero le puedo decir que para mí es uno de los cuadros más importantes que jamás he tenido entre las manos.

—Quizá pueda darme algún detalle sobre él, para identificarlo.

—No habrá más cuadros en la habitación. Coja lo que yo le digo y salga como el rayo sin mirar atrás. Nos encontraremos en este mismo punto a las doce y media. Si no está aquí, puede estar seguro de que una jauría de dragones va a recibir una suculenta recompensa por su cabeza. Antes de que llegue a la sierra le habrán despellejado.

—Solamente dígame una cosa. ¿Quién es la dama a la que voy a robar?

El francés se levantó del tronco y acariciándose las nalgas entumecidas, miró a las estrellas.

—Una mujer que se parece demasiado a un cuadro.

Capítulo 37

El viaje entre la Isla de León y Écija no fue especialmente duro para Isidoro de Uriarte y su acompañante, un Martín Mariños invadido por el irrefrenable deseo de correr más de lo que los caballos podían hacerlo. La carta de su sobrina había incendiado en él un fuego adolescente, un deseo de entrar en combate cuanto antes. Miraba por la ventanilla de la collera y le parecía que los árboles y las rocas pasaban demasiado despacio. Por cortesía, ya que el viaje lo había organizado Uriarte, contenía a cada momento el impulso de gritarle al mayoral o darle al zagal que le flanqueaba un pescozón en la coronilla para que arreara a las mulas. Las bestias, que parecían tener voluntad propia, lo mismo pegaban arreones infernales, tras los que los viajeros se veían obligados a sujetarse sobre el sillín para no sentir partida su espalda, que se detenían pacíficamente a ramonear entre las pocas puntas de pasto que quedaban en las lindes de la vereda. A nada de aquello parecía querer poner freno el mayoral, un hombre espigado y de pelo gris cortado casi a ras del cuero cabelludo que masticaba una rama de romero seca mientras canturreaba coplillas indescifrables. A su lado, un chiquillo de no más de seis años sostenía la fusta, que no llegó a hacer sonar ni una sola vez en todo el viaje. De esa guisa, las mulas hicieron en todo momento lo que les vino en gana, fueron las únicas que viajaron a sus anchas.

La collera era un trasto viejo de cuatro plazas. Las dos ruedas que la movían chirriaban cual cerdos en una matanza. La que estaba al lado donde se había sentado Mariños se balanceaba como una peonza siempre a punto de salirse de su eje. Por eso, el hombretón daba cabezazos de izquierda a derecha. Desde fuera, más que un viajero parecía un fardo mal atado. En los dos asientos que quedaban libres habían colocado los equipajes. Uriarte llevaba tres maletones de cuero mate a los que había reforzado con correas para evitar que estallaran por la presión del contenido. Era evidente que no tenía la menor intención de regresar a Cádiz en mucho tiempo. Mariños, sin embargo, apenas llevaba un par de mudas en una bolsa de lona y el estuche de desafío con hebillas doradas y relucientes donde portaba sus armas de duelo: dos pistolas de avancarga a las que había arañado el cañón para evitar brillos, una turquesa de dos calibres para fundir bolas de plomo, una caja metálica para los fulminantes, destornilladores y baqueta de limpieza. Eran los trastos de duelo propios de un hombre rico.

Pasaron de largo, sin parar en la fonda del Arrecife ni en la de la Vizcaína. Y solo

tuvieron necesidad de detenerse a estirar las piernas y beber algo en Arahal, casi a mitad del camino, seis leguas después de su partida. Hasta entonces, la conversación entre los dos caballeros había sido realmente escasa. Uriarte manoseaba la carpetilla donde portaba todos los documentos necesarios para que nadie los detuviese por el camino. Mariños, para sus adentros, maldecía al pavimento, a las mulas y a quienes las manejaban.

En Arahal hallaron una venta llamada La Alcantarilla. Mientras los hombres se avituallaban y las bestias eran refrescadas, Isidoro lamentó la incomodidad del desplazamiento.

—Algún día, estos viajes se realizarán por el aire.

—Amigo Uriarte, nunca he conocido a nadie a quien el traqueteo de las colleras le afecte tanto a la cabeza.

—Le hablo totalmente en serio. ¿No sabe usted lo que es una mongolfiera?

—Jamás he oído ese nombre tan espantoso.

—Es un modelo de aerostato. Lo llaman así porque lo diseñaron hace unas décadas dos hermanos apellidados Montgolfier. Yo vi volar uno de ellos en el palacio del Buen Retiro no hace mucho más de diez años. Una gigantesca bolsa de aire caliente unida a un cestillo donde caben dos o tres hombres puede elevarse más allá de los pináculos de las iglesias y mantenerse suspendida así en el cielo durante horas. Si el operario que la maneja tiene habilidad, puede hacerla descender donde quiera, a leguas de distancia incluso. El ser humano ya puede volar, amigo,... pronto se acabarán las penurias de los caminos a caballo.

—Mire, Uriarte. Mientras yo pueda evitarlo, nadie me verá subido en un cachivache de esos, así tenga que peregrinar andando a Roma. Estas posaderas y estos pies están hechos para vivir pegados a la tierra. Puede probar usted si quiere cualquier diablura que se le ocurra a un científico francés, pero no espere encontrarme a mí.

—¿Sabe el tiempo de viaje que ahorraríamos si viajáramos por el aire? Dicen que Napoleón ha utilizado algunos de esos globos para espiar desde el cielo a las tropas enemigas en Europa.

—Lo que sé es el tiempo que estamos perdiendo charlando de estupideces que, además, tienen demasiado en común con la brujería. Volarán los espíritus, pero los cuerpos no han sido ideados para dejar de tener peso. Flotar es un deseo contra natura.

Uriarte rio, pero no quiso seguir ahondando en el tema. Aún quedaba un largo viaje por delante y su intención era no tener que dormir en el camino.

Cuando Mariños aporreó la puerta de casa de su hermano en Écija, hacía tiempo que estaba entrada la noche. Sudoroso, cubierto de polvo y con los músculos

LA NOCHE DEL REY

agarrotados, trató de componer el aspecto un poco antes de que la puerta se abriera. A sus pies, la bolsa de lona con la ropa y en la mano el estuche con las herramientas para su misión. Abrió Benita, que, tras saludar agachando la cabeza y comprobar que no había nadie más en la calle, salió corriendo a avisar a Asunción. La joven apareció apresurada al fondo del vestíbulo, se remangó el vestido y acudió a los brazos de Mariños.

—Gracias, tío, gracias por venir. Pensé que no habías recibido mi carta.

—Pero ¿qué dices, muchacha, es que no leíste lo que te ponía en mi último escrito? He venido con más urgencia de la que permite el decoro, dispuesto a arreglar esto cuanto antes. Tenía pensado no molestar a tu padre con esto, pero me temo que habré de preparar con él las cuestiones más delicadas.

—Tío, no sé de qué me hablas. No he recibido ninguna respuesta.

—Malditos caminos infestados de ladrones... Ya no se puede ni mandar una carta en este país.

—Da igual, lo importante es que estás aquí. ¿Por qué no pasas al salón y te preparamos un trago de jerez?

—Pero es que no vas a dejar que salude a tu padre, condenada... ¿Dónde está ese mal hermano?

—Padre no sabe nada de esto. De hecho, cuando te vea le va a dar un pasmo, seguro.

Mariños miró a su sobrina con un grave rictus de desaprobación que Asunción recordaba perfectamente de la infancia.

—¿En qué andas metida que no puede saberlo Juan?

—No ando metida, tío, pero quieren que ande.

La joven y su aya acompañaron a Mariños al salón. Brillaban los cristales de la araña del techo sobre pebeteros sin velas. La luz del día daba vida a los muebles y a Mariños le pareció estar en la casa de alguien muy importante.

—Ha prosperado el viejo Juan en los últimos tiempos...

—No le van mal las cosas a padre, a pesar de la guerra.

—Ese bribón es capaz de arañar a la tierra el último trocito de mineral que pueda venderse. Mientras quede suelo que pisar, no pasará hambre.

Benita los dejó solos. Ninguno de los dos había reparado en que la criada apenas había abierto la boca durante todo el encuentro. Si hubieran podido prestar atención, habrían visto una sombra de culpa nublando sus grandes ojos. Ahora empezaba a entender la trascendencia de la entrega de aquella misiva que imprudentemente dejó caer en manos de Quilliet. Pudo haberlo advertido en ese momento. Pudo haber

tomado la palabra para desvelar el paradero de la carta. Pero no lo hizo. Y no fue por falta de confianza, ni por temor a ser inoportuna o a recibir una reprimenda. Aunque ella no quisiera reconocérselo a sí misma, la razón por la que mantuvo en secreto su privilegiada información era muy distinta: creía que con ese acto provocaría una falla irreparable en el amor entre Asunción y Quilliet; pensaba que, con la involuntaria confusión de la que había sido responsable, evitaba cualquier tentación en una pareja que no podría soportar ver feliz de nuevo.

En la sala, tío y sobrina estuvieron un rato en silencio. Él se acercó al mueble donde se exhibían las botellas y se sirvió un jerez; ella se sentó en una silla pegada a la pared, con las manos sobre las rodillas y tamborileando sobre el suelo con los tacones.

—Has cambiado mucho, sobrina. He venido desde Cádiz tratando de recordar tu rostro y cada vez que pensaba en él me asaltaba la imagen de una niña dulce y regordeta que estaría esperando impaciente mi llegada. ¡Qué estupidez! Hace años que no te veo y es absurdo creer que en todo este tiempo no hubieras cambiado un ápice. ¿Es que acaso yo no me presento a ti mucho más viejo y débil de lo que me recordabas?

—No has cambiado nada, tío. Sigues siendo un hombre robusto.

—No me adules —dijo sonriendo—, ya no me hace falta. Tú, sin embargo, eres otra persona. Eres toda una mujer.

Mariños sintió cierto pudor al decirlo y no entendió por qué. Luego siguió hablando:

—Una mujer que ha levantado las más indignas intenciones de un hombre. ¿No es así?

—Puede que sí, tío. Puede que sí.

—Por eso estoy aquí, ¿no? La verdad es que me sentiría más cómodo hablando de esto con tu padre. Había pensado que él fuera testigo de mi parte y que me ayudara a la hora de elegir las armas y las normas.

—No quiero que te batas con nadie. No creo en esas cosas. No necesito que dos hombres se enzarcen a tiros para reparar mi honor.

Asunción hablaba mirando al suelo. Temerosa. Estaba convencida de lo que quería decir, pero carecía de fuerzas para levantar la voz. Había preparado el encuentro de otro modo; ahora se sentía aturdida y sola.

—Mira, jovencita. Estas cosas solo se resuelven de dos maneras: con honra o sin honra. Y en mi familia la segunda opción no se ha producido nunca.

—¿Tu familia, tío? ¿Quién es tu familia? ¿Te has parado a pensar cuánto tiempo has permanecido en un mismo hogar? Quizá las cosas estén cambiando y tú no te hayas dado cuenta porque no te has detenido nunca a contemplarlas.

LA NOCHE DEL REY

La mujer se levantó y cogiendo la mano de su tío, le miró, ahora sí, a los ojos.

—No es eso lo que te he pedido que hagas. —Miró a la entrada del salón, donde Mariños había dejado su estuche de desafío—. No quiero que uses eso, sino esto. —Y puso la mano sobre su pecho a la altura del corazón—. Porque lo que quiero que comprendas es que tu sobrina no es la niña que tú imaginabas al leer sus cartas.

Mariños se retiró, con la cara seria, como si no entendiera nada.

—Dime que no has accedido a las pretensiones de ese hombre. Tú no...

—Pero ¿es que es eso lo único que te importa? Si sangre de tu sangre te llama a gritos pidiéndote auxilio, ¿tú solo piensas en la maldita virtud? ¿Lo único que te preocupa es que la estirpe Mariños siga entregando honradas doncellas a hombres de bien?

—Es que la virtud lo es todo cuando ya no queda otra cosa. ¿Acaso no te han servido de nada las lecturas que te he enviado todos estos años? Todo lo demás tiene arreglo. Este país sin rey, sin tradiciones, sin principios. Cualquier cosa que los perros franceses hayan podido quitarnos: las tierras, el Gobierno, la hacienda. ¡Qué más da, si no pueden arrebatarnos el honor!

—¿Y si nosotros queremos que nos lo arrebaten? —Asunción habló tan alto que su voz, ahora sí, pareció un grito enrabiado y llegó claramente a los oídos de Benita, pendiente de la conversación al otro lado de la puerta.

Mariños resopló un instante. Se pasó la mano por la nuca y se sentó dificultosamente apoyado en el bastón.

—Déjame que entienda, sobrina. Déjame que entienda. ¿Ese hombre no ha hecho nada que tú no quisieras que hiciera?

Hubo un silencio momentáneo roto solo por el nervioso repiqueteo de los dedos de Asunción contra la ventana por la que miraba a la calle sin ver nada.

—Estoy dispuesto a aceptar muchas cosas. Aunque tú creas lo contrario, el paso de los años y la bofetada permanente de los hechos han reblandecido algo mi espíritu. Sé que al contacto con los invasores muchas de las ideas que habían forjado nuestros corazones se han desvaído. No soy un iluso. A las mujercitas de hoy en día os gusta otro tipo de ropa, os apetece hablar de los mismos temas que hablamos los hombres, os agrada acudir a las tertulias, beber jerez, hasta fumar. ¡Dios santo! Sí, este país ha cambiado. Y no solo porque la bayoneta del francés haya atravesado de norte a sur nuestros corazones. Muchas de las cosas que están pasando ya se andaban preparando entre los nuestros. Entre los diputados que han de decidir nuestro destino cunde el ánimo de renovación. Hay quien propone que la esclavitud es inmoral, quien pretende que nuestras colonias de ultramar adquieran cierto grado de autonomía. Hay quien desconfía de las coronas, sean de la dinastía que fueren. Pardiez, si hasta se pretende abolir el Santo Oficio. De un país capaz de dar tales

talentos se puede esperar cualquier cosa. Y estoy preparado para aceptar muchas de ellas. Aunque me veas paseando esta pierna seca y portando al lomo un maletín cargado de armas de duelo, no creas que soy un radical inflexible. Pero soy patriota y soy cristiano. Y hay cosas que requerirían mi muerte para que ocurrieran delante de mis ojos sin que desenfundara la espada.

Mariños se levantó tenso. Traqueteó con el bastón hasta llegar a apoyarse en la balda de una estantería repleta de libros.

—Reconozco algunos volúmenes de los que te he mandado. Pequeña mía, no ha habido rincón de este mundo suficientemente alejado de ti como para impedir que te recordara. Y que recordara la obligación de cuidar tu alma que me impuse ante tu padre.

—¿Mi padre no se bastaba para hacerlo por sí solo? —Cortó el aire la frase y detuvo el tiempo un instante. Fue un instante que podía conducir a caminos insospechados. La antesala de la ira, del grito, del llanto. Cualquier cosa se hubiera podido esperar de la espesura de silencio que siguió al lamento de Asunción. Pero Mariño optó por ser conciliador:

—Tu padre es un hombre de comercio. Un viudo asediado por las deudas que porta la noble carga de dar a su hija lo mejor de su mundo. No le juzgues mal por eso.

—Tío, tú sabes tan bien como yo que he pasado más tiempo charlando con Benita y releendo tus cartas que hablando con padre. Después de tantos años, es un auténtico desconocido para mí. Y yo una desconocida para él. No puede ni imaginarse el motivo por el que te he pedido que vengas... ni tú puedes hacerlo.

Asunción se acercó a la ventana y corrió de un golpe brusco las cortinas como si buscara aire fresco que echarse a los pulmones antes de seguir hablando. Se encontró de bruces con un cielo cosido de estrellas, motas azules temblando entre las cornisas de los tejados que parecían querer entrar en la casa. Estuvo un buen rato así, mirándola hasta que un velo de humedad empezó a emborronarlas ante sus ojos. Apretó los párpados e hizo acopio de fuerzas para ser sincera.

—Quiero que me saques de aquí, tío. Lejos de Écija, lejos de padre, lejos de todos a cuantos he conocido aquí. Llévame contigo más al sur, adonde quiera que vayas: no hay nada en este pueblo que pueda hacerme feliz.

El tío pareció no inmutarse. Golpeaba sin hacer ruido la copa de jerez con los dedos de la mano derecha y trataba de encontrar alguna frase inteligente. Pero el mundo no le había preparado para estas lides. Nunca había tenido que ser tierno, nunca había recibido el desesperado grito de ayuda de una mujer. En la vida había ofrecido su hombro para que alguien lo humedeciera con sus lágrimas, ni había tenido que ceder su abrigo a una dama una noche de invierno. Desconocía los motivos que pudieran conducir a una joven a huir de su casa, a renegar de su padre

LA NOCHE DEL REY

si no era para esconder una mancha inconfesable. Y aunque en su imaginación cobraba cada vez más vida la idea de que su sobrina había cometido un acto irreparable, trató de acallar sus sospechas. Unas sospechas que le conducirían a la más desgarradora de las decepciones.

—Estás trastornada, cansada. Hace frío, tienes miedo. No estás acostumbrada a enfrentarte a las insidias de los hombres. Eres demasiado niña para entenderlo.

—No soy una niña, y no estoy loca. Sé muy bien lo que digo. ¿O quizá eres tú el que no está preparado para entenderlo?

—Mañana hablaremos con tu padre y verás como todo se resuelve.

—¡No quiero hablar con mi padre!

Asunción se revolvió tan bruscamente que no reparó en que su tío se había acercado a ella para consolarla. En su iracunda sacudida golpeó el brazo del hombre y su copa salió despedida estrellándose contra el suelo para convertirse en un carillón de gotas de cristal. Mariños hizo ademán de agacharse a recoger algunos pedazos, pero su sobrina le cogió de las mejillas para levantarle la mirada.

—¿Vas a ayudarme o no?

El hombretón se sintió un pelele en manos de una mujer repentinamente madura, una salvaje fuerza del espíritu le contemplaba desde el interior de sus ojos femeninos y brillantes. Una furia de voluntad que no había contemplado antes en dama alguna. Se recompuso. Dio unos cuantos pasos torpes hacia atrás y trató de volver a ser el tutor que creía haber sido hasta el incidente de la copa.

—No puedo ayudarte si no conozco las verdaderas causas de tu aflicción. La mente de un hombre es calenturienta y se desbrida con facilidad. Más aún la de un preceptor que observa demasiadas sombras en el comportamiento de su ahijada. No moveré un dedo si no ahuyentas de mí el rumor de las dudas que me acongojan por verte actuar de ese modo. Dime de una vez qué ha pasado en esta casa.

—Hasta que no oigas lo que quieres oír no vas a parar, ¿verdad, tío? El caballero español, defensor de la honra de su casa, no puede exponerse a poner la mano en el fuego por una jovencita descarriada. ¿Qué pasa si me ayudas a salir de aquí y resulta que tu sobrinita no es trigo limpio? ¿Qué ocurriría si te decides a enfrentarte a tu hermano, a tu sangre, y al cabo del tiempo se descubre que lo hiciste por una mujer mancillada? ¿Eso es lo que te preocupa?

—He transitado quién sabe cuántas leguas sin descanso dejándome los huesos en un carromato fabricado por el mismo demonio solo porque tú me lo has pedido. ¿Qué más quieres?

—¿De verdad has venido por mí? ¿Y quién te pidió que trajeras ese estuche? ¿Cuánto tiempo hace que no lo usas? Apostaría a que has tenido que quitar el polvo de las culatas de las pistolas antes de emprender camino.

—No estoy dispuesto a escuchar tus insolencias, señorita.

—Creo que realmente has venido aquí por ti. Para darte una nueva oportunidad de entrar en combate. Para demostrarte que aún puedes matar a un hombre, si es que alguna vez lo hiciste.

Definitivamente, a Mariños le pareció que su sobrina había dejado de hablar como una niña y empezaba a comportarse como una mujer herida. Y él solo conocía dos tipos de mujeres heridas hasta el punto de hablar así a su propia sangre: las madres desconsoladas por la pérdida de un hijo y las doncellas desconsoladas por la pérdida de la virtud.

—He dejado mi piel en campos de batalla que se extienden más allá de donde el sol alcanza a ponerse y he derramado, sin el menor remordimiento, la sangre de hombres tan jóvenes que podrían haber pasado por tus hijos. He recorrido el mar tantas veces de ida y vuelta que ya hace años que dejé de contarlas. He escuchado conversaciones que, si llegasen a oídos de un rey, podrían provocar guerras. Me he bebido el vino más agrio y he robado pan ácimo e higos podridos porque no tenía qué comer. Y nunca, ni en la más oscura de las noches entre las catapultas y los aullidos de los heridos, he dejado de pensar en el motivo por el que lo hacía. Lo hacía por ti, Asunción. Y por todas las asunciones que como tú vivís ajenas al ruido de los sables con una única obligación: defender el honor de vuestro nombre, entregaros al varón que os ha de acompañar toda la vida y llenar la casa de críos españoles. Si hubiera dudado un solo instante que mi sobrina no pertenece a esa clase de mujeres, no habría respondido a tu carta.

—No sé lo que decías en tu carta. Pero sé lo que no decías. No decías que me ayudarías pasara lo que pasase porque soy tu única sobrina. No decías que el contrato moral que te une a mi padre no impone condiciones para que cuides de mí. No decías que te importa menos la integridad de mi vientre que la de mi corazón. Seguro que no decías nada de eso porque no lo sientes, porque jamás has sentido amor incondicional hacia tu sobrina. No decías que no te afectaría lo que me hubiera pasado. Que no preguntarías los motivos de mi angustia. No me explicabas que te daría igual que hubiera cometido un error, que me hubiera entregado a un camino que ya no tiene retorno. No me consolabas diciendo que matarías al que osara dudar de mi virtud aunque tú supieras que dejé de ser virtuosa el maldito día que ese hombre apareció arrastrando su acento gabacho en el salón de casa y confundió mi nombre con el de un cuadro. No decías nada de eso, tío, porque tu cabeza solo tiene cabida para un mundo y ese mundo se ha hecho añicos como la copa de jerez que hay en el suelo. Se ha hecho añicos ahí fuera, en la calle, en el campo de batalla, en el consistorio, en la corte... y se ha hecho añicos en el seno de esta familia. Tío, si no me llevas lejos de aquí contigo, me iré sola y quizá me iré con quien no deba. Pero ni una cosa ni otra podrán reparar el daño que os he hecho a padre y a ti.

—No permitiré que lo hagas. Antes mandaré que te enclaustran. La mancilla solo

cura en lugar sagrado. Las monjas sabrán devolver a tu alma lo que ese rufián te ha arrancado del cuerpo.

—Nadie me arrancó nada. Todo lo que ya no tengo lo entregué de buen grado una noche que ni padre ni tú habríais estado lo suficientemente cerca como para evitarlo... Se lo entregué a alguien que quiso hacer conmigo lo que tú ahora no quieres concederme: sacarme de aquí.

A Mariños se le había encendido el rostro con brochazos de color vino fuego y los ojos parecían los de un enfermo aquejado de una lúgubre fiebre interior. Se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre y soltó la mano abierta para abofetear a su sobrina. Ella aguantó el llanto.

—Asunción Mariños, te juro por el trozo de pierna que me falta que no voy a dejar que esto quede así. En cuanto venga tu padre organizaremos tu marcha. Vete haciendo a la idea de que lo que no ha logrado la fuerza de mis consejos lo va a obrar la fuerza de los votos.

—¿La pierna que te falta? ¿Te has parado a mirar tu pierna alguna vez?

—Las heridas de guerra no se airean. Cicatrizan y duelen, y se arrastran con honor. Puedes también burlarte de eso si quieres.

—Martín Mariños Bazán, eres tú mismo con tu ceguera el que provoca la burla.

—No te consiento una palabra más...

Asunción interrumpió la réplica de su tío y fuera de sí se desbocó en un torrente de sinceridad que nunca hubiera querido desatar:

—Ve arrastrándote a hablar con tu hermano y pregúntale qué opina de tu cojera. Y si tiene arrestos por una vez de ser sincero, te dirá que naciste cojo como un potrillo quebrado de las palizas que vuestra madre recibía del honrado Mariños que os concibió. Si no tienes memoria del día en que tus pasos empezaron a torcerse, es porque ya empezaste a andar torcido. Él no te lo ha contado nunca porque puede que no sea un hombre de honor como tú, pero tiene compasión...

Y el salón se tambaleó bajo una tormenta de silencio tan insoportable que ambos, tío y sobrina, desearon no haberse conocido. Sin mirarse, mantuvieron estólidos la figura como estatuas de carne y sangre congeladas. Asunción, pálida y vibrátil, rompió a llorar ahogadamente. Martín, aplastado por el peso del alma, oía en el interior de su cabeza el latido de la sangre contra las sienas: olas de dolor que crepitaban como el mar cuando bate sobre la línea pedregosa de la costa. Apoyó con fuerza la mano sobre su bastón, pero, antes de iniciar el movimiento, lo tiró al suelo haciendo todo el ruido que pudo. Entonces, por primera vez en décadas, comenzó a andar sin ayuda del báculo que le había acompañado, ahora lo sabía, toda su vida. Arrastrando la pierna sobre las alfombras abrió la puerta y salió haciendo tronar la hoja contra el umbral. No reparó en que Benita, que había tratado de escuchar la

conversación en vano, estaba apoyada al otro lado.

—La mataría —farfulló Mariños con los dientes apretados—. Ahora mismo la mataría.

Capítulo 38

Clarea un crespón de nubes detrás de los negrales, árboles muertos de invierno que empiezan a adquirir volumen al recibir la fría luz del alba. Un chisporroteo de gorriones pace en el silencio. El oscuro mar del bosque se tiñe poco a poco de azul anunciando que irremediablemente volverá a amanecer. El rey abre sus pulmones a las que sabe que serán las últimas bocanadas de aire de su estancia en el poblacho.

—Hoy partimos. No sé si vamos hacia el norte, de vuelta a Écija, o seguiremos por la sierra hasta Ronda. ¿Conoces alguno de esos lugares?

James Irving agacha la mirada y con un gesto de los hombros se hace el ignorante.

—Mi *aide de camp* vendrá en cuanto despunte el sol a informarme de los planes de viaje. No es bueno tener todo preparado con demasiada antelación, nos gusta mantener en vilo a la población, por lo que pueda pasar. Esas matas de acebuches y pinos secos que ves ahí delante están plagadas de fugitivos e insurgentes. Mientras mi caravana sea numerosa y parezca no tener rumbo fijo, no se atreverán a acercarse. ¿Tú tienes algún plan?

—Trato de alcanzar Cádiz cuanto antes.

—Ya, buscando el mar. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo. Llevo demasiado tiempo batiendo mis huesos sobre calesas, percherones y mulas. Añoro el vaivén de las tablas de una goleta. No es que haya sido nunca marinero, pero disfrutaba de las travesías sobre la piel del océano.

El rey se acerca a la puerta de la casucha donde hace unos minutos le espera un hombre uniformado con papel y pluma sobre una bandeja. Lee despacio la hoja y firma con solemnidad.

—El trabajo me reclama.

Vuelve sobre sus pasos para acercarse al viajero. Le toma por un brazo:

—Mira, americano, me vino bien el trago de agua fresca que me diste anoche. No estaba borracho, ¿queda claro? Simplemente aturdido por el frío y la soledad de este maldito pueblo. Me sentí agradecido y confiado y charlamos más de la cuenta. Pero cuando el sol empieza a aparecer por ese pedazo de horizonte, volveré a ser el rey... tu rey mientras pises esta tierra. Has tenido la suerte de conocer un poco del José hombre. Pero no olvides nunca que en realidad soy una cabeza coronada por el emperador del mundo civilizado. No vayas a creerte con demasiados privilegios

para juzgarme.

Irving sabe que está a punto de despedirse de aquel hombre y de aquella noche absurda que jamás olvidará. Así que se siente con fuerzas para tomarse alguna confianza.

— ¿Es que acaso el José hombre dista mucho del José rey?

— Me gustaría poder contestarte a esa pregunta. Pero yo mismo llevo haciéndomela desde hace años sin encontrar respuesta. Si les preguntas a mis súbditos, te dirán que el hombre y el rey son el mismo. Si le preguntas a mi hermano, te dirá que, lamentablemente, dista demasiado trecho entre uno y otro. Él cree que el hombre José no debió ser nunca rey. Se dio cuenta el mismo día que firmó las órdenes para sofocar las revueltas borbónicas de Calabria. Ahí tienes otra buena historia para cambiar por posada y comida hasta que salgas de este país. Yo reinaba Nápoles con guante de seda. Me las había apañado para convertir la corte en un lugar tranquilo donde mis hijas pudieran crecer sin temor a las conspiraciones y las traiciones palaciegas. Tuve que hacer ciertas concesiones para ello, está claro, y trabajé mucho en la idea de que los napolitanos me sintieran siempre cerca. Cuando los primeros insurgentes empezaron a pasar por el filo del cuchillo a los soldados franceses que hacían guardia en las armerías y en los ayuntamientos, intenté mantener a mi hermano al margen de la noticia y usé todas las habilidades diplomáticas que soy capaz de desplegar. Pero la ferocidad de aquellos revolucionarios se convirtió en su peor enemigo. Pronto sus crímenes fueron tan horrendos que resultó inútil impedir que trascendieran en París. El emperador me llamó a la corte con carácter de urgencia. «El caso exige medidas drásticas», me decía. «El destino de tu reinado depende de la conducta que adoptes cuando visites Calabria. Ve allí, y no tengas la menor compasión. Mata al menos a seiscientos rebeldes y si no encuentras tantos, ingéníatelas para llevar al cadalso a seiscientas almas que lo parezcan. Piensa que en el tiempo que tardes en viajar de París a Nápoles ellos habrán asesinado a un número aún mayor de soldados franceses. Arrasa las casas de las treinta personalidades más prominentes de cada ciudad y distribuye sus pertenencias entre tus soldados. Desarma a todos los ciudadanos y deja que nuestras tropas se entretengan un rato dándose al pillaje en dos o tres pueblos. Verás cómo se lo piensan dos veces antes de volver a rebelarse. Mira, hermanito, cuando una horda sin ley se enfrenta al poder legítimo, el gobernante pierde el tiempo si intenta calmarla con palabrería diplomática. Créeme si te digo que es mucho más justo y más humano sofocar el fuego con mano dura. Es mejor para todos.» Me dio unos golpecitos en la espalda y se despidió convencido de que había entendido el mensaje. Y, sí, lo había hecho. Pero no fui capaz de aplicarlo.

José habla mientras recibe de su *aide de camp* algunas ropas que ha de ponerse para el viaje. No deja de mirar a James al tiempo que se ajusta una casaca roja con pasamanería dorada y ribetes negros y un par de guantes inmarcesiblemente blancos.

—Cuando volví a Nápoles, mi ministro de Justicia estaba esperándome en palacio para darme la peor de las noticias que podría recibir entonces. El viejo Vechioni, un napolitano fiel al que había otorgado el cargo de consejero de Estado, había sido detenido como instigador de una de las revueltas. Algún espía inglés le había enredado en quién sabe qué conspiraciones. El caso es que aquel hombre que no hacía ni tres años que me había jurado fidelidad se había convertido en un traidor. Pero toda su vida había sido un gran tipo. No creo que hubiese cometido una sola indignidad antes de aquello. Un viejo confuso, creo que eso fue lo que dije de él a los jueces: «Es un pobre y confundido viejo. Ya ha sufrido lo suficiente en la vida. Dejadle en libertad». Y Vechioni se fue a morir en paz a su casa. No tardaron ni tres días en llegarle las noticias de mi indulgencia a Napoleón. Creo que fue en ese instante cuando decidió que yo no podía seguir reinando en Nápoles.

»¿Qué lo voy a hacer? Quizá no haya nacido con la entereza que se requiere para ser un hombre de Estado. Sé lo que mi hermano va diciendo por ahí de mí. “Sí, sí... José no me sirve de mucha ayuda, pero es un gran hombre. Su esposa, Julia, es la criatura más adorable que existe. Hubo un tiempo en que José y yo estuvimos unidos por lazos muy sólidos. Él me ama de corazón y no dudo que haría cualquier cosa por servirme. Pero todas esas cualidades son apropiadas solo para la vida privada. Es un caballero educado, posee talento y sabiduría y es el hombre más amable que conozco. En respuesta a las altísimas responsabilidades que le he encomendado, ha trabajado siempre con diligencia haciendo lo mejor que ha podido. Sus intenciones son buenas... quizá el principal responsable de sus errores no sea él, sino yo al situarle en una misión superior a sus posibilidades.”

El rey deja de imitar a su hermano y sonrío.

—El muy canalla siempre se creyó el único de los hermanos capaz de afrontar las penurias de ser un hombre de Estado. Y seguramente tenga razón. Pensándolo bien, ¿en qué familia no hubiera ocurrido lo mismo que en la mía? ¿Es que acaso los Borbones habrían actuado mejor? No todo el mundo está preparado para dirigir un reino, para comandar ejércitos y dictar leyes. Se requiere una combinación de habilidades que no se hallan al alcance de cualquier humano. En mi familia, salvo Napoleón, todos los hermanos sufrimos de las mismas imperfecciones. Todos tenemos a un tiempo demasiado talento y demasiado poco. Nos creemos suficientemente fuertes como para mantener nuestro trono sin necesidad de consejos, pero en realidad somos demasiado débiles como para afrontar tal responsabilidad en soledad. Necesitamos que Napoleón nos cubra las espaldas. No creas, sin embargo, que no me siento orgulloso de mi familia. Lucien sería un buen agitador para cualquier reunión política, con su capacidad oratoria y su brillante inteligencia como legislador. Jérôme siempre ha demostrado ser un buen capitán, un hombre capaz de guiar a sus súbditos con el ejemplo de su virtud moral inmaculada. Louis está preparado para enfrentarse a cualquier reto, militar, político, administrativo... es un gran gobernante. Y de mi hermana Elisa, ¿qué voy a decir? Ella fue dotada de

capacidades más propias del hombre que de la mujer, es una filósofa y una guerrera a su modo. Caroline goza de una extrema delicadeza artística y Pauline es la mujer más bella que ha pisado Francia a su edad. ¿Por qué artificio del destino una familia tan poblada como la mía ha podido ser dotada de tantas virtudes? Más allá de nuestras diferencias, que no son pocas, los amo a todos por igual. Pero es evidente que no todos hemos sido agraciados con las dotes que requiere llevar la cabeza coronada. Y eso es algo que Napoleón no ha sabido jamás perdonarnos. No puede sustraerse al afecto fraternal que nos profesa, y saber que ese afecto es recíproco le consuela en la soledad de las noches en el frente, pero en el fondo odia tener que tratarnos como sangre de su sangre. Él se sabe único, se reconoce en la figura de héroe invencible que su propia corte ha fabricado sobre él y si nos sigue tratando como hermanos es porque en el fondo sabe que no puede confiar en nadie más para regir las migajas de su imperio que él no puede atender.

»Ni te imaginas lo difícil que es llegar al corazón de ese hombre. Durante mi último invierno en Nápoles le escribí para desearle un feliz año nuevo y aproveché para pedirle algunas partidas de dinero que me permitieran mejorar el infame salario de mis soldados. Me contestó con cierta melancolía. Se sentía demasiado alejado de sus hermanos. En aquel tiempo él podía meter sus pies en las frías aguas del Báltico a la vez que yo me bañaba en el Mediterráneo. Su imperio crecía demasiado. Se quejaba de la lejanía. Pero no se sintió obligado ni un ápice por mi petición. Un ejército comandado por un hombre capaz de pasar tres meses comiendo patatas y carne seca, de dormir en campamentos militares inmundos y de cabalgar sin descanso seis jornadas para dirigir una operación no tiene derecho a quejarse. Y es que la distancia entre Napoleón y el resto del mundo no es solo física. Él está viviendo los días para los que el destino le hizo nacer. Ve más que nadie, oye más que nadie, corre más que nadie, vence más que nadie y sufre más que nadie. No estamos, ninguno, a su altura.

»Y resulta, ahora, que las cosas están ocurriendo tal como él nos dijo que ocurrirían. Que los hombres se comportan como él dijo que se comportarían y las naciones se rebelan en la manera que él anunció. Cuántos abusos, cuántas miserias, cuántas injusticias y traiciones he visto en mi viaje por España tal y como él me advirtió que vería. Cuántos hombres a los que he tendido la mano con humildad se han girado como bestias rabiosas para morderla. Cuántas ocasiones he perdido de impartir justicia con toda la dureza que me confiere el cetro que porto. Son tantos los motivos para desear ser como Napoleón. Pero ninguno de sus hermanos ha adquirido el arte de conseguir andar el camino trazado sin importarle los compañeros de viaje. De rodearse de hombres de toda condición para lograr sus fines, sin prestar atención a su virtud. Yo, sin embargo, solo sé trabajar con hombres de intención honesta. No he nacido para aprovechar en mi favor el veneno de las víboras.

Como si se tratase de un ritual aprendido de memoria, José se ajusta la botonadura

LA NOCHE DEL REY

de la casaca con exactitud milimétrica. Alza la vista para contemplar el haz claro de la mañana abriéndose paso entre las sombras del cielo. Se dobla con gracilidad y saca brillo a la punta de una de sus botas con los dedos de la mano.

—Tras el asunto de Calabria, y dada mi debilidad con los traidores, mi hermano se alejó algo de mí. Estuvimos meses sin cartearnos hasta que al fin me decidí a escribirle. Le transmití mi opinión sobre el pueblo napolitano. Yo estaba convencido de que, merced a mi paciencia y a mi carácter indulgente, los ciudadanos de Nápoles habían terminado amándome. De hecho, por aquellos años ya no nos era difícil reclutar a jóvenes nativos para alistarlos en el frente común contra los ingleses. Pero una vez más, el emperador me golpeó con el azote de su rigor. Me contestó que no tenía la menor intención de pensar que un napolitano pudiera amarme: «¿Crees que si no tuvieran la bota de nuestro ejército en el cuello se lanzarían a alistarse a tus tropas libremente? Sí, tu pueblo te amará, pero solo después de diez o doce años notando en su piel los estragos de tu mano de hierro. Entonces te conocerán bien y tú habrás tenido tiempo de conocerlos a ellos. El amor del pueblo no existe, solo puedes aspirar a que te acepten. Y un pueblo solo acepta a su gobernante cuando este es feroz con los traidores y fiel con los leales».

»Aquellas palabras me desesperaron. Llevaba demasiados meses solo en Nápoles. Mi mujer había sufrido extrañas fiebres para las que los médicos le recomendaron volver a París e instalarse en un palacio más cómodo. La echaba de menos, a ella y a las niñas. Y aunque nos carteábamos a diario, yo busqué en el pueblo la compañía que me faltaba en casa. Me enfrasqué en mil viajes, conocí cada rincón de mi reino. Paseaba por ciudades y pueblos a pie, dejándome rodear de la ciudadanía, preguntándoles por sus miedos y sus cuitas. Y llegué a pensar que realmente eran sinceros conmigo. Pero quizá ahora sé que mi hermano tenía razón y que todos aquellos hombres y mujeres que se me acercaron para tenderme la mano y tocar mis ropas, aquellos que me confesaron sus esperanzas y sus necesidades, no estaban haciendo otra cosa que interpretar una obra de teatro, la obra de su supervivencia.

El rey termina de adecentar su ropa y, de pie ante la puerta de la casona, bebe un sorbo de la taza de té que un sirviente le ha ofrecido. El día extrae pinceladas naranjas de las paredes blancas y en los tejados de las casas del pueblo se agolpan transparentes volutas de niebla azul. Hace frío, un frío que llega desde el río cargado de humedad. En el musgo de las piedras del patio titilan las gotas de rocío a punto de reventar. Irving hace ademán de sacudirse el polvo del pantalón como si fuera a marcharse. Pero las palabras del rey lo detienen.

—Una obra de teatro como la que hemos representado tú y yo esta noche. Ambos tratamos a nuestro modo de sobrevivir. Y tú te has ganado tu parte. Entra en la casa. Haré que te den de comer, que te cambien la ropa esa que llevas encima y que te garanticen que llegarás a Cádiz sano y salvo.

Al oír esas palabras, el *aide de camp* se apresura a interrumpir por primera vez.

—Majestad, creo que antes debería leer esto. Viene de Écija.

El oficial entrega al rey un sobre diminuto que contiene un despacho urgente. Lo lee con calma. Parece reflexionar unos instantes y mira de soslayo a James. Luego rompe en mil pedazos el papel y los deposita en la bandeja de plata en la que se lo habían servido. Cierra los ojos y piensa: «El americanito, ¿un asesino? ¡Es que en este país todo el mundo está empeñado en ponerme a prueba!».

Capítulo 39

Fernanda Caro Riquelme bajaba hacia la isla por el puente de Zuazo alegre, valiente y enamorada. Apretaba el paso con discreción para no parecer una fugitiva, pero llevaba el ánimo de un caballo al galope repiqueteando en el corazón. Acudía a la búsqueda de Gonzalo, que a esas horas de la tarde debería estar preguntándose por qué tardaba tanto en regresar. Se sentía, por primera vez en muchos años, una mujer libre y le ahogaba tan exaltada impaciencia que en más de una ocasión temió estar ruborizándose en público.

De la orilla del caño Zurraque llegaba a oleadas un olor espeso de mar quieto que, refrescado por el viento de febrero, resultaba más agradable que de costumbre. Montañas de sal anaranjada por el sol vigilaban el trasiego de carruajes y bestias entre la cabeza del puente, sobre el arrecife de Puerto Real, y la Carraca. Era tal el gentío que las bandadas de gaviotas se habían alejado hacia la bahía, asustadas por el ruido de los hombres. Pero nada de eso parecía llamar la atención de Fernanda, que transitaba entre soldados, mujeres, niños y mulas esquivando calesas y fardos, como si flotara entre la multitud con la mirada fija en el horizonte veteado de nubes.

Parejas de soldados harapientos acarreaban piedras ostioneras arrancadas a bombazos del arrecife y dejaban a su paso un inconfundible aroma de ostras y algas putrefactas. En una y otra dirección, el puente, cuyos ojos se miraban en el espejo plateado de la marisma, engullía los pasos de viajeros recién llegados, oficiales organizando a la tropa, mujeres buscando a sus familiares, niños atraídos por el brillo de las baterías e isleños curiosos que se acercaban a los soldados para preguntarles «¿eres de los de Albuquerque?».

En las últimas semanas, a la Isla de León habían llegado riadas de extraños. A los hombres del duque de Albuquerque se habían unido centenares de fugitivos que abandonaban las tierras del norte tomadas por José I, miembros del Gobierno de la Junta que pretendían organizar una sede más segura, agricultores que habían dejado sus casas incapaces de superar el invierno sin víveres, bandoleros insurgentes dispuestos a rehacer sus vidas cerca del mar, viajeros ocasionales que buscaban el puerto de Cádiz para lanzarse a la aventura de ultramar, órdenes religiosas expulsadas de sus conventos, mujeres de mala fama alentadas por la acumulación de soldados y monjes, ladronzuelos de todo pelo que seguían las calesas de los visitantes como si fueran hordas de correlimos persiguiendo cangrejos transparentes en la línea de costa. El bullicio se escuchaba nítido hasta las ruinas del

castillo de San Romualdo, primer hogar al que iban a parar los refugiados que aún no habían sido aposentados en una casa de La Isla. Sobre las voces de los capitanes, los llantos de los niños y los cantos de sirena de las rameras, se imponía el traqueteo metálico de los martillos en el Portazgo, donde empezaban a alzarse las primeras baterías de defensa contra el inminente ataque de las tropas de Napoleón.

Pero nada de esto afectaba al caminar de Fernanda, cuyo chal violeta parecía una estrella fugaz flotando entre las cabezas de los viandantes. Animada por la promesa de abrazarse a su hombre, transitaba ajena al ruido de la guerra, ciudadana de un mundo que no cabía en la cotidianidad superviviente de quienes la rodeaban. Al alcanzar la calle Real, las sombras de las palmeras vibraban casi imperceptibles como un anuncio de la noche y las primeras estrellas peleaban por brillar más que los rayos moribundos del sol poniente. Imaginó cuán nervioso estaría su amado, desconocedor de lo que le había ocurrido en las últimas horas, ignorante de la conversación entre Fernanda e Isidoro, tras la cual se habían abierto todas las puertas de la libertad. Ya no había motivo para seguir ocultando la pasión que, entre las cuatro paredes de la buhardilla del palacete, había crecido como orquídea de invernadero: grande, fresca, aromática, pero frágil.

Fernanda llamó a la puerta de su propia casa y tras ella se encontró a un mayordomo extrañamente torvo. Sin saludarle casi, corrió a las escaleras en busca de la habitación de sus secretos, pero, antes de terminar de subirlas, la voz ronca del sirviente la detuvo en seco.

—El señor no está. Se ha marchado hace un par de horas. Dejó un sobre lacrado en la cómoda de su habitación.

La sangre de Fernanda se heló a la altura de las sienes por un instante y el corazón agitado por la caminata y el deseo pareció tronar como una bala de cañón. Se agarró al pasamanos para evitar desmayarse delante del hombre que, con toda seguridad, había sido el responsable de la delación y, por un instante, dudó entre seguir corriendo escalones arriba o desandar sus pasos para matarle. Decidió hacer lo segundo. Pero no para cometer un crimen: agarró al mayordomo por la solapa impoluta de su librea y le gritó ahogada en lágrimas:

—¡Qué has hecho, maldito traidor, qué has hecho!

En contra de lo que Fernanda hubiera esperado, el mayordomo se mantuvo imperturbable ante ella y, tras unos segundos de angustiosa parsimonia, tomó sus manos.

—Les he salvado la vida.

Con ternura acompañó a su señora hasta la escalera y, sentados ambos en el primer escalón, sin soltarse, el hombre relató:

—Es cierto, señora, que hablé con don Isidoro. Es cierto que, hace tiempo, le hice conoedor de los acontecimientos que venían ocurriendo en esta casa desde que ese

soldado entró en ella.

Fernanda le miró con un gesto a medio camino entre la sorpresa y el odio.

—Sí, doña Fernanda, muchos de nosotros lo sabíamos. Por más que se empeñaran en encontrarse entrada la noche, por mucho que dedicara sus desvelos a alimentarle, asearle y quererle a las horas más intempestivas, una casa no puede acoger una historia de amor secreta sin que lo noten sus paredes. Intenté sofocar el rumor todo cuanto pude, pero no pasó demasiado tiempo antes de que buena parte del servicio anduviera haciendo bromas con el asunto de la señora de la casa y el fantasma enamorado.

—Pero, entonces, ¿por qué no me dijiste nada? Era tu obligación serme fiel.

—En La Isla están pasando cosas muy raras últimamente. Llegan demasiados forasteros con demasiado dinero en el bolsillo y han de buscar un lugar donde dormir sin mezclarse con los soldados hambrientos y los rufianes buscavidas. Se sabe que en más de una casa los criados de menor responsabilidad han hecho buenas fortunas revelando secretos de sus señores y arreglando desalojos con el fin de servir a los recién llegados en mejores condiciones. Hay una nueva moneda de cambio en Cádiz, la delación, y en ocasiones tiene más valor que una bolsa de reales. El día que don Isidoro se dejó caer por esta casa y comenzó a hacer preguntas inadecuadas a algunos de los miembros del servicio caí en la cuenta de que debía ser yo quien decidiera qué informaciones salían de estos muros.

—¿Y qué le contaste, por Dios?

—Todo lo que sabía. Que usted había acogido a un hombre en la casa, probablemente por medio de algún favor debido a la Junta de Aposentadores. Que debía de tratarse de un enfermo o un herido, porque nunca salía del cuarto de invitados. Y que usted apenas tenía contacto con él.

—Pero esas palabras no hicieron más que encender la ira celosa de Isidoro. Prendiste la mecha de un fuego imposible de sofocar.

—Lo sé. Lo supe por el modo en que recogió sus guantes y su sombrero y se fue corriendo de casa sin decir esta boca es mía. Por eso decidí actuar. Hice acopio de valor y subí a hablar con su amigo. Cuando abrí la puerta de la buhardilla me pareció tener ante mí una melancólica estatua de alabastro. Tendido cuan largo era sobre el diván, el hombre miraba por el ventanuco entreabierto como si tratara de encontrar el final del horizonte. Se llevó un susto de muerte al verme, y en un primer instante trató de alcanzar el sable que había sobre la cama. Pero le tranquilicé. Le conté todo. Le puse en antecedentes de las difíciles circunstancias que rodean la vida en La Isla y le advertí que ante todo me debía a la seguridad y la felicidad de mi señora. Si hubiera tenido la menor intención de hacerle daño, me habría visto obligado a informar de la situación a alguien más peligroso que Uriarte. Al principio pareció atónito. Creí que iba a echarse a temblar como un niño asustadizo. Pero al rato me

pidió pluma, papel y lacre. Me dio un sobre cerrado para usted advirtiéndome que en su interior estaban escritas con claridad las instrucciones sobre cómo acabar con mi vida si lo entregaba abierto a su destinataria.

—¡Qué tiempos tan atroces estos en los que los hombres no pueden fiarse de la lealtad de sus sirvientes ni los sirvientes del honor de sus señores!

—Yo mismo dejé el sobre en su alcoba, señora. Corra a recogerlo.

Fernanda se levantó a toda prisa y, remangándose el halda, subió de puntillas como una niña juguetona. Al coronar la escalera se giró para contemplar al mayordomo aún sentado en el suelo, con las manos apoyadas sobre sus rodillas y apuntando una media sonrisa de satisfacción.

—Gracias, Pascual. Gracias —dijo antes de desaparecer por el pasillo.

La carta estaba donde el criado había dicho:

Fernanda, amor mío:

Si, como espero, el hombre que atiende tu casa te ha sido fiel y te ha entregado esta misiva lacrada, atiende a lo que en ella te digo.

Es muy probable que a estas horas una partida de infiltrados afectos al rey José esté encaminándose para dar conmigo. Cuando lleguen, no tendrán el menor reparo en acusarte de alta traición por haberme acogido. He visto colgar a más de una mujer en el frente francés bajo el único delito de haber lanzado agua fresca y pan al paso de una cuerda de presos famélicos españoles. Así que, para evitarte el negro destino de los traidores, me marchó. Pero no te apures porque no tengo la menor intención de abandonarte. Si algo he de agradecer a esta maldita guerra, si algo debo al perro invasor que no sea el deseo de estrangularle con mis propias manos, es que me haya dado la oportunidad de cruzar mi destino con el tuyo. En el feliz tiempo que he pasado en tu regazo, me has convertido en un hombre nuevo al que el sonido de las bombas, el fulgor de las bayonetas y el olor ferruginoso de la sangre se le antojan remotas pesadillas del pasado. Me has dado la paz en medio de la peor de las guerras.

Quisiera volver a verte. He concertado con Pascual una huida silenciosa. Estaré esperándote escondido en el lugar en el que siempre habíamos deseado hacer nuestra primera aparición pública, cuando todo esto pasara. Si antes del mediodía de mañana no has aparecido por ahí, saldré a buscarte con el cuchillo entre los dientes y el alma en paz con Dios.

Te ama,

Gonzalo

El lugar esperado era el Teatro Cómico. Para llegar a él, Fernanda hubo de preparar una calesa. Se le hizo eterno el tiempo que tardó en aparecer el carruaje. El teatro estaba oscuro, vacío y frío. Varias hileras de bancos de madera húmeda hacían

LA NOCHE DEL REY

guardia mirando al escenario pequeño y algo ovalado. Fernanda saludó con un temeroso «hola» que retumbó entre los palcos. Olía a tela polvorienta. Atravesó el patio de butacas entre algunos escombros y docenas de cajas con material de obra. Había farolas desmontadas, tablones de madera recién pintados y virutas de serrín que volaban alrededor de sus rodillas. El escenario estaba abierto, sin telón, pero había tan poca luz que apenas se acertaba a ver sobre él un grupo de cajas desvencijadas y un perchero.

La mujer se encaramó al proscenio y desde allí pudo dominar las galerías de los palcos y los bancos en fila. Imaginó la sala llena de hombres y mujeres libres, riendo las gracias del comediante confiados de que fuera lo que aguardaba una ciudad en paz. Y se entristeció pensando que quizá esa escena ya no volvería a repetirse. Los alegres espectadores que antaño aplaudieron las dotes del artista estaban ahora encerrados en sus casas, preparándose para el azote de la guerra. En el techo, una medalla en bajorrelieve representaba a un león sustentando dos mundos con una espada desnuda; bajo él se extendía el oval de las tribunas. Eran tres hileras de habitaciones cuadradas y angostas que asemejaban el ordenado caos de las colmenas. Alguien había empezado a colgar de ellas crespones de terciopelo, como si estuviera preparándose la celebración de un gran fasto. En un segundo vistazo al patio de butacas, Fernanda fue capaz de entender a qué venía tanto desorden: las sillas de los espectadores estaban siendo arrancadas y sustituidas por gradas laterales que iban a dejar un gran espacio vano justo enfrente del escenario. Apoyada en el murete de uno de los palcos bajos, descansaba una estatua que parecía ser de oro, del tamaño de un hombre pequeño, sobre peana de tres escalones. Estaba escondida tras una alfombra roja de bordados dorados y negros. Fernanda se atrevió a correr la cobertura a la altura del rostro esculpido. El rey Fernando la miraba inerte desde el otro lado de la tela y ella sintió un escalofrío.

—¡Quién va!

La mujer no pudo evitar un grito agudo de espanto cuyo eco se unió al de la voz masculina que la increpaba.

—Eres un estúpido —gimió riendo nerviosamente mientras corría a los brazos de Gonzalo—. Me has dado un susto de muerte.

La pareja se abrazó en el centro del escenario. Pareciera que hubieran ensayado el encuentro y la platea estuviera a punto de prorrumper en una ovación de apoteosis.

—Siento recibirte aquí y de esta guisa.

Gonzalo se había vestido con el atuendo de mayordomo que Pascual utilizaba los domingos. Había dejado en casa los guantes para no llamar excesivamente la atención. Así ataviado pudo atravesar la calle Real y callejear entre las casas bajas y el Atlántico hasta alcanzar el Teatro Cómico. El recinto estaba cerrado cuando llegó. Los operarios que trabajaban en su interior, sin embargo, se habían dejado un

ventanuco abierto sobre la entrada de carruajes, así que Gonzalo no tuvo que forzar ninguna ventana.

—¿Qué están preparando aquí dentro? ¿Una coronación? —preguntó Fernanda.

—No tengo la menor idea. En la ciudad corren rumores de todo tipo. Quizá quieran utilizar este lugar como cuartel general de las tropas de Albuquerque.

—Pues no creo yo que los soldados vayan a necesitar tantas delicadezas. ¿Has visto los cojines y espalderas de damasco carmesí con que están decorando las sillas? A mí me parece que este escenario se prepara para la visita de un rey.

—Y no precisamente José. —Gonzalo se rio mientras apuntaba con la mirada la estatua dorada de Fernando VII.

—Sea lo que sea, no me gustaría estar demasiado tiempo aquí. Seguro que habrá gente interesada en mantener este lugar al cuidado de extraños.

Gonzalo arropó a su amada con parte de la librea y la acompañó hasta la salida. En la calle, el trasiego del puente del Zuazo se había trasladado al resto de La Isla. Las vías eran un hormiguero de personas acarreado fardos, zigzagueando en busca de una dirección o simplemente curioseando a los forasteros. Muchas de ellas mostraban en la extrañeza de sus miradas la huella pálida del miedo al futuro. El viento regó el umbral de la puerta con un olor suave a salitre y mojama, se volvieron a besar pisando un charco en el que titilaban los brillos de un farol a medio consumir. Decidieron permanecer en el teatro, era demasiado peligroso hacerse ver.

—No quiero que volvamos a separarnos —dijo él—. Pero ya no podemos volver a tu casa. A estas alturas ya habrán llegado los emisarios de Uriarte o de quienquiera que sea el encargado de limpiar la ciudad de espías. No sé para qué bando trabaja ese bribón, si es que no lo hace para los dos.

—¡Dios bendito! ¿Y qué va a ser de Pascual y el resto del servicio?

—Sabrán salvar el pellejo. Pascual ha hecho lo que tenía que hacer: rebeló mi existencia a Uriarte y nos ayudó a escapar. Nadie puede sospechar de él. Tú y yo lo tenemos más difícil. Debiste marchar con ese hombre, maldita sea.

—He elegido, a mi modo, la libertad. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—La Isla es un hervidero. No sé qué demonios está pasando, pero no es nada bueno. Hay tanta gente entrando por el puente y por los caños que seguro que las patrullas no dan abasto. Debemos aprovechar el momento para salir de aquí.

No era fácil, pero debían intentarlo. A la mañana siguiente, cuando la riada humana de refugiados volviera a hervir, iniciarían el viaje sin retorno que ambos habían escogido. Gonzalo tenía sobrada experiencia como fugitivo. Conocía las sierras y sus cuevas. Había aprendido a encontrar alimento entre los manjares del bosque y abrigo cerca de los riscos tupidos de musgo. Era hábil con el fuego. Durante su peregrinaje hasta encontrar la casa de Fernanda, pudo codearse con bandoleros y

LA NOCHE DEL REY

desertores y se inició en las artes de la supervivencia. Se esconderían en la sierra un tiempo hasta que las circunstancias cambiaran en La Isla o en Cádiz.

—Esta guerra no puede durar demasiado tiempo —aventuró Gonzalo—. Los franceses galopan hacia Cádiz a más velocidad de la que los españoles levantan las baterías. Ganarán la salida al Atlántico y, entonces, se acabó.

—Uriarte cree que, en realidad, están planeando un asedio. Quieren que todos muramos de hambre y desesperación.

—Uriarte no tiene ni idea. No vuelvas a pronunciar su nombre en la vida.

Fernanda sintió que Gonzalo no había tenido suficiente. A pesar de haber puesto la vida entera en sus manos, a pesar de haber renunciado a la libertad, aquel hombre seguía ardiendo en el turbio fuego de los celos. Nunca más se borraría el nombre de Isidoro de Uriarte de la mente de su amado. En el fondo, pensó que Gonzalo no huía de los franceses ni del miedo a ser tratado como un desertor: todo aquello era solo una competición interior para convertirse en el héroe que ella no necesitaba. Aun así, simuló estar entusiasmada con los planes del hombre al que adoraba. Sonrió mientras se enteraba de que su destino sería merodear por la sierra vestida como una bandolera, escondida de día y depredadora de noche, triscando de venta en venta, durmiendo en posadas malolientes y comiendo al raso bacalao seco y chorizo rancio. No se dejó llevar un solo instante por la melancolía, no tuvo la tentación de mirar atrás y recordar el confort de su palacio, la alegría de las tertulias, el poder de las conspiraciones. Evitó cualquier añoranza: sus vestidos, sus libros, sus retratos. Probablemente todo aquello acababa de escapársele para siempre. Amarrada al tacto de la piel joven de Gonzalo, quiso pensar que aquella sensación era inmensamente más sedosa, más gratificante, más rica que la caricia del satén y la caoba y buscó en el aroma masculino razones para olvidar las aguas inglesas de Kalidor, los jabones de Vitoria, el Violet de París, el aceite nocturno de Masca. Aspiró para reconocer su propio perfume de ámbar y lo fijó en la memoria pensando que, en las noches de fugitiva, necesitaría rescatar la fragancia y aferrarse a ella como a un tesoro secreto. Atrás iban a quedar los costureros de porcelana con formas de nuez, la colección de abanicos para las tertulias y el teatro, las limosneras de terciopelo para las monedas y los alfileres, las artes, los collares, las medallas. Por un instante su mente se ahogó en el pavor del futuro incierto. ¿Sería capaz de afrontar los rigores de su nueva vida sin volverse loca, sin convertirse en una carga imposible de portar? ¿No estaría poniendo con ello en peligro, ya no su existencia, sino la de su amado? ¿Con qué curaría sus resfriados en ausencia de la miel de Inglaterra? ¿Qué ungüento iba a sustituir a la odontina para cuidar sus dientes? ¿Qué haría brillar sus labios si no encontraba pasta de rosa? Nunca había sufrido penuria alguna. Nació rica y rica iba a despedirse de La Isla, que le había dado los mejores años de su vida. Y si lo hacía era porque ella misma había decidido jugarse el pellejo con tal de permanecer al lado del único hombre que la había hecho vibrar. Superó en un segundo la tentación de la duda y

simuló admiración por los planes de Gonzalo. Allí estaba, en un teatro vacío y polvoriento, interpretando el mejor papel de su vida.

Pasaron la noche abrazados sobre las tablas del proscenio y como hacía frío, Gonzalo buscó entre los bártulos alguna tela con la que taparse. Durmieron malamente bajo un tapiz iluminado con el escudo de los Borbones; él sintiéndose un héroe, ella tratando de imaginarse a sí misma convertida en una bandida.

Capítulo 40

Cuento las monedas, una a una. No parecen muchas. Vistas así, todas juntas, no dan la sensación de ser una fortuna. Veinte reales de vellón caben en la palma de la mano, huelen a plata sucia, oxidada. El busto desnudo del rey José se borra a la altura de las letras. Una fecha, 1808. Una frase que aprendo a reconocer: «Dei gratia». La bolsa no pesa nada, a menudo me paro y tanteo las ropas para comprobar que no la he perdido. No tengo la menor idea de lo que podría hacer con ellas, en qué me las podría gastar. Es la mayor cantidad de dinero que veo junta desde que llegué a este país. Pero no me da en absoluto la apariencia de que valga la pena convertirse en criminal por ella.

Mi profesión me ha enfrentado en demasiadas ocasiones a la miseria y a la muerte, pero nunca antes me habían propuesto un trabajo así. Yo he nacido y crecido para salvar vidas. Y aunque la guerra me ha regalado a menudo la desgarradora imagen del moribundo, cuando vuelva a Nueva York quisiera poder contar que en España me dediqué precisamente a eso: a salvar vidas. El recuerdo de este viaje será el de un héroe y quizá de ese modo pueda exorcizar los oscuros demonios acumulados durante tantos años de soledad y ausencia, lejos de un país que, a buen seguro, no acertaré a reconocer.

No he sido muy valiente. A menudo me he sorprendido escabulléndome, agachando la cabeza, alejándome de los peligros. He avivado el paso para no permitir que las sombras de la noche me sorprendieran lejos de una aldea y he esquivado veredas fáciles por el temor a toparme con extraños de frente. Desde el mismo día que partí de mi patria, he optado por sobrevivir sin enfrentarme cara a cara a los peligros del camino. Y, aun así, mi peregrinar me ha dado la oportunidad de expiar algún pecado, aquel niño perdido en el río, aquella familia agobiada por las fiebres de su hija. La de médico no es una profesión amada en los campos españoles. Odian al matasanos como odian al dragón francés. Más aún si eres americano. En más de una ocasión, cuando he pedido asilo o comida en alguna casa humilde, me han preguntado con sorna: «¿No habrás venido en El Delfín?». Tal es el nombre del barco de Baltimore al que acusan de haber traído la fiebre amarilla a Andalucía. Atracó en Cádiz hace demasiados años como para ser recordado, pero dejó una indeleble huella en la memoria de muchos hombres. En la confianza de una taza de caldo, algunos me contaron sus historias. Recuerdan el funesto ondear de las banderas amarillas en las casas de los infectados, sobre las azoteas de los hospitales,

en los lazaretos y las murallas. Hablan de la espantosa sensación de sentirse atrapados entre el mar y Despeñaperros, esperando que el vómito negro los alcanzara tarde o temprano. El ejército cortó las vías de paso a Madrid y, bajo pena de cárcel y castigo físico, impedía que nadie cruzara la sierra hacia el norte para no extender el mal por toda la Península. Cuentan cómo hombres, mujeres y niños caían presa de terribles escalofríos, de un pulso enloquecido, de la calentura extrema, del insoportable dolor de espalda y la sensación de tener la nariz seca como el esparto. La cabeza quiere estallar por dentro, los ojos se inyectan de sangre tan roja como el vómito pestilente. El cuerpo se debilita como una rama de cedro arrancada del tronco. Poco a poco, hasta la muerte. El mal se cebó también con los animales. He visto a varones recios palidecer al recordar las calles infestadas de palomas, perros, gatos, caballos y gallinas arrojados al suelo con una rosa de sangre en la boca. En los ríos, flotaban cadáveres de peces como adoquines de un camino hacia el infierno. De todos los hombres que me he topado en estos años, nadie mostraba en el rostro la huella de la enfermedad y de la muerte como aquel médico encargado de dirigir el único hospital ambulante que se podía encontrar entre La Carolina y Sevilla. Un matasanos resabiado y escuálido, que paseaba entre los heridos sin importarle si eran franceses o españoles, repartiendo una sonrisa desdentada y el recuerdo perdurable de su aliento de anís. Pasé varias jornadas a su lado. El hospital consistía en tres carromatos destartalados donde se transportaban las lonas amarillentas de una tienda, un par de barriles de roble con agua y licor y varios cajones que servían de almacén para las medicinas. Aceite de hierbabuena para calmar el dolor y curar heridas, hojas de miel contra las infecciones de pecho, corteza de cidra que provoca el vómito, camuesa para las úlceras, nardo cicatrizante, emplasto de Isis para la tos, sal gema útil para los deshidratados, estoraque para hacer cataplasmas, hoja de sen que espanta a los parásitos... Poco más había en aquellos fardos malolientes por los que rezumaban restos de los ungüentos y cataplasmas que se preparaban en pleno viaje.

El doctor recorría los caminos colindantes al frente y trataba de atender a los heridos más graves. «No me acerco demasiado a la zona de fuego, ¿sabe?», me dijo la tarde que lo conocí por sorpresa cuando vino a preguntarme si sabía anudar vendajes. «Sirvo más a mi patria si estoy vivo y libre.»

Los soldados que podían moverse por sus propios medios abandonaban el fragor de la batalla y se tendían en alguna vereda fresca esperando que pasara un médico. Casi nunca pasaba. En ocasiones, entre varios compañeros acarreaban a un moribundo y lo dejaban en medio del camino por si había suerte. La suerte consistía en que el doctor ambulante y su botica tirada por cabestros hambrientos llegara antes que la Parca.

—Sé vendar, soy médico —le contesté sin saber realmente quién me lo preguntaba. Él me agarró del brazo con el entusiasmo propio de un joven al que le acaban de conceder su primer baile y me arrastró hasta el puesto de curas. Me sorprendió la sensación de placidez del rostro de aquellos hombres, soldados de

ambos bandos sometidos a las más crueles de las heridas, que se sostenían espalda contra espalda, sentados en el barro, cada uno apoyado en el hombro del que, en otras circunstancias, hubiera sido su asesino. El doctor me arrojó un maletín de cuero negro.

—Ya puede ir empezando.

Dentro había todo tipo de instrumentos absolutamente inútiles en tales circunstancias. Un peso medicinal con pesas en medias libras, onzas y dracmas; tres tamices, un almirez de mano, dos cazos de azófar, espátulas, embudos, una caceta para mezclas... Aquello era el arsenal propio de una rebotica, no de un campo de batalla. Agarré todo lo que pudiera servirme de recipiente para agua y corrí al encuentro de los heridos. A uno de ellos, le quité la bayoneta apretada entre las manos. Tenía claro que lo único que podría servir de alivio a aquellos hombres era un trago de agua mientras trataba de limpiarles las heridas.

Primero recortaba con la bayoneta la piel sobrante, hinchada por la hemorragia y la infección. Debía tener cuidado de no sajar un vaso sano. Al primer tajo, mis manos se tiñeron de pus. Cuando había retirado todo el pellejo innecesario, buscaba entre la musculatura dañada cualquier resto que debiera extraerse: trozos de plomo, partículas de tela del uniforme, botones, dientes, bolas de pelo enmarañado, piedras, ramas hechas añicos, pétalos de flor... Como el instrumental del doctor carecía de pinzas, tuve que utilizar mis dedos para abrirme paso por el interior de los cuerpos. Trataba de extraer las balas por el mismo orificio por el que habían entrado, pero no siempre era posible. En esos casos, abría otro camino al lado opuesto y empujaba para hacerla saltar. El soldado no podía hacer otra cosa que retorcerse de dolor, aunque le hubiera dado media medida de anís antes de la operación. Justo después de terminar cada tarea, debía cubrir la herida para evitar que se gangrenara. No había manteca ni ninguna otra grasa que, convenientemente calentada, pudiera servir de apósito. Rebuscaba entre los frascos de cristal del médico, sin éxito.

—¡No se ande con zarandajas! Coja lo primero que vea y mézclelo con barro.

Recuerdo que a los primeros heridos les apliqué una melaza de agárico blanco, agua y anís. Más tarde, descubrí que el agárico es un laxante. Mi colega me advirtió a gritos que no fuera demasiado contundente con las curas.

—No se le ocurra amputar nada si no es extremadamente necesario. Estos hombres han de salir de aquí antes del amanecer. Esto no es un hospicio. Ate los colgajos con lo que pueda y deles de beber.

Después de cada cura, regábamos las heridas con el anís de la barrica de roble y utilizábamos hojas secas e hilas para tapar la zona. Pasamos varias horas recomponiendo cuerpos antes de poder sentarnos en el borde de uno de los carromatos y beber algo nosotros.

—El anís es tan bueno por dentro como por fuera —me dijo el doctor mientras me

extendía una bota de cuero sucia como el suelo de un establo.

—No me gusta beber a gañote.

—Usted se lo pierde. Pasaremos un buen rato escuchando los aullidos de esos pobres muchachos. Si no es por este licor, yo no podría dormir.

—¿Qué va a ser de ellos ahora?

—Dentro de un rato les purgaré de nuevo con aceite de tamarindos y a los que estén más pálidos le haré beber linaza. Es un buen vomitivo. A veces el plomo de las balas y la metralla intoxica el estómago y algunos soldados que sobreviven a las heridas terminan muriendo envenenados. Y después... nada. Les dejaremos que duerman un rato. Mañana a primera hora yo me largo. Ellos, que hagan lo que quieran.

—¿Cuántos sobrevivirán?

—Hay un par de franceses que parecen recios. No creo que tengan problemas. El resto no lo veo nada claro.

Pareció sentirse realmente compungido por el futuro de los menos afortunados. Pero la cara le cambió en un segundo y buscó una sonrisa para mí:

—No se le da nada mal hacer de matasanos.

—Soy médico, James Irving, estudié en Columbia. Es un placer conocerle, doctor.

Extendí la mano para presentarme.

—¿Doctor? —El hombre escupió un buche de anís para poder reírse a gusto—. ¡Qué diantres, no soy médico! Lo más cerca que he estado de una universidad fue cuando trabajé en una carnicería de Alcalá de Henares. Simplemente me gusta trasegar con músculos y tripas.

—¿Y todo ese instrumental? ¿Y las medicinas?

—Todo robado. Me lo encontré en medio del camino hace tiempo. Pertenerían a algún hospital ambulante. Me pareció un buen truco para seguir vivo hacerme pasar por matasanos. Luego empecé a cogerle gusto y ahora creo que es el mejor modo de ayudar en esta guerra.

—Pero ha estado dándome instrucciones toda la tarde, parecía un cirujano...

—He visto muchas heridas. Y puedo asegurarle que todas funcionan igual: quite de ellas todo lo que no sea humano, abra lo menos posible, desinfecte y tape pronto. ¡Es fácil!

—¿Y con la gangrena qué hace?

—Rezo. —El hombre se santiguó enseñando sonoramente los huecos de su dentadura—. Si le soy sincero, nunca estoy suficiente tiempo con ellos como para ver cuándo empieza la gangrena.

LA NOCHE DEL REY

Decidí seguirle un par de días. Tuvimos otro encuentro con heridos media legua más adelante. Por el camino tuve tiempo de echar un vistazo a sus frascos y cachivaches. La mayoría de las sustancias que portaba estaban podridas. Identifiqué pocas soluciones que pudieran considerarse «medicina». Paramos la segunda jornada en medio del campo. Instalamos la tienda y él preparó una olla de caldo con restos secos de gallina. Cenamos aquel líquido insípido con pan y chorizo. El hombre abrió su maletín y sacó uno de los frascos.

—Diamudo. Se usa contra las pestes y las epidemias. Dicen que también ayuda a mantener a raya la pasión de la carne. Aquí es difícil encontrar una hembra, y si la encuentras irá tan sucia y enferma que más te vale no desearla. Yo lo uso para darle algo de sabor a esta bazofia. ¿Quiere?

Negué con la cabeza. Había llovido hacía poco, de manera que nos acompañaba un dulce olor a hongos. En cuanto cayó la noche, nubes de insectos transparentes empezaron a revolotear alrededor de la hoguera. Se veían sus cuerpos zumbones como si fueran diminutas estrellas fugaces a punto de inmolarse entre las llamas. Alguna ráfaga de viento abanicaba las copas de los árboles lanzando gotitas de agua que caían sobre nuestras cabezas. Rugían las ramas y de vez en cuando llegaba el trueno de cañonazo adormecido tras el viaje de quién sabe cuántas millas.

—Cada uno de esos bombazos es otro hombre destripado —comentó mi acompañante.

—Y sin nadie que lo atienda.

—Las autoridades se hartan de advertir que es imprescindible que los hospitales que atiendan a los heridos sean fijos. Al principio de la guerra, muchos ayuntamientos reclutaron cirujanos para instalarlos en sus pueblos y ciudades en previsión de que el frente se acercara a sus términos. Pero la realidad es que la mayoría de aquellos médicos terminó alistándose en el ejército o pasándose al lado francés. No hay suficientes hospitales fijos en el frente y los hospitales generales, o están demasiado lejos, o están atestados de civiles enfermos.

Delante de los carromatos se perfilaba la sombra gris de un edificio abandonado. Podía ser una ermita o parte del templo de un convento en ruinas. Se me ocurrió que un lugar así podría ser útil.

—¿Por qué no se instala en un hospital fijo? —Apunté con la nariz hacia el edificio mientras cortaba un trozo de pan.

—¿Quiere que monte ahí mi circo?

—¿Por qué no? A juzgar por el sonido de la artillería, el frente no está lejos. Este parece un lugar tranquilo, no hemos visto a nadie en horas. Usted sabrá sacar partido a sus bártulos.

Creí que podría ayudar al médico farsante con un par de consejos y, de paso,

entregarme a la melancólica práctica de refrescar las lecciones en la universidad.

—Verá, no se requiere mucho esfuerzo para improvisar un hospital. No olvide algunas leyes inviolables: limpie tantas veces cuantas pueda, separe a los enfermos según sus heridas, guarde un espacio de tres pies entre cada uno de ellos y use arena para absorber la sangre. No trate de curarlos a todos. Empiece por desinfectar a los menos graves, los moribundos le harán perder un tiempo precioso. Cuide la hidratación de los cuerpos, la mayoría de los heridos mueren de sed. Se dará cuenta de ello porque lo primero que le pedirán será agua. Un hombre puede llevar las piernas reventadas y los intestinos colgando sin sentir dolor, pero la sed le hará creer que está quemándose en el infierno. No debe darles de comer. Permita que vomiten todo lo que quieran. Enfríeles la cabeza y los pies a los febriles y deje que tiriten de frío los que lo tengan. El exceso de calor mata más que el exceso de frío. No hace falta que le diga qué medicamentos ha de usar en cada caso: ya se las ingenia bien con sus potingues. ¡Ah!, y algo importante: preocúpese de sacar a los muertos cuanto antes de la sala. Si es necesario, esté toda la noche en vela para que un cadáver no tenga que pasar más de dos horas junto a los vivos. Un muerto expele vapores perniciosos para el cuerpo y su visión aniquila la poca moral que le queda a un hombre herido.

Terminamos de cenar y pasamos casi toda la noche hablando. Con los primeros claros del alba me levanté para estirar las piernas.

—¿Y usted no se quedaría conmigo? —se atrevió por fin a preguntarme con un hilo de voz que pareció una tímida súplica.

—Mis enfermos no son de este mundo. Algún día tendré mi propio hospital en el lugar del que no debí salir jamás.

Recogí mis cosas, me abracé al hombre y me despedí. Nunca le pregunté cómo se llamaba.

No sé si finalmente aquella vieja ermita derruida habrá servido para salvar alguna vida. Pero me gustaría pensar que un par de almas pululan ahora por este trozo de tierra gracias a mis consejos.

Escribo esto mientras manoseo una y otra vez las monedas que ese hombre me ha pagado en la posada. Para él soy un ladrón capaz de cualquier cosa, un asesino a sueldo si fuera necesario; y dentro de unas horas sabrá que he cumplido mi parte del contrato. Hace unos años se habría equivocado conmigo al elegir candidato. Pero ahora ya no tengo ánimo para otra cosa que no sea largarme de este país, huir de su guerra y de su clima. Volver a remontar el áspero mar de vuelta a casa.

Capítulo 41

Isidoro de Uriarte caminaba erguido dejando que la luna de febrero, diagonal y fría, clarease el ático de su sombrero: copa de fieltro gris marengo con cinturón verde de seda brillante pegado al comienzo del ala. A su lado, Martín Mariños acariciaba las ramas de un seto de tojo tan seco por el invierno que algunas de sus púas se incrustaban en la piel como alfileres. El tercer viandante era Juan Mariños, que ejercía de guía de su hermano y el desconocido afectado y distante que había traído a Écija. Después de pasar el río Genil, la ciudad había cambiado, las casas blancas y cuidadas, las macetas esperando el festín de los geranios en primavera, las limpias calles adoquinadas iban dejando paso a barracas de barro y paja en medio de lodazales que quizá algún día fueron huertos.

—Demasiada gente ha abandonado el trabajo en el campo y en las huertas para buscarse la vida trabajando para los franceses —comentó Juan Mariños—. Se arriman a los soldados, al nuevo alcalde y a quien haga falta. Siempre hay algún servicio que prestar: enviar algunas cartas, arreglar los uniformes, conseguir mujeres de mala vida o, simplemente, merodear por las calles pegando la oreja en las conversaciones por si hubiera alguna traición que delatar. Por eso las huertas y los cultivos de toda esa zona hace tiempo que se echaron a perder.

Entre las chozas destartaladas corretearon dos niños semidesnudos y famélicos que perseguían entre las sombras nocturnas a un perro aún más hambriento.

—La llegada de los franceses no ha traído precisamente riquezas a los ecijanos.

—Al menos no a todos, estimado Juan. —Uriarte se quedó mirando a los niños con aire compungido—. Algunos no puede decirse que hayan sido desposeídos de su buena posición.

—Si se refiere directamente a mí, es cierto que no puedo quejarme. El negocio del mineral ya era una actividad interesante antes de la guerra. El rey José no ha supuesto ninguna novedad en ese sentido.

—Tan solo es que te has visto obligado a cambiar la dirección de los envíos de los sobornos, ¿no, hermano?

—¿Acaso tengo que pedir disculpas por saber sobrevivir? No hago mal a nadie manteniendo mi empresa. Gracias a ella puedo garantizar un futuro razonablemente brillante a tu sobrina.

—No estaría yo tan seguro de eso, Juan.

El padre de Asunción podría haberse ofendido con esa afirmación de su propio hermano, pero la dejó pasar.

—Si lo que insinúas es que soy un afrancesado arribista, te diré que no he colaborado en nada con el invasor. Eso no quiere decir que no haya cumplido sus leyes, como todo ciudadano libre que le tiene aprecio a su vida y a su hacienda.

—En eso te doy la razón: no eres un afrancesado arribista, tú siempre has sido arribista sea quien sea el que tenga el poder.

Uriarte medió:

—Vamos, señores. Parecen dos chiquillos. Dejémonos de esas tonterías de afrancesados, juramentados y demás lindezas. Somos tres hombres adultos e inteligentes en una ciudad tomada por Bonaparte merced a una guerra que está a punto de acabar. ¿No creen que ha llegado el momento de empezar a aceptar que José va a dirigir nuestros destinos y que lo hará, principalmente, en francés?

—Lo cual es como decir que nuestros destinos están en manos de Napoleón, su hermano no es más que un títere —refunfuñó Martín Mariños.

—Pero un títere muy útil —contestó Isidoro—. Miren esos chiquillos, ¿qué futuro les esperaba? ¿Qué educación tenía prevista el rey Fernando para ellos? ¿Hubieran salido alguna vez de su andrajosa miseria?

—A decir verdad, han sido los franceses los que los han arrojado a la miseria —replicó Juan Mariños—. Primero fueron los saqueos indiscriminados que empezaron por las fincas más al norte, las que daban la cara en la zona por donde las tropas entraron. Y luego fue la sucesiva purga de ecijanos no afines al nuevo régimen. Aquel que no se dignaba a jurar fidelidad al rey francés era expulsado de sus tierras y de su casa y desposeído de todo.

Uriarte comenzó a recitar de memoria:

—Yo por mi religión, por mi honor, por mi conciencia y por el bien de mi patria, juro fidelidad al emperador mi amo y a su hermano José Napoleón, rey de España y de las Indias, a las leyes y a la Constitución.

—Lo conoce usted muy bien, Uriarte. Pareciera que lo ha recitado. —El cojo Mariños había perdido movilidad en las piernas, pero no en la lengua.

—No creo que sea una sorpresa para ustedes si le contesto que sí. Pero también he estado en otros muchos actos de juramento a la francesa que no fueron el mío.

—Si aún me quedase un poco de honor en la punta de la espada, desenvainaría ahora mismo —interrumpió Martín más como una chanza que como una amenaza.

—Y ganaría usted el duelo al primer envite, no tenga la menor duda. Verán, señores, la situación en Andalucía es acuciante. O el rey termina por arrojar al último

patriota a las aguas del Atlántico y gana la guerra de una santa vez, o aquí se muere todo el mundo de hambre y desesperación. No van a negarme que en esas circunstancias, la elección es fácil. Les confieso que tengo ciertos privilegios inesperados desde que decidí aceptar la dura realidad y ofrecer mis servicios como ciudadano francés. Estaba en Barcelona cuando realicé el juramento. Aunque es cierto que no me presenté voluntario precisamente. José I había obligado a todos los funcionarios a jurarle fidelidad, pero parece que hubo pocos dispuestos a aceptar la humillación. Así que tuvo que lanzar nuevas campañas de captación de acólitos... y en una de esas, pasaba yo por ahí. Lo siento, señores, elegí el bando ganador.

Los tres hombres llegaron hasta el final del camino e iniciaron el paseo de vuelta. Empezaban a rebotar contra el suelo algunas gotas de lluvia duras como ámbar. Lo más prudente era regresar a casa. Juan Mariños intervino.

—¿Ganador? Puede que algunos de ustedes hayan llenado la panza con sus devaneos en francés y a saber qué les han prometido. Pero en los territorios ocupados se respira un ambiente de cualquier cosa menos de victoria. Cada vez que levantas una piedra en las afueras de Écija te sale un hambriento. Hay hombres que se ganan la vida sorteando pan. Yo mismo los he visto. Son ratas escuálidas que se las arreglan para robar algunos mendrugos en los hospitales de guerra o en los mismos cuarteles. Los llevan a la plaza mayor de algún pueblo del interior y organizan una lotería con ellos. Se cae el alma a los pies al contemplar la cara hambrienta de los chiquillos que no tienen ni medio real para pujar. Por todas partes escasean los alimentos, falta atención médica, los niños no tienen una escuela adonde ir... ¿Es esa la victoria que ha venido a traernos el hermano de Napoleón?

—Digamos que la situación no es muy distinta entre los defensores del Borbón... pero no se apuren, no pretendo convencerles de nada. No quiero estropear mi último paseo por Écija.

—Se marcha usted.

—Es el momento de hacerlo. Si la guerra se prolonga, terminaremos sin ni siquiera poder rifar el pan. Y si las cosas cambian tanto y Fernando toma la iniciativa, Andalucía va a ser toda ella un campo de batalla. He dejado en Cádiz las pocas cosas que podían atarme y no tengo nada que perder. Así que he preparado mi marcha a Francia. Y me honra comunicarle que en la collera hay sitio para alguien más.

—No verá mi culo puesto en ese carruaje. Cuando acepté venir con usted desde Cádiz no fue para emprender la huida. Sí, usted venía con todo su patrimonio metido en esos maletones. Pero yo pienso volver. Solo traje un par de camisetas y mi estuche de duelo.

Juan Mariños se sobresaltó ante las palabras de su hermano.

—¿Tu estuche de duelo? ¿Piensas batirte con alguien?

—Ya no.

Uriarte, sin embargo, parecía divertido con el nuevo derrotero que había tomado la conversación.

—¿«Ya no» quiere decir que se ha retirado la otra parte o que se ha retirado usted?

—Mire, Uriarte, el día en que me vea obligado a retirarme de un duelo formalmente declarado, me cortaré yo mismo la pierna buena.

—En cualquier caso —dijo Uriarte condescendiente—, me alegra que ya no vaya a exponerse a ningún peligro.

—Si eso es así, es porque las condiciones que me trajeron a Écija han cambiado. Pero se trata de asuntos privados que no puedo desvelar delante de usted.

—¿Ni siquiera delante de tu hermano? —insistió Juan.

—Créeme, no necesitas saber nada de este asunto. ¿Acaso te inquiero yo sobre las partidas de cinabrio y sus oscuros destinos?

—Hombre, tampoco salgo corriendo a tu casa a pedirte alojamiento, cruzando el frente en medio del invierno... comprenderás que algún derecho a saber tengo.

Empezaba a arreciar la lluvia en el momento en el que llegaron al portal de la casa donde Uriarte se había alojado.

—Creo que será mejor que esperen aquí dentro hasta que escampe. ¿Tendré el honor de que me acepten algunas copas de jerez mientras tanto?

Los hermanos asintieron, pero, antes de seguir los pasos de Uriarte, Juan se paró en seco y agarró a su hermano por el brazo.

—Disculpe, don Isidoro, adelántese un minuto. Mi hermano y yo tenemos algo de que hablar.

Se quedaron solos protegiéndose de la lluvia bajo el ala del portal.

—No tenemos nada de qué hablar, Juan.

—Sí, lo tenemos. Ayer por la noche viniste a toda prisa de Cádiz acompañando a un hombre que sirve a los franceses para sobrevivir. Y sé, porque me lo ha contado Benita, que antes de ir a verme buscaste a Asunción. Ahora descubro que andas por esos caminos con el instrumental necesario para batirte en duelo...

—¿No querrás postularte como mi padrino?

—No me hace gracia, Martín. Si hay algún asunto de honor en el que te veas envuelto aquí en Écija, afectará a toda la familia. Y a la primera, a tu sobrina. Mira, no sé en qué andas metido ni me importa, no sé a quién has ofendido, a qué mujer has cortejado más de la cuenta o en qué hacienda has estado hurgando. Lo que sé es que esta ciudad es muy pequeña y que mañana todo el mundo sabrá a qué has venido. ¿A quién se le ocurre hablar a solas con Asunción, es que no te importa lo que puedan pensar de ella cuando te lées a tiros con cualquiera?

LA NOCHE DEL REY

—Ya te he dicho que eso no va a pasar. No va a haber duelo.

—Razón de más para que seas discreto... La otra parte estará poniendo tu valentía en entredicho.

—Vaya, la valentía. Parece ser un asunto que ahora, después de tantos años, te preocupa.

—No me preocupan esas cosas. No me he hecho un hueco en el mundo de los negocios jugándome la vida a punta de pistola por una partida de cartas. Me preocupa lo que pueda afectar a tu sobrina. Está en una edad en la que cada cosa que le pasa a una mujer puede convertirse en una losa para toda la vida.

—¿Ya quieres casarla?

—Tiene edad para ir pensando en ello. Es lo único que he tenido en todos estos años, y me dolerá perderla. Pero es ley de vida.

—Pues quizá hubieras debido cuidar mejor el rebaño cuando has estado a tiempo.

—A Asunción no le ha faltado de nada. Los primeros años tras la muerte de su madre fueron duros. Pero hice lo que pude, le puse las mejores ayas, le traje a los mejores preceptores. Y estabas tú. Siempre has sido un faro para ella. Luego creció y mis negocios se hicieron más complejos y exigentes... y se hizo una mujer de repente de la noche a la mañana.

—Una mujer sin madre y sin padre.

—¿Se ha quejado ella de eso alguna vez?

—No hace falta que lo haga. Ayer cuando llegué no tuve ninguna intención de hablar con ella antes que contigo. Pero tú no estabas. Parece que es una circunstancia que se repite a menudo en tu casa.

—Si no me ocupo yo directamente de las cuentas de la empresa, todo se irá a pique. Y te recuerdo que gracias a ellas nuestra familia tiene un patrimonio que conservar.

—Sí, es cierto. Yo no he aportado mucho a las arcas de los Mariños, al menos mucho «material». Este viejo atrabiliario y cojitranco se ha dedicado a ir por el mundo buscando pendencias y ganando algunas. De momento, por lo que se sepa de mí no podrá decirse que los Mariños son unos siervos del perro francés.

—Tampoco podrá decirse que los Mariños han sido capaces de mantener una hacienda.

—Cierto. ¿Y qué es más importante? ¿El nombre? ¿La hacienda? ¿La virtud con la que tu hija sea entregada en matrimonio o su dote?

—No te consiento que pongas en duda la virtud de la niña.

—Ni yo que sigas interpretando tu papel de padre digno. ¿Puedes asegurarme que

tu hija no ha sido cortejada por nadie? ¿Que en tu casa no ha habido más varón que tú sin tu consentimiento? ¿Estás absolutamente seguro de que Asunción quiere para sí el futuro que tú le has preparado?

Hubo un silencio plomizo. Juan fue incapaz de evitar que le temblara el labio inferior como a un chiquillo asustado. Martín hundió el estoque de su verbo en el corazón de la presa herida.

—¿Puedes jurarme, Juan, que no has mirado hacia otro lado una sola vez en tu vida, que no te has tapado los ojos para no ver, los oídos para no oír; que no has merodeado por los alrededores de tu casa a media tarde por miedo a entrar en ella y tener que enfrentarte a una realidad que arruinaría tu existencia? ¿Puedes poner la mano en el corazón de tu hermano y, por una vez, asegurar como un hombre que has cerrado todas las cancelas, has ahuyentado todas las tentaciones, has negado todas las citas para salvaguardar el honor de tu hija? Si lo haces, daré media vuelta y me iré a Cádiz para no volver jamás. Y el alma de Asunción quedará en tus manos para siempre, sin ayuda de nadie. Pero si no tienes arrestos para hacerlo, al menos dime a quién tengo que meter una bala de plomo entre las costillas, porque lo haré gustosamente con mis propias manos.

—¡Y qué querías que hiciera! Puede que para ti sea fácil enfrentarte a las cargas de la vida de un hombre, tirar de faca en cuanto una mirada torva se cruza imprudentemente con la tuya. Sí, tú siempre has sabido estar en el momento adecuado y en el sitio correcto y juzgar con rigor cada uno de los actos de quienes te rodean. Siempre has sabido qué es bueno y qué es malo. Porque nunca has tenido que elegir entre tu vida y tu dignidad. Pero no todos los hombres hemos nacido con el arrojo del caballero andante. Aunque tu cabeza de patriota no pueda entenderlo, en esta España ocupada hay algo más que quijotes y sanchos. También hay hombres cobardes que se levantan todas las mañanas rezando para que sus hijas no sean merodeadas por los buitres, para que sus familias no tengan que caer en la tentación de la deshonra, para que sus casas no sean presa de la codicia de los truhanes. Porque en ese caso no sabrían qué hacer. Hay hombres que negocian el precio de cada una de sus partidas de mineral como si fueran la última, y controlan el gasto de cada arroba de carbón como si en ello fuera la vida de una legión. Y lo hacen porque es el único modo que han aprendido de luchar por sus familias, esperando que sus hijos hayan recibido el don que a ellos les fue negado. ¿Crees que cada vez que ese hombre venía a alguna cena en casa, cada vez que nos lo cruzábamos por el paseo, cada vez que recibía una invitación a alguna de sus reuniones sociales «para usted y su encantadora hija» no moría un poco por dentro? Pero dejé hacer y sufrí el dolor más grande que pueda sentir un corazón de padre y me iba a la cama a pasar las noches en vela pensando que estaba haciendo lo mejor para mi hija.

—¿Consentir que se entregara a un depredador francés era lo mejor para tu hija?

Los gritos debieron de oírse en toda la casa. Uriarte había bajado a rescatar a sus

LA NOCHE DEL REY

invitados y quiso hacer evidente su presencia con un carraspeo para no parecer indiscreto.

—Les aseguro que el jerez que tengo ahí arriba es de lo mejor que he consumido en años.

Martín y Juan Mariños impostaron tranquilidad. Se rieron nerviosamente e hicieron ademán de aceptar la invitación.

Por las escaleras, Martín se acercó a su hermano y en voz baja le dijo:

—Ella no me ha contado nada que tú no sepas. Incluyendo el origen de mi maldita cojera.

Capítulo 42

Fueron solo tres golpes. Probablemente con la mano abierta sobre la madera gruesa de la puerta. Sin usar la aldaba ni el timbre. Tres golpes suaves, carentes de violencia. Se diría que eran caricias en lugar de reclamos. Asunción supo de inmediato quién era quien llamaba y se imaginó a Frédéric con la cabeza apoyada en la puerta y la mano derecha deslizándose después de cada aporreo. Se enterneció algo. Creyó que el hombre al que había amado y odiado más que a nadie en este mundo no se merecía una noche así y, aunque estuvo tentada de desoír sus súplicas, cayó en la cuenta de que llovía, de que el frío empezaba a colarse por los huesos como un insecto que taladra el tronco de un olmo muerto. Dio orden a Benita de que le dejara pasar.

El aya rezongó antes de bajar al recibidor. Cerró las puertas por el camino para evitar que la corriente las batiera, se mesó el pelo, atusó su delantal y abrió la puerta. Una vaharada de aire frío y minúsculas gotas de hielo le atizó en la cara y se espació con rapidez por la sala antes de desvanecerse. Quilliet se mantuvo erguido al otro lado del umbral. Tenía parte de la melena desatada; un mechón de pelo lacio y humedecido le colgaba desde la frente hasta la oreja derecha. Utilizó los tres dedos centrales de la mano para colocárselo antes de hablar.

—Supongo que si le ha dado permiso para abrirme, es porque puedo entrar.

—Supongo.

El francés entró y cerró la puerta tras de sí. Lo hizo con suavidad y se quedó un rato apoyado en ella, pisándose las manos con la espalda. Benita no le ofreció nada de beber, ni asiento, ni se prestó a sujetarle la casaca, que olía a tierra mojada. Se limitó a esperar mirando a las escaleras.

Pasaron unos interminables segundos antes de que oyeran la voz de Asunción en la planta de arriba.

—¿Quién es, Benita?

—Es el señor Quilliet.

No dijo nada más. Hacía solo unos días habría bajado corriendo a abrir ella misma la puerta. O, lo más probable, habría esperado en la habitación a que su amado galopara hasta ella. No tenía la menor intención de hacer ninguna de las dos cosas. Así que se limitó a dejarse ver en lo alto de la escalera con media sonrisa de

tranquilidad.

Al cruzarse sus miradas, ambos comprendieron que debían interpretar su propio papel. Porque los dos creían guardar un secreto que les hacía dominar la situación. Comenzó la comedia:

—Llegas tarde, vienes sucio y pálido.

—Me encontré con algunos viejos amigos en la posada. Te pido mil disculpas.

—No pasa nada, los hombres tenéis derecho a divertirlos.

—No, si en casa está esperando la mujer amada.

Asunción trató de parecer inmune al requiebro.

—No te estaba esperando. Acabo de despedir a mi tío, que ha venido de Cádiz a visitarnos.

—Tu tío, ¿el cojo?

—Mi tío, el que te colgaría de la aguja del campanario si te viera entrar así en mi casa.

Quilliet pensó: «No me cabe la menor duda». Pero se las arregló para reír. Ella le siguió y las dos risas parecieron sinceras. Al calor de su tintineo, Asunción y Frédéric dejaron de sentirse tensos, parecieron encontrar un pequeño motivo para perder el miedo, un faro de olvido en la tenebrosa noche de sus corazones. Hasta el punto de que Benita, que contemplaba la escena esperando el desenlace infeliz, se entristeció por la nueva situación.

—Bueno, yo os dejo solos. Tendréis mucho de lo que hablar.

Frédéric se atrevió entonces a subir las escaleras. Se acercó despacio a Asunción, cogió con delicadeza su mano derecha, la llevó lentamente a la altura de los labios y la rozó como quien acaricia las alas de una mariposa herida.

—Sí, tenemos mucho de lo que hablar.

Ambos se acompañaron a la habitación, se sentaron encima de la cama sin soltarse de las manos y esperaron un rato mirándose a los ojos mientras escuchaban sus respectivas respiraciones.

—Vuelvo a Francia. Y no puedo llevarte conmigo. No es definitivo. Es un viaje rápido de ida y vuelta, un asunto de trabajo que no esperaba pero que no puede dilatarse ni un día. Lo tengo todo preparado para partir mañana al alba. El rey me reclama. Quiero que sepas de qué se trata. Y que te quedes tranquila. Hay un escultor veneciano que está causando furor en las cortes europeas. Viene de Possagno, se hace llamar Antonio Canova y anda ofreciendo sus servicios a nobles de medio continente. Por lo que dicen, es bueno, muy bueno. Hace unos años, un coronel inglés enamorado del mundo griego, lord Lawdor, le encargó una representación del

mito de Cupido y Psique. Parece que el artista se esmeró. Los que la han visto aseguran que nunca antes el mármol blanco había levantado tanto deseo sensual. Cada curva, cada pliegue de la piel, la imposible fuga de las alas del dios, la evanescente entrega de la mujer al beso eterno, todo está pensado para desatar la pasión de los hombres. Un tratante holandés llamado Henry Hoppe lo adquirió por un dineral hace unos años, pero cometió el error de pavonearse de ello en la corte francesa. El cuñado del emperador parece que ha perdido la cabeza por la obra. Quiere arrancársela de las manos al tal Hoppe. Su codicia ha despertado la de otros amantes del arte. Entre ellos el rey José. Ayer mismo recibí un despacho urgiéndome a marchar a Francia y traer la escultura cueste lo que cueste.

Asunción interrumpió cortésmente, casi con ternura. Levantó la cara sonriente y habló.

—Querido Frédéric. No te esfuerces en seguir mintiéndome, ya no hace falta. Sé que no es el rey quien te reclama. Conozco tus andanzas, tus mentiras, tus traiciones. He visto más de lo que quería ver. Pero no te preocupes, porque ya no me importa.

Trató de acariciar el rostro de Quilliet, pero este se levantó repentinamente de la cama y, como si no hubiera escuchado nada de lo que acababan de decirle, continuó su relato.

—¿Conoces la historia que ha inspirado esa escultura? Es la historia de un amor maldito por los dioses. La bellísima Psique ha despertado los celos de Afrodita, que, temerosa de que exista una mortal más bella que ella, ordena a su hijo Cupido que utilice sus flechas para enamorarla. Pero no de un hombre cualquier, del hombre más monstruoso que pueda imaginarse.

—¿Por qué me cuentas eso? ¿No has oído lo que acabo de decirte?

Quilliet tapó su boca con un dedo y pidió silencio.

—Escucha, te gustará. Cuando el dios del amor se dirige a cumplir su misión, queda prendado de la joven y prefiere lanzar su flecha envenenada contra el mar antes que herir el corazón de una mujer tan bella. Desde entonces, Cupido y Psique se enamoran y mantienen una relación imposible y secreta. Secreta porque ha de satisfacerse a las espaldas del Olimpo, imposible porque la joven no puede ver a su amado. Puede sentirle, gozar de su tacto, de la miel caliente de sus labios, del susurro punzante de sus palabras corteses. Pero sus ojos no pueden poner rostro al cuerpo que aman. Cupido es todo luz, sus alas son de un cegador blanco y su piel hace palidecer al mismo sol. Sin embargo, cada noche, Psique ha de despertar en medio de la penumbra exaltada por la luminosidad que la reclama y goza en la cárcel de su cuerpo del placer de un dios engendrado para desatar las pasiones de los humanos y al que tiene prohibido ver. Se diría que son felices. Como tú y yo lo hemos sido, querida Asunción.

»Del mismo modo que tú y yo, ellos también bebieron de la angustiada beatitud de

la pasión. Y lo hicieron, lo hicimos, sin vernos. Pero el amor es brillante y oscuro a la vez, enmascara los honestos deseos y desata las pasiones tenebrosas. El amor es fuente de dicha para el que no la necesita y de dolor para quien cae en el desorden de su sinrazón. Por amor hemos incumplido nuestras obligaciones y nos hemos convertido en forajidos, en desalmados, en orates, en invisibles. El amor repta escondido en los rincones del alma con la vela presta a encender la llama en la que arderemos eternamente. El amor no es otra cosa que el triste sueño de una sombra, evanescente y voraz, vanidoso rey que huye al brotar el alba dejando tras de sí el rastro de un enjambre de estrellas deletéreas.

Nunca antes Asunción había escuchado a Frédéric tan melancólico. Contuvo el aluvión de sus lágrimas para no demostrar hasta qué punto tal melancolía la había compungido y aunque buscó palabras bellas en el desván de su memoria, se sintió empequeñecida ante la apasionada verborrea del hombre que tenía delante.

—No importa nada de lo que ha pasado, Frédéric. Puedo olvidar las cosas que he visto y he leído. Reconozco que en un primer instante te volví la espalda como a un monstruo y corrí a buscar ayuda entre los míos. Anduve en trance de renegar de todo cuanto había soñado a tu lado y entregarme a los brazos de la familia, la tradición y la patria de la que quería huir. Pero no fue para nada más que para confirmar que entre ellos me siento sola y que por mucho que intentara borrar de mi memoria las noches que me ha desvelado el latir de tu cuerpo, nunca podría hacerlas desaparecer. Quisiera pensar que lo he imaginado, que fue un sueño dormir bajo el satén de tus sábanas y despertarme con tus besos, pero eso ya es imposible. Eres real, tus promesas eran reales y el modo en el que yo caí en ellas como caen las libélulas en la trampa de seda de la araña es dolorosamente real. Nada de eso tiene que importarnos. Yo puedo acostumbrarme al nuevo Frédéric nacido de esa carta que jamás debí leer, puedo perdonar que no seas como eras en mis sueño del mismo modo que espero que tú perdones que yo te haya descubierto. Llévame contigo a ver esa escultura y no miremos nunca más atrás. Aún estamos a tiempo.

Pero Quilliet parecía ausente y no reaccionaba a las palabras de la mujer, cada vez más decidida a borrar su pasado reciente.

—¿Sabes cómo acaba la historia de Psique y Cupido? Instigada por sus envidiosas hermanas, ella comienza a sentir unos irrefrenables deseos de contemplar el rostro de su amado. La poderosa curiosidad es más fuerte que el pacto que un día suscribió con el dios y que le hace sentirse la mujer más dichosa de la tierra. La curiosidad y el miedo. Necesita conocer el color de los ojos del que late de placer a su lado, tiene que ponerle forma a la hechura de los labios que liban en su seno, no puede vivir sin contemplar los mechones de pelo de los que tira con fuerza en el momento culminante del éxtasis. Pero por otro lado se consume por la desazón de pensar que aquel dios no sea tan bello como relatan las crónicas. ¿Y si oculta su rostro para enmascarar una fealdad horrenda? ¿Y si en lugar de un ebúrneo ángel alado, Cupido

en realidad es una serpiente pestilente? ¿Y si la condición de gozar a ciegas es fruto del engaño, de la mascarada, de la perversión? La curiosidad y la desconfianza son peligrosas aliadas y cuando anidan en el alma de una mujer enamorada, se convierten en ríos de insatisfacción que ni las cumbres rocosas más macizas pueden represar.

»En medio de la noche oscura, cuando Cupido se acerca a robarle un beso, Psique enciende una lámpara para sorprender su rostro. Lo hace tan rápido que una gota de aceite hirviendo cae sobre la piel de su amado. El dios, decepcionado y dolorido, huye volando como un pez escurridizo entre las manos de la mujer que fue demasiado curiosa.

—¿Vas a castigar tú también mi curiosidad? ¿Vas a hacerlo con tu desprecio y tu olvido?

Quilliet se acercó de nuevo a la cama y con un suave gesto de la mano invitó a Asunción a tumbarse. Él se quedó sentado acariciando los cabellos negros que parecían querer corretear sobre las sábanas.

—No voy a castigar nada. Volveré. Pero quizá cuando lo haga las cosas hayan cambiado. En Francia no voy a encontrarme solo con una escultura, también voy a ver la faz de mi pasado. Allí he dejado cosas que no puedo explicarte y que impiden que vengas conmigo.

—Dime, ¿para quién trabajas? ¿Quién eres en realidad?

—Trabajo para mí mismo y para un puñado de nobles parisinos que tienen demasiado dinero y muy pocos escrúpulos. Pero ellos no me importan en absoluto. Son simplemente la excusa que me permite seguir haciendo lo que más quiero en este mundo, poseer cuadros. Y no te ofendas por ello, ha llegado la hora de ser sinceros. ¿No es así? Cuando el rey me ofreció el cargo de comisario y me encargó su colección personal, había dos cosas que pensé que jamás iba a hacer: enseñar a alguien mis joyas robadas y enamorarme. Tú eres la culpable de que haya roto mis dos promesas. Nadie más conoce mi secreto, ¿verdad?

Asunción negó con la cabeza y la intuición le dijo que estaba a punto de ser abandonada para siempre.

—Asunción, Asunción. Quedé prendado de ti por tu nombre de cuadro y has estado a punto de cambiarme la vida. Pero una vez inicié mi negocio particular, supe que no podría echar marcha atrás jamás. Si el rey José no ve completado su proyecto de museo, rodarán cabezas y la mía será la primera. Mi mejor seguro de vida es seguir jugando este doble papel que acabará por consumir mi salud y que puede terminar por consumir la tuya. Nunca he estado tanto tiempo en un lugar como lo que he permanecido en Écija. Y lo he hecho solo por estar a tu lado. He tenido que reprimir tentaciones que no puedes ni imaginar. En el camino entre La Carolina y Madrid hay al menos una docena de conventos e instituciones que conservan piezas

realmente codiciadas. Pero no les he prestado atención porque marchar en su busca hubiera supuesto dejar de verte demasiado tiempo. Puedes estar orgullosa de haberme desviado un poquito de mi rumbo, de haber retrasado mis planes.

—Vaya, siento haber sido una carga para ti. —Asunción siguió tumbada y dijo eso sin ira, sin dolor, casi pareció una broma cariñosa entre amantes. Quilliet acariciaba sus sienes como quien quiere acunar a un niño en un tranquilizador sopor.

—No has sido una carga. Si acaso la he sido yo para mí mismo. Lo he sido por cerrar los ojos a la evidencia de que mi vida pendenciera y ruin no es compatible con el amor.

—Y ¿por qué tendría que creerte ahora?

—No tienes por qué hacerlo. Mañana yo me marcharé y tú te sumirás en la desesperanza de no saber si volveré. Nada de lo que ahora te diga va a cambiar eso. Aunque te prometiera de rodillas que regresaré algún día, aunque te dejara en prenda todos mis cuadros, tú no estarás convencida de que no te he mentado jamás. Solo quedarás tranquila el día en que regrese, llame a tu puerta y te demuestre que mis palabras fueron sinceras.

—Yo no soy un cuadro, ni una escultura. No tengo el poder de atracción que ellos tienen sobre ti. Encontrarás esa pieza de Canova y al día siguiente te enamorarás de otra. Si tú amas esos cuadros, es porque no puedes soportar la posibilidad de que le pertenezcan a otra persona. Los posees para impedirle a otros poseerlos. Pero a mí me tenías en exclusiva. Me había entregado a ti y tú lo sabías. Eras consciente de que ningún otro hombre podría poseerme. Por eso dejé de tener valor para ti. Ya no formo parte de tu colección.

—¿Tanto daño te he hecho que ya no puedes confiar en mí?

—No eres tú. Es todo lo que me rodea. Ya no confío en nada ni en nadie. Tú lo has dicho: ha llegado el momento de ser sinceros. He pedido ayuda a mi tío, y también me la ha negado. Estoy sola. Quise vengarme de ti, pero ya no tengo ánimo para hacerlo.

—¿Has hablado con él de todo esto? —Quilliet no perdió la compostura aunque el corazón se le anudaba en la garganta.

—No te preocupes. Creo que está algo despistado. Vino con un maletín de duelo para cortarte el pescuezo y aunque le hubiera confesado que eres un ladrón de arte al servicio de corruptos franceses, eso no le hubiera hecho cambiar de planes. Él solo quiere matarte por haberme mancillado. Es curioso, si tú no me hubieras tocado un pelo, nadie tendría nada contra ti ahora. La mentira, la traición, el robo no son importantes. Podrías seguir haciendo de las tuyas entre los conventos, las iglesias y los palacios. Podrías entrar en las mismísimas habitaciones de mi padre si es que dentro hubiera alguna pieza de tu interés y nadie te lo impediría. Pero has robado el bien máspreciado para un caballero español. Y eso te convierte en un perro. No sé si

aguantaré mucho tiempo más en este ambiente. Cuando tú salgas por esa puerta seré la mujer más sola de Écija. Mi padre nunca ha estado a mi lado, a mi tío le he roto el corazón y mi amante se va en busca de una escultura de un ángel alado y una bella e indiscreta humana.

—La historia no acaba del todo mal.

—¿A qué te refieres?

—A la historia de Psique y Cupido. La mujer, desesperada por la pérdida de su amado, acude a pedir ayuda a Afrodita. La diosa no le pone fáciles las cosas. Le ordena cumplir cuatro pruebas imposibles para un mortal, entre ellas, acudir al inframundo para conseguir de Perséfone un poco de belleza para Afrodita. Psique supera todas las penurias, atraviesa la Estigia, sorte a Caronte y al Cancerbero y obtiene la deseada caja con el secreto de la belleza. Pero una vez más es imprudente, prefiere abrir la caja y depositar en sí la belleza en lugar de entregársela a Afrodita tal como se había comprometido. En la caja, en lugar de la esperada beldad había un castigo, una condena a un sueño eterno del que no podría volver a despertar.

—Vaya, tienes un curioso concepto de lo que es un final feliz.

—No corras. De nuevo el amor de Cupido acudirá al rescate. Voló a su encuentro, limpió el sueño de sus ojos y con un profundo beso la devolvió a la vida. Ese es el instante que recrea la escultura que quiero conseguir, el mágico momento en el que el amor lo cura todo, lo limpia todo, hace que todo se olvide.

—¿Y tú qué eres?, ¿Cupido o Psique? ¿Te condenas por no poder evitar poseer la belleza o vendrás al rescate de tu amada indiscreta y vanidosa?

—Ninguno de los dos. Ya sabes que mis personajes preferidos están en esa tablilla modesta que obtuve para ti y que espero que nunca abandones.

Quilliet se levantó, buscó el viejo cuadro al que se refería y lo puso en la cama al lado de la cabeza de Asunción.

—Duerme con él y mañana verás que las cosas han cambiado. Descubrirás con claridad que los hombres somos un día Cupido y otro Castidad y otro Psique y otro Afrodita, que nos mueven las pasiones y los miedos y el dolor y la envidia como a todos los dioses del Olimpo. Tú y yo hemos amado con sinceridad y arrojo, hemos entregado nuestros corazones y nuestros cuerpos a una pasión honesta. En el fondo nunca nos hemos engañado. Desde el primer momento yo he sabido que no me amabas a mí, sino a mi país. A mis costumbres, a mi acento, a mis ropas, a mis libros. Amabas al Quilliet del futuro, instalado en una villa francesa disfrutando con su pensión oficial de la vida en la alta sociedad parisina. El amor fue un medio para conseguir un fin. Pero lo cierto es que el corazón es un músculo maleable, se acostumbra a latir en la dirección que la razón le propone. Terminaste confundiendo tus planes con tus deseos y me honraste con tus noches y con tu afecto sincero. Más me echarás de menos mañana cuanto más lejos veas la posibilidad de huir de

LA NOCHE DEL REY

España. Yo he sido el instrumento de tus delirios, pero no te lo tomes a mal, me siento honrado por ello y he aprendido a necesitar tu necesidad de mí. Por mi parte llegué a tu cuerpo a través del lienzo de tu nombre y pensé que podría esculpir en ti la obra de mi vida. Yo tampoco te amaba más de lo que amo a tu país y su patrimonio. Codearme con la alta sociedad ecijana podía abrirme unas cuantas puertas y, qué demonios, también eras la mujer más bella que he visto desde que trasiego por España. Pero, en contra de lo que hubiera podido esperarse de un francés diletante y frívolo, la obtención de la recompensa no apagó el fuego del afecto. Y del mismo modo que los vinos y los cuadros adquieren matices distintos a medida que pasan los años y, si son buenos, mejoran cada vez que se vuelve a ellos, tú comenzaste a sobresalir entre el resto de mis pasiones hasta convertirte en la obra más preciada de mi galería. Empecé a dilatar mis visitas a los monasterios y ermitas, a dejar de lado las cartas de quienes me ofrecían nuevos encargos y me dediqué demasiado a agasajarte, que en el fondo era como agasajar a mi propio ego, a un Frédéric durmiente que hacía muchos años que no visitaba. Y aquí estoy acariciándote el pelo mientras te prometo que volveré.

Asunción se giró para acariciar el cuadro de Giovanni del Fora y dijo en voz baja, como si le hablara al lienzo:

— Sé que no tiene la menor intención de regresar.

Lo había intentado todo, había tratado de embarcarse en la aventura de un amor fugitivo al que terminó por entregarse sinceramente, había buscado la venganza cuando el mundo que quiso construir se vino abajo como un castillo de naipes y ahora había apostado sus últimas cartas a una impostada reconciliación, un juego de teatro donde el corazón pudiera sobreponerse al cerebro. Y en todos los casos (cuando amó, cuando odió y cuando se resignó) fue honesta consigo misma. Amó de verdad mientras el proyecto de su vida cabalgaba a lomos de dulces promesas. Odió con toda su alma al sentirse una mujer traicionada y estúpida. Ahora deseaba sinceramente rescatar las sensaciones de un tiempo mejor y entregárselas en bandeja al hombre que la había engañado.

Pero ¿qué sentiría él? El último de los grandes misterios que encerraba el francés truhán y seductor era el más inexpugnable y le convertía en un ser poliédrico y temible. Si era verdad que la amaba y que estaba dispuesto a perdonarla por saber demasiado, entonces debía de estar ocultando algo terrible, una inconfesable situación que le ataba a Francia y le impedía a toda costa cumplir su promesa de viajar juntos. De ese modo, sus vidas estaban condenadas a una permanente ausencia, a la dilación eterna de la felicidad, a la superficialidad del amor a distancia.

Si, por el contrario, estaba fingiendo un amor recuperado, aquel hombre sería capaz de cualquier cosa antes de perder su posición y aunque ella aceptase el juego de las máscaras, nunca tendría la certeza de que dicho juego no fuera a acabar de la noche a la mañana con el último de los abandonos.

Si Frédéric hubiera decidido fingir, ¿qué motivos le mantenían al borde de la cama impostando maneras de enamorado adolescente? ¿Qué gracias adornaban a Asunción? ¿Era el contacto con la nobleza ecijana lo que buscaba, el favor de los ricos clientes del padre, una coartada para seguir viviendo cerca del frente, en zona segura y con acceso directo al rey? ¿Estaba allí de nuevo solo por tratar de disfrutar de la última noche de pasión carnal antes de partir?

Con todos estos pensamientos asaltándole la cabeza, Asunción se tranquilizó. Frédéric se levantó con sigilo y permaneció un buen rato apoyado en el dosel de la cama, mirando las olas del vientre de Asunción, inflado y desinflado como el de una niña dormida. Abrió la ventana ligeramente. Fuera había pasado la medianoche y hacía frío. Los visillos volaron y clarearon al contacto con los rayos de luz de la luna. Parecían transparentes gasas con vida propia, la piel de fantasmas del pasado que invadieran la casa por un instante. Luego, con supremo sigilo, se cercioró de que el cuadro de Del Fora estuviera cerca de la joven recostada, bien visible desde la ventana.

Acarició por última vez el pelo de su amada. Depositó un beso en sus dedos y lo estampó en la frente blanca. Salió de la habitación sin despedirse.

Asunción ni siquiera se giró al oír la puerta cerrarse con un eco propio de la jaula de una mazmorra. Tumbada cual estaba, extrajo de entre el vestido una carta manuscrita. La estaba terminando de escribir justo antes de que Quilliet aporreara la puerta entre las sombras y el frío. Había llegado a estar decidida a delatarle.

Al cura párroco de la iglesia de Santa Bárbara:

Padre, tengo motivos más que suficientes para pensar que el hombre que últimamente ha entrado en nuestras vidas es un traidor, un vulgar ladrón que trabaja para sí mismo expoliando a franceses y españoles y utilizando nuestra ciudad como centro de operaciones para sus fechorías. Mañana acudiré a confesarme y le contaré lo que sé en la esperanza de que la Iglesia sepa cómo protegernos.

Fielmente,

Asunción Mariños

Tras leerla varias veces, Asunción la arrugó en su puño y volvió a esconderla entre las enaguas. Se desharía de ella al día siguiente y, aunque ahora era más consciente que nunca de que Frédéric no volvería a verla, decidió secretamente darle una última oportunidad. Perdonarle. ¿Qué iba a hacer si no, ahora que se había quedado completamente sola en España?

Capítulo 43

Había que andar con cuidado. Los caminos que llevaban desde las posadas del norte de Écija hasta la ciudad intramuros habían sido arrasados. Una orden del rey francés nada más entrar con sus tropas por el puente del río Genil obligaba a mantener despejadas las veredas. En cada una de las lindes, no menos de cincuenta toesas debían permanecer libres de hojarasca, de hierba alta, de rocas o de arbustos que pudieran servir de cobijo a los maleantes. Los soldados de Bonaparte tenían auténtico pavor a los insurgentes. Y James tenía todo el aspecto de ser uno de ellos. Conocía las normas. Sabía que caminar en medio de los trechos abiertos, aunque fuera camuflado por la noche, era una auténtica locura. Más allá de las murallas, en los penachos de bosque bajo que conducían a la alameda del río, campaban a sus anchas voraces miembros de la guarda cívica, el cuerpo creado por los mariscales de José I entre voluntarios locales para mantener el orden. Eran hombres jóvenes en su mayoría, ávidos de echarse a la cara a un bandolero para congraciarse con el invasor. Con demasiada frecuencia, además, entre los guardias y los insurgentes había alguna cuenta pendiente: maridos engañados, tierras partidas, ofensas de taberna... El celo con el que los voluntarios cumplían su misión no conocía límites. Si se sospechaba que alguna casa hubiera albergado aun por un noche a un bandolero, tenían órdenes de arrasarla y detener a sus habitantes. James debía ir con cuidado. Se acercaba a la población huyendo de los caminos. Corrió en zigzag mostrando la espalda siempre a los cerros que rodeaban la depresión del río al norte, sur y este. Trataba de orientarse por las pocas luces que brillaban al fondo, en la plataforma casi llana sobre la que se asentaban las casas más antiguas. Eran probablemente hogueras levantadas por los guardias para darse luz y para calentarse contra el azote de febrero. Los imaginó, tratando de otear la negrura, aterrorizados, esquivando con la mano en la boca las heladas ráfagas de metralla que porta el aire a esas horas de la noche. A cada paso se topaba con una roca, una zarza, un tronco que sortear. Pronto tenía las piernas y los brazos cosidos de arañazos y moratones. Se tanteó varias veces la ropa para comprobar que no había perdido la bolsa de monedas. Se detuvo a beber del agua helada del río y entró en la ciudad.

Un laberinto de calles estrechas le recordó algunos grabados medievales sobre la ocupación musulmana. Fue hábil para evitar las vías principales donde, sin lugar a dudas, deberían estar apostados los patrulleros civiles. Trató de recordar las instrucciones que le había dado Quilliet para orientarse, pero le fue imposible encontrar una sola referencia de guía. La luna vertía algunos jirones canos sobre las

paredes en sombra. Doblar una esquina suponía arriesgarse a quedar bañado por la luz blanca y expuesto a la vista de cualquier viandante. James se sintió un estúpido. Había aceptado una misión de locos en el peor momento de su viaje, cuando estaba a punto de largarse del país para siempre. Pensó en dar media vuelta y huir. Pero ya era demasiado tarde: resultaba tan peligroso andar en una dirección como en la contraria. Estaba atrapado.

Apoyó la espalda sobre la pared fresca de una casa y respiró profundamente. Buscaba unos segundos para pensar, pero no los tuvo. Del otro lado de la calle llegaba el sonido de los pasos de varios hombres, arrastrando los pies como si fueran escobillas sobre un suelo arenoso. Caminaban deprisa. No tenía tiempo para huir, así que buscó una puerta, empujó rezando para que estuviera abierta y se sorprendió aliviado al ver que sus deseos se habían cumplido.

Entró. La oscuridad le cortó el aliento un instante. Hacía mucho frío, olía a madera y a polvo húmedo. No veía nada más allá de la punta de su nariz. Escuchó al otro lado de la puerta pasar a los hombres, un par de ellos se contaron algún chiste que no llegó a entender pero que provocó una carcajada obscena. Paralizado, esperó a que los pasos se perdieran por completo antes de investigar dónde estaba. Se movió a tientas hasta que sus ojos empezaron a adaptarse a la luz. Tuvo que aguantar un par de maldiciones al golpearse con objetos que parecían muebles. Por fin logró suficiente visibilidad como para distinguir bultos entre las sombras. Uno de ellos llamó su atención. Parecía la silueta de un hombre tumbado, quizá dormido o escondido también de la persecución de los patrulleros. Si estaba despierto, sin duda ya le habría visto. James se acercó para llamar la atención. La figura no se movió. Extendió la mano y el cuerpo le devolvió la dura y suave textura de la madera pulida. Golpeó con los nudillos: era una escultura. Pasó la mano por su silueta y pensó que parecía la de una mujer, palpó lo que debían ser los labios entreabiertos, los ojos grandes y profundos y una trenza colgante sobre el hombro izquierdo. Siguió explorando con las manos. Junto a la cabeza de la dama había otro objeto redondo. Parecía un globo, quizá una bala de cañón. Acarició hasta descubrir dos orificios en el medio. Metió los dedos y comprobó que estaban rodeados de sendas protuberancias puntiagudas, como huesos fácilmente reconocibles por un médico. Un cráneo humano. En el mismo instante en el que reparó dónde tenía la mano, un susurro le sobresaltó.

—Es la beata Juana de Aza. La madre de santo Domingo de Guzmán. Cuentan que cuando estaba encinta, Juana soñó que de su vientre nacería el cachorrillo de una bestia con una linterna de fuego en la boca. Tanto se asustó que fue a rezar a santo Domingo de Silos y le prometió que pondría el nombre del santo a su hijo si nacía como dicta la naturaleza. El niño nació sano y gracias a la luz con la que su madre le iluminó durante toda la infancia se convirtió en un santo. Quién iba a decirle al de Silos que el chiquillo terminaría por arrebatarse la fama.

— ¿Dónde demonios estoy?

LA NOCHE DEL REY

El desconocido se rio.

— En España.

— Muy gracioso...

— Bueno, por su acento me pareció indicado asegurarme. Esto es el convento de San Pablo y Santo Domingo. ¿Se puede saber qué hace aquí?

— ¿Es usted un guardia?

— ¿Y usted cree que si fuera un guardia iba a andar oculto entre estas sombras como una rata huidiza? No, no, yo también huyo de ellos.

— Yo no huyo de nadie.

— Vamos, forastero, desde que Pepe Botella entró en Écija por el camino de Córdoba con sus regimientos de dragones y sus modales de pitiminí, aquí solo se atreven a salir a la calle de noche los serviles y los fugitivos. Y usted no tiene pinta de afrancesado, precisamente.

— Me escondía de esos hombres.

— Ya somos dos. Venga, venga conmigo.

James fue conducido hacia el centro de la estancia, donde parecía haber más luz. Los rayos azules de la luna rescataban brillos del altar mayor.

— No se le ocurra volver a salir por donde ha entrado. Los perros patrullan por esa calle. Son traidores pero no idiotas. Simulan que vigilan las zonas de más luz y así se libran de arriesgarse en las callejuelas oscuras.

— ¿Se puede saber qué es todo esto?

A su alrededor se dibujaba un caos de objetos desperdigados por el suelo. Tallas, marcos de cuadros, arcones abiertos, fragmentos de artesanado, restos de mármol. Entre ellos, se podía mascar el aire empolvado y rancio. A James le hizo toser.

— Esto es lo que aún no se han llevado los gabachos. Desde el día siguiente de su llegada sintieron especial predilección por este convento. Entran cada dos o tres noches y se llevan una tanda de objetos. Las mejores piezas ya estarán en la casita de Pepe en El Escorial. Lo que van dejando parece de menor valor. Aun así, unos cuantos patriotas nos organizamos por la noche y venimos a tratar de rescatar algo. Si nos cogen, amaneceremos colgados mañana.

— ¿Y por qué lo hacen, si las mejores obras ya han sido robadas?

— Son las mejores para ellos. Que llenen su equipaje de cálices de oro y cuadros. Nosotros nos quedamos con las imágenes de nuestros santos, modestos, pero nuestros. A la beata Juana de Aza no le han tocado un pelo. Pero es demasiado grande para trasladarla. Así que nos conformamos con venir a visitarla como quien visita a una abuela enferma. Tiene gracia, así la han llamado siempre los dominicos

antes de que se fueran corriendo como ratoncillos sierra arriba.

— ¿No queda nadie aquí dentro?

— Ahora mismo, usted y yo. Pero si sigue hablando tan alto, dentro de poco esto se llenará de visitantes.

— ¿Por qué viene solo? ¿No es peligroso?

— Más peligroso es que alguien repare en que faltan demasiados hombres a la misma hora de sus casas, de sus posadas, de sus puestos de guardia. Preferimos no levantar sospechas.

— Pero de ese modo no podrán cumplir sus objetivos. Es imposible que un solo hombre acarree todo esto en medio de la noche.

— Lo sabemos. Realmente lo que hacemos es velar a nuestras figuras. No queremos que se sientan solas. Tarde o temprano los gabachos se irán y podremos volver a venerar a nuestras vírgenes y santos, y escuchar misa bajo el altar mayor. Regresarán los monjes, al menos los que no hayan quedado descuartizados en un camino ahí fuera y entonces no nos sentiremos avergonzados por haber dado la espalda a estas tallas, a estos pasos y a estos lienzos. Hay que conservar la fe, en todos los sentidos, incluido el material.

— Mire, les deseo mucha suerte de verdad en su empeño, pero yo tengo algo que hacer. Me han encomendado encontrar a alguien. Vive aquí.

James entregó al desconocido un trozo arrugado de papel con una dirección que Quilliet le había deletreado.

— No queda lejos —respondió el ecijano—. Desde la calle podré indicarle con facilidad.

Así lo hizo. Se despidieron con la mirada. James inició de nuevo su marcha y solo miró atrás para comprobar que el hombrecito cerraba la puerta y volvía al interior del convento abandonado igual que se repliegan los caracoles al confort de su coraza. Le pareció que aquel hombre era un oscuro habitante del convento y que su historia era la más increíble que había escuchado en España.

Con las indicaciones que recibió, James encontró fácilmente la casa. Era tal y como la había descrito Quilliet. «Una horrenda mezcla de siglos, vociferante y provinciana en medio de Écija.» Y tal como el francés también le había indicado, una de las ventanas de la planta de arriba batía sus hojas abiertas de par en par. La ventana se abría justo enfrente de un ciprés robusto que, con el mecer del viento, parecía querer introducir su verde cúspide en la habitación y comprobar que todo estaba en orden.

James se ató el cincho, ajustó el pistolón y dobló el sombrero para meterlo en el morral, junto a la bolsa de dinero. Le animó pensar que otra cantidad igual que esa estaría esperándole al día siguiente, pero antes tenía que acabar su trabajo. Trepó apoyando un pie en los salientes de la mampostería y otro en el fuste noble del

ciprés. No le costó llegar hasta la ventana abierta. En lo alto de su hazaña, se detuvo un instante para comprobar que nadie le veía. Contempló la calle vacía, manchada de claro de luna, trémula por los vapores secos del frío. Algunos charcos en las aceras reflejaban el centelleo de las estrellas. Respiró hondo. Los aromas de la noche toparon con sus sienas. Se sobresaltó cuando una pequeña corriente de aire hizo volar los visillos de la habitación delante de su cara. Dio un salto y cayó silenciosamente dentro.

La habitación era grande y ovalada. Se veía a las claras que era la habitación de una mujer rica. James pensó que hacía siglos que no entraba en una estancia así y se dejó secuestrar por la memoria de todas las sucias posadas, los antros repugnantes, los camastros de paja, los fardos de algodón, las esteras polvorientas en las que había dormido. La mente le fue invadida de aquellos asnos con los que compartió hogar, de los hombres malolientes y pendencieros que fueron sus compañeros de alcoba, de las mujeres enfermas de mala vida bajo cuyas sábanas había tenido oportunidad de yacer. Y se certificó a sí mismo: «Esto se ha acabado. En dos días estoy en Cádiz, y, después, a casa».

Volvió en sí. Recordó las instrucciones del francés y buscó el lienzo pequeño y rectangular tan codiciado. Y así como se le había prometido, lo encontró ante sus ojos, depositado con mimo en la cama sobre la que dormía una mujer. Se acercó con sigilo y con la punta de los dedos arrastró el cuadro sobre el satén. Le pareció que la muchacha respiraba profundamente... o quizá fue solo una sensación producto del miedo. Sostuvo el lienzo con las manos: Quilliet tenía razón, no pesaba demasiado. Se dio la vuelta con tan mal tino que chocó con una silla que se había interpuesto entre la ventana y él. El mueble se tambaleó un instante antes de volcarse contra el suelo con estrépito. En ese momento supo que estaba perdido. El ruido tenía que haber despertado a la dama. Se creyó preso al instante. Se vio colgado del cuello en la plaza mayor, ajusticiado por un crimen que no había cometido, expuesto a la pena de haber sido un solemne idiota.

Por uno de esos resortes misteriosos que rigen la menta humana, James pensó en su infancia. Fueron décimas de segundo en las que su mente viajó con exquisita nitidez a los rincones más secretos de su pasado en busca de uno confortable para sobrevivir al miedo. Se recordó remontando el Hudson en la barcaza de su padre. El hombre se ganaba la vida llevando río arriba a cazadores, tramperos y comerciantes de pieles. Subían cargados de ilusiones y de víveres con la intención de pasar el invierno al abrigo de las montañas de Adirondack. Atravesaban angostos meandros que se abrían paso entre los bosques de pinos, abetos y cicutas. En medio del viaje, paraban en los campamentos de mineros y aprovechaban para comprar algunos víveres, utensilios de caza y tabaco. En la orilla, el agua se teñía de un rojo metálico que se difuminaba según se adentraba en el río. Era el mismo rojo que pintaba las caras y las manos de los hombres tristes y arrugados que trabajaban allí. «Es el acero, muchacho. Ese maldito metal nos ha convertido a nosotros en los pieles rojas.»

El viaje de ida siempre era un guirigay. Su padre tenía que apañárselas para mantener a flote la embarcación sorteando los gigantes troncos que flotaban río abajo. En los tramos más altos del río, un par de empresas madereras talaban pinos y secuoyas y utilizaban el cauce del Hudson para transportar la madera hacia el sur. Con demasiada frecuencia, algún tronco se escapaba del rebaño y ponía en peligro a los barcos que subían.

A bordo, los hombres estaban tan exaltados por el comienzo de su aventura que buscaban a cada instante una excusa para desahogar los nervios. Hablaban todos con todos, de sus habilidades con el fusil, de las experiencias acampados al raso en temporadas anteriores, de los encontronazos con los indios, de las mujeres que habían dejado en la ciudad. Algunas veces, los acompañaba un cura jesuita que trataba de evangelizar a las tribus más remotas del norte, indios algonquinos y mohawk. Relataba historias de aquellos hombres que para James eran parte de la mitología. Nunca había visto a uno de ellos. El cura los trataba de convencer de que no había seres humanos más dignos del cielo que aquellos indios. «Si conocieran a Dios, serían santos todos.» Le fascinaba, al parecer, el modo en el que los algonquinos, rudos seres capaces de sobrevivir desnudos en las nieves del Canadá, se consideraban miembros de una sola familia. Sus únicas leyes eran «respeta y comparte». Los primeros contactos con ellos, decía, resultaban absolutamente perturbadores, pareciera que uno se encontraba ante una cohorte de eremitas cuya vida entera se ponía a disposición de las necesidades del viajero. «Con ellos cerca, no pasarás hambre, frío ni calamidades, chaval. Son, sin saberlo, la encarnación humana del milagro de Jesucristo.»

Otros hombres viajaban en el barco sin decir una palabra. Permanecían sentados con sus armas en la mano mirando al horizonte y a las montañas. El miedo y la ambición formaban en ellos una curiosa amalgama de emociones que los hacía profundamente vulnerables. Y James, que por entonces era todavía un crío, aprendió a desconfiar de la fachada de los cazadores y descubrió algo que habría de acompañarle toda la vida: que el terror deja huellas en el rostro imposibles de borrar.

Al despuntar la primavera, James y su padre regresaban río arriba para recoger a los aventureros. Como los días eran más claros y largos, llegaban a ver a lo lejos la silueta imponente de los Apalaches. La cara blanca de la montaña, herida por el deshielo, recibía el impacto de la luz del amanecer y se pintaba de naranja. Era como si un reguero de sangre del cielo hubiera querido manchar la limpia manta de nieve. El río era un paraíso de vida desconocida para un joven criado en la ciudad. Los castores se refrescaban tendidos de espaldas sobre las aguas sin apenas asustarse con el bullicio del barco. Veía bandadas de patos salvajes gritando con escándalo en el cielo. Algunos herrerillos se acercaban a bordo y picoteaban insectos entre las tablas de madera. Los arrendajos y los gansos pintaban de motas flotantes el horizonte más lejano. En esos viajes escuchó por primera vez el taladro incesante del pájaro carpintero y aprendió a distinguir en lontananza la silueta majestuosa del águila

pescadora.

El viaje de vuelta era distinto al de ida. Se cubría en silencio. Algunos hombres que se prestaban a regresar venían cargados de pieles, de artesanía, de resmas de carne salada y negra, de vestidos bordados por las indias. Otros volvían con las manos vacías y la cara arrugada. Los ojos se les hundían y saludaban con la voz quebrada por el frío, el hambre y el fracaso. Y había otros que no volvían, ausentes en el día y la hora fijados para la recogida. El padre de James esperaba un rato antes de partir. En la travesía a él le espantaba pensar en los que no habían regresado. Intentaba no hacerlo, pero el poder de la imaginación y la ayuda del silencio hacían insoportable la tentación. Recreaba sus rostros e inventaba historias para ellos. A algunos les concedía la gracia de un amor furtivo con una india casada y los imaginaba huyendo al interior de las montañas para fundar su propia familia en una casa de madera fabricada con esfuerzo entre la nieve. A otros, los imaginaba tan enriquecidos por el comercio de pieles que habían decidido instalar su propia tienda para abastecer a los nativos de la zona. Un año, una de sus historias le pareció especialmente brillante. Recordó a un hombre gordinflón y alegre que viajaba con tres perros, un fusil de caza, un cinturón con seis machetes y un gorro de zorro con orejeras. Fue el más charlatán aquel año. Habló con su padre de lo bueno que es tener criaturas. Él había vivido siempre solo y pensaba que había llegado el momento de sentar la cabeza. «Cuide del chiquillo —le dijo—, no sabe el tesoro que tiene en él.» Terminó de hablar con el padre y se acercó a James para acariciarle la cabeza con fiereza y regalarle uno de sus machetes. Luego saltó de la balsa y se perdió en el monte sin mirar atrás. Fue uno de los que ese año no acudieron a la cita de vuelta. James imaginó que había encontrado a la mujer con la que sentar la cabeza: una india joven y solitaria, una colona viuda incapaz de gestionar ella sola su hacienda, una ramera enamoradiza de cuyos servicios gozó bajo pago hasta que una noche de frenesí etílico le dijo «hoy no me pagues, cariño»... Cualquier cosa. Se sintió tan entusiasmado con sus recreaciones que, por primera y última vez en su vida, se atrevió a preguntar a uno de esos hombres:

—¿Recuerda el caballero gigantón y vivaz que llevaba un sombrero de zorro con orejeras?

—¿Un sombrero como este? —Le mostró la prenda y mirando al horizonte siguió hablando—: Está seco como la mojava. A estas alturas tendrá dos metros de nieve encima de la tripa. Lo encontré en la puerta de su cabaña tendido boca arriba, con la boca abierta y una mueca de dolor. Los perros habían empezado a comérsele, pero, como ya estaba congelado, lo habían dejado en paz. ¿Quién sabe? Debió de darle un ataque al corazón o algo así.

James hizo el resto del recorrido en silencio. El mismo silencio con el que ahora respiraba tratando de buscar una salida para la situación en la que se había metido y se estremeció al pensar que por alguna extraña razón, a lo largo de su vida, se había

ido encontrando con la muerte en demasiadas ocasiones inesperadas. Como si un oscuro sino le condenara a repartir la desgracia sobre las personas que señalaba.

Fue entonces cuando le embargó una terrible sospecha. El envés del lienzo que acababa de robar parecía humedecido. De hecho, una de sus manos rezumaba ya un agua espesa. Se acercó a la ventana para valerse de la luz de la luna y extendió la palma. Estaba impregnada de sangre. Dejó caer el cuadro al suelo, de nuevo estrepitosamente. La mujer no se movió. Corrió a su lado, acarició sus cabellos con precaución: ni un movimiento. La zarandé un poco. Nada.

Solo entonces se atrevió a girarla. Cayó como un saco sobre su espalda, con los ojos inertes abiertos de par en par, mirándole sin verle desde la profundidad del infierno. Tenía una herida profunda en el cuello por la que debía de haber perdido litros de sangre. A pesar de estar exangüe y rígida como un cirio amarillo, James vio que era bellísima.

—Maldito hijo de puta —dijo entre dientes.

Volvió a colocar a la mujer en la posición en la que la había encontrado y con el corazón tronando de miedo entre las costillas, se acercó a la ventana. Antes de volver a salir se dejó llevar por la tentación de volver a mirar a la chica. Sentado sobre el alféizar la contempló. Su silueta se recortaba contra la pared ricamente adornada. A la altura de las caderas, un suave promontorio anunciaba un cuerpo joven y delicado, los pies desnudos parecían aún latir con vida.

—Siento no haber llegado antes, señora.

Saltó a la calle y no se preocupó de los guardias. Corrió cuanto pudo pensando que sería mejor que fuera detenido como insurgente que como asesino. No ocurrió ninguna de las dos cosas. Pronto había ganado la cara externa de las murallas y, al rato, salía de la ciudad para confundirse con la espesura del monte.

Tuvo que andar aún alguna milla más antes de detenerse. Se tumbó sobre el rocío en un lugar seguro y petrificó la mirada en el mar de estrellas. Tenía la mano aún manchada de sangre. La restregó compulsivamente contra la hojarasca del suelo. Luego, se quedó dormido palpitando de frío y de terror.

El alba acarició la punta de su nariz. Al despertar tardó un rato en recordar dónde estaba. Aturdido, se miró las manos a la luz del día. Aún quedaban restos de sangre coagulada. Se levantó de golpe para mirar alarmado a su alrededor. Nadie le había seguido. Tenía que encontrar un camino de huida hacia el sur. Se valió de la posición del sol naciente y echó a andar. No se detuvo en todo el día. Recorrió milla tras milla sin mirar atrás. No paró para comer ni para beber. No habló con nadie. Apenas descansó un par de veces sobre alguna roca cerca del camino. Solo detuvo su marcha cuando recordó que en el interior de su morral portaba dos cosas que podrían comprometerle hasta el punto de acabar con él en la horca. Una bolsa de monedas y las resmas de su torpe diario, las líneas que había estado escribiendo desde su

LA NOCHE DEL REY

marcha de Nueva York y que habían terminado por convertirse en su único patrimonio. Del dinero no podía prescindir si quería llegar vivo a Cádiz. Se salió del camino. Bajó una pequeña pendiente hasta encontrar un riachuelo cargado de lluvia.

James se agachó, formó un cuenco con su mano, la sacó del agua dorada y dio un sorbo tan frío que le acalambro la dentadura. Gruñó para sí mientras se secaba los labios con la muñeca y siguió bebiendo. Frente a él, un riachuelo perezoso bajaba rebotando entre chopos, alisos y acebuches. Probó a refrescarse las sienes, justo debajo de donde el sombrero le había dejado una dolorosa rozadura, y se incorporó con esfuerzo. El sol helado fabricaba escamas de luz en el borde del río, allí el verdín y los juncos protegían una colonia de pececillos grises. Por encima de las aguas una nube de polvo se desgranaba en partículas brillantes al trasluz de la tarde. Se ajustó el sombrero, golpeó sus pantalones de arriba abajo para alisarlos y una familia de tordos levantó el vuelo produciendo una ovación en el aire.

Abrió el zurrón de cuero cuarteado y extrajo de él algunos cuadernillos de papel amarillento, mal cosidos. Los contempló por última vez, cargados de palabras de carbón, y los lanzó tan lejos como pudo. Las hojas se desengarzaron al rebotar en el aire. Cayeron al agua y se perdieron río abajo, hundiéndose por turnos como si algo las reclamara desde el fondo.

Regresó al camino. Solo. En los flancos, los árboles eran raspas de sardinas clavadas en hilera hasta el infinito. Volvió a abrocharse el guardapolvo y chasqueó los nudillos. Le pareció percibir un suave perfume de laurel. Sobre las esculturas negras de madera retorcida había comenzado a chispear.

Capítulo 44

Padrenuestro, avemaría y gloria antes de acostarse. Padrenuestro, avemaría y gloria antes de levantarse. Ni un solo día de su vida, Benita había olvidado la costumbre. Así que cuando los mirlos de pico naranja y alas de azabache empezaron a picotear el alba con sus cantos como gotas de agua, la mujer andaba ya por «los siglos de los siglos».

Se incorporó sin pereza y saltó de la cama como todas las mañanas, juntando los piececitos redondos y envejecidos en paralelo dispuestos como las filas de un ejército en formación perfecta, mientras tamborileaba con los pulgares sobre la espesura de la alfombra. Sintió el frío acumulado de la noche en las paredes desnudas y entre las juntas de las baldosas del suelo: barro cuidadosamente pulido que formaba rombos menguantes. Se estiró con discreción. Siempre lo hacía. Era un recuerdo de cuando compartía alcoba con el resto del servicio, en los tiempos en los que tenía que madrugar entre vapores de pieles extrañas y carraspeos íntimos que siempre abominó.

Se ovilló en una bata descosida y limpia y salió en busca de la cocina. Después de la invasión francesa, el señor Mariños se había visto obligado a despedir a parte del servicio. Los impuestos exigidos por Bonaparte estaban estrangulando a los más ricos, los pobres no tenían ya cuello para ser estrangulados. Así que Benita tuvo que encargarse también de la cocina, al menos cuando no había invitados. Tostó pan duro y lo untó con tomate y aceite de oliva. Escogió algunas uvas de un racimo que empezaba a arrugarse. Llenó una jarra con agua fresca y coció huevos. Dispuso las viandas en el salón, tal como acostumbraba, para que Asunción y su padre bajaran a desayunar cuando les placiera.

Juan Mariños bajó en seguida.

—Buenos días, Benita. Hoy espero la visita de mi hermano. Está al caer. Vendrá a despedirse de la niña.

—La avisaré entonces, señor. Querrá estar arreglada.

Mariños se sentó a mordisquear con desgana las rebanadas de pan. Echó de menos algo más contundente, así que se levantó y se sirvió un brandy. Llamaron a la puerta.

—Abriré yo, Benita, no se preocupe.

Martín entró sin saludar. Agachó la cabeza para no cruzar la mirada con la de su

hermano y avanzó sincopando los pasos con el repiqueteo del bastón en el suelo de madera. Juan informó.

—Asunción estará lista en un par de minutos. No es madrugadora.

—Esperaré aquí si no te importa.

—Puedes comer algo.

—Me levanto a las cinco todos los días. A estas horas ya estoy desayunado.

Se sentó en un sillón frailuno en medio del salón. Del segundo piso descendía un cono de luz matutina que, tras atravesar la balaustrada, impactaba de pleno en el cuerpo de Martín. Sentado ahí, bañado por las partículas amarillentas del nuevo día, parecía un retrato de gabinete. Se quedó apoyado sobre el bastón, con la cabeza erguida y las rodillas rectas, como si estuviera esperando que el pincel sabiamente manejado lo inmortalizara. Juan estuvo un rato mirándole, tenso. El silencio era incómodo.

—Lo de ayer... —trató de comenzar.

—Lo de ayer no ocurrió —interrumpió Martín—. Ayer despedimos el último capítulo de nuestras vidas como hermanos. Veré a mi sobrina, le daré algunos consejos y me marcharé para siempre tal como tú y ella deseáis. En esta casa se me ha ocultado demasiado. Hay mentiras que no cicatrizan jamás.

—Seguro que la niña te hace cambiar de opinión. Estamos pasando muy malos momentos, pero podemos olvidar algunas afrentas.

—Querido hermano. Eso es exactamente lo que nos separa. Que tú olvidas las afrentas con demasiada facilidad.

—Y tú no las olvidas jamás.

Martín se levantó con dificultad.

—Hay algo que me acompañará toda mi vida. —Tiró el bastón al suelo y arrastrando la pierna dolorosamente, se acercó paso a paso a su hermano—. ¿Ves? Este caminar, esta cojera que quema como una marca a fuego cada vez que quiero moverme. Por el resto de mis días, cada paso que dé, cada movimiento, cada giro en la cama, cada acomodo en la silla del escritorio me recordará a ti. Si tengo que alcanzar la bacia para asearme, me acordaré de ti. Si tengo que avivar el tranco porque empieza a llover, me acordaré de ti. Cuando los chiquillos que corretean alrededor se paren para contemplar mi pierna hueca, me acordaré de ti. Cada vez que los jóvenes cadetes se presten a ayudarme a cruzar la calle, cada vez que las putas sientan compasión de mi cuerpo tullido y yazcan desnudas a mi lado acariciándome como a un niño tembloroso, me acordaré de ti. Porque tú me has convertido en el hombre más miserable de esta patria en ruinas. Tú pudiste evitar que me despeñara por la ladera de décadas de ridículo. Tú permitiste que en mi alma

creciera la gloria de la vanidad a sabiendas de que en su seno anidaba una serpiente. Fuiste complaciente con mi ridículo y, no contento con eso, hiciste partícipe de ello a mi sobrina. Imagino las risas que compartiríais a mi costa. Has sido el responsable de que mi vida carezca de sentido, del único sentido que tenía.

—No seas estúpido, todo esto se ha sacado de quicio. Nadie se ha reído de ti en esta casa ni en ninguna otra. Recuerda que pasaste mucho tiempo fuera, recorriste demasiado mundo. A tu regreso nuestro pasado había cuajado como un bloque de sillar. ¿Qué sentido tenía removerlo? Tú habías creado tu historia y era la que te ayudaba a sobrevivir en tu propio mundo. ¿Crees que si hubieras sabido la verdad te habrías lanzado a cruzar el océano? ¿Te imaginas afrontando todos los peligros a los que te has enfrentado, liderando las causas que has propiciado si hubieras sido consciente de que en lugar de un héroe eras un tullido?

Martín trató de buscar en su interior una razón para indignarse por esas palabras. Pero lo cierto es que no la halló y terminó calmándose. Eso dio alas a su hermano para continuar.

—Buena parte de lo que has sido se lo debes a esa pierna. Cuando estudiabas en Alcalá venías a vernos una vez al año. Te pavoneabas haciendo sonar el bastón al paso de cualquier muchacha. Se te notaba que esperabas despertar su curiosidad, querías que te preguntasen, que indagasen en el pasado de tus heridas. Cuando lo hacían parecías un hombre nuevo cada vez. Y a mí me agradaba. Yo, que nunca tuve el don de la seducción y que jamás supe vender mis gracias, que titubeaba cuando debía convencer y me dejaba convencer cuando debía dudar, envidiaba profundamente tu donosura. Y pronto me di cuenta de que el poder mesmerizante de tu figura residía en buena medida en tus andares. Erguido como un condotiero, con la mirada en el horizonte, delgado y elegante, tu silueta se mecía de un lado a otro igual que los barcos cuando se pierden al contraluz de la tarde. Eras un hombre seguro. Ese tipo de hombres a los que las mujeres desean, porque creen que en ellos encontrarán la protección y el sustento y la recta educación para sus hijos. Todo eso que yo no he podido traer a mi casa con mis dos piernas y mis dos brazos sanos. No sé muy bien en qué pendencias has andado todos estos años. Pero me consta que has estado muy cerca del Gobierno fernandino, que has organizado partidas de resistentes y conspirado con los órganos más cercanos al rey. Si han confiado en ti para eso, ha sido porque en tu pecho arde un volcán de furia y de rencor, de deseos de venganza y de valentía, una fuerza que no le teme al dolor ni al castigo, que no repara en los matices de la duda. Si hoy eres lo que eres, cualquiera que sea esa condición tuya misteriosa, es gracias a que la pierna te ha obligado a andar torcido en el trecho, pero te ha ayudado a caminar muy recto en la vida. Y ahora, cualquier aventura que afrontes podrás encararla con la misma rectitud que antes de saber la verdad que te oculté por tantos años.

—No hay aventuras, hermano. Ya no hay aventuras. Tu verdad se ha llevado muchas más cosas de las que crees. Antes no me sentía un cojo, lo soy desde mi

conversación con Asunción. Sois vosotros quienes me habéis convertido en un tullido de espíritu. Me habéis desprovisto del bastón del alma, el que utilizaba para regirme por las nieblas que cercan nuestra nación. No, no era un cojo. Lo soy ahora. Y en estas condiciones no puedo pensar en regresar a mi vida en Cádiz. Como un Sansón rapado al cero, ahora soy presa fácil de los conspiradores, los envidiosos y los pusilánimes. No duraría ni un día en las proximidades de la corte. Estoy pensando aceptar la oferta de Uriarte y marcharme lejos, con salvoconducto francés si es necesario. Esta lucha ya no tiene sentido. La guerra se ha cobrado la víctima de mi voluntad.

—¿Acaso estando a docenas de leguas de Cádiz vas a olvidar quién eres? Vas a entregarte a la relajada vida del traidor también tú.

—Sigo los pasos de mi hermano, ¿no?

—No te culpo por juzgarme de ese modo. Yo también he sacado partido de mi peculiar cojera... mi cojera moral. A cada uno se nos rendirán cuentas cuando toque. Mientras tanto, al menos piensa que con tu marcha dejas un asunto sin arreglar. Un asunto con cuerpo de mujer.

Los hermanos se miraron extrañados.

—¿Has oído eso?

Pareció que un grito ahogado procedía de la planta superior, un grito de mujer. Bastó un segundo más para que se confirmara la sospecha. Ahora llegaban nítidamente los chillidos histéricos de Benita, que, fuera de sí, corría por el pasillo golpeándose el pecho. Lanzaba cascadas de palabras entre las que la única inteligible era «¡Asunción!».

Juan y Martín galoparon escalera arriba, encontraron la puerta del cuarto de Asunción abierta y entraron sin preguntar. Sobre la cama, la chica les lanzó una mirada inerte, oscura y serena. Parecía que estuviera esperándolos. La piel pálida transparentaba riachuelos azules en el cuello. La boca descansaba en un ademán de sonrisa congelada. Era una estatua de seda fría, la silueta yacente de un ángel que no había podido despertar, absorto por la imposibilidad de la vigilia.

A pesar de su cojera, Martín fue el primero en llegar a su sobrina. Alzó su cabeza para que reposara en la almohada como si quisiera que se acomodara. Lo hizo con la misma delicadeza con la que se transporta un jarrón de porcelana china. Un cuajaron de sangre se descolgó de la piel limpia de Asunción y chapoteó contra las sábanas. El tío trató de encontrar el pulso de la chica. Primero en las manos, luego en el cuello, luego en el pecho. Besó sus sienes y dio un paso atrás aterrorizado por la gelidez del tacto. Colocó los dedos índice y corazón de una mano sobre los labios de Asunción tratando de sentir el hálito de un suspiro robado a la muerte.

Se arrodilló junto al cuerpo mientras Juan acopiaba arrestos para acercarse. El padre tembloroso se quedó petrificado a un palmo de la cama, con los brazos

grávidos apuntando al suelo y la cara desencajada. Gimoteó amargamente antes de coger la mano de su hija. La besó. Le dio calor con su aliento, la frotó entre las suyas como quien reconforta a un niño que se ha caído en el estanque. Solo cuando se cercioró de que sus maniobras no tenían el menor sentido se dio permiso para desplomarse a llorar de rodillas con la cabeza apoyada en el vientre de Asunción.

Benita contemplaba la escena desde el umbral de la puerta. Con las manos en la boca espantada y las piernas en trance de dejar de sostenerla. Miraba a Martín y sentía el abismo de sus sospechas agolparse en algún lugar incierto entre el pecho y la garganta. Le pareció horrible pensar que en el fondo, cualquiera de los hombres a los que su niña había confiado el alma habrían podido herirla en un rapto de locura. Confundida y aterrorizada, no pudo evitar recordar la escena de la primera noche, cuando el señor Mariños salió airado de la casa profiriendo inverosímiles amenazas. O la tarde maldita en la que entregó la carta ingenuamente al francés. En algún fugaz momento de los últimos días de su vida, el destino de Asunción había dado un tenebroso salto en el aire y a Benita la espantó la posibilidad de haber colaborado en ello sin saberlo.

La habitación estaba revuelta, seguía abierta la ventana y entraba el día a borbotones, tamizando los colores de las paredes y de los cuadros y regando la escena de una insoportable sensación de realidad. Martín se levantó para cerrar y al hacerlo golpeó con la punta del pie el cuadro tirado en el suelo. Lo cogió. El *Combate entre Amor y Castidad* tenía varias manchas negras en el marco, allí por donde alguien lo había cogido: sangre seca tras pasar la noche fuera del cuerpo al que pertenecía.

Juan miró a su hermano y, como un reo que se niega a aceptar su sentencia, dijo las palabras más absurdas de su vida:

— ¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué desesperanza albergaba su pecho para quitarse la vida?

«No ha sido un suicidio», pensó Benita mientras miraba a Martín. Pero este se adelantó con idénticas palabras.

— No ha sido un suicidio, por Dios, nadie se mata cortándose el gaznate.

Arrojó el cuadro contra el suelo y salió en busca de ayuda. Cuando pasó frente a Benita sintió el cuchillo de su mirada en la nuca y se sintió juzgado. Eso le hizo detenerse y apuntar con el dedo a su hermano, que seguía plañendo como un pelele sin vida a los pies de su hija.

— Te juro que encontraré al que ha hecho esto y haré que se queme en el infierno.

Juan se levantó a duras penas y llegó hasta los hombros de Martín. Colgó las manos de ellos y mirándole a los ojos más fijamente de lo que jamás lo había hecho, le dijo muy despacio:

— No quiero que me digas quién mató a mi hija... quiero que me digas quién era,

LA NOCHE DEL REY

en realidad, mi hija.

—¿Sospechas ya de alguien?

A Juan Mariños ya no le quedaba voz con la que gemir. Así que enmudeció dejando la estancia en un silencio tan profundo que podían oírse pasar las nubes contra el cielo añil despejado. Se giró para mirar el bulto cubierto del cadáver de su hija y se inclinó sobre Martín con los ojos estallando en lágrimas de sangre. Susurró un nombre a su oído.

—Mantén la compostura, hermano. Esta casa y este apellido nos reclaman ahora serenos para la venganza —dijo Martín.

—¡Qué importa la casa y el maldito apellido! ¡Quién quiere ya vengarse! La única que podría haber brillantado nuestra estirpe era Asunción. Llegó como un ángel a una familia de ratas. Y las ratas se la han comido viva. Ya no hay nada que nos ate a esta casa, a esta ciudad, a este país... a este siglo.

Capítulo 45

«Nadie te enseña a hacer esto —pensaba Benita a solas con el cuerpo de Asunción—. Lo has visto una y mil veces en otros, para otros. Pero nunca crees que te va a llegar el día de tener que arreglar una mortaja.» Guiada por su intuición y por el miedo, la mujer empezó a retirar las ropas de la joven muerta. Primero el vestido, tieso ya como un junco, luego las enaguas... Fue doblando con esmero cada prenda y depositándolas en un butacón triste bajo la luz de la tarde. Antes de que anocheciera llegarían los primeros invitados al velatorio.

A varias manzanas de allí, la voz ronca y explosiva de Martín Mariños retumbaba entre los cristales de la casa de Quilliet.

—Frédéric Quilliet, francés infame, sé que estás ahí dentro. Sal y propón tus armas como un hombre. Si no lo haces, yo mismo me encargaré de echar abajo esta puerta y entrar para colgarte de las tripas en alguna de tus elegantes lámparas gabachas. ¡Aún estás a tiempo de morir con honra!

Dentro, no parecía oírse ni un ruido. La casa respondía enmudecida a los garrotazos que Martín propinaba contra las puertas y contra los ventanales. Iba y venía rojo como una amapola, tratando de encontrar un resquicio en el edificio por el que gritar sus vituperios. En la calle, un grupito de mujeres estremecidas por la escena dio media vuelta y se perdió de nuevo. Algunas de ellas se santiguaron después de mirar por última vez.

Benita había subido una jofaina de loza blanca, brillante a pesar de las muescas en algunos de los bordes que ennegrecían después de haber servido miles de veces para la higiene de «su niña». Llenó la vasija con agua templada y depositó unas gotas de perfume. Un paño blanco hizo las veces de esponja. Humedecía la tela con parsimonia. Agua, perfume y lágrimas. Y fue lavando lentamente, con desgana, a la mujer desnuda y fría, dormida para siempre al arrullo de los gemidos de su aya. Primero la palma de las manos, blancas como nubes de estío, luego uno a uno los dedos de algodón. Las muñecas, al fin, por las que tantas veces había corrido el pulso de la pasión y que caían a plomo sobre el vientre violeta de su ángel sin alas.

—¡Qué te he hecho, niña mía, qué te he hecho!

A Martín Mariños le subía la fiebre cada segundo que pasaba. Dispuesto a combatir con sus propios puños, había corrido hacia la casa de un Quilliet al que no conocía de nada. El nombre que su hermano le había recitado al oído y la dirección

LA NOCHE DEL REY

que extrajo de una horrorizada Benita fueron sus armas. En casa había dejado las pistolas de duelo. Ni siquiera se había preocupado de llevar un sable.

—He venido a Écija para matarte. Así que defiéndete o muere como un perro.

Pero la puerta no se abría y del interior de la casa no llegaba la menor noticia. Martín desesperaba. El maldito destino estaba jugando una vez más con él, negándole la satisfacción de su venganza, dilatando el momento esperado de verse cara a cara con la víctima de su furia.

Benita pasó el paño perfumado por las sienes de Asunción, por los labios secos y agrietados, por las mejillas sin una sola pincelada rosa. Luego, acercó su boca a los párpados grávidos y los besó sin apenas tocarlos. Le pareció oler aún a la lavanda del último baño en vida y el eco de su suspiro atravesó las paredes hasta llegar al salón donde Juan, sentado en silencio sobre un banco de caoba, miraba fijamente al suelo. Luego estiró cada uno de los brazos para ponerlos alineados a lo largo del cuerpo, tal como había visto hacer en otras ocasiones. Sin saber para qué. Con cuidado procedió a peinar a la muerta.

Martín Mariños había terminado por sentarse en el escalón de la entrada principal. Apoyó la espalda sobre el portón y respiró profundamente. ¿Qué iba a hacer ahora si aquel hombre no estaba en casa? ¿Por qué la Providencia le usurpaba el derecho a reparar el daño del único modo en que él sabía hacerlo? ¿Cómo iba a volver a mirar a los ojos a su hermano si no había manchado las solapas de su camisa con la sangre del francés? Cada segundo que pasaba, a medida que se acercaba el temido momento del velatorio, sus esperanzas de regresar con la cabeza alta y entregar la última ofrenda a su sobrina se desvanecían. El canalla que había arruinado la vida de los Mariños no se había dignado siquiera a dar la cara. Los primeros vencejos del atardecer gritaban ajenos a todo desde el fondo del callejón.

El cabello de Asunción seguía siendo suave. Se dejaba acariciar por las púas de un cepillo negro como sus ojos. Benita recogía mechones al azar con una mano y los alisaba con la otra pacientemente. No quería dejar de hacerlo. Hubiera permanecido días enteros desenredando la melena de su niña, pero debía seguir trabajando. Uno a uno, fue enrollando los mechones con esmero hasta confeccionar un moño diminuto a la altura de la nuca. La cabellera, pegada a las sienes y recogida, parecía la toca de lienzo de una Virgen. Benita se apoyó en el vientre de Asunción e inclinándose con dificultad la besó en la frente por última vez. Tiró de los párpados para asegurar que no se abrieran y empezó a tapar la cabeza con el vendaje de blanco marfil. Pasó varias veces las tiras de seda por la mandíbula y por las sienes hasta que solo quedaron a la vista una porción de frente despejada, los ojos dormidos, la nariz nívea, los labios pálidos y las dos mejillas que empezaban a despuntar por el empuje de los huesos.

De repente, Mariños escuchó el crujir de los pasos de alguien dentro de la casa. Se levantó como un gato asustado y se puso en guardia frente a la puerta. Una grieta de

luz se abrió entre la hoja y el dintel. Martín aprovechó el momento para empujar con todas sus fuerzas y abrir el portón de golpe. Tras él, un hombre vestido con pantalón ancho y camisa, sin chupa ni levita, cayó rodando por el suelo. Mariños lo agarró con violencia por el cuello de la camisa y lo levantó como quien levanta a un niño chico. Aupándole en el aire lo llevó hasta una pared y aplastando su cuerpo tembloroso contra ella le gritó a un palmo de la nariz:

—Si eres Quilliet, vístete decentemente y baja con tu mejor arma. Si no lo eres, dime dónde puedo encontrar a ese gabacho antes de que te destroce la cara con el bastón.

Había llegado el momento más difícil, Benita empezó a vestir a su niña: túnica blanca, cordón de oro en la cintura y una toca plisada y alba como un cuadro sin terminar de pintar. Extendió las prendas sobre el cadáver y trató de levantarlo un poco para trabajar más a gusto. Fue entonces cuando reparó en algo que hasta ese momento había pasado inadvertido a todos. Bajo la espalda de Asunción, retorcido como un guiñapo, yacía un trozo de papel manuscrito. Por algún extraño prodigio de la intuición, la mujer pensó que en esas letras residía el secreto de sus últimos días. Allí encontraría la respuesta a sus más recientes cuitas. A modo de mensaje de ultratumba, Benita esperaba que su niña reconfortara sus temores y sus culpas. ¿Habría muerto Asunción por la imprudencia de su aya? ¿Habría perdonado su descuido? ¿Podría volver a vivir alguna vez en esas cuatro paredes del hogar sin el remordimiento de no haber estado junto a la joven en el momento en el que más la necesitaba?

Benita desenmarañó el papel y lloró sobre las letras escritas con tinta aún perfumada. «Al cura párroco de la iglesia de Santa Bárbara...»

Sí, Asunción iba a delatar a Quilliet, iba a romper con ese hombre feroz y bello, iba a volver a casa, con su aya, volvería a ser la niña que siempre quiso que fuera, antes de que el demonio le arrebatara su cándida alma.

Como si se hubiera visto privada de una carga de siglos, Benita se dejó aliviar por lo que acababa de leer. Y mientras continuaba con los preparativos de la mortaja canturreó en voz queda:

*Pajarico que cantas
junto al olivo
no despiertes al ángel
que está dormido...*

Mariños estaba a punto de estrangular con su antebrazo al hombre que le había abierto la puerta.

—Yo soy Quilliet... —acertó a decir entre toses entrecortadas—. Pero no soy el que

usted espera encontrar. Lea esto.

Frédéric apuntó con la mirada una cuartilla que apretaba con su puño derecho tratando de mostrársela a su atacante.

Mariños dudó un instante antes de soltar a su presa. Cuando lo hizo, Quilliet se dobló sobre sus rodillas y tosió desesperadamente mientras extendía el brazo con la carta.

—He escrito esto en cuanto me llegaron las noticias. Pero, maldita sea, me hubiera gustado no tener que hacerlo.

Tratando de coger aire tras cada palabra, Quilliet continuó.

—Lo siento de todo corazón, caballero. Acaban de comunicarme que la guardia de voluntarios anda persiguiendo a un sospechoso por el monte. Al parecer, un hombre fue detenido anoche tratando de robar en el convento de San Pablo y Santo Domingo. Era un pobre diablo. Llevaba en los bolsillos algunas piezas sueltas del altar mayor y los cordones del vestido de la talla de la beata Juana de Aza. Nada de valor. Fue sorprendido por una partida de españoles juramentados que hacían la ronda nocturna por esta zona. El hombre no ofreció resistencia. Se llevó lo suyo en el cuerpo antes de ser ahorcado al amanecer. Pero tuvo tiempo para confesar que había conocido a un extranjero de mal aspecto al que había ayudado a encontrar la casa de Juan Mariños para robar un cuadro. Pueden creerse que lo primero que he hecho ha sido utilizar mi puesto de comisario para mandar este despacho a todos los regimientos franceses de la zona. Van a buscar a ese malnacido.

Martín Mariños leyó con el ceño fruncido y jadeando tras la trifulca. Miraba una y otra vez al francés sin saber cómo reaccionar. Quilliet se levantó y señalando el bastón de su inesperado invitado, volvió a hablar.

—Es usted el tío de Asunción.

Mariños trató de ocultar su pierna, esa huella indeleble por la que le había reconocido el truhán.

Quilliet prosiguió con aplomo calculado. Recogió el papel y lo miró mientras hablaba.

—Hace unas semanas le regalé un cuadro a la hija de don Juan. Me conmovió su interés por el arte y la delicadeza con la que trataba cuestiones de estética y composición cuando me invitaba a cenar. Me pareció hallar en su interior el brote de una futura artista. Y créame, yo de eso sé bastante. No sabía que lo tenía puesto en su habitación. Pero seguro que más de una persona lo conocía.

Se alejó prudentemente del alcance de Mariños.

—Puede que hubiera alguna criada o alguna amiga a la que Asunción hubiera hecho conocedora de la obra. Y luego la indiscreción hizo el resto. En cualquier

taberna, en cualquier reunión, en cualquier tertulia una mujer envidiosa cuenta la suerte que Asunción ha tenido y exagera el valor del regalo. Y la historia corre susurrada al oído y crece como una avalancha de nieve. En cuestión de días medio Écija sabe que Asunción tiene un amante y que este, en señal de amor, le ha regalado una obra de arte tan valiosa que por ella combatirían los reyes de media Europa. Basta con que el rumor llegue a oídos de un viajero empobrecido por la guerra, carente del menor escrúpulo y amigo del metal de las facas.

Mariños escuchó la historia con extraña atención. No quería creerla. Darle crédito suponía cerrar el asunto con demasiada facilidad y, lo que aún le atormentaba más, le impedía cobrarse su pieza en venganza. Aquel malnacido francés cobarde y atildado podría haber deshonrado a su sobrina, haberla conducido a la pasión más vergonzante, pero ahora andaba erguido delante de sus propias narices, dando instrucciones para atrapar al asesino, ejecutando las órdenes que él no podía dar, alzándose como el héroe que él ya no sería. Vino para batirse en duelo y se iba a ir sin enseñar apenas los dientes. No, no quería creerse la historia de Quilliet. Pero no podía evitar hacerlo. Él mismo había visto ese cuadro ensangrentado en la habitación de su sobrina. Por desgracia, todo parecía tener sentido.

—El cobarde ni siquiera se llevó su botín. Aún sigue en la habitación —dijo bajando la vista.

—Debió de saltar por la ventana al oír algún ruido —contestó Quilliet.

—¿Quién demonios se cree usted que es para sacar sus propias conclusiones? —Martín Mariños trató de recuperar el control de la situación.

—Sé qué impresión puede tener de alguien como yo un caballero de su talla. Pero permítame que le diga que se equivocará si pierde las energías tratando de zaherirme mientras el bendito cuerpo de su sobrina yace esperando que lo velen. Yo estoy en el bando de Asunción. Quizá cometí el error de acercarme a ella al modo en el que los hombres de mi país lo hacen. Y eso habrá levantado todo tipo de habladurías en el entorno. Incluso entre los miembros más cercanos de la familia. Pero en ningún momento pretendí quebrar ninguna tranquilidad familiar. Solo fui un francés cortés que, con el tiempo, terminaría por sentirse enamorado. Todo lo que he hecho en esta casa ha sido con el conocimiento del dueño. Don Juan podrá darle cuenta de ello. Y ahora soy el único que puede ayudarles a llevar a ese asesino a la soga. Ruego acepten mis condolencias más sinceras.

Sin llegar a sacar un arma, Mariños había sido desarmado. Reparó el nudo de la corbata, recogió el sombrero del suelo y lo sacudió un poco para quitarle el polvo antes de ponérselo. Humillado de nuevo, se dio la vuelta sin despedirse mientras Quilliet le miraba aún con recelo, boqueando de cansancio y miedo. Martín salió de la casa con la vista clavada en sus propios zapatos. Su figura se fue perdiendo poco a poco callejón adentro, cabeceaba torpemente de lado a lado, como un metrónomo mal ajustado. El bastón chocaba contra los adoquines haciendo clic, clic, clic...

LA NOCHE DEL REY

Mientras, en casa de los Mariños, Benita bajaba las escaleras con templanza. Abriendo los ojos irisados de lágrimas bermejas, parecía sonreír con cierta complacencia impúdica. Como si estuviera satisfecha del trabajo realizado. En el salón, las primeras visitas arropaban ya a don Juan, que devolvía los pésames con cortesía de autómata. Benita se acercó a él, se atusó el moño, se limpió el sudor de las manos sobre el delantal y anunció:

—La niña ya está para recibirles.

Epílogo

El conde de Survilliers juega con la cucharilla de su taza de café absorto en el revoloteo de varias alondras detrás de la ventana. Point Breeze despierta lentamente en una de esas mañanas claras y frescas de Filadelfia. La casa de Survilliers domina un promontorio cuajado de praderas y parterres a un lado del río Delaware. Es la más majestuosa del condado. Como una guinda blanca en el medio de la colina, las tres plantas de piedra y madera recuerdan el estilo de los viejos palacios franceses. Serpentea un camino ancho de tierra naranja por el que a estas horas ya transitan algunos paseantes con sus perros de caza recibiendo los primeros rayos de sol del día. El conde hizo construir un estanque artificial a la entrada de sus propiedades, aprovechando un meandro del inmenso río que solo puede ser sorteado en barca o caminando por un coqueto puente gris cuyos tres ojos circulares sirven de cobijo a patos y garzas. Un ejército de arces rojos cruje al ritmo del viento del oeste y desperdiga centellas de luz entre los abetos y los cipreses de Leyland.

El conde vive solo. Su mujer y sus dos hijas permanecen en Bruselas por prescripción de los doctores. La esposa, delicada en los últimos años, no aguantaría bien un viaje en barco desde la vieja Europa. Lleva dos años compartiendo la mansión de sus sueños con el personal de servicio y con algunos hombres y mujeres ilustres que, de vez en cuando, tienen a bien visitarle. Entre el vecindario cunde también el rumor de que en la casa duerme alguna noche que otra una joven de encantador acento francés con la que navega discretamente en las aguas plateadas del estanque.

La casa más cercana, la del banquero Nicholas Biddle, está al otro lado del Delaware. Es una mansión de tres galerías en una sola planta rodeada de rosales y castaños llamada «Andalusia». El conde desayuna todos los días de pie, frente a la ventana y piensa que, después de tanto tiempo, puede descansar en paz mirando a Andalucía.

Viste levita negra, abierta, de seis botones dorados sobre chaleco blanco de solapa alta que le cubre el cuello más arriba de la corbata. El pelo peinado hacia delante, al gusto francés, empieza a regalar alguna cana cerca de las sienes. Se siente aún joven, aunque en el dorso de la mano con la que sostiene su taza han nacido salpicaduras de color pardo transitadas por arrugas todavía poco prominentes. Bebe a sorbos pequeños y posa la porcelana sobre sus labios con la suavidad con la que un halcón aterriza en el guante del cetrero. La voz del chambelán le rescata de sus

pensamientos.

— Señor conde, hay un hombre en la puerta que dice conocerle y que pide hablar con usted. Ha dejado su tarjeta.

El conde lee la acreditación sin cogerla de la bandeja de plata. Doctor James Fitz. Irving, New Jersey. Respira hondo, cierra los ojos y pregunta:

— ¿Se ha marchado?

— Dijo que esperaría una respuesta.

— Hágale pasar a la antecámara.

James Irving entrega su sombrero de copa verde al chambelán y se desabrocha con la otra mano la pechera del frac. Porta con elegancia ropas nuevas y caras. Mientras espera recorre con la vista la inmensa biblioteca de la sala. Encierra un extraño orden a pesar del aparente caos. Libros y cartapacios se amontonan sin concierto junto a rollos de pergamino, útiles de escritura, vasos, botellas, cuadros... Incluso el hogar de la chimenea se ha utilizado para cobijar volúmenes decorados con un fino velo de polvo color hueso. El doctor se gira al oír entrar al conde.

— Majestad, disculpe la osadía.

— Aquí soy conde. Conde de Survilliers. Puedes llamarme así o, simplemente, Joseph. Joseph Bonaparte. Eso dice mi tarjeta. — José le entrega un sobre pequeño con sus acreditaciones.

Los hombres se sientan junto a la chimenea y esperan a ser servidos. El camarero les ofrece más café, té, unas pastas de mantequilla y una frasca de licor. Les cuesta iniciar la conversación, así que se centran en las viandas por un instante antes de que Joseph (José) rompa el hielo.

— ¿A que no adivinas cómo se llama la mansión que hay al otro lado del río? «Andalusia».

— O sea, que estamos de nuevo como hace veinte años: sentados uno enfrente de otro, con Andalucía al fondo.

— Bueno, creo que estamos algo más viejos, y más cómodos. La última vez que nos vimos pasamos un frío del demonio en aquella noche de perros. ¿Cómo se llamaba la aldea...?

— El Bosque. El lugar más triste que he pisado en mi vida.

— No parece que desde entonces te hayan ido mal las cosas, americano.

José sonrió buscando la complicidad de su visita.

— No puedo quejarme. Es probable que mi vida comenzara a cambiar la noche en la que me topé con su comitiva. Tengo que agradecerle que me ayudara a salir de aquel poblacho.

El conde hace un gesto de la mano para restar importancia al comentario. Se levanta pesadamente y busca una caja de cigarrillos. Tras ofrecer uno a Irving le invita a salir de la antecámara.

—Creo que tenemos que charlar largo y tenido. Te sugiero que demos un paseo por el estanque. Lo he fabricado yo mismo y no tengo muchas oportunidades de enseñárselo a nadie.

Sobre las aguas remansadas, la barca del conde fabrica una cicatriz con la quilla y espanta a algunos ánsares azulados. Los dos hombres se han sentado juntos detrás del barquero. Chapotean los remos casi sin ruido, de manera que se pueden escuchar perfectamente los silbidos de los gorriones y los mirlos.

—Me costó encontrar esta casa. Todo lo que aquí se construye es tan grande y tan basto. Vosotros los americanos tenéis un sistema político envidiable, pero un gusto arquitectónico endemoniado.

—Es curioso que un rey se deshaga en elogios hacia nuestra república.

—Exrey, recuerda. Aquí soy solo conde.

—Lo siento.

—No, no, no. No lo sientas. Nunca me ha importado demasiado el color de mis títulos. La corona se lleva con alegría hasta que empieza a pesar. Y hay que saber quitársela a tiempo. Mi hermano no lo hizo. Y pagó por ello.

—Veo que sigue hablando de él a todas horas.

—Al fin y al cabo, me debo a mi apellido. Y me inquieta lo cruel que el destino terminó siendo con él. Pero eso ya no importa. Te contaré algo que te divertirá acerca de mi apego a los tronos. Tras el desastre de Waterloo, mi familia y yo encontramos cobijo en Suiza. La verdad es que no es el mejor lugar del mundo para vivir. No hay olivos, no se ve el mar, la gente pasea por las calles sin mirarse, hace un frío mortal. No soy aficionado a la montaña ni tengo la menor idea de botánica ni me gusta el queso. Suiza es el pequeño castigo que tuve que soportar por mis pecados. Pero allí parecía que nadie iba a querer encontrarnos. Las niñas crecían, Julia estaba enferma, necesitábamos descansar en un lugar alejado y modesto. Pero los aliados estaban empeñados en acabar con la última gota de sangre Bonaparte. En pocos meses empezamos a sentirnos incómodos. Nos llegaban noticias de extraños movimientos en torno a la familia y algunos embajadores adeptos nos recomendaron huir. Las mujeres se fueron a Bruselas y yo busqué un barco para salir del continente. Me hablaron del Commerce, un navío de bandera estadounidense que partía en cuestión de días con algunos camarotes disponibles. Había, sin embargo, un pequeño inconveniente. Las aguas del Atlántico estaban infestadas de buques británicos que inspeccionaban cada barco que se movía en cualquier dirección. El capitán del Commerce no era precisamente de fiar. No tenía la menor intención de jugarse el navío y la carga en una porfía con los ingleses. Así que decidí viajar de incógnito. Me

LA NOCHE DEL REY

hice pasar por general, el general Carnot, y pasé la mayor parte del viaje encerrado en mi camarote. Los ingleses nos visitaron diez veces. En ninguna fueron capaces de dar conmigo.

— ¿Le habrían reconocido?

— Quizá no. Pero a buen seguro, si el capitán hubiera sabido mi identidad, no habría tenido el menor reparo en delatarme. Media Europa andaba detrás de los Bonaparte. A mí me tenían preparado un bonito exilio en una cárcel de Rusia. Y yo odio el frío.

»Así que ya ve, de la noche a la mañana perdí mi condición de rey voluntariamente y pasé de dormir sobre el colchón de plumas de un palacio en Versalles como rey a dejarme el lomo en el camastro de un navío fugitivo simulando ser general. Y lo más gracioso es que no tuve muchas oportunidades de restituir mi dignidad. Cuando nos acercamos al puerto de Nueva York, eran los patrulleros americanos quienes nos podían delatar y devolver a Inglaterra. Así que decidí mantener el equívoco un poco más. El mismísimo alcalde de la ciudad vino a recibirnos al puerto y aún recuerdo sus palabras tan corteses como equivocadas: “General Carnot, enhorabuena. Ha llegado usted sano y salvo a nuestra patria”. Salvo llegué, lo de sano es otro cantar. En aquel viaje pasé tanto frío y padecí tanta nostalgia que mi cuerpo se debilitó hasta el extremo. Asumí el título de conde de Survilliers y pensé que con él me iban a enterrar en el mismo puerto de Nueva York. Pero aquí estoy, recibiendo la visita de un viejo amigo mientras espero que mi mujer y mis hijas puedan acompañarme en los últimos años de mi exilio.

Llegan al embarcadero y continúan el paseo a pie, entre las sombras de los tilos. Huele a hierba recién cortada y los primeros vapores del calor de estío se pegan en las costuras de los trajes. Resulta agradable caminar en tales circunstancias.

— Así que hicimos el mismo viaje. Los dos salimos de nuestras patrias para conquistar España y los dos tuvimos que regresar escondidos en un barco.

— Pero regresaste a casa.

— Sí, aunque estuve a punto de no contarlo. Los soldados que usted ordenó que me escoltaran hicieron su trabajo justo hasta la entrada de la Isla de León. Luego me dejaron a merced de una ciudad que era un hervidero. Moverse por sus calles suponía la permanente exposición a la catástrofe. Los habitantes nativos se afanaban en levantar baterías y barricadas en cada esquina y sospechaban de cualquier caminante con aspecto de extranjero. Por fortuna, mi acento me hizo pasar por inglés y pude alcanzar el puerto con cierta seguridad. Sinceramente, aquello era el preludio de un infierno.

— Y lo fue. Y lo fue. El perro de Soult tomó las riendas del asedio a la isla. Me prometió que duraría tres días. Pero los gaditanos aguantaron como hienas heridas y se encargaron de cavar nuestras tumbas. En esas calles que usted transitó buscando

el mar se fraguó la ruina meridional de los Bonaparte. Y, pasados los años, tengo que decir que admiré tanto a ese pueblo como desprecio ahora a sus gobernantes. Un Borbón no se merece el honor de gozar de vasallos de ese fuste. ¡Mira! Desde aquí se puede ver parte de la mansión de los Biddle, Andalucía.

Los dos hombres se detienen y experimentan la misma sensación. Son como niños que han suspendido sus juegos nocturnos para ver pasar una estrella fugaz.

—Parece que la nostalgia es un sentimiento poderoso, querido doctor. Deberían estudiar esas cosas. ¿No crees que existe un lugar secreto en el cuerpo donde se guardan estos recuerdos? A los dos nos ha recorrido el mismo frío, ambos hemos sentido por la pujanza de nuestros vellos, seguro que la sangre circula más espesa por las venas y el corazón se ha contraído en ambos a la vez. Prueben a buscarlo. Hurguen en el cuerpo de los cadáveres que usan para investigar, verán como terminan hallando una médula, una fibra, un humor desconocido del que solo gozamos los hombres y mujeres que nos damos a la melancolía.

—Las cosas del alma son del alma, majes... perdón, conde. Los sentimientos carecen de cualidad física. No se pueden pesar, no se pueden comprimir ni expandir. En toda mi vida como médico no he hallado un solo hombre que al morir desprenda el aroma, el flujo o el tejido de los recuerdos.

—Y entonces, ¿de qué materia está hecho este pasar que nos invade al recordar aquellos funestos días en Andalucía?

—Está hecho de tiempo y de miedo. Ambos tememos que ya no vendrán días como aquellos. A pesar de los sinsabores, del dolor, del hambre, de la pérdida... No volveremos a ser jóvenes, no volveremos a pasar una noche al raso en el bosque de nuestras cuitas.

—Aquella noche los dos teníamos un proyecto de vida, James.

—Y los dos huíamos de algo. Quizá no solo de nosotros mismos.

—Sé que no mataste a aquella chica.

Las aguas del Delaware rebotan en recodos de piedra como un sonajero que, al quedar los dos hombres callados como tumbas, resuena a lo lejos. James se ha quedado helado. Lleva dos décadas pensando en este instante y de ningún modo había intuido que iba a producirse con tanta facilidad. Cuando regresó a Estados Unidos tardó varios meses en reconstruir su vida. Nueva York era una ciudad distinta. A pesar de que la amenaza de la guerra con los ingleses se hacía insoportable y que las obligaciones de la defensa condicionaban casi cualquier expectativa, la urbe había crecido para convertirse en la capital económica del joven país. Los primeros meses, James los pasó absorto en el frenesí de construcciones y reformas que parecía haber abducido a todo el mundo. Cada casa, cada edificio oficial, cada parque y cada pradera... todo relucía como nuevo, como si Nueva York no hubiera existido antes. Era una ciudad joven y sus habitantes parecían

LA NOCHE DEL REY

comportarse como tales. El bullicio se enseñoreaba de las calles. Sobre todo al sur de Grand y Vessey, donde los carruajes pasaban tan fugazmente que las autoridades se vieron obligadas a imponer límites de velocidad: «Será objeto de sanción transitar más deprisa de lo que el trote natural de las caballerías impone, en ningún caso a más de cinco millas por hora». Incluso hubo de promulgarse un edicto del departamento de bomberos pidiendo a los ciudadanos que «en días de fiesta se abstengan de hacer sonar todas las campanas a la vez, porque en el caso de emergencia, la alarma del cuerpo de bomberos no será reconocible».

La ciudad era una bestia exaltada. Crecía feliz y sin freno aparente. A James le pareció que había entrado en un profundo sueño. El alborozo general de los neoyorquinos convivía con una peligrosa tendencia a la relajación y aunque los bailes de máscaras en las tabernas fueron prohibidos por ser contrarios a la digna identificación de las personas y propensos a la seducción de jóvenes de ambos sexos, las reuniones alrededor de un barril de whisky siguieron proliferando en todos los barrios nuevos. A James, Nueva York le pareció la ciudad más sucia del mundo. En algunas calles, los viandantes se tropezaban con cerdos y gansos que eran transportados libremente y depositaban sus excrementos a discreción. La más sucia del mundo, sí. Pero la más alegre. Aquella Nueva York que se desperezaba de un pasado feroz no tenía nada que ver con la oscura ciudad, enferma y decadente, que abandonó años atrás.

Cuando accedió a su primer puesto de ayudante de enfermería en el Bloomingdale Asylum, supo que había empezado una nueva existencia. Y desde ese mismo instante comenzó a fantasear con la posibilidad de volver a encontrarse con el rey que le salvó la vida. Porque si aquella noche en El Bosque el hombre que decidía los destinos de España no hubiera pasado por alto las instrucciones de sus guardias, James Fitzgerald Irving habría adornado con su silueta colgada la madrugada de la sierra andaluza.

—No me pareciste un asesino —dice José—. O quizá simplemente me vi conmovido por lo insólito de aquella noche absurda de confidencias entre un rey y un fugitivo. Me alegró saber, poco después, que no me había equivocado.

—¿Cómo lo supo?

—Es una larga historia. ¿Por qué no te sientas?

Los dos hombres, el rey efímero y el asesino por un día, se acomodaron en la pradera buscando la sombra de los arces. Así, como dos amigos que se cuentan los años de ausencia, charlaron un buen rato. José arrancaba de vez en cuando briznas de hierba y las lanzaba al aire. James permanecía quieto disfrutando de los reflejos del estanque.

—Aquella noche fue el principio de mi final como rey de España. Me resistía a creer que la aventura iba a terminar tan rápidamente. Había conquistado los

corazones de los andaluces allá por donde pasé. Lo que mis tropas ganaban en el campo de batalla, yo lo cobraba en los despachos y en la calle. Trataba de alcanzar el sur. Quería entrar en Cádiz y brindar mirando al mar por el fin de la guerra. Deseaba meter los pies en el Atlántico y respirar pensando que España era mía. Pero no solo mía como rey, mía como hijo.

»Sin embargo, los hombres del mariscal Soult no hicieron bien su trabajo. Cádiz se enquistó, se hizo inexpugnable, devolvió a mis tropas la fiereza que estas habían robado a los españoles una cuantas leguas más al norte. Tuve que residir en Sevilla una temporada demasiado larga. Y a medida que pasaban los días se alejaba mi sueño de culminar el viaje a orillas del mar. Andaba como un león enjaulado en el Real Alcázar. Nada me contentaba. Mis *aides de camp* trataron de complacerme con todo tipo de agasajos. La misma ciudad que apenas unos meses antes albergaba al Gobierno resistente ahora se ponía a los pies de su nuevo rey. El Guadalquivir abría sus aguas a mi paso, la Giralda se inclinaba para dar sombra a mi caravana. Pero yo tenía el alma en Madrid. Cuando Soult me comunicó que el sitio de Cádiz iba a durar más de lo previsto, dispuse las cosas para marcharme. Sí, dejé en manos de un mariscal miserable el destino del pedazo de España que más amaba. Hui como un cobarde para encerrarme en los despachos de palacio en Madrid, aunque no podía soportar más la espera. Mi hermano había dado órdenes de que las plazas del norte de España se anexionaran al imperio y yo no podía dominar las del sur.

»Una mañana de mayo la comitiva cargó todo el equipaje y en silencio, sin protocolo, fueron desgranándose los carruajes por la boca del Real Alcázar. Al atravesar el Guadalquivir, eché la última mirada atrás y comprendí que no volvería a pisar Sevilla en mi vida.

»Las primeras jornadas de viaje fueron tranquilas. Pasamos una noche agradable de primavera en Carmona y encaminamos nuestros pasos hacia la segunda etapa: Écija. Me temo que te suena de algo. Despaché allí algunos asuntos. Entre ellos la visita del alcalde, que me informó de un acontecimiento luctuoso que había tenido lugar meses antes y que aún estaba sin resolver. Una joven había aparecido muerta en su cuarto. Alguien pretendió robar algunas valiosas obras de arte que poseía. El principal sospechoso, un viajero americano, había huido a la sierra. Puedes imaginar que en ese instante me sentí un estúpido y pensé que mi último gran servicio a la tierra que abandonaba había sido dejarla en manos de un mariscal loco y regalar la libertad a un asesino de sus mujeres.

—Y aun así me ha recibido hoy en su casa.

—Porque las cosas cambian, la vida da esas vueltas de las que todo el mundo habla y nunca crees que te vayan a afectar a ti. En realidad mi preocupación por aquel asunto duró poco. Después de Écija teníamos que ir a Córdoba. Algunos voluntarios de la guardia ecijana nos escoltaron hasta La Carlota, querían demostrarnos su adhesión al trono. ¡Pobres! Ignoraban que el trono empezaba a

abandonarlos. Pero desde La Carlota hasta Córdoba y, sobre todo, en el siguiente tramo por Despeñaperros tuvimos que viajar casi sin escolta. El terreno se escarpaba a cada milla y las lindes de los caminos, cada vez más estrechos, se enmarañaban de árboles y rocas. Era el escenario perfecto para las emboscadas. Así que el tema de la joven muerta se me fue pronto de la cabeza. Mientras traqueteaba mi carruaje por aquellos senderos serranos, me pareció que estaba haciendo un viaje atrás en el tiempo. No solo había recorrido a la inversa los mismos trechos que meses antes me llevaron a descubrir Andalucía. También estaba recorriendo vías interiores en el seno de mi alma. Viajando hacia el sur, cada milla te ofrece un espacio más amplio, más luminoso, más colorido. Del mismo modo que mi corazón se acrecentaba con la exaltación de conocer un nuevo pueblo, de liberar a un nuevo súbdito.

»El camino hacia el norte es todo lo contrario. Según avanzas el entorno se torna más agreste, estrecho y umbrío. Y así yo mismo sentía mayor congoja en cada tranco de la caballería. Me había entregado a una profunda tristeza.

»La columna colosal de Despeñaperros era algo más que un límite natural. Superarla, recorriendo los angostos caminos abiertos por los bueyes, suponía también superar una etapa de mi vida. Detrás de ella, en el sur de las tierras llanas, el sol omnipresente y los hombres alegres, había enterrado una parte importante de mi proyecto para España.

—Como quien cruza el océano para olvidar fantasmas pasados.

—Exactamente así. También tú tuviste que hacerlo.

—Yo huía de la horca más que de mí mismo. No me ha dicho aún por qué está tan convencido de que yo no maté a nadie en Écija.

José se levanta y estira la espalda agarrotada.

—No estoy ya para estas posturas —se queja.

Erguido contra el sol, su cuerpo parece más estilizado. A James le da la impresión de estar viendo de nuevo a José I. Se levanta él también dificultosamente.

—Los años nos afectan a todos. Majestad.

José no se queja ya de que le llame así. Al contrario, entiende que se trata de un gesto de complicidad y lo agradece con una sonrisa.

—Tengo que enseñarte algo en el interior de la casa. Ven. Si alargamos la charla, tal vez te apetezca quedarte a comer conmigo y desvelar esa incógnita que te atribula. No suelo comer acompañado nunca.

—Sin embargo, los rumores que corren por este condado sugieren que no suele usted cenar, precisamente, solo.

Se ríen y José confirma resignado.

—Amo a Julia. Pero está tan lejos. Alguna vez encuentro compañía que me ayuda

a superar la espera.

La colina que se eleva desde el río hasta la casa ofrece una pendiente suave y cómoda. Los dos hombres dejan que la hierba acaricie sus botines mientras caminan mirando al suelo. A lo lejos, varios perros juguetones rasgan la paz de la mañana con sus ladridos.

—El trayecto desde Despeñaperros hasta Madrid es uno de los más aburridos que el ser humano puede aguantar. No importa que lo hagas como parte de un convoy de reyes. Las leguas se suceden sin que el terreno te regale la alegría de un nuevo color, una especie de árboles inesperada, una familia de aves exóticas que te acompañe unos instantes. Olivos y encinas viejas como los percherones que tiraban de mi carruaje, con el verde mate de su sabia lenta pintando cada rincón al que la vista alcanza. En esas circunstancias solo puedes hacer dos cosas: dedicarte a beber y a comer en cada fonda o correr todo lo que puedas.

—Ya, ya sé que no bebe. Me lo dijo hasta la saciedad aquella noche.

—¡Bah! Entonces me preocupaban esas cosas. Estaba encolerizado con la maldita cantinela de Pepe Botella. Todo porque un mal día se me ocurrió asaltar unas bodegas para darles solaz a mis hombres. Sí, me obsesionaba la propaganda absurda que contra mí se publicaba y que por algún misterioso mecanismo del entendimiento humano empezaba a calar entre el pueblo. Ahora eso ya no importa. Podremos disfrutar de un buen burdeos en la comida si quieres.

»Aquella vez, entre beber y correr opté por lo segundo. Di órdenes a los capataces para que cubrieran el mayor trecho posible en cada jornada. Llegábamos exhaustos, con la caballería casi muerta. Hombres y bestias sudábamos como escorrentías. La primera posta no la hicimos hasta Manzanares. Nadie podía creerse que habíamos atravesado la mitad de la Mancha sin parar a comer ni descansar. Pero necesitaba llegar a Madrid cuanto antes. Tenía que empezar a recibir noticias de Soult. Quería saber qué estaba ocurriendo en la Andalucía abandonada. Era como si hubiera dejado atrás a una amante. No podía vivir más a su lado, había renunciado al honor de sus noches y el calor de sus sábanas, volvía en busca de la seguridad del hogar para curarme de la exaltación infiel. Pero no podía soportar dejar de tener noticias de ella. Y del mismo modo que el hombre que huye de su escarceo se ve poseído por el veneno de los celos y se pregunta qué hará, con quién yacerá, a quién querrá ahora la mujer abandonada, yo sentí una irrefrenable ansia por saber qué le estaba ocurriendo a mi querido y despedido pueblo andaluz.

»Llegamos a Madrideojos en dos jornadas y desde allí, a Madrid. Todos los cartógrafos aconsejaban pasar por Toledo, pero mi excitación no permitía más dilaciones. Como el convoy viajaba demasiado despacio, recluté a un puñado de hombres de escolta y dispuse que viajaría yo solo, en un coche, con la compañía de un par de ministros. Iríamos por Ocaña y Aranjuez y entraríamos en palacio por el sur. Fue tan rápida la decisión que nadie en Madrid nos estaba esperando. Crucé el

río Manzanares como si fuese un vulgar comerciante, viendo cómo los viandantes se apartaban al paso de mis caballos ignorantes de que tras ellos viajaba un rey. ¿Creerá si le digo que estuve a punto de no poder entrar en palacio? Nadie esperaba mi llegada, no había mayordomo en la puerta, el servicio no salió a recoger el equipaje y mis habitaciones y despachos estaban sin arreglar. Me daba absolutamente igual. Hubiera paseado por la vera del río durante horas si hubiera sido necesario antes de pasar otra jornada en el convoy. Cuando por fin pude acomodarme, me encerré en el despacho y esperé a que llegaran las noticias de Sault. Por supuesto, no eran buenas. Los españoles se habían atrincherado en Cádiz y estaban dispuestos a soportar un larguísimo asedio.

José y James han llegado a la mansión. Allí los aguarda un chambelán que les ofrece unas toallas y un vaso de agua con limón. El calor empieza a picar bajo la ropa, demasiado formal para ese tipo de paseos. Se refugian en el interior de la casa, protegida por los gruesos muros de piedra blanca.

—Uno de los hombres que viajaron conmigo en el reducido grupo con el que llegué a Madrid gozaba por aquel entonces de toda mi confianza. Le había otorgado el cargo de comisario real con una sola finalidad: recorrer España entera en busca de obras de arte. ¡No he conocido un país que maltrate tanto a sus pintores como ese! Cuando llegué desde Nápoles ardía en deseos de enfrentarme a la belleza de un Velázquez, de un Murillo, de un Zurbarán, de un Greco... Había leído tanto sobre ellos y me habían fascinado tanto las historias de sus vidas que creí sinceramente que podría encontrarme las calles de Madrid empapeladas con sus obras. Pero pronto me di cuenta de que la contemplación de aquellos tesoros había estado largamente reservada a unos cuantos privilegiados. Nobles, curas, reyes... Solo ellos podrían gozar de la satisfacción de levantarse una mañana y sentirse dueño de los trazos de un Cristo de Valdés Leal. ¿Ha disfrutado alguna vez de ellos?

»Así que decidí proyectar un gran museo. Un edificio que albergase todas las obras confiscadas a las manos avaras del clero y los ricos. Un centro de atracción para todo ciudadano que se sintiese orgulloso de su país. Por supuesto, no tuve tiempo para completar mi proyecto. Pero sí para encargar a ese comisario que detectara, confiscara y catalogara cualquier pieza que pudiera ser de valor para mi aventura. Se llamaba Frédéric Quilliet. En pocos meses había enviado al centro de operaciones de El Escorial más de un centenar de obras. Me sentí realmente gratificado con la idea de que estaba cumpliendo con mi obligación de rey leal a su pueblo. Aquel viaje relámpago entre Madrیدهjos y Madrid me sirvió para ponerme al día de sus pesquisas. Al parecer, tenía intención de volver a Francia una temporada por asuntos familiares, descansar de los cuadros y las expropiaciones, poner en orden la mente y confeccionar algunas revistas con toda la obra recopilada hasta entonces. Me pidió permiso para ello y yo se lo concedí. Nos despedimos en la escalinata de palacio y no volví a verle jamás.

—¿Y ese hombre vivía en Écija?

—Allí tenía cobijo. Pero creo que realmente no vivía en ninguna parte.

—Me topé con un Frédéric en una oscura posada ecijana, no fue un encuentro feliz.

—Lo sé, lo sé, James. Pero deja que continúe.

El rey se sitúa cerca de una librería de nogal oscurecido que contiene docenas de libros. En la mitad de una de las baldas descansa boca abajo un lienzo.

—Cuando estábamos a punto de llegar a Madrid, Quilliet, agradecido por mi concesión de permiso para volver a París, me hizo un obsequio. «Quiero que conserve esto con usted, Majestad, no tiene tanto valor como para exponerlo en su museo, pero es una de las piezas más dignas para la alcoba de un rey que conozco.» Me entregó un lienzo pequeño, enrollado en forma de canuto, con huellas de haber estado hacía poco tiempo enmarcado. ¿Lo reconoce?

El rey extrae del montón de legajos el cuadro y lo voltea para mostrárselo a James.

—Es el *Combate entre Amor y Castidad*, de Giovanni del Fora. Ha viajado conmigo desde mi salida de España. No me he desprendido de él. A pesar de que he conocido ciertos acontecimientos que empañan su historia.

—Estoy empezando a asustarme, Majestad. Algunas de mis peores pesadillas coinciden con ese cuadro. Cuando conocí que estaba residiendo en Point Breeze dudé si venir a visitarle. Pensaba que, evidentemente, mi nombre no le diría nada, que yo no había sido más que una hormiga en el enjambre de almas que se cruzaron por su camino en España. Pero no podía soportar la tentación de hacerle la pregunta. La única pregunta que no he podido desterrar de mi mente desde entonces. ¿Por qué me dejó escapar? ¿Por qué supo que yo era inocente? Ahora, su relato me estremece más de lo que hubiera imaginado que me estremecería su respuesta, es como si supiera más de mí que yo mismo.

—Ya te he dicho que en El Bosque no tenía ni idea de si eras inocente o no. Aquel día no me apeteció irme a la cama con un ajusticiado en mi conciencia. Pero ahora sí lo sé. Sé que fuiste víctima de una torpe emboscada.

»Pocos días después de mi llegada a Madrid recibí una carta desde Burgos. Una patrulla de dragones había detenido a varios hombres que viajaban en caravana con un salvoconducto firmado por mí. Al principio se resistieron a ser inspeccionados, pero con la insistencia de los soldados no tuvieron más remedio que mostrar sus equipajes. Portaban un alijo de obras de arte de incalculable valor. Todas ellas habían pertenecido a casas particulares, a conventos, a parroquias y hasta a catedrales de Andalucía. El organizador del viaje era Quilliet. Me había estado robando durante años. Me engañaba sobre el paradero de los cuadros que yo le pedía para hacer con ellos lo que le placiera. Lo llevaron a París y lo condenaron a muerte. Pero la

sentencia tardó en cumplirse. Desesperado y enfermo, Quilliet escribió desde su celda una confesión. Purgó todos los pecados que había cometido en su sucia vida con una carta que debía hacerse llegar a los ministros de Justicia de Francia y de España. Como es lógico, mi ministro me informó sobre ella. Frédéric Quilliet al borde del cadalso reconocía haber sido autor del horrendo asesinato de una joven a la que amaba en Écija. Reconocía haber sido él mismo quien sajara el cuello de la muchacha mientras dormía. Y explicaba con todo lujo de detalles sus planes para cargar el crimen sobre las espaldas de un viajero americano poco cauto.

»Cuando leí la declaración me vino a la memoria tu figura, James. Reconozco que hasta entonces te había olvidado, pero la confesión de Quilliet revivió cada minuto de aquella noche. Ten, esto te pertenece. Estuviste a punto de pagar por él un alto precio, creo que es justo que te lo quedes.

—Ni hablar, conde. Ese cuadro no era para mí.

—Tampoco para mí y aquí está. Es curioso que lo haya conservado después de tantos años, como si esperara encontrarme contigo algún día. Y ha debido de pasar muchas calamidades, no creas. Fue una de las pocas piezas que pude sacar de España cuando los ingleses atacaron mi convoy en Vitoria. La mayor parte del equipaje de joyas, arte, documentos, piezas de porcelana, escultura y dinero quedó repartida entre los bribones que nos emboscaron. Esos británicos son una partida de piratas. Pero este cuadrito salvó la vida y pudo tener sus años de gloria sobre la chimenea de mi despacho en París. Cuando hui con mi familia a Suiza, el cuadro estaba entre mis pertenencias. Como ya te he dicho, allí las cosas se torcieron hasta el extremo de que me vi obligado a enterrar en un lugar seguro algunas de mis propiedades. Sobre todo joyas, pero también algún lienzo pequeño y varias cajas con monedas. El pobre Del Fora volvió a ser inhumado, ¡qué le vamos a hacer! No hace mucho que ha vuelto a mi lado. Tuve que mandar a un hombre de confianza a que desenterrara los tesoros y me los trajera. Ya ves que la operación ha sido todo un éxito. Acepta el regalo, por favor.

—¿Es lo único que conserva de España?

—No, no, no... Estas paredes están llenas de recuerdos de allí. Sigo encargando vino de Jerez de vez en cuando y leo en español algunas obras. Sobre todo poesía. También conservo el gusto por el mar y algunas coplillas lamentables que no merece la pena repetir. Y desde entonces vivo en el permanente miedo de que alguien venga a detenerme. Es otra de las herencias que tuve el gusto de recibir. Toda la colina sobre la que se asienta esta casa es un galimatías de túneles y pasadizos. Si algún agente de la Alianza quiere encontrarme, no lo tendrá tan fácil como tú. ¿Y tú qué me dices, James? ¿Conservas algo de allí?

—Aparte de un par de cicatrices y una profunda repugnancia a las posadas, poca cosa. Tuve que deshacerme de todos mis recuerdos, incluyendo mi diario. Así que creo que voy a aceptar su oferta del cuadro. Al fin y al cabo, firmé un contrato entre

caballeros para hacerme con él. Cobré por ello mis monedas, pero no terminé el trabajo. Aquella mujer parecía bella, no daba la impresión de haber muerto luchando.

—Me da la sensación de que ese es el sino de los españoles. Morir sin luchar, pero con la placidez del que siente que da su vida por una misión digna. No vi jamás guerreros más fieros y caballeros más nobles entregados a una causa más equivocada. Sé que suena como si fuera una pataleta de crío pequeño, pero estoy convencido de que arrancaron la corona al rey que más los amaba para entregársela a la peor alimaña que han visto los siglos. Y ahí están de nuevo condenados a vivir bajo la cadena de los Borbones una nueva centuria. Atroz tiempo este en el que los pueblos confunden sus destinos encerrando emperadores magnos y subiendo al trono a peleles y tarados.

»Pero, en fin, ni siquiera los reyes somos dueños de nuestra ventura. Me rompe el alma recordar cuán injusta fue Europa con el mejor emperador que pisó sus tierras. En esa caja de caoba que ve encima de la mesa conservo las últimas noticias de mi hermano, para no olvidar que en el lejano continente aún queda una cuenta pendiente con la historia. Es la carta que me envió el general Bertrand después de visitar por última vez Santa Elena.

José alza la caja con veneración y extrae la carta cuidadosamente doblada de su interior.

—¿Te importaría que la leyera mientras nos sirven la comida? Tengo pocas oportunidades de honrar la memoria de mi hermano en público.

El rey destronado se sienta a plomo sobre un sillón dorado, acerca el papel a la cara para leer mejor y con voz trémula de emoción recita como si estuviera rezando:

Príncipe José:

Le escribo por primera vez desde que Europa tuvo conocimiento de los terribles acontecimientos que afectan a su familia. En estos crueles años de exilio, muchos serán los embajadores que hayan visitado Santa Elena y le habrán transmitido noticias acerca de las lamentables condiciones en las que vive su hermano, el Emperador. Condiciones que, unidas a los rigores del clima, han agravado su situación.

En el último año de su vida, el Emperador, que no había realizado ejercicio durante su cautiverio, parecía estar profundamente alterado. Se había convertido en un ánima pálida y débil. Su salud se deterioró rápida y visiblemente. Solo le reconfortaba el hábito de tomar baños de agua caliente, costumbre que frecuentaba cada vez más y en tomas más largas hasta que el doctor Antommarchi decidió prohibírsela al considerar que, en realidad, estaban agravando sus dolencias. El pasado agosto se sometió a algunos paseos, pero caminaba con dificultad y se veía obligado a detenerse en cada paso. Decidió reducir sus paseos al aire libre para no verse expuesto a los vituperios de los viandantes. Así que el único ejercicio que pudo realizar desde el verano fue el trasiego dentro de su

LA NOCHE DEL REY

habitación mientras dictaba sus pensamientos. Finalmente, ni siquiera este esfuerzo le era permitido por su esqueleto. Permanecía sentado casi todo el día. Su salud se apagaba poco a poco.

La constante inactividad pasó factura en forma de llagas y eritemas que no encontraban alivio ni con la aplicación de paños calientes y emplastos de hierbas. Sufrió los rigores de los sabañones hasta el último minuto de su vida. La única oportunidad que tenía de tomar el aire consistía en dar cortos paseos en carruaje en las proximidades de su confinamiento. Pero ello no redundaba en mejora alguna de sus fuerzas.

Siempre iba vestido igual. No quería quitarse el guardapolvos que disimulaba su extrema delgadez. Rechazaba la comida y, a final de año, fue obligado a abandonar el consumo de carne. Se alimentaba de gelatinas y sopas. Si alguna tarde se saltaba las normas y bebía algo de vino, los vómitos regresaban y con ellos, la inapetencia. Ningún tónico parecía hacer efecto y su cuerpo se apagó como una vela vieja, aunque su mente mantuvo toda su prestancia y fortaleza. Le gustaba conversar, mantenía la costumbre de dictar sus reflexiones y era consciente de que se encontraba en el final de sus días.

Aun así, no perdió la esperanza de huir de este miserable encierro. Algunos malintencionados artículos de periódicos ingleses aventaron sus expectativas. Muchas veces, quiso creer que estábamos a punto de partir a América. Hacía planes, leía sobre viajes, arreglaba sus pertenencias, fantaseaba sobre ese inmenso país donde algún día reencontraría la libertad. ¡Vanas esperanzas que no hacían más que acrecentar la hiel de su desazón!

Algunos días parecía reponerse y encontrar fuerzas en su flaqueza para bromear. Nos preguntaba «¿adónde queréis ir hoy, al teatro o a la ópera?». Leía a Corneille, a Voltaire, a Racine, alguna comedia de Molière y algún libreto de Quinault. Su fortaleza de carácter brillaba con mayor fulgor al recitar aquellos textos que se escuchaban aún más magnos en su boca. Pero pronto olvidaba lo que acababa de recitar.

A veces, el recuerdo triste de sus días de gloria le sumía en la melancolía. Hablaba del pasado con gran franqueza y reconocía que en la vida siempre había hecho lo que el destino le había requerido. Pero si la conversación tomaba los derroteros de la desesperanza, le cambiaba el tono: hablaba entonces de su infancia en Córcega, de su viejo tío Lucien, de sus años de juventud y de toda su familia. Especialmente de usted, su hermano José.

Hacia la mitad de marzo la fiebre llegó. Desde ese momento, rara vez abandonaba la cama más de media hora al día. Adelgazó extremadamente y ni siquiera aunaba fuerzas para afeitarse. Las llagas y los vómitos eran frecuentes. Se quejó de que los médicos no entendían su mal y hasta quince días antes morir estaba convencido de que le aquejaba el cáncer y no el mal de estómago que le habían diagnosticado. Siguió leyendo y dictando mientras preparaba su tránsito a la otra vida y hablaba con naturalidad de la muerte. Y solo cuando se cercioró de que el día final estaba cerca, enmudeció. Pensaba mucho en usted y en sus hijos. Hasta el último instante pareció preocupado por el sino de su familia.

No sufría por el hecho de morir. Cuando se le preguntaba decía que la certeza del final suponía un sufrimiento soportable. Pero su mirada profunda y las

exclamaciones ahogadas que se oían desde su habitación indicaban que, en realidad, estaba simulando ser más fuerte de lo que era.

Nos miraba con esa perspicacia penetrante que usted conoce bien. Quería rastrear en nuestros gestos una pista sobre nuestros sentimientos, sobre lo que realmente sabíamos de su salud y su futuro. Disimulábamos, pero estoy seguro de que era capaz de leer en los rostros el auténtico alcance de nuestra ansiedad.

Las últimas dos horas de su vida las pasó inmóvil y silente. No emitió más sonidos que su dificultosa respiración, decreciente por minutos. Su pulso se detuvo sin avisar. Y así murió, acompañado solo por algunos criados. El hombre que había dictado las normas que debían regir el mundo, y cuya vida deberá ser recordada para la felicidad y gloria de nuestra aquejada patria, murió en soledad.

Sé que esta carta apresurada dice mucho menos de lo que sus oídos, príncipe José, necesitan conocer. Pero si transcribo todos los sentimientos que me asaltan en estos momentos de pesar, sería interminable.

Solo debo terminar informándole de que el Emperador estaba profundamente preocupado por el destino de sus escritos y de su cuerpo. Fue su voluntad que sus restos fueran enterrados en Francia, pero en los últimos días de su vida me ordenó que, si aquel deseo presentaba alguna dificultad, le dejase descansar al lado de la fuente de cuya agua había bebido en sus postreros instantes.

José pliega de nuevo la carta y la guarda en su caja exactamente en la misma posición en la que estaba. Se levanta y se gira contra la ventana para que James no le vea secarse una lágrima con el dedo meñique. Carraspea suavemente.

—No puedo leer estas letras sin emocionarme. Y eso que lo he hecho ya un millón de veces. Maldita Europa y malditos los franceses que se han prestado a caer bajo su yugo. No quiero saber nada de política. No quiero volver a ser llamado rey. He llevado dos coronas y, aunque he tenido ofertas para hacerlo, no pienso postularme para la tercera. Pocas gratificaciones he tenido en mi exilio mayores que la de aquel día que una delegación mexicana vino a proponerme regir los destinos de su país independiente de la Corona española. Ni se imagina lo que les contesté, les di con la puerta en las narices. Cada día que paso en este hospitalario país, más admiro las excelencias de las instituciones americanas. Guárdenlas como un precioso regalo de la Providencia. Aquellos amables ciudadanos querían que yo cumpliera en México el papel que cumplió aquí Washington. Pero ninguna cabeza coronada puede servir así a un pueblo. Por mucho que lo ame.

Como ha prometido no hablar de política, el conde decide cambiar de aires. Invita a James a comer. Sopa de cebolla, capón relleno y fruta. Beben vino de Burdeos y hablan de los planes de futuro, de la incierta situación de Estados Unidos, de deseos.

—Creo que pronto podré traer a casa a mi familia. Espero que esta vida de no-rey les agrade. Han vivido demasiada angustia. Toda Europa se ha confabulado para crear una imagen abominable de los Bonaparte. Pero tú sabes que no somos tan monstruosos, ¿verdad?

LA NOCHE DEL REY

— Al menos puedo decir que son unos buenos anfitriones.

Terminada la comida, José ordena que entreguen a James el cuadro de Del Fora.

— Insisto en que te lo lleves. Representa una bella historia, me gustaría que quedara como imagen de nuestro encuentro en España.

— ¿Una historia de amor?

— Todos amamos a España a nuestro modo. Pero igual que las mujeres nos atan a un sacrificio permanente con el mero regalo de sí mismas, aquel país nos mantuvo embrujados mientras lo pisamos. Algunos de los mejores paisajes, de las más bellas puestas de sol, de los más asombrosos fenómenos de la naturaleza los viví en aquel viaje.

José acompaña a su invitado a la puerta y allí le despide con un apretón de manos.

— Puedes volver cuando quieras. Te estaré esperando.

James recorre la colina sin prisa. Empieza a cernirse la tarde entre las nubes de seda sucia. Es probable que llueva. Huele a tierra mojada y a genista. Piensa que su vida ha dependido de una decisión arbitraria de un rey cansado y agradece al cielo haberle dado ánimos para visitarle. Tiene tiempo para recorrer con la memoria los aciagos días de regreso de España, perseguido por la sospecha, incapaz de fiarse de los hombres que le escoltaban. Desde El Bosque hasta Cádiz los dos soldados, taciturnos, no dijeron una sola palabra. Parecía que llevaban siglos en su trabajo y el hartazgo del tiempo los hubiera convertido en estatuas de sal. Habían aprendido a soslayar cualquier emoción, cualquier raptó de humanidad. James, en su fuga final, sintió varias veces la necesidad de desahogar su corazón. Pero había tirado al río los pedazos de memoria escrita y se veía acompañado por dos piedras con forma humana.

En esas circunstancias había tenido oportunidad para pensar. Pensó sobre todo en la joven asesinada. Vio una y otra vez los bucles de su pelo humedecidos de sangre pintar serpientes oscuras en el rostro. Rememoró el sinuoso camino de sus caderas cuando, tendida de lado, parecía un ángel dormido en medio de la guerra. Y pensó que, quizá, podría haberle salvado la vida. Si no se hubiera perdido por las calles de Écija, si no hubiera pasado tanto tiempo escondido en el convento... ¡Quién sabe si hubiera podido desenmascarar al asesino antes de que cometiera su fechoría! Desde los primeros momentos de su vuelta a Estados Unidos, James se había sentido atormentado por esta idea. Creía que le había robado a España algo más que unas monedas bonapartinas. Imaginaba qué planes de futuro habría tenido aquella mujer, cuántos deseos truncados, qué amores desconocidos, qué criaturas no nacidas. Pensaba que podría haberla conocido, quizá se hubieran amado. James no había encontrado a la mujer de su vida y cuanto más viejo se hacía, más se autoconvencía de que el destino le había preparado la emboscada de aquella noche para plantarse cara a cara con ella. Y él había decepcionado al dios del Amor. En cierto modo, estaba

en deuda con los hados que guiaron su viaje por España.

Llega al embarcadero y rechaza la invitación de un amable barquero que se brinda a llevarle a la otra orilla del Delaware. Inconscientemente, teme salir del condado y enfrentarse de nuevo al sinsentido de sus días americanos.

— Prefiero rodear el estanque andando.

Ha visto la mansión vecina a la de los Bonaparte y quiere aproximarse a verla. El cercado no es muy alto, así que puede saltarlo sin dificultad y se adentra en un camino de arena amarilla que parece no tener fin. La finca es tan grande que la construcción se diría una casita de muñecas. En medio de una planicie artificial, saltan violentos chorros de agua. La fuente proyecta el líquido a una altura tres veces superior a la de la propia casa. En la cubeta, sábanas de nenúfar sirven de escondite para diminutos peces de colores insólitos.

Entre las dos columnas de agua se ha instalado un cartel de piedra troquelada con el nombre de la hacienda: Andalusia.

James llega hasta la fuente, comprueba que la base es profunda y espesa. Desenreda el lienzo que le ha entregado el rey y lo arroja al fondo del agua, entre peces y plantas acuáticas.

— Andalusia... creo que esto te pertenece.

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin la contribución de algunas personas que aportaron grandes dosis de sabiduría y generosidad.

Gracias a Íñigo Erce, que desató la curiosidad sobre la historia menos conocida de José I.

Al teniente coronel Luis Aragón y a su excelente trabajo en la Subdirección General del Patrimonio Histórico-Artístico, por relatar con pasión las más increíbles anécdotas de la Guerra de la Independencia.

A Francisco Luis Díaz Torrejón, que ha dedicado buena parte de su vida a transmitir fielmente la crónica del viaje de José I por Andalucía, con la certeza de un reportero que hubiera estado allí.

Especialmente he de agradecer la generosidad y bonhomía de José María Espinosa de los Monteros y Jaraquemada, presidente del Foro para el Estudio de la Historia Militar de España, por las horas compartidas de charla que nos trasladaron a los escenarios en los que se desarrollaron aquellas jornadas de 1810 tan trascendentes para la historia.

Gracias a Raquel y a Maya, por hacer del trabajo de edición una clase magistral permanente.

Pero sobre todo, este libro habría sido imposible sin la dueña de los primeros ojos que leyeron, de la primera voz que dio aliento en el desvelo, de los primeros hombres que apoyaron el proyecto, del primer espíritu que acertó al criticar y al aplaudir. Eva.

Jorge Alcalde

La noche del rey

Jorge Alcalde

© del diseño e ilustración de la portada, Opalworks, 2011

© Jorge Alcalde, 2011

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2011

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Paseo de Recoletos, 4, 28001 Madrid (España)

Primera edición en libro electrónico: octubre de 2011

ISBN: 978-84-9998-066-9



08/01/2014